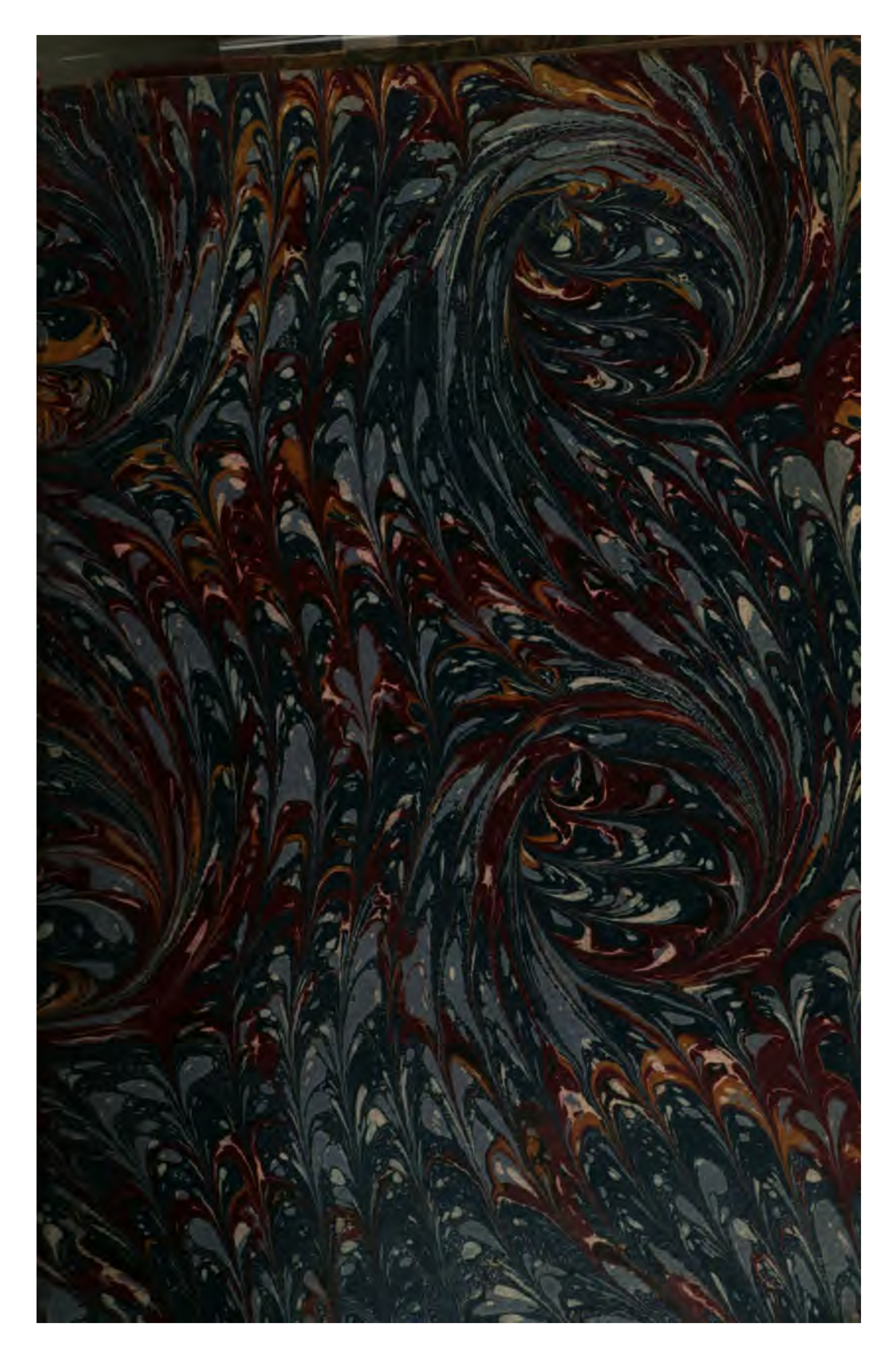




HISTORIA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA,

POR M. G. TICKNOR,

TRADUCIDA AL CASTELLANO, CON ADICIONES Y NOTAS CRÍTICAS,

POR **D. PASCUAL** DE **GAYANGOS**,

individuo de la Real Academia de la Historia,

Y **D. ENRIQUE** DE **VEDIA**.

TOMO TERCERO.

MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,

Salon del Prado, núm. 8.

1854.

HISTORIA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA.

SEGUNDA EPOCA.

(CONTINUACION.)

CAPÍTULO XXII.

Calderon.—Su vida y obras.—Comedias que falsamente le han sido atribuidas.—Sus Autos sacramentales.—Cómo se representaban.—Su carácter.—El divino Orfeo.—Popularidad de estos espectáculos.—Sus comedias á lo divino.—El purgatorio de San Patricio.—La devocion de la Cruz.—El Mágico prodigioso.—Otras comedias del mismo género.

Al dejar á Lope de Vega y su escuela, nos encontramos naturalmente con su gran sucesor y rival, D. Pedro Calderon de la Barca, quien si no inventó nuevas formas dramáticas, fué un poeta tan eminente y nacional y que alcanzó tan brillantes triunfos, que precisamente habrá de ocupar un puesto muy notable en toda investigacion sobre la historia del teatro español.

Nació Calderon en Madrid el 17 de enero de 1600 [1];

[1] Mucho se ha disputado, y grandes errores se han cometido acerca de la fecha del nacimiento de Calderon, pero en un libro muy raro, intitulado «Obelisco fúnebre», que publicó en elogio suyo su amigo Gaspar Agustin de Lara (Madrid, 1684, 4.°), poco despues de su muerte, se asegura positivamente, y con referencia á él mismo, que Calderon nació el 17 de enero de 1600, lo cual pone fin á toda controversia sobre el particular. La fe de

uno de sus amigos y admiradores le hace entroncar con casi todas las antiguas dinastías que reinaron en España, y hasta le hace pariente de todas las testas coronadas de Europa en su tiempo[2]; pero esto es absurdo. Lo que hay de positivo y hace al caso presente es que su familia era distinguida y respetable, y su posicion en la sociedad bastante elevada para proporcionarle desde luego las ventajas de una esmerada educacion. Fué su padre secretario de cámara del consejo de hacienda en los reinados de Felipe II y Felipe III, y su madre descendia de una familia ilustre de los Países-Bajos. Pero tal vez sea la circunstancia mas curiosa enlazada con su orígen el hecho de que tanto él como Lope de Vega, los dos grandes maestros del teatro español, nacieron en Madrid, aunque sus familias eran oriundas del pintoresco valle de Carriedo, en Castilla, donde ambos tuvieron su ascendencia y mayorazgo [3].

bautismo que Baena inserta en sus «Hijos de Madrid», t. IV, p. 228, solo dice que fué bautizado el 14 de febrero de 1600, pero por qué razon se dilató tanto aquella ceremonia ó por qué Vera Tassis y Villaroel, quien, como Lara, era tambien amigo del poeta, fija su nacimiento en 1.° de enero de 1600, son puntos que no nos atrevemos á resolver.

[2] Véase la erudita introduccion genealógica al «Obelisco fúnebre», antes citado. Segun su autor, el nombre de Calderon lo tomó su familia en el siglo XIII, porque, habiendo uno de ellos nacido prematuramente, le creyeron muerto, y para asegurarse de si vivia ó no, adoptaron el peregrino recurso de zambullirle en una gran marmita ó *calderon* lleno de agua caliente. Llegando despues á ser un guerrero ilustre, muy favorecido de S. Fernando y de D. Alonso el Sabio, el apodo ó mote, hijo de aquella circunstancia, constituyó con el tiempo el apellido de la familia, que tomó por armas cinco calderones. Añadieron mas tarde el nombre de la Barca, tomado del solar de uno de los poseedores de la casa, que murió en batalla con los moros, por cuya causa los Calderones aumentaron el escudo de sus armas con un castillo, una manopla y el lema «Por la fe moriré», que eran las de nuestro poeta en el siglo XVII.

[3] Véase la noticia del padre de Calderon en Baena, t. I, p. 305; la del poeta mismo, t. IV, p. 228, y la de Lope de Vega, t. III, p. 350. Hállanse muchos hechos curiosos relativos á Calderon en la pesadísima cuanto fastidiosa introduccion en prosa al «Obelisco fúnebre», así como tambien en la parte poética, que no lo es menos. El bosquejo biográfico de su amigo Vera Tassis y Villaroel, publicado primeramente al frente del t. V de sus comedias, y despues en el I de las demás ediciones, es pobre y afectado como la mayor parte de los que nos quedan de los antiguos escritores españoles.

A la edad de nueve años entró en el Colegio de Jesuítas, en el que recibió una educacion y enseñanza que, como la que Corneille recibia al mismo tiempo al otro lado del Pirineo, imprimió cierto sello á toda su vida, y mas especialmente á sus últimos años. De allí pasó á la Universidad de Salamanca, donde estudió con aprovechamiento teología escolástica y filosofía, tal cual á la sazon se usaba, derecho civil y canónico. Pero al salir de la Universidad en 1619 era ya Calderon conocido como escritor dramático, circunstancia que á su llegada á Madrid, le proporcionó sin duda el conocimiento de personas que por su posicion en la corte podian promover sus adelantos y fortuna.

Arrastrado por el espíritu de la época, tomó parte el año de 1620 en la justa poética que la villa de Madrid celebró en honor de S. Isidro, recibiendo en premio de sus esfuerzos un elogio público de Lope[4]. En 1622 volvió á presentarse al nuevo y mas solemne concurso propuesto por la corte para celebrar la canonizacion del Santo, ganando en esta ocasion cuanto podia ganarse por un solo individuo, á saber, un premio con mayores alabanzas aun por parte de su insigne presidente[5].

[4] El soneto que entonces escribió se halla en las «Obras sueltas de Lope», t. XI, p. 432, y las octavas en la p. 491; ambas composiciones son muy notables para ser obra de un jóven de veinte años. Los elogios de Lope están en la p. 593 del mismo tomo. Se ignora quién ganó los primeros premios de la justa de 1620.

[5] Las diversas composiciones de Calderon presentadas al concurso celebrado en 17 de mayo de 1622 están tambien en las «Obras sueltas» de Lope, t. XII, pp. 181, 239, 303, 363 y 384. Al hablar de ellas Lope dice, p. 413, que se dió un premio á «D. Pedro Calderon, que en su juventud sabia ganar lauros que solo suelen conseguir las canas.» Las seis ú ocho composiciones que Calderon presentó en ambas ocasiones son apreciables, tanto por ser sus primeros trabajos literarios como porque son de lo poquísimo que nos queda de él en poesía, excepto sus comedias. Cervantes en el «Quijote» dice: «que en esta especie de concursos el primer premio se lo lleva el favor, el segundo la calidad del aspirante, y el tercero la justicia, ó sea el mérito de la obra» (parte II, cap. 18). Calderon consiguió el tercero, pues el primero se dió á Lope, y el segundo á Francisco Lopez de Zárate.

En el mismo año y al publicar Lope un tomo con la descripcion de aquellas fiestas y regocijos, vemos que el jóven Calderon le dirigió como amigo ciertos versos graciosos que este, agradecido al cumplimiento, colocó despues al frente de su obra. Pero cabalmente por este tiempo perdemos de vista á Calderon como autor durante diez años consecutivos, sin que haya mas noticia de él que la que en 1630 nos da el mismo Lope al incluirle en su *Laurel de Apolo* entre los poetas naturales de Madrid [6].

Todo este tiempo Calderon estuvo sin duda sirviendo á su patria con las armas en la mano; á lo menos se sabe que en 1625 se hallaba en el ducado de Milan, y que de allí pasó á Flándes, cuyas desastrosas guerras, hechas con todo el encono de la enemiga civil y religiosa, embargaban á la sazon la atencion de toda Europa. El plan y asunto de algunas de sus comedias demuestran suficientemente que durante sus campañas fué observador atento y perspicaz de los hombres y de sus costumbres, lo cual se evidencia aun mas en las animadas descripciones de localidades que tan á menudo introduce en ellas, y en el carácter de sus héroes, á quienes muchas veces supone recien llegados de aquellas regiones, hablando de sus aventuras militares con tales visos de verdad, que no puede dudarse referian hechos ciertos y reales. Luego le volvemos á ver siguiendo de nuevo la carrera de las letras. Segun Montalvan, en 1632 era ya Calderon autor de muchas comedias representadas con aplauso, habia ganado varios premios en concursos públicos y habia empezado á escribir un poema sobre el

[6] «Laurel de Apolo», silva 7.

diluvio universal, lo cual manifiesta que á la edad de treinta y dos años gozaba ya de gran reputacion como poeta y que esta se iba sucesivamente aumentando [7].

Autor dramático de tantas esperanzas no podia ser desatendido en la corte de Felipe IV, mucho menos cuando por la muerte de Lope acaecida en 1635, el teatro quedó sin maestro y sin cabeza; así fué que en 1636 fué Calderon agregado á palacio con la obligacion expresa de escribir comedias para los teatros reales, y que al siguiente año fué agraciado con el hábito de Santiago; pero aun estas mismas distinciones y honores despertaron de nuevo en él, á lo que parece, el gusto por la vida militar. Apenas principiaba, pues, su brillante carrera poética, cuando estalló con la mayor violencia la sublevacion de Cataluña, promovida por la Francia, y como entre otras medidas tomadas por el Gobierno fuese una la de llamar á campaña á todos los caballeros de las cuatro órdenes militares, Calderon, cumpliendo con este deber, se presentó de los primeros; pero el Rey, que no queria privarse de sus servicios en palacio, le eximió del servicio militar y le mandó escribir una comedia. Apresuróse el poeta á complacerle y compuso el *Certámen de amor y celos* [8], marchando en seguida al ejército, donde se portó como valiente y leal caballero, incorporado á las tropas que mandaba el conde-duque de Olivares en persona y permaneciendo constantemente en campaña hasta despues de terminada la rebelion.

A su vuelta á la corte, el monarca manifestó á Calde-

[7] «Para todos», edic. 1661, páginas 539 - 540.

[8] Hase dicho que Calderon no dió á ninguna de sus comedias el título de «Certámen de amor y celos», que Tassis da á esta, pero es un error. No se encuentra, es verdad, este título entre las impresas, pero es la penúltima en el Catálogo de las que Calderon habia escrito, y que él mismo dió al duque de Veraguas en 1680.

ron su alto aprecio, concediéndole una pension de treinta escudos al mes y encargándole además la disposicion de las fiestas que con motivo de la entrada en Madrid de la nueva reina D.ª María Ana de Austria, verificada en 1649, debian hacerse en el real palacio. Desde esta época gozó siempre Calderon del favor de Felipe IV y hasta la muerte de este monarca siguió disponiendo y mandando absolutamente en todo lo concerniente al teatro, ya escribiendo comedias profanas para el público, ya autos sacramentales para funciones de iglesia, todo con el mejor éxito y un aplauso sin igual.

En 1651 siguió el ejemplo de Lope de Vega y de otros ilustres escritores, ingresando en una hermandad religiosa, y dos años despues el Rey le dió una capellanía en la capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, regio panteon magníficamente decorado desde los tiempos de Enrique II; pero como sus deberes en dicho puesto le tuviesen constantemente apartado de la corte, donde su presencia se consideraba necesaria para los regocijos públicos y fiestas reales, fué nombrado en 1663 capellan de honor, destino que precisaba su residencia en Madrid, aunque con retencion de la capellanía que antes disfrutaba y de otro beneficio mas que le fué concedido. En el mismo año entró en la venerable congregacion de sacerdotes naturales de Madrid, llegando á ser su presidente, puesto que desempeñó durante los quince años últimos de su vida con mucha dignidad y dulzura. Tantas recompensas y ventajas en su carrera eclesiástica, léjos de estorbarle la prosecucion de sus trabajos dramáticos, parece le estimularon á nuevos esfuerzos, llegando á tanto su fama, que las catedrales de Toledo, Granada y Sevilla le ocupaban de ordinario en escribir autos para el

dia de *Corpus Christi*, y que por especial encargo de la villa de Madrid compuso igualmente casi todos los que se necesitaron por espacio de treinta y siete años consecutivos. Estos servicios y los que prestó á la corte le fueron premiados con largueza, y así es que acumuló una fortuna considerable.

A la muerte de Felipe IV, ocurrida en 1665, parece disminuyó algun tanto su valimiento en la corte. Cárlos II era de condicion muy diversa de la de su padre, y así es que Solís, el historiador, al hablar de Calderon con referencia al cambio de circunstancias, dice muy oportunamente que «murió sin Mecenas [9].» Continuó, sin embargo, escribiendo para el público, la corte y la Iglesia, y conservando durante su vida toda la popularidad de sus mejores años. Falleció en 1681, á 25 de mayo, dia de pascua de Pentecostes, á la sazon que por toda España se representaban sus autos, en la composicion de uno de los cuales empleó los últimos momentos de su vida [10].

Verificóse su entierro al siguiente dia, siendo su cadáver conducido sin aparato alguno y segun él mismo lo dejó ordenado en su testamento á la parroquia del Salvador por los sacerdotes de la venerable congregacion

[9] «Murió sin Mecenas.» Aprobacion al «Obelisco», fecha en 30 de octubre de 1683. Todo lo perteneciente á Calderon en este raro é interesante libro es importante, por ser obra de un amigo suyo, y porque, como dice su autor, la parte poética se escribió á los cincuenta y tres dias de la muerte de Calderon.

[10] «Estaba un auto entonces en los fines, como su autor.» (Obelisco, canto 1.°, est. 22. Véase tambien el soneto al fin del tomo.) El historiador Solís dice en una de sus cartas: «Ha »muerto nuestro amigo D. Pedro Cal»deron, y ha acabado como dicen que »acaba el cisne, cantando; porque, es»tando en gravísimo peligro, hizo cuan»to pudo para concluir el segundo au»to del «Dia del Corpus»; no pudo, sin »embargo, pasar de poco mas de la »mitad, y le acabó lo mejor que supo »D. Melchor de Leon.» (Cartas de Nicolás Antonio y Antonio de Solís, publicadas por Mayans y Siscar, Leon de Francia, 1733, 12.°, p. 75.) Hemos citado tres testimonios contemporáneos de un hecho tan insignificante para que se vea la importancia que se daba á todo lo relativo á Calderon y á sus autos.

que durante largos años habia presidido, y á quien dejó por heredera universal de todos sus bienes. A los pocos dias se le celebraron suntuosas exequias, tales cuales reclamaba la universal admiracion de sus paisanos, y en Valencia, Nápoles, Lisboa, Milan y Roma su muerte fué anunciada como una calamidad nacional [11]; muy luego se le consagró un monumento en la iglesia misma donde descansaban sus cenizas, que en 1840 fueron trasladadas á la de Atocha [12].

Calderon, segun dicen, se distinguia por la belleza de sus facciones, que conservó hasta los últimos años de su vida, merced á lo apacible de su condicion y á la quietud de ánimo en que vivió; su retrato, grabado poco despues de su muerte, presenta una fisonomía á la vez expresiva y venerable, á la que la imaginacion presta fácilmente los ojos brillantes y la voz dulce y armoniosa que le atribuye su amigo y panegirista Lara, al paso que en lo dilatado y arqueado de las cejas recordamos el rasgo mas familiar de los retratos de nuestro gran Shakspeare [13]. Su carácter, segun las mas auténticas no-

[11] Lara en sus «Advertencias», habla de «Elogios fúnebres impresos en Valencia.» Tambien Vera Tassis los menciona, pero sin decir si se habian impreso. Seria muy importante ver un ejemplar de ellos, porque, segun parece, estaban escritos por caballeros ilustres de la casa del duque de Veraguas, grande amigo del poeta. En el «Obelisco» se encuentra un extracto de su testamento y última voluntad. Canto 1.º, octavas 32 y 33.

[12] Baena, t. IV, p. 231, trae la descripcion del monumento primitivo y copia de la inscripcion puesta en él; y en el «Foreign Quarterly Review'» (abril de 1841, p. 227) se da noticia de la traslacion de las cenizas del poeta al convento de Atocha. Con motivo de dicha traslacion se escribió y publicó en Madrid, 1840, folio, una vida de Calderon y una coleccion de poesías en elogio suyo por Zamácola, Zorrilla, Hartzenbusch, etc., cuya impresion se costeó por medio de una suscricion entre los apasionados del poeta.

[13] Su panegirista menciona «su frente espaciosa», que bien se echa de ver en la lámina grabada en 1684, aunque en las copias hechas posteriormente por otros grabadores este rasgo de su fisonomía ha sido muy descuidado.

Consideraba de su rostro grave
Lo capaz de la frente, la viveza
De los ojos alegres, lo suave
De la voz, etc.

(*Canto 1.º, est. 41.*)

ticias, era franco y bondadoso, y cuentan que en su vejez solia convidar á sus amigos el dia de su cumpleaños y les referia divertidas anécdotas de su infancia [14]. Durante la parte mas activa de su existencia gozó del aprecio y consideracion de las personas mas ilustres y distinguidas de su tiempo, como el conde-duque de Olivares y el duque de Veraguas, que le amaron tiernamente, no tanto por su ingenio y nombradía, cuanto por su natural afable y cariñoso.

Durante una vida que se alargó á mas de ochenta años y fué consagrada casi exclusivamente á las letras, Calderon escribió, como era de esperar, mucho; pero exceptuando un panegírico al duque de Medina de Rioseco, que murió en 1647, y un tomo de autos que imprimió en 1676, apenas publicó en vida suya escrito alguno [15], y sin embargo, sin contar otras obras mas extensas [16], sabemos que continuamente estaba presentando á las academias á que pertenecia y en las fiestas y justas poé-

[14] Prólogo al «Obelisco.»

[15] Es verdad que se imprimió el libro de las fiestas á la entrada de la Reina en Madrid el año de 1649, pero fué bajo el nombre de D. Lorenzo Ramirez de Prado, quien con el auxilio de Calderon dispuso aquellos festejos.

[16] Las obras inéditas de Calderon, segun Vera Tassis, Lara y otros, son las siguientes:

1.ª «Discurso de los cuatro Novísimos», ó sea lo que los teólogos llaman Postrimerías del hombre, á saber: muerte, juicio, infierno y gloria. Dice Lara que Calderon le leyó trescientas octavas de este poema, que debia tener otras cien mas; se ha perdido.

2.ª «Tratado defendiendo la nobleza de la pintura.»

3.ª Otro tratado en «Defensa de la comedia.»

4.ª Otro tratado «Sobre el diluvio general.» Estos tres últimos estarian probablemente escritos en verso, como el «Discurso de los Novísimos»; á lo menos Lara y Montalvan dicen que el del Diluvio lo estaba.

5.ª «Lágrimas que vierte una alma arrepentida á la hora de la muerte.» Esta se imprimió aunque Vera Tassis la califica de inédita. Es un poemita en romance, y se halla en la coleccion intitulada «Avisos para la muerte, escritos por algunos ingenios de España, á la devocion de Bernardo de Oviedo, secretario de S. M., etc., publicados por D. Luis de Arellano.» Valencia, 1634, 18.°, 90 hojas; reimpresa en Zaragoza, 1648, y despues en otras partes. Contiene versos de treinta poetas, entre los cuales sobresalen Luis Vélez de Guevara, Juan Perez de Montalvan y Lope de Vega. El estribillo del romance de Calderon, que está con su nombre al frente, es:

«¡Oh dulce Jesus mio!
No entres, Señor, con vuestro
Siervo en juicio.»

ticas, tan comunes en aquel tiempo en España, gran número de odas, canciones, romances y otras poesías sueltas que le dieron no poca fama entre sus contemporáneos [17]. Verdad es que su hermano imprimió algunas de sus comedias entre 1640 y 1674 [18]; pero segun Lara lo declara expresamente, ninguna parte tuvo en ello Calderon, quien nunca envió sus obras á la imprenta [19], y si con respecto á sus autos se apartó alguna vez que otra de esta costumbre, fué contra su gusto y con el solo fin de que no se adulterase su carácter sagrado con impresiones subrepticias y llenas de errores.

A pesar de lo que llevamos dicho, estuvieron sudando las prensas cuarenta y cinco años consecutivos con obras dramáticas que llevaban su nombre al frente; ya desde 1633 aparecieron algunas en colecciones populares, aunque muchas no eran suyas, y las demás se publicaron por copias imperfectas hechas durante la representacion, y por lo tanto salieron tan mendosas y desfiguradas, que él mismo, segun dice, podia apenas reconocerlas [20]. Su amigo y editor Vera Tassis presenta

17 Lara y Vera Tassis, amigos ambos de Calderon, dicen que el número de estas composiciones sueltas era muy considerable.

18 Consta la coleccion de cuatro tomos, y parece que Calderon, en el prólogo á los «Autos», impresos en 1676, las declara genuinas, aunque con cierta cautela evita el decirlo rotundamente, de miedo no se creyese que autorizaba la impresion de ellos.

19 Todos saben, dice Lara, que Don Pedro nunca envió ninguna comedia suya á la imprenta, y que las que se publicaron lo fueron contra su voluntad; «Obelisco», prólogo.

20 Las primeras impresiones subrepticias de las comedias de Calderon que hemos visto, son las contenidas en la rarísima «Coleccion de comedias compuestas por diferentes autores», t. XXV, Zaragoza, 1633, 4.°, donde se halla el «Astrólogo fingido» de Calderon, lleno de variantes, omisiones y errores, lo cual es tanto mas extraño y chocante, cuanto su editor Escuer á cada paso protesta de su esmero y fidelidad en la impresion. (Véase folio 191 v.) En la «Coleccion, aun mas extensa, de comedias», que consta de cuarenta y ocho tomos, comenzada en 1652, hay cincuenta y tres atribuidas, en todo ó en parte, á Calderon; pero algunas indudablemente no son suyas, y las demás están lastimosamente adulteradas. Todas se imprimieron antes de 1679, es decir, dos años antes de la muerte de Calderon y antes de que pudieran publicarse con legalidad.

varias listas de comedias, que ascienden á ciento y quince, y que por codicia de editores y libreros se imprimieron como de Calderon, sin que ni una siquiera fuese suya, y añade que otras muchas que el mismo Calderon nunca vió pasaron con su nombre desde Sevilla á los dominios españoles de América [21].

Produjeron estas impresiones tal confusion, que el duque de Veraguas, cabeza ilustre de la familia de los Colones y capitan general del reino de Valencia, escribió en 1680 una carta á Calderon pidiéndole una lista de sus comedias, cuya coleccion completa queria reunir como amigo y admirador suyo que era. A la respuesta de este, llena de amargas quejas contra la mala fe de los libreros que motivaban tal peticion, acompañó un catálogo de ciento y once comedias y setenta autos sacramentales, que declara ser suyos [22]. Este catálogo es la verdadera base y norte para conocer las obras dramáticas de Calderon, aunque no todas han sido halladas. Nueve de ellas no parecen ni en la edicion de Vera Tassis de 1682, ni en la de Aponte de 1760, aunque por otra parte se han añadido muchas no citadas en el catálogo, creyéndose sin duda que habia suficientes datos para hacerlo así; de suerte que actualmente la reputacion del poeta estriba en setenta y tres autos sacramentales con

[21] Muchas mas podrian añadirse á la lista de las falsamente atribuidas á Calderon, como por ejemplo la de «El garrote mas bien dado», incluida en «El mejor de los mejores libros de comedias nuevas», (Madrid, 1653, 4.º) donde se hallan otras suyas legítimas y genuinas.

[22] Esta correspondencia, tan honorífica para el poeta como para el magnate, que se firma con orgullo «El Almirante-Duque», obedeciendo á la órden que Colon dejó á sus descendientes (Navarrete, t. II, p. 229), se halla en el «Obelisco» y en el «Teatro español» de Huerta (Madrid, 1785, 12.º, parte II, t. III). Las quejas de Calderon contra los libreros son muy amargas y sentidas, si bien justas; porque en 1676, en un prólogo á los autos, dice que «estos fraudes privaron á los »hospitales y casas de caridad, que »solo recibian una cuota pequeña de »las utilidades de los teatros, de »26,000 ducados, cuando menos, al »año.»

sus correspondientes loas [23] y en ciento y ocho comedias [24].

Al examinar, pues, este gran cúmulo de obras dramáticas convendria primero analizar por separado aquellas que son enteramente diversas y distintas de las demás, y que él mismo juzgó dignas de ser publicadas, á saber, sus autos ó dramas sacros para la fiesta del *Corpus Christi*, los cuales son ciertamente dignos de un exámen especial, puesto que bien puede asegurarse que en ningun país nos presenta la literatura dramática composiciones tan características como las que produjo este género en el teatro español, advirtiendo que entre los mu-

[23] No todas las loas son de Calderon, pero es absolutamente imposible hoy dia el separar las suyas de las ajenas. El prólogo de la edicion de 1717, al tratar de ellas, dice: «No son todas suyas.»

[24] Dice Vera Tassis que Calderon escribió cien sainetes ó farsas cortas, hasta cien autos sacramentales, doscientas loas, y mas de ciento y veinte comedias. Pero en su edicion (Madrid, 1682-1691, nueve tom., 4.º) solo incluyó el número de comedias que citamos en el texto, añadiendo que habia logrado recoger algunas mas, quizá doce, para un tomo suplementario, que nunca llegó á imprimirse. Tampoco aparecen mas en la edicion de Aponte (Madrid, 1760-63, once tom., 4.º) ni en la elegante y mas correcta publicada en Leipsick, 1827-1830, cuatro tom., 8.º, por F. J. Keil, inteligente admirador de la literatura española en aquella ciudad. Por consiguiente, es de presumir que este número no pueda aumentarse ya mucho mas, aunque por otra parte podriamos citar los títulos de nueve comedias que el mismo Calderon confiesa ser suyas y que no se hallan en dichas colecciones; Vera Tassis señala además otras, en las que, segun la usanza de aquel tiempo, Calderon escribió una jornada. Quizá se encuentren los demás algun dia; pero aunque seria un hallazgo importante, todavía lo seria mas el de alguno de los cien sainetes citados por Vera Tassis, y que debian tener mucha sal y gracejo, pues los graciosos de Calderon son en general excelentes. Ninguno de ellos existe, si bien Huerta cita en su catálogo los títulos de seis ó siete. Los autos, siendo como eran propiedad del ayuntamiento de Madrid y representándose cada año, no se imprimieron hasta mucho tiempo despues. (Lara, prólogo.) Publicáronse la primera vez en 1717, en seis tom. en 4.º, y además se hizo una segunda edicion de ellos el año 1759 en igual número de tomos. A esto se reducen todas las ediciones de las comedias de Calderon, exceptuando una especie de repeticion de la de Vera Tassis, falsificada en 1726, y algunas colecciones de comedias escogidas hechas en España y otros puntos. Ultimamente se emprendieron dos, una en Madrid (1846), y otra en la Habana (1840); pero es probable que ninguna de ellas se concluya. En el «Anuario de literatura de Viena», tom. XVII, XVIII y XIX, 1822, hay una excelente noticia de Calderon por F. W. V. Schmidt, de la que nos hemos servido mucho, y que mereceria ser impresa por separado.

chos escritores que le cultivaron ninguno de ellos llegó á la altura de Calderon.

Al tratar de Juan del Encina, Gil Vicente, Lope de Vega y Valdivielso hemos descrito ya el carácter primitivo é índole especial de estas composiciones, que durante los siglos XIII y XIV llegaron á ser la diversion predilecta del pueblo; pero al tiempo de que hablamos su importancia habia crecido considerablemente. Agustin de Rojas dice, en su *Viaje entretenido* [25], que se representaban en todas partes hasta en las aldeas mas miserables; y en la segunda parte de *Don Quijote*, el héroe de Cervantes topa en un camino con un carro en que iba una compañía de cómicos de la legua, á fin de representar de pueblo en pueblo los autos del *Corpus Christi* [26]. Es preciso no olvidar que esto sucedia antes de 1615; pero en los treinta años siguientes, y sobre todo durante la vida de Calderon, creció el número é importancia de los autos, representándose con gran lujo y á gran costa en calles y plazas y en las primeras ciudades del reino; tan importantes los habia hecho la influencia del clero, tan agradables llegaron á ser á todas las clases de la sociedad, lo mismo á la alta é ilustrada que á la multitud.

En 1654 y cuando mas en boga se hallaban los autos, viajó por España el holandés Aarsens de Somerdyck, sugeto muy instruido, el cual los describe segun los vió representar en Madrid[27]. Dice que el dia del *Corpus* por

[25] Rojas, «Viaje entretenido», 1614, folios 51-52 y en otros muchos.

[26] «Don Quijote», edic. Pellicer, parte II, cap. XI y las notas.

[27] «Viaje de España», Colonia, 1667, 18.°, y Barlier, «Diccionario de escritores anónimos», Paris, 1824, 8.°, n.° 19,281. El auto que vió el viajero holandés debió ser alguno de los de Calderon, porque tanto antes de aquella fecha como muchos años despues estuvo encargado exclusivamente de escribirlos. Madama d'Aulnoy describe igualmente un espectáculo de esta clase segun le vió en 1679 (Viaje, edic. de 1693, t. III, pp. 52-55), y el impertinente auto (como ella dice) que se representó aquel año.

la mañana se hizo una solemne procesion, como las que se celebraban en tiempo de Lope de Vega, en la que el Rey se presentó con su corte, aunque como particular y sin distincion alguna. Iban comunmente delante dos gigantones, otras veces la *tarasca*, figura grotesca que, segun refiere Francisco Santos en una de sus novelas, siendo una vez conducida desde un barrio donde habian hecho fiesta el dia anterior á otro donde la tenian dispuesta para el siguiente, alarmó de tal manera á unos arrieros que pasaban acaso con sus recuas, que llenos de terror alborotaron toda la comarca, creyendo haber visto á un monstruo feroz venido para destruir el mundo[28]. Estas figuras tan horribles como ridículas, en extraña procesion, y con música de clarines, atabales y castañuelas, con los estandartes y pendones de cofradías y hermandades acompañaban al santísimo Sacramento por las calles durante algunas horas, hasta depositarlo en la parroquia de donde habia salido.

Por la tarde se volvian de nuevo á reunir, y entonces se representaban los autos, continuando la funcion por algunos dias delante de las casas de los ministros, consejeros y otras personas de alta jerarquía, donde la gente asomada á los balcones ó agolpada en la calle gozaba de la fiesta; entre tanto la tarasca y los gigantes divertian á la multitud; llegaba la música, poníanse á bailar, encendian hachas de viento, aunque fuese de dia, y el Rey y la familia real disfrutaban de aquella diversion bajo un dosel colocado al frente del tablado ó teatro improvisado.

[28] «La verdad en el potro», Madrid, 1686, 12.°, pp. 291 y 92. Lo mismo cuenta el holandés Somerdyck, aunque no tan bien. (Voyage, p. 121.) La tarasca era generalmente muy fea. Montalvan (Comedias, Madrid, 4.°, 1638, fol. 13) alude á ella para designar un objeto deforme y monstruoso.

Sentados todos los personajes principales, comenzaba la loa, y algunas veces se cantaba; seguia una farsa corta ó entremés, y despues el auto, y la funcion concluia con una alegre música ó baile, tomando todos parte en el entretenimiento. Continuaba este en diferentes barrios todos los dias durante un mes entero, y mientras esto sucedia los teatros estaban cerrados, y los principales actores trabajaban en las calles y plazas en honra de la Iglesia [29].

De esta especie de entretenimientos dramáticos que Calderon componia para las iglesias de Madrid, Toledo y Sevilla, nos quedan, como hemos dicho, setenta y seis; todos son alegóricos, y todos ellos por la música y el espectáculo se áproximan mas á la ópera que á ninguna otra clase de dramas de los conocidos entonces en España: unos por su extravagancia religiosa recuerdan el modo con que están tratados los dioses en las comedias de Aristofanes, y otros por su riqueza y lozanía traen á la memoria las máscaras poéticas de Ben Johnson y Milton. Sus argumentos son muy variados, y su estructura revela los inmensos gastos que se harian para ponerlos en escena.

Contando con la loa que acompaña á cada uno, los autos de Calderon son casi tan extensos como cualquiera de sus comedias: los hay cuyos títulos anuncian su argumento, como *Primero y segundo Isaac*, *La viña del Señor*, *Las Espigas de Ruth*; otros como *El verdadero dios Pan*, y *La primer flor del Carmelo*, ni siquiera lo indican. Todos están llenos de personajes ideales, como el Pecado, la Muerte, el Mahometismo, el Judaismo, la Justicia, la Piedad y la Caridad; y el fin y propósito

29 C. Pellicer, «Orígen de la Comedias», 1804, t. I, p. 258.

uniforme en todos es explicar y ensalzar la doctrina de la presencia real en la Eucaristía; así es que casi siempre representa en ellos un papel importante el enemigo mortal del género humano, demasiado importante, segun Quevedo, pues dice llegó á ser un señor tan vano y presumido, que se presentaba en el teatro lujosamente vestido y hablando con tanta marcialidad como si la casa fuera suya[30].

La estructura de semejantes dramas habia necesariamente de pecar por demasiado uniforme, y sin embargo, es verdaderamente sorprendente el ingenio que Calderon despliega en varias de sus alegorías, asociándolas unas veces á la historia nacional, como sucede en los dos autos de *El santo rey D. Fernando*, mezclándolas otras con incidentes é historias de la Sagrada Escritura, como en *La serpiente de metal* y en *El arca de Dios cautiva*, y buscando siempre acontecimientos populares y muy conocidos para producir mayor efecto en su auditorio, como los que hizo despues de concluido el Escorial y el Buen Retiro, ó despues del casamiento de la infanta María Teresa, sucesos que dieron orígen á otros tantos autos. En casi todos ellos se leen trozos de bellísima poesía lírica, y en algunos pocos, y principalmente en *La devocion de la misa*, hace libremente uso de los antiguos romances.

Uno de los mas singulares y característicos de toda la coleccion y tambien de gran mérito poético es *El divino Orfeo*[31]. Empieza presentándose en la escena una gran carroza negra, en figura de barca, conducida ó arrastrada por la calle al tablado en que se iba á ejecutar el

[30] Quevedo, «Obras», 1791, t. I, p. 386.

[31] Está en el t. IV de la edicion hecha en Madrid en 1759.

auto. En ella va sentado el Príncipe de las Tinieblas, á guisa de pirata, llevando á la Envidia de piloto y suponiéndose que ambos han atravesado en su navegacion gran parte del caos. Oyen á lo léjos una música armoniosa, salida de otra carroza que se acerca por el lado opuesto en forma de globo celeste, en que están figurados los signos de los planetas y constelaciones, y en la que viene el mismo Orfeo, representacion alegórica del Criador de todas las cosas visibles é invisibles. Sale despues otra tercera carroza, que viniendo del terrestre globo, conduce á los siete dias de la semana y á la Naturaleza humana, todos profundamente dormidos; estas carrozas se abren de tal manera, que los personajes que van dentro pueden presentarse en la escena ó retirarse de ella á su antojo, porque la maquinaria constituia por sí sola una parte muy importante de estos espectáculos, y era á los ojos del púplico una de las primeras condiciones de su buen éxito.

Al entrar en la escena el divino Orfeo con su correspondiente música y coros en verso, comienza la obra de la creacion, empleando siempre el autor lenguaje y palabras de la *Biblia*; en ocasion conveniente y á medida que la escena adelanta, salen los Dias de la semana sacudiendo el sueño y revestido cada uno del símbolo correspondiente á la parte de la creacion que en él se ha ejecutado. Despues de esto, el Criador llama á la Naturaleza humana, quien aparece en figura de una mujer hermosa, y es la Eurydice de la fábula. Baja del paraíso, donde el placer habita con ella, y en el éxtasis de su felicidad entra cantando un himno en honor de su Criador, fundado en el salmo 136, cuyo efecto poético está considerablemente disminuido por la inoportuna escena de ga-

lantería alegórica entre el divino Orfeo y la misma Naturaleza humana.

Siguen despues la tentacion y la caida de Luzbel, con cuyo motivo los graciosos Dias que han acompañado siempre á la Naturaleza sembrando su camino de placeres y regocijos, la van abandonando uno en pos de otro, dejándola expuesta á la prueba y al pecado. Comienza ella á sentir remordimientos, y pugnando por evitar las consecuencias de su delito, es conducida en la barca del Leteo al imperio del Príncipe de las Tinieblas, que desde su aparicion en la escena trabaja ayudado de la Envidia por conseguir este triunfo; su victoria, sin embargo, es de poca duracion. El divino Orfeo, que durante algun tiempo ha representado el papel del Salvador, se presenta en la escena llorando la caida de la Naturaleza humana, y acompañándose con una arpa en figura de cruz entona un canto amoroso y elegíaco; al concluir se reviste de su omnipotencia, y penetra en el imperio de las tinieblas entre truenos y rayos; arrolla todos los obstáculos que se oponen á su marcha, libra á la Naturaleza de la perdicion y la coloca con los siete Dias de la semana, libertados tambien por él, en una cuarta carroza en forma de nave, que representa la Iglesia cristiana y el misterio de la Eucaristía. Entonces comenzaba á moverse aquella máquina suntuosa, y el auto terminaba en medio de los aplausos de los mismos interlocutores, á quienes correspondia el auditorio puesto de rodillas, deseando á la nave feliz viaje y próspero arribo al puerto de salvacion.

No cabe la menor duda de que estos autos sacramentales producian grande efecto: desde los tiempos mas remotos el pueblo español tuvo decidida aficion á toda especie de

alegorías, aficion que continuó creciendo y fué aumentándose cada vez mas. El espectáculo imponente de estas composiciones, su música, la circunstancia de ser puestas en escena en las fiestas mas solemnes, el ser comunmente costeadas por el Gobierno y siempre sancionadas por la Iglesia, les dió tal favor y popularidad cual ninguna otra diversion pública llegó á alcanzar; escribíanse y se representaban en toda España y por toda especie de gentes, porque todos las querian y deseaban. La pobreza y miseria con que á veces se ejecutaban en pueblos de corto vecindario y en aldeas puede colegirse de lo que Rojas dice en su *Viaje entretenido*, cuando describe una representacion del auto de Cain y de Abel, en que dos actores solos representaban todos los papeles [32], así como Lope de Vega [33] y el testimonio de Cervantes [34], quienes dicen que muchos de estos autos eran escritos por barberos y representados por pastores. Sabemos, por otra parte, que en Madrid no se ahorraba gasto alguno para aumentar su solemnidad y efecto, y que en todas partes les dispensaban las autoridades su apoyo y proteccion. Esta influencia no ha terminado aun del todo: Cárlos III los prohibió en 1765; pero la voluntad del público y una posesion de cinco siglos consecutivos pudieron mas que la resolucion de la corona; todavía hay lugares y aldeas extraviadas en que se ejecutan autos ó farsas sagradas, mientras que en las antiguas colonias españolas nadie se ha atrevido á chocar de frente con espectáculos, si no enteramente iguales en la forma, al menos de una misma índole y espíritu [35].

[32] Rojas, «Viaje entretenido», 1614, folios 35-37.

[33] Lope de Vega, «Comedias», t. IX, Barcelona, 1618, fol. 133. «El animal de Hungría.»

[34] «Don Quijote», parte I, cap. 12.

[35] «Cartas de Doblado», 1822, páginas 296-301, 303-309: Madama Calderon, Vida en Méjico, Lóndres, 1843; cartas 38 y 39; Thompson,

En cuanto á *comedias devotas y de santos*, Calderon escribió trece ó catorce de ellas, pues era indispensable que para asegurar su crédito, trabajase un género que durante su vida estuvo tambien muy en boga. La muerte de la reina D.ª Isabel, en 1644, y la del príncipe D. Baltasar Cárlos, heredero de la corona, en 1646, interrumpieron las funciones teatrales y resucitaron la antigua cuestion de si eran ó no lícitas; esto produjo nuevos reglamentos determinando el número de actores que debia tener cada compañía y los trajes que debian usar, y hasta se trató de quitar de la escena todas las comedias que se fundaban en el amor, y especialmente todas las de Lope. Continuó esta situacion violenta hasta 1649, pero ningun resultado importante tuvo; las reglas establecidas no se llevaron á efecto con el espíritu de rigor que las dictó, y así se anunciaron y representaron como devotas muchas comedias que no tenian de tales mas que el título; y otras, si bien devotas en la forma, estaban llenas de intrigas amorosas tan libres como las de las comedias profanas. Es indudable que cuantas tentativas se hicieron para sujetar al teatro, otras tantas salieron vanas é infructuosas, eludiendo los autores las pragmáticas promulgadas, unas veces con oposicion declarada, y otras con astucia, especialmente por medio de representaciones hechas en los palacios de la nobleza [36].

«Recuerdos de Méjico», New-York, 1846, 8.°, cap. 11. El aprecio que los autos disfrutaron hasta época muy reciente y entre eclesiásticos muy respetables puede deducirse de la admiracion que hácia ellos demuestra Don Martin Panzano, capellan de la embajada española en Turin, en su tratado latino «*De Hispanorum litteratura*» (*Mantuæ*, 1759, folio), obra escrita en defensa de los méritos literarios de España, y en la que, hablando de los autos de Calderon poco antes que fuesen prohibidos, dice que son dramas *in quibus, neque in inveniendo acumen, nec in disponendo ratio, neque in ornando aut venustas aut nitor aut majestas desiderantur*, p. LXXV.

36 Estas representaciones en casas particulares estuvieron muy en boga. Bisbe y Vidal (Tratado, 1618, cap. 18) habla de ellas como muy comunes en Barcelona, y en medio de su severidad para con el teatro, las trata con

Abandonadas, por último, aquellas tentativas, el teatro se desarrolló con mayor fuerza que nunca, adquiriendo una popularidad que llegó á rayar en locura[37], como lo demuestra bien el gran número de autores dramáticos que adquirieron fama y nombre, y la circunstancia especial de que eclesiásticos como Tárraga, Mira de Mescua, Montalvan, Tirso de Molina, Calderon, sin hablar de Lope, que era exactísimo en el cumplimiento de los deberes de su sagrado ministerio, fueron escritores felicísimos en este género[38].

notable indulgencia, manifestando así que reconocia su popularidad é influencia.

[37] Difícil seria fijar con exactitud la suerte que el teatro tuvo en estos cuatro ó cinco años, pero se sabe que en parte de ellos al menos los escritores hubieron de luchar con bastantes obstáculos, y se pusieron mas ó menos trabas á las representaciones dramáticas. Algunas de ellas señaló Pellicer en su «Orígen etc. de la comedia» (t. I, pp. 216-222, y t. II, p. 135), libro importante, aunque escrito con poco método. Segun D. Juan Antonio Conde, Pellicer, el padre, el erudito comentador del «Quijote», fué quien reunió los materiales para dicha obra; pero el hijo no supo coordinarlos. Tambien se hallan algunas noticias y datos sobre el teatro profano de la época de que estamos tratando en la defensa de la comedia por Ulloa y Pereira, escrita sin duda alguna en el momento mismo del ataque, aunque no se publicó hasta 1674, juntamente con sus demás obras (Madrid, 4.°) Dice este autor que nunca se trató seriamente de proscribir el teatro, y que el mismo Felipe II solo quiso arreglarle y darle nueva forma (p. 343). D. Luis Crespi de Borja, obispo de Orihuela y embajador de Felipe IV en Roma, que en un principio favoreció al teatro, predicó en la cuaresma de 1646 un sermon furioso contra él, que se imprimió tres años despues y causó gran sensacion. Contestó á él D. Andrés de Avila y Heredia, señor de la Garena, á quien replicó mas tarde el padre Ignacio de Camargo en otro papel. Pero todas estas controversias no auxiliaron ni contrarestaron en nada el progreso del arte dramático en España.

[38] El clero escribiendo comedias libres y hasta inmorales es un rasgo que caracteriza bien el estado de la sociedad española, segun lo pinta madama d'Aulnoy en su «Viaje» (1679-1680), libro curioso y entretenido, en el que algunas veces se ve retratado con mucha maestría aquel espíritu religioso que con tanta frecuencia hallamos en la literatura española. Así pues, al hablar del uso constante del rosario, hábito general en toda España, y heredado quizá de los tiempos del mahometismo, como para contrastar con los moros, que tambien le usan, dice así: «Van siempre con »el rosario en la mano, por la calle »y cuando están en conversacion, »cuando juegan al revesino como »cuando enamoran, cuando refieren »cuentos ó chascarrillos y cuando »murmuran unos de otros, en una »palabra, andan con él todo el dia, »diciendo sus devociones entre dien»tes y sin cesar un solo momento, aun »en la reunion mas grave y ceremo»niosa; cuán devotamente lo harán, »bien puede inferirse; pero en España »es grande la fuerza de la costum»bre.» (Edic. 1693, t. II, p. 124.)

Una de las comedias devotas mas notables de Calderon es *El purgatorio de S. Patricio:* fúndase en la obrilla del mismo título que publicó Montalvan y de que ya antes hicimos mencion, en la cual la antigua leyenda de que en un islote sobre la costa de Irlanda ó en la misma Irlanda, se hallaba una cueva con entrada al purgatorio está unida á la ficcion histórica del español Ludovico Enio, quien aparte de haberse convertido al cristianismo por la predicacion de S. Patricio y «acabar bien», es en todo lo demás una especie de D. Juan Tenorio [39]. Esta singular composicion comienza con un naufragio; S. Patricio y el descreyente Enio son arrojados á la orilla, salvándose el pecador, merced á los esfuerzos del Santo. Hállanse en Irlanda, cuyo rey, tambien ateo y descreido, es muy enemigo de los cristianos; luego se presenta en la escena, y despues de una muestra ó alarde de los honores del paganismo, que no carece de poesía, envia á S. Patricio al interior de la isla para que trabaje como esclavo á las órdenes de un amo brutal y feroz. La primera jornada concluye con la llegada del Santo á su destino, donde en medio del campo, y durante sus fervientes oraciones, le consuela un ángel anunciándole la determinacion de la voluntad divina, que ha dispuesto convierta á sus mismos opresores.

Pasan tres años antes de comenzar la segunda, y en este intermedio S. Patricio ha hecho un viaje á Roma,

39 La «Vida y purgatorio del glorioso S. Patricio», de que poseemos un ejemplar (Madrid, 1739, 18.°), fué un libro de devocion muy popular en Francia y en España. La simple lectura de la comedia de Calderon da á conocer que este tomó mucho de él. Wright, en su agradable libro sobre «El purgatorio de S. Patricio.» (Lóndres, 1844, 12.°, pp. 156-159), supone que la obra francesa está tomada del drama de Calderon; es cierto que se parecen mucho, pero esto consiste en que ambas están tomadas del trabajo de Montalvan, que es el verdadero original.

donde recibe el encargo formal de convertir el reino de Irlanda, empresa que luego se prepara á llevar á cabo; inmediatamente comienza á obrar milagros, y entre otros, el de resucitar á un muerto en la misma escena. Sin embargo, aquel rey pagano endurecido se niega á creer mientras no vea y perciba él mismo y con los sentidos corporales el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. S. Patricio, inspirado por Dios, le ofrece el cumplimiento de sus deseos; ábrese inmediatamente una lóbrega y profunda cueva, que comunica con el mundo invisible; entra en ella el impío Enio ya convertido por una vision espantosa, penetra aquellos terribles misterios, y al volver refiere lo que ha visto, de cuyas resultas el Rey y toda su corte se convierten, siendo este, por decirlo así, el único lance del drama.

Además de esta parte, puramente religiosa, tiene *El purgatorio de S. Patricio* su correspondiente enredo amoroso, y tal que pudiera sin dificultad acomodarse á cualquiera comedia profana, y tambien un gracioso tan desvergonzado é insolente como el que mas [40]. Pero la intencion del poeta se dirige solo á producir un efecto religioso, y no hay motivo alguno para suponer que el éxito no correspondiese á sus esperanzas. Hay, sin embargo, mucho de grotesco y de inconveniente, bastantes trozos metafísicos y pesados, y dos relaciones de Enio, compuestas á lo menos de trescientos versos cada una; la

[40] Cuando Enio resuelve entrar en la cueva del purgatorio, ruega muy formalmente á su criado, que es el gracioso, que le acompañe, pero este le responde:

No he oido que ninguno
Vaya al infierno con mozo;
A mi aldea me he de ir,
Allí vivo sin enojos,
Y fantasma por fantasma,
Bástame mi matrimonio.
(*Comedias*, 1760, t. II, p. 264.)

Pero hay al mismo tiempo en este extravagante y singularísimo drama trozos bellísimos, llenos de solemnidad y de grandeza. Cuando Enio va á entrar en el mundo de los espíritus habla con toda la fuerza del Dante.

primera pintando su vida pecaminosa y ruin antes de su conversion, y la segunda refiriendo cuanto ha visto en la cueva, con la particularidad de que en esta última se citan como autoridad los escritos de catorce ó quince frailes enteramente desconocidos y posteriores por supuesto con mucho á la época en que se coloca la escena del drama [41]. A pesar de todos estos defectos, *El purgatorio de S. Patricio* pasa generalmente por una de las mejores comedias devotas del siglo XVII.

Bajo muchos aspectos, sin embargo, la comedia que acabamos de analizar no es tan repugnante como otra tambien muy famosa intitulada : *La devocion de la Cruz*, cuyo argumento se funda en las aventuras de un hombre que despues de haber cometido en su vida los crímenes mas atroces, consigue el particular favor de Dios por el solo hecho de haber mirado siempre con cierta reverencia exterior todo aquello que tiene forma de cruz, hasta el punto que, muriendo acaso en una reyerta de pícaros y ladrones como él, su habitual devocion á la cruz es causa de que recobre milagrosamente la vida, se confiese, reciba la absolucion y vaya derecho al cielo. Todo esto parece pura invencion de la fantasía de Calderon, á lo que debemos añadir que el lenguaje fervoroso de algunos de los interlocutores ha dado á esta comedia gran nombradía y favor en toda España, siendo todavía mas notable que el número de sus admiradores en la cristiandad protestante sea tambien considerable [42].

[41] Véanse los capítulos. 4 y 6 del «Purgatorio de S. Patricio», de Montalvan.

[42] Está bellísimamente traducida al aleman por A. W. Schlegel. Hay un drama de Tirso «El condenado por desconfiado», que va aun mas léjos en la pintura de la fe religiosa peculiar de aquella edad, y puede compararse en punto á mérito con la comedia de Calderon, á que precedió. Representa á un santo ermitaño, llamado Paulo, que pierde el favor de Dios por solo carecer de confianza en él; mientras

El mágico prodigioso, que es la historia de S. Cipriano, segun la antigua leyenda de que se valió Milman para escribir su *Mártir de Antioquia*, es mucho mas agradable y entretenido que los dos que hemos citado, y así como *El Josef de las mujeres*, nos recuerda al momento *El Fausto* de Goethe. La accion empieza con uno de aquellos bellísimos trozos de poesía lírica descriptiva que tan frecuentes son en Calderon, en que el mismo Cipriano, aun pagano, refiere cómo durante una solemne festividad consagrada á Júpiter se ha retirado del bullicio y confusion de la ciudad, á fin de continuar sus estudios é investigaciones sobre la existencia de un Sér Supremo. Al tocar casi en las conclusiones que infaliblemente le han de poner en el camino de la verdad, Satanás, que mira disgustado aquella cadena de argumentos, interrumpe sus estudios, y anunciándose como un sabio que casualmente ha perdido el camino, se presenta en la escena en traje de cortesano y vestido de negro. Este personaje, siguiendo una costumbre harto comun en las universidades de Europa en tiempo del poeta, se ofrece luego á mantener con Cipriano cualquiera cuestion; Cipriano escoge, como es natural, la que mas le preocupa, y despues de una controversia larga, lógica y ajustada en un todo al estilo escolástico, consigue el triunfo sobre su adversario, aunque reconoce su gran talento y la fuerza de su ingenio, que contempla con admiracion. El mal espíritu, entre tanto, á pesar de su derrota, marcha resuelto á proseguir su conquista y á valerse de la tentacion.

Enrico, ladron y asesino, consigue aquel mismo favor por haber desplegado la fe mas viva, la confianza mas firme hasta el fin de una vida manchada con los crímenes mas espantosos.

Con este objeto presenta á Lelio, hijo del gobernador de Antioquía, y á Floro, ambos amigos de Cipriano, que han reñido y vienen desafiados cerca de su retiro, con motivo de una hermosa dama, llamada Justina, cuya inocencia y pureza tienen irritado al enemigo. Interviene Cipriano: sus amigos le autorizan á dirimir la cuestion; para ello va á visitar á Justina, quien resulta cristiana en secreto, y se dice hija de un sacerdote; pero desgraciadamente Cipriano, en vez de desempeñar su comision, se enamora ciegamente de la dama, con cuyo motivo y en justa observancia del espíritu de parodia que domina siempre en el teatro español, el poeta hace que los dos lacayos de Cipriano se enamoren tambien de la doncella de Justina.

Aquí comienza realmente el enredo, porque lo que llevamos referido no es mas que una especie de introduccion preparatoria; aquella misma noche, Lelio y Floro, los dos rivales que se disputan el cariño y posesion de Justina, sin que esta favorezca á ninguno de ellos, vienen cada uno por su lado y se colocan debajo de sus balcones para darle una música; pero mientras ellos están allí, Satanás se propone deshonrarla atribuyéndola un amante favorecido, y para ello, tomando la figura de un galan, se descuelga del balcon por una escala de cuerda, cae en medio de ellos, y desaparece hundiéndose en la tierra. Como los galanes no se han conocido mutuamente hasta despues de la desaparicion de Satanás, si bien ambos han visto á este bajar por la escala, tiénense el uno al otro por el amante favorecido, lo cual provoca, como es consiguiente, una grave cuestion y un desafío en el acto. Interviene de nuevo Cipriano y vuelve á componerlos con su prudencia; pero ig-

nora la escena que han presenciado, queda en extremo sorprendido de que entrambos renuncien á Justina como indigna de su amor y estimacion, y con esto concluye la primera jornada.

En las otras dos Satanás continúa siendo activo, sagaz é intrigante; aparécese bajo diversas formas, primero como náufrago, despues como apuesto mancebo, aunque siempre con la mas dañada intencion; entretanto promueve la persecucion de los cristianos; el amor de Cipriano se hace cada vez mas violento, hasta el punto de vender su alma al espíritu maligno con tal de poseer á Justina. A todo esto la hermosa cristiana sufre las tentaciones mas horribles, segun parece por una bellísima alegoría lírica en que todo cuanto la rodea, las aves, las flores, el viento embalsamado la convida al amor con seductores é insinuantes acentos; pero al fin triunfa de todos estos artificios, y la inocencia inerme logra desbaratar los intentos y maquinaciones que pone en juego el poder diabólico. Cede, por último, Cipriano y se convierte al cristianismo, de cuyas resultas es citado con Justina á presencia del gobernador; la cólera de este llega á su colmo al ver á su hijo amante de la hermosa cristiana, y los condena al último suplicio; los dos criados, que son los graciosos, dicen con este motivo bastantes necedades, y la comedia concluye con la aparicion de Satanás montado en un dragon, confesando el soberano poder del Altísimo, que habia negado en las primeras escenas, y proclamando en medio de una ruidosa tempestad que Cipriano y Justina están gozando ya en el cielo del justo galardon de su glorioso martirio [43].

[43] En 1829 Cárlos Rosenkranz publicó en Leipsick una disertacion algo metafísica, aunque muy interesante, acerca de esta comedia y el mérito

Pocas comedias habrá que caractericen tan bien como esta el antiguo teatro español, y menos aun que manifiesten mas palpablemente el arte con que se eludian las disposiciones civiles en materia de fiestas escénicas, el modo de que se valian los autores para conciliarse el favor de la Iglesia, sin privar al mismo tiempo al público de todos aquellos atractivos y encantos á que estaba acostumbrado con el espectáculo de las comedias profanas [41].

dramático de Calderon «De la tragedia de Calderon el Mágico prodigioso», 12.°

[41] El tono ligero y hasta mundano que llegó á usarse en estas comedias se ve bien en las siguientes palabras de la Vírgen cuando da la casulla á S. Ildefonso, vistiéndosela para que diga misa:

> Este vestido en quien es
> Todo el sol un astro oscuro,
> Recibe, porque á mi fiesta
> Salgas galan, que procuro
> Como dama celebrada
> Que te vistas á mi gusto.
> (*Comedias*, 1760, t. vi, p. 113.)

Aun es mas reparable este lenguaje, tratándose, como se trata, de un milagro que es honra y gloria de la iglesia primada de España, sobre el cual se han escrito muchísimos volúmenes, y que Murillo ha consignado en uno de sus mejores cuadros.

Figueroa (Pasajero, 1617, folios 104-106) dice muy bien, en medio de la severidad con que habla del teatro de su tiempo, que las comedias de santos se escribian de modo que la primera jornada contenia la juventud y calaveradas del santo; la segunda su conversion y vida ejemplar, y la tercera sus milagros y muerte; pero que á esto mezclaban los autores aventuras y lances de amor profano para hacerlas mas agradables. Lo cierto es que las habia de muchos géneros, y es por cierto muy curioso en una coleccion tan voluminosa, que llega á cuarenta y ocho tomos, desde 1652 á 1704, el ver por cuántos medios trataba el teatro de hacerse grato á la Iglesia, pues hay comedias llenas enteramente de santos, demonios, ángeles y personajes alegóricos, que merecen bien la calificacion de sermon dada por algunos al «Fénix de España» (t. xliii, 1678), pues son en realidad mas sermones que comedias; al paso que otras son enteramente profanas, con la sola añadidura de un ángel ó de un santo para encubrir su inmoralidad, como «La defensora de la reina de Hungría», de Fernando de Zárate, en el t. 29, 1668.

En otras naciones católicas de la Europa y aun en aquellas donde se profesa la religion reformada, esta especie de irreverencia á las cosas santas se manifestó mas ó menos hasta en personas que se tenian por timoratas y religiosas. En tiempo de Cromwell, por ejemplo, los puritanos, que estaban firmemente persuadidos de la continua intervencion de la Providencia en cuanto les podia interesar, dirigian súplicas al cielo con un espíritu de devocion bastante parecido al que los españoles manifestaban en sus autos y comedias de santos. Unos y otros se miraban como objeto de la atencion especial del cielo, con derechos á pedir y reclamar el favor divino y con facultades para hacer las alusiones mas libres á lo que tenian por santo y respetable. Pero ningun pueblo en el mundo se ha considerado como soldado de la cruz con la fe que los españoles lo han hecho desde el tiempo de sus guerras con los moros; ninguno ha creido con tanta firmeza la intervencion milagrosa de la Divinidad en la vida comun y ordinaria, y

Quince de estas escribió Calderon, si contamos con su *Aurora en Copacábana,* relativa á la conquista y conversion del Perú, y con su *Virgen del Sagrario,* extraña coleccion de leyendas, que se extienden por espacio de cuatro siglos, llena del espíritu de los antiguos romances y relativa á una imágen de la Vírgen que hoy dia se venera en la catedral de Toledo.

así ninguno ha hablado de las cosas divinas de una manera tan familiar y doméstica. Hállanse por do quiera en la literatura española pruebas de esta verdad.

CAPITULO XXIII.

Continuacion de Calderon. — Sus comedias profanas. — Dificultad de clasificarlas. — Su principal interés. — Carácter de sus enredos. — *Amar despues de morir.* — *El Médico de su honra.* — *El pintor de su deshonra.* — *El mayor monstruo los celos.* — *El príncipe Constante.*

Si de las comedias á lo divino y autos de Calderon pasamos á sus comedias profanas, al punto tropezamos con una dificultad que ya en otras ocasiones se nos ha presentado, y es la de dividirlas en clases propias y determinadas. Hasta es muy difícil á veces el determinar si una comedia suya pertenece á este ó al otro género de sus dramas á lo divino; porque *El mágico prodigioso*, por ejemplo, es una comedia de tanto enredo como la de *Antes que todo es mi dama*; y *La aurora de Copacabana* está llena de personajes espirituales y de milagros, al propio tiempo que el fondo principal de ella es un lance amoroso. Pero aun examinando separadamente las comedias de Calderon, que, ya sea de un modo, ya de otro, pueden calificarse de devotas ó sagradas, es casi imposible el hacer una clasificacion acertada de las demás.

Algunas, como *No hay cosa como callar*, son enteramente comedias de enredo y corresponden á la escuela de las de capa y espada; otras, como *Amigo, amante y leal*, son puramente heróicas, tanto en la forma como en el estilo, y unas pocas, entre ellas *Amar despues de la muerte* y *El*

médico de su honra, son parto de las inspiraciones mas sombrías del genio trágico. Dos veces, aunque por distintos rumbos, encontramos verdaderas óperas que, sin embargo, son comedias del género nacional adornadas con el encanto de la música [1], y hay ocasiones en que se tropieza con un drama burlesco, como *Céfalo y Procris*, en que el autor, usando el lenguaje del vulgo, hace la parodia de una obra suya antes representada con buen éxito [2]. Sin embargo, en el mayor número de casos están atropellados los límites de los diversos géneros, y en muchos ocurre una mezcla de dos formas distintas; en las composiciones cuyos argumentos están tomados de la historia sacra y profana, ó de fábulas mitológicas ó ficciones muy conocidas reina tal confusion, que parecen hechas expresamente para burlarse de todo intento de clasificarlas [3].

Pero en medio de este desórden aparente reina casi siempre un principio uniforme, quizás tambien una teoría dramática: porque exceptuando á *Luis Perez el Gallego*, que es una serie de cuadros para pintar el carácter de un bandido célebre, y algunas otras comedias escritas expresamente para ser representadas en palacio

[1] «La púrpura de la rosa» y «Las fortunas de Andrómeda y Perseo» son comedias verdaderamente españolas, y sin embargo, tienen mucho canto. La última está tomada de las «Metamorfosis» de Ovidio, libros IV y V, y se representó ante la corte con un aparato teatral magnífico. La primera se escribió en celebridad del casamiento de la infanta María Teresa, 1660, y está tambien tomada de Ovidio (Metam., lib. X,) y en la loa que la precede se dice expresamente: «La comedia debe ser toda cantada, y tiene por objeto introducir un nuevo estilo entre nosotros para que las demás naciones vean que tambien tienen competidores en las distinciones de que se precian.» Pero nunca las óperas llegaron á arraigarse en España, aunque sí en Portugal.

[2] «Celos aun al aire matan» es la comedia que Calderon parodió; es el mismo argumento de su «Céfalo y Procris», á la que añadió por cierto con harta impropiedad la historia de Erostrato y la quema del famoso templo de Diana en Efeso.

[3] Por ejemplo, «Las Armas de la Hermosura» sobre la historia de Coriolano; y «El mayor encanto Amor» sobre la de Ulises.

en casos dados y con toda magnificencia, todos los grandes dramas de Calderon tienen librado su éxito en el interés vivo que causa un enredo intrincado y tejido de incidentes extraños y singulares[4]. El mismo lo confiesa así en una de ellas, diciendo que es

La novela mas notable
Que en castellanas comedias
Sutil el ingenio traza.
Y gustoso representa.

(*El alcaide de sí mismo*, jornada 2.ª)

Y en otra repite:

¿Es comedia de don Pedro
Calderon, donde ha de haber
Por fuerza amante escondido
O rebozada mujer?

(*No hay burlas con el amor*, jornada 2.ª)

Pero á este deseo de trazar una fábula que interesase sobremanera á su auditorio, Calderon sacrificó, como lo hizo Lope de Vega, los principios del arte, y así es que no repara en desfigurar completamente los hechos históricos y trastornar la geografía, siempre que lo estima conveniente para su intento. Coriolano es un general que sirve en tiempo de Rómulo, y su esposa Veturia es una de las Sabinas robadas. El Danubio, que un auditorio español en tiempo de Cárlos V debia conocer tan bien ó mejor que el Tajo ó el Ebro, lo coloca entre Suecia y Rusia[5]. Jerusalen es puerto de mar[6], y una vez supone que Herodoto escribió una descripcion de América[7].

[4] Calderon era famoso por lo que llaman efectos dramáticos, en tanto grado, que llegó á hacerse célebre y hasta proverbial el dicho de «Lances de Calderon».

[5] «Las armas de la hermosura.» Jornadas 1.ª y 2.ª

[6] «Afectos de odio y amor.» Jor. 2.ª

[7] «El mayor monstruo los celos.» Jornada 3.ª

Calderon sabia tan bien como ninguno que estos eran absurdos, y él mismo se burla de ellos con mucha gracia, pues en una de sus comedias[8], cuya escena pone en la antigua Roma, el gracioso comienza su relacion de esta manera:

Un fraile, mas no es bueno,
Porque aun no hay en Roma fraile.
(*Los dos amantes del cielo*, jornada 2.ª)

Tampoco considera como importante el conservar ningun carácter individual ó nacional arreglado á la historia, exceptuando quizá cuando trata de los moros. Así es que Ulíses y Circe se sientan como si estuvieran en un estrado de Madrid y reunen una academia de damas y caballeros, entablando una serie de cuestiones de galantería metafísica. Sta. Eugenia hace lo mismo en Alejandría en el siglo III de la era cristiana; y Judas Macabeo, Heródes, tetrarca de Judea; Jupangui, inca del Perú, y Zenobia nos son presentados como españoles legítimos que han pasado toda su vida en la corte de Felipe IV[9]. En medio de todo, casi nunca se pierde el interés y encanto de la fábula dramática, sostenido como lo está por una versificacion armoniosa y flúida y grandes trozos de narracion poética, en que Calderon emplea la fraseología y los giros mas ingeniosos para excitar la curiosidad y encadenar la atencion de su auditorio.

Verdad es que no es este el interés dramático á que estamos acostumbrados y al que debiéramos dar la pre-

[8] «La Virgen del Sagrario.» Jornada 1.ª El piadoso prelado que en ella aparece hablando de América y citando la autoridad de Herodoto se supone existia en una época anterior de seis ó siete siglos al descubrimiento de América.

[9] «El mayor encanto Amor.» Jornada 2.ª «El Josef de las mujeres.» Jornada 3.ª, etc.

ferencia; pero con todo, los efectos que produce son dramáticos. Conviene, pues, no juzgar á Calderon por lo que Shakspeare hizo, como tampoco es justo juzgar á Shakspeare por Sófocles; *Las mil y una noches árabes* no son menos entretenidas que las admirables ficciones de los novelistas modernos, porque su estilo é índole sean muy diversos; el actual auditorio de Madrid entiende y admira aun, como lo hicieron sus padres, las comedias de Calderon; y cuentan de un pobre alguacil que estaba acaso de servicio en el teatro mientras se representaba *La niña de Gomez Arias*, que al presenciar la escena en que arrastran á una dama española para venderla á los moros, fué tanto lo que se conmovió, que se lanzó con espada en mano en medio de los actores, con intento de impedir aquella villanía [10]. Inútil seria decir que comedias que producen tales efectos no son dramáticas, puesto que el testimonio de dos siglos y el de un pueblo entero prueban lo contrario.

Admitiendo, pues, que las comedias de Calderon son realmente dramas y que su fundamento ha de buscarse en la estructura de sus planes, podrémos examinarlas con el espíritu que las dictó; y si al investigar de esta manera su mérito y su carácter consideramos los diferentes grados en que el amor, los celos, el honor altivo y la lealtad caballeresca entran en su composicion, dando movimiento y vida á sus respectivas acciones, no podemos menos de proceder con acierto en nuestra investigacion y apreciar, como es debido, lo que Calderon hizo por el teatro de su patria.

En primer lugar, y tratando de la pasion del amor, se

[10] Huerta. Teatro español. Parte II, t. I, prólogo, p. 7. «La niña de Gomez Arias.» Jornada 3.ª

presenta desde luego una de las comedias mas notables de Calderon, que es la intitulada *Amar despues de la muerte*. El argumento es un suceso ocurrido en la rebelion de los moriscos de Granada, que estalló en 1568, y aunque hay trozos que sin duda están tomados de la historia de Mendoza[11], la mayor parte lo está de la narracion semigrave y semifabulosa de Ginés Perez de Hita, cuyos principales hechos son auténticos[12]. Ocupa la accion el espacio de unos cinco años, pues comienza tres ántes de la sublevacion y concluye con ella.

La primera jornada pasa en Granada, y en ella se expone la resolucion de los conjurados, de sacudir el yugo español, que habia llegado á ser intolerable. Tuzani, que es el protagonista, aparece enamorado ciegamente de Clara Malec, cuyo anciano padre, maltratado por un español, hace estallar la conjuracion antes de tiempo. Tuzani busca con afan al ofensor del padre de su amada, hay un desafío entre los dos, descrito con vigor y valentía, pero en medio del combate son interrumpidos[13], y los adversarios se separan para encontrarse en un campo todavía mas sangriento.

Tres años despues comienza la segunda jornada en unas montañas al sur de la ciudad, donde están atrin-

[11] Compárense los elocuentes discursos del Zaguer en Mendoza (edicion de 1776, lib. I, p. 29) y el de Malec en Calderon, Jornada 1.ª, ó la descripcion de las Alpujarras en la misma jornada con la de Mendoza, p 43.

[12] La historia del Tuzani está en los capítulos 22, 23 y 24 del t. II de las «Guerras de Granada», y es lo mejor de él. Dice Hita que se la refirió el mismo Tuzani mucho tiempo despues en Madrid, y es probable que la mayor parte sea verídica. Aunque Calderon se vale á veces de sus mismas palabras, tuvo que alterarla bastante para acomodarla á la forma dramática, pero los hechos son los mismos y la historia original es de Hita.

[13] Mientras se están batiendo en un cuarto á puerta cerrada, se arma repentinamente una gran confusion y llaman de fuera. Mendoza pregunta entonces á su enemigo:

MENDOZA.
¿Qué harémos?
TUZANI.
Que muera el uno;
Y abra luego el que viviere.
MENDOZA.
Decís bien.

cherados y fortificados los insurgentes; atácalos D. Juan de Austria, á quien se supone recien llegado de la insigne victoria de Lepanto, aunque tanto el mismo Calderon como su auditorio sabian muy bien que este suceso importante ocurrió un año despues de sofocada la rebelion de los moriscos. Acaba á la sazon de celebrarse el casamiento de Tuzani con Clara, y en el mismo momento uno de aquellos azares tan comunes en la guerra separa á los novios. La fortaleza en que se habia celebrado la ceremonia cae en manos de los españoles, y Clara, que estaba dentro, es asesinada en la confusion del asalto por un soldado codicioso de robar sus ricas joyas, pues aunque Tuzani llega á tiempo de presenciar su muerte, es ya tarde para reconocer y detener al asesino.

Desde este momento el drama presenta un colorido sombrío; el carácter de Tuzani se cambia ó parece cambiarse, reconcentrándose y adquiriendo nuevo fuego y violencia sus pasiones moriscas; en lo exterior, sin embargo, conserva su tranquilidad y sangre fria. Vístese de guerrero cristiano y se introduce furtivamente en el campo enemigo, procurando la venganza de su agravio con aquella resolucion y constancia, efecto no tanto del poder irresistible de una pasion vehemente como de la excitacion en que se encuentran todas las demás reunidas y agolpadas en un solo punto. Las joyas de Clara le sirven de guia para buscar al asesino; pero primero se asegura bien de su víctima, escuchando con la mayor serenidad la pintura que este hace de la hermosura de Clara y circunstancias de su muerte, y cuando el español concluye diciendo «la atravesé el pecho», Tuzani se arroja sobre él como un tigre diciendo: «¿Fué como esta la puñalada?» y le deja muerto á sus piés. Inme-

diatamente rodean al moro, á quien los españoles reconocen como uno de sus mas feroces enemigos, pero en presencia del mismo D. Juan de Austria se abre paso por medio de todos y huye á los montes. Hita dice que le conoció despues personalmente.

El mérito de esta tragedia sentida y dolorosa consiste principalmente en la impresion vivísima que produce la lucha de un amor puro y sublime con la fiereza y barbarie del siglo en que sucedió el lance; hecho que, manejado por la lozana fantasía de Calderon, se idealiza á pesar de tener por base y cimiento la verdad. Bajo este punto de vista, el drama es una pintura solemne de violencias, desastres y cuanto acompaña á una rebelion desesperada, por cuyas sombrías escenas nos va siguiendo como una antorcha aquel amor ardiente y apasionado que caracteriza al árabe do quiera que le hallamos, y el punzante aguijon del honor que nunca le abandonó, aun cuando desalentado y vencido hubo de retirarse y renunciar al imperio de Occidente, que habia disfrutado por espacio de tantos siglos. La rapidez de la accion nos conduce hasta presenciar lo mas odioso y repugnante de una guerra civil, pues vemos con nuestros propios ojos sus últimos excesos y horrores; y sin embargo, en medio de este horrible cuadro se distingue la dulce forma de Clara, símbolo bellísimo del amor de la mujer; su ternura parece calmar todos los elementos de guerra y de discordia, al paso que en la composicion toda los caractéres de D. Juan de Austria, Lope de Figueroa [14], y

[14] El carácter de D. Lope de Figueroa puede servir de ejemplo de la manera que Calderon tenia de dar vida é interés á muchas de sus comedias. Este caballero es un personaje histórico que figura mucho en el segundo tomo de las «Guerras de Granada», de Hita, y en otras muchas partes. Fué maestre de campo del tercio en que Cervantes sirvió en Italia, y probablemen-

Garcés por una parte, y el venerable Malec y el fiero Tuzani por la otra, nos deslumbran con la pintura poética que Calderon hace de aquellos tiempos y el contraste de pasiones y energía encarnizada entre dos naciones caballerescas viviendo en constante y encarnizada lucha.

En cuanto al plan, la comedia *Amar despues de la muerte* se funda en el amor acendrado de Tuzani y de Clara, sin mezcla alguna de celos y sin mas sentimientos ni obstáculos á dicha pasion que un pundonor altivo y si se quiere exagerado, cosa muy rara en Calderon, cuyas composiciones dramáticas, ofrecen casi siempre un enredo muy complicado formado con dichos recursos, y que unas veces viene á término feliz, y otras tiene un fin desgraciado.

De estas comedias, que pueden llamarse mistas, la mas conocida y admirada es *El médico de su honra;* la escena es en tiempo del rey D. Pedro el Cruel, pero la fábula no parece estar fundada en un hecho positivo, puesto que el monarca se presenta en ella con una elevacion y grandeza de alma que la historia no confirma [15]. Su hermano Enrique de Trastamara, supone el poeta, está ciegamente enamorado de una dama que, á pesar

te tambien en Portugal, pues se hallaba, segun él dice, en el tercio de Flándes, que era uno de los cuerpos militares mas distinguidos de los ejércitos de Felipe II. El carácter de Don Lope de Figueroa se presenta todavía mas brillante en otra comedia de Calderon, intitulada «El alcalde de Zalamea», cuyo protagonista es un labrador pintado magistralmente, aunque copiado en parte de «Mendo» en «El cuerdo en su casa», de Lope de Vega; al fin de la comedia se dice que el caso es cierto y ocurrido en 1581, cuando Felipe II avanzaba hácia Lisboa y probablemente cuando Cervantes estaba en Zalamea con dicho tercio.

[15] Hácia estos tiempos se manifestó una decidida intencion, que nosotros atribuimos á un sentimiento de excesiva lealtad y caballerismo, de defender al rey D. Pedro de las acusaciones hechas por su cronista D. Pedro Lopez de Ayala; encuéntranse rastros de esta intencion hasta en Moreto y otros escritores dramáticos del reinado de Felipe IV. En la «Niña de plata», de Lope, figura tambien el rey D. Pedro, aunque sin el carácter que generalmente se le atribuye.

de su elevada categoría, se casa con D. Gutierre Alfonso Solís, español de esclarecido linaje y caballeroso en extremo. Ella le ama sinceramente y es fiel, pero el Príncipe la ve por casualidad; su amor renace, la visita aunque contra su voluntad expresa, y deja inadvertidamente una daga en su habitacion. Ella, que ve á su esposo sobresaltado y excitadas ya sus sospechas, quiere evitar todo motivo de peligro y calmar aquel principio de discordia; con dicho fin comienza á escribir una carta á su antiguo amante, pero el marido la sorprende y se la arrebata de las manos. El marido toma al punto su partido, aunque la ama con ternura y con pasion; su honor no puede tolerar la idea de que antes de casarse haya podido su esposa tener interés con otro y que éste le haya visto privadamente despues de casada. Así pues, en el momento en que ella vuelve del desmayo en que cayó al verse sorprendida de su marido y arrancado de sus manos el equívoco escrito, halla á su lado un papel con estas terribles palabras: «El amor te adora, el honor te aborrece; y así, el uno te mata y el otro te avisa: dos horas tienes de vida, cristiana eres; salva el alma, que la vida es imposible.» Al terminar el plazo fatal de estas dos horas vuelve Gutierre acompañado de un cirujano y le hace asomarse á la puerta del cuarto en que ha dejado á su esposa.

Gutierre. Asómate á su aposento;
¿Qué ves en él?
Ludovico. Una imágen
De la muerte, un bulto veo
Que sobre una cama yace;
Dos velas tiene á los lados,
Y un crucifijo delante;
Quién es no puedo decir,

Que unos tafetanes
El rostro tienen cubierto.

Con las amenazas mas violentas Gutierre le manda entrar en el cuarto y dar una sangría suelta á la persona que está en aquel lecho; el cirujano entra y cumple la órden del marido, sin que la víctima ofrezca la menor resistencia. Pero cuando le sacan de la casa con la precaucion de vendarle los ojos, lo mismo que al entrar, pone en la puerta su mano cubierta de sangre para reconocerla, y revela inmediatamente al Rey la escena terrible en que ha sido testigo y actor.

Corre el monarca á casa de Gutierre, quien atribuye la muerte de su esposa á un accidente natural, no por ocultar la parte que en ella ha tenido, sino por no verse obligado á explicar su conducta revelando cosas que perjudiquen á su honor. El Rey no le responde directamente, pero le manda casarse inmediatamente con Leonor, dama que está presente, á quien Gutierre habia dado en otro tiempo palabra de casamiento y que se habia quejado al Rey de su falsedad y engaños. Vacila Gutierre y pregunta qué deberá hacer si el Rey mismo va alguna vez á visitar en secreto á su esposa, queriendo así darle á entender la verdadera causa del sangriento sacrificio que ha presenciado, y que no quisiera de modo alguno verse obligado á repetir; pero el Rey contesta resueltamente, y la comedia acaba con esta extraña y singular escena:

Rey. Para todo habrá remedio.
Gutierre. ¿Posible es que á esto le haya?
Rey. Sí, Gutierre.
Gutierre. ¿Cuál, Señor?
Rey. Uno vuestro.
Gutierre. ¿Qué es?

Rey. Sangrarla.
Gutierre. ¿Qué decís?
Rey. Que hagais borrar
Las puertas de vuestra casa
Que hay mano sangrienta en ellas.
Gutierre. Los que de un oficio tratan
Ponen, señor, á las puertas
Un escudo de sus armas;
Trato en honor, y así pongo
Mi mano en sangre bañada
A la puerta, que el honor
Con sangre, señor, se lava.
Rey. Dádsela, pues, á Leonor,
Que yo sé que su alabanza
La merece.
Gutierre. Si la doy,
Mas mira que va bañada
En sangre, Leonor.
Leonor. No importa,
Que no me admira ni espanta.
Gutierre. Mira que médico he sido
De mi honra; no está olvidada
La ciencia.
Leonor. Cura con ella
Mi vida en estando mala.
Gutierre. Pues con esta condicion
Te la doy.

(*Jornada* 3.ª)

Es indudable que solo en el teatro español se puede representar una escena como esta, y tambien lo es que, á pesar de conculcarse en ella todos los principios de la moral cristiana, es muy acomodada al carácter nacional, lo cual ha sido causa de que el drama sea siempre recibido con aplausos hasta en nuestros dias [16].

Otra de las comedias fundadas en el amor, los celos y el honor es *El pintor de su deshonra*, en la que un marido sacrifica á su esposa infiel y á su amante, por lo cual le

[16] «El médico de su honra», Comedias, t. VI.

felicitan y dan gracias los padres de su esposa y los del galan, que animados del antiguo espíritu de caballerismo español, no solo aprueban el sacrificio de sus hijos, sino ofrecen al esposo agraviado sus propias personas para defenderle de los peligros que pueda acarrearle el asesinato que ha cometido [17]. *A secreto agravio secreta venganza* es tambien una comedia del mismo género, que termina tan trágicamente como las dos anteriores [18].

Pero para presentar la pintura de los celos y dar una prueba del vigor y robustez con que Calderon sabia describir dramáticamente sus espantosos efectos, ninguno de cuantos dramas compuso puede compararse con el de *El mayor monstruo los celos y tetrarca de Jerusalen* [19]. Su argumento es la famosa narracion que hace Flavio Josefo de los horribles celos de Heródes, tetrarca de Galilea, quien mandó por dos veces matar á su esposa Mariamne ó Mariene en el caso que él mismo sucumbiese en su lucha con Octavio y Marco Antonio, y de miedo que otro la poseyese [20].

En las primeras escenas de esta comedia vemos á Heródes acompañado de su querida esposa y lleno de inquietud por una prediccion que le han hecho de que ha de matar con su propia daga lo que mas quiere en el mundo, y al mismo tiempo que Mariene ha de ser de-

[17] «El pintor de su deshonra», Comedias, t. xi.

[18] «A secreto agravio secreta venganza», Comedias, t. vi. Calderon afirma al fin que el caso es verdadero y ocurrido en Lisboa, poco antes que el rey D. Sebastian se embarcase para pasar al Africa, que fué en 1578.

[19] «El mayor munstruo los celos», Comedias, t. v.

[20] Josephus. *De bello Judaico*. Libro i, capítulos 17, 22, y *Antiquit. Judaicæ*. Lib. xv, cap. 2, etc. Voltaire escribió sobre el mismo asunto su tragedia «Marianne», representada por primera vez en 1724. En un folleto anónimo, publicado en Madrid, 1828, 18.°, escrito por D. Agustin Duran, é intitulado «Sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro antiguo español», hay un exámen crítico de la comedia de Calderon muy bien hecho, páginas 106-112.

vorada por el mas fiero y terrible de los monstruos. Al mismo tiempo sabemos que el Tetrarca, en el exceso de su amor á su esposa, jóven y hermosa, aspira nada menos que al dominio del mundo, que entonces se disputaban Octavio y Marco Antonio, y que él còdicia solo por el ansia de ofrecérselo y ponerlo á sus piés. Con este objeto une su suerte á la de Marco Antonio, pero su proyecto se frustra; Octavio descubre sus intenciones, y le manda presentarse en Egipto á dar cuenta de su gobierno. Casualmente entre los despojos y botin de la derrota de Marco Antonio, que van á manos de su rival, se encuentra un retrato de Mariene, del cual el general romano queda tan sumamente prendado, que, aun con la noticia falsa de haber muerto su original, al llegar Heródes á Egipto encuentra multiplicada por todas partes la imágen de su esposa y á Octavio víctima del amor y de la desesperacion.

Los celos de Heródes llegan entonces al último extremo: viendo que Octavio se prepara á marchar á Jerusalen, se abandona á su terrible influencia; ciego de ira y de dolor, con el corazon lleno de miedo, envia á un amigo anciano y de toda su confianza y le da una órden por escrito para que mate á Mariene en el caso que él muera, si bien añade con ternura:

Pero no sepa que yo
Soy el que morir la manda,
No me aborrezca el instante
Que pida al cielo venganza.

Su fiel criado quiere hacerle reflexiones, y él le interrumpe diciéndole:

Calla,
Que sé que tienes razon,
Pero no puedo escucharla.

Y luego se va desesperado, exclamando:

Esferas altas,
Cielo, sol, luna y estrellas,
Nubes, granizos y escarchas,
¿No hay un rayo para un triste?
Pues si ahora no los gastas,
¿Para cuándo, para cuándo
Son, Júpiter, tus venganzas?

Mariene en tanto descubre sus proyectos, y al llegar á las inmediaciones de Jerusalen, suplica y consigue de Octavio la vida de su esposa, gracia que el romano otorga gozoso por complacer al original del bellísimo retrato de que estaba prendado, siendo bastante magnánimo para no hacer justicia de un enemigo, cuya traicion y felonía no le daban el menor derecho á perdon.

Inmediatamente que Mariene ha arrancado á Octavio la palabra de respetar la vida de su esposo, se encierra con él en lo mas recóndito del palacio, y allí, llena de amor y de resentimiento, le echa en cara su designio de asesinarla, y le anuncia que desde aquel instante va á retirarse á una soledad con sus doncellas y pasar su vida en viudez y perpetuo llanto; pero aquella misma noche consigue Octavio penetrar en su retiro para salvarla de la violencia de su esposo, de cuyos proyectos es tambien sabedor; niégase ella á darle crédito, declarando que su esposo es incapaz de atentar á su existencia, y le defiende y se defiende á sí propia con un amor que raya en heroismo. Huye por último, Octavio la persigue; y en este momento se presenta Heródes, los sigue y sobreviene una lucha y un combate, apáganse las luces y Mariene cae muerta de una puñalada que su esposo dirigia á su rival, cumpliéndose de este modo la profecía anunciada al principiar el drama de que seria víctima de

la daga de su esposo, y del mayor y mas formidable de los monstruos, es á saber, los celos.

El desenlace, aunque previsto, está muy bien preparado, de manera que causa profunda impresion, así en el auditorio como en el lector; y en verdad que parece punto menos que imposible el llevar aquella fiera y violenta pasion al teatro en tan alto grado como lo hizo Calderon. Los celos de Otelo, con los que muchas veces han sido comparados los del Tetrarca, son mas groseros y materiales, y no tienen un orígen tan noble; en la comedia de Calderon se ve desde el principio que los del Tetrarca están únicamente fundados en el temor de que despues de su muerte posea á Mariene un rival á quien ella nunca ha visto, y esta idea sola le arrastra hasta el punto de atentar á la vida de una esposa virtuosa é inocente.

A pesar de la visible diferencia que hay entre ambos dramas, el de Calderon y el de Shakspeare, hay sin embargo puntos accidentales de semejanza. En la comedia española hay una escena nocturna en que Mariene, al desnudarla las doncellas, viéndola pensativa y preocupada con el pensamiento del fatal destino que la amenaza, cantan para distraerla aquellos sentidos versos del comendador Escrivá, que forman parte de las joyas primitivas de la poesía popular española atesoradas en el primer *Cancionero general*,

Ven, muerte, tan escondida
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me vuelva á dar la vida [21].

[21] Véanse tambien «Las manos blancas no ofenden», de Calderon, Jornada 2.ª, donde se repite esta copla y el «Cancionero general», 1573, fol. 185. Lope de Vega la glosó (Obras, t. XIII, p. 256), y Cervantes la cita (Don Quijo-

Versos y canto bellísimo, que recuerdan la escena de la tragedia inglesa, en la que poco antes de la muerte de Desdemona y al hablar con Emilia, que la está desnudando, entona esta la antigua y triste cancion del sauce.

Tambien se asemeja algo la noble defensa que Desdemona hace de Otelo hasta sus últimos instantes á la respuesta de Mariene á Octavio cuando este la aconseja que apele á la fuga para salvarse de la cólera de su esposo.

El labio mudo
Quedó al veros, y al oiros
Su aliento le restituyo,
Animada para solo
Deciros que algun perjuro,
Aleve y traidor, en tanto
Malquisto concepto os puso.
Mi esposo es mi esposo : cuando
Me mate algun error suyo,
No me matará mi error
Y lo será si dél huyo.
Yo estoy segura, y vos mal
Informado en mi disgusto,
Y cuando no lo estuviera,
Matándome un puñal duro,
Mi error no me diera muerte,
Sino mi fatal influjo;
Con que viene á importar menos
Morir inocente, juzgo,
Que vivir culpada á vista
De las malicias del vulgo;
Y así, si alguna fineza
He de deberos, presumo
Que la mayor es volveros.

Otros varios trozos pudiéramos citar que, aunque muy notables, no aumentan el interés general del drama:

te, parte II, cap. 38), lo que prueba su inmensa popularidad y el aprecio universal que disfrutaba.

consiste este en la pintura del carácter heróico de Heródes, devorado por la horrible pasion de los celos, aminorada solo por la belleza é inocencia de su esposa en el momento mismo de su muerte. Durante toda la composicion vemos constantemente suspendida sobre ambos la daga fatal como el implacable destino de la antigua tragedia griega, que solo los espectadores veian, al presenciar los inútiles esfuerzos de las víctimas por escapar á la suerte que les aguarda, esfuerzos que los conducen mas y mas al fin á que están predestinados.

Otras comedias de Calderon tienen cifrado exclusivamente su buen éxito en el noble principio de la lealtad sin mezcla alguna ó muy poca de la pasion del amor y de los celos. La mas notable en este género es *El príncipe Constante* [22]. Su argumento versa sobre la expedicion contra los moros de Africa, hecha en 1438 por el infante D. Fernando de Portugal, expedicion que terminó con la completa derrota de los invasores al frente de Tánger, quedando prisionero el mismo infante que murió cautivo y miserable el año 1443. Sus huesos estuvieron por espacio de treinta años en poder de los infieles, hasta que por último fueron rescatados y conducidos á Lisboa, recibiendo honrada sepultura y la misma reverente adoracion que los de un santo mártir. Halló Calderon esta historia en las antiguas é interesantes crónicas portuguesas de Juan Alvarez y Ruy de Pina, si bien con un talento sumo supo hacer voluntarios los tormentos y disgustos del Príncipe, prestando así á su carácter la heróica resignacion de Régulo, y convirtiéndole en un héroe cabal y

[22] «El príncipe Constante», Comedias, t. III. La tradujo al aleman A. W. Schlegel y se representó con admiracion general en Berlin, Viena, Weimar, etc.

protagonista de un drama fundado en el honor de un patriota cristiano [23].

La primera escena es lírica y está llena de lozanía; pasa en los jardines del rey de Fez, cuya hija se supone enamorada de Muley Hassan, general en jefe de las tropas de su padre. Entra poco despues Hassan, y anuncia que la armada cristiana, mandada por dos infantes de Portugal se acerca: encárganle que impida el desembarco, pero no lo consigue y cae prisionero en manos de D. Fernando. Sigue un diálogo muy largo entre el cautivo y su vencedor, formado enteramente con los materiales de aquel bellísimo romance de Góngora, que empieza: «Junto á mi casa vivia», y en el que se declara el amor del general moro á la hija del Rey y la probabilidad, si continúa prisionero, de que la obliguen á dar su mano al príncipe de Marruecos. Lleno el Infante de generosidad caballeresca, da libertad al preso sin exigir rescate alguno; pero de allí á poco es atacado por los moros mandados por el príncipe de Marruecos y hecho prisionero.

Desde este momento comienzan á brillar la resignacion

[23] Colecçao de libros inéditos de Hist. portuguesa. — Lisboa, fol. tomo I, 1760, pp. 290-294, obra excelente, dada á luz por la Academia de Lisboa, y con cuya publicacion corrió el erudito Correa de Serra, antiguo ministro de Portugal en los Estados-Unidos. Tambien refiere la historia del infante D. Fernando el P. Mariana (t. II, p. 345). Pero el principal auxilio que Calderon tuvo para su obra fué sin duda la vida del mismo Infante, escrita por su fiel criado y amigo Juan Alvarez, impresa por primera vez en 1527, y de la cual hay un extracto con largos trozos copiados del original en la «Vida del príncipe Constante», en aleman, Berlin, 1827, 8.º Para ilustrar mas todo lo relativo á este personaje puede consultarse un cuaderno de Schulze, sobre «El príncipe Constante», Weimar, 1811, 12.º, publicado cuando se puso en escena la traduccion de Schlegel en el teatro de Weimar, bajo los auspicios de Goethe, con un éxito extraordinario, haciendo Wolf el papel del Príncipe con mucha habilidad y talento. Schulze exagera el mérito del drama de Calderon hasta el punto de ponerle al lado de la «Divina Comedia», pero discute con sumo acierto su mérito y explica muy bien los fundamentos históricos.

y fortaleza del Infante, cualidades que le granjean el epíteto que da título á la comedia. Al principio el Rey le trata con generosidad pensando canjearle por la plaza de Ceuta, fortaleza importante que acababan de ganar los portugueses, sentando así el pié en Africa; mas este es luego el principal obstáculo. El rey de Portugal, que murió de dolor por la rota y prision de su hermano, habia dejado en su testamento una cláusula mandando que Ceuta se entregase á los moros en rescate del príncipe. Pero cuando D. Enrique, su hermano, se presenta en la escena diciendo que viene á cumplir el solemne mandato de un padre moribundo y empieza á proponerlo, Fernando le interrumpe con estas palabras que revelan toda la entereza y constancia de su carácter:

No prosigas, cesa,
Cesa, Enrique; porque son
Indignas palabras esas,
No de un portugués infante,
De un maestro que profesa
De Cristo la religion,
Pero aun de un hombre lo fueran
Vil, de un bárbaro sin luz
De la fe de Cristo eterna.
Mi hermano, que está en el cielo,
Si en su testamento deja
Esa cláusula, no es
Para que se cumpla y lea,
Sino para mostrar solo
Que mi libertad desea.
Y esa se busque por otros
Medios y otras conveniencias,
O apacibles ó crueles;
Porque decir dése á Ceuta,
Es decir: Hasta eso haced
Prodigiosas diligencias.
Que un rey católico y justo
¿Cómo fuera, cómo fuera

Posible entregar á un moro
Una ciudad que le cuesta
Su sangre, pues fué el primero
Que con sola su rodela
Y una espada enarboló
Las quinas en sus almenas?

(*Jornada* 2.ª [24])

En esta resolucion definitiva, de la cual la crónica antigua no da noticia alguna, se funda el resto del drama. El sublime entusiasmo que la dictó está bien pintado en una respuesta del Infante, quien al preguntarle el rey Moro «¿Por qué no me das á Ceuta?», contesta: «Porque es de Dios, y no es mia.» De resultas de esta determinacion, D. Fernando pasa á ser un esclavo ordinario como los demás, y es por cierto un incidente muy tierno y pintoresco del drama el verle en medio de otros cautivos portugueses con quienes va á trabajar y que no le reconocen; lisonjeándose todos de conseguir su libertad cuando el noble é ilustre personaje la haya conseguido por medio de un cambio que ellos consideran justo y racional.

En este punto entra en juego otro resorte dramático, cual es la gratitud del general Moro: este ofrece á Don Fernando medios para fugarse; pero el Rey, que llega á descubrir la amistad y relaciones que los unen, se asegura de la fidelidad de su general encargando á él solo la guarda del Príncipe. Esto exige un nuevo sacrificio por parte de D. Fernando, pues no solo aconseja á su generoso amigo que guarde la lealtad debida á su Rey, sino que le asegura que, aunque por otro conducto se le

[24] Al leer «El príncipe Constante» apenas nos queda tiempo para recordar que su hermano don Enrique era el instruido y sabio príncipe que tanto trabajó en promover el descubrimiento de la India Oriental.

ofrezcan medios y recursos para recobrar su libertad, no se valdrá de ellos para no comprometer la honra de su amigo. Entre tanto aumentan los malos tratamientos y los excesivos é intolerables trabajos del Príncipe hasta el punto que sus fuerzas se quebrantan, mas no por eso cede: Ceuta es á sus ojos un lugar sagrado que la religion le prohibe dar en precio de su libertad. El general Moro y la misma hija del Rey interceden por él, aunque infructuosamente; el monarca se mantiene inflexible, y por último, el Príncipe sucumbe al rigor de la miseria, de la necesidad y del dolor; su espíritu, empero, se conserva incontrastable, y su heróica constancia sostiene vivo el interés con que le miramos hasta lanzar el último suspiro. Apenas ha fallecido cuando llega un ejército portugués á restituirle la libertad, y en una escena nocturna de un efecto grandioso el Príncipe se presenta á la cabeza de los guerreros, envuelto en el manto de la órden religiosa y militar con que quiso ser enterrado y con una antorcha en la mano, señalándoles con la otra el camino de la victoria. Los portugueses obedecen á aquel mandato sobrenatural, el triunfo corona sus esfuerzos; y este desenlace maravilloso, que liberta sus sagradas cenizas de la contaminacion de los infieles, se ajusta bien con el colorido majestuoso y el sublime entusiasmo de las escenas que le preparan y nos conducen á él.

CAPITULO XXIV.

Continuacion de Calderon. — Sus comedias de capa y espada. — *Antes que todo es mi dama.* — *La dama duende.* — *La banda y la flor.* — Otras varias. — Adulteraciones de la Historia. — Orígen de las ideas exageradas del honor y de la autoridad doméstica en el teatro español. — Ataques á Calderon. — Sus alusiones á sucesos contemporáneos. — Brillantez de su estilo. — Largo dominio que ha ejercido en el teatro. — Carácter de sus dramas poéticos é idealizados.

Pasemos ahora á otras comedias de Calderon aun mas características de la época en que escribió, así como de su talento y genio particular, á saber, las llamadas de *capa y espada*. Muchas son las que compuso de este género, y no pocas llevan señales de ser obra de su mejor edad, cuando sus facultades tenian todo el vigor y lozanía de la virilidad y toda la frescura de la juventud. Hasta treinta podemos contar de ellas, y mas aun si se agregan las que con carácter algun tanto distinto pertenecen mas bien á esta clase que á ninguna otra. Hay entre ellas dos muy notables que son: *Peor está que estaba* y *Mejor está que estaba*, que probablemente fueron traducidas al inglés por lord Bristol con los títulos de *Worse and Worse*, y *T'is Better than it was*, aunque se han perdido[1]. *El astrónomo fingido*, que Dryden imitó en una

[1] «Mejor está que estaba» y «Peor que peor.» Estas dos comedias, segun Downes («Roscius Anglicanus», Lóndres, 1789, 8.°, p. 36), las compuso el conde de Bristol, tomando sus argumentos de comedias españolas; y es indudable que las dos ya citadas de Calderon le sirvieron de modelo.

comedia casi con el mismo título[2], *Guárdate del agua mansa* y *Casa con dos puertas mala es de guardar*, títulos todos que indican algo del espíritu dominante del género á que corresponden, y del cual son modelos muy acertados.

Otra de las principales es *Antes que todo es mi dama*. Un caballero granadino, recien llegado á Madrid, se enamora de una dama, cuyo padre le equivoca con otro galan que, aunque destinado para esposo de su hija, estaba prendado de otra: error que da márgen á una ingeniosa serie de extrañas combinaciones y enredos, produciendo luego celos no menos singulares. Los dos caballeros son hallados en casa de sus respectivas damas, ofensa mortal al honor español dramáticamente considerado, y las cosas llegan á tal punto, que la confusion aumenta y la vida de ambos galanes corre peligro. La moral de aquel antiguo refran castellano: «Mas fácil sana una herida que no una palabra[3]», en que se fundan tantas comedias españolas, se halla mas de una vez inculcada en los enmarañados sucesos de esta. Mas de una vez se atiende con preferencia á guardar el secreto de la dama que á proteger al amigo del amante, si bien este mismo amigo se halla á la sazon en grave peligro de su vida, circunstancia que suministra su título á la comedia. Por último, una sencilla explicacion de las partes interesadas

Las «Aventuras de cinco horas», comedia de Tucke, inserta en la coleccion de Dodsley, t. XII, está tomada de «Los empeños de seis horas», de Calderon; pero, á decir verdad, no se hallan en el teatro inglés tantas imitaciones del español como en el francés.

[2] Dryden declara haber tomado el argumento de su comedia «The Mock Astrologer», de Corneille. (Scott, «Vida de Drydon», Lóndres, 1808, 8.°, t. III, p. 229.) Corneille la habia antes tomado de Calderon.

[3] Mas fácil sana una herida
Que no una palabra.

Y tambien en «Amar despues de la muerte»:

Una herida mejor
Se sana que una palabra.

aclara todas las equivocaciones, deshace la confusion, y dos matrimonios ponen feliz término á un enredo que durante algunos momentos de la representacion parece absolutamente imposible el desatar.

La dama duende es otra de las comedias de Calderon llena de animacion é ingenio. La accion pasa el dia del bautismo del príncipe D. Baltasar, heredero de Felipe IV, que, como es sabido, nació el 4 de noviembre de 1629, y es de presumir que se representase pocos dias despues[4]. Si hemos de juzgar por la complacencia con que Calderon alude á ella en muchos lugares, debia ser una de sus obras favoritas, y atendiendo exclusivamente á su mérito, bien puede asegurarse sin temor de errar que lo fué tambien y mucho del público[5].

D.ª Angela, heroina de la comedia, viuda, jóven, hermosa y rica, habita en Madrid en una casa con dos hermanos suyos; pero por circunstancias y razones particulares vive siempre tan retirada, que nadie ni aun los mismos vecinos la conocen. D. Manuel, caballero forastero y amigo de uno de los hermanos de D.ª Angela va á visitarle, pero cerca ya de la casa, le detiene una dama cubierta con un manto y le suplica que si es hombre de honor la libre de la persecucion de uno que la va siguiendo muy de cerca. Esta dama es Doña Angela, y el hombre su hermano D. Luis, quien solo la ha seguido por haber observado que se recataba mucho de él. Como los dos caballeros no se conocen, porque

4 Hoy el bautismo celebra
Del primero Baltasar. (Jornada 1.ª)

5 Ocho veces por lo menos alude á ella en varias de sus comedias, como en «Mañanas de abril y mayo», en «Agradecer y no amar», en «El Josef de las mujeres», etc., hecho notable en verdad, porque rara vez habla Calderon de sus propias comedias, y nunca de la manera que lo hace de esta. «La dama duende» es tambien conocida en el teatro francés por el «Esprit follet», de Hauteroche.

las relaciones de D. Manuel eran con el otro hermano, trábase entre ellos una disputa, y síguese un desafío, que interrumpe luego la llegada del hermano conocido y concluye con una explicacion de su amistad con el forastero D. Manuel.

Este es llevado á la casa y hospedado en ella por los dos hermanos con toda la cortesía debida á tan distinguido huésped. Pero su cuarto comunica con las habitaciones de D.ª Angela por una puerta secreta, que solo conocen ella y una doncella de su confianza, de modo que al verse inesperadamente cerca del sugeto que ha arriesgado su vida por salvarla, resuelve ponerse misteriosamente en comunicacion con él.

D.ª Angela es jóven y aturdida; al verse en el cuarto del huésped, tiene tentaciones de hacer una diablura, y en efecto, deja señales de su humor jugueton y caprichoso. Entra en esta ocasion el criado de D. Manuel y llega á creer que aquellas chanzas son obra de algun duende ó trasgo que se entretiene en revolver los papeles de su amo, dejar sobre la mesa notas escritas y trastornar los muebles de la habitacion: una vez por casualidad, y hallándose el aposento á oscuras, los que en él habitan reciben un fuerte vapuleo. Por último, su mismo amo llega á verse perplejo y confuso, y aunque en una ocasion descubre á lo léjos la dama traviesa y juguetona, causa de aquella confusion, esta logra escaparse á su aposento, y D. Manuel no sabe qué pensar de aquella aparicion, explicando su duda y perplejidad en los siguientes versos:

Como sombra se marchó,
Fantástica su luz fué;
Pero como cosa humana
Se dejó tocar y ver;
Como mortal se temió,
Receló como mujer,

Como ilusion se deshizo,
Como fantasma se fué;
Si doy la rienda al discurso
No sé, vive Dios, no sé
Ni qué tengo de dudar
Ni qué tengo de creer.

(*Jornada* 2.ª)

Pero á fuerza de juegos y burlas la caprichosa dama concluye por enamorarse del hermoso mancebo, y animada con el buen éxito de sus travesuras, acomete otras tan arriesgadas, que al fin es descubierta en presencia de sus hermanos llenos de admiracion y sorpresa; y entonces el enredo, uno de los mas complicados y entretenidos que pueden verse en las tablas, termina explicando D.ª Angela su carácter jovial y caprichoso y casándose con D. Manuel.

La banda y la flor [6], compuesta indudablemente hácia el año de 1632, es otra de las muestras felices del estilo de Calderon en este género, aunque diferenciándose de la anterior, en que el amor y los celos constituyen el fondo del plan [7]. La accion pasa en la corte del duque de Florencia: dos damas regalan al héroe de la comedia, la una una banda, y la otra una flor; pero como al hacerle este regalo ambas están tapadas con sus mantos, el galan no puede reconocerlas ni distinguirlas. Las equivocaciones que comete el galan al atribuir el regalo de la una á la otra y vice versa constituyen una serie de sospechas é intrigas á cual mas confusas é intrincadas. Auméntalas todavía mas el intento del Duque, que por intereses de familia exige del galan distinga con sus aten-

6 «Comedias», t. v. Está admirablemente traducida al aleman por A. G. Schlegel.

7 En la jornada primera hay una larga descripcion de la jura del príncipe D. Baltasar como príncipe de Astúrias, suceso ocurrido en 1632, y que no es probable introdujese Calderon con mucha posterioridad, porque el interés de estas ceremonias suele ser siempre el del momento.

ciones á otra tercera dama, de modo que el amante se ve confuso y atolondrado, hasta tanto que la circunstancia de correr su vida gran riesgo arranca la declaracion involuntaria de su cariño á la dama que verdaderamente le queria. Corresponde él lleno de regocijo, restablécese la confianza de todos, y el desenlace es completamente feliz.

Hay en esta comedia, como en la mayor parte de las de Calderon pertenecientes á este género, suma animacion, gran frescura de colorido y una entonacion verdaderamente española, graciosa y cortesana. Lísida, que ama á Enrique, el protagonista, y le ha dado la flor, le encuentra engalanado con la banda que le dió su rival, y por esta y otras circunstancias le acusa naturalmente de corresponder al cariño de la que le ha dado la banda; él se defiende diciendo que su sospecha es puramente ilusoria, pues si se acerca á una dama es solo como medio de averiguar y saber cómo buscar á la otra: el diálogo en que niega la acusacion caracteriza muy bien el estilo galante y cortesano del teatro español, y abunda especialmente en aquellos giros y repeticiones de la misma idea en diversas formas, que van sucesivamente tomando cuerpo á medida que el pensamiento marcha á su término:

Lísida. Pues ¿cómo podeis negarme
Lo mismo que yo estoy viendo?
Enrique. Negando que vos lo veis.
Lis. ¿No fuísteis en el paseo
Sombra de su casa?
Enr. Sí.
Lis. ¿Estatua de su terrero
No os halló el alba?
Enr. Es verdad.
Lis. ¿No la escribísteis?

Enr. No niego
Que escribí.
Lis. ¿No fué la noche
De amantes deleites vuestros
Capa oscura?
Enr. Que la hablé
Alguna noche os confieso.
Lis. ¿No es suya esa banda?
Enr. Suya
Pienso que fué.
Lis. Pues ¿qué es esto?
Si ver, si hablar, si escribir,
Si traer su banda al cuello,
Si seguir, si desvelar
No es amar, yo, Enrique, os ruego
Me digais cómo se llama,
Y no ignore yo mas tiempo
Una cosa que es tan fácil.
Enr. Respóndaos un argumento:
El astuto cazador
Que en lo rápido del vuelo
Hace á un átomo de pluma
Blanco veloz del acierto,
No adonde la caza está
Pone la mira, advirtiendo
Que para que el viento peche,
Le importa engañar al viento.
El marinero ingenioso
Que al mar desbocado y fiero,
Monstruo de naturaleza,
Halló yugo y puso freno,
No al puerto que solicita
Pone la proa, que haciendo
Puntas al agua, desmiente
Sus iras y toma puerto.
El capitan que esta fuerza
Intenta ganar, primero
En aquella toca al arma,
Y con marciales estruendos
Engaña á la tierra, que,
Mal prevenida del riesgo,
La esperaba; así la fuerza

La da á partido al ingenio.
La mina que en las entrañas
De la tierra estrenó el centro,
Artificioso volcan,
Inventado Mongibelo,
No donde preñada oculta
Abismos de horror inmensos
Hace el efecto; porque
Engañando al mismo fuego,
Aquí concibe, allí aborta;
Allí es rayo, y aquí trueno.
Pues si es cazador mi amor
En las campañas del viento;
Si en el mar de sus fortunas,
Inconstante marinero;
Si es caudillo victorioso
En las guerras de sus celos;
Si fuego mal resistido
En mina de tantos pechos;
¿Qué mucho engañarse en mí
Tantos amantes afectos?
Sea esta banda testigo;
Porque volcan, marinero,
Capitan y cazador
En fuego, agua, tierra y viento
Logre, tenga, alcance y tome
Mina, casa, triunfo y puerto. (*Dale la banda.*)
Lís. Bien pensaréis que mis quejas,
Mal lisonjeadas con esta,
Os remitan de mi agravio
Las sinrazones del vuestro.
No, Enrique, yo soy mujer
Tan soberbia, que no quiero
Ser querida por venganza,
Por tema ni por desprecio.
El que á mí me ha de querer
Por mi ha de ser, no teniendo
Conveniencias en quererme
Mas que quererme.

(*Jornada* 2.ª)

De los pocos dramas de Calderon que hasta ahora he-

mos analizado se deduce claramente que sus planes están en general dispuestos con sumo ingenio. Echando mano de aventuras extraordinarias, cambios de fortuna inesperados, disfraces, desafíos, tapadas y equivocaciones, sabe mantener vivo el interés con que miramos á los diversos personajes que se presentan en la escena; mas no todos los argumentos de sus comedias son invenciones suyas: muchos tomó del Antiguo Testamento, como el de la rebelion de Absalon, que concluye presentando á aquel desgraciado Príncipe suspendido del árbol por los cabellos y muriendo entre amargas quejas y razones afeando su propia belleza; algunos de la historia griega y romana, como *El segundo Escipion* y *Duelos de amor y lealtad*, que es un paso de la historia de Alejandro Magno, y bastantes de las *Metamorfosis* de Ovidio [8], como *Apolo* y *Climene* y las *Fortunas de Andrómeda*. Algunas veces, aunque pocas, se conoce buscaba los materiales de sus comedias en fuentes oscuras y poco conocidas, como *La gran Cenobia*, en la que se nota tuvo presentes á Trebellio Pollion y Flavio Vopisco [9].

Pero, segun ya dijimos en otro lugar, Calderon sabia

[8] Son por lo menos seis las comedias de Calderon cuyos argumentos están sacados de las «Metamorfosis», circunstancia muy notable, por cuanto revela su gusto é inclinacion literaria. Parece que Calderon no usó para sus comedias ningun autor antiguo con tanta frecuencia como Ovidio, á quien tanta aficion se tuvo en España, pues ya antes de su tiempo existian nada menos que seis traducciones de sus «Metamorfosis.» — Véase «Don Quijote,» edic. Clemencin, tomo IV, 1835, p. 407.

[9] Es muy posible que Calderon no acudiese á los originales, sino que tomase el argumento donde mas á mano le halló; pero comparando la entrada triunfal de Aureliano en Roma, en la tercera jornada, con el pasaje correspondiente de Trebellio (*De triginta Tyrannis*, cap. 29), y de Vopisco («Aurelianus», capítulos 33 y 34), no cabe casi duda de que los habia leido. — Calderon hace tambien uso de los escritores dramaticos anteriores á él. Así, su hermosa comedia «El alcalde de Zalamea» está fundada en los argumentos de «La fuente ovejuna» y «El mejor alcalde el rey», la primera de Lope, y la segunda suya; pero en general es original en sus composiciones.

doblegarlo y acomodarlo todo á sus propias ideas sobre el efecto dramático, y así es que cuantos hechos tomó de la historia los presentó en las tablas con los brillantes atavíos de la máscara, engalanándolos con el riquísimo tesoro de su inagotable imaginacion. Si el asunto que escogia podia amoldarse á las únicas formas dramáticas que él reconocia, tomaba desde luego los hechos conforme los hallaba; así sucede en su comedia del *Sitio de Bredá*, en la que desplegó una exactitud casi estadística con respecto á dicho suceso, ocurrido por los años de 1624 á 25, escribiéndola en honra del general español Ambrosio Spínola, quien acaso le comunicó algunos pormenores de aquella jornada [10], y se sabe asistió á la representacion. Otro tanto puede decirse de *El postrer duelo de España*, comedia fundada en el último desafío verificado en Valladolid con autorizacion y á presencia de Cárlos V en 1522, acontecimiento que, por las pomposas ceremonias de que fué acompañado y el espíritu caballeresco que le dictó, se prestaba mucho al genio de Calderon [11].

Cuando, por lo contrario, el argumento con sus varios incidentes no se acomodaba fácilmente á su teoría dramática, Calderon lo sujetaba á sus fines con la misma libertad que si hubiera sido creacion de su fantasía. Son prueba de esto sus comedias: *Las armas de la hermosura* y *El mayor encanto Amor* [12], así como *Afectos de odio y*

[10] Véase la enumeracion de las tropas al principio de la comedia. «Comedias», t. III, pp. 142-149.

[11] Concluye con un anacronismo voluntario, cual es la determinacion del Emperador de suplicar al papa Paulo III promueva en el concilio de Trento la abolicion del duelo; de sus últimos versos se deduce que se representó en presencia del Rey. Sandoval («Hist. de Cárlos V», Ambéres, 1681, folio, lib. XI, §§. 8 y 9) describe este duelo con curiosos pormenores.

[12] «Las armas de la hermosura», t. I, y «El mayor encanto Amor», tomo V, son las historias de Coriolano y Ulíses, que antes hemos citado.

amor, en la que adulteró los principales hechos de la vida de Cristina de Suecia, contemporánea suya, en términos, que es difícil reconocerla. La misma observacion puede aplicarse al carácter de D. Pedro de Aragon en *Tres justicias en una*, y á los personajes de la historia portuguesa, que admirablemente supo crear en sus *Gustos y disgustos* [13] y en su *Príncipe Constante*. Con todo, aun desfiguró mas la historia en su *Cisma de Inglaterra*, comedia en que se propuso pintar las vicisitudes y lances de fortuna de Ana Bolena y del cardenal Wolsey, porque este, despues de su caida, se presenta en el teatro pidiendo limosna á Catalina de Aragon, mientras que Enrique, arrepentido del cisma religioso que ha promovido, ofrece casar á su hija María con el rey de España Felipe II [14].

No fué Calderon mas esmerado en punto á moral de lo que lo era en lo material de los hechos. Vense constantemente en sus comedias desafíos y muertes, ocasionadas de livianos pretextos, como si no pudiera haber duda en cuanto á su conveniencia y justicia. En ellas se admite como un hecho indisputable el derecho de un padre ó hermano de matar á la mujer que oculta á su amante bajo el mismo techo en que ella habita [15]. Calificase de noble y de glorioso el perdon que el rey Don

[13] En el prólogo al t. II de la traduccion alemana de Calderon, hecha por Malsburg (Leipsic, 1819, 12.°), hay algunas observaciones muy justas aunque demasiado metafísicas, sobre la comedia «Gustos y disgustos» y el uso que en ella hizo Calderon de la historia original portuguesa.

[14] «Comedias», 1760, t. IV. Véase tambien «Del cisma de Inglaterra», por F. W. V. Schmidt (Berlin, 1819, 12.°), obrita curiosa, aunque, á nuestro modo de ver, demasiado laudatoria al ventilar el mérito de Calderon. Nada hace resaltar tanto la diferencia entre este y Shakspeare como la comparacion de esta comedia con el «Enrique VIII» del poeta inglés.

[15] La mitad de las comedias de Calderon son muestras evidentes de estos duelos y de la opinion que entonces se tenia del honor de las mujeres; pero aquí solo citarémos dos: «Casa con dos puertas» y «El escondido y la tapada».

Pedro otorga á Gutier Alfonso Solís despues de haber asesinado horriblemente á su esposa, y hasta la misma Leonor, que va á ocupar aquel lecho manchado de sangre, manifiesta explícitamente que no quiere ser juzgada de otro modo que como lo ha sido la víctima hermosa é inocente cuyo cadáver tiene delante. En verdad, que es imposible leer mucho á Calderon sin observar que su intencion primera fué crear un interés vivo y producir una excitacion casi febril por medio de una fábula bien dispuesta; y que para conseguirlo se valió casi siempre del pundonor exagerado, sentimiento que nunca pudo ser en la corte de Felipe IV y de Cárlos II, tal cual él nos le pinta, ni tampoco norma general de conducta y base del trato familiar, sin que el edificio social se conmoviese hasta sus cimientos y se emponzoñasen los mas dulces y deliciosos lazos de la vida humana.

En este punto se nos ofrece naturalmente una cuestion: ¿Cuál fué el orígen de las ideas extravagantes de honor y autoridad doméstica que vemos dominar en el teatro español desde las primeras comedias de Torres Naharro y que en las de Calderon llegan al colmo de la exageracion?

La respuesta es difícil, como lo es la de todas aquellas que se rozan con el orígen y tradiciones del carácter nacional; pero dejando á un lado como desnuda de todo fundamento la opinion que algunos han querido sustentar de que las antiguas ideas sobre autoridad doméstica en España pudieron ser herencia de los árabes, hallamos desde luego que el Código de leyes visigodas, muy anterior á la invasion musulmana, y que debió reflejar completamente el carácter nacional, hasta que fué reemplazado por las *Partidas* en el siglo XIV, reconocia ya

el mismo sistema de crueldad y rigor que se echa de ver en el teatro antiguo. Todos los lances relativos al honor de la familia estaban sujetos por dicho Código, como lo están por Calderon, á la decision de la autoridad doméstica. El padre tenia facultades para matar á la esposa ó á la hija deshonradas en su propia casa, y muertos los padres, pasaba esta terrible jurisdiccion á los hermanos respecto á sus hermanas, y aun al amante si mediaba ya un compromiso formal de desposorio.

Sin duda que estas leyes feroces, aunque restauradas y puestas en vigor durante el reinado de S. Fernando, no tenian ya fuerza en tiempo de Calderon, y que una sentencia de muerte impuesta por los motivos arriba expresados hubiera pasado entonces en España, como en cualquiera otra nacion civilizada de la cristiandad, por un asesinato; pero como, por otra parte, es sabido que dichas leyes estuvieron vigentes mucho mas tiempo que el trascurrido desde su desuso hasta la época de Calderon y de Felipe IV, sucedió que el pueblo conservó la tradicion de su fuerza y poder, y por consiguiente se toleró á los poetas el conservar estos principios formidables mucho despues que el buen juicio y la sana razon los habian abolido [16].

Las mismas observaciones podrian hacerse respecto al duelo: que este fué muy frecuente en España durante los siglos XIV y XV y los anteriores no se puede poner en duda; pero tambien sabemos que el último duelo, autorizado con sancion real, se verificó siendo Cár-

[16] «Fuero Juzgo», edic. de la Academia, Madrid, 1815, tít. IV, leyes 3.ª, 5.ª y 9.ª Téngase presente que estas fueron las antiguas leyes godas anteriores al año 700 de Cristo; que por ellas se gobernaban los cristianos no sujetos al yugo de los árabes, y por último, que la Academia las publicó ya restauradas y puestas en su antiguo vigor por S. Fernando, despues de la conquista de Córdoba en 1241.

los V aun muy jóven, y no hay razon alguna para suponer que los combates privados fuesen mas comunes entre caballeros madrileños en tiempo de Lope y de Calderon que lo eran en Paris y en Lóndres [17]. Sin embargo, sucedió con respecto á ellos lo mismo que ya indicamos arriba; las tradiciones que quedaban de la época en que estuvieron en uso fueron suficiente garantía para admitirlos en unos dramas, cuyo principal fin era excitar el interés en alto grado; en una de las comedias de Barrios ocurren ocho, en otra doce, y claro está que esto en realidad hubiera sido el colmo del absurdo [18].

Quizá la misma extravagancia de tales representaciones neutralizó sus malos efectos y las hizo inocentes. Bajo la dinastía austriaca era tan improbable que un hermano matase á su hermana solo por hallarla en su casa con su amante, ó que un caballero riñese con otro porque seguia á una dama, y esta ofendida, reclamase su auxilio, que ningun recelo habia de que el ejemplo del teatro llegase á ser contagioso. Sin embargo, no faltaron en tiempo mismo de Calderon personas que observasen la tendencia inmoral del drama. Guerra, uno de sus grandes admiradores, en una aprobacion que puso al frente de las comedias del poeta en 1665, no solo alabó á su amigo, sino tambien el sin número de composiciones, á cuya brillantez y buen éxito habia contribuido, alabanzas inoportunas que provocaron de nuevo la guerra contra el teatro, que por dos veces habia estallado en tiempo de Lope. Las imprudentes observacio-

[17] En 1623 Howell, despues de haber residido un año en Madrid en circunstancias que le proporcionaron el conocer á fondo la buena sociedad y cuando las comedias de Lope estaban en el apogeo del favor, dice: «No se »oye hablar aquí de un desafío en un siglo.» «Cartas», undécima edicion, Lóndres, 1754, 8.°, lib. I, sec. 3.ª, carta 32.

[18] En «El canto junto al encanto» y en «Pedir favor.»

nes de Guerra hicieron salir á la palestra cuatro campeones desconocidos, y dos mas con su nombre propio, que fueron Antonio Puente de Mendoza y Navarro : este último de un modo bastante extraño, respondiendo por medio de la imprenta á una defensa que Guerra habia hecho de sus proposiciones y que entonces solo corria manuscrita. Pero toda esta controversia giraba exclusivamente sobre las autoridades de la Iglesia y los santos padres, sin tener en cuenta los intereses de la moral pública y del órden social; por consiguiente, terminó como todas las anteriores, triunfando el teatro y siguiéndose representando con admiracion y gusto general las comedias de Calderon y demás escritores de su escuela [19].

Calderon, sin embargo, no fió solo el buen éxito de sus dramas á una fábula extravagante llena de duelos y violencias domésticas, sino que apeló tambien á alusiones á personajes y acontecimientos de su tiempo, que sabia serian gratos á su auditorio, ya fuese del pueblo, ya de la corte. Así, vemos que en *La banda y la flor* el protagonista, recien llegado de Madrid, hace á su señor el duque de Florencia una brillante descripcion, en doscientos versos por lo menos, de las fiestas y ceremonias en la jura del príncipe D. Baltasar Cárlos, cele-

[19] Desde los tiempos de Felipe II y Felipe III, en que se suscitaron por primera vez las dudas y cuestiones ya mencionadas, este asunto debió presentar sus dificultades, pues vemos que al aprobar el t. XXII de «Comedias escogidas», impreso en 1661, Tomás de Avellaneda, eclesiástico grave y considerado, juzgó necesario abandonar el papel de mero aprobante y tomar el de defensor del teatro contra los ataques que sufria, y que entonces debian ser muy comunes. Para apreciar bien la contienda que duró desde 1682 á 85, y llegó á ser un rompimiento violentísimo, debe leerse la «Apelacion al tribunal de los doctos», Madrid, 1752, 4.°, que es la defensa de Guerra mencionada en el texto y no impresa hasta entonces, y los «Discursos contra los que defienden el uso de las comedias», por Gonzalo Navarro, Madrid, 1685, 4.°, contestacion á la obra anterior y otras de su clase.

brada en 1632; pasaje que, así por el espíritu que le dictó como por los sazonados y oportunos cumplidos al Rey y á la familia real, debió causar muy buen efecto en la escena [20]. En *El escondido y la tapada* hay tambien una alusion al cerco de Valencia del Pó en 1635[21], y en *No hay cosa como callar*, á la victoria ganada por el almirante contra el príncipe de Condé en Fuenterrabía en 1639 [22]. En *Guárdate del agua mansa* se encuentra una relacion muy pomposa de la entrada de la segunda mujer de Felipe IV en Madrid el año de 1649, en la que sabemos se encargaron al mismo Calderon las inscripciones de algunos monumentos [23]. *La púrpura de la rosa*, fundada en la fábula mitológica de Vénus y Adonis, y escrita para solemnizar la paz del Pirineo y el casamiento de la infanta D.ª María Teresa con Luis XIV en 1660, encierra cuanto podia decirse en el asunto por un poeta favorito, tanto en la loa, que afortunadamente se ha conservado, como en la misma comedia [24]. Pero es

[20] La pintura de Felipe IV á caballo recorriendo las calles de Madrid recuerda el paseo que Shakspeare hace dar á Bolingbroke por las de Lóndres; pero el poeta español queda mal en la comparacion. (Jornada 1.ª). Leyendo el «Juramento del príncipe D. Baltasar», 1632, redactado por D. Antonio Hurtado de Mendoza, documento oficial impreso por segunda vez en la Imprenta Real, 1665, 4.°, se ve la exàctitud con que Calderon hacia sus descripciones.

[21] La frase es muy española; dice así:

En Italia estaba
Cuando la *arrogancia loca*
Del francés sobre Valencia
Del Pó. (Jornada 1.ª)

[22] Da á la victoria mas importancia de la que realmente tuvo; pero adviértese en la fraseología la intencion de no irritar el amor propio é intereses de los franceses; tan cortesano y delicado es el tono de Calderon. Está en el t. x de sus comedias.

[23] La descripcion en «Guárdate del agua mansa» del arco triunfal, cuyas figuras y adornos alegóricos, así como inscripciones latinas y castellanas ideó Calderon, es muy extensa. (Jornada 3.ª).

[24] Se ve muy bien en esta comedia el espíritu cortesano del poeta, pues insiste mucho en separar completamente la paz del Pirineo del matrimonio de la Infanta, como cosas del todo inconexas y en que el casamiento debe mirarse «como asunto separado tratado al mismo tiempo, aunque con absoluta independencia». Pero el auditorio estaba al corriente y lo comprendia mejor.

Vese por el «Viaje del Rey nuestro señor D. Felipe IV, el Grande, á la frontera de Francia», de Leonardo del

inútil acumular citas: Calderon consultaba siempre el espíritu cortesano y las opiniones y sentimientos populares de su tiempo, hasta tal punto, que en *El segundo Escipion* adula bajamente al imbécil y miserable Cárlos II, comparándole con aquel ilustre patricio de quien Milton decia era «toda la grandeza de Roma [25]».

El estilo y versificacion de Calderon son de un mérito muy superior, aunque se resienten algo de los defectos de su tiempo: su principal objeto son la brillantez y el efecto, y este le costaba poco trabajo conseguirle; pero tambien incurre con frecuencia, y algunas veces hasta con intencion, en aquella ridícula extravagancia y absurdo *eufoismo* que Góngora y sus discípulos llamaron «estilo culto ó culteranismo». Así sucede, por ejemplo, en *Lances de amor y fortuna* y en *Duelos de amor y lealtad*. Por lo contrario, en *Mañanas de Abril y Mayo* y en *No hay burlas con el amor* ridiculiza con mucha severidad aquel estilo, y en las bellísimas comedias de *La señora y la criada* y *El secreto á voces* lo evita completamente y con marcada intencion, añadiendo un ejemplo mas á los de muchos hombres ilustres y eminentes que se acomodaron unas veces á los caprichos y modas del tiempo en que vivian, y otras los atacaron y criticaron con violencia. Sus versos

Castillo, Madrid, 1667, 4.°, obra publicada con carácter oficial, en que se describen las ceremonias del casamiento de la Infanta y la conclusion de la paz, que siempre que Calderon alude á ellas se ajusta puntualmente á la verdad de la historia. Igual observacion puede hacerse acerca de «Tétis y Peleo», comedia de muy escaso mérito, escrita evidentemente para la misma funcion é impresa en el t. XXIX de «Comedias, escogidas», 1668: obra de Josef de Bolea, autor oscuro y que probablemente fué una de las que, segun Castillo, se representaron para divertir al Rey y á la corte durante la jornada.

25 Esta adulacion á Cárlos II ofende mas por ser fruto de la vejez del poeta, puesto que dicho monarca subió al trono cuando Calderon tenia ya setenta y cinco años. Sin embargo, no es tan repugnante como los casi blasfemos cumplimientos dirigidos á Felipe IV y á su esposa en el extraño «auto» intitulado «El Buen Retiro», que se representó el primer dia del «Corpus» despues de la conclusion de aquel suntuoso palacio.

nos encantan siempre con su deliciosa melodía; en todas partes Calderon se abandona á la rica variedad de metros que le ofrecian la poesía española é italiana, las octavas, tercetos, sonetos, silvas, liras; las redondillas, quintillas y romances brotan, así como suena de su pluma y demuestran su extraordinario conocimiento de la lengua y la facilidad prodigiosa con que la empleaba desde la entonacion mas elevada y sublime del drama hasta las chanzas y chistes, á veces indignas de su ingenio, con que procuraba granjearse el favor popular [26].

Pero no debemos juzgar á Calderon como lo hicieron sus contemporáneos; estamos muy léjos de él, y podemos, por lo tanto, ser imparciales, sin disimular sus faltas ni exagerar su mérito; echemos, pues, una mirada sobre todo su teatro, veamos lo que hizo en favor del arte y las alteraciones que este experimentó en sus manos en cada uno de sus diversos géneros.

Calderon apareció como escritor dramático en circunstancias privilegiadas, y sus facultades intelectuales se conservaron ilesas hasta un período raras veces concedido al hombre, lo cual le proporcionó el mantener durante largo tiempo el ascendiente que habia ganado; su genio siguió hasta el último momento de su vida el camino que se habia trazado en un principio; así es que á los catorce escribió una comedia, que sesenta años despues juzgó digna de figurar en el catálogo de sus obras dramáticas, remitido al Almirante de Castilla [27]. La muerte de Lope le dejó sin rival ni competidor á la edad de treinta y cinco años; al siguiente fué llamado á la corte por Feli-

[26] No recordamos haber visto en Calderon versos sueltos; Lope de Vega usó de ellos alguna vez.

[27] «El carro del cielo», que Vera Tassis dice escribió á la edad de catorce años, y que leeríamos ahora con mucho gusto, pero desgraciadamente se ha perdido.

pe IV, el mas magnífico y generoso de cuantos Mecenas tuvo el teatro español, y desde entonces hasta su muerte Calderon tuvo en sus manos los destinos del teatro, que antes estuvieran en las de Lope. Cuarenta y cinco comedias suyas, tal vez mas, se representaron en magníficos teatros, construidos al efecto en los palacios de la corte y sitios reales; algunas de ellas fueron puestas en escena con extraordinaria pompa y grandes gastos, como *Los tres mayores prodigios*, dividida en tres jornadas, cada una de las cuales se representó al aire libre en un teatro separado y por diferentes compañías de cómicos [28], y *El mayor encanto amor*, representada en un coliseo flotante que la dispendiosa extravagancia y prodigalidad del Conde-Duque mandó levantar sobre el estanque del Retiro [29]. Todo esto demuestra hasta la evidencia que el patrocinio y favor de la corte y del público señaló desde un principio á Calderon el primer puesto entre los autores dramáticos de su tiempo, puesto que conservó por espacio de cerca de cincuenta años, escribiendo á los ochenta y uno de su edad [30] la comedia *Hado y divisa*, fundada en las brillantes ficciones de Boyardo y del Ariosto. No solo fué el sucesor de Lope, sino que ejerció la misma influencia que él; entre los dos empuñaron el cetro del teatro español por espacio de noventa años, durante los cuales, ya sea por el gran número de sus discípulos é imitadores, ya por sus propias facultades y ta-

[28] El auditorio permanecia en el mismo sitio, aunque tenia delante tres teatros; la funcion debió ser lucidísima y está ingeniosamente explicada en la loa que precede á la comedia.

[29] Esto se anuncia en el título, y al fin de la comedia se dice con mucha gracia :

Y fué el agua tan dichosa
En esta noche felice,
Que mereció ser teatro.

[30] Vera Tassis lo asegura así; véase tambien á F. W. V. Schmidt «Sobre la epopeya», Berlin, 1820, 12.°, pp. 269-280.

lentos, le dieron una importancia y consideracion que nunca hasta entonces habia tenido.

Calderon, sin embargo, no intentó ni acometió grandes mudanzas en punto á las formas; verdad es que dos ó tres veces dispuso comedias ó cantadas enteramente, ó parte cantadas y parte recitadas; pero estas mismas composiciones nada tenian de óperas en su estructura, y fueron solo un refinamiento cortesano introducido á imitacion de la verdadera ópera, importada á la sazon en Francia por Luis XIV, con cuya corte la de España[31] tenia entonces íntimas relaciones. A esto se redujeron sus reformas; ni aumentó género nuevo al teatro ni modificó en cosa alguna importante las formas ya consagradas por Lope de Vega; en cambio, manifestó mas exactitud técnica y mas conocimiento en la combinacion de incidentes y en la disposicion del plan [32]. Dió á todo un nuevo colorido y bien puede decirse que hasta una fisonomía enteramente nueva. Su drama es mas ideal y con tendencias mas poéticas, y por consiguiente menos real y positivo que el de su gran predecesor; en aquellos pasajes mas acertados y felices que rara vez ofenden la moral, parece que nos lleva á un mundo ideal, mágico, cuya escena está iluminada con desconocido y sobrenatural resplandor, donde las pasiones é intereses de los personajes que tenemos delante están pintadas con tal arte y primor, que si hemos de interesarnos en lo que estamos viendo y oyendo, es preciso nos preparemos de

[31] Las dos tentativas que Calderon hizo en el ramo de la ópera las hemos citado ya. «El laurel de Apolo», «Comedias», t. VI, se intitula «Fiesta de zarzuela», y en ella (jornada 1.ª) se dice: «Se canta y se representa», de modo que probablemente era una mezcla de canto y recitado; hablarémos de las zarzuelas cuando tratemos de Vances Candamo.

[32] Goethe tuvo presente esta cualidad del teatro de Calderon. Véase á Eckerman. «Conversaciones con Goethe», Leipsic, 1837, t. I, p. 151.

antemano por medio de una excitacion proporcionada de todas nuestras facultades. En esto, sobre todo, es Calderon felicísimo: la animacion y vida que supo dar á la parte mas ligera y festiva de sus dramas, la ternura y sentimiento con que supo adornar y revestir los trozos graves y trágicos nos elevan invencible é involuntariamente á una altura en que sus brillantes y encantadoras ficciones se apoderan completamente de nuestra fantasía, y en que engañados, seducidos é interesados nos olvidamos de todo, á pesar de la confusion y mezcla de todas las formas y hasta de los verdaderos y exactos límites de la poesía dramática y lírica.

A esta entonacion elevada, á este esfuerzo constantemente necesario para sostenerla debió Calderon lo que le distingue de todos sus predecesores, así como todo aquello que constituye individualmente su mérito y sus defectos, es decir, su carácter peculiar dramático; hácele menos fácil, gracioso y natural que su rival Lope; da á su estilo un amaneramiento que, á pesar de la prodigiosa riqueza y facilidad de su versificacion, algunas veces fatiga, y no pocas molesta; le obliga á repetirse en términos, que muchos de sus personajes son siempre unos mismos, y que sus galanes y criados, sus damas y doncellas, sus viejos y graciosos parecen reproducirse como las figuras enmascaradas del antiguo teatro para representar con iguales cualidades y trajes los diversos enredos de sus dramas; en fin, le lleva á considerar el teatro entero como una fórmula dada, dentro de la cual puede dar rienda suelta á su imaginacion sin traba de ningun género, y en la que los griegos y los romanos, las deidades del paganismo y hasta las ficciones sobrenaturales de la tradicion cristiana se presentan vestidas

á la española usanza y con opiniones y sentimientos puramente españoles, á fin de llegar por una serie de aventuras interesantes y dispuestas con sumo ingenio al desenlace que exigen sus composiciones escénicas.

Al conducir el drama español por esta senda, Calderon, segun hemos visto, acierta las mas veces, y otras se equivoca; pero cuando acierta, su triunfo no tiene nada de comun y vulgar. Entonces nos presenta solo tipos de belleza, perfeccion y esplendor ideal, y nos pinta un mundo, en cuya composicion entran los elementos mas elevados del carácter nacional; en él hallan naturalmente su punto el grave al par que ferviente entusiasmo del antiguo heroismo castellano, las aventuras caballerescas del honor moderno, el sacrificio generoso de la lealtad individual y del amor apasionado, aunque lleno de reserva, que en un estado de sociedad como aquel que tanta reserva imponia, era una especie de culto secreto del corazon. Al trasportarnos á esa tierra encantada, creacion de su ingenio privilegiado, cuando evoca al rededor de sí figuras de la gracia, dulzura é interés que Clara y D.ª Angela, ó tan heróicas como las de Tuzani, Mariene y D. Fernando, puede decirse que llega al mayor grado de altura que obtuvo y se propuso alcanzar, ofreciendo á nuestra vista el grandioso espectáculo del drama idealizado, drama que descansa sobre las cualidades mas nobles y bellas del carácter nacional español, y que á pesar de sus indisputables defectos, es seguramente uno de los fenómenos mas extraordinarios de la poesía moderna [33].

[33] Muchos de los graciosos de Calderon son modelo en su género; véanse los de «La vida es sueño», «El alcaide de sí mismo», «Casa con dos puertas», «La Gran Cenobia», «La dama duende», etc.

Como otros muchos autores dramáticos españoles, Calderon fué una

mina que han explotado á manos llenas los escritores de otras naciones. Entre los que mas se valieron de él se distinguen Tomás Corneille y Gozzi; el primero tomó sus «Engagemens du hasard» de los «Empeños de un acaso», «Le feint astrologue» del «Astrólogo fingido, «Le geolier de soi même» del «Alcaide de sí mismo», y además su «Circe et l'inconnu» manifiesta que habia estudiado con atencion los dramas de grande espectáculo del poeta español. Gozzi tomó su «Publico segreto» del «Secreto á voces», su «Eco é Narciso» de la comedia española del mismo título, y sus «Due notti affanose» de «Gustos y disgustos son no mas que imaginacion». Fácil nos seria multiplicar los ejemplos y citas de este género.

CAPITULO XXV.

Teatro posterior á Calderon. — Moreto. — Comedias de figuron. — Rojas.— Comedias escritas por dos ó mas ingenios. — Cubillo. — Leiva.— Cáncer.— Antonio Enriquez Gomez. — Sigler.— Zárate.— Barrios. — Diamante. — La Hoz.— Matos Fragoso.— Solís, Cándamo.— La Zarzuela.— Zamora.— Cañizares y otros.— Decadencia de la Comedia Española.

La época mas brillante del teatro español es el reinado de Felipe IV, que comenzó en 1621, y concluyó en 1665, comprendiendo los catorce últimos años de la vida de Lope de Vega y los treinta mas felices de la de Calderon. Pasado este período, se notan ya síntomas de mudanza, porque si puede decirse que la escuela de Lope representa el drama en toda su juventud y lozanía, la de Calderon le personifica ya en su virilidad y edad madura. Verdad es que durante la larga carrera de este último la alteracion es casi imperceptible, y que mientras él vivió, y sobre todo, durante el reinado de su gran Mecenas, apenas se nota la decadencia de la poesía dramática en España. Sin embargo, á pesar del sin número de discípulos que siguieron su escuela y en medio de los aplausos y admiracion que por todas partes le rodeaban, se descubren ya en tiempos de Calderon síntomas de la futura decadencia del teatro nacional.

De cuantos compartieron el favor del público con su

gran maestro, ninguno ocupa un puesto mas inmediato á él que D. Agustin Moreto, del cual tan solo sabemos que vivió retirado en un establecimiento religioso de Toledo desde 1657 hasta 1669 en que murió[1]. Imprimiéronse entre 1654 y 1681 tres tomos de sus comedias, sin contar otras sueltas, que nunca llegaron á formar coleccion, y que su autor mismo parece haber mirado durante la mayor parte de aquel período como cosa pecaminosa y que debia ser condenada al olvido. Pertenecian estas á los diversos géneros cultivados en su tiempo, y que así como en las de Calderon se hallan tan mezclados y confundidos, que es casi imposible clasificarlos. No estaba entonces el teatro tan vigilado y perseguido como en otros tiempos, y así las pocas comedias devotas que Moreto nos ha dejado se enlazan generalmente con sucesos históricos muy conocidos, como *Los mas dichosos hermanos*, que contiene la historia de los *Siete Durmientes*, de Efeso, desde el punto en que quedaron dormidos en una profunda cueva hasta que despertaron despues de un sueño milagroso de dos siglos[2]. Algunas, aunque pocas, pertenecen al género heróico, como *Rey*

[1] Estas escasas noticias, únicas que tenemos de Moreto, son debidas á las diligencias de Ochoa («Teatro español», Paris, 1838, t. IV, p. 248); pero la indicacion que este escritor hace de que Moreto tuvo quizá parte en el asesinato de Baltasar Elisio de Medinilla, cuya muerte temprana y violenta lamentó Lope de Vega en una elegía inserta en el t. I de sus obras, no se apoya en pruebas suficientes, y se compadece mal con el aprecio que profesaron á Moreto Lope, Valdivielso y otros amigos íntimos de Medinilla. En cuanto á las obras de Moreto, tenemos sus «Comedias», t. I, Madrid, 1677 (Nic. Ant. cita otra edicion de 1654), t. II, Valencia, 1676, y t. III, Madrid, 1681, todas en 4.°, y además doce comedias sueltas que no están en ninguna de ellas. Calderon en su «Astrólogo fingido», impreso la primera vez por su hermano en 1637, alude al «Lindo Don Diego», de Moreto, como indicando que este era ya poeta conocido; y en el t. XXXVI de las «Comedias escogidas», Madrid, 1671, hallamos la «Santa Rosa de Lima», cuyos dos primeros actos se dice fueron su última obra, añadiéndoles despues Lancini un tercero, aunque sin expresar que los otros dos eran de Moreto. Hay en dicha coleccion cuarenta y seis comedias atribuidas en todo ó en parte á Moreto.

[2] «Los mas dichosos hermanos.» Es

valiente y justiciero y Rico hombre de Alcalá, drama de mucho vigor é ingenio, que pinta el carácter de D. Pedro el Cruel con los mismos colores con que le presentan las comedias, aunque muy diversos de los que le da la historia. Pero en general, las comedias de Moreto son caballerescas, y cuando no, el autor sabia acomodarlas al gusto de su época, conservando siempre los rasgos característicos del genio nacional.

Solo en un punto acometió Moreto, ya que no una alteracion importante en el modo de conducir el drama, al menos lo que puede llamarse un adelanto: dedicóse á pintar en la escena caractéres especiales, y en esto se aventajó considerablemente á todos sus predecesores. Su primera comedia de esta clase fué *La tia y la sobrina*, impresa ya en 1654. Sus personajes son una viuda que rabia por casarse y mira con ridícula envidia los encantos y atractivos de su sobrina, y un militar socarron y de buen humor que adula á la vieja y gana entre tanto el cariño de la muchacha. Es, sin embargo, muy digno de observarse que el primer pensamiento de esta especie de comedias, llamadas mas tarde « de figuron », por hacer en ellas el primer papel una figura poco noble y decorosa, se encuentra ya en Lope de Vega, á quien, como ya dijimos muchas veces, hay que acudir siempre directa ó indirectamente para hallar el orígen de las diferentes formas dramáticas que en último resultado llegaron á dominar en la escena española[3].

La segunda tentativa de Moreto en este género es to-

la tercera del t. I, y aunque no es comparable á la bellísima leyenda que inserta Gibbon, se advierte una intencion mas decidida de respetar la verdad histórica al mezclarla con los incidentes agregados, que la que suele haber en las antiguas comedias españolas.

[3] Comedias de Lope de Vega, t. XXIV, Zaragoza, 1641, fol. 16.

davía mas conocida con el título de *El lindo Don Diego*, frase que ha pasado despues en proverbio. En ella pinta con extraordinaria fuerza y habilidad el carácter de un petimetre afeminado y vanidoso, muy preciado de su persona, el cual se figura que cuantas mujeres le miran, otras tantas quedan al punto prendadas de sus gracias y mérito. La pintura de este personaje, hecha á tiempo que está en su cuarto de tocador vistiéndose y acicalándose, y la del soberano desprecio con que mira al verdadero y fiel amante, el cual tiene á menos emplearse en cosa tan frívola como el cuidado y atavío de su propia persona, son pinceladas maestras, llenas de vida y verdad, y la comedia termina recibiendo el protagonista el merecido castigo, habiendo de casarse con una criada sagaz y ladina á quien enamora, y que finge ser una opulenta condesa.

Algunas comedias de Moreto, como por ejemplo su *Trampa adelante*, han sido llamadas *comedias de gracioso* por estar concentrado en dicho papel todo el interés dramático; una vez, á lo menos, escribió un drama burlesco de escaso mérito, tomando por argumento las hazañas del Cid; pero el tono general de sus obras es siempre el de las antiguas comedias de enredo, y si bien algunas veces tomó sus argumentos de las de sus predecesores, y con especialidad de Lope de Vega, es preciso confesar que la mayor parte de las veces aventajó á sus modelos, y que las comedias que escribió llegaron á ocupar en las tablas el puesto de los originales que imitó, condenando estos al olvido [4].

[4] «La tia y la sobrina» está tomada de la comedia de Lope intitulada «De cuando acá nos vino», y el «No puede ser» de «El mayor imposible»: acerca de estas y otras imitaciones de Moreto puede leerse lo que con mucho juicio dice Martinez de la Rosa Obras, Paris, 1827, t. II, pp. 443-446. Mas to-

Sucede esto con su mejor comedia *El desden con el desden*, cuyo pensamiento está tomado de los *Milagros del desprecio*, de Lope, composicion enteramente olvidada, mientras que la de Moreto se mantiene aun en el teatro español, siendo una de sus mejores joyas [5]. El plan es sencillísimo y bien combinado. Diana, heredera del condado de Barcelona, se burla del amor y se muestra contraria al matrimonio bajo cualquier forma que le sea presentado; su padre, cuyos proyectos destruye la incomprensible y extraña conducta de su hija, invita á los príncipes vecinos mas notables por su juventud y prendas personales á venir á su corte y obsequiar á la desdeñosa dama con justas, torneos y otros espectáculos caballerescos con que puedan cautivar su corazon y vencer su orgullo; pero ella los trata á todos con rigor y frialdad y con impertinente desden, hasta que por último queda admirada y sorprendida de la conducta del conde de Urgel, que contempla con aparente desvío sus gracias y hermosura, desvío que el autor con sumo ingenio atribuye á una igualdad absoluta de miras con respecto al amor, pero que realmente es efecto de una pasion viva y ardiente del Conde hácia la dama. El prin-

das las disculpas que allí se alegan en favor suyo no pueden cohonestar su escandaloso plagio del «Rey valiente y justiciero», tomado en su totalidad del «Infanzon de Illescas», de Lope. Sin embargo, como ya dijimos en el texto, Moreto aventajó siempre á sus modelos. Cáncer y Velasco, su contemporáneo, pinta en una composicion satírica á Moreto sentado con un legajo de comedias antiguas, viendo lo que de ellas puede hurtar y echando á perder cuanto toma; pero en esto Cáncer hacia un agravio gratúito, ya que no á la honradez de Moreto, al menos á su talento.

[5] En 1664 Molière hizo su «Princesse d'Elide», imitando «El desden con el desden»; representóse en Versalles de órden de Luis XIV con gran magnificencia delante de su madre y esposa, ambas españolas; el obsequio fué delicado, pero Molière salió mal de su empresa, y su comedia no se volvió á representar. Entre tanto, la obra de Moreto es conocida en todas partes donde se habla la lengua castellana; hay de ella una buena traduccion alemana, que se oye con frecuencia y con gusto en los teatros de aquel país.

cipal mérito de la comedia consiste en la gran destreza con que el autor desenvuelve su plan; el carácter del gracioso está perfectamente trazado. Este, como en la mayor parte de las comedias españolas, es el confidente de su señor, y le ayuda en sus proyectos con su buena maña y sagacidad. Al principio del drama, y despues de oir explicar á su amo la situacion en que se encuentra y la condicion de la dama cuyo amor pretende ganar, le da el siguiente consejo, en que está embebido el argumento de toda la composicion.

Atento, señor, he estado,
Y el suceso no me admira,
Porque eso, señor, es cosa
Que sucede cada dia;
Mira: siendo yo muchacho
Habia en mi casa vendimia,
Y por el suelo las uvas
Nunca me daban codicia;
Pasó este tiempo, y despues
Colgaron en la cocina
Las uvas para el invierno;
Y yo viéndolas arriba,
Rabiaba por comer dellas;
Tanto, que trepando un dia
Por alcanzarlas, caí,
Y me quebré las costillas;
Este es el caso, él por él.
(*Jornada* 1.ª)

Hay una escena excelente en la que, creyendo el Conde que ha hecho ya impresion en el corazon de la dama, confiesa claramente su amor, mientras ella, todavía dura y rebelde, le desprecia tratándole con su acostumbrado desden y aspereza; pero él lo enmienda hábilmente, y dice que su declaracion no era mas que un lance del juego que por mutuo convenio estaban ambos siguiendo. Esta asechanza enardece mas el amor de la dama y la obliga á declararse; terminando la comedia con el casamiento de ambos.

Contemporáneo de Moreto y casi tan afortunado como él, brilla entre los primeros escritores dramáticos Don Francisco de Rojas, que floreció durante la mayor parte de la vida de Calderon, y quizá le sobrevivió. Nació en

Toledo y recibió en 1641 el hábito de Santiago, pero se ignora la época de su muerte. En 1640 y 1645 se publicaron dos tomos de sus comedias, y en el prólogo al segundo se anunció la impresion de un tercero, que nunca llegó á hacerse; de modo que solo tenemos de él las veinte y cuatro impresas en dichos dos tomos y algunas mas sueltas [6]. Rojas pertenece á la escuela de Calderon, á no ser que por haber empezado su carrera tan temprano queramos suponer no fué un mero imitador suyo. En habilidad dramática y talento poético ocupa el puesto inmediato á Moreto; lástima es que sea tan incorrecto y descuidado. Sus comedias intituladas *No hay ser padre siendo rey* y *Los áspides de Cleopatra* compiten en extravagancia con todo cuanto hay del género heróico dramático español; pero al mismo tiempo *Lo que son mujeres* y *Entre bobos anda el juego* son obras de mucho mérito y efecto como comedias de enredo [7].

La mejor de todas sus comedias, y la que ha conservado siempre su puesto en el teatro, es *Del Rey abajo ninguno*, ó *García del Castañar;* la accion pasa en los tiempos turbulentos de D. Alfonso XI, los cuales están pintados con bastante exactitud histórica. El héroe Don García es hijo de un caballero llamado Garcí Bermudo, que, envuelto en una conjuracion contra el padre del monarca reinante, se habia hecho sospechoso, por cuya razon

[6] Los dos tomos de comedias de Rojas se reimprimieron en Madrid, en 1680, 4.° Los privilegios y licencias son del mismo año; pero el editor del primero, que le dedicó á un gran señor, es el mismo á quien el segundo está dedicado por el impresor de ambos. Los autos de Rojas se hallan en «Autos y Loas, etc.», 1655, y en «Navidad y Corpus Christi festejado», de Pedro de Robles, 1664; generalmente hablando, no son mejores que los de sus contemporáneos.

[7] Su «Pérsiles y Sigismunda» está tomada literalmente de la novela de Cervantes, así como su «Casarse por vengarse» fué imitada sin escrúpulo alguno por Lesage en su «Casamiento por venganza» (Gil Blas, lib. IV, capítulo 4); bien es verdad que este último nunca desperdiciaba ocasiones de esta especie.

su hijo D. García vive retirado en su casa del Castañar, junto á Toledo, sin dar el menor recelo al Gobierno. En época como aquella de necesidades y apuros, y cuando el Rey apresta la expedicion con que despues ganó á Algeciras de los moros, pidiendo para ello un subsidio á sus vasallos, son tan espléndidos los dones de García, que llaman vivamente la atencion del monarca; pregunta este con interés quién es aquel labrador tan leal y opulento, y movida aun mas su curiosidad con la respuesta que le dan, determina visitarle en el Castañar de incógnito y acompañado solamente de dos ó tres de sus cortesanos mas allegados. García, sin embargo, recibe aviso de la honra que le va á dispensar su monarca, aunque por un error involuntario y natural equivoca á este con un caballero de su comitiva.

Sobre esta equivocacion gira todo el interés de la comedia; el cortesano á quien García toma por el Rey se enamora de su esposa Blanca, y pretendiendo entrar por un balcon de noche en su alcoba y cuando cree que su marido se halla ausente, es descubierto por este. Entonces comienza la lucha entre el honor y la lealtad española. García no puede siquiera pensar en vengarse de una persona que cree ser su rey, y al mismo tiempo no tiene la menor desconfianza de su esposa, á quien adora, y de cuyo amor y fidelidad está seguro. Pero, por otra parte, en aquellos tiempos la menor sospecha pedia sangre, y García resuelve asesinar á su esposa á fin de salvar su honra. A favor de ciertas dilaciones y treguas, esta huye y es conducida á la corte, donde su marido acude casi al mismo tiempo á recibir los mayores honores á que puede aspirar un vasallo. Al presentarse al Rey descubre su engaño, y desde aquel momento ve con

claridad cuanto ha sucedido, y forma y ejecuta su resolucion con tanta sencillez como prontitud; pasa inmediatamente á la antecámara, acomete á su víctima, la deja postrada de un solo golpe á sus piés, y con la daga desnuda y ensangrentada en la mano vuelve á la presencia del Rey, ofreciendo como única disculpa la narracion simple de lo sucedido y declarando que contra él y su honor no ha de estar *Del Rey abajo ninguno*, justificando de este modo el título del drama.

Pocos se hallarán mas poéticos en todo el teatro español, y poquísimos mas nobles, elevados y verdaderamente nacionales; el carácter de García está pintado con vigor y energía, y es un cuadro completo; el de su esposa, no menos acabado, respira la resignacion y la dulzura, y hasta el gracioso es una excepcion de regla entre los de su clase, y ocupa su puesto con decoro : hay bellísimas descripciones, como la de la vida campestre, tal cual se suponia existir en la época mas feliz de la monarquía, y al fin del segundo acto hay una escena entre García y el cortesano al tiempo que este procura subir oculto por el balcon y entrar en el aposento de Blanca, en la que la lucha entre el honor y la lealtad está pintada con un vigor y lozanía que nada dejan que desear; en una palabra, si se exceptúan las mejores comedias de Lope de Vega y de Calderon, no hallamos ninguna tan buena ni de tanto efecto en la escena española[8].

Rojas fué conocido en Francia. Tomás Corneille imitó y casi tradujo una de sus comedias, y Scarron en su *Jodelet* hizo otro tanto con la de *Donde hay agravios no hay celos*.

[8] «Del Rey abajo ninguno» se ha impreso varias veces con el nombre de Calderon, quien pudiera darse por satisfecho de que fuese suya; no queda, sin embargo, la menor duda de quién sea su verdadero autor; hállase entre las comedias sueltas de Rojas, y no en los tomos de la coleccion.

Así, pues, la segunda comedia que ocupó un lugar permanente en el teatro francés fué debida á España, como lo fueron tambien la primera comedia y la primer tragedia mucho tiempo antes[9].

Siguiendo el ejemplo de otros escritores de su tiempo, Rojas escribió para el teatro unas veces solo, y otras en union con poetas amigos suyos. Franchi en su elogio de Lope de Vega, tambien escrito de esta manera, se queja amargamente de tal sistema, diciendo que una obra así confeccionada, mas parecia «conjuracion» que «comedia», y forzosamente debia ser desigual y poco acorde; mas esta opinion no fué la dominante de la época, ni es cierto el supuesto en todos los casos; Fletcher y Beaumont en Inglaterra, muchos dramas compuestos en Francia, aun en nuestros tiempos, por dos ó mas autores, prueban lo contrario. Tampoco debe echarse en olvido que en España, donde por la estructura del drama nacional el argumento importaba tanto, y donde tantos caractéres estaban ya formados y tenian atributos peculiares, estas asociaciones eran mas oportunas y habian necesariamente de tener mejor éxito que en ningun otro teatro; lo cierto es que fueron entonces mucho mas frecuentes que lo han sido despues[10].

D. Alvaro Cubillo de Aragon, que llama á Moreto

[9] La comedia de Tomás Corneille es «Don Beltran del Cigarral» (Obras, Paris, 1758, 12.°, t. I, p. 209), en cuya dedicatoria reconoce lo que debe á Rojas. El «Jodelet» de Scarron (Obras, Paris, 1752, 12.°, t. II, p. 73), es una comedia de mucho movimiento, copiada enteramente de la de Rojas; Scarron imitaba constantemente á los dramáticos españoles.

[10] Generalmente se reunian tres autores para escribir una comedia, encargándose cada uno de una jornada. En la coleccion de comedias publicada en la última mitad del siglo XVII, compuesta de cuarenta y ocho tomos, hay por lo menos treinta escritas de este modo; dos son obras de seis autores, y una, en obsequio del marqués de Cañete, está compuesta por nueve ingenios; pero no se encuentra en coleccion alguna, y solo se imprimió suelta. Madrid, 1622, 4.°

contemporáneo suyo, y que tal vez fué conocido antes que él como autor dramático de crédito, dice en 1654 que para entonces tenia ya escritas cien comedias. Pero de todas ellas apenas se han salvado diez, publicadas por él mismo, y otras dos ó tres mas que se imprimieron, segun él dice, sin su licencia y consentimiento, entre las cuales figura *El rayo de Andalucía,* cuyo argumento está tomado de la conocida cuanto lastimosa historia de *Los siete Infantes de Lara*, drama muy elogiado en su tiempo. Mayor aprecio aun obtuvo su comedia de *Las muñecas de Marcela*, fábula sencilla, que tiene por base el amor pueril é inocente de una muchacha de pocos años. Otra comedia suya, *El señor de Noches Buenas*, se imprimió con el nombre de D. Antonio de Mendoza; Cubillo reclamó su propiedad, y sin embargo, volvió á imprimirse entre las obras de Mendoza, prueba del descuido que en España hubo siempre en esta clase de publicaciones.

Ninguna de las comedias de Cubillo tiene gran mérito poético, pero algunas hay fáciles, agradables y naturales. La mejor de ellas es *La perfecta casada*, en la que está muy bien trazado el carácter dulce y noble de la heroina, á quien supone adornada de cuantas prendas y dotes pueden embellecer á una mujer. Al propio tiempo otras dos comedias religiosas se distinguen por sus absurdos y extravagancias: una de ellas, *San Miguel*, contiene en la primera jornada la historia de Cain y Abel; en la segunda la de Jonás, y en la tercera la del rey godo Wamba, y termina con un epílogo en forma de vision, que describe los tiempos de Cárlos V y sus inmediatos sucesores los tres Felipes[11].

[11] Hemos visto de Cubillo las siguientes comedias: diez en su «Enano de las musas» (Madrid, 1654, 4.°), cinco en las «Comedias escogidas», y

Pero segun iba avanzando la vida de Calderon, el teatro español se inundaba de autores dramáticos, ansiosos de compartir con él los favores del público. Fué uno de ellos D. Antonio, ó como otros le llaman, D. Francisco de Leiva, cuyo *Mucio Escévola* es el drama histórico mas extraño y desatinado que pueda verse. Al contrario, *El honor es lo primero* y *La Dama Presidente*, tambien suyas, son comedias muy agradables, sazonadas con cuentos breves y apólogos ingeniosos, referidos con naturalidad y agudeza[12]. Otro de estos autores fué Cáncer y Velasco, cuyas poesías son muy superiores á sus comedias, y cuya *Muerte de Baldovinos* toca ya en los límites de la farsa y hasta de la caricatura, no pudiendo comprenderse cómo se toleraba tal espectáculo en el teatro de una corte[13]. Tambien fueron de este número An-

dos ó tres sueltas. El «Enano de las musas» forma la coleccion de sus obras, donde hay romances, sonetos y un poema alegórico «La corte del leon», que, segun D. Nicolás Antonio, se imprimió en 1625, y debió gustar, puesto que se imprimió varias veces; pero en ninguna parte es Cubillo tan poeta como en sus comedias; véase el prólogo y dedicatoria del «Enano» y el Catálogo de autores dramáticos que Montalvan publicó al fin de su «Para todos».

[12] Hay algunas comedias de Leiva en la Coleccion de Duran y tambien en la de las «Comedias escogidas»; asimismo hemos visto varias sueltas; pero se ignora cuántas escribió, y hay además muy escasas noticias de su vida. Muchos le llaman D. Francisco; puede ser que hubiese dos autores del mismo apellido y diversos nombres.

[13] Obras de D. Jerónimo de Cáncer y Velasco. Madrid, 1761, 4.° La primera edicion es de 1651, y D. Nicolás Antonio pone su muerte en 1654. «La muerte de Baldovinos» está incluida en el Indice expurgatorio de 1790, como tambien su «Bandolero de Flándes.» Escribió, sin embargo, juntamente con Pedro Rosete y Antonio Martinez, y con ánimo sin duda de conciliarse el favor del clero, una comedia muy oportuna para lograr su fin; intitúlase «El mejor representante San Ginés», y está en el t. XXIX de las «Comedias escogidas», 1668. S. Ginés fué un actor romano que se convirtió al cristianismo, que padeció el martirio delante de los espectadores y en el mismo teatro por haber sido llamado á representar una comedia escrita por Policarpo y dispuesta ingeniosamente en defensa de los cristianos. La tradicion es por cierto bastante absurda; pero el drama debe leerse por estar escrito en muchas partes con interés, y en algunas con moralidad y gracia; tiene una intriga amorosa muy bien enlazada con el asunto principal. Creemos que Cáncer solo escribió sin auxilio ajeno dos ó tres comedias, pues tiene por lo menos doce en que trabajó en union con Moreto, Matos Fragoso y otros. Todas ellas están en la «Coleccion de comedias escogidas».

tonio Enriquez Gomez, hijo de un judío portugués, quien en sus *Academias morales de las Musas* insertó cuatro comedias, todas ellas de escaso mérito [14], excepto quizá la que tiene por título *A lo que obliga el honor*. Antonio Sigler de Huerta, que escribió la de *No hay bien sin ajeno daño*, y Zabaleta, que aunque atacó con rigor y severidad al teatro, no quiso privarse del gusto de escribir para él [15].

Si de estos escritores pasamos á aquellos que mas se distinguieron por algunas obras notables, el que primero se presenta es Fernando de Zárate, poeta extraviado á veces por el mal gusto de su tiempo, pero que otras le resistió y luchó con él; así, pues, en la mejor de sus comedias *A lo que obligan los celos*, apenas se encuentran rastros de gongorismo, al paso que otra, intitulada *Quien habla mas obra menos*, está plagada de ellos, aunque por otra parte es una buena composicion; lo mismo sucede con *La presumida y la hermosa*, que se ha mantenido en el teatro hasta nuestros dias [16].

[14] «Academias morales de las Musas.» Madrid, 4.°, 1660; hay otra edicion de Barcelona, 1704, 4.°

[15] «Flor de las mejores comedias», Madrid, 1652, 4.°. Baena, «Hijos de Madrid», t. III, p. 227. En el t. XLVIII de las «Comedias escogidas», 1652, se hallan bastantes de Zabaleta. Una de ellas «El hijo de Marco Aurelio», relativa á la vida del emperador Comodo, se representó en 1654, y segun dice su autor, fué recibida con frialdad bajo el pretexto de que en ella se adulteraba mucho la historia. Entonces se propuso escribir la vida de dicho Emperador, que llamó traduccion de la de Herodiano, pero que no se recomienda ni por la fidelidad de la version ni por la pureza del estilo. Túvola mucho tiempo sin acabar, hasta que dispertando una mañana el año de 1664, y encontrándose enteramente ciego, comenzó, dice, á buscar, como quien mira de una altura, una ocupacion acomodada á su tristeza y soledad. Su comedia se habia ya impreso en 1658 en el t. X de las «Comedias escogidas», y entonces completó su historia para justificarla, y la publicó en 1666, calificándose en la portada de «cronista de su majestad». Pero su historia tuvo igual éxito que la comedia. En el «Vejámen de Ingenios» de Cáncer, donde se da noticia de la mala acogida que obtuvo otra comedia de Zabaleta (Obras de Cáncer, Madrid, 1761, 4.°, p. 111), se inserta un epígrama muy acre y mordaz sobre lo feo que era, pues se reduce á decir que aunque la comedia salia muy cara al precio que costaba un billete, la cara de su autor indemnizaba de esta pérdida á cualquiera que la mirase.

[16] Donde con mas facilidad se hallan

Otro escritor dramático correspondiente á esta época es Miguel de Barrios, uno de aquellos infelices hijos de Israel, que temerosos de la Inquisicion, ocultaron su creencia, y hubieron de sufrir los rigores de la feroz intolerancia que por do quiera los acechaba. Era de familia portuguesa, aunque nacido en España, y sirvió largo tiempo en el ejército español; hallándose en Flándes, le asaltaron de tal manera los gritos de su conciencia, que huyó á Amsterdam, donde murió hácia 1669, profesando públicamente la fe de sus padres. Sus comedias se imprimieron en 1655; pero la única que hay digna de ser mencionada es *El español en Oran*, demasiado larga, aunque no del todo desprovista de mérito[17].

D. Juan Bautista Diamante fué otro de los que escribieron comedias especialmente acomodadas al gusto del público á la sazon que Calderon se hallaba en el apogeo de su reputacion y fama. Muchas son las que compuso, pues en 1670 y 1674 imprimió dos tomos, y además corren varias suyas sueltas y aun manuscritas[18]. Las hay en todos los géneros y con todas las formas que entonces se usaban: unas, como *Santa Teresa de Jesus*, son religiosas; otras, como *María Estuarda*, históricas; y

las comedias de Zárate es en la «Coleccion de comedias escogidas», donde hay veinte y dos suyas: la primera de ellas en el t. xv, 1661, y la «La Presumida y la Hermosa» en el tomo xxiii, 1666. En el Indice expurgatorio de 1790, p. 208, se da á entender que Fernando de Zárate es el mismo que Antonio Enriquez Gomez: equivocacion nacida sin duda de que una comedia del judío Antonio Enriquez Gomez se imprimió con el nombre de Zárate, como otras suyas se habian publicado con el de Calderon. Rios, «Judíos de España», p. 575.

17 Su «Coro de las Musas», al cual están al fin añadidas las comedias, se imprimió en Bruselas en 1665, 4.°, y despues en 1672. En el Museo británico se conserva manuscrito un tomo de poesías de este autor. Sobre su vida y escritos véase á Barbosa, Biblioteca lusitana, t. iii, p. 464, y Rios, «Judíos de España», Madrid, p. 608, etc.

18 Las «Comedias de Diamante» ocupan dos tomos, 4.°, Madrid, 1670 y 1674: el primero contiene ocho con foliacion seguida, y despues otras cuatro cada una con distinta foliacion; no hay duda, sin embargo, de que todas son suyas, pues en el índice y en la tasa se habla de que el tomo contiene doce comedias.

otras, en fin, como *El cerco de Zamora*, están tomadas de antiguas tradiciones nacionales. Esta última, que versa sobre el mismo asunto que la segunda parte del *Cid*, de Guillen de Castro, es muy inferior en poesía; compuso además zarzuelas, de las cuales la mejor es la de *Alfeo y Aretusa*, escrita juntamente con una loa muy entretenida en honor del condestable de Castilla. La mayor parte pertenece al género llamado de *Capa y espada*, pero ninguna de ellas tiene verdadero mérito; una sola hallamos que llamase la atencion fuera de España, á saber, *El honrador de su padre*, cuyo argumento es la disputa y desafío del Cid con el conde Lozano, comedia que por un error de Voltaire se creyó por mucho tiempo ser el modelo del *Cid*, de Corneille, aunque, segun ya dejamos indicado, debió suceder lo contrario, pues la produccion de Diamante no fué conocida hasta veinte años despues de la gran tragedia francesa, y aun tiene mucho de ella [19]. Como la mayor parte de los autores dramáticos de su tiempo, Diamante imitó á Calderon y siguió su escuela en la parte mas romántica. Como otros muchos poetas españoles de todas las edades, entró en religion y acabó sus dias en un convento; se ignora la época de su muerte, aunque es de presumir fuese á fines del siglo XVII.

Sin detenernos en Monroy, Monteser, Cuellar y algu-

[19] «El Cid» de Corneille es del año 1636, y «El Honrador de su padre» de Diamante se encuentra por primera vez en el t. XI de las «Comedias escogidas», cuyo privilegio de impresion es de 1658. Puede dudarse con fundamento si Diamante escribia para el teatro en 1636, pues ninguna comedia suya se imprimió antes de 1657. En las mismas «Comedias escogidas» (tomo XXIII, 1662) hay otra comedia sobre el Cid, imitada en parte de la de Diamante y hasta parecida en el título, pues se llama «El honrador de sus hijas». Su autor fué Francisco Polo, escritor desconocido, quien no sabemos escribiese mas comedias que esta, cuyo argumento se refiere al casamiento de las hijas del Cid con los infantes de Carrion, villano comportamiento de estos, etc., etc.; es de muy escaso mérito.

nos otros escritores que florecieron en la última mitad de dicho siglo, hablarémos de la agradable y divertida comedia intitulada *El castigo de la miseria*, de D. Juan de la Hoz, natural de Madrid, caballero de la órden de Santiago en 1653, y regidor perpetuo de la ciudad de Búrgos en 1657, habiendo despues ocupado altos empleos en la corte, donde aun vivia por los años de 1689. Ignoramos cuántas comedias compuso, siendo aquella la única que de él se conoce. El argumento está sacado de la novela tercera de D.ª María de Zayas que tiene el mismo título, y de la cual Diamante tomó la idea general y hasta los principales incidentes [20]. Pero el carácter del avaro está pintado mucho mejor en la comedia que en la novela; es pues una de las mejores comedias de carácter del teatro español, y en muchos puntos puede ser comparada con la *Aulularia*, de Plauto, y el *Avaro*, de Molière.

Es excelente la pintura que en el primer acto hace del protagonista un conocido suyo, concluyendo por decir fué él quien inventó aguar el agua; hasta la última escena en que el avaro va á buscar quien le haga conjuros para recobrar su perdido tesoro, el carácter de este se sostiene y queda perfectamente desenvuelto [21]:

[20] Huerta, que reimprimió «El castigo de la miseria» en el t. I de su «Teatro español», duda á quién atribuir el pensamiento original, si á La Hoz ó á D.ª María de Zayas; pero no puede haber cuestion sobre este punto. Las «Novelas» se imprimieron en Zaragoza en 1637, 4.º, y su aprobacion es de 1635. Véase tambien á Baena, «Hijos de Madrid», t. III, p. 271. En el prólogo á las «Comedias de Candamo» (Madrid, t. I, 1722) se dice que La Hoz escribió la tercera jornada del «San Bernardo» de Candamo, que este dejó incompleto al morir en 1704; si la noticia es exacta, La Hoz debió llegar á una edad muy avanzada.

[21] La primera de estas escenas está tomada de las «Novelas», edic. de 1637, p. 86; pero la escena con el Astrólogo es invencion exclusiva del poeta y digna del ingenio mas aventajado. Es preciso confesar que la tercera jornada es artísticamente superflua, pues la accion concluye en realidad en la segunda, aunque por otra parte está escrita con tal gracia y donaire, que seria lástima descartarla.

siempre es el avaro, y lo que es mas, el avaro español. La leccion moral es aun mejor en la novela, porque la intrigante que le engaña y le hace casarse con ella recibe al propio tiempo que él el condigno castigo de su crímen; al contrario, en la comedia aquella mujer falsa y vil recoge el fruto de sus mentiras y triunfa completamente: extraña pretension del pensamiento original que no es fácil explicar. En cuanto á mérito poético, no hay comparacion entre ambas obras.

El portugués D. Juan de Matos Fragoso, que vivió en Madrid al propio tiempo que La Hoz y Diamante, gozó como ellos de gran reputacion, á pesar de què adolece con frecuencia del mal gusto de su época. No imprimió mas que un tomo de sus comedias, de modo que hay que buscarlas, ya sueltas, ya en colecciones formadas con otro objeto. Las mas conocidas son *El yerro del entendido*, fundada en la novela de *El curioso impertinente*, de Cervantes; *La dicha por el desprecio*, fábula dramática bien dispuesta; y *El sabio en su retiro y villano en su rincon*, que pasa por la mejor de todas cuantas escribió.

Su comedia de *El Redentor cautivo*, en cuya composicion le ayudó Sebastian de Villaviciosa, poeta muy conocido de aquel tiempo, es bajo otro aspecto mas divertida y agradable. Dícese que el fondo del argumento es un hecho auténtico, y en verdad que el tiernísimo incidente en que está fundada era un suceso muy comun durante la larga y sangrienta lucha contra los cristianos españoles y los moros de Africa [22], tristes reliquias del

[22] Ya hemos hablado de las comedias de Lope y Cervantes, que pintan la dura condicion de los cautivos españoles en Argel, y mas adelante hablarémos de la influencia que esto mismo tuvo en la novela española. Debemos, sin embargo, observar que son muchas las comedias que giran sobre

odio encarnizado de diez siglos. Una partida de moros berberiscos desembarca en las costas de España, y despues de robar los lugares comarcanos, arrebata y se lleva con la presa á una dama española; su amante desesperado la sigue, y el drama refiere sus aventuras hasta que, por último, uno y otro son hallados y obtienen su libertad. Al par de esta fábula triste y melancólica marcha un enredo é intriga subalterna que da título al drama y caracteriza el estado del teatro y las exigencias del público, ó mas bien las del clero; descúbrese que en poder de los infieles hay una gran estatua, en bronce, del Salvador; á fin de sacarla de sus manos y evitar aquel sacrilegio, los cautivos cristianos ofrecen inmediatamente una gran cantidad de dinero recibida para su propio rescate, y por último, los moros consienten en entregarla con condicion de que se les pagará su peso de oro; al realizar la operacion y puesto en una balanza el equivalente de las treinta piezas de plata, precio pagado por la persona del Salvador, esta corta cantidad pesa mas que la estatua maciza de bronce, sobrando por lo tanto mas de lo suficiente para dar libertad á todos los cautivos, quienes al ofrecer el precio de sus respectivos rescates, habian en realidad ofrecido sus vidas y personas. La comedia, que acaba con este sorprendente prodigio, está escrita, como las demás de Diamante, en varios metros, y los versos tienen en general facilidad y dulzura[23].

este argumento, además de las que hemos citado. Es una de las mas notables la de Moreto, que tiene bastantes puntos de contacto con la que vamos analizando en el texto. Se intitula «El azote de su patria» (Comedias escogidas, t. XXXIV, 1670), y está llena de las crueldades cometidas por un renegado valenciano, que parece ser personaje histórico.

[23] En las «Comedias escogidas» hay por lo menos veinte y cinco escritas en todo ó parte por Matos Fragoso; la mas antigua de ellas está en el t. v, 1653 Del final de una intitulada «Pocos bastan si son buenos» (t. XXXIV, 1670) y de algunas descripciones locales que en ella se encuentran, se deduce casi sin ningun género de duda que Matos Fragoso estuvo en Italia, y

El último escritor de mérito en el teatro español, con todas las buenas cualidades y dotes de los antiguos, es el historiador de Méjico, D. Antonio de Solís. Nació á 18 de julio de 1610 en Alcalá de Henáres, y terminó sus estudios en la universidad de Salamanca, donde á la edad de diez y siete años habia ya escrito una comedia; cinco años despues dió al teatro su *Gitanilla*, fundada en la novela de Cervantes, ó mas bien en una comedia de Montalvan, tomada del mismo cuento; ficcion graciosa, que bajo una ú otra forma se ha reproducido constantemente desde que salió de manos del gran maestro. *Un loco hace ciento*, comedia de figuron y muy graciosa, se representó poco tiempo despues en la corte, pero es inferior en mérito, y una imitacion pobre de *El Lindo Don Diego*, de Moreto; aunque tambien es justo añadir que otra intitulada *Amor al uso*, exclusivamente suya, es una de las buenas comedias del teatro español, y sirvió mas tarde de base á una de las mejores obras de Tomás Corneille.

Para unas fiestas celebradas en Pamplona en 1642 dispuso Solís un entretenimiento dramático sobre la fábula de Orfeo y Eurídice, en el cual están confundidos los atributos del teatro nacional español con el genio de la antigua mitología griega, con mas desórden aun del que se acostumbraba comunmente: tambien concluye, contra la tradicion universalmente admitida, saliendo

que esta comedia se escribió y representó en Nápoles en presencia del Virey. Un tomo de comedias suyas, con la nota de primero, se imprimió en Madrid, 1658, 4.° En la coleccion de Duran hay otras, y por cierto no las mejores. Villaviciosa escribió parte de «Solo el piadoso es mi hijo», de «El letrado del cielo», de «El Redentor cautivo» y de otras. El apólogo del Barbero en esta última está tomado de una de las de Leiva, pero esto era entonces muy comun. La vida de Fragoso se halla en Barbosa, t. II, páginas 695-697.

Eurídice libre de las regiones infernales y anunciando una segunda parte, cuya conclusion debia ser trágica, promesa que, como otras muchas de su especie, frecuentes por demás en la literatura española, no llegó á cumplirse.

Aumentada con esto la reputacion de Solís, fué nombrado oficial de la secretaría de Estado, y mientras desempeñaba este cargo escribió para solemnizar el nacimiento de un príncipe cierto drama alegórico, que así participaba de las moralidades del teatro primitivo como de las modernas máscaras, el cual se representó en el Retiro. El título de ésta composicion extravagante, aunque poética, es *Triunfos de amor y fortuna;* los personajes son Diana y Endimion, Psíquis y Vénus, la Felicidad, la Adversidad y otros varios; pero en medio de esto reina en todo el drama un tono de galantería tan constante y apropiado, que la escena parece ser en Madrid, y los caractéres tomados de individuos del mismo auditorio que presenciaba la funcion. Es tambien muy curioso por la circunstancia de que la loa, entremeses y sainete de que está acompañado, y son en su totalidad obra de Solís, se conservan todos [21].

De este modo continuó Solís durante la mayor parte de su vida siendo uno de los escritores favoritos, ya del teatro particular del Rey, ya de los públicos de la capital. Distínguense todas sus comedias por la habilidad y feliz combinacion de sus planes, que no siempre eran originales, así como por la pureza de estilo y armonía de la versificacion, cualidades exclusivamente suyas. Ya entrado en años Solís, hizo lo que otros poetas españo-

[21] Los «Triunfos de amor y fortuna» se publicaron, en 1660, en el t. XIII de las «Comedias escogidas».

les; acabó por considerar como un pecado la ocupacion de su juventud, y despues de meditar detenidamente en el asunto, se retiró á soledad y recibió las sagradas órdenes. Desde entonces renunció al teatro, negándose hasta á escribir autos sacramentales siempre que llegaban á encargárselos, en la confianza de que heredaria la fama y fortuna de su gran maestro. Dedicado exclusivamente á la contemplacion religiosa y á los estudios históricos, vivió, segun parece, tranquilo y satisfecho, aunque arrinconado y pobre, hasta su fallecimiento, ocurrido en 1686. Publicóse despues un tomo de sus poesías varias, escritas segun el gusto que entonces prevalecia, aunque de escaso mérito, si se exceptúan algunos juguetes y entretenimientos dramáticos, entre los cuales los hay muy agradables y divertidos [25].

Poco despues de Solís, aunque en parte contemporáneo suyo, floreció D. Francisco de Bances Cándamo, caballero de antiguo é ilustre linaje, nacido el año de 1662 en Astúrias, verdadera cuna de la nobleza española. Su educacion, si no literaria, fué esmerada; pasó muy jóven á la corte, donde fué primeramente agraciado con una pension, y obtuvo despues varios empleos de importancia en el ramo de Hacienda, cuyas funciones desempeñó, segun dicen, con celo, inteligencia y honradez. Por último, perdió el favor que gozaba, y murió el año de 1704, en tal estrechez, que hubo de cos-

[25] Juan de Goyeneche publicó las «Poesías varias» de Solís con una vida del autor muy mal escrita, y las imprimió en Madrid, 1692, 4.º Sus comedias se imprimieron en la misma villa en 1681 y en el t. XLVII de las «Comedias escogidas». «La Gitanilla», cuyo tipo ya dijimos se habia reproducido tanto, se encuentra en la «Gitana española», de Rowley y Midleton; en «La preciosa», comedia alemana muy linda, de P. A. Wolf, y en «Nuestra señora de Paris», de Victor Hugo; tambien se nota cierta intencion de imitarla en el «Estudiante español», del profesor Longfellow, como lo insinúa el mismo autor.

tear su entierro una cofradía del punto mismo adonde habia sido desterrado.

Sus comedias, ó por mejor decir, dos tomos de ellas, se imprimieron en 1722; pero en cuanto á sus demás poesías que en gran número dejó manuscritas y legó al duque de Alba, solo sabemos que despues de la muerte de su autor, se vendió un gran legajo de ellas por unos cuantos maravedises, y que las pocas que pudieron recogerse se imprimieron en 1729 en un tomo poco abultado [26]. Entre sus comedias, las que él mas apreciaba son las históricas [27], como son, *La Restauracion de Buda* y *Por su rey y por su dama*; escribió, sin embargo, en otros géneros, y algunas de sus comedias son curiosas por la circunstancia de estar adornadas de loas y entremeses, con el objeto sin duda de hacerlas mas gratas al público. Los planes suelen ser ingeniosos, y aunque intrincados, mas regulares que los que generalmente se usaban en su tiempo; pero el estilo, lleno de hinchazon y bambolla, y la falta de vida y movimiento hace que gusten poco en el teatro.

Cándamo, mas que todo, es notable por haber dado gran impulso á cierta especie de drama conocido ya an-

[26] Las comedias de Cándamo con el título de «Poesías cómicas, obras póstumas», se imprimieron en Madrid en 1772, dos tomos, 4.° Sus versos «Poesías líricas» tambien en Madrid, en un tomo 12.°, sin fecha; pero la dedicatoria es de 1729, las licencias de 1720, y la fe de erratas, que debió ser lo último, de 1710. Esto prueba la confusion que ofrecen en estas materias muchos libros españoles, confusion que en el de que tratamos alcanza á su contenido, pues intitulándose «Poesías líricas», contiene, además de idilios, romances y epístolas, tres cantos de un poema épico sobre la expedicion de Cárlos V á Túnez; otros nueve quedaron manuscritos en los papeles del autor, que este dejó al duque de Alba. La vida de Cándamo, que está al frente, es trabajo muy pobre. Dice Huerta (Teatro, parte III, t. II, p. 196) que él compró una gran porcion de poesías de Cándamo, y entre ellas seis cantos de su poema, por dos reales; sin duda formaba parte de los manuscritos que pasaron á la casa de Alba.

[27] Así lo dice él mismo con cierta complacencia al principio de su «César Africano».

tes de su tiempo, pero que sirvió mas tarde para introducir la verdadera ópera moderna; aludimos á la zarzuela, que recibió este nombre del Real Sitio próximo á Madrid, en que desde un principio se representaban con gran lujo y esplendidez para entretenimiento y solaz de Felipe IV y por órden de su hermano el infante D. Fernando [28]. En realidad no son mas que comedias de varios géneros, mas ó menos largas, aunque todas del gusto nacional, y con acompañamiento de música.

La primera tentativa hecha para introducir música en las funciones dramáticas fué, segun hemos visto, en 1630, obra de Lope de Vega, cuya égloga, intitulada *Selva sin amor*, se cantó delante de la corte, corriendo con el arreglo de las decoraciones y ornato del teatro el arquitecto italiano Cosme Lotti; cosa, dice el poeta, enteramente nueva en España. Siguieron mas tarde las tonadillas, especie de entremeses que se cantaban en vez de romances en los entreactos de las comedias, distinguiéndose mucho en este género un tal Benavente, antes del año 1645, en que se publicaron sus obras. Pero la primera comedia formal que se cantó entera fué la *Púrpura de la rosa*, de Calderon, representada el año de 1659, con su correspondiente música, en el teatro del Buen Retiro para solemnizar el casamiento de Luis XIV y de

[28] Al principio solo se introdujeron en los dramas cantos sueltos; mas andando el tiempo, llegó á cantarse toda la pieza. (Ponz, «Viaje de España», t. VI, p. 152; Signorelli, «Storia dii teatri», Napoli, 1813, 8.°, t. IX, p. 194.) En los «Ocios de Ignacio Alvarez Pellicer, de Toledo, s. l., 1635, 4.°, p. 26, se halla una de estas zarzuelas, compuesta de canto y representacion. El argumento mismo y el modo con que está tratado y dispuesto revela la intencion de imitar á los italianos y de acercarse á sus óperas; intitúlase «La Venganza de Diana», y vale poco como obra dramática. Una obrita de D. Andrés Dávila y Heredia (Valencia, 1676, 12.°), intitulada «Comedia sin música», se escribió, segun parece indicarlo su título, para ridiculizar la introduccion de la ópera en España: es una sátira en prosa, de escaso mérito y poca importancia. Véase además lo que dejamos dicho en la materia, t. II, pp. 298 y 379.

la infanta María Teresa; obsequio dispuesto en honra de los altos personajes que en aquella ocasion pasaron á España, y á quienes por un acto de galantería se creyó deber entretener con un espectáculo por el estilo de las operas de Quinault y Lulli, diversion favorita á la sazon de la corte francesa.

Desde este tiempo, como era de esperar, se advierte en los autores dramáticos cierta tendencia á emplear el canto, ya en la comedia, ya en otras composiciones dramáticas mas cortas, tendencia que se observa claramente en Matos Fragoso, Solís y en la mayor parte de los autores que alcanzaron á Calderon en su vejez. Finalmente, formóse en manos de Diamante y de Cándamo una nueva especie de drama, cuyos argumentos se tomaban casi siempre de la mitología, como los de *Circe* y *Aretusa*, y cuando no, como sucede con *El nacimiento de Cristo*, de Diamante, eran siempre tratados de una manera bastante análoga á los primeros.

De este drama á la ópera italiana no habia mas que un paso, y no muy dificil, porque cabalmente con la entrada de la dinastía de Borbon en el trono español, aquel espíritu verdaderamente nacional que animaba al teatro y era la primera condicion de su buen éxito, perdió el favor de la corte y de las clases elevadas. Así fué que en 1705 se estableció en Madrid un espectáculo con pretensiones de ópera italiana, el cual, con alternativas de estimacion, indiferencia y desprecio, ha arrastrado una existencia precaria, acabando por grados con las antiguas zarzuelas y farsas músicas hasta hacerlas desaparecer casi enteramente[29] del teatro en su forma primitiva.

[29] Véase la «Selva sin amor», con su prólogo, impresa por Lope al fin de

Vivió por estos tiempos otro escritor dramático, cuyas comedias determinan ya la decadencia del teatro español; llamábase D. Antonio de Zamora, y dicen que en un principio fué actor, despues empleado en el Consejo de Indias, y por último criado de palacio; su carrera dramática comenzó en 1700, aunque no murió hasta despues de 1730, y es por lo mismo de creer que sus obras estuviesen en favor durante el reinado de Felipe V, á cuya presencia continuaron representándose algunas veces en el teatro del Retiro hasta 1744.

Recogiéronse é imprimiéronse estas en dos tomos, precedidos de una dedicatoria muy grave y solemne, en que se dedican á la memoria de su autor, bajo el supuesto de que siempre debe darse al César lo que es del César. Son en todo diez y seis comedias, mas largas de lo acostumbrado en los buenos tiempos del teatro, y en general muy pesadas. Las que versan sobre asuntos religiosos rayan casi en farsas, exceptuando quizá el *Judas Iscariote*, que contiene demasiados errores para ser entretenida. La mejor de todas es sin duda alguna *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague*, imitacion evidente del *Don Juan Tenorio*, de Tirso, hecha con bastante habilidad, drama verdaderamente notable, en el que se oyen hasta las pisadas de la estatua de mármol, causando un efecto solemne y cual no se halla en ninguna de las composiciones sobre el mismo asunto.

su «Laurel de Apolo». Madrid, 1630, 4.°; Benavente, Jocoseria, 1645, y Valladolid, 1653, 12.°, donde estas piececitas son llamadas «Entremeses cantados»; Calderon, «La purpura de la rosa»; Luzan, «Poética», lib. III, capítulo 1; Diamante, «El laberinto de Creta», impreso en 1667 entre sus «Comedias escogidas», t. XXVII; Parra, «El teatro español», poema lírico, 1802, 8.°, notas, p. 295; C. Pellicer, «Origen del teatro», t. I, p. 268, y Estéban Arteaga, «Teatro musicale italiano», Bologna, 8.°, t. I, 1785, p. 241: excelente libro escrito en italiano por un jesuita español de los expulsos en tiempo de Cárlos III, el cual murió en Paris en 1799. La segunda edicion, 1783-88, es la mejor y mas completa.

Pero á pesar del mérito de esta comedia y de otras dos ó tres mas, preciso es confesar que las de Zamora, de quien nos quedan unas cuarenta, representadas muchas de ellas con aplauso en la corte, son cansadas y fastidiosas; están todas plagadas de advertencias y prevenciones marginales á los actores, y anuncian el uso de una maquinaria muy imperfecta, síntomas evidentes ambos de la postracion de la literatura dramática. En medio de estos defectos, Zamora escribe con facilidad y da pruebas suficientes de que en circunstancias mas felices hubiera seguido con mayor acierto las huellas de Calderon, á quien tomó por modelo; mas llegó tarde, y mientras se esforzaba por imitar á los antiguos maestros, cayó en todas sus extravagancias y errores, sin acertar con aquella originalidad y fuerza de inventiva que constituye principalmente su mérito[30].

El mismo rumbo siguieron otros varios autores, aunque con éxito mas infeliz todavía, como son Pedro Francisco Lanini, Antonio Martinez, Pedro de Rosete y Francisco de Villegas[31]. El que mas tiempo y mejor siguió el camino trazado por Lope y por Calderon fué D. José de Cañizares, poeta madrileño, nacido en 1676, que empezó á escribir para el teatro á la edad de catorce años, y fué autor muy favorecido durante mas de cuarenta, puesto que falleció en 1750. Sus comedias son todas del género antiguo[32].

[30] «Comedias de D. Antonio de Zamora», Madrid, 1744, dos tomos, 4.° La licencia para imprimir abraza tambien la impresion de sus «Poesías líricas», aunque creemos que nunca se publicaron. Trae su vida Baena, t. I, página 177, y hay noticias de él en L. F. Moratin, «Obras», edic. de la Academia, t. II, prólogo, pp. V-VIII.

[31] Estas y otras muchas, hoy dia olvidadas, se encuentran en la antigua coleccion de «Comedias escogidas», publicada desde 1652 hasta 1704, donde se hallarán en los últimos tomos; hay nueve de Lanini, diez y ocho de Martinez, once de Rosete, y otras tantas de Villegas. No presumimos haya entre todas ellas una siquiera digna de salir del olvido á que han sido condenadas.

[32] Dos tomos forman las comedias que se han recogido de Cañizares;

Algunas que son históricas no carecen de interés, como *Las cuentas del Gran Capitan*, *Cárlos V sobre Túnez* y *El pleito de Hernan Cortés*. La mejor de todas es su *Picarillo en España*, que refiere las aventuras de Federico de Bracamonte, mozo arriscado y galante, que en el reinado de D. Juan II descubrió las islas Canarias y las ocupó algun tiempo como rey; pero las mejores obras de Cañizares pertenecen á las comedias de carácter introducidas poco antes por Moreto y Rojas, y llamadas, segun ya dijimos, «comedias de figuron». Sus muestras mas aventajadas en este género son: *La mas ilustre fregona*, sacada de la novela de Cervantes del mismo título; *El montañés en la corte* y *El dómine Lucas*, cuadro de costumbres de su tiempo, que pinta con primor aquellos hidalgos tan pobres como orgullosos que entonces infestaban la corte [33].

Con todo, y á pesar de su merecido nombre y fama como poeta dramático y de la popularidad y aprecio que se granjeó entre los actores, ningun escritor manifiesta con mas claridad que Cañizares la decadencia progresiva y rápida del drama español: al recorrer sus setenta ú ochenta comedias recordamos al instante las torres y templos del mediodía de Europa, construidos durante la edad media con las ruinas y fragmentos de antiguos

pero hay muchas sueltas, y es grande el número de las que se han perdido. Moratin, en su catálogo, da los títulos de unas setenta. Hablan de él Baena, t. III, p. 69, y Huerta, «Teatro», parte I, t. II, p. 347.

[33] El «Dómine Lúcas» de Cañizares no se parece á la graciosa y divertida comedia del mismo título que escribió Lope y está en el t. XVII de su «Teatro», 1621, la cual, dice él, está fundada en un caso positivo, y se reimprimió en Madrid, 1841, 8.°, con un prólogo en que se ataca no solo á Cañizares, sino á otros escritores contemporáneos de Lope, con mucha acrimonia. Pero el «Dómine Lúcas» de Cañizares merece leerse, particularmente en una edicion que tiene además sus dos entremeses, llamados impropiamente «Sainetes», y en la forma primitiva en que su autor la dispuso para la representacion hecha en el Retiro el año de 1735, con motivo del casamiento de la infanta María Luisa con el archiduque Pedro Leopoldo.

edificios, restos magníficos de una época gloriosa y que así revelan la grandeza y esplendor de los pasados siglos como la postracion de los que cifraban toda su gloria en aquellas suntuosas reliquias. Los planes, intrigas y situaciones de los dramas de Cañizares están generalmente tomados de Lope, Calderon, Matos Fragoso y otros ilustres antecesores en la misma carrera que él siguió, y á quienes acudia, apoyado en los muchos ejemplos que de esto ofrece el teatro español, como á unos monumentos antiguos y riquísimos que podian fácilmente prestar materiales preciosos á una época que ya no los daba de sí[34].

Fácil seria añadir los nombres de otros muchos escritores contemporáneos de Cañizares, que como él participaron de la decadencia del teatro y contribuyeron á ella; tales fueron Juan de Vera y Villarroel, Inés de la Cruz, Melchor Fernandez de Leon, Antonio Tellez de Acevedo y otros menos conocidos en su tiempo y sepultados muchos años hace en el olvido; pero escritores de esta especie ninguna influencia podian ejercer en el teatro; sus verdaderos límites y señales quedaron en el mismo sitio en que las pusieran Lope y Calderon, quienes por un singular conjunto de circunstancias dadas, mantuvieron sobre él un dominio indisputable, dejándole á su muerte impreso con cierto sello y carácter, que nunca despues perdió hasta terminar su existencia y perderse en el teatro moderno.

[34] La costumbre de usar con harta libertad los trabajos de autores anteriores fué muy comun y antigua en España. En 1617 Cervantes decia (Persiles, lib. III, cap. 2) que algunas compañías tenian expresamente poetas encargados de refundir las piezas antiguas; siendo tantos los que hicieron lo mismo que Cañizares, que debe alcanzarle la indulgencia, aunque en este punto pecó mas que otro alguno.

CAPITULO XXVI.

Carácter de la comedia española.—El autor ó empresario.— Escritores dramáticos.—Actores; su número, condicion y habilidad.—Funciones de dia.—El corral ó casa de comedias.—Patio, mosqueteros, gradas, cazuelas y aposentos.—El auditorio.—Billetes de entrada y carteles.—Representaciones, romances, loas, entremeses, sainetes y bailes. — Romances y coplas cantadas y bailadas.—Jácaras, zarabandas y alemanas.—Carácter popular de este conjunto.—Abundancia de autores y comedias.

El rasgo principal, si no el mas importante del drama español en su mejor período, es su nacionalidad en todas sus formas, hasta en las de devocion: en todos sus recursos y agregados para aumentar la diversion y el interés, hasta en la recitacion de los romances antiguos y en el espectáculo de los bailes populares, se le ve siempre dirigirse mas que ningun otro teatro moderno á las afecciones del país en que nació. La Iglesia, segun ya hemos visto, intervenia de vez en cuando, ya para contenerle, ya para enmudecerle del todo; pero hallábase aquel demasiado arraigado en el favor universal para que pudiera modificarle aun el mismo poder que todo lo dominaba en el Estado; así es que durante todo el siglo XVII, que siguió de cerca á la legislacion severa y á las repetidas tentativas de Felipe II para poner trabas á la verdadera y legítima expresion del teatro, el drama estuvo realmente en manos del pueblo, y los es-

critores y actores fueron lo que la voluntad popular quiso que fuesen[1].

A la cabeza de cada compañía de representantes habia «un autor»; venia este nombre desde los tiempos de Lope de Rueda, en que el mismo escritor de las rudas farsas que tanto agradaban al público solia reunir en torno suyo una compañía de farsantes que representasen lo que mas bien merecia el nombre de diálogos dramáticos que de verdaderos dramas. La funcion se hacia en medio de una plaza ó calle, práctica imitada muy pronto en Francia por Hardy «el autor», que así se llamaba él á sí mismo, porque lo era efectivamente de su propia compañía, el cual escribió entre los años de 1600 y 1630 mas de quinientas farsas y comedias groseras, imitadas á las de Lope de Vega y demás autores que á la sazon estaban en boga en España[2]. Pero mientras Hardy se hallaba en el apogeo de sus triunfos y abria camino á Corneille, el canónigo del *Quijote* habia ya reconocido en España dos clases de autores; autores que representaban y autores que escribian[3], distincion muy familiar desde que apareció Lope de Vega, y que nunca despues se ha olvidado. Como quiera que esto sea, desde aquel tiempo rara vez los autores y empresarios fue-

[1] Mariana en su tratado «De Spectaculis», cap. 7. («Tractatus Septem. Coloniæ Agrippinæ», 1609, folio) insiste mucho en que no se permitiese á los actores de la clase y carácter que él describe, y que desempeñaban papeles bajos y groseros, el representar en las iglesias ni tampoco hacer comedias devotas en los teatros, y que estos estuviesen cerrados los domingos; pero todo esto servia de poco contra el furor que habia por dicha diversion.

[2] En cuanto á Hardy y su extraordinaria carrera, fundada exclusivamente en el teatro español, puede verse á los «Parfaits» ó cualquiera historia del teatro francés. Corneille, en sus «Observaciones sobre Mélite», dice que cuando él empezó no tuvo mas guias que la sana razon y el ejemplo de Hardy y otros tan irregulares como él. El ejemplo de Hardy llevó mas tarde á Corneille en busca de materiales españoles.

[3] «Don Quijote», parte I, cap. 48. La primera actriz, ó sea primera dama, se solia tambien llamar «autora». Guevara, «Diablo Cojuelo», tranco 5.

ron escritores dramáticos en España, y lo mismo puede decirse de otros países[4].

Tampoco parece que las relaciones entre poetas, autores y representantes fuesen mas agradables que en el resto de Europa. Figueroa, que estaba muy al corriente de estas cosas, dice que los escritores tenian que adular á los autores de las compañías para lograr que el público los oyese, y que muchas veces eran tratados con despego y aspereza, sobre todo cuando sus comedias se leian y admitian en el teatro en presencia de los actores encargados de ejecutarlas[5]. Castillo Solórzano, que tambien fué poeta dramático, cuenta lo mismo, y añade el caso de un poeta que fué tratado dura é inhumanamente por una compañía de representantes, á cuyo capricho y mala voluntad le habia abandonado el autor ó empresario[6]. Hasta los mismos Lope de Vega y Calderon, ingenios privilegiados de aquellos tiempos, se quejan amargamente del modo con que les perjudicaban y defraudaban de sus derechos autores y libreros[7]. Al fin de la comedia el escritor anunciaba algunas veces su nombre con humildad mas ó menos sincera, declarando que la obra era suya; pero esta costumbre no era general, como lo fué la de

[4] Uno de los últimos escritores autores de compañía fué Villegas, que dicen escribió cincuenta y cinco comedias, y murió hácia 1600 (Rojas, «Viaje», 1614, fol. 21); despues de este el ejemplo mas notable es el de Diamante, tambien actor antes de ser escritor; murió en 1700. El autor de compañía era algunas veces ridiculizado en las mismas comedias que representaba su compañía, como sucede en «Las tres edades del mundo», de Luis Vélez de Guevara, donde él hace de gracioso. «Comedias escogidas», t. xxxviii, 1672.

[5] Pasajero, 1617, folios 112-116.

[6] En «La garduña de Sevilla» hácia el fin, y en «El bachiller Trapaza» capítulo 15. Al acabar Cervantes su «Coloquio de los perros» refiere un lance bastante parecido; todo lo cual prueba lo mal que los cómicos trataban á los autores.

[7] Véase el prólogo y dedicatoria de «La Arcadia» de Lope, así como otros pasajes señalados en su vida. La carta de Calderon al duque de Veraguas, su vida por Vera Tássis, etc.

dirigirse al auditorio, cosa que rara vez dejaba de hacerse al fin de la comedia, dándole al propio tiempo el grave y lisonjero nombre de «Senado» [8].

Ni era la condicion de los cómicos ó representantes tal que excitase la envidia de los escritores; es cierto que su número é influencia llegó á ser considerable, sobre todo con el grande impulso que el drama recibió á principios del siglo XVII. Cuando Lope de Vega apareció por primera vez en Madrid como escritor dramático no halló mas teatros que dos patios ó corrales, donde representaba al aire libre y de vez en cuando alguna compañía ambulante ó de la legua, como se suele decir, á quien el estímulo de la ganancia llevaba á la corte. Mas antes de morir él habia ya, además de los teatros públicos, algunos muy suntuosos en diferentes palacios reales y un sin número de compañías de representantes, que entre todas pasaban de mil personas [9]. Cincuenta años despues, al morir Calderon, cuando el drama español estaba ya enteramente formado y tenia un carácter propio, la aficion á las representaciones escénicas se habia extendido por todo el reino hasta

[8] Así Mira de Mescua al acabar «La muerte de San Lorenzo» («Comedias escogidas», t. IX, 1657, p. 167), dice :

Y aquí acaba la comedia
De Nabal, cuyo prodigio
Escribió Mira de Mescua
Para escarmiento de muchos :
Perdonad las faltas nuestras.

Y D. Francisco de Leiva concluye su «Amadis y Niquea» («Comedias escogidas», t. XL, 1665, fol. 118) con estas palabras :

Y don Francisco de Leiva,
Hoy rendido á los piés vuestros,
No os pide vitor, os pide
Perdon de sus muchos yerros.

Pero en general, como en la «Mayor venganza», de Cubillo, y en «Caer para levantarse», de Matos, Cáncer y Moreto, se anuncia sencillamente el nombre del autor ó autores, con el objeto sin duda de asegurar el derecho de propiedad literaria, muy poco respetado en el siglo XVII.

[9] «Don Quijote», edic. Pellicer, 1797, t. IV, p. 110, nota, hay una relacion que hace subir á trescientas las compañías de representantes que habia en España en 1636, lo cual parece imposible, tratándose de gentes que ganaban su sustento con este ejercicio. Pantoja, «Sobre comedias», Murcia, 1814, 4.º, t. I, p. 28.

el punto de no haber lugar, por pequeño é insignificante que fuese, que no tuviese, segun dicen, una especie de teatro[10]. Y llegó á tanto el furor y la locura por esta clase de espectáculos, que, á pesar del escándalo que causaban, se representaban por cómicos de profesion comedias profanas, de moral bastante equívoca, en algunos de los principales monasterios[11].

De un cuerpo tan numeroso de representantes, todos ansiosos de ganar el favor del público, era natural que saliesen, y salieron en efecto, algunos muy nombrados. Fueron de los mas distinguidos Agustin de Rojas Villandrando, que escribió el «Viaje entrenido» de una compañía de farsantes; Roque de Figueroa y Rios, ambos favoritos de Lope; Pinedo, á quien elogia sobre manera Tirso de Molina; Alonso de Olmedo y Sebastian de Prado, rivales en los aplausos públicos en tiempo de Calderon; Juan Rana, el mejor actor cómico de los tiempos de Felipe III y Felipe IV, que entretenia á su auditorio con gracias y sales improvisadas, fruto de su ingenio; los dos Morales y Josefa Vaca, mujér del mayor; la amazona Bárbara Coronel, que acostumbraba á salir siempre vestida de hombre; María de Córdoba, á quien alabaron Quevedo y el conde de Villamediana; y por último, María Calderon, madre del segundo D. Juan de Austria, á

[10] Pellicer, «Orígen de las comedias», 1804, t. I, p. 185.

[11] Ibid., pp. 226-228. Cuando Felipe III fué á Lisboa en 1619, los jesuitas representaron en su presencia una comedia latino-portuguesa en su colegio de San Antonio, como se ve en la «Relacion de la real tragi-comedia con que los padres de la Compañía de Jesus recibieron á la Majestad Católica, etc.», por Juan Sardina Mimoso, etc., Lisboa, 1620, 4.°, cuyo verdadero autor creemos fuese Antonio de Sousa. A esto se añade que Mariana («De Spectaculis», cap 7) dice que los entremeses y otros espectáculos intermedios que se hacian en casas muy religiosas y santas eran de carácter grosero y hasta ofensivo á la moral, aseveracion que repite casi con las mismas palabras en su tratado «De Rege», lib III, cap. 16.

quien esta circunstancia hizo figurar en los negocios públicos, tanto quizá como su habilidad en el teatro. Estos y otros disfrutaron sin duda alguna aquella efímera aunque brillante reputacion que suele de ordinario ser la única recompensa de los que llegan á sobresalir en esta carrera, obteniéndola quizá tan grande y en tan alto grado como el primer actor de los tiempos modernos [12]. Sin embargo, considerados como corporacion, los actores españoles nunca llegaron á ser respetados. Hijos en general de las clases mas ínfimas de la sociedad, llegó hasta á prohibírseles que pudiesen llevar mujeres en su compañía [13]. Verdad es que el pueblo simpatizaba con ellos, y á veces, tambien cuando cometian algun desman, los protegia á viva fuerza contra el brazo de la ley; pero cuando entre 1644 y 1649, su número llegó á ser muy considerable en la corte, y se formaron hasta cuarenta compañías, en las que habia, como era consiguiente, mucha gente valdía y mala, sus costumbres en general hicieron gravísimos perjuicios al drama y fueron causa de las restricciones y trabas á que necesariamente dió lugar y motivo la vida desarreglada de los có-

[12] C. Pellicer, «Origen», t. II, *passim* y Mme. d'Aulnoy, «Viaje á España», 1693, t. I, p. 97. Uno de los actores mas conocidos de aquel tiempo era Sebastian de Prado, que hemos citado en el texto, autor y galan de una compañía que en 1660, despues del casamiento de Luis XIV con María Teresa, pasó á Francia, y dió allí algunas funciones para entretener á la Reina, prueba de lo extendida que se hallaba entonces la aficion á la literatura española (C. Pellicer, t. I, p. 39). María de Córdoba es citada con admiracion, no solo por los autores ya nombrados, sino por Calderon, quien al comenzar «La dama duende», habla de ella y la llama Amarílis. En el «Quijote», edic. Clemencin, parte II, cap. 11, nota, se mencionan los nombres de otros famosos representantes del siglo XVII.

[13] Alonso «Mozo de muchos amos», parte I, Barcelona, 1625, fol. 141. Poco antes, es decir en 1618, Bisbe y Vidal habla de que era muy comun ver en el teatro el vestirse las mujeres de hombres («Tratado de comedias», fol. 50), y por las advertencias á los actores en el «Amadis y Niquea», de Leiva («Comedias escogidas», t. XI, 1675), se ve que el papel de Amadis debia encargarse siempre á una mujer.

micos[14]. Los resultados mismos manifiestan la licencia y desórden con que vivian, puesto que muchos de ellos, arrepentidos de sus excesos y extravíos, buscaron asilo en la vida religiosa, como Prado, que despues fué sacerdote ejemplar, y Francisca Baltasar, que murió siendo ermitaña y en olor de santidad, dando asunto á una comedia devota sobre su vida y muerte [15].

Trabajaban además y sufrian mucho: tenian que aprender de memoria gran número de comedias para satisfacer al público, amante siempre de la novedad, y que en este punto ha sido siempre en España mucho mas exigente que en otras partes; los ensayos eran repetidos y penosos; y el auditorio poco sufrido. Cervantes asegura que pasaban una vida mas dura que los mismos gitanos [16]; y Rojas, que sabia cuanto hay que saber en el asunto, dice era mejor la condicion de los esclavos en Argel que la de los cómicos[17].

A esto hay que añadir que estaban muy mal pagados, y que los mismos autores de las compañías andaban casi siempre entrampados; si bien es verdad que el amor de la libertad y de una vida vagabunda y errante atraia

[14] C. Pellicer, «Orígen», t. I, p. 183, t. II, p. 29, y Navarro Castellanos, «Cartas apologéticas contra las comedias», Madrid, 1684, 4.°, pp. 256-258. «Tome mi consejo, dice Sancho á su »señor, despues de su desgraciada »aventura con el carro de las cortes »de la muerte, que es que nunca se »tome con farsantes, que es gente fa»vorecida; recitante he visto yo estar »preso por dos muertes, y salir libre »y sin costas; sepa vuesa merced que »como son gentes alegres y de placer, »todos los favorecen, todos los ampa»ran, ayudan y estiman, y mas siendo »de aquellos de las compañías reales »y de título, que todos ó los mas en »sus trajes y compostura parecen unos »príncipes.» («Don Quijote», parte II, cap. 11, con la nota de Clemencin.)

[15] C. Pellicer, «Orígen de la comedia y del histrionismo en España», t. II, p. 53, y en muchos lugares de la misma obra.

[16] En la novela de «El licenciado Vidriera».

[17] Rojas, Viaje, 1614, fol. 138. Los actores vivian tan apurados, que les pagaban todas las noches al concluirse la representacion.

Un representante cobra
Cada noche lo que gana,
Y el autor paga, aunque
No haya dinero en la caja.

«El mejor representante», «Comedias escogidas», t. XXIX, 1668, p. 199.

por lo comun á dicha profesion gran número de personas de carácter altivo y humor independiente, sobre todo en España, donde tan difícil era tener libertad para nada. No duró, sin embargo, mucho tiempo este aliciente, porque el teatro perdió su importancia y popularidad con la misma rapidez que la habia adquirido. Mucho antes de concluir el siglo cesó de alentar y proteger á los holgazanes que antes necesitaba[18]; y en el reinado de Cárlos II costó mucho reunir tres compañías para solemnizar las fiestas de su matrimonio [19]; cincuenta años antes veinte se hubieran disputado este honor.

En el período mas florido del drama español, las funciones eran de dia. No sucedia lo mismo en los teatros de los diferentes palacios, segun dice Howell, que se hallaba en Madrid en 1623 [20], pues en ellos se representaba solo una vez por semana y alternativamente, es decir, ya de dia, ya de noche. Las comedias devotas y autos, así como todo lo que era de índole popular, se hacian de dia, en invierno á las dos de la tarde, y en verano á las tres, y las funciones eran diarias [21]. Es probable que hasta mediados del siglo XVII el escenario y el arreglo interior del teatro fuesen lo que en Francia antes de Corneille, tal vez mejores; pero mas tarde el teatro francés adelantó mucho al de Madrid, y Mad. d'Aulnoy se divierte mucho contando á sus amigas que el sol español se hacia con papel untado de aceite, y que en la comedia de «Alcina» vió á los diablos subir muy formalmente por unas escaleras desde las regiones infernales

[18] *Pondus iners reipublicæ atque inutile*, dice Mariana, *De spectaculis*, cap. 9.

[19] Hugalde y Parra, «Orígen del teatro», p. 312.

[20] «Cartas familiares», Lóndres. 1754, 8.°, lib. I, sec. 3, carta 18.

[21] C. Pellicer, «Orígen», t. I, p. 220. Aarsens, Viaje, 1667, p. 29.

al escenario[22]. Las comedias que exigian mas aparato y tramoya se llamaban «comedias de ruido», ó sea de grande espectáculo, como ahora decimos; y Figueroa y Luis Vélez de Guevara las tratan con poco respeto, diciendo que era indecoroso para un poeta el fiar el éxito de su obra á medios puramente mecánicos[23].

El tablado mismo ó proscenio en los teatros de Madrid estaba poco mas alto que el patio, y no habia orquesta separada, porque los músicos, siempre que la ocasion lo requeria, se presentaban en las tablas y en primer término. Habia al frente unos cuantos bancos con sitios reservados para los que tomaban billetes personales, y tras ellos el patio ó corral, donde estaba la multitud aglomerada en pié y al aire libre. En este sitio el concurso solia ser muy numeroso, y las personas que le componian, por la circunstancia especial de estar en pié, se llamaban infantería ó «mosqueteros»; eran los que formaban la parte temible y bulliciosa del auditorio y los que generalmente decidian de la suerte de las comedias nuevas[24]. Uno de ellos, zapatero de oficio, ejercia en 1680 un despotismo completo sobre la opinion de todos sus compañeros, y nos recuerda al momento el crítico fabricante de baules, de quien hace mencion Addison[25]. Otro, á quien se le ofrecieron en una ocasion cien reales por favorecer el éxito de una comedia nueva que debia representarse, contestó con altivez que veria primero si era buena ó mala, y despues la silbó[26]. Los autores so-

[22] M. d'Aulnoy, Viaje, 1693; t. III, p. 21, la misma que escribió los graciosos cuentos de encantadoras. Estuvo en España de 1679 á 1680. Aarsens refiere lo mismo quince años antes. Viaje, 1667, p. 59.

[23] Figueroa, «Pasajero», y Guevara, «El Diablo Cojuelo».

[24] C. Pellicer, «Orígen», t. I, pp. 53, 55, 63 y 68.

[25] Mad. d'Aulnoy, Viaje, t. III, p. 21; «Espectador inglés», núm. 235.

[26] Aarsens, Relacion; al fin de su Viaje, 1667, p. 60.

lian algunas veces dirigirse á ellos al concluir el drama, reclamando los aplausos de la parte mas vulgar y grosera del auditorio, aunque esto no era muy frecuente [27].

Detrás del sitio ocupado por los inquietos y alborotados mosqueteros estaban las gradas para los hombres y la cazuela, donde se apretaban y estrechaban sin número de mujeres, á quienes estaba exclusivamente destinada aquella localidad; y sobre todos estos sitios se hallaban los *desvanes* y *aposentos*, ó sean palcos y balcones, cuyas ventanas abiertas como las de una tienda, ocupaban los tres costados del patio ó corral en sus diferentes pisos, y estaban llenas de personas de ambos sexos, que por su posicion y fortuna podian disfrutar de esta comodidad, siendo tal la importancia y cuidado que se ponia en su conservacion, que muy frecuentemente un balcon se trasmitia por herencia de padres á hijos, como otro cualquier efecto inmueble [28]. En efecto, los aposéntos eran cuartos cómodos, y las damas que asistian á ellos iban generalmente con mascarilla, porque ni los actores ni el auditorio eran tales que la gente

[27] D. Manuel Morchon, al fin de su «Historia del amor» («Comedias escogidas», t. IX, 1657, p. 242), dice:

Mosqueteros tan honrados,
Don Manuel Morchon os pide
Rendido, apacible y blando
Le deis de limosna un vitor,
Cuando no por el trabajo,
Siquiera por el deseo
Que muestra de agradaros.

Del mismo modo Antonio de Huerta, hablando de sus «Cinco blancas de Juan de Espera en Dios» (Ibid., t. XXXII, 1669, p. 179), se dirige á ellos en estos versos:

Y si merece un vitor,
De limosna nos le den
Los señores mosqueteros,
Si es que ha parecido bien.

No debia esperarse tal condescendencia de Solís, y sin embargo, se humilló á hacerla; al fin de su «Doctor Carlino» («Comedias», 1716, p. 262), se dirige á los mosqueteros, y les dice:

Y aquí espiró la comedia,
Si tuviere algun acierto,
Den para enterrarla un vitor
Los señores mosqueteros.

Todo demuestra la fuerza é influencia que tenian en el teatro en sus mejores tiempos; en el siglo XVIII los volvemos á ver disponiendo absolutamente de todo.

[28] Aarsens, Relacion, p. 59. Zabaleta, «Dia de fiesta por la tarde», Madrid, 1660, 12.°, pp. 4, 8, 9. C. Pellicer, t. I. Mad. d'Aulnoy, t. III, p. 22.

fina y culta de la sociedad, por poco modesta que fuese, pudiese tolerarlos cara á cara [29].

Tener entrada libre en el teatro se consideraba una distincion muy honorífica; y personas á quienes importaba poco el precio de una entrada, se afanaban por conseguirla gratúita [30]. La gente que pagaba lo hacia en dos veces, una en la puerta exterior del edificio, donde el empresario en persona hacia de cobrador, y otra en la interior, donde un eclesiástico recogia la parte correspondiente á los hospitales y establecimientos piadosos, con el modesto nombre de limosnas [31]. El auditorio era muchas veces bullicioso é injusto. Cervantes así lo insinúa, y Lope se queja abiertamente de lo mismo. Suarez de Figueroa dice que cuando querian armar jarana llevaban carracas, petardos, campanillas, llaves y pitos; y Benavente, en una loa recitada al comenzar la temporada cómica en Madrid por Roque, el amigo de Lope de Vega, implora el favor y benevolencia de las diferentes clases del auditorio, desde la brillante sociedad reunida en los aposentos hasta los mosqueteros que ocupaban el patio, aunque despues añade con dignidad burlesca que no tiene miedo ninguno á los silbidos que presume han de seguir á su arenga [32]. Cuando el audito-

[29] Guillen de Castro «Los mal casados de Valencia», jornada 2.ª Merece observarse que las tradiciones del teatro español se conservan fieles á su orígen; los palcos se llaman aun aposentos, patio el patio ó corral, y mosqueteros los que están en él, y reclaman aun los privilegios que disfrutaron sus antecesores en el mismo sitio. En cuanto á la cazuela, Breton de los Herreros en su graciosa «Sátira contra los abusos en el arte de la Declamacion teatral» (Madrid, 1834, 12.º), dice:

Tal vez alguna insípida mozuela
De ti se prende; mas si el patio brama,
¿Qué te vale un rincon de la cazuela?

Pero esta parte del teatro es en el dia mucho mas respetable y decorosa que en los tiempos de que vamos hablando.

[30] Zabaleta, «Dia de fiesta por la tarde», p. 2.

[31] Cervantes, «Viaje al Parnaso», 1784, p. 148.

[32] Cervantes, prólogo á las comedias. Lope, prólogos á varias comedias suyas. Figueroa, «Pasajero», 1617, p. 105. Benavente, «Jocoseria», Valla-

rio queria aplaudir gritaba «víctor», y no era entonces menos indócil y tumultuoso que cuando silbaba[33]. En tiempo de Cervantes, despues de concluida la comedia, si gustaba, el autor se ponia á la puerta para recibir las felicitaciones y enhorabuenas de la gente que iba saliendo; y mas tarde se ponian carteles en las esquinas anunciando su triunfo[34].

Cosme de Oviedo, autor de compañías, muy conocido en Granada, fué el primero que anunció la funcion por carteles. Sucedia esto hácia 1600; medio siglo despues era aun tan triste la condicion de los cómicos, que uno de los principales entre ellos recorria la poblacion é iba fijando por sí mismo los carteles, que entonces serian probablemente manuscritos y no impresos[35]. Desde época muy remota parece que los autores daban á las comedias representadas el título que tuvieron durante el siglo XVII y posteriormente, á saber, «Comedia famosa»; exceptuando, sin embargo, á Tirso de Molina, que se

dolid, 1653, 12.°, fol. 81. Segun dice el mismo Cervantes, uno de los indicios de desaprobacion que daba el público era tirar pepinos á los actores.

[33] Mad. d'Aulnoy, Viaje, t. I, p 55. Tirso de Molina, «Deleitar aprovechando», Madrid, 1765, 4.°, t. II, p. 333. Muchas veces se ve que al fin de la comedia pedian los autores, sobre todo los de segundo órden, un víctor al auditorio, como ya hemos visto que se solicitaba favor á los mosqueteros; mas esto no era frecuente. Diego de Figueroa, al fin de la «Hija del Mesonero» («Comedias escogidas», t. XIV, 1662, p. 182), lo pide como por via de limosna: «Dadle un víctor de limosna»; y Rodrigo Enriquez en su «Sufrir mas por querer menos» (t. X, 1658, p. 222), lo pide como la propina que se daba á los criados en las casas de juego: «Venga un víctor de barato». A veces se desplegaba mucho ingenio, colocando un víctor al fin de la comedia para que el auditorio lo repitiese sin necesidad de pedirlo, como hizo Calderon en su «Amado y aborrecido», y Rojas en la «Difunta pleiteada»; pero generalmente cuando se pedia era mas como un derecho que como un favor. Solo en la «Lealtad contra su rey», de Don Juan de Villegas («Comedias escogidas», t. X, 1658), sucede que dos autores que acaban el drama cometen la impertinencia de pedir aplausos para sí mismos, y no para el autor; chiste que sin duda fué bien recibido.

[34] Cervantes, Viaje, 1784, p. 138. Novelas, 1783, t. I, p. 40.

[35] Rojas, Viaje, 1614, fol. 51. Benavente, «Jocoseria», 1653, fol. 78. Alonso, «Mozo de muchos amos» (t. I, folio 137), donde se ve que los carteles que se ponian en Sevilla hasta 1624 eran manuscritos.

divirtió mas de una vez en dar á sus ingeniosas y felices producciones el título de «Comedia sin fama»[36]. En realidad, esto no era mas que una pura fórmula, que el público sabia comprender y apreciar al momento, puesto que nunca necesitó de estímulo para acudir al teatro, bastando para ello su desmedida aficion. Algunos iban muy temprano á fin de coger buenos sitios, y pasaban el tiempo, ya comiendo fruta ó dulces, que los vendedores ambulantes llevaban en cestas por el patio, ya mirando las graciosas damas casi escondidas detrás de la balaustrada de la cazuela y demasiado dispuestas á coquetear con los circunstantes. Otros llegaban tarde, y si eran personas de autoridad é importancia, los autores esperaban su llegada, hasta que los impacientes murmullos del público los obligaban materialmente á dar principio á la funcion[37].

Al fin, aunque no siempre sin haber aquietado antes al vulgo con la recitacion de algun romance favorito ó cancion de guitarra de las que mas agradaban, uno de los principales actores, muchas veces el autor mismo de la compañía, salia á las tablas, y hablando en términos facultativos, «echaba la loa»[38], forma de prólogo especialmente española, de que encontramos ya muestras en tiempo de Torres Naharro, que las llama «intróitos», y que duró hasta la caida decisiva del antiguo drama. Encuéntranse por lo comun unidas á los autos de Lope y Calderon, y

[36] Este título dió á «Cómo han de ser los amigos», «Amar por razon de estado» y otras comedias suyas. Es de notar que algunas veces una comedia se intitulaba «La gran comedia». Doce de estas hay en el t. XXXI de las «Mejores comedias que hasta hoy han salido», Barcelona, 1638

[37] Mad. d'Aulnoy, Viaje, t. III, p. 22, y Zabaleta, «Dia de fiesta por la tarde», 1660, pp. 4-9.

[38] «Cigarrales de Toledo», p. 99. Pueden sacarse muchas noticias acerca de la loa del Pinciano «Filosofía antigua», Madrid, 1596, 4.°, p. 413, así como de Salas. «Tragedia antigua, 1683, 4.°, p. 184.

aunque, generalmente hablando, en el número inmenso de comedias profanas del teatro español no se hallan ya loas incorporadas á ellas, hállanse de vez en cuando algunas en comedias de Tirso, Calderon, D. Antonio de Mendoza y otros muchos.

Las mejores son las de Agustin de Rojas, cuyo *Viaje entretenido* está lleno de ellas, y las de Quiñones de Benavente, que las incluyó en su *Jocoseria*. Eran de distintas formas, dramáticas, narrativas ó líricas, escritas en varios metros y á diversos asuntos. Una de las de Tirso se reduce á elogiar las hermosas damas que estaban presentes á la funcion [39]: Mendoza tiene otra celebrando la toma de Bredá, y lisonjeando el orgullo nacional con los recientes triunfos del marqués de Espínola [40]; una de Rojas canta las glorias de Sevilla, donde la compuso, para congraciarse con el público de aquella ciudad, adonde fué á representar con su compañía [41]; otra de Sanchez es una pintura burlesca de los actores que tomaban parte en la comedia que debia seguir á la misma loa [42]; y Roque de Figueroa cuando empezó á dar funciones en la corte recitó una de Benavente, en que se hace una muy animada pintura del número y habilidades de su compañía, y se anuncia en tono muy retumbante y fanfarron las comedias nuevas que sabian representar [43].

Pero las loas, cuyo principal objeto era congraciarse el auditorio, fueron gradualmente tomando una forma

[39] La loa al «Vergonzoso en palacio» está en décimas redondillas.

[40] Refiere las noticias recibidas en palacio (Obras de Mendoza, Lisboa, 1690, 4.°, p. 78), y es posible se representase como introduccion al «Sitio de Bredá», de Calderon.

[41] En esta loa se presentan cuatro personas, parte de ella es cantada, y al fin entra Sevilla y les da permiso para representar en la ciudad. (Viaje, 1615, folios 4-8.)

[42] «Lira poética» de Vicente Sanchez, Zaragoza, 1688, 4.°, p. 47.

[43] «Jocoseria», 1653, folios 72-82. En otra de ellas se burla de algunos romances antiguos muy vulgares y conocidos, parodiándolos (fol. 43, etc.) de-

dramática, cada vez mas popular, hasta que por último algunas de Rojas, Mira de Mescua, Moreto y Lope de Vega [44] se diferenciaban muy poco de las farsas que las siguieron [45]. Acomodábanse generalmente á las ocasiones especiales en que se hacian ó á las exigencias y gusto del público: unas iban acompañadas de canto y baile, otras concluian con gestos y pantomimas [46]. Por consiguiente, son tan varias en el fondo como en las formas, y por esta circunstancia y la de la gracia y donaire natural que respiraban llegaron con el tiempo á ocupar un puesto importante entre las representaciones escénicas.

Como es natural, seguia despues de la loa la primera jornada de la comedia, aunque algunas veces habia entre una y otra un intermedio de baile; otras veces se recitaba además un romance, pues Figueroa se queja de haber tenido que escuchar uno antes de comenzar la comedia que habia ido á ver [47]; tal y tanta era la aficion que el público tenia á la parte mas ligera y entretenida

un modo que debia divertir muchísimo á los mosqueteros; práctica comun en los dramas cortos españoles, de los cuales muchos se han perdido. Pueden verse ejemplos en el entremés de «Melisendra», de Lope («Comedias», t. I, Valladolid, 1609, p. 333), y en dos dramas burlescos que se hallan entre las «Comedias escogidas», tomo XLV, 1679; el primero, intitulado «Traicion en propia sangre», es una parodia de los romances de los infantes de Lara, y el otro, «El amor mas verdadero», lo es del de Durandarte y Belerma, ambos muy extravagantes y necios, pero que prueban bien el gusto popular que entonces reinaba.

[44] «Autos sacramentales con cuatro comedias nuevas y sus loas y entremeses.» Madrid, 1665, 4.°

[45] Una loa intitulada «El cuerpo de guardia», por Luis Enriquez de Fonseca, y representada en Nápoles por una compañía de aficionados la víspera de pascua de Navidad del año 1669 en honor de la reina de España, es tan larga como un sainete y del mismo gusto; está reunida á otra loa y varios bailes muy curiosos, y sacada de una comedia intitulada «El Aníbal español», sobre la vida de Viriato, y se encuentra en una coleccion de poesías del autor, no tan al gusto italiano como podia esperarse de un español que vivió y escribió en aquel país. Fonseca publicó su obra en Napoles, 1683, 4.°, con el título de «Ocios de los estudios», obra de escaso mérito, pero que tampoco debe dejar de examinarse, ni es para omitida.

[46] Rojas, Viaje, folios 189-193.

[47] «Cigarrales de Toledo», 1624, páginas 104 y 403. Figueroa, «Pasajero», 1617, fol. 109, v.

de la funcion. Concluida la primera jornada y precedido á veces de otro baile, comenzaba el primero de los dos entremeses que se hacian, y eran, como dice el editor de las obras de Benavente, unas muletas en que se sostenian las comedias pesadas para que no se viniesen al suelo.

Nada puede compararse en punto á gracia festiva, chistes y donaires con estos entretenimientos favoritos del pueblo [48], que generalmente se escribian en castellano puro y castizo y en espíritu verdaderamente nacional; en un principio eran farsas completas ó fragmentos de ellas, sacadas de las obras de Lope de Rueda y demás autores de su escuela; pero despues Lope de Vega, Cervantes y otros escritores dramáticos compusieron entremeses mas acomodados á las comedias de su tiempo [49]. Los asuntos solian escogerse entre las aventuras y lances de las clases ínfimas de la sociedad, cuyas costumbres y locuras se ridiculizaban; acabando los mas de ellos con golpes, mojicones y palos, como se advierte en el *Coloquio de los perros*, de Cervantes [50]. Despues fueron poco á poco haciéndose mas poéticos, estando á menudo mezclados con alegorías, canto y baile, y revestidos de las formas que mas agradaban al público; rara vez duraban arriba de unos cuantos minutos, y no tenian mas objeto que el de distraer y entretener la atencion del auditorio, que se suponia fatigada con la accion mas

[48] Sarmiento, en una carta citada en la «Declamacion contra los abusos de la lengua castellana» (Madrid, 1793, 4.º, p. 149), dice: «Nunca supe lo que era la lengua castellana hasta que leí entremeses.»

[49] Lope en su «Arte nuevo de hacer comedias» explica con suma claridad el orígen de los entremeses; los hay suyos en los tom. I y III de la coleccion de sus comedias, y además aparecen algunos en sus «Obras sueltas»; todos ellos son divertidos. Los de Cervantes están al fin de sus comedias, 1615.

[50] Novelas, 1783, t. II, p. 441, «Coloquio de los perros».

grave y seria que los precedia [51]. Nada tenian que ver con dicha accion, aunque Calderon hizo una vez un graciosísimo entremés, que termina ingeniosamente una de las jornadas de la comedia principal [52].

Seguia á la segunda otro entremés de música y baile [53]; y terminada la comedia, se daba fin á la funcion con un «sainete», así llamado por Benavente, que fué el primero que les dió este nombre, única cosa en que diferenciaban de los entremeses; en cuyo género se distinguieron Cáncer, Deza y Avila y el dicho Benavente, es decir, los mismos que escribieron los mejores entremeses [54]. A lo último se bailaba un baile nacional, siempre con mucho gusto y complacencia del público, que de este modo se retiraba contento y satisfecho, concluida del todo la funcion [55].

Es indudable que el baile constituyó muy desde el principio una parte muy importante de los espectáculos dramáticos en España, y aun de los devotos ó sagrados; y era natural que así fuese. Desde las primeras indicaciones históricas, desde las tradiciones mas antiguas vemos siempre el baile ser la diversion favorita de los habitantes rudos y groseros del país [56], y hasta en los

[51] Encuéntranse muchos en la «Jocoseria» de Quiñones de Benavente.

[52] «El castillo de Lindabridis», fin de la Jornada 1.ª Hay un entremés, intitulado «La castañera», muy divertido por su diálogo y gracias, aunque bastante inmoral en la sustancia del argumento, que se encuentra en el cap. 15 del «Bachiller Trapaza».

[53] Mad. d'Aulnoy, t. I, p. 56.

[54] C. Pellicer, «Origen», t. I, p. 277. Los entremeses de Cáncer se hallarán en sus obras (Madrid, 1761, 4.º) y entre los autos (1665), de que ya hablamos en la nota 44. Los de Deza y Avila en sus «Donaires de Terpsícore», 1663, y los de Benavente en su «Jocoseria», 1653. El tomo de Deza y Avila tiene la nota de primero, pero creemos es el único que vió la luz pública; consta de composiciones ligeras y cortas para el teatro con el nombre de bailes, entremeses, sainetes y mojigangas; estas últimas eran una especie de pantomimas; algunas hay buenas, y todas caracterizan bien el estado del teatro á mediados del siglo XVII.

[55] Al fin con un bailecito
Iba la gente contenta.

Rojás, Viaje, 1614, p. 48.

[56] Las «Gaditanæ puellæ» fueron famosísimas; pero sobre los antiguos

tiempos modernos, el baile ha sido en España lo que la música en Italia; la pasion dominante de la nacion entera. Vémosle, pues, ocupando ya su puesto en los ensayos dramáticos de Juan del Encina, Gil Vicente y Torres Naharro, y desde los tiempos de Lope de Rueda y de Lope de Vega aparece casi siempre en los espectáculos teatrales, ya en una parte, ya en otra. En la *Gran Sultana*, de Cervantes, hay un paso que muestra graciosamente las levísimas causas que hubo para su introduccion, pues uno de los interlocutores dice así:

No hay mujer española que no salga
Del vientre de su madre bailadora.

Asercion que corrobora en seguida con un testimonio de su habilidad [57].

Muchos de estos bailes, y quizá casi todos los que se introdujeron en el teatro, iban acompañados de recitado, y eran lo que Cervantes llama *Danzas habladas* [58]. Tales eran las famosas jácaras ó romances en dialecto gitano, que recibieron su nombre de los guapetones que

bailes españoles merecen verse las notas de Ruperti á la edicion de Juvenal, Leipsik, 1801, 8.º; Sat. XI, versos 162-164, y la curiosa discusion de Salas «Nueva idea de la tragedia antigua», 1633, pp. 127-128. Gifford en sus observaciones al citado pasaje de Juvenal (Filadelfia, 1803, 8.º, t. II, página 159) declara terminantemente que la frase del poeta se refiere sin duda alguna al fandango, regalo y delicia de las clases bajas en España, y que el «testarum crepitus» es el sonido de las castañuelas con que se acompaña el baile.

57 Jornada 3.ª Todo el mundo bailaba; el duque de Lerma, que fué primer ministro de Felipe IV y despues cardenal, pasaba por el mejor bailarin de su tiempo. Don Quijote, edic. Clemencin, t. VI, 1839, p. 72.

58 Tal es el nombre extraño dado á una pantomima con canto y baile. «Don Quijote», parte II, cap. 20. Los *bailes* de Fonseca ya citados en una nota anterior son una muestra muy exacta de lo que el canto y el baile eran en el teatro español á mediados del siglo XVII. Uno de ellos es una cuestion alegórica entre el amor y la fortuna; otro una discusion sobre los celos, y un tercero versa sobre los obsequios ridículos de un Pero Grullo, quien para conseguir el amor de una dama hace sonar un bolsillo lleno de dinero. Los tres están escritos en romances, ninguno pasa de ciento veinte versos, y su mérito está reducido á chistes toscos y groseros.

las cantaban, y llegaron á compartir con los entremeses el favor del público [59]. La *Zarabanda*, mas célebre aun, baile gracioso, aunque deshonesto y lascivo, conocido ya desde el año de 1586, y que, como dice Mariana, se llamó así por haberle dado este nombre un diablo que apareció en Sevilla en figura de mujer, aunque otros lo atribuyen al mismo personaje, aparecido en Guayaquil, ciudad de la América meridional [60]. Otro baile lleno de agitacion, desórden y locura, en el que solia tambien con frecuencia mezclarse y tomar parte el auditorio, se llamaba «La alemana», probablemente á causa de su orígen germánico, cuyo desuso lamentaba mucho Lope de Vega, quien sabemos fué muy aficionado al baile [61]. Otro era el de «Don Alonso el Bueno» así llamado por el romance que se cantaba, y habia muchos mas, como «El caballero», «La carretería», «Las gambetas», «El hermano Bartolo» y «La zapateta» [62].

Casi todos eran libres y hasta licenciosos, y tanto, que Guevara asegura fueron inventados por el diablo, y Cervantes, en una de sus farsas, reconoce que la zarabanda,

59 Algunas son muy brutales y groseras, como la que hay al fin de «Crates y Hiparchia», Madrid, 1636, 12.º; otra inserta en «El Enano de las Musas», y algunas de «La ingeniosa Helena». Las mejores son las de Quiñones de Benavente «Jocoseria», 1653, y las de Solís «Poesías», 1716. En un principio se distinguian los *bailes* de las *danzas*, pero ignoramos en qué, si bien es de presumir que las danzas eran mas graves y decorosas. Véase una nota de Pellicer á «Don Quijote», parte II, capítulo 18, que contradice en parte otra de Clemencin al mismo pasaje.

60 Covarrubias, ad verb. Zarabanda, Pellicer, «Don Quijote», 1797, t. I, pp. 153-156, y t. V, p. 102. Hay una lista de los muchos romances que se cantaban con la zarabanda en una sátira muy curiosa, intitulada «La vida y muerte de la Zarabanda, mujer de Anton Pintado», 1603, suponiendo que los romances se publican á ruego de la difunta. (C. Pellicer, «Orígen», tomo I, pp. 120, 131, 136, 138.) Lopez Pinciano en su «Filosofía antigua poética», 1596, pp. 418-420, describe la zarabanda, y manifiesta el disgusto que le causaba su falta de decoro é indecencia.

61 Dorotea, acto I, esc. 5.ª

62 En el «Diablo Cojuelo» hay otra porcion de nombres de bailes (Tranco I), donde se dice que todos ellos son invenciones del mismo Diablo Cojuelo; pero los citados en el texto son los principales. Véase tambien á Covarrubias, artíc. Zapato.

entre todos ellos el mas digno de censura y castigo, no podia tener otro orígen [63]. Sin embargo, Lope no fué tan severo en su juicio; declara que los bailes acompañados de canto eran mucho mejores que los entremeses, en los cuales, añade, tan solo figuraban hombres hambrientos, quimeristas y ladrones [64]. Mas sea cual fuere la opinion comun é individual acerca de estos bailes, lo cierto es que movieron grande escándalo, y que en 1621 la voluntad popular los sostuvo con toda energía en el teatro contra la del gobierno; verdad es que por algun tiempo se modificaron, pero ninguno de ellos desapareció enteramente, si se exceptúa la licenciosa zarabanda, juzgando muchos de los concurrentes al teatro, como tambien uno de sus principales directores y apoyos, que el baile era la sal de las comedias, y que el teatro sin él nada valdria [65].

Considerado, pues, bajo todas sus formas y con el competente auxilio de sus romances, entremeses, sainetes, música y baile, el antiguo drama español era un espectáculo y diversion verdaderamente nacional, dirigido casi exclusivamente por el gusto popular. En cualquier otro país y con las mismas circunstancias, apenas hubiera salido del estado en que le dejó Lope de Rueda cuando era el regalo y deleite de las clases inferiores del pueblo; pero los españoles han sido siempre un pueblo poético; su historia primitiva tiene todo el encanto de la novela, y hay en sus costumbres y trajes mismos un colorido pintoresco, que los hace singulares é

[63] Cuevas de Salamanca. Hay un curioso baile entremesado de Moreto sobre la historia de D. Rodrigo y La Cava, en los «Autos», etc., 1655, fol. 92, y otro intitulado «El Médico», en los «Ocios de Ignacio Alvarez Pellicer», S. C., 1685, 4.°, p. 51.

[64] Véase «La Gran Sultana», que hemos citado anteriormente.

[65] C. Pellicer, «Orígen», t. I, p. 102.

impide se equivoquen con ningun otro pueblo. Encuéntrase en el fondo de su carácter un entusiasmo profundo, á guisa de filon de riquísimo y puro mineral, escondido en las entrañas de la tierra, descubriéndose siempre entre los elementos inquietos y agitados de la superficie sus violentas pasiones y fantasía original. La misma energía, la misma imaginacion, los mismos sentimientos exaltados que en los siglos XIV, XV y XVI produjeron los romances encantadores, y la poesía popular mas rica y variada de los tiempos modernos vivian y campeaban aun en el XVII. El mismo pueblo que bajo las banderas de S. Fernando y de sus sucesores lanzaba á los moros de las llanuras de Andalucía, cantando sus propios triunfos y dando suelta á su alegría en versos llenos de armonía, vigor y dulzura, conservaba aun parte de su actividad bajo el imperio de los Felipes, y pedia, dirigia y formaba una literatura dramática, hija exclusiva del ingenio nacional, acomodada á las masas populares, y que en sus numerosas y diversas formas es y será siempre esencial y peculiarmente española.

Con tal impulso, precisamente habia de ser grande el número de autores dramáticos. Ya desde 1605, cuando el teatro, segun le formó Lope de Vega, llevaba quince años de vida, vemos por las cuestiones suscitadas en la primera parte del «Quijote» que aquel excitaba mucha atencion é interés, y por el prólogo que el mismo Cervantes puso á sus comedias en 1615 se conoce que su carácter y éxito estaban ya sólidamente establecidos y que se habian presentado muchos escritores distinguidos. Antes de esto se habian ya compuesto dramas por individuos de las clases ínfimas de la sociedad; Villegas dice que un sastre de Toledo escribió muchas comedias;

Guevara afirma lo propio de un esquilador de ganado lanar en Ecija, y Figueroa de un mercader muy conocido en Sevilla, lo cual está de acuerdo con lo que Cervantes dice al hablar de la muerte del pastor Crisóstomo, así como con la narracion y aventuras de los actores en el viaje de Rojas [66]. En tal estado de cosas, fuése aumentando el número de poetas drámaticos en proporcion mucho mayor á la de otros países, como se ve por el catálogo de Lope de Vega, impreso en 1630, y por el de Montalvan, quien en 1632 cuenta nada menos que setenta y seis escritores dramáticos en Castilla solo, todos los cuales vivian en su tiempo, y de D. Nicolás Antonio hácia 1660. Por consiguiente, durante este siglo, podemos mirar al teatro como parte integrante del carácter popular español y como mas nacional, propiamente hablando, que ningun otro de los tiempos modernos.

Era naturalmente de esperar que con un movimiento como este, impulsado y sostenido, como lo estaba, por el genio y carácter de la nacion entera, fuesen de poca monta cualesquiera obstáculos ó impedimentos que se le ofreciesen, así como la proteccion que se le acordase, y así fué; porque si bien las autoridades eclesiásticas le miraron siempre con desvío y hasta con ceño, llegando á veces hasta el punto de combatirle frente á frente, eran tales su vigor y robustez, que muy pronto arrolló todos los obstáculos, como si no fueran mas que tropiezos insignificantes. No le hicieron mas mella las seducciones y halagos del poder. Felipe IV le protegió durante cuarenta años con munificencia verdaderamente regia;

[66] Figueroa, «Pasajero», 1617, folio 105. Villegas, «Eróticas», Nájera, 1717, 4.°, t. II, p. 29. «Diablo Cojuelo», tranco v. Figueroa, Plaza universal, Madrid, 1733, folio, discurso 91.

construyó suntuosos teatros en sus palacios, escribió él mismo comedias y representó en piezas improvisadas. El omnipotente privado que á la sazon regia los destinos de la monarquía, el conde-duque de Olivares, con el fin de alimentar la aficion del Rey, inventó nuevos espectáculos, desplegando el mayor lujo escénico, levantando coliseos flotantes, ya en las corrientes del Tórmes, ya en los serenos cristales del estanque del Buen Retiro; todas las funciones reales tomaron en esta época brillante cierto giro dramático, ó cuando menos una tendencia hácia él; y con todo, á pesar de tamaña proteccion, no se alteraron en lo mas mínimo las formas del drama. La índole verdaderamente popular del teatro español, las comedias que se representaban en los reales coliseos ante un auditorio escogido eran las mismas que el vulgo escuchaba con igual placer en los corrales de Madrid, y mas tarde, cuando vinieron otros tiempos y empuñaron el cetro otros príncipes, el antiguo drama español abandonó los regios salones, donde tantas adulaciones se le habian prodigado, con la misma indiferencia y el mismo humor anti-cortesano que manifestó al ser admitido en ellos [67].

El impulso mismo que tan fuerte y robusto le hiciera llenó el teatro antiguo español de comedias caballerescas, heróicas y devotas, autos sacramentales, entremeses y

[67] Mad. de d'Aulnoy, que fué á España con las especies frescas y recientes del teatro de Racine y Molière, á la sazon el mas culto y delicado de toda Europa, habla con admiracion de los teatros reales, aunque ridiculiza mucho los públicos (Viaje, edic., 1693, t. III, p. 7, y en otras). Sin embargo, adóptaron los reyes un medio de proteccion, que no debió gustar mucho á los autores, si es que llegó á ser frecuente: aludimos á la prohibicion de representar en los teatros públicos una comedia á no ser en presencia del Rey; así sucedió con la de «Sufrir mas por querer mas», de D. Jerónimo de Villayzan. «Comedias de diferentes autores», t. XXV, Zaragoza, 1633, folio 145. v.

farsas de todas especies y nombres. A principios del siglo XVIII se calculaba que pasaban de treinta mil las composiciones de todos géneros, y hubo en Madrid una sola persona que reunió cuatro mil y ochocientas de autores desconocidos[68]. Su mérito y carácter eran, como hemos visto, muy varios; pero la circunstancia de que sustancialmente estaban escritas con un solo objeto y bajo un sistema literario uniforme, les daba un aspecto comun de semejanza, que de otro modo no hubieran tenido. Porque no debe olvidarse que el drama español en sus formas heróicas y levantadas era tan popular como en sus farsas y romances. Su objeto era, no solo agradar á todas las clases, sino agradarlas igualmente, lo mismo al que por tres maravedises estaba sufriendo apretones y todo el rigor de un sol abrasador en el patio, como al que, valiéndose de su rango y riqueza, estaba cómodamente sentado en su aposento y tan entretenido con el espectáculo pintoresco del público allí congregado como con los actores y con la escena. Nada importaba á este que la fábula que veia representar fuese ó no probable; lo que queria era que le interesase, y sobre todo que fuese española; y así, aunque el asunto perteneciese á la historia griega ó romana y fuese oriental ó mitológico, los caractéres eran siempre españoles y castellanos del siglo XVII, movidos por los impulsos de la galantería y del honor español.

Otro tanto sucedia con los trajes: Coriolano salia vestido lo mismo que D. Juan de Austria, y Aristóteles se presentaba con peluca rizada y zapatos con hebillas, como si fuera un clérigo español; dice Mad. d'Aulnoy,

68 Schack, «Historia de la literatura dramática en España», Berlin, 1846, t. III, 8.°, pp. 22-24, obra de gran mérito.

que siempre vió al diablo vestido como un caballero castellano, sin mas diferencia que la de llevar medias de color de fuego y cuernos[69]. Pero sea cual fuese el vestido de los actores, y por grande que llegase á ser la confusion de la geografía y de la historia, y aun cuando el heroismo se degradase rayando en caricatura, las situaciones dramáticas estaban por lo comun dispuestas y preparadas con mucha habilidad; la fábula, en medio del dédalo de incidentes y episodios que la abrumaban, iba creciendo en interés; y así es que al leerlas hoy dia, si bien algunas cosas nos incomodan y causan hastío, otras nos interesan hasta el punto que sentimos llegar al fin, quedando á menudo conmovidos y siempre satisfechos y complacidos con su lectura.

El teatro español es, pues, por sus atributos y su carácter un teatro excepcional y único; no sigue los ejemplos antiguos, porque mal podia acomodarse la antigüedad á materiales modernos, cristianos y novelescos. Nada tomó del drama francés ni del italiano, porque cuando llegó, no ya á consolidarse, sino á desarrollarse un poco, se hallaba muy adelantado á ellos. En cuanto á Inglaterra, si bien es cierto que Lope de Vega y Shakspeare fueron contemporáneos y que existen entre ambos algunos puntos de contacto, tan obvios de percibir como difíciles de explicar, puede afirmarse que ni ellos ni sus escuelas ejercieron mutuamente la menor influencia; por consiguiente, el drama español es, á no dudarlo, un drama nacional. Sus mejores argumentos están tomados de crónicas y tradiciones familiares al auditorio que los escuchaba, y su bellísima versificacion recordaba al pun-

[69] Mad. d'Aulnoy, Viaje á España, edic., 1693, t. I, p. 55.

to con su dulzura y armonía los primeros acentos que el ingenio patrio exhaló en su cuna. A pesar de sus faltas, este drama, fundado en cimientos tan robustos y fuertes, se mantuvo favorecido por el pueblo mientras conservó su carácter; y tal cual existe es y será siempre uno de los ramos mas interesantes y singulares de la literatura moderna.

CAPITULO XXVII.

Poemas históricos narrativos.— Sempere.— Zapata.— Ayllon.— Sanz.— Fernandez.— Espinosa.— Coloma.— Ercilla y su *Araucana*.— Continuacion de Osorio.— Oña. — Gabriel Lasso de la Vega. — Saavedra. — Castellanos. — Barco Centenera. — Villagra. — Poemas religiosos. — Blasco. — Mata. — Virúes y su *Monserrate*.— Bravo. — Valdivielso. — Hojeda.— Diaz y otros.— Poemas fabulosos narrativos. — Espinosa y otros. — Barahona de Soto. — Balbuena y su *Bernardo*.

La poesía épica, por su dignidad y sus pretensiones, suele siempre colocarse á la cabeza de los diferentes ramos que constituyen la literatura de una nacion; pero en España, aunque desde muy temprano y con mucho aliento comenzaron las tentativas en este género, apenas se ha hecho nada digno de memoria. Es cierto que el poema del Cid es el primer ensayo de poesía narrativa en las lenguas de la Europa moderna que merezca nombre de tal, y fué compuesto un siglo antes que apareciese el Dante y dos siglos antes de Chaucer, y debe por lo tanto ser mirado como el primer esfuerzo del entusiasmo poético y patriótico, destinado á recordar sucesos nacionales; pero tambien lo es que todos los que en períodos sucesivos se escribieron, como son *La Crónica de Fernan Gonzalez*, *La vida de Alejandro* y *El Laberinto*, de Juan de Mena, mas bien son para mencionados como muestra de la marcha intelectual de España en aquellos

siglos que para estudio de la poesía, pues ninguno de ellos manifiesta el vigor y valentía del antiguo poema semi-épico del Cid.

Por fin, al llegar á los tiempos de Cárlos V, ó mas bien al tocar de cerca los efectos inmediatos de su glorioso reinado, parece como que el genio nacional se siente de nuevo inspirado de una ambicion poética no menos extravagante que la sed de gloria militar en los que regian el país, dispertada por tantas y tan señaladas victorias. Los poetas de aquella época, ó los que se consideraban tales, creyeron sin duda de la mejor buena fe que les estaba reservada la tarea de celebrar dignamente las hazañas que entonces se llevaban á cabo en entrambos mundos, y que en realidad elevaron su patria al primer rango entre las naciones de Europa, hasta el punto de no juzgarse ya vana empresa la de establecer una monarquía universal.

De aquí provino que solo en el reinado de Felipe II nos encontramos con tan extraordinario número de poemas épicos y narrativos, que quizá pasen de veinte, llenos todos de las ideas y sentimientos que entonces animaban á España, y consagrados exclusivamente á celebrar las glorias españolas, tanto antiguas como modernas, poemas cuyos autores procuraron imitar á los grandes épicos italianos, creyendo con el mayor candor haberlo conseguido. Pero las obras que escribieron, con alguna que otra excepcion, son mas bien hijas del nacionalismo que de la poesía; la mejor de todas ellas de tal manera se ajusta á los hechos materiales, que mas bien pertenece á la historia que á la epopeya, al paso que las demás se resienten de un estilo pesado, fastidioso y propio de las antiguas crónicas, lo cual las hace malas á un tiempo como poesía y como historia.

Es el primero de estos poemas épicos históricos *La Carolea*, de Hierónimo Sempere, publicada en 1560, y cuyo objeto es celebrar las victorias y gloria de Cárlos V, de cuyo nombre toma su título. El autor era mercader, circunstancia harto extraña en la literatura española, y el poema está escrito en octavas. La primera parte, compuesta de once cantos, trata de las guerras de Italia, y concluye con la prision de Francisco I; y la segunda, en diez y nueve, describe las empresas de Alemania, el viaje del Emperador á Flándes y su coronacion en Bolonia; consta de dos tomos, y termina repentinamente ofreciendo una continuacion de la jornada de Túnez, promesa que por fortuna no llegó á cumplirse[1].

Sigue por órden cronológico el *Carlo Famoso*, de D. Luis de Zapata, posterior á la *Carolea* de solos cinco años, tambien destinado á cantar las hazañas de Cárlos V, y que así como el primero mereció los desmedidos elogios de Cervantes, quien en el escrutinio de la librería de D. Quijote los califica á ambos de lo mejor que hay escrito en su género. El autor dice que gastó trece años de su vida en escribirle, y consta de cincuenta cantos, que forman en todo cuarenta mil versos por lo menos.

[1] «La Carolea», Valencia, 1560, dos tomos, 12.° Concluye el primero con una noticia que el autor da de su patria, Valencia, en que nombra á varios de sus hijos, unos mercaderes, otros dados á las letras, y cita particularmente á Luis Vives. Jimeno (t. I, p. 135) y Fuster (t. I, p. 110) dan noticias de Sempere, y tambien las hay en las notas de Cerdá á la «Diana» de Gil Polo, p. 380.

En 1848 publicó J. A. Sprecher de Bernegg en Paris en un tomo en 8.° un poema, intitulado «Conquista de la nueva Castilla». Consta de doscientas ochenta y tres octavas, y parece escrito á mediados del siglo XVI, por autor desconocido; trata principalmente de Francisco Pizarro, desde su salida de Panamá en 1524 hasta la muerte de Atabalipa, y quizá sea anterior á la «Carolea». Hallóse entre los manuscritos de la biblioteca imperial de Viena; pero segun un artículo inserto en el «Anuario de literatura», t. CXXI, 1848, la publicacion parece estar hecha con poco esmero y escasa crítica. Es verdad que, á nuestro modo de ver, el libro vale muy poco ó nada, y á buen seguro que no lo hubiera hecho peor el mas rudo de entre los soldados de Pizarro.

Difícil seria imaginar un poema mas prosáico: en él se refiere año por año la vida del Emperador, desde 1522 hasta su muerte, acaecida en el monasterio de Yuste el año de 1558, y para que no haya equivocacion, pone la fecha al frente de cada página, separando por medio de comillas la parte imaginativa ó dudosa de la histórica y auténtica. Dos trozos hay en este poema muy interesantes: el uno, en que se cuenta con muchos pormenores la muerte de Garcilaso de la Vega; el otro, en que se da una noticia extensa de Torralva, el famoso mágico del tiempo de los Reyes Católicos, á quien alude D. Quijote, cuando montado en Clavileño recorre las regiones del aire. Así y con todo, Zapata parece tenia la mayor confianza en el mérito de su obra, publicándola con cierta pompa y vanidad á sus propias expensas; pero el desengaño no se hizo esperar, el poema no gustó, y su autor murió lamentando su locura y desacierto[2].

Diego Jimenez de Ayllon, natural de Arcos de la Frontera, que militó bajo las banderas del duque de Alba, escribió un poema de los hechos del Cid y de algunos otros héroes españoles de la antigüedad, y lo imprimió en 1579 con una dedicatoria á aquel célebre caudillo; pero entonces mismo causó poquísima impresion, y hoy dia se halla enteramente olvidado[3]. No logró mas favor

[2] «Carlo Famoso» de D. Luis de Zapata, Valencia, 1565, 4.º Al comenzar el canto L se felicita de haber llegado sin tropiezo al fin de su viaje de trece años; pero despues se precipita, y en un solo canto abraza los catorce años últimos de la vida del héroe. Habla de Garcilaso en el XLI, y la Historia de Torralva, que ilustra mucho las costumbres españolas de aquel siglo, se halla en los cantos XXVIII, XXX, XXXI y XXXII. Tambien hay noticias de este mágico en los comentadores al «Quijote». Parte II, cap. 41.

[3] Nic. Ant. (Bibl. Nov., t. I, p. 323) menciona el título y la fecha del poema. El ejemplar que hemos visto está impreso en Alcalá de Henáres, 1579, 4.º, de 149 hojas, á dos columnas; está dedicado al duque de Alba, á cuyas órdenes sirvió el autor, y se reduce á las tradiciones del Cid, en octavas fáciles, aunque insulsas. En la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, MS.

Hipólito Sanz, caballero de la órden de San Juan, que se halló en la gloriosa defensa de Malta contra los turcos, el año de 1565, y escribió una historia poética de aquel memorable cerco, con el título de *La Maltéa*, publicada en 1582[4].

Otros varios poemas salieron á luz por este mismo tiempo, bastante parecidos á los que acabamos de nombrar, como son: la *Historia Parthenopea*, de Alfonso Fernandez, en loor del Gran Capitan; la continuacion del *Orlando Furioso*, de Espinosa, que no deja de tener algun mérito, y la *Década de la pasion de Cristo*, de Coloma, que aunque no sea otra cosa, respira dignidad y decoro, todos ellos escritos á la manera de los poemas italianos narrativos y heróicos de la misma época. Pero ninguno tuvo gran éxito, ni puede decirse que sobrevivió á su publicacion, exceptuando tan solo un largo poema del reinado de Felipe II, que desde el principio consiguió gran fama y nombradía, conservada hasta hoy dentro y fuera de España. Hablamos de la *Araucana*[5].

D, núm. 42, hay un poema en redondillas dobles de arte mayor, por fray Gonzalo de Arredondo, que trata del Cid y Fernan Gonzalez, comparándolos; no merece especial mencion sino porque está escrito en 1522, y tiene la licencia para imprimir dada por el Emperador. Hay otra obra del mismo Arredondo. «El Castillo inexpugnable y defensorio de la fe.» Búrgos, 1528, folio.

[4] Jimeno, t. I, p. 179, y Velazquez, Dieze, p. 385.

[5] La «Historia Parthenopea», en ocho libros, por Alfonso Fernandez, se imprimió en Roma en 1511, segun Don Nicolás Antonio (Bibl. Nov., t. I, p. 23). Mas conocida es la segunda parte del «Orlando Furioso», de Nicolás de Espinosa, pues hay ediciones de ella de 1555, 56, 57 y 59; la de 1556 es de Ambéres, en 4.° La «Década de la Pasion», de Juan de Coloma, en diez libros y en tercetos, se imprimió en 1579 en Caller (Cerdeña), donde su autor estaba á la sazon de virey, y se dice ser el primer libro impreso en aquella isla. Hay otra edicion posterior de 1586 (Jimeno, t. I, p. 175). Alábala Cervantes en su «Galatea», y es una especie de concordancia de los Evangelios, escrita en estilo digno y con trozos narrativos tomados del Antiguo Testamento. La historia de la santa Verónica (lib. VIII) y la pintura de la Virgen al ver á su Hijo rodeado de gente y subiendo al monte Calvario cargado con la cruz á cuestas (lib. VIII) son trozos de mucho mérito. Coloma dice que escogió el terceto «porque es el metro mas grave y

Su autor, cuyas cualidades y carácter personal brillan en toda la obra, fué D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, hijo tercero de un caballero vizcaíno, circunstancia á que el poeta mismo alude mas de una vez con orgullo[6].

Nació Ercilla en Madrid el año de 1533, y como su padre era del Consejo del Emperador, pudo, valiéndose de su influjo en la corte, hacer que su hijo entrase de paje del príncipe, despues Felipe II, á quien acompañó en sus viajes á diferentes puntos de Europa desde 1547 hasta 1551. En 1554 estuvo con él en Inglaterra, cuando fué á casarse con María, y segun refiere en su poema, habiéndose sabido allí la sublevacion de los naturales de Chile, que amenazaba dar mucho que hacer á los conquistadores, entre los muchos hidalgos españoles que movidos por el antiguo espíritu de patriotismo se ofrecieron voluntariamente á pasar á aquel país, fué uno D. Alonso.

Veinte y un años tenia este al tomar tan romántica resolucion, trocando, prévio el permiso del Príncipe, el servicio palaciego por el militar, y ciñéndose por primera vez la espada, lleno de entusiasmo y de ardor. Los principios de la expedicion fueron poco lisonjeros; murió luego en el viaje Alderete, criado del Príncipe, capitan distinguido y de grande experiencia, que iba mandando la gente de guerra, y á su llegada á Chile, Ercilla y sus compañeros hubieron de pasar á las órdenes de un hijo del virey del Perú, caudillo jóven y no tan á propósito como aquel para la reduccion de Arauco, es-

majestuoso que tiene la lengua y se acomoda admirablemente á argumentos graves»; cincuenta años antes D. Pedro Fernandez de Villegas habia despreciado el terceto como impropio de la poesía castellana. Véase lo que ya dijimos al hablar de este escritor y de su traduccion del «Infierno del Dante».

[6] Canto XXVII.

trecho rincon, si bien lleno de gente belicosa, que habia resistido hasta entonces al ímpetu de los españoles, llegando hasta Europa la fama de su valor y heroismo. La lucha fué sangrienta, porque los araucanos peleaban con desesperacion, y los españoles, no menos valientes, los perseguian con crueldad: cumplió Ercilla con sus deberes de soldado; peleó con el enemigo en siete combates, y sufrió además indecibles trabajos, ora marchando por aquellos desiertos, ora arrostrando los continuos peligros de una guerra irregular con tribus salvajes.

En una ocasion hubo de perder la vida entre sus mismos paisanos, efecto de su condicion altiva y carácter impetuoso. Celebrábase en un intervalo de paz un brillante torneo para solemnizar la subida de Felipe II al trono, y en él ocurrió, que durante las justas, se suscitó una cuestion de honra entre Ercilla y otro caballero de los concurrentes. Como en semejantes casos suele acontecer, el combate fingido pasó á ser verdadero, y en la confusion que esto produjo, el general que presidia la funcion, mancebo arrebatado é impetuoso, impuso la pena de muerte á los dos contricantes, sentencia que á duras penas y en fuerza de muchos empeños se logró hacerle conmutar en prision y destierro, no sin haber estado antes Ercilla en el mismo patíbulo aguardando por momentos la muerte.

Libre ya de este compromiso, Ercilla pasó al Perú y tomó parte en la comprometida cuanto arriesgada empresa de perseguir al famoso tirano Lope de Aguirre, si bien no llegó cerca de su persona sino en el momento mismo en que éste acababa de pagar con la vida su larga carrera de crímenes. Desde entonces solo sabemos que, despues de haber sufrido una enfermedad muy gra-

ve, volvió á España en 1562, á la edad de veinte y nueve años, y ocho de residencia en América. Los hábitos de una vida inquieta y agitada le tuvieron al principio en continuo movimiento, y así recorrió la Italia y otros países de Europa. si bien habiendo contraido matrimonio en 1570 con D.ª María de Bazan, señora de ilustre cuna, entroncada con la gran familia de los marqueses de Santa Cruz, y á quien celebró en el canto XVII de su Poema, entró en una vida de tranquilidad y reposo. Hácia 1576 fué nombrado gentilhombre de cámara del emperador de Alemania, puesto tal vez puramente honorífico, y en 1580 se encontraba de vuelta en Madrid, pobre y desvalido, pues se queja amargamente de la ingratitud y olvido del monarca á quien tanto tiempo habia servido. En sus últimos años apenas hay mencion de él, y solo se sabe que empezó á escribir otro poema dedicado á celebrar las glorias de la casa de Bazan, y que murió en 1595.

Es Ercilla uno de los muchos ejemplos que manifiestan cuán unidos estuvieron siempre el genio poético y el heroismo español, pues con el mismo brio y espíritu con que peleaba, con el mismo escribia, y su obra es tan militar como la época mas tempestuosa y revuelta de su vida. Tiene aquella por objeto la expedicion contra los araucanos, que ocupó los ocho ó nueve años mas floridos de su juventud. Intitulóla simple y llanamente *La Araucana,* formando un extenso poema épico de treinta y siete cantos, que, exceptuando tres ó cuatro juguetes poéticos de escaso valor, es lo único que nos queda de sus escritos. Por fortuna esto es lo muy bastante para dar sólidos cimientos á su fama: por otra parte, es preciso confesar que si bien dicha obra revela grande ingenio y mucho

sentimiento poético, tiene tambien graves, defectos por haberse escrito cuando los elementos de la poesía épica estaban muy mal comprendidos en España; de suerte que, extraviado Ercilla por modelos como la *Carolea* y el *Carlo Famoso*, no es de extrañar pecase lastimosamente contra las reglas del arte.

En realidad la primera parte de la *Araucana* no es otra cosa mas que una historia en verso del principio de la guerra, y tiene toda la exactitud geográfica y estadística que puede apetecerse; en una palabra, es obra que se debe leer con un mapa al lado, puesto que lo que al autor mas ocupa es el órden sucesivo de los acontecimientos. En varias ocasiones se precia él de su exactitud histórica, y para observarla aun con mayor puntualidad, comienza con una descripcion del valle de Arauco y de sus habitantes, en que coloca la escena, y luego siguen quince cantos llenos de batallas, negociaciones, conspiraciones y aventuras, contadas segun iban ocurriendo. El mismo dice haber escrito su poema en medio de aquellas soledades, donde peleaba y sufria, empleando la noche en referir lo ocurrido durante el dia, escribiendo sus versos en tiras de papel, ó cuando estas faltaban, en pedazos de cuero; de manera que viene á ser un diario poético en octavas de la expedicion á que asistió. Estos quince cantos, escritos desde el año 1555 hasta el de 1563, constituyen la primera parte, que termina repentinamente con una violenta tempestad, y se imprimió por la vez primera en 1569.

Conociendo Ercilla, segun él mismo lo da á entender, lo pesada y monótona que seria la relacion de acontecimientos sucesivos, determinó amenizarla con incidentes interesantes y poéticos. Conforme con este pensamiento,

vemos en la segunda parte, que no se imprimió hasta 1578, la misma fidelidad histórica en el hilo principal de la narracion, si bien rota y cortada á veces con episodios épicos, como la vision de Belona en los cantos XVII y XVIII cuando el poeta, situado en la América Meridional, ve la victoria de Felipe II en San Quintin el mismo dia que se ganaba en Francia; la cueva del mago Fiton en los cantos XXII y XXIII, donde ve la batalla de Lepanto, anticipándola, porque realmente ocurrió mucho despues; la agradable historia de Tegualda en el XX, y la de Glaura en el XXIX; de manera que al concluir la segunda parte, que tambien acaba con una precipitacion innecesaria, conocemos que si se ha adelantado menos en historia, se ha ganado en cambio mucho en poesía.

En la tercera, que salió á luz el año de 1590, continúan los sucesos de la guerra, aunque interpolados tambien con episodios románticos como el que ocupa los cantos XXXII y XXXIII, en que el autor, por un singular capricho y siguiendo las antiguas crónicas, se propone vindicar el carácter de Dido ultrajada por Virgilio, y el del canto XXXVI, en que refiere con agradable estilo lo poco que sabemos de su propia historia [7]. En el XXXVII, que es el último de todos, deja lo anteriormente tratado, y discute acerca de la guerra pública y privada, y defiende los derechos de Felipe II á la corona de Portugal, y el poema termina con tristes quejas de su situacion desvalida y mal éxito de sus esperanzas, y la resolucion de consagrar el resto de sus dias á la devocion y á la penitencia.

[7] Las noticias relativas á su persona están en los canto XIII, XXXIV y XXXVI, y además de los hechos allí consignados en el texto, se sabe («Seman. Pintor.», 1842, p. 195) que en 1571 recibió el hábito de Santiago, y que en 1578 pasó á Zaragoza con una comision de poca importancia que le dió Felipe II.

Es claro que una obra de esta especie no es, estrictamente hablando, una epopeya; es mas bien un poema histórico, parte á la manera de Silio Itálico, en que se trata con todo de imitar las rápidas transiciones y el estilo fácil de los maestros italianos, y se lucha desventajosamente por acomodar á las diferentes partes de su estructura algo de la maquinaria sobrenatural de Homero y de Virgilio. Esta es cabalmente la parte flaca de la obra, pero en cambio Ercilla es mas feliz en otras cosas. Su talento descriptivo brilla en muchos lugares, excepto en las pinturas de la naturaleza, en que no fué muy feliz; ninguno de sus compatriotas le excedió en la parte narrativa, ya refiriendo batallas, ya dando razon de las costumbres salvajes de aquellos desgraciados indios. Sus arengas en general son excelentes, sobre todo la famosísima de Colocólo, el mas anciano de los caciques, en el segundo canto, en que el poeta se propuso competir con la que Homero pone en boca de Ulíses en iguales circunstancias y en el primer libro de su *Iliada*[8]. Sus caractéres, especialmente los de los caudillos araucanos, están trazados con vigor y claridad y con colores que provocan nuestra simpatía hácia ellos mas bien que hácia los españoles, sus invasores. Además de esto, vese por do quiera brillar su claro ingenio y el sentimiento poético, así como las nobles inspiraciones del carácter español, y aquel profundo sentimiento de caballerosa lealtad, pri-

[8] El grande elogio que de esta arenga hace Voltaire en su Ensayo sobre la poesía épica al frente de la «Henriada», 1726, dió primero á conocer la «Araucana» fuera de España. Si aquel célebre escritor hubiera leido con mas atencion el poema que pretende juzgar, podria haber hecho mas en favor de su fama (véanse sus obras edic. Beaumarchais, Paris, 1785, 8.º, t. x, pp. 394-401); pero son tales y tan de bulto sus equivocaciones y errores al hablar de él, que disminuyen considerablemente el valor de la admiracion que profesaba por el poeta español.

mera condicion del honor y del heroismo caballeresco, que no pudo apagar en Ercilla la ingratitud del mismo monarca á quien consagró su vida entera y á cuya gloria compuso su poema [9].

La *Araucana*, aunque un tercio mas larga que la *Iliáda*, es solo un fragmento; pero en la parte relativa á la guerra de Arauco quedó completa con la adicion de dos partes mas que componen treinta y tres cantos, obra de un poeta llamado Santistéban y Osorio, y publicada en 1579. Acerca de este escritor, natural de Leon, solo sabemos lo que él mismo nos dice, á saber, que escribió su poema siendo aun muy jóven, y que en 1598 imprimió otro de la guerra de Malta y toma de Rodas. Su continuacion de la *Araucana* ha sido impresa varias veces, pero en el dia no es leida de nadie. La parte mas interesante es aquella en que hace relacion de muchas de las hazañas de Ercilla entre los indios, y la mas absurda el pasaje en que, valiéndose de una vision de Belona, cuenta la conquista de Orán por el cardenal Jimenez, y la del Perú por los Pizarros, sucesos ambos que, como es fácil conocer, ninguna relacion tienen con el objeto principal del poema, el cual en su conjunto es tan monótono, pesado é histórico como cualquiera de los que le precedieron de su género [10].

Mas hay una dificultad respecto á las dos partes de este extenso poema, que debió ya ofrecerse al tiempo

[9] La mejor edicion de «La Araucana» es la de Sancha, Madrid, 1776, dos tomos, 12.º, y la mejor vida de su autor la que trae Baena, t. I, p. 32.—Hayley publicó en inglés un extracto del poema y la traduccion de los mejores trozos en las notas á su tercer epístola sobre la poesía épica (Lóndres, 1782, 4.º); pero hay un análisis mas extenso y mejor de él en el «Carácter de los principales poetas de todas las naciones». Leipsik, 1793, 8.º, t. II, parte I, pp. 140-349.

[10] La última edicion de la continuacion de «La Araucana» por D. Diego Santistéban y Osorio se hizo en Madrid junta con otra de Ercilla. 1733, folio.

en que se publicaron; en ninguna de ellas se hace mencion honorífica del general español que mandaba la guerra de Arauco, en medio de ser miembro de la gran casa de Mendoza y uno de los personajes mas influyentes y poderosos en los reinados de Felipe II y Felipe III. No es fácil adivinar qué razones tuvieron ambos poetas para dejarle completamente olvidado, aunque las de Ercilla son mas fáciles de explicar, y pueden atribuirse al severo castigo que despues del desgraciado torneo se le quiso imponer, no dejándole otro modo de expresar su disgusto [11]. Por esta razon un poeta chileno, Pedro de Oña,

[11] La injusticia de que muchos cortesanos acusaron á Ercilla respecto á Don García de Mendoza, cuarto marqués de Cañete, general del ejército español en la campaña de Arauco, es quizá una de las causas del desden con que el Gobierno trató al poeta á su vuelta á España, y llamó ya la atencion en los reinados de Felipe III y Felipe IV. Cristóbal Suarez de Figueroa, poeta y escritor distinguido, publicó en 1613 una vida de dicho Marqués, dedicada al duque de Lerma. Está escrita con elegancia y bastante afectacion, y es un panegírico lleno de adulacion á la gran familia á que pertenecia el héroe. Al contar el lance que en tan inminente peligro puso á Ercilla de resultas del malhadado torneo, dice lo siguiente: «Hubo entre otros regocijos estafermo; sobre quién habia herido en mejor lugar hubo diferencia entre Don Juan de Pineda y D. Alonso de Ercilla, pasando tan adelante, que pusieron mano á las espadas. Desenvaináronse en un instante infinitas de los de á pié, que sin saber la parte que habian de seguir, se confundian unos con otros, creciendo el alboroto con extremo. Esparcióse voz que habia sido deshecha para causar motin, y que ya los dos fingidos émulos le tenian meditado, por haber precedido algunas ocasiones, aunque ligeras. Prendiéronse por órden del General, que para infundir terror entre los demás, los condenó á degollar, sabiendo ser cualquier severidad eficacísima para asegurar la milicia. Sosegóse el tumulto, y hecha informacion, y hallado que habia sido caso improviso el de los dos, se revocó la sentencia. El conveniente rigor con que D. Alonso fué tratado causó el silencio con que procuró sepultar las ínclitas hazañas de D. García. Escribió en verso las guerras de Arauco, introduciendo siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es, un ejército sin memoria de general. Ingrato á muchos favores que habia recibido de su mano, le dejó en borron, sin pintarle con los vivos colores que era justo, como si se pudieran ocultar en el mundo el valor, virtud, providencia, autoridad y buena dicha de aquel caballero, que acompañó siempre los dichos con los hechos, siendo en él admirables unos y otros. Tanto pudo la pasion, que quedó casi como apócrifa en la opinion de las gentes la historia que llegara á lo sumo de verdadera, escribiéndose como se debia. Fué en boca de todos inculpable, apacible y humano sumamente el sugeto de quien escribo, y así pensó en vano deslustrar sus resplandores quien de propósito calló sus alabanzas.» Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, por Chr. Suarez de Figueroa. Madrid, 1613, 4.°, p. 103.

Tambien se encargó el teatro de suplir el silencio del primer poeta nar-

trató de reparar el agravio hecho al Mendoza, y para ello publicó en 1596 su *Arauco domado*, poema en diez y nueve cantos, consagrado á celebrar las glorias del general olvidado por su antecesor. El éxito que la obra de Oña tuvo fué muy pobre, ni tampoco merecia otra cosa. Reimprimióse una sola vez, y aunque se extiende hasta diez y seis mil versos, su autor se paró repentinamente en medio de los acontecimientos que se habia propuesto referir, y nunca llegó á concluirla. Hay en ella consultas de las potencias infernales, como en el Tasso, y una historia amorosa por el estilo de la de Ercilla, pero la obra es principalmente histórica, y concluye con la prision de «aquel pirata inglés Richarte Aquines», que sin duda es sir Ricardo Hawkins, hecho prisionero en el Pacífico en 1594 en circunstancias bastante parecidas á las que Oña refiere con una imparcialidad que admira en un escritor español de aquellos tiempos [12].

Continuaban entre tanto los maravillosos descubrimientos de los conquistadores de América, llenando el mundo entero de su fama, y reclamando en la metrópoli no poca parte del interés hasta entonces consagrado exclu-

rativo de su patria. En 1622 se publicó una comedia, intitulada «Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza», pobre producto de la adulacion y la lisonja que, segun anuncia la portada, es de Luis de Belmonte, pero en una especie de tabla ó índice general se atribuye además á otros ocho poetas dramáticos, entre los cuales se contaban Antonio Mira de Mescua, Luis Vélez de Guevara y Guillen de Castro.

[12] Ya antes hablamos de la comedia de Lope de Vega, intitulada «Arauco domado», y del triste papel que en ella representa Ercilla: á lo ya dicho podemos añadir otras dos al mismo asunto, que son «El gobernador prudente», de Gaspar de Avila, impresa en el t. XXI de las «Comedias escogidas», 1664, en la que se presenta D. García llegando á Chile, y distinguiéndose en el ejercicio de su autoridad con repetidos actos de cordura, templanza y clemencia; y los «Españoles en Chile» («Comedias escogidas», t. XXII, 1665), de Francisco Gonzalez de Bustos, destinada exclusivamente á celebrar las glorias del padre de D. García, y que concluye con el suplicio de Caupolican y la conversion y bautismo de otro cacique muy principal; ambas son tan propias y características de la época como el homenaje que en ellas se tributa á los Mendozas.

sivamente á la lucha con los moros; natural era por lo tanto que el primero de todos aquellos, el célebre Hernan Cortés, entrase á participar de los honores poéticos que por todas partes se prodigaban. En efecto, encargóse de ello Gabriel Lasso de la Vega, caballero madrileño, que, movido del ejemplo de Ercilla, publicó en 1588 su *Cortés valeroso*, reproduciéndole seis años despues con adiciones y el nuevo título de *La Mejicana*. Además en 1599, Antonio de Saavedra, natural de Méjico, daba á luz otra vida de Cortés, intitulada *El peregrino indiano*, poema de diez y seis mil versos, escrito, segun su autor lo asegura, en medio del Océano y en el corto término de setenta dias. Ambos libros son mas bien crónicas rimadas que otra cosa, si bien el último de ellos tiene mas poesía y mas verdad, como trabajo de un autor que conocia familiarmente las escenas que describe y los hábitos de aquella raza desgraciada, cuyo fin desastroso refiere [13].

El mismo año que salió á luz el *Cortés valeroso*, apareció tambien un tomo primero de las vidas de algunos de los primeros descubridores y aventureros en América, escrito por Juan de Castellanos, cura de Tunja, en el nuevo reino de Granada, pero que como otros muchos caballeros de su tiempo, antes de recibir las sagradas órdenes, siendo ya viejo, habia militado en su juventud corriendo lejanas tierras y tomando parte en muchas de

[13] «Cortés valeroso», por Gabriel Lasso de la Vega, Madrid, 1588, 4.°, y «La Mejicana» Madrid, 1594, 8.° Tambien se le atribuyen tragedias y otras obras que no hemos visto. («Hijos de Madrid», t. II, p. 264.) «El peregrino indiano», por D. Antonio de Saavedra Guzman, biznieto del conde del Castellar, nacido en Méjico, Madrid, 1599, 12.°; consta de veinte cantos en octavas, y aunque poco ó nada sabemos de su autor, se echa de ver por los versos laudatorios que anteceden á su poema, fué amigo de Lope de Vega y Espinel. Refiere las hazañas de Hernan Cortés hasta la muerte de Guatimozin.

las batallas que describe. Comienza refiriendo el descubrimiento de Colon, y concluye hácia 1560, con la expedicion de Pedro de Ursua y los crímenes de Lope de Aguirre, sucesos que Humboldt llama el episodio mas dramático de la conquista española, y de los que Southey formó despues una historia tan melancólica y triste como llena de interés. Ignoramos por qué razon no se acabó la impresion del poema de Castellanos, sabiéndose de positivo que este habia dejado escritas una segunda y tercera parte, en que prosigue las relaciones sueltas de la conquista, especialmente de la parte descubierta y conocida por Colon hasta el año de 1588: todo ello precedido de la aprobacion de D. Alonso de Ercilla en testimonio de la fidelidad y exactitud de la narracion. La obra toda, excepto hácia el fin, está escrita en octavas, y consta de muy cerca de noventa mil versos en aquel castellano castizo y flúido que desapareció poco despues de la literatura española; pero por otra parte obsérvase de tal manera en ella el método y órden de la historia, que aunque tiene gran valor considerada como tal, esta misma circunstancia la desnuda de todo mérito poético [14].

Siguieron á estos otros poemas en general del mismo carácter. El uno de ellos, llamado la *Argentina*, que trata del descubrimiento y conquista de las provincias del Rio de la Plata, es obra de Barco Centenera, testigo de vista y actor en los trabajos y penalidades de la empresa. Su

[14] El poema de Castellanos lleva un título bastante extraño, á saber: «Elegías de varones ilustres de Indias», y hay fundamento para suponer que el original constaba de cuatro partes. (Nic. Ant., Bibl. Nov. t. I, p. 674.) La primera de el'as se imprimió en Madrid, 1589, 4.º; pero la segunda y tercera, halladas últimamente entre los MSS. de la Real Academia de la Historia, no se publicaron hasta el año de 1847 en el t. v de la «Biblioteca» de Rivadeneyra. La voz «elegías» parece la usó Castellanos en equivalencia de elogios. Lo poco que del autor sabemos es lo que él mismo dice en su obra.

obra es cansada y fastidiosa en extremo, y consta de veinte y ocho cantos, en que campea la credulidad; es, sin embargo, considerada como recuerdo de las extrañas aventuras que el autor oyó y presenció. Al principio habla mucho del Perú, materia enteramente extraña al asunto que se trata y es en su conjunto una mezcla informe de historia y geografía, concluyendo con tres cantos dedicados al «capitan Tomás Candis, capitan general de la reina de Inglaterra», el cual no es otro que el famoso Tomás Caundish, mitad caballero, mitad pirata, con cuya derrota en las costas del Brasil en 1592, Centenera juzgó oportuno poner glorioso remate á su poema [15]. Gaspar de Villagra, capitan de infantería, quien tambien hizo una expedicion al Nuevo Méjico, describió dicha jornada en un poema del mismo género, publicado en 1610 á su vuelta á España; ambos pertenecen mas bien al dominio de la historia que no al de la poesía [16].

No menos caracterizan la índole y genio nacional que estos poemas históricos y heróicos los muchos religiosos que por este mismo tiempo vieron la luz pública: ya hemos aludido en otro lugar á la *Década de la pasion de Cris-*

[15] «Argentina, conquista del Rio de la Plata y Tucuman y otros sucesos del Perú», Lisboa, 1602, 4.° En el canto XII hay una aventura amorosa, y en otros se habla de encantamientos; pero con muy pocas excepciones, el poema es puramente geográfico y la mejor historia de aquel pais que pudo escribir su autor. Solo le conocemos por la reimpresion de Barcia, quien le incluyó en su coleccion como documento histórico.

Una cosa ha llamado nuestra atencion en este y demás poemas escritos por los españoles sobre la conquista de América, y especialmente por los que visitaron los países que describen, y es que no se halle en ellos una sola pintura de los sitios que recorrian, aunque los hay de los mas grandiosos y magníficos que presenta naturaleza, debiendo por lo tanto haber llamado la atencion de los que los contemplaban. Pero al pintar montes, rios ó bosques, las descripciones de estos autores se acomodan lo mismo á los Pirineos ó al Guadalquivir que á Méjico, los Andes ó las Amazonas. Quizá provenga esto de la misma causa que ha impedido hasta ahora que España tenga grandes pintores de paisajes.

[16] «La conquista del Nuevo Méjico», por Gaspar de Villagra, Alcalá, 1610, 8.° (Nic. Ant., Bibl. Nov., t. I, página 535.)

to, de Coloma, impresa en 1579; á los cinco años imprimió Blasco el suyo de *La universal redencion*, que tambien merece ser mencionado; consta de cincuenta y seis cantos y de unos treinta mil versos, que comprenden la historia del hombre desde su creacion hasta la venida del Espíritu Santo, y en algunos trozos se asemeja á un auto ó misterio del teatro primitivo [17]. Algo parecido á este es otro poema de Fr. Gabriel Mata, quien en dos tomos se propuso cantar las glorias de S. Francisco y cinco santos mas de su órden, coleccion de leyendas en octavas sin órden, interés ni color, y en la primera de las cuales se presenta al humilde y seráfico Padre en figura de caballero andante: todos tres valen poco [18].

El que sigue por órden cronológico es, si no el mejor de todos, á lo menos uno de los mejores de su clase; hablamos de *El Monserrate*, de Cristóbal de Virués, poeta lírico y dramático, que mereció los elogios de Lope de Vega y de Cervantes. El asunto es una leyenda de la Iglesia española en el siglo IX. Juan Garin, ermitaño, que vive en las soledades de Monserrate, comete uno de los crímenes mas horribles y espantosos de que es capaz la naturaleza humana; acosado de remordimientos, pasa á Roma á solicitar el perdon de sus culpas, que al fin consigue á costa de una penitencia rigurosa y con las condiciones mas humillantes; su arrepentimiento, con todo, es sin-

[17] «Universal redencion», de Francisco Hernandez Blasco, Toledo, 1584, 4.°; Madrid, 1609, 4.° El autor, natural de Toledo, dice que la mayor parte de su obra es revelacion de una monja.

[18] «El caballero Asisio, vida de San Francisco y otros cinco santos», por Gabriel de Mata; t. I, Bilbao, 1587, con una lámina grabada en madera que representa á S. Francisco á caballo y armado de piés á cabeza; t. II, 1589, 4.° Prometió el autor un tomo tercero, que nunca llegó á publicarse. Los cinco santos son S. Antonio de Padua, S. Buenaventura, S. Luis, obispo, Sta. Bernardina y Sta. Clara, todos de la órden Tercera; el trozo en que S. Antonio predica á los peces (canto XVII) y les llama «Hermanos peces» es bastante original.

cero y completo; y en prueba de ello su inocente víctima es vuelta á la vida, y apareciéndose despues la Vírgen entre las asperezas del mismo monte, testigo de su crímen, consagra aquellas soledades, fundando en ellas el magnífico santuario que ha hecho del Monserrate un lugar sagrado para los españoles.

En cualquier país del mundo, excepto España, hubiera sido casi imposible que en el siglo XVI un hombre de mundo y un soldado tomase semejante leyenda por argumento de un poema épico. Pero en la nacion de que hablamos son muchos los militares que aun en nuestros propios tiempos han terminado su vida desarreglada y licenciosa en un retiro tan rudo y solitario como el de Fr. Juan Garin [19], y en tiempo de Felipe II nada tenia de extraño que un hombre que se habia hallado en la jornada de Lepanto y distinguido con el nombre de «el capitan Virués» consagrase los ocios de sus mejores años á cantar en verso la deplorable vida y repugnantes aventuras del ermitaño Garin. Sin embargo, el hecho es este, y *El Monserrate* obtuvo desde luego el favor del público, favor que no se ha disminuido desde entonces materialmente. No faltan razones para ello; el poema tiene la distribucion y proporcion de partes de un trabajo épico en grado muy superior á ningun otro de

[19] En una ermita situada en la sierra de Córdoba, en que vivian hace años mas de treinta ermitaños consagrados á una vida de recogimiento, austeridad y penitencia, recordamos haber visto á un oficial que se distinguió en la batalla de Trafalgar, y á otro que habia pertenecido á la servidumbre de la princesa de Astúrias doña María Antonia de Nápoles. El duque de Rivas y su hermano D. Angel, hoy dia poseedor de aquel título, y mas conocido por sus escritos como poeta, y por sus eminentes servicios militares y diplomáticos, nos acompañaban en nuestra excursion por aquellas asperezas, amenizando la conversacion con chistosos cuentos, mostrándonos al paso las bellezas de la naturaleza, siempre majestuosa por aquellas partes, y haciéndonos pasar una mañana deliciosa; por ellos supimos que aun entonces no eran en España muy raros los casos de retirarse á la vida ascética y solitaria personas de distincion y de categoría. Era esto por los años de 1818.

la lengua castellana, y en cuanto á la versificacion, es tan acabada y armoniosa, que ninguno de los poetas de su tiempo le aventaja en ella, y muy pocos le igualan. Las dificultades con que Virués tuvo que luchar eran la naturaleza misma del asunto y el carácter bajo y humilde de su héroe; pero con sus veinte cantos mezclados de episodios accidentales, como por ejemplo, el de la batalla de Lepanto y el de las glorias de Monserrate, se atenúan mucho estos defectos, y *El Monserrate* es aun leido y admirado en una época como la presente, poco dispuesta á dar fe á leyendas de esta especie[20].

En 1604 se publicó la *Benedictina*, de Fr. Nicolás Bravo, en la que el autor anuncia su intencion de escribir la vida de S. Benito y principales santos de su órden, á la manera y por el estilo que Castellanos escribió las de Colon y demás conquistadores de la América; pero aunque su obra tiene ciertas pretensiones poéticas, es probable fuese desde luego mirada como un libro de devocion destinado á los religiosos de la órden, en que el autor ocupaba un punto bastante elevado; tal al menos nos parece hoy dia á nosotros mundanos. Al mismo género pertenecen otros dos poemas, que por la posicion social de su autor, el P. Fr. José de Valdivielso, obtuvieron fama mas duradera, aunque en realidad su mérito no es mucho mayor. Es el primero de ellos la vida de S. José, esposo de María, á quien el poeta quiso sin duda celebrar por haber recibido su nombre en el bautismo, y el otro la

[20] Ya antes dimos algunas noticias de Virués; ahora solo añadirémos que hay ediciones de «El Monserrate» de 1588, 1601, 1602, 1609 y 1805. Esta última (Madrid, 8.°) con un prólogo escrito, si no estamos equivocados, por Mayans y Siscar. A mediados del siglo XVIII salió á luz otro poema al mismo asunto, escrito por un tal Fr. Francisco Ortega; es un tomito en 4.°, intitulado «Orígen, antigüedad é invencion de nuestra Señora de Monserrate», obra pobrísima y de ningun valor literario.

descripcion de una sagrada imágen de la Vírgen, milagrosamente preservada de toda impiedad durante el dominio de los árabes en España, y desde entonces venerada en la catedral de Toledo, de cuyo arzobispo era capellan Valdivielso. Ambos poemas están atestados de erudicion teológica, son en extremo largos y cansados, y abrazan en su conjunto gran parte de la historia eclesiástica y profana de España[21].

Hácia el mismo tiempo se publicaban los poemas religiosos de Lope, tanto épicos como narrativos, de que ya en otro lugar hablamos, los cuales lograron la misma celebridad y fama que las demás obras salidas de la pluma de aquel grande y popular ingenio. Pero muy superior á cuanto él trabajó en este género es *La Cristiada*, de Diego de Hojeda, impresa en 1611, y tomada en parte del poema latino que con el mismo título escribió Jerónimo Vida, sin que esta circunstancia disminuya en lo mas mínimo ni el mérito ni la originalidad del poeta español. El asunto es muy sencillo, empezando con la última cena, y concluyendo con la pasion en la cruz; los episodios pocos y oportunos, exceptuando aquel en que el vestido de Jesus, cuando oraba en el huerto, da ocasion al autor para pintar los pecados todos del hombre, cuya historia alegórica representa tejida de maldiciones y formando los siete pliegues del manto que cubre los hombros de la víctima expiatoria, así vestida por amor nuestro.

21 «La Benedictina» de Fr. Nicolás Bravo, Salamanca, 1604, 4.º Bravo fué profesor en Salamanca y en Madrid; murió en 1648, siendo abad de uno de los monasterios mas opulentos de su órden, situado en Navarra. (Ant. Bibl. Nov., t. II, p. 151.) De Valdivielso ya hemos dicho algo; su «Vida y excelencias de S. Josef», impresa en 1607 y 1617, forma un tomo de setecientas páginas en la edicion de Lisboa, 1615, 8.º, y su «Sagrario de Toledo», Barcelona, 1618, 8.º, tiene muy cerca de mil; ambas obras están escritas en octavas reales como casi todos los poemas de su clase.

La vision de las glorias futuras de la Iglesia concedida al paciente es una concepcion grandiosa, feliz y perfectamente colocada, y todavía lo son mas los tiernos consuelos que en profecía recibe. Seguramente que hay bastante habilidad en la estructura épica de este poema, y que la versificacion es armoniosa y grata en extremo. Si los caractéres estuviesen dibujados con mas vigor y firmeza, y el estilo se mantuviese constantemente á la altura y dignidad que el asunto exige, *La Cristiada* podria con justicia ser colocada al lado del *Monserrate* de Virués, y así y con todo, ningun otro poema religioso hay en lengua castellana que le lleve ventaja[22].

El mismo año de 1611, Alonso Diaz, natural de Sevilla, publicó otro poema devoto en loor de una imágen de la Vírgen; siguiéronle de cerca otros varios, intitulados épicos ó heróicos, como son los de *San Ignacio de Loyola* y de *La Vírgen*, por Antonio de Escobar; el de la *Creacion del mundo*, de Acevedo, que no tiene mas de épico que el de *La semana*, del francés Dubartas, á quien se propuso imitar; el de la *Hermandad de los cinco mártires de Arabia*, por Rodriguez de Vargas, monumento de gratitud del autor á dos de aquellos santos, por cuya intercesion creyó haber sanado de una dolencia mortal. Pero todos ellos, así como el *David*, por Uziel; el de Nieva Calvo á la Vírgen; la *Vida de Cristo*, de Vivas; la *Pasion*

[22] «La Cristiada», de Diego de Hojeda, Sevilla, 1611, 4.º Ya es un mérito el constar solo de doce cantos, y si este fuese el lugar propio para ello, podriamos compararle con «El Paraíso recobrado», de Milton, por sus escenas con los diablos, ó con la «Mesiada», de Klopstok, por la escena de la crucifixion. Del autor solo sabemos que nació en Sevilla y pasó á Lima muy jóven; allí escribió este poema, y murió siendo prior de un convento de dominices, fundacion suya. (Ant. Bibl. Nov., t. I, p. 289.) Hay un *refaccimento* de la «Cristiada», por D. Juan Manuel de Berriozabal, impreso en Madrid, 1848, 12.º

del Hombre-Dios, de Juan Dávila; el *Sanson*, de Antonio Enriquez Gomez; el *Ignacio de Loyola*, de Camargo, y otra *Cristiada*, de Enciso, con que termina á fines del siglo la serie de estos poemas, en nada aumentan el crédito y derechos de la poesía española épico-religiosa, si bien acrecen la masa de libros en este género[23].

De carácter enteramente opuesto á estos son otros poemas puramente imaginarios, pertenecientes al mismo pe-

[23] «Poema castellano de nuestra Señora de Aguas Santas», por Alonso Diaz, Sevilla, 1611, citado por Antonio. (Bibl. Nov., t. I, p. 21.)—San Ignacio de Loyola», poema heróico, Valladolid, 1613, 8.° — «Historia de la Vírgen, madre de Dios», 1608, publicada despues con el título de «Nueva Jerusalen María», Valladolid, 1625, 18.°, ambos por Antonio de Escobar y Mendoza, quien debió escribirlos siendo aun muy jóven, pues vivió hasta 1668. (Ibid., p. 115.) Este último poema, cuya cuarta edicion tenemos á la vista, divide asaz ridículamente la vida de la Vírgen, segun las doce piedras preciosas que forman los cimientos de la nueva Jerusalen en el cap. 21 del «Apocalipsis»; y cada «fundamento», título que da á sus libros, se subdivide en tres cantos. Contiene en todo dos mil y quinientas octavas, que no carecen absolutamente de mérito, aunque en general este es muy poco. — «Creacion del mundo» de Alonso de Acevedo, Roma, 1615. (Velazquez, Dieze; p. 395.) «La verdadera hermandad de los cinco mártires de Arabia», por Damian Rodriguez de Vargas, Toledo, 1621, 4.° Es corto para la clase á que pertenece, pues solo consta de unos tres mil versos; pero con dificultad se hallará otro peor entre los de su clase. «David», poema heróico del doctor Jacobo Uziel, Venecia, 1624, p. 440, poema en doce cantos sobre la historia del Rey profeta, escrito en estilo sencillo y claro, en que se procura imitar la fluidez del Tasso, aunque con poco ó ningun fuego poético. En el canto IX se introduce absurdamente á un navegante español que llega á la corte de Jerusalen. «La mejor mujer, madre y vírgen», poema sacro por Sebastian de Nieva Calvo, Madrid, 1625, 4.°; concluye con el lib. XIV, refiriendo la victoria de Lepanto, que atribuye á la intercesion de la Vírgen y á la virtud del rosario.—«Grandezas divinas, vida y muerte de nuestro Salvador, etc.», por Fr. Duran Vivas; hallóse en borrador despues de la muerte del autor, cuyo nieto modernizó el estilo, y le imprimió en Madrid, 1643, 4.°; poema despreciable, cuya mayor parte está en forma de discursó que S. José dirige á Poncio Pilato. — «Pasion del Hombre-Dios», por el maestro Juan Dávila, Leon de Francia, 1661, folio, en décimas espinelas y con unos veinte y tres mil versos. Está dividido en libros, estancias y cantos. — «Sanson Nazareno», poema heróico, por Ant. Enriquez Gomez, Ruan, 1656, 4.°, lleno de gongorismo; lo mismo que otro poema de este autor semi-narrativo semi-lírico, intitulado «La culpa del primer peregrino», Ruan, 1644, 4.° — «San Ignacio de Loyola», poema heróico; escribíalo Hernando Dominguez Camargo, 1666, 4.°; el autor era de Santa Fe de Bogotá, y su poema, que ocupa mas de 400 páginas en octavas, no es mas que un fragmento publicado despues de su muerte.—«La Cristiada», poema sacro, y «Vida de Jesucristo», que escribió Juan Francisco de Enciso y Monzon (Cádiz, 1694, 4.°), desfigurado como casi todo lo que se escribia en esta época con un estilo del peor gustó.

ríodo, y cuya forma es tambien épica. Su número no es muy considerable, y casi todos ellos tienen mayor ó menor relacion con las ficciones del Ariosto, que al principio del siglo XVI aparecieron como fenómenos luminosos y brillantes en el cielo de la Italia, llevando en pos de sí la admiracion de la Europa entera, y particularmente de los españoles. Hay una traduccion del *Orlando Furioso* bastante floja, aunque conocida y popular, hecha por Jerónimo de Urrea, y publicada ya en 1550. A ella siguió de cerca la imitacion que ya antes indicamos, compuesta por el capitan Espinosa, en 1555. Intitúlase *Segunda parte de Orlando, con el verdadero suceso de la batalla de Roncesvalles* y *la muerte de los doce Pares de Francia*. Pero desde un principio el autor nos asegura que canta las glorias de los españoles y la derrota de Cárlo Magno y su ejército, añadiendo con marcada intencion, que su historia «dirá la verdad, y no contará los sucesos á la manera del francés Turpin». Como consecuencia de este anuncio, el poeta, en vez de las ficciones del Ariosto, nos presenta las fábulas españolas de Bernardo del Carpio y la derrota de los doce Pares en Roncesvalles, en la que Cárlo Magno sale bastante maltratado, retirándose por último á Alemania, humillado y vencido. El poema de Espinosa está con todo muy ingeniosamente enlazado con el de Ariosto, y prosigue las aventuras de los héroes y heroinas del *Orlando Furioso*.

Hay, sin embargo, entre las ficciones que introduce Espinosa algunas muy extravagantes y absurdas: por ejemplo, en el canto XXII, Bernardo va á Paris y vence á varios paladines, y en el XXXIII, cuya escena pasa en Irlanda, desencanta á Olimpia y recibe la corona de aquella isla, innovaciones ambas inútiles é indignas de la his-

toria de su héroe, segun la refieren los antiguos romances y crónicas españolas; pero en general, si bien llena con exceso de gigantes y encantamientos, la continuacion del *Orlando* por Espinosa contiene menos absurdos é imposibles que el poema de Lope al mismo asunto; hállanse trozos de versificacion fácil y armoniosa, y hay además aventuras contadas con mucha gracia. Consta de unos catorce mil versos en octavas reales, y concluye de repente con el canto XXXV, anunciando una continuacion[24].

No llegó el caso de aparecer esta, ni sabemos que la pluma de Espinosa diese otros frutos; pero no faltaron poetas que continuasen esta serie de ficciones, aunque no todos tomaron el hilo de la narracion donde él le dejó. Un caballero aragonés, llamado Abarca de Bolea, escribió dos poemas diferentes, el *Orlando enamorado* y el *Orlando determinado*, y Garrido de Villena, natural de Alcalá, que ya en 1577 habia dado á conocer á sus compatriotas el *Orlando innamorato*, de Mateo Boyardo, vistiéndole á la española, publicó seis años despues su *Batalla de Roncesvalles*, poema seguido de otro de Agustin Alonso al mismo asunto. Es verdad que todos ellos yacen hoy dia en el olvido y desprecio mas completo[25].

[24] «Segunda parte de Orlando, etc.» por Nicolás Espinosa, Zaragoza, 1555, 4.º; Ambéres, 1556, 4.º, etc. El «Orlando» del Ariosto, traducido por Urrea, se publicó en Leon, 1550, folio (la misma edicion que Antonio atribuye al año 1656), y es tratado con severidad por el Cura en el escrutinio de la librería de D. Quijote, así como por Clemencin en su «Comentario», t. I, p. 120.

[25] «Orlando enamorado», de D. Martin Abarca de Bolea, conde de las Almunias, en octava rima, Lérida, 1578. — «Orlando determinado», en octava rima, Zaragoza, 1578. (Latassa. Bibl. Nov., t. II, p. 54.) «El Orlando enamorado» de Boyardo, por Francisco Garrido de Villena, 1577, y el «Verdadero suceso de la batalla de Roncesvalles», por el mismo 1583. (Nic. Ant., Bibl. Nov., t. I, p. 482.)—«Historia de las hazañas y hechos del invencible caballero Bernardo del Carpio», por Agustin Alonso, Toledo, 1585. — Pellicer («Don Quijote», t. I, p. 58, nota) asegura que solo habia visto un ejemplar de esta obra, y Clemencin dice que no la conocia. Tampoco nosotros hemos logrado ver los citados en esta nota.

No sucedió así con la *Angélica*, de Luis Barahona de Soto, poema mas conocido con el nombre de *Las lágrimas de Angélica*. Publicáronse en 1586 los doce primeros cantos, y fueron recibidos con grande aplauso por todos los eruditos y literatos de aquel tiempo, aplauso y favor que han continuado gozando hasta nuestros dias. Su autor era médico de la villa de Archidona, aunque muy conocido en toda España como poeta, y alabado por D. Diego de Mendoza, Silvestre, Herrera, Gutierrez de Cetina, Mesa, Lope de Vega y Cervantes. Este último hace que el cura salve de las llamas *Las lágrimas de Angélica*, cuando los libros de D. Quijote iban á ser arrojados en masa á la hoguera del patio, diciendo: «Lloráralas yo, si tal libro se hubiese quemado, porque su autor es uno de los famosos poetas, no solo de España, sino de todo el mundo.» Pero este elogio es excesivo, y en Cervantes, que mas de una vez se separa del asunto que está tratando para alabar á Barahona, puede atribuirse á la amistad sincera y cordial que sin duda los unia.

La verdad del caso es que la *Angélica*, en medio de tantas alabanzas, no llegó á concluirse ni se imprimió segunda vez, que hoy dia raras veces se encuentra, y se lee aun menos. Es una continuacion del *Orlando Furioso*, en que se refieren los hechos de la heroina despues de su casamiento hasta que recobra el imperio del Catay, que una rival le habia usurpado. Las aventuras son extravagantes, y la maquinaria ridícula y desacertada, especialmente en lo relativo á Demogorgon y á los recursos que pone en juego; pero el defecto principal del poema es su pesadez y monotonía: en punto á movimiento dramático, es el reverso de la medalla de su prototipo, que respira

por todas partes variedad y alegría. A estos defectos de languidez de estilo y falta de interés en los caractéres se agrega el que un amigo de Soto añadió á cada canto una explicacion en prosa de la intencion moral, desfigurando las mas veces la del autor, quien es imposible pensase así cuando escribia su poema [26].

Ya hemos hablado de la continuacion del *Orlando* que hizo Lope, mas extravagante aun y desatinada, y juzgamos inútil mencionar la continuacion burlesca de Quevedo. Pero no es para pasado por alto el *Bernardo* de Balbuena, perteneciente á este mismo período; es uno de los dos ó tres poemas notables que hay en lengua castellana, escrito por el autor en el fervor de su juventud, y publicado en 1624 cuando su edad y su alta dignidad eclesiástica de que estaba revestido pudieron hacerle dudar si debia ó no aceptarlo como obra suya.

El argumento es el tan repetido y traqueteado de Bernardo del Carpio; pero Balbuena solo tomó de la tradicion los principales rasgos de la historia y fisonomía del héroe, y lo demás, entre su presentacion en la corte de Alfonso el Casto, su tio, y la muerte de Orlando en Roncesvalles, lo llenó con encantamientos, gigantes, viajes aéreos,

[26] «Primera parte de la Angélica», de Luis de Barahona de Soto, Granada, 1586, 4.º El ejemplar que tenemos á la vista contiene una licencia para reimprimir, dada en 15 de julio de 1805; pero este proyecto, como otros muchos relativos á la antigua literatura española, parece se frustró. En Sedano («Parnaso», t. II, p. 31) hay una noticia de Soto; pero para formar idea de él y de su carácter, lo mejor es una epístola en verso que le dirigió Cristóbal de Mesa («Rimas», 1611, fol. 200), algunas poesías de Sivestre (edic. 1599, folios 325, 333 y 334) y las noticias que de él da Cervantes en su «Galatea» y en el «Quijote» (parte I, cap. 6, y parte II, cap. 1), así como los hechos recogidos por los comentadores que ilustraron dichos pasajes. Jerónimo de Huerta, á la sazon mancebo de pocos años, publicó en Alcalá el año de 1588 su «Florando de Castilla, lauro de caballeros», en octava rima, llamándole poema heróico, aunque en verdad pertenece al género del Ariosto; habla de él Ant., Bibl. Nov., t I, p. 587; y Mayans, Cartas de varios autores, t. II, 1773, p. 36, pero no le hemos visto.

por mar y tierra, descripciones de países reales é imaginarios, aventuras tan extrañas como los caprichos del Ariosto; todo esto con tal vida y movimiento cual no se halla en ningun libro castellano de su especie. Tiene pinturas bellísimas y llenas de pompa y hermosura, dignas ciertamente del autor del *Siglo de oro* y de la *Grandeza mejicana;* algunos episodios son de grande interés y están oportunamente colocados; la disposicion del plan es épica y ajustada á las reglas del género, si es que puede haberlas para un poema como el *Orlando*; la versificacion casi siempre buena, fácil y flúida; cuando la materia lo exige es robusta, y entonada cuando el argumento se eleva. Tiene desgraciadamente un defecto capital, es tres veces mas largo que la *Iliada*, y estas dimensiones monstruosas fatigan y rinden; al leer el libro no tienen fin sus episodios, tan intrincados y mezclados unos con otros, que se pierde enteramente el hilo que los enlaza, y además el sin número de caractéres que juegan en la historia llega á tal punto, que los vemos pasar como otras tantas sombras, sin dejar mas rastro ni impresion que el recuerdo confuso de sus enmarañadas cuanto extrañas aventuras [27].

[27] «El Bernardo», poema heróico del doctor D. Bernardo de Balbuena, Madrid, 1624. 4.°, y 1808, tres tomos, 8.°, que tienen unos cuarenta y cinco mil versos. Quintana, en el t. II de sus poesías selectas «Musa épica» ha reducido el poema entero á una tercera parte con tan buen gusto como habilidad y tino.

CAPITULO XXVIII.

Poemas narrativos con argumentos tomados de la clásica antigüedad.— Boscan, Mendoza, Silvestre, Montemayor, Villegas, Perez, Cepeda, Góngora, Villamediana, Ribera y otros.— Poemas narrativos de varios asuntos.— Salas, Silveyra y Zárate.— Poemas burlescos. — Aldana, Villaviciosa y su Mosquea. — Poemas históricos. — Cortereal, Rufo, Vezilla Castellanos y otros.—Mesa, Cueva, el Pinciano, Mosquera, Barnuedo, Ferreira, Esquilache.—Pobreza de la poesía narrativa y heróica en asuntos nacionales.

Durante los siglos XVI y XVII hubo en España poca aficion á escoger para los poemas largos que entonces se usaban asuntos de la historia antigua y de la fábula, pero en cambio escribiéronse muchos cuentos ó poemas cortos mas interesantes y revestidos del color y espíritu de la poesía nacional. Fué uno de ellos *El Leandro*, de Boscan, composicion fácil, armoniosa y agradable, escrita en 1540 en unos tres mil versos sueltos. Siguióle de cerca D. Diego Hurtado de Mendoza, amigo de Boscan, escribiendo su *Adonis* y su *Hipomenes y Atalanta*, no ya en el verso suelto usado por Boscan, sino en octava rima y con menor éxito. *El Dafne y Apolo* y *El Píramo y Tisbe*, de Silvestre, ambos escritos en antiguas quintillas castellanas, pertenecen á la misma época; pero produjeron mal efecto, puesto que provocaron imitaciones como las fábulas de *Píramo y Tisbe*, de Montemayor y de Antonio de Villegas, ó la de *Dafne*, de Alonso Perez, in-

serta en el segundo libro de su continuacion de *La Diana*[1].

La tentativa ya mas formal de Romero de Cepeda en su *Destruycion de Troya*, publicada el año de 1582, no es mejor que las ya nombradas: tiene, sin embargo, el mérito de conservar mejor el espíritu nacional que ninguna de las anteriores, pues está escrita en coplas de diez versos, compuestas de dos quintillas unidas, fáciles y armoniosas, que recuerdan á menudo los romances y coplas antiguas, si bien por otra parte tiene el inconveniente de extenderse hasta diez cantos y tratar un asunto harto vulgar y conocido, con la única diferencia de presentar á Eneas (á quien parece que los poetas y cronistas españoles miraron siempre de mal ojo) como un traidor á su patria y cómplice de su ruina[2].

[1] «La historia de Leandro» ocupa gran parte del libro tercero de las obras de Boscan y Garcilaso en la edicion príncipe de 1543. El «Adonis» de D. Diego de Mendoza, poema mas corto de una mitad que el anterior y que aquel grande hombre de estado tenia, segun dicen, en sumo aprecio, se halla en sus «Obras», 1610, pp. 48-65. Los poemas de Silvestre citados en el texto y otros dos bastante parecidos, forman el libro segundo de sus «Obras», 1599. El «Píramo» de Montemayor en coplas de diez versos, ó sea dos quintillas unidas, está al fin de la «Diana», edic. de 1614. «El Píramo» de Antonio de Villegas se halla en su «Inventario», 1577, y está escrito en tercetos, género de verso que como todos los demás metros italianos el autor manejaba con bastante torpeza. «La Dafne» de Perez está en varios metros, y se lee mejor en la traduccion inglesa hecha por Bartolomé Yong que no en el original. Tambien pudiéramos añadir á los citados «El Píramo y Tisbe» de Castillejo («Obras», 1598, fol. 68), escrito agradablemente en el antiguo metro castellano á la sazon que su autor, de edad de veinte y ocho años, residia en Alemania, pero es una simple traduccion de Ovidio, y así no puede ser considerada como poema original.

[2] «Obras de Joaquin Romero de Cepeda», Sevilla, 1582, 4.º El poema se intitula «El infeliz Robo de Elena», reina de España, por Páris, infante troyano, del cual sucedió la sangrienta destruccion de Troya. Comienza «Ab ovo Ledæ», y prosigue con mas de dos mil versos hasta concluir con la muerte de seis mil troyanos; algunas poesías sueltas del mismo volúmen son en extremo agradables.

El poema de Manuel de Gallegos intitulado «Gigantomachia», y publicado en Lisboa en 1624, 4.º, es como el de Cepeda relativo á asunto clásico, pues refiere la guerra de los titanes contra los dioses. Su autor, caballero portugués, vivió mucho en Madrid, y fué grande amigo de Lope de Vega; escribió tambien para el teatro, y al fin volvió á su país natal, donde falleció en 1665. Su «Gigantomachia» consta de trescientas y cuarenta octavas, que

Este estilo natural y sencillo, conservado hasta los tiempos de Cepeda, desapareció completamente con la aparicion de Góngora; nada, en efecto, puede caracterizar tanto la extravagancia de aquel grande heresiarca poético como un poema suyo semi-lírico, semi-narrativo y enteramente absurdo y disparatado, que intituló *Fábulas de Polifemo*, y nada pinta mejor su escuela que las imitaciones varias de dicha obra, que á ejemplo suyo fueron tambien intituladas *Fábulas*. Tales fueron el *Faeton*, la *Dafne* y la *Europa*, de su admirador el conde de Villamediana; tales varios poemas de Anastasio Pantaleon de Ribera, y entre ellos su *Fábula de Eco*, que dedicó al mismo Góngora; la *Atalanta*, de Moncayo, poema heróico en doce cantos, publicado en tomo aparte, de sus obras, y la *Vénus* y *Adonis*, del mismo, intercalada en sus poesías sueltas; y tales, en fin, *El amor enamorado ó Psiquis y Cupido*, de Jacinto de Villalpando; la *Eurydice*, de Salazar, y otras del mismo género y con títulos análogos: obras todas de poco ó ningun mérito, publicadas desde que Góngora se dió á conocer hasta fines del siglo XVII[3].

Tambien salieron á luz en el mismo período varios poemas históricos á diferentes asuntos, aunque ninguno de ellos tiene gran valor literario. El primero de los que

forman cinco libros cortos, y está escrito, para el tiempo en que se compuso, con mucha pureza, aunque es cansado y fastidioso.

[3] Estos poemas se encuentran en las obras de sus respectivos autores, menos dos. El primero es «Atalanta y Hipomenes», por Moncayo, marqués de San Felices (Zaragoza, 1656, 4.°), en octavas y unos ocho mil versos, en que el autor logra introducir mucho de la historia de Aragon, su patria, y noticias de los literatos de su tiempo; y en el canto V una lista de las damas aragonesas que él admiraba, y que por cierto no son pocas. El otro es el «Amor enamorado», de Jacinto de Villalpando, que su autor publicó (Zaragoza, 1655, 12.°) bajo el pseudónimo de Fabio Climente; tambien en octavas como el anterior, aunque una mitad mas corto. Véase á Latassa, Bibl. Arag., t. III, p. 272.

habrémos de mencionar es el de *Los amantes de Teruel*, escrito por Juan Yagüe de Salas, y publicado en 1616 con muchas poesías laudatorias al frente, y entre ellas dos sonetos de Lope de Vega y de Cervantes. Su argumento es la muerte trágica de dos amantes fieles y constantes, que despues de repetidas y amargas pruebas, espiran casi simultáneamente víctimas de su mutua pasion; aventura sobre la cual, segun ya antes dijimos, Montalvan escribió una de sus mejores comedias. Intituló Yagüe su obra *Epopeya trágica*, abrazando en ella, no solo el triste caso de los amantes, que concluye realmente en el canto XXII, sino muchos sucesos de la historia de Aragon y toda la de Teruel, su ciudad natal, declarando que cuanto escribe es auténtico, y apelando en el prólogo al testimonio de las tradiciones universalmente recibidas por el vecindario de aquella ciudad, á la que habia servido primero en calidad de síndico, y despues como secretario de su ayuntamiento.

A pesar de esto, pusiéronse en duda algunos de los hechos consignados en su poema, por lo cual hubo de publicar en 1619 la copia de un documento que dijo haber hallado en el archivo de la ciudad, y que con fecha del año 1217 cuenta en minuciosa relacion la historia de los amantes, á la que el autor añadió el acta del descubrimiento é inhumacion de los cadáveres en la parroquia de San Pedro, el año de 1555. Parece que esta respuesta aquietó por entonces las dudas que se habian suscitados, y mucho tiempo despues los poetas y escritores dramáticos acudieron con toda libertad á un argumento eminentemente español, y en que el amor y la religion se enlazaban de un modo admirable, como suceso fuera de toda cuestion y duda; pero cuando en el año de 1806 se re-

cogieron y publicaron reunidos todos los hechos y documentos relativos á este asunto, resultó que todo ello era pura ficcion, fundada en una tradicion vaga, sobre la cual ya Andrés Rey de Artieda habia compuesto un drama insulso y pesado: tradicion que corria en vida de Yagüe, y á la que este, deseando lisonjear con ella á sus compatricios, dió forma diferente. En medio de todo hallábase tan arraigada en las creencias populares, que no fueron parte para conmoverla las investigaciones históricas de los anticuarios, y hoy es el dia en que aun acuden las gentes á visitar las reliquias de los amantes, custodiadas en el claustro de la parroquia de San Pedro, contemplándolas con devocion y fe, y mirándolas respetuosamente como un testimonio misterioso, trasmitido por el cielo á las futuras generaciones de la verdad y pureza de un cariño mas acendrado y firme que la muerte[1].

[1] «Los amantes de Teruel», epopeya trágica, con la restauracion de España por la parte de Sobrarbe y conquista del reino de Valencia, por Juan Yagüe de Salas. Valencia, 1616, 12.º La ultima parte trata principalmente de dos devotos frailes, llamados Fray Juan y Fr. Pedro, despues santos y patronos de Teruel, y de la conquista de Valencia por D. Jaime de Aragon. Inútil es decir que como poesía el libro es detestable. Las investigaciones históricas acerca del suceso de los amantes pueden verse en un folleto modesto, intitulado «Noticias históricas sobre los amantes de Teruel», por D. Isidoro de Antillon (Madrid, 1806, 18.º), respetable é ilustre profesor de historia y geografía en el seminario de Nobles de Madrid. (Latassa, Bibl. Arag., t. VI, p. 123.) Su lectura no deja duda alguna de que la historia fué pura ficcion de Juan de Yagüe y que está además forjada con mucha torpeza. Ford en su admirable «Manual del viajero en España» (Lóndres, 1845, p. 874), dice ser aun costumbre entre las gentes visitar el pretendido sepulcro de los dos amantes. Hállanse hoy dia en el claustro de la parroquia de San Pedro, adonde se trasladaron en 1809 de resultas de varias obras que fué preciso hacer en la iglesia misma, y están bastante estropeados, segun dice Antillon, á pesar de la opinion general que los supone incorruptos. La historia de los amantes de Teruel fué siempre argumento favorito de los poetas españoles, y en nuestros dias D. Juan Eugenio Hartzenbusch, insigne autor dramático, se ha servido de ella para su drama «Los amantes de Teruel». Tambien hay una novela anónima al mismo asunto, impresa en Valencia, 1838, dos tomos, 16.º En el prólogo á esta última se da á conocer un documento, hasta ahora inédito, apoyando los certificados y testimonios alegados por Yagüe; pero que, á nuestro modo de ver, en nada aumenta la probabilidad histórica del suceso.

La empresa que Lope acometió de rivalizar con el Tasso en su *Jerusalen conquistada* inspiró á otros poetas ambiciosos el deseo de seguir el mismo rumbo, lo cual produjo dos poemas, qué aun hoy dia no están del todo olvidados. Es el primero *El Macabeo*, de Miguel de Silveyra, caballero portugués, que despues de una larga residencia en Madrid, pasó á Nápoles en compañía del jefe de la gran casa de los Guzmanes, que iba de virey á aquella ciudad, en la que imprimió su poema, despues de veinte y dos años gastados en su composicion. El argumento es la restauracion de Jerusalen, por Judas Macabeo, el mismo que en un principio Tasso pensó tomar por asunto del suyo; pero Silveyra no tenia ni con mucho el ingenio del poeta italiano; logró sí llenar veinte cantos con octavas, pero á esto está reducida toda la semejanza entre uno y otro. Resiéntese además *El Macabeo* de estar escrito en el estilo falso y afectado de Góngora, y carece enteramente de vigor, interés y poesía.[5].

El otro poema contemporáneo de la misma clase es mejor, aunque tampoco corresponde á la dignidad del argumento, y no puede decirse que tuvo un buen éxito. Es obra de Francisco Lopez de Zárate, poeta muy estimado de D. Rodrigo Calderon, quien, con el título de marqués de Siete Iglesias, llegó á ocupar los primeros puestos del Estado en tiempo de Felipe III, y le nombró secretario suyo. Zárate, que era de condicion dulce, cuerdo y prudente, se dedicó en su juventud á la poesía, que luego en las horas de adversidad fué su regalo

[5] «El Macabeo», poema heróico de Miguel de Silveyra, Nápoles, 1638, 4.° Castro (Bibl., t. I, p. 626) hace á Silveyra judío converso, y Barbosa dice que murió en 1636; pero el privilegio para la impresion le supone vivo aun en 1638; á lo menos en este sentido se habla; todo indica que tenia formada una alta idea de su poema.

y su consuelo; en 1648 publicó el poema de *La invencion de la Cruz*, que, segun una indicacion de Cervantes en el *Persiles y Sigismunda*, comenzó treinta años antes, habiendo motivos fundados para sospechar que cuando le imprimió hacia ya veinte que le tenia concluido y obtenidas las licencias para su impresion; pero Zárate equivocó completamente la índole de su argumento. En vez de ceñirse á la piadosa tradicion de la emperatriz Elena y triunfo de Constantino contra el tirano Maxencio, confirmado históricamente, echó mano de una lucha imaginaria y poco interesante entre Constantino y un soñado rey de Persia en las márgenes del Eufrates, tejiendo así una composicion larga é inconexa, sin trabazon alguna entre sus diferentes partes, seca y monótona en general, desigual en la ejecucion, porque al paso que hay trozos llenos de sencillez y dignidad, hay otros de tan mal gusto como los que desfiguran *El Macabeo* de Silveyra y otras producciones de su especie[6].

Es digno de notarse que hubo siempre en la literatura española cierta tendencia á la parodia y á la caricatura, debida quizá á su misma pompa y majestad, prendas que llevadas al extremo, rayan casi siempre en el ridículo; á lo menos vemos que la parodia en España comienza casi al mismo tiempo que los romances primitivos, y que además gustó siempre mucho en el teatro, sin decir nada de las ficciones románticas burlescas, cuyo gran proto-

[6] «Poema heróico de la invencion de la Cruz», por F. Lopez de Zárate, Madrid, 1648, 4.°, en veinte y dos cantos y cuatrocientas páginas de octava rima. Los concilios infernales y otros muchos trozos manifiestan que es una imitacion del Tasso. Sedano («Parnaso», t. VIII, p. 24) da bastantes noticias del autor, pero es mas interesante la de Nic. Ant., quien al escribirla pagó sin duda un tributo á la amistad. Zárate murió en 1658 de edad de setenta años. («Seman. Pintor.», 1845, p. 82.)

tipo D. Quijote es y será el gran monumento de su gloria en todos tiempos y países [7].

Era, por consiguiente, muy del carácter nacional que á tal número de poemas narrativos de todos géneros y especies siguiesen algunos épico-burlescos, y aunque el número de estos no es considerable, manifiestan con todo un mérito igual cuando menos al de sus graves prototipos. El primero de que tenemos noticia se ha perdido enteramente. Escribióle á fines del siglo XVI Cosme de Aldana, caballero entretenido del condestable Velasco, gobernador entonces del Milanesado. Cuentan que el poeta lisonjeaba y adulaba continuamente al magnate con sus versos, hasta que por último, cansado este un dia, le dijo como riéndose: «Dejad ya la porfía, que sois un asno.» Sacar la espada no era lícito por ser tanto el deudo y la amistad; quedar sin resentirse era imposible; así pues, resolvió vengar crudamente aquel insulto hecho á su talento, y escribió y dió á la imprenta un poema de tres mil octavas, intitulado *La Asneida*, en que á cada paso motejaba de asno á su favorecedor. Pero apenas concluida la impresion, murió el desgraciado Aldana, y el Condestable mandó entregar al fuego todos los ejemplares; de suerte que es uno de los poquísimos libros que los curiosos desean ver, que despues de impresos han desaparecido enteramente [8].

[7] La parodia continua del héroe por el gracioso demuestra bien la tendencia del teatro español en este punto; pero hay además comedias enteramente burlescas, como la «Muerte de Baldovinos» al fin de las obras de Cáncer, 1651, que es una parodia de los romances antiguos y tradiciones de aquel paladin; y el «Caballero de Olmedo», comedia que siempre ha gustado mucho, escrita por D. Francisco Félix de Monteser; hállase en el «Mejor libro de las mejores comedias», Madrid, 1653, y es una parodia de la que con el mismo título escribió Lope de Vega. («Comedias», t. XXIV, Zaragoza, 1641.)

[8] Cosme fué editor de las poesías de su hermano Francisco de Aldana, en 1593. (Nic. Ant., Bibl. Nov., t. I, p. 256.) El mismo escribió algunas en italiano y publicó algo en Florencia por los años de 1578; pero el condestable

Tambien es algo misterioso el poema burlesco de que vamos ahora á tratar; intitúlase *Muerte, entierro y honras de Chrespina Marauzmana, gata de Juan Chrespo*, y se imprimió en Paris en 1604, con el nombre, al parecer supuesto, de «Cintio Meretisso». El primer canto refiere la muerte de Chrespina; el segundo el duelo y pésame dado por sus amigos y conocidos á las hijas de aquella, y el tercero y último describe las honras hechas á su memoria, y contiene además el sermon predicado en su funeral. Todo él está escrito en tono épico, y aunque la forma es grave, los detalles son extraños y burlescos; por ejemplo, cuando pinta á los hijos al rededor del lecho de su madre moribunda, entre otros consejos y encargos que esta les da, les dice con toda solemnidad los siguientes versos:

En la concavidad del tejadillo,
Hácia los paredones del Gallego,
Junto adonde moraba antaño el grillo,
En un rincon secreto, oscuro y ciego,
Escondidas debajo de un ladrillo
Están cinco sardinas, lo que os ruego
Como hermanos partais, y seais hermanos
En cuanto mas viniere á vuestras manos.
Hallaréis, item mas, amontonadas,
De gloria y fama prósperos deseos,
Alas y patas de aves mil tragadas,
De cuadrúpides, pieles y manteos,
Que nuestro padre allí dejó allegadas
Por victoriosas señas y trofeos;
Estas tened en mas que la comida,
Qu'el descanso, qu'el sueño y que la vida.

El poema es probablemente una sátira de algun suceso entonces muy conocido, y hoy dia ignorado del todo;

Velasco no pasó de virey á Milan hasta 1586 ó despues. (Salazar, «Dignidades», fol. 131.) La única noticia que tenemos de «La Asneida» se encuentra en «El Pasajero» de Figueroa, alivio III.

pero dejando aparte la explicacion de su orígen, es una de las mejores imitaciones de la poesía burlesca italiana, y tiene además el mérito de ser corta[9].

Mas conocida y muy superior al libro que acabamos de mencionar es *La Mosquea*, de Villaviciosa, eclesiástico rico, que nació en Sigüenza en 1589, y murió en Cuenca en 1658. *La Mosquea* es la guerra de las moscas y las hormigas; imprimióse en 1615, y es muy extraño que habiendo el autor vivido tantos años despues, ninguna otra muestra dejase del ingenio que indudablemente manifestó en este poema. Como ya se lo habrá figurado el lector, *La Mosquea* es una imitacion de *La Batrachomyomachia*, atribuida á Homero, y la tempestad del canto III está tomada con algunas variantes de la que se lee en el primer libro de *La Eneida*. Sin embargo, *La Mosquea* tiene toda la originalidad que puede exigirse de un poema de su clase: el plan está bien meditado, la distribucion de la materia es acertada, y á pesar de que se extiende hasta doce cantos, la curiosidad del lector se mantiene viva hasta el fin.

En medio de las festividades y alegrías de un torneo que se celebra en la capital del imperio de las moscas, estalla la guerra de resultas de haber las hormigas con notable engaño y falsedad resuelto aprovechar aquel momento para interrumpir ventajosamente la paz que por largo tiempo habia reinado entre aquellos dos pueblos rivales. Como en la *Iliada*, los dioses del paganis-

[9] «La muerte, entierro y honras de Chrespina Marauzmana, gata de Juan Chrespo, en tres cantos de octava rima, intitulados «La gaticida», compuesta por Cintio Meretisso, español. Paris, por Nicolo Molinero, 1604, 4.º, de cincuenta y dos páginas. Ignoramos absolutamente tanto el nombre del autor como la significacion de este rarísimo poema, que no cita ningun bibliógrafo, y del cual tan solo un ejemplar conocemos en poder de nuestro amigo D. P. de G. de Madrid.

mo intervienen en el asunto; los demás insectos figuran tambien como aliados del uno ú otro bando, imitando hasta en esto los poemas épicos formales; acuden al llamamiento los reyes y caudillos vecinos; una de las huestes tiene su Aquíles, y la otra su Eneas. Los caractéres de los principales personajes están trazados con mucha habilidad y maestría, y la catástrofe es una formidable batalla que llena los dos últimos cantos, y concluye con la derrota de las moscas y la muerte de su bizarro caudillo, víctima de su propia temeridad y arrojo. Los principales defectos del poema son el pedantismo que en él reina y su demasiada extension; sus méritos, la riqueza y variedad de las creaciones poéticas, la ingeniosa delicadeza y primor con que se describen hasta en los mas pequeños pormenores las varias condiciones de sus héroes insectos; y por último, el aspecto de verdad que presenta toda la composicion por la aparente gravedad de sus formas, á pesar de la intencion satírica que constantemente campea. Concluye acertadamente con el último suspiro del héroe principal [10].

En todo este período ningun poema burlesco siguió á *La Mosquea*, á no ser *La Gatomaquia* de Lope, que ambicioso de todo linaje de gloria literaria, trató este ramo como todos los demás de la literatura nacional; pero ya hemos hablado de esta obra como de una de las mas felices y mejor desempeñadas de aquel grande ingenio. Pasemos, por lo tanto, á los poemas verdaderamente he-

[10] La primera edicion de «La Mosquea» es de Cuenca, 1615, 8.°, impresa cuando el autor tenia veinte y seis años, y la tercera de Sancha, Madrid, 1777, 8.°, con una vida de su autor. De ella aparece que Villaviciosa fué empleado de la Inquisicion y que no solo hizo fortuna, sino que al otorgar su testamento encargó mucho á sus herederos que se mantuviesen siempre fieles al Santo Oficio. Véase la traduccion española de «Sismondi», Sevilla, 4.°, t. I, 1841, p. 354.

róicos consagrados á argumentos nacionales, los cuales prosiguieron con la misma abundancia y con la misma grave entonacion hasta mediados del siglo XVII, conservando siempre aquel carácter é índole nacional que ya hemos hecho notar en los relativos á Cárlos V y á sus hazañas.

El héroe favorito de la época inmediata fué D. Juan de Austria, hijo del Emperador, y cuyos grandes hechos de armas dieron materia y asunto á dos poemas notables que vamos á examinar[11]. Es el primero *La batalla de Lepanto*, que se publicó en 1578, el mismo año de la temprana muerte de D. Juan; su autor Cortereal fué un hidalgo portugués, distinguido por su nobleza y fortuna, que despues de haberse señalado en una expedicion á las costas de Africa y Asia contra los infieles en 1571, volvió á su patria cansado, y pasó los veinte años últimos de su vida dedicado á la poesía, á la mú-

[11] Los poetas de esta época pagaron todos su tributo de alabanzas y gloria á D. Juan de Austria; pero entre todas las obras escritas en elogio suyo, ninguna es tan curiosa como un poema latino dividido en dos libros y compuesto de unos mil ochocientos exámetros y pentámetros, obra de un negro traido en su niñez de Africa á España, y que á fuerza de aplicacion y estudio llegó á ser profesor de lengua griega y latina en el seminario de Granada; es el mismo á quien Cervantes alude en los versos que preceden al «Quijote», donde le llama «el negro Juan Latino. El tomo que contiene sus poesías latinas al nacimiento de D. Fernando, hijo de Felipe II, al papa Pio V, á D. Juan de Austria y á la ciudad de Granada consta de ciento sesenta páginas, en 4.º menor, y se imprimió en dicha ciudad. Es muy notable, no solo por su extraordinaria rareza, sino por ser una de las pruebas mas notables de las facultades intelectuales de la raza africana. Segun él mismo dice, fué traido de Etiopía á España como esclavo del duque de Sesa, nieto del Gran Capitan, quien por último le dió libertad. Sus versos son bastante buenos, y la excelencia á que llegó en este género hizo que le llamasen «Juan Latino», título tambien de una comedia que trata de él, escrita, si no nos es infiel la memoria, por Lope de Enciso. Casó muy bien con una señora granadina, que se enamoró de él, como Eloisa de Abelardo, mientras la daba lecciones; y despues de su muerte, ocurrida en 1573, su esposa é hijos consagraron á su memoria un monumento que se colocó en la iglesia parroquial de Santa Ana de aquella ciudad, y al cual se puso un epitafio llamándole «Filius Æthiopum, prolesque nigerrima patrum». (Nic. Ant., Bibl. Nov., t. I. p. 716. «Don Quijote», edic. de Clemencin, t. I, p. 60, nota.)

sica y á la pintura, en Evora, donde falleció hácia el año 1593.

En esta ciudad y en medio de las románticas y seductoras perspectivas de sus alrededores, al terminar pacíficamente el curso de su vida agitada y tormentosa, Cortereal escribió tres largos poemas, dos en portugués, que al momento fueron traducidos al castellano y publicados, y otro en esta lengua, intitulado *Felicísima victoria concedida del cielo al Sr. D. Juan d'Austria en el golfo de Lepanto, contra la poderosa armada otomana.* Consta este último de quince cantos en verso suelto, y está dedicado á Felipe II, quien, contra su costumbre, agradeció el servicio y correspondió á él con una carta muy lisonjera. El poema comienza con un sueño del Gran Señor, que se supone le trae de las regiones infernales la Diosa de la guerra, incitándole á que acometa á los cristianos; pero excepto este trozo y algunos otros pasajes incidentales en que el autor se vale de semejantes recursos épicos, el poema se reduce á una relacion monótona y pesada de aquella guerra, y concluye con el célebre combate naval que le da nombre, y ocupa los últimos tres cantos[12].

El otro poema relativo á D. Juan de Austria está

[12] «Felicísima victoria concedida del cielo al Sr. D. Juan d'Austria, etc. Compuesta por Jerónimo de Cortereal, caballero portugués», s. l., 1578, 8.°, con grabados en madera muy curiosos, é impresa probablemente en Lisboa. (Barbosa, vida. t. II, p. 495.) Su «Suceso do segundo cerco de Diu», en veinte y un cantos, sobre la defensa de aquella plaza en la India Oriental en 1546, se publicó en 1574, y fué traducido al español por el famoso poeta Pedro de Padilla en 1597. Su «Naufragio y lastimoso suceso da perdiçaõ de Manuel de Souza de Sepúlveda» (Lisboa, 1594), en diez y siete cantos, fué tambien traducido al castellano por Francisco de Contreras con el título de «Nave trágica de la India de Portugal», 1624. Este Manuel de Souza, que desempeñó un cargo muy distinguido en la India portuguesa, y naufragó miserablemente en 1553 en el cabo de Buena Esperanza cuando volvia á su patria, tenia relaciones de parentesco con Cortereal. (Dénis, «Chroniques», t. II, p. 79.)

consagrado, si cabe, aun con mas intencion y solemnidad á su memoria. Escribióle Juan Rufo Gutierrez, jurado de Córdoba, sugeto muy conocido en aquella ciudad, y expresamente enviado por ella para asistir al Príncipe, en cuyo servicio siguió despues hasta su muerte. Segun él mismo dice, D. Juan le encargó que escribiese su historia, y le facilitó los materiales y noticias para llevar á cabo esta empresa. El resultado despues de diez años de asiduo trabajo fué un extenso poema histórico, que con el título de *La Austriada* imprimió en 1584. En los primeros cuatro cantos trata de la rebelion de los moriscos en las Alpujarras; en los siguientes, y con motivo del nombramiento de D. Juan para general del ejército encargado de sujetarlos, refiere su nacimiento y educacion, y luego continúa contando sus aventuras y vida, hasta que en el canto XXIV concluye con la batalla de Lepanto, ofreciendo proseguirla mas adelante.

Terminado el poema, lo cual fué despues de la muerte de D. Juan, á cuyas glorias está dedicado, la ciudad de Córdoba y las Cortes del reino, en carta separada, suplicaron á Felipe II tomase bajo su proteccion al autor de un libro que, segun á ellos parecia, habia de durar muchos siglos. El monarca recibió la obra favorablemente y concedió al autor una ayuda de costa de quinientos ducados, mirándola quizá con secreta satisfaccion como el monumento fúnebre levantado á la memoria de un hombre cuya carrera demasiado brillante disminuia en cierto modo el sentimiento de su pérdida. Con tan insigne amparo, *La Austriada* se imprimió tres veces, pero su mérito intrínseco es escaso, y solo se distingue por la hábil construccion de las octavas y por algunos detalles his-

tóricos bastante animados, prendas, sin embargo, que no la salvaron del olvido en que hoy dia yace [13].

Existen, ó al menos existian en el siglo XVI, en las inmediaciones de Leon tres inscripciones romanas incompletas, grabadas en la peña viva; dos de ellas relativas á un español, llamado Curieno, que resistió con éxito á las armas imperiales durante el reinado de Domiciano, y la tercera á Polma, dama española, cuyo casamiento con su amante Canioseco recuerda aquel monumento de una manera bastante singular. Sobre estas dos antiguallas, Pedro de la Vezilla Castellanos, natural del país donde se encontraron, fraguó un poema romántico en veinte y tres cantos, intitulado *El Leon de España*, que publicó en 1586.

Su principal argumento, sin embargo, sobre todo en los últimos quince cantos, es el tributo de las cien doncellas que el usurpador Mauregato se obligó á pagar anualmente á los moros, y que negó despues D. Ramiro ayudado por el ínclito apóstol Santiago. El poeta, pues, recorre con notable precipitacion el período de Domiciano y el de las guerras de D. Pelayo y sus sucesores, apuntando de vez en cuando algunas ligeras especies de la historia cristiana, y concluyendo en el canto XXIX con la parte relativa al tributo, aunque sin llegar por eso al

[13] «La Austriada» de Juan Rufo, jurado de la ciudad de Córdoba, Madrid, 1584, 8.º, fol. 447. Hay otras dos ediciones de 1585 y 1587, y Cervantes la elogia de un modo extravagante en un soneto laudatorio y en el «Escrutinio de la librería del Hidalgo manchego». Cuando Rufo se presentó á Felipe II, que seria sin duda al ofrecerle su poema y dedicatoria, dice que por mas preparado y dispuesto que iba, perdió su serenidad y presencia de espíritu al ver el rostro severo del monarca. (Baltasar Porreño «Dichos y hechos de Felipe II», Bruselas, 1666, 12.º, p 39.) La mejor obra de Rufo es la carta á su hijo, que está al fin de sus «Apotegmas». Este hijo, llamado Luis, se distinguió despues en Roma por su excelencia en la pintura, y adquirió nombre como artista de gran mérito.

objeto final que se habia propuesto. Es con todo bastante largo: tiene trozos, como los de la ficcion romana, bastante agradables; pero el resto del poema manifiesta hasta la evidencia que Castellanos no era, como él mismo dice en su prólogo, mas que «un humilde historiador poético ó poeta histórico, imitador y aprendiz de aquellos que han usado de su poesía para escrebir cosas memorables que enciendan los ánimos de los suyos y los levanten al cristiano culto y reverencia de los santos, y al honroso ejercicio de las armas, á la defensa de su santa ley y al leal servicio de su rey». Si puede decirse que su obra tiene algun objeto, es pura y simplemente la historia de la ciudad de Leon [14].

En los cuatro años siguientes á la publicacion del *Leon de España* encontramos nada menos que tres poemas, fundados tambien en argumentos de la historia nacional: el uno es de Miguel Giner, sobre el cerco de Ambéres, por Alejandro Farnesio, sucesor del desgraciado D. Juan de Austria en el mando de los ejércitos españoles en Flándes; otro en veinte y un cantos de Duarte ó Eduardo Diaz, portugués, sobre la toma de Granada por los Reyes Católicos; y el tercero de Lorenzo de Zamora, sobre la historia de Sagunto y su sitio por Aníbal, en el cual, conservando los principales hechos históricos que le sirven de base, su autor ingirió lances de amor, torneos

[14] Primera y segunda parte del «Leon de España», por Pedro de la Vecilla Castellanos, Salamanca, 1586, 8.°, fol. 309. Algun fundamento debe haber para la especie del tributo de las cien doncellas, pues el autor de la «Crónica general» (parte III, cap. 8) manifiesta cierta repugnancia á hablar de un hecho tan poco honroso para su patria. Mariana le admite como indudable, y lo mismo Lobera en sus «Grandezas de Leon», etc. (Valladolid, 1596, 4.°, parte II, cap. 24.) Este último lo pone fuera de toda duda. La ciudad de Leon se suele llamar todavía «Leon de España» como en el poema de Vezilla Castellanos, para distinguirse de la ciudad del mismo nombre en Francia.

y aventuras propias únicamente de los tiempos de la andante caballería. Considerados en conjunto sirven para probar cuán vehemente fué siempre la aficion que en España hubo á los poemas narrativos históricos, pues se ve que en tan corto tiempo se produjeron nada menos que tres obras de esta clase [15].

A igual resultado llegarémos con citar á Cristóbal de Mesa, que desde 1594 hasta 1612 publicó por sí solo tres poemas heróicos, si cabe mas nacionales aun que los anteriores. Versa el primero sobre la piadosa tradicion de que el cuerpo del apóstol Santiago, despues de su martirio en Jerusalen, fué milagrosamente conducido á España y depositado en Compostela, donde desde entonces es venerado como patrono y defensor del reino; el segundo sobre Pelayo y la restauracion de España en la batalla de Covadonga; y el tercero sobre la victoria de las Navas de Tolosa, que quebrantó el poder musulman y aseguró la emancipacion de toda la Península; todos tres, así como sus traducciones de la *Enéida* y las *Geórgicas* que publicó mas tarde, están escritos en octavas y dedicados á Felipe III.

Poco es lo que de su autor sabemos y reducido á lo que él mismo dice de sí en sus agradables epístolas en verso, y especialmente en dos dirigidas al conde de Lemos, y una al de Castro; por ellas sabemos que en su juventud

[15] «Sitio y toma de Ambéres», por Miguel de Giner, Zaragoza, 1587, 8.º —«La conquista que hicieron los Reyes Católicos en Granada», por Duarte Diaz, 1590, 8.º Barbosa, t. I, página 730: además Diaz, que sirvió largo tiempo en el ejército español y escribia bien el castellano, publicó en 1592 un tomo de versos en ambas lenguas. — «De la historia de Sagunto, Numancia y Cartago», compuesta por Lorenzo de Zamora, natural de Ocaña, Alcalá, 1589, 4.º, diez y nueve cantos en octavas, que ocupan 500 páginas; acaba de repente, y ofrece continuar. El autor dice que lo escribió á los diez y ocho años, y como vivió hasta edad muy avanzada y murió en 1614 despues de haber impreso algunos libros ascéticos, es de presumir que no concluyese su poema. (Nic. Ant., Bibl. Nov., t. II, p. 11.)

estudió con Fernando de Herrera y Luis Barahona de Soto, que despues asistió á las lecciones de Francisco Sanchez, llamado el Brocense, insigne humanista de aquellos tiempos, que vivió cinco años en Italia, donde fué muy amigo del Tasso, y que desde entonces siguió la escuela italiana en la poesía española, á la cual se ve por sus obras que tuvo siempre grande inclinacion. Pero á pesar de sus esfuerzos, que no fueron pocos, gozó de escaso favor. El conde de Lemos no quiso llevarle á Nápoles en su comitiva literaria, y el Rey tampoco hizo caso de sus largos poemas, que en verdad no eran mejores que los demás que salian continuamente á luz solicitando en tropel las gracias y mercedes del Monarca [16].

Siguió los pasos de Mesa Juan de la Cueva, imprimiendo en 1603 su *Conquista de la Bética*, poema heróico en veinte y cuatro cantos, sobre la toma de Sevilla por S. Fernando: el argumento es bueno, y no lo es me-

[16] «Las Navas de Tolosa», treinta cantos, Madrid, 1594, 8.º — «La Restauracion de España», diez cantos, Madrid, 1607, 8.º — «El Patron de España» seis libros, Madrid, 1611, 8.º, con algunas poesías. El ejemplar de este último que tenemos á la vista es una prueba de la costumbre que hubo siempre en España de imprimir portadas nuevas de libros con fecha antigua. M. Southey, á quien perteneció este ejemplar, puso en él una nota manifestando su extrañeza de que la última mitad del libro fuese de 1611, siendo la primera de 1612; pero esto consiste en que la portada de «las rimas» está á la p. 94 en medio de una hoja, y esta no era posible mudarla como la portada del «Patron de España» que da principio al libro. Las traducciones de Mesa son posteriores: la de la «Enéida», Madrid, 1615, 12.º, y la de las «Eglogas» con algunas otras poesías, y la pobrísima tragedia de «El Pompeyo» Madrid, 1618, 8.º Parécenos que en estas dos traducciones el uso de la octava fatiga, y además desdice de la índole del original, si bien no disgusta la alternativa de este metro con los tercetos, como se observa en la traduccion de las «Metamorfosis» de Ovidio hecha por el licenciado Viana, portugués, é impresas en Valladolid en 1589; que es una de las mejores que se hicieron en el siglo de oro de la literatura española. — «La Iliada», que tambien dicen tradujo Mesa, nunca se ha impreso. En una de sus epístolas (rimas 1611, fol. 201) dice que comenzó la carrera de leyes, y en otra (fol. 205) que aunque era extremeño, le gustaba mas vivir en Castilla. Alude en muchos pasajes á su pobreza y desamparo, y en un soneto inserto en la última obra que publicó (1618, fol. 113) se ve su espíritu abatido y quebrantado, pues adula al conde de Lemos, con quien antes estuvo reñido por no haberle querido llevar consigo á Italia.

nos su héroe, que resulta ser el mismo Rey; pero el poema es muy débil, pesado, poco interesante en el plan, y pobre en la ejecucion. Cueva tomó sus materiales de la antigua Crónica general, escrita por el hijo del rey Santo, pero no supo disponerlos bien y reducirlos, como lo intentó, á la forma de la *Jerusalen*, del Tasso. En efecto, sus fuerzas no alcanzaban á tanto. Lo mejor de su obra es la pintura del carácter de Tarfira, personaje imitado de la Clorinda, del poeta italiano; pero el episodio en que esta figura como heroina tiene graves defectos, y está además demasiado enlazado con el asunto principal. En medio de todo el plan general del poema es mas sencillo en su marcha y mas épico en su estructura que la mayor parte de los de su clase, y la versificacion, aunque descuidada, es flúida y generalmente armoniosa [17].

Un médico y literato de Valladolid, llamado Alonso Lopez, mas conocido con el nombre de «el Pinciano» por el nombre romano de su patria, escribió en su juventud un poema sobre Pelayo, pero no le publicó hasta el año de 1605, siendo ya viejo. Supone que Lucifer engaña con un sueño á Pelayo, persuadiéndole á que haga un viaje á Tierra Santa, y llegado allí, le desengaña con otro sueño, y le hace volver á dar libertad á su patria. Este último es en realidad el objeto del poema, que tiene bastantes episodios y el suficiente artificio para explicar toda la historia de España hasta los tiempos de Felipe III, á quien la obra está dedicada. Es largo

[17] «Conquista de la Bética», poema heróico de Juan de la Cueva, 1603, reimpreso en los tom. XIV y XV de la coleccion de D. Ramon Fernandez (Madrid, 1795), con un prólogo muy bueno, que presumimos sea de Quintana. — En la traduccion española del Sismondi, t. I, p. 285, se dan noticias de Juan de la Cueva, añadiendo que existen muchas obras suyas inéditas en la librería del conde del Aguila en Sevilla. (Sem. Pint. 1846, p. 250.)

como los demás de su clase, y aunque anunciado con muchas pretensiones y como obra de un profesor eminente y clásico, muestra poca destreza en la versificacion, y es uno de los poemas mas fastidiosos que hay en lengua castellana[18].

Otros dos iguales salieron á luz en 1612; el primero es *La Numantina*, que trata del cerco de aquella famosa ciudad, y la historia de Soria, situada cerca del sitio donde aquella estuvo. Su autor D. Francisco Mosquera de Barnuevo, de una familia ilustre y antigua de dicha ciudad, no solo escribió este poema en quince cantos en honor del pueblo donde nació, sino que le añadió una historia en prosa y en forma de comentario, en que refiere todo lo relativo á Soria, sin olvidarse de la casa de los Barnuevos. Es un monumento singular de pedantería; y el recurso de que el autor se vale, haciendo que la Europa hable con Nemesis, y la antigüedad dé lecciones al poeta, parece un trozo de los autos ó misterios antiguos, y de todo tiene menos de poético. El otro poema á que nos referimos es de un portugués llamado Vasconcellos, quien tuvo un mando importante, y peleó con valor por la independencia de su patria, á pesar de lo cual escribió en castellano, y con estilo puro y castizo, un poema en diez y siete cantos sobre la expulsion de los moriscos, á juzgar por su título, aunque en realidad trata mas bien de la historia de la Península des-

[18] «El Pelayo del Pinciano», Madrid, 1605, 8.°, veinte cantos, que ocupan unas 600 páginas, y al fin una pobre imitacion del Tasso, pretendiendo dar un sentido alegórico á toda la obra. En Nic. Ant. hallamos mencionada «La Iberiada, de los hechos de Scipion Africano», por Gaspar Savariego de Santa Anna, Valladolid, 1603, 8.° Nunca la hemos visto. — «La Patrona de Madrid restituida», por Salas Barbadillo, poema heróico en honra de nuestra Señora de Atocha, impreso en 1608, y reimpreso en Madrid, 1750, 8.°; obra de escasísimo valor y que casi no merece la pena de citarse.

de la primera invasion de los árabes hasta el destierro de sus odiados descendientes, ordenado y dispuesto por Felipe III. Pero nadie se acuerda hoy dia de estos poemas, ni ellos lo merecen [19].

En este punto empiezan á escasear los poemas narrativos, de forma mas ó menos épica, dedicados á cantar las glorias españolas, circunstancia notable y que en parte pudo ser debida al triunfo que Lope de Vega alcanzó, dando tal brillantez é importancia al drama nacional; sin embargo, en los treinta años siguientes hay tres nuevas tentativas, de las cuales es forzoso decir algo.

La primera, obra de una dama portuguesa, D.ª Bernarda Ferreyra, se intitula *España libertada*. Es un poema fastidiosísimo, dividido en dos partes, de las cuales la primera se publicó en 1618 y la segunda en 1673, mucho tiempo despues de la muerte de su autora. Mas que poesía es una crónica rimada, con la singularidad de que la primera parte tiene puestas las fechas con la mayor regularidad, y está sin duda escrito con el objeto de recorrer el vasto campo de la historia de España desde la aparicion de Pelayo hasta la conquista de Granada, período de siete siglos, aunque solo llega al reinado de D. Alonso el Sabio.

[19] «La Numantina» del licenciado D. Francisco Mosquera de Barnuevo, etc., Sevilla, 1612, 4.º, dice ser fruto de su juventud, impreso cuando ya tenia canas; aunque su autor no manifiesta el juicio y cordura de la edad madura.

«La liga deshecha por la expulsion de los moriscos de los reinos de España». Madrid, 1612, 8.º, se imprimió por consiguiente mucho antes que Vasconcellos riñese con los españoles, y contiene elogios de Felipe III, á quien probablemente el autor veria despues con disgusto (Barbosa, t. II, p. 701); el poema consta de mil doscientas octavas.

«La España defendida», por Cristóbal Suarez de Figueroa, Madrid, 1612, 4.º, y Nápoles, 1644, corresponde al mismo año, es decir, que en solo él vieron la luz pública tres poemas heróicos.

La segunda es el mayor absurdo de su clase que presenta la historia literaria: escribióla D. Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de la Roca, durante mucho tiempo embajador de España en Venecia, y autor de un discreto y excelente tratado en prosa, intitulado *El Embajador*. Comenzó tambien á traducir la *Jerusalen libertada;* pero cuando se disponia á darla la última mano é imprimirla, mudó de plan, y aprovechando la historia, el ornato poético, y en fin cuanto tenia trabajado, lo acomodó á *La conquista de Sevilla por S. Fernando*. La trasformacion es tan completa como cualquiera de las de Ovidio, pero seguramente sin tener su gracia y atractivo; nótase principalmente en el segundo libro, donde el bellísimo y tierno episodio de Olindo y Sofronia del Tasso está disfrazado en el correspondiente de Leocadia y Galindo; para hacerlo todo mas grotesco y darle el aspecto de una caricatura llena de gravedad, el poema español está escrito en antiguas redondillas castellanas, que llenan hasta veinte cantos, número exactamente igual á los de la *Jerusalen libertada*.

La última tentativa de las tres que vamos examinando, y la última tambien de este período que sea digna de mencion, es la *Nápoles recuperada*, del príncipe de Esquilache, que aunque escrita bastante tiempo antes, corresponde por su impresion al año 1651. Trata, como lo dice su título, de la conquista de Nápoles á mediados del siglo xv, por D. Alonso V de Aragon, monarca verdaderamente grande, de quien el autor se preciaba ser descendiente.

Pero el poema no corresponde á su argumento; esfuérzase el poeta en hacerle constar del mismo número de libros que *La Enéida*, en no adulterar la verdad

histórica, y en una palabra, en que los episodios, estructura, estilo, formas y disposicion de la fábula se ajusten rigurosamente á los mejores modelos épicos; hasta quiso, segun él mismo lo dice, presentarle al público revestido de la sancion real, todo lo cual no impide que sea malo. Anúncianse ya en él, aunque oscuramente, algunas de las doctrinas severas y mezquinas de la literatura española del siguiente siglo, y está escrito con una versificacion tan aliñada, que esto mismo le quita todo su atractivo; de modo que el último de los poemas españoles de este género es, si no el mas extravagante, al menos el mas pesado, descolorido y desnudo de interés[20].

Al terminar nuestro exámen de esta notabilísima serie de poemas españoles narrativos y heróicos, merece tomarse en cuenta la desmedida aficion que por tanto tiempo hubo á ellos, y considerar cómo conservaron

[20] «España libertada», parte I, por D.ª Bernarda Ferreyra de La Cerda, dirigida al Católico rey de las Españas D. Felipe tercero de este nombre, nuestro señor. (Lisboa, 1618, 4.º) Este poema fué sin duda un cumplimiento á los usurpadores españoles, y bajo este aspecto hace poco honor á su autora como bajo el poético. Su hija publicó la segunda parte. (Lisboa, 1673, 4.º) Bernarda de La Cerda fué dama ilustre y sabia. Lope de Vega, que la dedicó su égloga intitulada «Filis» («Obras sueltas», t. X, p. 193), la alaba por su talento y pureza en escribir la lengua latina; publicó un tomo de versos portugueses, españoles é italianos en 1634, y murió en 1644.

«El Fernando ó Sevilla restaurada, poema heróico, escrito con los versos de la «Gerusalemme liberata», etc., por D. Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de la Roca», etc., Milan, 1632, 4.º, pp. 654; murió en 1658.

«Nápoles recuperada por el rey Don Alonso», poema heróico de D. Francisco de Borja, príncipe de Esquilache, Zaragoza, 1651. Ambéres, 1658, 4.º Cuando hablemos de la poesía lírica española, en que fué mas feliz que en la épica, darémos noticias de la vida aventurera pero noble y honrosa de su autor.

Despues de estos poemas y de los anteriores todavía salieron á luz otros dos ó tres con el título de épicos y heróicos, aunque apenas merecen nombrarse. Uno de los mas desatinados es el «Orfeo militar» en dos partes, de Juan de la Victoria Ovando: la primera comienza con el cerco de Viena por los turcos, y la segunda con el de Buda. Ambas se imprimieron en Málaga (1688, 4.º), donde su autor ejercia un cargo militar; pero dudamos mucho que su obra tuviese muchos lectores fuera del pueblo en que se imprimió.

hasta el último momento aquellos nobles sentimientos de grandeza nacional á que deben su orígen. Durante un siglo entero, y en el espacio que llenan los reinados de los tres Felipes, brotaban continuamente de la prensa y eran recibidos y acogidos del público con un favor y entusiasmo, si no ya tan grande, al menos del mismo género que el que gozaron los libros de caballerías, á quienes reemplazaron. Esto, aunque extravagante y extraño, no era sino muy natural: la mayor parte de estos poemas épicos, si tal nombre puede dárseles, estaban fundados en los rasgos mas nobles y generosos del carácter castellano, y si este hubiera ganado en dignidad y elevacion bajo el reinado de los tres Felipes, como sucedió en el de los Reyes Católicos, á buen seguro que la poesía asentada sobre tal base hubiera producido frutos dignos de ser puestos en parangon con los que á la sazon presentaban la Italia y la Inglaterra. Por desgracia no sucedió así: los poemas narrativos españoles consagrados á celebrar las glorias patrias se compusieron cuando el espíritu público declinaba visiblemente, y como eran y son en todas partes el resultado de los principales elementos que constituyen este mismo espíritu, y en España mas que en ninguna otra nacion, la caida de la poesía fué mas precipitada y lastimosa.

En vano, pues, ostentan hasta lo último la identidad de opiniones y sentimientos que les dió el ser; es mas apariencia que otra cosa, y les falta la verdad y la vida. Campea, es cierto, en todos ellos un patriotismo orgulloso, tan exclusivo é intolerante en tiempo del mas débil de los Felipes, como á la sazon que Cárlos V empuñaba el cetro de la mitad de Europa; pero á poco que se reflexione, se verá que este patriotismo degenera en

una preocupacion injusta y sombría por todo lo nacional; preocupacion que impedia á los poetas el dirigir la vista al otro lado del Pirineo y contemplar el resto del mundo. De haberlo hecho así, hubieran visto desvanecerse sus sueños dorados de dominacion universal, y crecer y levantarse otros pueblos que iban cobrando fuerzas y poder á medida que ellos los perdian. Obsérvanse asimismo en todas estas tentativas épicas aquellos rasgos característicos que distinguen la lealtad española, tan osada, turbulenta é invasora contra toda especie de autoridad que no sea la suprema, como fiel y sumisa á esta; pero esta lealtad, si bien impregnada aun en las ideas de gloria militar, habia ya perdido una parte de su exquisita sensibilidad y caballeroso pundonor. Por último, aunque en todos llama la atencion aquel profundo sentimiento religioso, heredado de las épocas de lucha con los infieles invasores, preséntase ya mezclado con el orgullo y arrogancia de las pasiones mundanas y sometido con fe ciega y devocion supersticiosa á un fanatismo, cuyos decretos fueron firmados con sangre. Esta multitud, pues, de poemas heróicos españoles, resultado de los elementos del carácter nacional en su decadencia, lleva naturalmente impreso el sello de su orígen. En vez de elevarse con el ardiente entusiasmo del verdadero patriotismo, de la lealtad generosa y de la religion ilustrada á la altura á que pretendian subir, caen miserablemente y degeneran, con muy pocas excepciones, en simples crónicas rimadas, que fatigan y cansan la atencion, y en las que hasta las mismas glorias nacionales dejan de excitar aquel interés que siempre inspira la relacion animada y pintoresca de sucesos verdaderos, sin por eso ganar nada en genio poético.

CAPITULO XXIX.

Poesía lírica.— Su estado desde los tiempos de Boscan y Garcilaso de la Vega.— Lomas, Cantoral, Figueroa, Espinel, Montemayor, Barahona de Soto, Rufo, Damian de Vegas, Padilla, Maldonado, Luis de Leon, Fernando de Herrera y su lenguaje poético.— Coleccion de Espinosa, Manuel, Mesa, Ledesma y los conceptistas.— El culteranismo y mal gusto reinante á la sazon en otros paises.— Góngora y sus discípulos, Villamediana, Paravicino, Roca y Serna, Antonio de Vega, Pantaleon, Violante do Céo, Melo, Moncayo, Latorre, Vergara, Rozas, Ulloa y Salazar.— Predominio y extension de la escuela de Góngora.—Esfuerzos de Lope de Vega, Quevedo y otros contra ella.— Medrano, Alcazar, Arguijo y Balvas Barona.

Desde su cuna manifiesta la poesía española una tendencia decididamente lírica: líricos son, en efecto, muchos de los antiguos romances, así como algunas canciones, al parecer de época tan remota como aquellos; género exclusivamente nacional, y producto de tiempos apartados y rudos, en que las relaciones de España con otros pueblos extranjeros no eran de tal naturaleza que aumentasen su civilizacion y cultura. Algo mas tarde los trovadores provenzales comunicaban de vez en cuando á los poetas de Castilla sus metros y manera poética, y ya hicimos ver en otro lugar de qué manera ambos elementos se fueron amoldando al influjo del gusto dominante en las diferentes cortes de la Península, hasta la reunion de todos sus reinos bajo Fernando é Isabel.

Pero desde la época inmediata, que fué la de Boscan y Garcilaso, aparece ya en la lírica española un elemento nuevo; porque en ella se percibe, no solo la forma, sino el espíritu de la italiana, á la sazon cultivada con

mas éxito, de tal manera, que no permite poner en duda su influencia y su triunfo decisivo. Era con todo tan diversa la índole de estos pueblos, que la poesía española no se acomodó á los modelos italianos á la primera tentativa; antes bien se formaron dos partidos, que despues de la primera batalla, en que el festivo Castillejo se distinguió, si no como el mas notable, al menos como el primero entre los que resistian semejante union y amalgama, han seguido despues rumbo opuesto, marchando á la par y uno al lado de otro, aunque constantemente separados, hasta nuestros dias.

A fines del siglo XVI duraba aun la influencia de aquella poesía, que desde los tiempos de Juan II llenaba los cancioneros: las obras de Rivero, Costana, Heredia, Garci Sanchez de Badajoz y otros poetas de su tiempo se seguian leyendo, si no ya con la admiracion y entusiasmo que antes habian excitado, al menos con predileccion marcada; pero entre tanto avanzaba con rapidez la reforma que debia acabar con la escuela á que estos poetas pertenecian, reforma que si no fué la mas oportuna para la poesía lírica española, fué al menos inevitable por el triunfo brillante de Garcilaso y las circunstancias especiales que le acompañaron [1].

Uno de los que mas contribuyeron á este cambio total fué Hierónimo de Lomas Cantoral, quien en 1578 publicó un tomo de poesías, en cuyo prólogo dijo resueltamente que la España no habia producido otro poeta digno de este nombre mas que Garcilaso de la Vega, autor, añade, formado sobre los modelos italianos, y cuyas huellas se habia él propuesto seguir, aunque muy de

[1] Véase lo que ya antes dijimos al hablar de Acuña, Cetina, Silvestre, etc.

léjos y humildemente[2]. El mismo camino, aunque con mejores resultados, siguió otro poeta lírico de la misma época, llamado Francisco de Figueroa, tan ilustre caballero como bizarro soldado, cuyos pocos versos castellanos figuran con aprecio entre lo mas selecto de la literatura de su patria, pero que vivió largo tiempo en Italia, y se dedicó tan asiduamente á la lengua de aquel país, que versificaba en ella con igual facilidad y pureza que en castellano[3]. A estos debemos añadir Vicente Espinel, inventor de las décimas llamadas *espinelas*, ó á lo menos primer poeta que restableció su uso ya olvidado, quien en un tomo de versos, publicado en 1591, distingue las formas italianas, prefiriéndolas á las españolas, á pesar de que en el escaso uso que de estas hace se luce mas que en aquellas[4].

A pesar de estos esfuerzos de Cantoral, Figueroa y Espinel, aun no se habia generalizado del todo la tendencia á seguir los pasos de los grandes maestros de la Italia; en efecto, estos eran casos aislados, como se advierte por un hecho muy notable en este punto. Montemayor, en su *Diana*, se declara imitador del Sannázaro, y sin embargo, tanto entre las poesías que intercaló en

[2] «Obras poéticas de Hierónimo de Lomas Cantoral», Madrid, 1578, 8.° Comienzan con una traduccion de Luis Tansilo, y la parte lírica de los tres libros en que están divididas es á la manera italiana; el resto es mas nacional y castellano en sus formas.

[3] Figueroa, nacido en 1540, y muerto en 1620, llamado el Divino, fué quizá mas conocido y admirado en Italia, donde pasó la mayor parte de su vida, que en España; pero al fin murió lleno de honores en su patria Alcalá. Sus poesías son del año 1572, desde cuya fecha corrieron manuscritas y sin imprimirse hasta el año de 1626, que las publicó en Lisboa, en un tomito, Luis Tribaldos de Toledo, cronista del reino de Portugal. Tambien se incluyeron en la coleccion de Fernandez, y son mas notables por la delicadeza y correccion del verso que por su nervio y vigor.

[4] «Diversas rimas de V. Espinel», Madrid, 1591, 8.° Sus versos á «Buscar ocasion de celos» (fol. 78) son felicísimos, y sus «Quejas de la dicha pasada» (fol. 128) muy superiores á los que sobre esta materia hizo Silvestre. «Obras», 1599, fol. 71.

aquella pastoral, en prosa, como en un tomo de rimas que mas tarde dió á luz, se encuentran á menudo composiciones castellanas y de lo mejor que salió de su pluma, pertenecientes á la escuela nacional[5]. Las mismas observaciones pueden hacerse respecto á otros autores de aquella época. Luis Barahona de Soto, del cual nos quedan muy pocas composiciones líricas, tampoco era partidario exclusivo de la escuela italiana, aunque en su obra principal de *Las lágrimas de Angélica* imitó decididamente al Ariosto[6]. Y Rufo, que procuró seguir las huellas del Petrarca, tenia, sin embargo, un ingenio eminentemente castellano que le arrastró, á pesar suyo, por el camino de los antiguos escritores de su patria[7]. Mayor es aun el número de poetas líricos contemporáneos, como Damian de Vegas[8] y Pedro de Padilla[9], que son

[5] Montemayor, como mas adelante dirémos, introdujo, á imitacion de Sannazaro, las pastorales en prosa en la lengua castellana, el año de 1542, y además imprimió en 1554 un tomo de versos con el título de «Cancionero». En la edicion de Madrid de 1588, 8.°, que es la que usamos, una tercera parte es puramente poesía castellana antigua, y despues anuncia con toda formalidad el nuevo género, diciendo: «Aquí comienzan los sonetos, canciones y otras composiciones en metro italiano». En el primer libro de «La Diana» hay una cancion en que una pastora se arrepiente de haber desesperado con sus desdenes á un zagal, composicion llena de naturalidad y de dulzura, y que fué muy bien traducida por B. Yong en su version de «La Diana» (Lóndres, 1598, folio, p. 8). Gaspar Gil Polo, que continuó «La Diana», siguió el mismo rumbo en las poesías que intercaló, de las cuales algunas hay muy bien traducidas por el mismo Yong. Las obras devotas de Montemayor, que presumimos estaban en su «Cancionero», fueron prohibidas por el Indice de 1667 y despues por el de 1790.

[6] Las poesías líricas de Luis Barahona de Soto se hallarán en las obras de Silvestre, 1599, y en las «Flores de poetas ilustres» de Espinosa, Valladolid, 1605, 4.°

[7] «Las seiscientas apotegmas de Juan Rufo y otras obras en verso», Toledo, 1596, 8.° Las apotegmas son cuentos y anécdotas en prosa. Sus sonetos y canciones no son tan buenos como la carta á su hijo y otras poesías castellanas, entre las que merece citarse una composicion á las guerras de Flándes, en las que sirvió de soldado.

[8] «Libro de poesía por fray Damian de Vegas», Toledo, 1590, 12.° La mayor parte es á lo divino; mucha parte en estilo antiguo, y casi todo pesado y fastidioso.

[9] «Pedro de Padilla, Eglogas, Sonetos, etc.», Sevilla, 1582; 4.° Hay en esta coleccion muchas composiciones líricas del género nacional, como son glosas, villancicos y letrillas, bastante animadas y agradables. Otras hay en

enteramente nacionales en su estilo y entonacion; pero lo mejor de esta clase, en la época á que nos referimos, es *El Cancionero*, de Lopez Maldonado, poeta que, unas veces con gracia y donaire, y otras con ternura y melancolía, fué siempre intérprete fiel de los sentimientos é instintos populares[10].

Pero al recorrer este período es imposible olvidar que en él vivieron los dos poetas líricos mas insignes que ha producido la España, con la particularidad de que ni el uno ejerció influencia sobre el otro, ni ambos la tuvieron en el gusto de su tiempo. Ya hablamos con extension del uno de ellos, Fr. Luis de Leon, muerto en 1591, sin haber casi dado muestras de su gran talento poético; el otro es Fernando de Herrera, eclesiástico sevillano[11], del cual tan solo sabemos que vivió hácia la segunda mitad del siglo XVI; que murió en 1597 á la edad de sesenta y tres años, que Cervantes escribió un soneto en elogio suyo[12], y que en 1619 su ami-

su «Tesoro de varias poesías», Madrid, 1587, 8.°, aunque en menor número, por abundar mas los versos italianos.

[10] El «Cancionero» de Maldonado se imprimió en Madrid, 1586, 4.°, y lo mejor de él son las poesias amatorias, de las que Faber insertó algunas en el t. III de su «Floresta». Podriamos añadir á los ya nombrados otro poeta que tambien usó los metros antiguos, y es Joaquin Romero de Cepeda, cuyas obras, impresas en Sevilla, 1582, 4.°, contienen muchas canciones, motes y glosas. Entre otras hay tres sonetos muy notables, que el autor presentó á Felipe II á su paso por Badajoz cuando fué á tomar posesion del reino de Portugal; sus versos en general adolecen de equívocos, conceptismo y otros resabios de mal gusto.

[11] Las continuas alabanzas que Herrera hace de Sevilla y del Guadalquivir revelan su nacimiento. Hay en ellas trozos de lo mas bello que tiene la lengua castellana, como la famosa estancia en la oda á S. Fernando, restaurador de Sevilla, y la elegía

Bien puedes asconder, sereno cielo.

[12] Navarrete, «Vida de Cervantes», 1819, p. 447. Citamos la fecha de la muerte de Herrera segun los apuntes manuscritos de su amigo Pacheco, publicados por primera vez en el «Semanario Pintoresco», 1845, p. 299. Sacáronse de un manuscrito muy interesante, que se supone ser el borrador de las «Imágenes» y «Elogia illustrium virorum», que segun Nicolás Ant. («Bibl. Nov.», t. I, p. 456) presentó Pacheco al famoso conde-duque de Olivares. Pacheco fué pintor distinguido, y Cean Bermudez («Diccionario», t. IV, p. 3) trae su vida.

go Francisco Pacheco, el pintor, publicó sus poesías con un prólogo de Rioja, amigo de ambos[13].

No puede dudarse que Herrera conocia parte de las poesías á la sazon inéditas de Fr. Luis de Leon, pues las cita en su erudito comentario á Garcilaso, impreso en 1580; pero por el mismo comentario se advierte que creia á Garcilaso superior á Fr. Luis, pues dice terminantemente que el primero era, en su concepto, el príncipe de los poetas españoles[14], opinion confirmada despues con la primera edicion de sus poesías, todas á la manera italiana, introducida por Garcilaso, hecha por él mismo en 1582, y que aumentada despues por Pacheco en 1619 con poesías de otro carácter, y últimamente por D. Ramon Fernandez en 1808[15], forma el conjunto de las obras poéticas de Herrera que poseemos, aunque ciertamente no son todas las que escribió[16].

Fué hombre de bastante instruccion, y mantuvo una polémica con Quevedo sobre hacer á Sta. Teresa de Jesus compatrona de España en union del apóstol Santiago, idea que aquel combatió. Publicó además en 1649 en Sevilla un tomo en 4.°, intitulado «Arte de la pintura, su antigüedad y grandezas», obra rarísima, que Cean elogia mucho; murió en 1654. Sedano («Parnaso español», t. III, p. 117, y t. VII, p. 92) inserta dos epígramas de Pacheco relativos al arte que profesaba, y que Sedano elogia, á nuestro entender, mas de lo que merecen.

[13] La edicion de Pacheco tiene un hermoso retrato del autor, grabado sobre el cuadro que aquel pintó.

[14] «En nuestra España sin comparacion alguna Garcilaso es el primero», dice (p. 409), y lo mismo repite en otras partes.

[15] La edicion de Fernandez, que es la mas completa, y se repitió, forma los tom. IV y V de sus «Poesías castellanas». Los poemas latinos de Herrera, que solo conocemos por sus títulos (los cuales prometen poco), eran: «El robo de Proserpina», «La batalla de los gigantes», «El Amadís» y «Amores de Laurino y Cærona». Quizá hayamos perdido mucho en no conocer sus «Eglogas» y «Versos castellanos», que tal vez estarian en metro antiguo. En 1572 publicó una relacion de la guerra de Chipre y batalla de Lepanto, y en 1592 una vida de Tomás Moro, tomada del libro latino «Vida de los tres Tomases», del católico inglés Stapleton (Athenæ por Wood, edicion Bliss, t. I, p. 671). Rioja dice que hácia 1590 tenia acabada una historia general de España, que es probable se haya perdido.

[16] En unas observaciones del licenciado Enrique de Duarte, que anteceden á la edicion de los versos de Herrera (1619), se anuncia que pocos dias despues de la muerte del autor se destruyó un cuaderno de todas sus poesías preparadas para la imprenta, y que lo mismo hubiera sucedido con

Algunas composiciones de la edicion hecha por el mismo Herrera (1582) valen poco; como, por ejemplo, varios sonetos, forma poética á que él daba un valor exagerado[17]. Otras son excelentes; sus elegías en tercetos, y sobre todo la dirigida al amor pidiendo le deje descansar, está llena de pasion y de fuego, así como la en que le da gracias por el consuelo de sus lágrimas respira ternura y armonía [18]. Pero donde mas sobresale es en las canciones; diez y seis son las que escribió, y entre ellas la mas floja quizá es una á la rebelion de los moriscos de las Alpujarras, en que mas se esfuerza por imitar á Píndaro, y en la que la introduccion de la mitología griega hace malísimo efecto y desfigura la composicion. Las mejores son el himno á la batalla de Lepanto, ganada por el jóven y bizarro D. Juan de Austria, héroe favorito de Herrera, y la cancion elegíaca á la muerte del rey D. Sebastian en su desastrosa expedicion á Africa. Es probable que se escribiesen á la sazon que los grandes sucesos en ellas memorados tenian fuertemente preocupada la atencion pública; ambas están enlazadas íntimamente con aquel espíritu de lealtad y de religion que parece innato en corazones españoles, y fué siempre la fuente de sus mas sublimes inspiraciones poéticas.

La primera, á la victoria de Lepanto, suceso impor–

lo que ha quedado, á no ser por el cuidado y esmero que Pacheco puso en recoger estas reliquias.

[17] En sus «Comentarios á Garcilaso» dice: «Es el soneto la mas hermosa composicion y de mayor artificio y gracia de cuantas tiene la poesía italiana y española. Sirve en lugar de los epígramas y odas griegas y latinas, y responde á las elegías antiguas en algun modo; pero es tan extendida y capaz de todo argumento, que recoge en sí sola todo lo que pueden abrazar estas partes de poesía.

[18] La dama á quien Herrera dedicó sus pensamientos con un afecto enteramente espiritual y platónico, muy raro en la poesía española, dicen fué la condesa de Gelves.

tante, que á mas de dar libertad á millares de cautivos cristianos, contuvo la segunda invasion musulmana en los pueblos occidentales de Europa, es un himno de triunfo y regocijo, cuya entonacion nos recuerda involuntariamente el júbilo y movimiento que brilla á cada momento en los salmos y profecías, al celebrar las victorias del pueblo de Dios sobre los enemigos infieles; pero que expresa al propio tiempo los sentimientos de un español devoto al ver postrado y vencido al antiguo y odiado enemigo de su patria y de su fe. La otra, que es una elegía á la muerte del rey D. Sebastian, está al contrario revestida de cierto colorido melancólico, que la hace quizá aun mas seductora y romántica que su rival. Aquel desventurado monarca, uno de los príncipes mas caballerescos que tuvo nunca la cristiandad, acometió en 1578 la empresa de proseguir el triunfo inaugurado en Lepanto, arrancando al yugo musulman todo el norte del Africa, y restituyendo la libertad á los innumerables cristianos que padecian allí la servidumbre mas dura y afrentosa. Pereció, empero, en su noble tentativa: de su inmenso y florido ejército apenas quedaron cincuenta hombres para referir el fin desastroso y fatal de una batalla en que el mismo Príncipe desapareció, desconocido entre la muchedumbre de cadáveres. Y sin embargo, era tan viva y vehemente la admiracion que el vulgo tenia por su persona, que mas de un siglo despues se creia comunmente en Portugal que el rey D. Sebastian habia de volver y empuñar de nuevo el cetro, prosiguiendo las mismas empresas que en tan corto tiempo le habian ganado los corazones de sus súbditos [19].

[19] Hay un libro sobre este asunto, que no debe ser pasado en silencio, tratándose de escribir una historia de la literatura española. Es la historia de

Herrera con mucho talento dió un giro religioso á los hechos principales de esta tristísima catástrofe: comienza su composicion lamentando la afliccion de Portugal, y luego continúa exponiendo como causa principal de que se malograse tan heróico esfuerzo contra el enemigo comun de la cristiandad la de haberse emprendido la jornada solo á impulsos de la ambicion mundana, olvidando los sentimientos cristianos mas elevados y sublimes, único móvil de una guerra contra infieles.

Algunos han atacado, no sin fundamento, la versificacion de Herrera, acusándole de que no siempre tenia el mejor acierto en la eleccion de palabras. Quevedo fué el primero que indicó algo de esto al publicar las obras del bachiller Francisco de la Torre y presentarlas como modelos de estilo puro y castizo, diciendo que no criticaba el tomo de versos que Herrera mismo publicó, sino las añadiduras que despues de su muerte le hizo su amigo Pacheco[20]. Pero sin detenernos aquí en averiguar si la inculpacion es ó no merecida, bastará decir por ahora que cuando se estaba formando, ó mas bien cuando ya estaba formado el gusto poético de Herrera,

un pastelero de Madrigal, que diez y siete años despues de la rota del rey don Sebastian se presentó en España figurando ser dicho monarca, é indujo á D.ª Ana de Austria, prima suya y monja, á fiarle ciertas alhajas, por cuyo medio vino á descubrirse la ficcion. La historia, que es interesante y está muy bien contada, se imprimió por la primera vez en Cádiz, en 1595, con el título de «Historia de Gabriel de Espinosa, el pastelero del Madrigal, que se quiso fingir el rey D. Sebastian de Portugal». No era de esperar que Felipe II tratase blandamente á persona que así pretendia una corona de que él se habia apoderado, ni á ninguno de sus cómplices ó secuaces. El pastelero y un fraile á quien logró persuadir de la verdad del caso fueron ahorcados, despues de sufrir los horrores del tormento, y la infeliz Princesa fué tambien castigada, privada de su rango y destinada á otro convento. Hay una comedia anónima de escaso mérito que parece escrita en tiempo de Felipe IV, y se intitula «El pastelero del Madrigal».

20 Véase el prólogo de Quevedo á las «Poesías del bachiller Francisco de la Torre». Sin embargo, algunas voces que él repugna como «pensoso», «infamia», «dudanza», etc., han sido reconocidas como castizas y puras y con el mismo sentido en que las usó Herrera.

la lengua castellana se hallaba en el mismo estado en que la describió por los años de 1540 el ilustre y sabio autor del *Diálogo de las lenguas*; es decir, que en general no era muy apta para los vuelos mas levantados de la poesía lírica. Herrera conoció esta dificultad, y trató de superarla, si se quiere, con alguna osadía.

El camino que para ello siguió se ve bien en su ingenioso, aunque algun tanto pedantesco, comentario á las obras de Garcilaso[21]. Comenzó reclamando el derecho de excluir de la poesía todas aquellas voces que vulgarizaban y rebajaban el pensamiento; introdujo despues y defendió trasposiciones é inflexiones muy parecidas á las que se usan en las lenguas clásicas, y adoptó y hasta llegó á dar carta de naturaleza á muchas palabras latinas, italianas y aun griegas. Tal vez era conveniente y apetecible en su tiempo el uso cauto y prudente de estos medios, como ya lo habia insinuado el autor del *Diálogo de las lenguas*; pero Herrera tuvo la desgracia de exagerar, si no el principio, la práctica, y así dió á sus versos una entonacion tan grave y estirada, que á veces pasan de ser imitaciones del latin é italiano, y anuncian ya, aunque oscura y confusamente, el gongorismo que despues se hizo tan de moda. Esto se observa mas en sus sonetos y décimas, cuya construccion suele ser confusa é intrincada; pero en sus canciones, sobre todo en las formadas de estancias regulares, compuestas de trece ó mas versos, hay una pompa y solemnidad imponente y un gran movimiento lírico, que marchan acompañados de toda la dignidad antigua castellana, sin que se advierta, en medio del entusiasmo que producen, el menor rastro de imitacion.

21 «Obras de Garcilaso», 1580, pp. 75, 120, 126, 573 y otras.

Pero para formar idea de la poesía lírica que mas en boga estaba entre las clases ilustradas de la sociedad española, á fines del siglo XVI y principios del XVII, quizá sea mejor leer la coleccion de Pedro de Espinosa, impresa con el título de *Flores de poetas ilustres*[22]. Imprimióse en 1605, y contiene obras de unos sesenta escritores de aquella época, incluso el mismo Espinosa, de quien hay diez y seis composiciones dignas de figurar en la coleccion. Compónese esta principalmente de poesías líricas, las mas de ellas al gusto italiano, y otras pocas al estilo antiguo, y entre los autores figuran nombres tan conocidos como los de Lope de Vega, Quevedo y otros de quienes ya hemos hablado, juntamente con Góngora, los Argensolas y demás contemporáneos suyos.

Tambien se hallan obras de poetas que nos son enteramente desconocidos, como dos damas con el apellido de Narvaez, y otra llamada D.ª Cristovalina; y de vez en cuando tropezamos con poesías de autores oscuros, como Pedro de Liñan, Agustin de Texada, Paez y otros, llenas de mérito, y cuya pérdida hubiera sido una verdadera desgracia[23]. Pero Fernando de Herrera para nada suena en la colección., y de un tercio de los que allí figuran en su libro, por desgracia uno de los mas raros en la poesía española.

[22] «Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España, ordenada por Pedro de Espinosa, natural de la ciudad de Antequera», Valladolid, 1605, 4.°, fol. 204. Antonio, (Bib. Nov., t. II, p. 190) dice que Espinosa fué criado de la casa de los Guzmanes, duques de Medina Sidonia, tan famosa en la Andalucía, y que de tres ó cuatro obras que compuso, dos son en honra de sus señores, una de ellas impresa en 1644. Muchas de las poesías contenidas en las «Flores» son de autores andaluces, circunstancia que hace mas reparable la omision de Herrera; algunas hay que solo se encuentran en su libro, por desgracia uno de los mas raros en la poesía española.

[23] De las damas, cuyas poesías se leen en la coleccion de Espinosa, la Doña Cristovalina, si no nos equivocamos, está citada en D. Nicolás Antonio (Bib. Nov., t. II, p. 349). De las otras nada sabemos, como tampoco de Pedro de Liñan. Tejada Paez, segun dice el mismo D. Nicolás Antonio, falleció en 1635, á la edad de sesenta y siete años, y las cinco composiciones que Espinosa recogió é imprimió, treinta años antes de su muerte, son lo único que nos ha quedado de sus escritos.

ran solo se insertan una ó dos composiciones cortas. Por consiguiente, el libro puede considerarse mas bien como una muestra del gusto dominante en su época, que como una coleccion escogida de poesías líricas antiguas y modernas, hecha á principios del siglo XVII. Mas dejando á un lado la opinion que acerca de esto pueda formarse, no hay duda sino que el libro en sí ofrece curiosos materiales para escribir la historia de dicha poesía; y antes de tachar á Espinosa de poco acertado en la eleccion, justo será tener presente que, segun todas las apariencias, tenia el gusto mas fino y delicado que el público de su tiempo, puesto que este no mostró afan por ver la segunda parte que Espinosa prometió y no llegó á imprimirse, aunque siguió dándose á conocer como autor muchos años despues de la publicacion de la primera.

Mas no es Herrera el único poeta lírico de este tiempo que no aparece en la coleccion de Espinosa: Andrés Rey de Artieda, cuyos sonetos son de lo mejor que hay en castellano; Manuel de Portugal, distinguido por sus numerosas poesías devotas, escritas por lo comun en antiguos metros; y Carrillo, militar de grandes esperanzas, que murió muy jóven y escribió á veces con cierta frescura y sencillez siempre agradables, están asimismo olvidados, en medio de que sus poesías, publicadas casi al mismo tiempo que las *Flores*, corrian manuscritas mucho tiempo antes, y eran tan conocidas como las de Fr. Luis de Leon y de Góngora[24].

[24] Andres Rey de Artieda, mas conocido con el nombre académico de Artemidoro, es elogiado por Cervantes como poeta de fama en 1584, aunque sus obras no se imprimieron hasta 1605. Zaragoza, en 4.º Manuel de Portugal, uno de los naturales de aquel reino, que en tiempo de Felipe II y III trató de granjearse el afecto de los opresores de su patria, escribiendo en

Poco despues aparece Cristóbal de Mesa, cuyas poesías líricas se imprimieron en 1611, y fueron despues aumentadas en 1618. Este dice haber tomado á Herrera por su maestro, ó al menos por uno de ellos, pero residió largo tiempo en Italia, donde, segun afirma, mudó de estilo, y desde entonces pertenece rigurosamente á la escuela de Boscan y Garcilaso[25].

Al contrario, Francisco de Ocaña y Lope de Sosa se adhieren extrictamente á la antigua escuela española; quizá consista esto en que la mayor parte de sus poesías es á lo divino, como las que en el siglo anterior se encuentran en Castillejo y Silvestre, y que escribiendo, como escribian, para el vulgo, procuraran marchar de acuerdo con las opiniones y sentimientos envejecidos en los corazones de la multitud. Los himnos cortos de Ocaña, describiendo la llegada de la Vírgen á Belen cuando ninguno de los habitantes quiere acogerla y recibirla, y otro de Sosa al amor y dolor de un alma penitente, son modelos en este género peculiar de la poesía española, que aunque un poco rudo y grosero, nos recuerda los antiguos y graciosos villancicos que procuraban imitar[26].

castellano, era ya conocido en 1577; pero la coleccion de sus versos, que forma un tomo de cerca de mil páginas, no se imprimió hasta 1605 (Lisboa, 4.°), un año antes de su muerte. (Barbosa, t. III, p. 345.) D. Luis de Carrillo Sotomayor, cuatralbo de las galeras de España, escribió algunas poesías, que se imprimieron en Madrid, 1611, 4.°, y nuevamente en 1613; pero corrieron antes manuscritas desde que su autor estudiaba en la universidad de Salamanca, donde estuvo seis años; murió en 1619. Pellicer, Biblioteca, t. II, p. 122.

25 «Rimas de Cristóbal de Mesa», Madrid, 1611 y 12, á las cuales hay que añadir cincuenta sonetos al fin de su traduccion de las «Eglogas de Virgilio», Madrid, 1618, 12.° Las noticias que de él hay están en una epístola suya al conde de Lemos cuando iba de virey á Nápoles. («Rimas», fol. 155.) Por ella se ve que deseaba mucho ir á Italia en la comitiva literaria de aquel magnate y que sintió mucho ver burladas sus esperanzas.

26 Imprimiéronse las poesías de estos dos autores en 1603; pero ninguna noticia hemos podido adquirir acerca del tiempo en que vivieron, y tal vez no sea imposible que este Lope de So-

Alonso de Ledesma, natural de Segovia, donde nació el año de 1552, y murió el de 1623, escribió, ó hablando con mas propiedad, intentó escribir en el mismo estilo; pero no alcanzaban á tanto sus fuerzas, y en vez de conseguirlo, llegó solo á ser el primer corruptor del género. Sus *Conceptos espirituales*, título que dió á un tomo de poesías impreso en 1600, y que se imprimió seis veces durante la vida de su autor, están tan sumamente llenos de exageracion y artificio, que casi pierden todo su mérito poético. Son todas composiciones á lo divino, y debieron el éxito que alcanzaron, parte á la conservacion de las formas antiguas y familiares de la poesía española, pero mas aun al extremado ingenio y exagerada agudeza que en ellas dominan y que las hicieron tan de moda. Cabalmente al mismo tiempo se formaba un partido en la literatura española, á cuya creacion contribuyó no poco el mismo Ledesma, y cuyos sectarios fueron llamados «conceptistas», partido compuesto en su mayor parte de escritores místicos y devotos, que, así en la poesía como en el púlpito, empleaban un estilo metafísico y figurado. Llegó á tanto su influencia, que se descubren sus rastros en todos los escritores principales de aquel tiempo, sin exceptuar al mismo Quevedo y á Lope de Vega. A esta escuela perteneció el primero, siendo uno de sus principales corifeos, aunque el patriarca y fundador de ella fué Ledesma. Su

sa sea el mismo poeta tantas veces citado en el «Cancionero general». Al hablar de esta clase de poesía hubiéramos podido tratar de algunas composiciones insertas en la obra ascética de «La conversion de la Magdalena» por el P. Malon de Chayde, en la cual hay sonetos, odas, traducciones de salmos etc., hechas con facilidad y gracia; la mejor de ellas, sin embargo, es la oda en que pinta el amor de la Magdalena al Salvador despues de su resureccion; es tan sumamente amatoria y material, que su mérito poético se halla casi oscurecido por esta circunstancia. Edic. de Alcalá, 1592, 12.°, fol. 336.

Monstruo imaginado, impreso por primera vez en 1615, no es mas que una serie de ocultas alegorías envueltas en equívocos y retruécanos; comienza con romances, y concluye con un cuento en prosa que da título á la obra; contiene asimismo algunas poesías á la muerte de Felipe II, siendo muy de notar la manera irreverente con que está tratado aquel importante acontecimiento, así política como religiosamente; otras á asuntos profanos son todavía mas libres; mas lo poco que Ledesma dejó digno de leerse habrá de buscarse en su *Conceptos espirituales*, donde se hallan algunos sonetos y romances líricos muy dignos de ser conservados[27].

Pero hubo en la literatura española un partido mucho mas formidable aun que el de los «conceptistas», nacido casi al mismo tiempo, y que se sustuvo por mayor espacio con grave daño de las letras: hablamos de los «cultos» escritores que afectaban un estilo peculiar, elegante y falso, y que en defensa de su escuela y doctrinas llevaron al último extremo la ridiculez, la extravagancia, el pedantismo y la afectacion.

Natural era que esta demencia echase en España raíces, si cabe, mas hondas aun que en otras partes. Hallábanse á la sazon obstruidos los buenos caminos del progreso intelectual, y por lo mismo los hombres dedicados á la literatura echaban por sendas y atajos intrincados y oscuros; y como por otra parte les estaba prohibido defender con noble franqueza la verdad, tuvieron que recurrir á vaciedades brillantes y deslumbra-

[27] Sedano. «Parnaso español», t. v, p. 31. Lope de Vega alaba repetidas veces y con poco tino á Ledesma. La primera edicion de sus «Conceptos», Madrid, 1600, es un tomito de doscientas cincuenta y ocho hojas; pero las siguientes creemos están aumentadas. Sus «Juegos de Nochebuena», Barcelona, 1611, que nunca hemos logrado ver, se prohibieron severamente por el Indice expurgatorio de 1667, p. 64.

doras, que al menos no podian causar perjuicio moral. Algunas veces los gobiernos despóticos han procurado que la multitud se divierta en dias festivos con bailarines de cuerda y funciones de pólvora. Así, pues, aunque ni los ministros de Felipe III y IV ni la Inquisicion apoyaron decididamente la escuela literaria que prevaleció en su tiempo, miráronla con complacencia, porque al fin y al cabo entretenia inocentemente á las clases mas ilustradas; si no la protegieron, la toleraron, y esto era bastante; luego dominó en la corte, llegando á arraigar de tal manera en el suelo español y á cobrar tal lozanía, que todavía no ha desaparecido del todo[28].

Mas no se redujo solo esta locura á los límites de España; desde mediados del siglo xv y cuando el conocimiento de los grandes maestros de la antigüedad se generalizó entre los hombres estudiosos de los pueblos occidentales, trabajóse ya por formar y cultivar en las principales naciones de la Europa un estilo digno de tales modelos. Algunos de estos esfuerzos fueron dirigidos con acierto y sagacidad, como lo prueba la serie de ilustres poetas y prosadores de la cristiandad, que llegaron á competir con los antiguos modelos; otros al contrario, afeados por la pedantería y la falta de buen gusto, fueron condenados á perpetuo olvido; pero la época en que mas disparates se escribieron y en que la falta absoluta de gusto y discrecion llegó á su colmo, fué á fines del siglo xvi y principios del xvii, período en que dominaban en Francia los llamados «pleyades», en Inglaterra los «eufoistas», y en Italia los «marinistas».

Difícil es determinar con exactitud hasta qué punto

[28] «El moro expósito», Paris, 1834, 8.°, t. I, p. 17.

el mal gusto que reinaba en estos países influyó en las tendencias de igual especie que se manifestaron en España; es probable que la literatura favorita de Lóndres y Paris fuese poco conocida en Madrid, y *vice versa*, pero no sucedia lo mismo respecto á Italia: cuanto en ella se escribia pasaba inmediatamente á España, principalmente en los reinados de Felipe II y III[29].

[29] Es un hecho importante y notable, y que merece tomarse en cuenta al tratar este punto, que Lopê de Vega, aunque enemigo por principios de la nueva escuela, se carteaba con Marini, cuyo admirador fué, y á quien envió su retrato dedicándole una de sus comedias. Arrebatado en cierta ocasion por un espíritu de alabanza harto extravagante, dice de él «que el Tasso no fué mas que la aurora del sol de Marini». Por este conducto y otros muchos del mismo género, cuyos rastros se perciben en la coleccion de «Elogios italianos» á Lope de Vega, se ve cuán fácilmente Marini pudo ejercer una vasta influencia en los poetas españoles de su tiempo. Véase á Lope, «Jardin» («Obras», t. I, p. 486), impreso por primera vez en 1622, y su dedicatoria de «Virtud, pobreza y mujer» («Comedias», t. XX, Madrid, 1629, fol. 293.)

Pero en punto á la influencia de la antigüedad clásica en la corrupcion del estilo castellano, creemos que el ejemplo mas antiguo que puede citarse es el de Vasco Diaz de Frejenal, que floreció á mediados del siglo XVI. Su objeto no parece fué otro que introducir voces y construcciones latinas, como lo hacian los pleyades de Francia entonces y poco despues. Esto se ve bien en sus «Veinte triunfos», libro destinado á contar poéticamente los sucesos mas notables de la vida de Cárlos V, como su casamiento, el nacimiento de su hijo Felipe II, su coronacion en Bolonia, etc., etc., todo él escrito en metro antiguo, y publicado sin fecha ni lugar de impresion, aunque se puede presumir lo fué hácia 1530, pues en este año se coronó el Emperador. Así es que en el prólogo, hablando Frejenal de dedicar sus veinte triunfos á veinte duques españoles, dice: «Baste que la ferventísima aficcion y la observantísima veneracion que á vuestras dignísimas y felicísimas señorías debo, á la dedicacion de mis veinte triunfos me han convidado. Como quiera que mas coronas ducáles, segun mi noticia, en la indómita España no hay, verdaderamente el presente es de poco precio, y las obras de menos valor, y el autor de ellas de menos estima. Pero su apetitosa observancia, su afeccionada fidelidad y su optativa servidumbre por las nobilísimas bondades y prestantísimas virtudes de vuestras excelentes y dignísimas señorías en algun precio estimadas ser merecen.»

No latiniza tanto en las poesías que siguen, porque es mas difícil hacerlo en verso, pero no lo deseaba menos, como lo prueban las siguientes líneas del «Triunfo nupcial vandálico», folio, IX.

Al tiempo que el fulminado
Apolo muy radial
Entraba en el primer grado,
Do nasció el vello dorado
En el equinoccial;
Pasado el punto final
De la espérica nacion,
Su máquina mundanal,
Por el curso occidental
Equitando en Phelegon.

Esto es ya muy diferente de lo que un siglo antes habia intentado Juan de Mena, pues este solo tomó algunas voces latinas, y no mas por el poco conocimiento que tenia de la antigüedad clásica; pero Frejenal lo quiere latinizar todo, y da á sus oraciones castellanas un aire y estructura romana, que le hace bajo cierto punto de vista

El poeta que introdujo el estilo culto en la literatura española, y cuyo nombre ha llevado dicho estilo desde entonces, fué D. Luis de Góngora, caballero de Córdoba, donde nació en 1561; educóse en Salamanca por disposicion de su familia, que le destinaba á la carrera de las leyes y á seguir los pasos de su padre, distinguido jurisconsulto; pero era ya tarde; habíase desarrollado en el mancebo una vehemente aficion á la poesía, y el único fruto duradero de sus estudios universitarios fué un sin número de romances y otras composiciones ligeras llenas de bílis y amargura satírica, aunque escritas con mucha sencillez y nervio.

Ya en 1584 habla de él Cervantes, nombrándole como autor conocido [30]; tenia entonces veinte y tres años, y continuó viviendo en su patria pobre y sin amparo alguño por espacio de otros veinte, época en que para asegurar una subsistencia decorosa, recibió la tonsura y luego las sagradas órdenes. Por aquel tiempo marchó á Valladolid, donde á la sazon estaba la corte, y allí vivia en 1605 cuando Espinosa publicó sus *Flores*, cuyo principal contribuyente fué Góngora [31]. No fué mas afortunado en la corte que lo habia sido en Córdoba, y despues de cansarse y esperar once años, no vemos lograse mas que el título honorífico de capellan del Rey, una carta muy lisonjera del conde de Lemos, patrono de todos los poetas [32], el afecto y aprecio del duque de Lerma y del marqués de Siete Iglesias, y el concepto

el precursor de Góngora. Antonio hace mencion de otras dos ó tres obras de Frejenal, en prosa, principalmente devotas, que nunca hemos logrado ver, y solo conocemos algunos versos suyos, por cierto muy malos y estrafalarios, impresos al fin de su tratado «Jardin del alma cristiana», 1552, 4.°

30 «Galatea», edic. de 1784, t. II, página 284.

31 Pellicer, «Vida de Cervantes», página 114.

32 Mayans y Siscar, «Cartas», t. I, p. 125.

de ser un hombre de ingenio que hacia buenos versos. Por fin llamó la atencion del poderoso valido, el célebre conde-duque de Olivares, y estúvo, segun parece, á pique de fijar la fortuna que hacia tanto tiempo perseguia con ardor; pero cabalmente en aquel tiempo se alteró su salud; volvió ya débil y enfermo á su pueblo natal, y poco despues murió en él tranquilamente á la edad de sesenta y seis años[33].

Muchas de las primeras poesías de Góngora, principalmente las de versos cortos, respiran una sencillez admirable; aquel romance corto de

La mas bella niña / De nuestro lugar, / Hoy viuda y sola / Y ayer por casar,

pinta admirablemente el dolor de una jóven recien casada que lamenta como madre la marcha de su esposo llamado repentinamente á las armas. Otro todavía mas lírico, empieza así:

Frescos airecillos / Que á la primavera / Destejeis guirnaldas, / Y esparceis violetas, etc.

y está tambien lleno de verdad y de ternura; lo mismo puede decirse de sus poemas religiosos populares, los cuales se asemejan muchísimo á los antiguos villancicos:

Las odas ó canciones que al mismo tiempo escribia son mas graves y majestuosas en su entonacion; la dirigida á la grande armada, llamada la «Invencible», que debió componerse hácia 1588, por las confiadas y seguras predicciones que hace de su triunfo sobre Inglaterra, es una de las mejores, como tambien la de S. Hermenegildo, príncipe godo del siglo VI que, por su opo-

[33] Véase su vida, escrita por su amigo Hozes, al frente de la edicion de sus obras. Madrid, 1654, 4.°

sicion al arrianismo y por una rebelion política contra su padre, fué condenado á muerte y ejecutado, mereciendo luego los honores de la canonizacion; la cancion está llena del fervor y espíritu de la devocion católica, y ambas son muy buenas muestras de la oda española mas noble y elevada.

Sin embargo, todas estas poesías, escritas sin duda antes de su viaje á la corte y mientras vivia en Córdoba olvidado y lleno de privaciones, en nada contribuyeron á proporcionarle los honores que deseaba; mas aun, ni siquiera le dieron la necesaria subsistencia. Movido quizá de esta consideracion y viendo el triunfo de Ledesma y de la escuela conceptuosa, Góngora determinó mudar de rumbo y adoptar un estilo tal que llamase la atencion del público. Su primer distintivo es el estar tan recargado de metáforas y figuras, unas sobre otras, que algunas veces cuesta trabajo adivinar la significacion verdadera, y que la intencion del poeta se oculta bajo una hojarasca tan espesa y cerrada como si fuera un enigma. Así, cuando su amigo Luis de Bavia publicó en 1613 un tomo de su *Historia pontifical*, Góngora le envió el siguiente soneto para que lo pusiese, segun costumbre, al frente del libro.

Á LA TERCERA PARTE DE LA HISTORIA PONTIFICAL QUE ESCRIBIÓ EL DOCTOR LUIS DE BAVIA, CAPELLAN DE LA CAPILLA REAL DE GRANADA.

Este que Bavia al mundo hoy ha ofrecido
Poema, si no á números atado,
De la disposicion antes limado,
Y de la erudicion despues lamido,
Historia es culta, cuyo encanecido
Estilo, si no métrico, peinado,
Tres ya pilotos del bajel sagrado,
Hurta al tiempo y redime del olvido.
Pluma, pues, que claveros celestiales

Eterniza en los tronos de su historia,
Llave es ya de los siglos, y no pluma.
Ella á sus nombres puertas inmortales
Abre, no de caduca, no, memoria,
Que sombras sella en túmulos de espuma[34].

Esto, segun el comentario hecho por uno de sus admiradores, que para ello emplea diez hojas impresas, quiere decir lo siguiente: La historia que Bavia presenta al mundo es verdad que no está en verso, pero está escrita y acabada tan erudita como poéticamente. Al inmortalizar á tres papas, su pluma se trasforma en llave de los siglos que les abre, no las puertas de la memoria, la cual da muchas veces paso á la fama falsa y transitoria, sino las da un renombre perpetuo y seguro.

La extravagancia de las metáforas empleadas por Góngora es á veces tan notable como su confusion y oscuridad; así, cuando en 1619, en que aparecieron dos cometas, le propuso un amigo suyo acompañar á Felipe III á Lisboa, ciudad fundada, segun tradicion, por Ulíses; Góngora le contestó con aquel soneto que empieza:

¿En año quieres que plural cometa,
Infausto corra á las coronas luto,
Los vestigios pisar del griego astuto?
Por cuerdo te juzgaba, aunque poeta, etc.

Y en la soledad primera, hablando de una dama á quien admiraba, la llama

[34] El comentario está en Coronel. «Obras de Góngora comentadas», t. II, parte I, Madrid, 1645, pp. 148-159; pero debe notarse que los tercetos son tan oscuros, que Luzan («Poética», lib. II, cap. 15) los interpreta de diverso modo; y la frase de «sellar sombras en túmulos de espuma» la refiere á la imprenta, que alaba muchas veces á los que no lo merecen. Gracian, «Agudeza y arte de ingenio», discurso XXXII, cita con admiracion el soneto; pero esta obra, de que mas adelante hablarémos, es el arte poética del estilo culto; y los editores del «Diario de los literatos de España», hombres de mejor gusto que el que reinaba generalmente en su tiempo, critican á Luzan.

Vírgen tan bella, que hacer podia
Tórrida la Noruega con dos soles
Y blanca la Etiopia con dos manos.

Verdad es que estos son extremos, pero de todos modos es innegable que las últimas poesías de Góngora llegan á ser ininteligibles á fuerza de absurdos de esta especie.

Y no paró aquí el mal: introdujo en sus versos voces nuevas, tomadas principalmente de las lenguas clásicas de la antigüedad; usó vocablos anticuados con otra significacion y en acepciones violentas y contrarias, y adoptó además giros forzados y antinaturales, enteramente extraños al habla castellana, de donde resultó que sus versos, aunque brillantes, no se entendian, y vinieron á ser una especie de logogrifos. Así sucedió con dos sonetos suyos impresos el año de 1655[35], y mas aun con los poemas de *Las soledades* y *El Polifemo*, su *Panegírico al duque de Lerma* y su fábula de *Píramo y Tisbe*, obras todas que no se publicaron hasta despues de su muerte.

Eran por lo mismo de absoluta necesidad comentarios que las ilustrasen y explicasen, aun cuando algunas de estas solo corrían manuscritas. Dispuso los primeros, por imitacion y á ruego del mismo autor, D. José Pellicer, escritor erudito y acreditado, que los publicó en 1630, con el título de *Lecciones solemnes á las obras de D. Luis de Góngora*, manifestando sus temores de que alguna vez no hubiese acertado á explicar la verdadera significacion de lo que en realidad era muy oscuro[36]. Siguióle

[35] Suponemos que empezó á mudar de estilo cuando hizo el viaje á la corte; á lo menos el primer soneto suyo, inserto en las «Flores» de Espinosa, prueba que en 1605 habia ya adoptado esta variacion en su modo de escribir.

[36] José Pellicer, en sus «Lecciones solemnes» (Madrid, 1630, 4.°, columnas 610, 612 y 684), explica su situa-

en 1636 Salazar Mardones, con una defensa y explicacion de la fábula de *Píramo y Tisbe*[37]. Y por último, entre este año y el de 1646 cerró la serie de estos trabajos D. García de Salcedo Coronel, poeta de aquellos tiempos, con un elaborado y erudito comentario, que ocupa unas mil y quinientas páginas[38]; á ellos pueden añadirse las discusiones contemporáneas del jurisconsulto Juan Francisco de Anaya, las de Martin Angulo, respondiendo á una crítica del preceptista Cascales, y otras varias, que hacen subir los trabajos para ilustrar y entender á Góngora á diez veces mas de lo que ocupan sus versos[39].

Un hombre tan afamado y singular por fuerza habia de tener imitadores y discípulos, y en efecto los tuvo en gran número; distinguióse entre ellos por su rango y mérito el célebre conde de Villamediana, ilustre caballero, cuyo violento asesinato', cometido casi en público, se atribuyó á celos de Felipe III y causó gran sensacion en aquel tiempo en todas las cortes de Europa. Era hombre de mundo y de grande ingenio, que cifraba en la poesía sus principales pretensiones como cortesano; pero sus obras no se imprimieron hasta 1629, ocho años despues de su muerte. Las mas antiguas están escritas sin

cion respecto á Góngora y lo mucho que le costó comprender algunos pasajes de sus obras, justificando así lo que el príncipe de Esquilache dijo aludiendo tal vez á estos mismos comentarios:

Un doctor comentador
(El mas presumido digo)
Es el mayor enemigo
Que tener pudo el autor.

37 Ilustracion y defensa de la fábula de Píramo y Tisbe, de Cristóbal de Salazar Mardones. Madrid, 1636, 4.°

38 En Nic. Ant., Bibl. Nov., hay noticias de Salcedo Coronel. Los tres volúmenes de su «Comentario» (Madrid, 1636, 1646, 4.° tienen de seiscientas á setecientas páginas cada uno, y el segundo está dividido en dos partes. De trabajos suyos imprimió en Madrid, 1650, 4.°, un tomo de versos, que intituló «Cristales de Helicona», y es una de las peores producciones de la escuela de Góngora.

39 Nic. Ant., art. «Ludovicus de Góngora», menciona los comentarios, que podemos llamar de segundo órden; el ataque de Cascales, hecho con miedo y reserva, se encuentra en sus «Cartas filológicas».

afectacion, aunque en general la eleccion misma de argumentos, como se ve en las fábulas mitológicas de Faeton, Dafne y Europa, y el modo de tratarlos dan testimonio de que imitó lo peor de Góngora. Sus sonetos, que ascienden á unos doscientos ó trescientos, son de todas clases; los hay amorosos, satíricos y devotos, y algunas de sus obras sueltas tienen cierto sabor á la primitiva y genuina poesía castellana, aunque muy rara vez es mas claro é inteligible que su maestro, y nunca tiene su talento [40].

Otro de los que favorecieron y facilitaron mucho el triunfo de la nueva escuela fué Paravicino, que murió en 1633, y se señaló como predicador de S. M. y fué eminentísimo en la oratoria sagrada. En los diez y seis años últimos de su vida llegó hasta introducir dicho estilo en el púlpito, propagándole con su influencia entre las clases altas. Sus versos no se recogieron ni publicaron hasta el año de 1641, en que salieron á luz con el segundo nombre y apellido del autor; forman un tomo pequeño, en que abundan los sonetos, y hay tambien una comedia, que nada vale. Lo mejor de él son los romances líricos, que aunque oscuros y á lo divino, no carecen de cierta poesía, observacion tambien aplicable al

[40] La reina era Isabel, hija de Enrique IV de Francia; cuentan que pasando un dia por una galería de palacio, se acercó por detrás un hombre y la tapó los ojos con las manos, á lo cual exclamó ella: «¿Qué es eso, Conde?» Pero desgraciadamente no era el Conde, sino el Rey. A poco tiempo recibió Villamediana un aviso de que se cuidase, porque su vida corria riesgo; desprecióle y fué asesinado la tarde del mismo dia que le dieron el recado. Admirador declarado de la Reina, lo manifestaba sin reserva ninguna, y en un torneo salió cubierto de reales de plata con un mote, que decia «Mis amores son reales». (Velazquez, por Dieze, Gottingen, 1726, 8.°, p. 255). Sus obras se reimprimieron en Madrid, 1654, 4.°, con algunas poesías aumentadas á la primera edicion de Zaragoza, 1629. La presuncion y desgraciada muerte del Conde están referidas en el «Viaje de España de Mad. d'Aulnoy», edic., 1693, t. II, pp. 17-21 y en los bellísimos romances del duque de Rivas, «Romances históricos», París, 1841, 8.°

romance histórico de los amores del rey D. Alonso VIII y de la Judía de Toledo, en que Paravicino se propuso sin duda imitar el estilo y la sencillez antigua [41].

Estos fueron los principales autores que promovieron con sus preceptos y su ejemplo el uso del culteranismo; pero su triunfo decisivo dependió en gran manera del favor de la corte y del apoyo que la nueva escuela encontró en la nobleza, á cuya clase pertenecian casi todos estos poetas, y donde sus versos circulaban manuscritos mucho antes de imprimirse, práctica muy comun en España por la vigilancia severa que se ejercia sobre la imprenta y los obstáculos casi insuperables con que tenian que luchar los interesados en ella, ya fuesen autores ó editores. La moda fué indudablemente el primer móvil de los triunfos de Góngora y la que le dió popularidad é influencia; así es que los poetas subalternos inmediatamente y sin excepcion alguna inclinaron la frente ante el ídolo de su tiempo. En 1623, Roca y Serna publicó una coleccion de poesías con el título de *Luz del alma*, que se reimprimió varias veces desde aquel año hasta fines del mismo siglo [42]. Antonio Lopez de Vega, que ni era pariente ni paisano del gran Lope, el cual le elogió sin embargo desmedidamente, imprimió en 1620 su *Perfecto señor*, sueño político, al cual añadió varias poesías, que no tienen mas mérito que la obra principal [43].

[41] Baena. «Hijos de Madrid», t. II, p. 389, su nombre era Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, y no es fácil explicar por qué no se publicaron con él sus poesías impresas despues de su muerte; hay ediciones de ellas de 1641 y 1645 (Madrid), y de 1650 (Alcalá), 12.º, que es la última.

[42] Ambrosio de la Roca y Serna era valenciano, y murió en 1649. (Jimeno, t. I, p. 359, y Fuster, t. I, p. 249.) Tuvo poco crédito, á no ser como poeta á lo divino; pero este lo mantuvo largo tiempo. Tenemos á la vista un ejemplar de su «Luz del Alma», sin año ni lugar de impresion, pero que parece ser del 1725, 12.º.

[43] «El perfecto señor», «Poesías varias», etc. Madrid, 1652, 4.º Escribió unas silvas mas oscuras aun que las

Anastasio Pantaleon de Ribera, caballero madrileño, que gozó de mucha consideracion en la corte y á quien asesinaron en la calle tomándole por otro, debió al afecto de sus amigos la coleccion é impresion de sus versos, publicados en 1634, cinco años despues de su muerte [44]. D.ª Violante do Ceo, monja portuguesa en 1646 [45], y D. Francisco Manuel de Melo, en 1649 [46], dieron pruebas de su aficion á la lengua castellana, publicando varias poesías que les dieron fama, tanto en Portugal como en Madrid, circunstancia muy extraña por cierto, á la sazon que la patria de ambos luchaba por sacudir el yugo español. En 1652 Moncayo publicó un tomo de sus estrafalarios versos [47], y dos años despues persuadia á su amigo Francisco de la Torre á que diese á luz los suyos, tambien de muy mal gusto [48]. Siguió en 1663 Vergara Salcedo, con un tomo de poesías bajo el título afec-

«Soledades de Góngora»; sus madrigales y composiciones cortas se entienden mejor, pero valen poco ó nada. Nació en Portugal, y vivió siempre en Madrid, donde falleció despues de 1658. (Barbosa, t, p. 310.) Hay dos ediciones distintas de sus obras.

44 Baena, t. I, p. 93. Las obras de Anastasio Pantaleon de Ribera son imitaciones de Góngora, como se echa de ver en su «Fábula de Proserpina», «Fábula de Alfeo y Aretusa», etc., y quizá mas aun en sus sonetos y décimas. Imprimiéronse por primera vez en 1634, y despues otras varias con algunas adiciones.

45 Violante do Ceo murió en 1693, á la edad de noventa y dos años, despues de escribir é imprimir muchos tomos de poesías y prosas portuguesas, algunas de ellas harto galantes para ser obra de una monja. Las «Rimas», la mayor parte españolas, se imprimieron en Ruan, 1646, 12.º: una de las pocas composiciones que merecen leerse es su oda á la muerte de Lope de Vega (p. 44), aunque tambien es cierto que son mejores algunos de los poemas cortos á lo divino que se encuentran esparcidos en sus obras.

46 D. Francisco Manuel Melo, que murió en 1666, fué uno de los escritores portugueses mas distinguidos de su tiempo. (Barbosa, t. II, p. 282.) Sus «Tres musas del Melodino», que contienen todas las poesías que compuso en castellano, como sonetos, romances, canciones, odas y otras composiciones cortas del género lírico, muy por el estilo de las de Quevedo, y aun de Góngora, se imprimieron dos veces, una en 1649, Lisboa, 4.º, y otra en 1665.

47 Moncayo es tambien conocido por su título de marqués de San Felices; sus poesías se intitulan «Rimas de D. Juan de Moncayo y Gurrea» (Zaragoza, 1652, 4.º), y consisten en sonetos, la «Fábula de Vénus y Adonis», romances, etc., etc. (Latassa, Bibl. Nov., t. III, p. 330.)

48 «Entretenimiento de las musas

tado de *Ideas de Apolo* [49], y en 1662 Rozas publicó las suyas con el título mas afectado aun de *Conversacion sin naipes* [50].

Ulloa, que ya tenia preparadas sus poesías en 1653, pero que no las dió á la estampa hasta muchos años despues, escribió algunas veces en estilo agradable y puro, aunque otras se dejó arrastrar del mal gusto dominante [51]; y finalmente, en 1677 salió á luz la *Cithara de Apolo*, de Salazar, produccion tan mala ó peor que las de sus antecesores en el mismo género, y por lo tanto digna de cerrar esta lista [52]. Fácilmente pudiéramos añadir á ella mas nombres, pero serian todos de poetas menos conocidos; aun así, muchos de los citados están hoy dia condenados al olvido, y sus obras no son leidas de nadie. Todos ellos en conjunto sirven para demostrar lo mucho que cundió el mal y la rapidez con que se propagó.

Pero para mejor apreciar la influencia de tan disparatada escuela en la literatura española, bastará presentar

en esta nueva baraja de versos, dividida en cuatro manjares, etc.», por Fénix de la Torre. (Zaragoza, 1654, 4.°) El título dice por sí lo bastante. Llamábase el autor Francisco, y era natural de Murcia.

49 «Ideas de Apolo y dignas tareas del ocio cortesano», Madrid, 1663, 4.° Llenas de sonetos, romances devotos y composiciones líricas cortesanas; hay algunas narraciones, como el romance de la «Historia de Danae», y otra al fin en octavas sobre la invencion de la imágen de nuestra Señora de Valbanera.

50 «Noche de invierno, conversacion sin naipes». Madrid, 1662, 4.° La segunda parte del volúmen contiene poesías jocosas, llenas de equívocos miserables y sin ninguna gracia.

51 «Obras de D. Luis de Ulloa y Pereira, prosas y versos», cuya segunda edicion publicó el hijo del autor. Madrid, 1674, 4.° Algunas poesías á lo divino en antiguos metros castellanos son de lo mejor que hay en el tomo; pero lo mas selecto y acabado es su poema «La Raquel», en unas ochenta octavas, sobre los amores de D. Alonso VIII con la hermosa Judía toledana.

52 «Cítara de Apolo», publicada poco despues de la muerte del autor, por Vera Tassis y Villaroel, su mayor amigo, y el mismo que coleccionó y publicó las comedias de Calderon. Hay entre estas poesías una «Soledad», imitacion de las de Góngora, y fábulas ó historias de Vénus y Adonis y Orfeo y Eurydice, al gusto de las de Villamediana. Agustin de Salazar nació en 1642, y murió en 1675.

aquí dos reflexiones muy obvias, á saber, los esfuerzos infructuosos que los mas eminentes poetas de aquella época hicieron para extirpar el mal, y la singularidad de que los mismos Lope de Vega, Quevedo y Calderon tuvieran de vez en cuando que ceder á las exigencias del gusto popular, y escribir en el estilo mismo que habian condenado [53].

De todos ellos el mas eminente, sin disputa alguna, ora se considere la influencia que ejerció sobre sus contemporáneos, ora el calor mismo con que trató esta cuestion, fué Lope de Vega. Conocia este á Góngora probablemente desde 1589, en cuyo año estuvo en Andalucía, quizá antes, al tiempo que marchó á embarcarse en la *Invencible*, y desde entonces sabemos que profesó un respeto sincero al talento del poeta cordobés, é hizo completa justicia á su gran mérito. Pero esto no impidió que atacase las extravagancias en que aquel cayó á lo último, criticándole severamente en la epístola VII, en un saladísimo soneto, en el cual figura á Boscan y Garcilaso, que le oyen sin poder entenderle; en la justa poética á la canonizacion de S. Isidro, en los versos que preceden al *Orfeo* de Montalvan y en otros muchos pasajes, pero sobre todo en una carta muy larga á un amigo suyo que le habia pedido su parecer en el asunto [54].

No puede, por consiguiente, ponerse en duda cuál fué

[53] De Quevedo y Calderon ya hemos hablado, y podiamos haber añadido á Montalvan, Zárate, Tirso y los demás, autores dramáticos de nota. Cervantes, que era ya viejo, no hizo gran caso de la nueva escuela; pero en su «Ilustre Fregona» (1613) se queja de aquel estilo oscuro de poesía, y vuelve á aludir á él en la segunda parte del «Quijote», cap. 16.

[54] Lope de Vega, «Obras sueltas»; t. I, pp. 271-342; t. XII, pp. 231-234, t. XIX, p. 49, y t. IV, pp. 459-482. En el último pasaje citado en el texto Lope dice que siempre se habia propuesto por modelo á Fernando de Herrera.

su verdadera opinion acerca de Góngora; verdad es que este le embistió por ello con la mayor crudeza, y aunque Lope continuó elogiando á aquel ingenio irritable por las obras buenas que habia escrito y que lo merecian, Góngora nunca se lo perdonó, como lo prueba un cuaderno de versos inéditos suyos, en que da sueltas á su resentimiento y deseos de venganza [55]. Todo esto no impidió que Lope cayese con harta frecuencia en la misma falta que tan severamente criticaba, como puede verse en sus comedias, particularmente en la del *Cuerdo en su casa*, donde la impropiedad del estilo resalta mas por la índole misma del argumento, en muchas poesías, como en la *Circe* y en las *Fiestas de Denia*, en las que si no hubiese hablado á lectores cortesanos, es indudable que se hubiera valido del estilo llano, natural y corriente á que le llevaba su inclinacion.

Otros muchos atacaron tambien á Góngora: el retórico Cascales, en sus *Tablas poéticas*, impresas en 1616 [56]; el poeta Jáuregui, en un *Discurso sobre el estilo culto y oscuro* [57], y Salas en 1633 en sus *Investigaciones sobre la tragedia* [58]. Pero el ataque mas violento y formidable que sufrió la nueva escuela, fué el dado por Quevedo, quien en 1631 publicó su bachiller Francisco de la Torre y las poesías de Fr. Luis de Leon, como para enseñar el

[55] Biblioteca Nacional de Madrid, Estante M., Cod. 132, 4.º Al menos allí estaba en 1818 cuando le consultamos.

[56] «Tablas poéticas, edic. de 1779, p. 103. Mardones, amigo de Góngora, respondió á Cascales (Cartas filológicas, 1771. Decad. 1ª, cartas 8 y 10), replicó este, y volvió el otro á contestar, y Cascales á responderle en la carta 9.

[57] Nunca he podido ver este libro; pero D. Nic. Antonio, en el artículo de Jáuregui, inserta el título, y Flögel («Historia de la literatura cómica», t. II, p. 303) cita la fecha de la impresion; sin embargo, Jáuregui, en su traduccion ó imitacion de la «Farsalia» de Lucano, cayó en el mismo defecto que Góngora. Declamacion contra los abusos de la lengua castellana», 1793, p. 138.

[58] Tragedia antigua, Madrid, 1633, 4.º, pp. 84-85.

verdadero camino de la poesía lírica española, fundándola en la imitacion de los buenos modelos, así antiguos como modernos, castellanos y extranjeros. De este golpe contundente, asestado en la época en que mas favor gozaban las obras de Góngora y de sus mejores discípulos, como que corrian ya impresas y no manuscristas, nunca se repuso enteramente el culteranismo, y nunca jamás volvió á su antiguo vigor y lozanía[59].

Fuera de esta lucha y extraño á ella hallamos, si hemos de juzgarle por su estilo, á Francisco de Medrano, uno de los poetas españoles líricos mas puros y atractivos, y á quien ningun trabajo parece haber costado el libertarse del contagio de su tiempo. Sus poesías, que son pocas, se aventajan mucho á las *Sestinas* de Venegas, con las que andan unidas por via de suplemento, pues se imprimieron juntas en 1617. Tiene algunos sonetos sagrados muy notables, pero sus odas horacianas, y sobre todo la de la vanidad de los deseos humanos, que comienza «Todos, todos lo erramos», son lo mejor de sus agradables versos[60].

Otro escritor de la misma clase que encontramos ya en 1584, pero que no murió hasta 1606, es el agudo é ingenioso andaluz Baltasar de Alcázar, quien dejó un corto número de versos líricos, muy superiores en gusto, delicadeza y correccion á los que se escribian generalmente en su tiempo[61].

Igual elogio, si no absolutamente el mismo, merece

[59] Véase el Apéndice (G).

[60] Nada sabemos de Medrano sino que sus poesías se imprimieron en 1617 en Palermo, al fin de una imitacion ó mas bien traduccion de Ovidio por Venegas. Pero Pedro Venegas de Saavedra era un caballero sevillanó, y Nicolás Antonio (Bibl. Nov., t. II, p. 246) sospecha que la edicion se hizo en Palermo.

[61] Hace mencion de él Cervantes en el «Canto de Caliope», y hay noticias

D. Juan de Arguijo, caballero sevillano, rico y distinguido por la proteccion que dispensó á las letras, á quien Lope dedicó tres poemas, y cuyas poesías Espinosa puso al frente de sus *Flores*, sin duda para granjear á su libro el favor y aplauso del público. Por lo poco que de él ha llegado hasta nosotros, se conoce que escribió usando las formas italianas, porque sus veinte y nueve sonetos, que con un singular sabor de antigüedad son á veces muy poéticos, una buena cancion á la muerte de un amigo suyo, y otra á una fiesta religiosa celebrada en Cádiz, es todo lo que de sus poesías se conserva. El juguete á su guitarra, que intituló sencillamente *Silva*, vale por todas las demás, pues sobre ser enteramente español, respira una dulzura y melancolía que penetran el corazon [62].

Antonio Balvas Varona, que murió en 1629, es poeta de pretensiones mas humildes que los dos últimos citados, aunque tal vez fué un enemigo mas declarado que ninguno de ellos de la nueva escuela. Ya viejo, se resolvió á publicar un tomo de poesías, al cual, despues de vacilar algun tanto, puso por título *El poeta castellano*, mereciendo que Lope de Vega le calificase de «escrito con pureza», y acomodado á una época «en que la lengua antigua de Castilla empezaba á sonar en sus oidos

de su vida en la traduccion española de Sismondi (t. I, p. 274); sus poesías están en las «Flores», de Espinosa, y en el t. XVIII de la «Coleccion» de Fernandez.

[62] Varflora «Hijos de Sevilla», número III, p. 14.—«Literatura española de Sismondi» por Figueroa, t. I, p. 282. Espinosa «Flores», y Fernandez, «Coleccion», t. XVIII, pp. 88-124. Añadirémos aquí que los «Hijos de Sevilla, ilustres en santidad, letras, armas, artes ó dignidad», publicados en aquella ciudad, 1791, 8.°, es un libro de escaso mérito, aunque se hallan hechos que en vano se buscarian en otros escritores; se ha hecho además muy raro por haberse publicado en cuadernos sueltos. Su portada dice estár escrito por D. Fermin Arana de Varflora; pero Blanco White, en sus «Cartas de Doblado», 1822, asegura que su verdadero autor fué el padre Valderrama.

como lengua extraña y desconocida »; y con todo, en este tomito, tan humilde en tamaño como modesto en pretensiones, Balvas encomia á Góngora y á Ledesma; ¡tan de absoluta necesidad era el congraciarse la escuela favorita del público! [63].

[63] El poeta castellano Antonio Balvas Varona, natural de la ciudad de Segovia, Valladolid, 1627, 8.º

CAPITULO XXX.

Continuacion de la poesía lírica. — Los Argensolas, Jáuregui, Villegas, Balbuena, Salas Barbadillo, Polo, Rojas, Rioja, Esquilache, Mendoza, Rebolledo, Quirós, Evia, Sor Juana Inés de la Cruz, Solís, Cándamo y otros. — Caractéres diversos de la poesía lírica española considerada como sagrada y profaua, popular y cortesana.

ENTRE los poetas líricos que florecieron en España á principios del siglo XVII y que se opusieron resueltamente á lo que entonces se empezaba á llamar *gongorismo*, los primeros por su influencia é importancia fueron los dos hermanos Argensolas, caballeros aragoneses, descendientes de una buena familia italiana, oriunda de Ravena, y establecida en España desde el tiempo de los Reyes Católicos. El mayor de ellos, Lupercio, nació hácia 1564, y Bartolomé, su hermano, al siguiente año. Educóse Lupercio en la carrera civil, y se casó muy jóven, por los años de 1587. Escribió las tres tragedias de que ya hemos hablado en la parte dramática, y dos mas despues, distinguiéndose mucho en Alcalá de Henáres, con motivo de una justa poética de las que con tanta frecuencia se celebraban entonces. En 1591 pasó á su país natal como agente de Felipe II, cuando la fuga de Antonio Perez, y sucesivamente fué nombrado cronista de aquel reino y secretario de la emperatriz D.ª María de Austria.

La época mas feliz de su vida fué problamente la que pasó en Nápoles, adonde marchó en 1610, en la comitiva del virey, conde de Lemus. Mostróse este ilustrado magnate ansioso de llevar consigo insignes poetas, así como eminentes políticos; y haciendo que los dos hermanos formasen parte de su séquito oficial, no solo dió á Lupercio la plaza de secretario de Estado y Guerra, sino le autorizó para nombrar empleados subalternos entre los escritores y literatos españoles. Pero su residencia en Italia fué muy corta; en marzo de 1613 murió repentinamente, y fué enterrado con toda solemnidad por la academia de los *Oziosi*, que él mismo habia fundado, y que presidia entonces como director, Manso, el amigo del Tasso y de Milton.

Bartolomé recibió una educacion clerical como destinado desde luego por sus padres á la carrera eclesiástica; el favor y proteccion del duque de Villahermosa le proporcionaron en Aragon un pingüe beneficio, que fijó en cierto modo su posicion social. Pero hasta el año de 1610, en que marchó á Nápoles en compañía de su hermano, residió principalmente en Salamanca, dedicado exclusivamente á trabajos literarios, y preparando la historia que dió á luz en 1609 de la reciente conquista de las Molucas. En Nápoles fué uno de los principales personajes de la corte poética del Virey, y así como otros compañeros suyos, mostró gran facilidad en representar dramas compuestos de repente; tambien fué acogido en Roma con grande estimacion y muestras de aprecio; y antes de volver á su patria en 1616 fué nombrado cronista de Aragon, sucediendo á su hermano en este honroso puesto que desempeñó hasta su muerte, ocurrida en 1631.

Poquísima es la diferencia entre las carreras y suerte

respectiva de estos dos hermanos notables, si se exceptúa la duracion de su vida y la cantidad proporcional de sus escritos, porque, no solo ambos fueron poetas y poseyeron aquellas dotes intelectuales que inspiran consideracion y respeto, sino que tuvieron la fortuna de ocupar elevados puestos, en los que pudieron proteger á poetas y escritores, algunos muy superiores á ellos. Sin embargo, apenas son conocidos hoy dia sino por un tomo de poesías, principalmente líricas, que en 1634, y muertos ya los dos, publicó un hijo de Lupercio. «Compónese, dice este, de cuantos versos pude hallar de mi padre y tio, no de todos los que escribieron, porque mi padre poco antes de morir habia roto y quemado casi todos sus manuscristos, y mi tio, aunque en 1605 facilitó á Espinosa hasta veinte composiciones para insertarlas en su coleccion; tampoco puso mucho cuidado en conservar lo que mas miraba como un solaz y pasatiempo en los horas de ocio que como una ocupacion grave.»

Así y con todo, la coleccion manifiesta la misma conformidad de gustos, talentos é inclinaciones que se ve en las vidas de los dos hermanos. La Italia, país originario de su familia, donde ambos vivieron y donde á tantos hombres distinguidos conocieron y trataron; parece haber ocupado su pensamiento siempre que escribian, y el espíritu de Horacio brilla á menudo en sus poesías. Es evidente que los dos hermanos se propusieron imitar la entonacion filosófica, versificacion esmerada, al mismo tiempo que armoniosa y el entusiasmo templado de aquel gran poeta, así en las odas como en aquellas poesías ligeras que ostentan las formas mas libres y sueltas de la poesía nacional. En general, el mayor de los dos hermanos muestra mas nervio y robustez, aunque por otra parte

dejó muchos menos versos para poder calificar su mérito con el debido acierto. El menor es mas ameno y agradable, y sus composiciones están concluidas con mas cuidado y firmeza. Aunque ambos eran aragoneses, escribieron el castellano con tal pureza, que Lope de Vega dice «le parecia habian venido de Aragon á enseñar el castellano». Por esta y otras buenas cualidades son muy dignos de figurar con distincion entre los poetas líricos españoles, si no ya en primer rango, al menos en el inmediato, puesto que no vacilamos en señalarles al recordar los versos líricos que el mayor de los hermanos dirigia á la dama con quien despues casó, así como la diccion castiza y pura y la delicadeza de sentimientos que brillan en las composiciones mas largas de ambos[1].

Entre los que siguieron los pasos de los Argensolas, uno de sus primeros y mas felices imitadores debió ser D. Juan de Jáuregui, caballero sevillano, descendiente de Vizcaya, que nació por los años de 1570, con igual talento para la pintura que para la poesía, circunstancias que sabemos por diferentes conductos, y entre ellos por un soneto epigramático de Lope de Vega; pasó á Roma á dedicarse al estudio del arte que parece debia ser la ocupacion y delicia de su vida; pero las musas le obligaron á abandonar aquel camino. Estando en dicha ciudad publicó en 1607 una traduccion del *Aminta*, del Tasso, y desde entonces se le contó en el número de los

[1] Pellicer, «Biblioteca de traductores», 1778. pp. 1-141, y Latassa, «Biblioteca nueva de escritores aragoneses», t. II, pp. 143-161, traen extensas vidas de los Argensolas, en que se encuentran cuantas noticias pueden apetecerse sobre sus personas y escritos. Además de la edicion original de sus «Rimas» (Zaragoza, 1634, 4.°) hay dos reimpresiones, la de la «Coleccion» de Fernandez y la de 1804. Es muy admirado el famoso soneto de Bartolomé «A un sueño»; pero preferimos el dirigido á la Providencia, y tambien encontramos muy buena su oda ó cancion en elogio de la Iglesia despues de la batalla de Lepanto; edic. de 1634, p. 372.

poetas españoles conocidos en su patria y fuera de ella. Parece que al volver á España pasó á la corte, donde precedido de una reputacion ya formada, fué acogido favorablemente. Sucedia esto hácia 1613, pues en este año hace mencion Cervantes en sus *Novelas* de un retrato suyo, «pintado, dice, por el famoso Jáuregui».

Sin embargo, para el año de 1618 estaba ya en Sevilla, donde publicó una coleccion de sus obras, y mas tarde en Madrid, en 1624, su *Orfeo*, poema en cinco cantos cortos sobre este personaje mitológico. Está escrito en un estilo mucho menos puro del que debia esperarse de un hombre que atacó despues con tanta energía las extravagancias de Góngora; pero á pesar de este defecto, gustó tanto; que inspiró á Montalvan el pensamiento de tratar el mismo asunto, rivalidad á que le animó sin duda la proteccion de su insigne maestro Lope [2]. Ambos poemas fueron bien recibidos, y los dos escritores continuaron gozando el favor del público hasta su muerte, ocurrida casi al mismo tiempo, pues Jáuregui falleció en 1640, al terminar una traduccion libre ó mas bien un *rifacimento* desatinado y sin gusto de la *Farsalia* de Lucano.

La reputacion de Jáuregui está fundada en el tomo de versos que imprimió en 1618; la traduccion del *Aminta*, con que este principia, está corregida sobre la edicion de Roma, y presenta algunas variantes, en las que no siempre anduvo el autor acertado; pero considerada en

[1] Es un hecho notable y que demuestra bien la incuria con que en España se atribuian obras á personas que no las habian escrito, que el «Orfeo» de Jáuregui está impreso en la «Citara de Apolo», coleccion de poesías póstumas de Agustin de Salazar (Madrid, 1626, 4.º) como si fuera suyo. Los hemos comparado, y no hay mas diferencia que la primera octava y el título del poema, que en vez de ser «Orfeo», como le llama su verdadero autor, se intitula, á imitacion del que escribió Góngora, «Fábula de Euridice y Orfeo».

general, es la obra de su clase mas bella y acabada de la lengua española, notable por la fluidez y soltura de la versificacion y porque guarda exactamente la preciosa entonacion lírica y la sin par dulzura de su original italiano.

Las poesías originales de Jáuregui son pocas, y manifiestan de vez en cuando que, á pesar de todo, estaba sujeto á la influencia de Góngora. Nótase esto con mas claridad en el *Orfeo* y en la *Farsalia*; si bien es cierto que la parte lírica de sus obras, exceptuando solo las composiciones sagradas, tiene un sabor enteramente italiano, y está casi libre de aquel defecto. La cancion «al Lujo» es noble y elevada, y la silva intitulada *Acaecimiento amoroso*, en que finge ver á su querida bañándose, está tratada con mas mesura y decoro que la composicion de igual especie inserta por Thomson en su *Estío;* además la diccion de Jáuregui es admirable, y en el modo de disponer el cuadro general de la escena se echa de ver su habilidad en el arte encantador de trasladar al lienzo las bellezas de la naturaleza; sus sonetos y composiciones cortas no son tan buenas [3].

[3] Sedano, t. IX, p. 22. Lope de Vega, «Obras sueltas», t. I, p. 38. Signorelli, «Storia di teatri», 1813, t. VI, p. 13. Cervantes, «Novelas», prólogo. «Orfeo», de D. Juan de Jáuregui, Madrid, 1624, 4.° Fernandez, «Coleccion», tom. VII y VIII, que contienen la «Farsalia», y «Rimas» de D. Juan de Jáuregui, Sevilla, 1618, 4.°, reimpresas por Fernandez, t. VI. Pero el mejor texto del «Aminta» es el que inserta Sedano («Parnaso», t. I), comparando las dos ediciones hechas por el mismo Jáuregui. Es de notar que hablando Cervantes de esta hermosa traduccion («Don Quijote», parte II, cap. 62), dice lo mismo que de la del «Pastor Fido», de Figueroa; felizmente ponen en duda cuál sea la traduccion y cuál el original». La «Farsalia» no se imprimió hasta el año de 1684.

«El acaecimiento amoroso», de Jáuregui puede ser comparado, aunque muy ventajosamente para él, con una silva al mismo asunto, intitulada «Anaxarete» que Manuel Gallegos publicó al fin de su «Gigantomachia», Lisboa, 1628, 4.°, diez años despues de haber salido á luz la composicion de Jáuregui. No faltan en la «Anaxarete» trozos muy graciosos; pero es demasiado larga, y se resiente del mal gusto de Góngora.

Otro discípulo de los Argensolas, que se preciaba de haber seguido fielmente sus pasos desde que, siendo niño, vió lleno de admiracion á Bartolomé en las calles de Madrid, fué D. Estéban Manuel de Villegas[4]. Nació en Nájera en 1596, y se educó, parte en la corte, y parte en Salamanca, donde estudió leyes. Despues de 1617, y con toda seguridad antes de 1626, contrajo matrimonio, y abandonó casi enteramente las letras, dedicándose al ejercicio de su útil profesion, á fin de ganar con ella el sustento de su familia; pero en medio de sus ocupaciones, no le faltó tiempo para publicar varias eruditas disertaciones sobre autores clásicos, adelantar sus estudios, aumentando el *Códice Teodosiano*, y por último publicar en 1665 para consuelo de sus aflicciones y pesares una traduccion del libro de Boecio, que además de estar muy bien hecha en la parte métrica, es un modelo de prosa castellana. Mas á pesar de sus laboriosas tareas, Villegas vivió siempre pobre y sin apoyo, terminando en 1669 su desgraciada y penosa existencia[5].

La parte risueña y poética de la vida de Villegas, cuando lleno de orgullo y vanidad se anunciaba como un sol naciente, y atacaba á Cervantes creyendo complacer á los Argensolas, duró poco y fué pronto abrumada por los cuidados y sinsabores del mundo[6]. El mismo dice

[4] Encuéntrase esta alusion en una sátira contra el culteranismo que no aparece entre sus versos, pero que Sedano publicó por primera vez. (T. IX, 1778, p. 8.)

[5] Al frente de la edicion de Villegas (Madrid, 1774, dos tomos en 8.º) hay una excelente vida del autor, escrita, segun dice Sempere («Biblioteca de escritores del reinado de Cárlos III», Madrid, 1785, 8.º, t. V, p. 19), por D. Vicente de los Rios, ilustrador del «Quijote».

[6] En la edicion de sus poesías, que imprimió á su costa en Nájera, 1617, 4.º, puso una portada en que hay pintado un sol naciente, rodeado de estrellas que se oscurecen y dos letreros que explican el emblema: el primero «Sicut sol matutinus», y el segundo «¿Me surgente, quid istæ?» «Istæ» eran nada menos que Lope de Vega,

que muchos de sus versos los escribió á la edad de catorce años, y ciertamente cuando los imprimió apenas contaba veinte y uno[7]; y sin embargo, pocos libros hay en castellano que encierren mayores pruebas de talento poético. Divídese el tomo en dos partes: la primera contiene traducciones de algunas odas del primer libro de Horacio y de todo el Anacreonte, con varias composiciones imitando á este último sobre asuntos propios. Ocupan la segunda sátiras y elegías, que propiamente son epístolas; idilios en octavas, sonetos á la manera del Petrarca, y las *Latinas*, como él las llama, por la circunstancia de estar escritas en metros latinos.

Todas respiran un espíritu verdaderamente poético: las traducciones están en general hechas con libertad, aunque conservan en gran manera la índole del original; las *Latinas* son curiosísimas. Ocupan muy pocas páginas, y exceptuando las dos ligeras muestras de imitacion de metros antiguos, que Bermudez dió en los coros de sus dos tragedias, cuarenta años antes, son la primera y única tentativa notable para introducir en castellano aquellas formas métricas que poco antes de Bermudez se usaron con algun éxito en Francia, y que Spencer poco despues trató de introducir en Inglaterra. No anduvo muy feliz en ellas nuestro Villegas, aunque en cambio en la traducción de Anacreonte estuvo felicísimo. En efecto, al leer esta vemos por do quiera brotar la jo-

Quevedo y la flor y nata de la literatura española en sus mejores tiempos; parece que la impertinencia y orgullo de Villegas incomodaron á Lope, pues hablando de él con elogio, añade luego:

Aunque dijo que todos se escondieran,
Cuando los rayos de su ingenio viesen.

(«Laurel de Apolo», Madrid, 1630, 4.º, silva 3.)

En cuanto al lenguaje gracioso de Villegas respecto á Cervantes, véase á Navarrete, Vida, pár. 128.

7 Mis dulces cantilenas,
Mis suaves delicias,
A los veinte rimadas
Y á los catorce escritas.

(Edic. de 1617, fol. 88.)

vialidad, alegría y regocijo de los antiguos banquetes, segun los describe el poeta de Theos, con la ventaja de no contener nada ó muy poco de aquella desenvoltura que en el dia podria ofender y disgustar al lector. La oda al «pajarillo á quien han robado su nido», la del «Amor y la abeja», la imitacion del *Ut flos in septis*, de Catullo; en una palabra, casi todas las composiciones ligeras que componen el tercer libro de la primera parte, con algunas del primero, son modelos lindísimos en su clase, y reflejan con la mayor verdad la natural dulzura del poeta griego, llegando en esto á tal punto, que con dificultad se hallará su igual en la literatura moderna. Tan cierto es esto, que al concluir la lectura de Villegas, causa tristeza y dolor el ver que el mismo hombre que en la primavera de su vida hacia tan lindos versos y creaba una poesía tan llena del espíritu y colorido de la antigüedad, tan severamente clásico como fácil, natural y sencillo, sobreviviese mas de cuarenta años á su publicacion, sin lograr un instante de reposo, sin que los disgustos y amarguras que rodearon su existencia le permitiesen renovar por un momento las dulces tareas que fueron el solaz y delicia de sus primeros años, y trasmitieron su nombre á la posteridad, en la que seguramente no pensaba Villegas al entonar con labios aun balbucientes sus canciones y anacreónticas[8].

Pasarémos en silencio á Balbuena, cuyas mejores com-

[8] Hay una noticia muy interesante de Villegas y sus obras por Wieland en el «Mercurio Aleman», 1774, t. v, pp. 237, etc.; donde por primera vez, si no nos equivocamos, se menciona su nombre fuera de España con el aprecio á que es acreedor. Pero debe recordarse que Villegas, aunque escribia comunmente con sencillez, y en su elegía á Bartolomé Leonardo de Argensola («Eróticas», 1617, t. II, fol. 28) y en otras partes critica la afectacion y oscuridad que se hicieron de moda en su tiempo, cayó algunas veces en el mismo error que condena, y aun escribió la elegía VI en alabanza del absurdo poema del «Faeton» de Villamediana.

posiciones líricas se hallan en su novela en prosa[9], y á Salas Barbadillo, que insertó sus versos en varias de sus obras, y sobre todo en sus *Rimas castellanas*[10]; ambos florecieron antes de 1630, y lo mismo que Polo[11], cuyo talento se distinguió en el género fácil y ligero, y Soto de Rojas, que escribió pastorales líricas muy aventajadas[12], vivieron á la sazon que Lope de Vega derramaba torrentes tales de poesía; que no solo determinaban el carácter y tendencia de la literatura del país, sino que arrastraban en su corriente el caudal de otros muchos arroyuelos mas escasos, si se quiere, aunque mas puros y cristalinos.

Entre estos poetas habrémos de contar á Francisco de Rioja, eclesiástico sevillano, que nació en 1600, y murió en 1658. La circunstancia de ocupar un puesto elevado en la Inquisicion parece que debió ponerle al abrigo de las vicisitudes y contratiempos del mundo, pero su amistad con el famoso conde-duque de Olivares, quien arrastró en su caida á todos sus protegidos, amigos y allegados, le fué perjudicial. Sin embargo, la desgracia de Rioja duró poco, y hay motivos para creer que los últimos años de su vida, que pasó en Sevilla dedicado exclusivamente á las letras, fueron tan felices y tranquilos como los de su juventud.

9 En el «Siglo de oro» edic. de la Academia, 1821, Madrid, 8.°, hay algunas poesías añadidas además de las intercaladas en la pastoral.

10 En casi todas las obras de Salas Barbadillo se encuentran versos que juntos abultarian quizá el doble de sus rimas castellanas, Madrid. 1618, 8.°, que él mismo publicó, ó las que despues de su muerte imprimieron sus amigos en las «Coronas del Parnaso», Madrid, 1635, 8.° El tomo de las rimas tiene mas de una mitad de sonetos y epigramas.

11 Obras de Salvador Jacinto Polo de Medina, Zaragoza, 1670, 4.° Su «Apolo y Dafne» es un poema burlesco, escrito en estilo culto.

12 «Desengaño de amor» en rimas, por Pedro Soto de Rojas, Madrid, 1623, 4.° Era granadino, y por sus sonetos se conoce que fué tambien admirador de Góngora.

Las poesías que de este autor nos quedan son muy pocas, aunque todas muy leidas y tenidas en grande estimacion y aprecio. Algunos sonetos son extraordinariamente bellos y felicísimos; lo mismo puede decirse de su silva «á la riqueza», imitacion de Horacio, y de otra «á la pobreza», que es toda original. La dirigida «á la primavera», en que usando las expresiones de Pericles, aconseja á su amigo Fonseca que no pierda y malgaste la primavera de la vida, está llena de melancolía y de ternura, y tiene quizá algo de personal: en ella el poeta lamenta su ambicion y los errores de su juventud. Pero la obra que dió á Rioja mayor crédito y celebridad fué su famosa cancion «á las ruinas de Itálica», obra maestra de sentimiento y de ingenio, escrita á la memoria de una ciudad romana, próxima á Sevilla, y patria del gran Trajano, en la cual se expresa con el entusiasmo de una imaginacion ardiente, fogosa y juvenil, nutrida con largos y continuos paseos por entre aquellos ruinosos pórticos y derruidos palacios. Lo extraño es que se ha disputado á Rioja el honor de esta magnífica creacion, y que la citada cancion, ó al menos parte de ella, se atribuye hoy dia á Rodrigo Caro, escritor muy nombrado, aunque mas conocido como erudito y anticuario que como poeta, entre cuyas obras inéditas se ha encontrade un borrador del año de 1595, el cual, dado caso que sea genuino, encierra el mismo pensamiento y hasta contiene íntegra una de las mejores estancias de la oda de Rioja, y por consiguiente lleva la fecha de este trabajo á una época anterior al nacimiento de nuestro poeta [13].

[13] Las poesías de Rioja no se publicaron hasta fines del siglo XVIII, que salieron á luz en las colecciones de Sedano y Fernandez. En la traduccion española de Sismondi (Sevilla, 1842, t. II, p. 173) se imprimieron en las no-

Entre los escritores que mas se opusieron á la escuela de Góngora y que por su rango ó importancia pudieron haberla causado mayor daño, á no haberse él mismo dejado á veces arrastrar por el mal ejemplo, fué el príncipe Borja y Esquilache. Sus mismos títulos, corrupcion de dos nombres ilustres que llevaron un tiempo las familias italianas de Borgia y Squillace, manifiestan suficientemente su esclarecido linaje y la sangre que corria por sus venas; pero aunque por una rara coincidencia fué biznieto del papa Alejandro VI y nieto de uno de los primeros generales de la compañía de Jesus, descendia al propio tiempo de la casa real de Aragon, y tenia un corazon noble y español. Su elevado rango é ilustre cuna le abrieron luego el camino de los honores y cargos públicos; distinguióse como militar y diplomático, y llegó al elevado puesto de virey del Perú, que desempeñó durante seis años con tanta cordura como buenos resultados.

En medio de los cuidados de su vida pública, siguiendo el ejemplo de otros compatriotas suyos, Borja no olvidó nunca las letras, y supo aprovechar los ratos de ocio escribiendo varios tomos de poesías. De estas las mejores, sin disputa, son sus romances líricos; tambien son buenos sus sonetos y madrigales, entre los cuales los hay en extremo graciosos y tiernos, como el dirigido «á un ruiseñor». En general sus mejores obras son las «letrillas», las cuales se distinguen por su tono epigramático y por la sencillez del estilo: corresponden á un género

tas dos canciones de Rioja y de Caro; allí mismo se halla la noticia mas extensa que tenemos de Rioja. Debemos añadir que este fué amigo de Lope de Vega, quien le dirigió una epístola muy agradable, que trata de su «Jardin», y se imprimió por primera vez en 1622.

que aparece periódica y constantemente en la literatura española, y del cual puede presentarse como muestra la siguiente:

Fuentecillas que reís
Y con la arena juguis,
¿Dónde vais?
Pues de las flores huís
Y los peñascos buscais,
Si reposais,
Donde risueñas dormís,
¿Por qué correis y os cansais?

Obras en verso de Borja.—Ambéres, 1663, 4.°, p. 395.

Fué Borja un caballero muy considerado y respetado durante su vida, y falleció en Madrid, su patria, en 1658, á los setenta y siete años de su edad. Sus poesías sagradas, algunas de las cuales se publicaron despues de su muerte, son de escaso mérito [14].

D. Antonio de Mendoza, poeta dramático de la corte, que floreció desde 1630 á 1660, fué tambien uno de los poetas líricos mas notables de su tiempo, y lo mismo puede decirse de Cáncer y Velasco, Cubillo y Lopez de Zárate, todos ellos muertos á fines del siglo XVII. Cáncer y Mendoza cultivaron los antiguos metros nacionales, mientras los dos últimos se dedicaron con preferencia á la escuela italiana; pero ninguno de los cuatro goza hoy de gran reputacion [15].

[14] La vida de Esquilache está en Baena, t. II, p. 175, y sus opiniones sobre la poesía, defendiendo la antigua escuela castellana en unas décimas que anteceden á sus obras en verso, impresas en 1639, 1652 y 1663. Entre sus romances líricos merecen citarse dos señalados en la edicion de Ambéres, con los números 44, 66 y 129. El juguete citado en el texto es el núm. 20, y está entre las composiciones llamadas «Vueltas», especie de glosa con estribillo que demuestra mucho ingenio poético en el giro del pensamiento y de la frase.

[15] «El fénix castellano», de D. Antonio de Mendoza, Lisboa, 1690, 4.°; «Obras poéticas» de Jerónimo de Cáncer y Velasco, Madrid, 1650, y 1761, 4.°; con Latassa, Bibl. Nov., t. III,

No sucede lo mismo con el conde D. Bernardino de Rebolledo, caballero castellano, que aunque no fué gran poeta, vive aun en la memoria y afecto de sus compatriotas. Nació en Leon el año de 1597, y entró á servir en el ejército á la edad de catorce años; primero en la guerra contra los turcos y las potencias berberiscas, y despues en la de treinta años de Alemania, donde el emperador Fernando le agració con el título de conde. En 1647, al hacerse la paz, fué nombrado embajador en Dinamarca, y vivió mucho tiempo en el Norte en grandes relaciones, segun se deduce de sus poesías, con la corte de aquel reino y con la de Cristina de Suecia, en cuya conversion, asegura en una de sus cartas, tuvo mucha parte[16]. Desde 1662 desempeñó el ministerio de Estado en Madrid, donde murió en 1676 colmado de honores, distinciones y riquezas, puesto que los sueldos, pensiones y salarios que disfrutaba ascendian á cincuenta mil ducados anuales.

Es harto singular el hecho de haberse impreso en el norte de Europa las poesías de un autor español; tal fenómeno se verificó con las de Rebolledo: en 1650 salió á luz en Colonia un tomo de sus versos, y en 1655 otro en Copenhague; ambos contienen composiciones líricas en metros nacionales é italianos, y si bien es cierto que ninguna es muy notable, hay muchas escritas con sencillez, y algunas muy superiores á todo lo que en esta materia ofrece su época[17].

p. 224; «El Enano de las musas», de D. Alvaro Cubillo de Aragon (Madrid, 1654, 4.°), quien era natural de Granada; y «Obras varias» de Francisco Lopez de Zárate, Alcalá, 1651, 4.°, en que despues de varias poesías en metros españoles é italianos, todas ellas de poco mérito, se inserta al fin su tragedia «Hércules Furens y Oeta» escrita con todo el rigor del arte. La tragedia es del mismo calibre que las poesías.

[16] «Obras», Madrid, 1778, 8.°, t. I, p. 371.

[17] En el prólogo á los «Ocios», im-

Fácilmente pudiéramos aumentar este católogo de autores con los nombres de otros muchos, pero nada ganaria por eso en dignidad y valor; entre ellos figuran el portugués Ribero, Pedro de Quirós, ilustre sevillano; Barrios, judío perseguido por la Inquisicion, Espinosa y Malo, aragonés; Evia, natural de Guayaquil en el Perú; Sor Juana Inés de la Cruz, célebre monja de Méjico; Solís, el historiador; Cándamo, el poeta dramático; y Marchante, Montoro, Negrete, que vivieron todos á últimos del siglo XVII, llegando los tres postreros á tropezar con el XVIII, cuando ya el espíritu poético español apenas daba señales de vida [18].

presos en Ambéres en 1650, 8.°, hay una vida de Rebolledo, cuyos materiales debió dar él mismo, y otra mejor en el t. V del «Parnàso» de Sedano; pero tanto sus poesías como todo lo relativo á su persona se encuentran en sus obras impresas en Madrid, 1778, tres tomos, 8.°; el primero está dividido en dos partes; hay algunas poesías suyas que se resienten de gongorismo. Escribió un drama. que llamó tragicomedia, con el título de «Amar despreciando riesgos», que no carece de mérito.

[18] Ant. Ruiz Ribero de Barros, «Jornada de Madrid», Madrid, 1672, 4.°, miscelánea muy pobre de verso y prosa, cuyo autor murió en 1683 (Rarbosa, Bibl., t. I, p. 313).—Pedro Quirós, 1670, de quien hablan Sismondi («Liter. Esp.», Sevilla, 1842, t. II, p. 187, nota) y Varflora (núm 4, p 68).—Miguel de Barrios, «Flor de Apolo», Bruselas, 1665, 4.°, y «Coro de las musas», Bruselas, 1672, 12.°—«Ociosidad ocupada y ocupacion ociosa», de D. Félix de Lucio Espinosa y Malo, Roma, 1674, 4.°, con cien sonetos bastante malos. (Latassa, Bibl. Nov., t. IV, p. 22.)—Jacinto de Evia, «Ramillete de flores poéticas», Madrid, 1676, 4.°, que contiene, además de sus poesías, otras de varios autores.—Sor Juana Inés de la Cruz, la décima musa, «Poemas», Zaragoza, 1682-1725, tres tomos, 4.°, etc.—Antonio de Solís, «Poesías», Madrid, 1692, 4.°—Cándamo, «Obras líricas», s. a. 16.°—José Perez de Montoro, «Obras póstumas líricas, humanas y sagradas», Madrid, 1736, dos tomos, 4.° Presumimos que no se imprimieron hasta dicho año, aunque su autor murió en 1694.—Manuel de Leon Marchante, «Obras póstumas», Madrid, 1733, dos tomos, 4.°, donde hay villancicos que por su rudeza, aunque no por su poesía, recuerdan los de Juan del Encina.—Andrés José Tafalla Negrete, «Ramillete poético», Zaragoza, 1706, 4.°, al que Latassa (Bibl. Nov., t. IV, p. 104) añade un tomo impreso en Valencia, 1680, 4.°, intitulado «Varias hermosas flores del Parnaso», el cual comparado con la obra de Espinosa del mismo nombre, impresa en 1605, da una idea del estado de decadencia á que habia llegado la poesía. Contiene obras de D. Antonio de Mendoza, Solís y los siguientes poetas que no conocemos, Francisco de la Torre y Sebil, Rodrigo Artes y Muñoz, Juan Barceló y Juan Bautista de Aguilar; coleccion despreciable á todas luces. De los autores nombrados en esta nota, quien mas sensacion causó despues de Solís fué Sor Juana Inés de la Cruz, mas notable como mujer que co-

Pero aunque el último período es ciertamente triste y desconsolador, la poesía lírica en España tuvo desde los tiempos de Cárlos V hasta la entrada de la dinastía borbónica una carrera mas próspera y feliz que la que logró en los demás pueblos de Europa, excepto en Italia é Inglaterra, y manifiesta además en sus diversos géneros rasgos originales, propios y que revelan el carácter nacional.

Tal vez la dificultad misma de satisfacer el gusto popular en aquello que se miraba con tanto respeto y veneracion fué causa de que la poesía llamada «á lo divino», sin adherirse estrictamente á las formas antiguas, se apegase mas á ellas, y ofreciese cierta semejanza con las mas naturales y primitivas inspiraciones del antiguo ingenio nacional. Generalmente es pintoresca como en las canciones ya citadas de Ocaña á la llegada de la Vírgen á Belen y huida á Egipto; á veces hasta ruda y grosera, recordando los villancicos que los pastores cantaban en los antiguos autos de Navidad; pero siempre, hasta cuando pasa á ser mística y se contamina con el mal gusto, respira el verdadero espíritu de la fe católica, impreso en este ramo de la lírica española con mas fuerza que en ningun otro de los cultivados posteriormente.

Ni está marcada con menos vigor la parte profana, si bien con atributos del todo diferentes; en los géneros populares sobre todo tiene frescura, sencillez y aun á veces cierta rusticidad. Algunas de las «canciones» cortas que tanto abundan en ella, y no pocas «chanzonetas», al paso que comienzan de una manera tierna y sentida, aca-

mo poeta; nació en Guipúzcoa en 1651, y murió en Méjico en 1695. («Seman. Pintor.», 1845, p. 12.)

ban con una chanza ó rasgo epigramático. Los «villancicos» «letras» y «letrillas» conservan con toda fidelidad el sello del carácter nacional, y retratan con escrupulosa exactitud los sentimientos é ideas populares. Comunmente tratan un suceso comun y vulgar, ó bien ponen en escena un pensamiento trivial; ya es una muchacha inocente y candorosa, revelando á su madre la pasion que siente en su pecho, y que el pudor, por otra parte, la obliga á ocultar; ya una mujer de mas años y experiencia pidiendo el remedio de un amor que no puede dominar; ya una doncella feliz y afortunada que se goza en su cariño mirándole como la luz y gloria de su existencia. Muchos de estos juguetes líricos son anónimos, y pintan las pasiones y sentimientos de las clases mas humildes de la sociedad, de cuyos corazones brotaban tan espontáneamente como los antiguos romances, con los que generalmente van mezclados y á los que se parecen mucho. Sus formas son por lo comun antiguas y muy pronunciadas, á veces se advierte en ellos cierta intencion picaresca y maliciosa, aunque no reñida con la pasion y la ternura, que explica su orígen y constituye una poesía singular y desconocida en todos los demás pueblos del mundo.

Por otro lado, en la parte profana de la poesía lírica, menos popular y mas infiel á las tradiciones patrias, se nota mas variedad de intencion, y el pensamiento está casi siempre formulado en metros italianos. Los sonetos, sobre todo, fueron mirados durante este período con extravagante idolatría, y su número llegó á ser inmenso y superior al de todas las demás composiciones de la lengua; pero desde el soneto hasta la oda grave y formal en estancias regulares de diez y nueve ó veinte versos cada una todos los géneros posibles se encuentran, el

solemne y majestuoso, el imponente y serio, el festivo, agradable y risueño.

Si, pues, echamos una ojeada sobre el rico conjunto de la poesía lírica española, el número de autores cuyas obras se han conservado en todo ó en parte desde principios del reinado de Cárlos V hasta el último monarca de su raza, no baja de ciento y veinte[19]. Pero tambien es corto el de los que acertaron, como sucede en todas partes, y la cantidad de buena poesía es por consiguiente harto escasa.

19 Poseo en mi librería, si no estoy equivocado, obras de mas de ciento y veinte poetas líricos de dicha época.

CAPITULO XXXI.

Poesía satírica. — Los Argensolas, Quevedo y otros. — Poesía elegiaca y epístolas : Garcilaso, Herrera y otros. — Poesía bucólica : Saa de Miranda, Balbuena, Esquilache y otros. — Epigramas : Villegas, Rebolledo y otros. — Poesía didáctica : Rufo, Cueva, Céspedes y otros. — Emblemas : Daza, Covarrubias. — Poesía descriptiva : Dicastillo.

La poesía satírica, ya en la forma regular de sátiras, ya en la mas familiar de epístolas, nunca tuvo gran éxito en España. Es cierto que la sátira se halla manejada con destreza desde los tiempos del arcipreste de Hita y de Rodrigo Cota, autores ambos que parecen enteramente empapados en su espíritu. Tambien Torres Naharro, al comenzar el siglo XVI, Silvestre y Castillejo, un poco mas tarde, mantuvieron ese mismo espíritu, componiendo sátiras en verso corto español, en que reina, no solo la antigua libertad, sino tambien toda la desenvoltura y mordacidad de esta clase de composiciones en los tiempos primitivos.

Pero á mediados ya de dicho siglo, cuando Mendoza y Boscan se habian recíprocamente enviado epístolas en verso, escritas á la manera y en el estilo de Horacio, aunque en la clase de metro que los italianos llaman *terza rima*, la moda cambió de pronto, y un género, si no nuevo del todo, al menos poco usado, se introdujo en la literatura española. A la libre y valiente sátira tal cual

la usara Castillejo en su tratadito *De las condiciones de las mujeres*, opúsculo que, como ya dijimos en otro lugar, tuvo grande aceptacion entre el público, y fué muchas veces reimpreso, sucedió un estilo mas culto y filosófico, y que se acomodaba mas á los tiempos gloriosos y á las costumbres ya mas severas y graves del reinado de Cárlos V y Felipe II. Es cierto que Jorge de Montemayor, Pedro de Padilla y algunos otros ingenios de menor nota cultivaron uno y otro género; pero Lomas Cantoral, con escaso talento, Gregorio Murillo, con alguno mas, y Micer Rey de Artieda, en estilo familiar de mucho mas efecto, cultivaron el nuevo género de una manera tan eficaz y decidida, que el cambio del uno al otro puede considerarse como virtualmente operado al principiar ya el siglo XVII [1].

Entre los que primero cultivaron dicho género, que no es mas que la union del romano y del italiano, se cuenta á Luis Barahona de Soto, del cual se conservan cuatro sátiras, escritas despues de terminada la guerra de las Alpujarras, en la que sirvió al Rey. La primera y última tienen por objeto los malos poetas, é indican desde luego la escuela á que el autor perteneció y la marcha que se propuso seguir; pero por mas esfuerzos que hizo, nunca pasó de una modesta medianía [2].

[1] Todas estas sátiras se hallarán en las obras de sus respectivos autores, exceptuando tan solo la de Gregorio Murillo «A las malas costumbres de su tiempo», que se encuentra en las «Flores, etc.» de Espinosa, Valladolid, 1605, fol. 119. Las epístolas de Artieda, que son seis, se imprimieron tambien en 1605 bajo el título de «Epístolas de Artemidoro». Las mejores son aquella en que moteja y pone en ridículo la vida del cazador, y otra que contiene una defensa irónica de los frívolos pasatiempos de la sociedad. A dicha lista de sátiras podriamos añadir una carta escrita por el capitan Virués á su hermano, en 17 de junio de 1605, describiendo en tono burlesco y festivo el paso del San-Gothardo por los españoles en su marcha desde Milan á los Países-Bajos.

[2] Las sátiras de Barahona de Soto se imprimieron por la primera vez en el «Parnaso» de Sedano, t. IX, p. 178.

Una sola sátira de Jáuregui, dirigida á Lidia, y al parecer á la misma Lidia de Horacio, es mejor que todas las que acabamos de citar[3]. Mas ninguno tuvo tanto éxito como los dos Argensolas en el estilo y manera peculiares de aquel gran poeta; á decir verdad, sus discusiones son á veces demasiado graves y mas largas de lo que debieran; pero con todo encierran pinturas animadas de los usos y costumbres de su tiempo. Por ejemplo, la que Lupercio hace en su sátira dirigida á Flora de una señora del Gran Mundo es excelente, y tambien lo son ciertos trozos de otras dos, en que su hermano Bartolomé satiriza y afea los usos de la corte. Todas tres, sin embargo, pecan por demasiado largas, y la última de ellas contiene además una repeticion de la fábula «del raton de campo y el raton de aldea», en la que, como en otras composiciones del mismo autor, es evidente su conato de imitar á Horacio[4].

Por otra parte, Quevedo siguió á Juvenal, cuyo carácter duro é inflexible cuadraba mejor con su humor cáustico y natural condicion, agriada por las desgracias y persecuciones de que fué víctima. Pero Quevedo es de vez en cuando demasiado libre y hasta indecoroso y grosero, ofendiendo aquel mismo sentimiento de virtud que todo poeta satírico debe siempre conservar con el mayor esmero. Puede alegarse, en disculpa suya, que si

[3] «Rimas», 1618, p. 198. En ellas se observa la union feliz de la forma italiana con el espíritu de los clásicos antiguos.

[4] «Rimas», 1634, pp. 56, 234, 254. Es muy notable, sin embargo, que imitando Bartolomé á Horacio, descubra su inclinacion á Juvenal en los siguientes versos:

Pero cuando á escribir sátiras llegues
A ningun irritado cartapacio
Sino al del cauto Juvenal te entregues.

Sus contemporáneos le consideraron siempre como imitador de Juvenal, porque Guevara, en su «Diablo Cojuelo», tranco IX, le llama «divino Juvenal aragonés», lo cual, á nuestro modo de ver, es un error, pues siempre se le halla empapado de las formas y pensamientos de Horacio.

bien vivió bajo el reinado despótico de los Felipes, y sintió á menudo los efectos de su arbitrariedad y caprichos, no hay ningun poeta español que le iguale en valentía é independencia. Góngora le siguió algunas veces de cerca, aunque muy pocas trató asuntos serios, limitando su sátira á romances y sonetos burlescos, escritos por la mayor parte en la flor de sus años. En ninguna época de su vida, mucho menos despues de haber visitado la corte, se hubiera Góngora atrevido á publicar una epístola satírica como la que Quevedo envió al conde-duque de Olivares, cuando este se hallaba en su mayor pujanza, sobre la decadencia del espíritu castellano y la corrupcion de costumbres.

Los mas ilustres y distinguidos contemporáneos de Góngora y de Quevedo apenas cultivaron la sátira, puesto que el «Viaje al Parnaso» de Cervantes es una imitacion de Caporali, demasiado jovial y festiva para ser calificada de sátira, aun cuando tuviera las formas de tal; al paso que Lope de Vega, si bien escribió algunos sonetos y poemas cortos, llenos de vigor y de severidad, especialmente los que pasan bajo el seudónimo de Burguillos, su vida entera y la popularidad de que gozó le impidieron naturalmente el buscar ocasiones de decir ó hacer nada que fuese desagradable[5].

Tampoco eran favorables al progreso y adelantamiento de dicho espíritu las circunstancias de aquella época y el estado de la sociedad. Así es que las epístolas de Espinel y de Arguijo son de todo punto graves y solemnes, y que las de Rioja, Salcedo, Ulloa y Melo, no solo lo son tambien, sino que aun carecen de mérito poético,

[5] Es el último poema de su «Melpómene».

si se exceptúa una sola, compuesta por el primero de aquellos poetas, y dirigida á Fabio, la cual, aunque ni animada ni picante, es una reprension moral admirablemente trazada de la necedad y locura de aquellos que ponen su confianza en el favor de los príncipes. Algo mas libre es Borja, el cual habla casi siempre con mayor independencia y cual conviene á su elevado rango; pero la mejor de sus epístolas contra la vida de corte no es tan buena como los animados tercetos de Góngora al mismo asunto, ni comparable tampoco con la dedicatoria burlesca que el mismo Borja puso al frente de sus poesías. Rebolledo, su único sucesor de nota por aquel tiempo, es moral, aunque cansado; y Solís, como los pocos que le siguieron, demasiado fastidioso y monótono para que nos acordemos de él. A la verdad, si Villegas quebrantado por la edad y lleno de amargos desengaños no hubiera escrito tres sátiras, que no se atrevió á publicar, no hallariamos nada que notar en este género, á medida que nos vamos acercando al melancólico fin de tan largo período[6].

Casi todas las sátiras didácticas y epístolas satíricas compuestas en el siglo de oro de la literatura española son del gusto horaciano, y están escritas en la *terza rima* de los italianos. En general su carácter es ligero, aunque filosófico; algunas veces cortesano; tomadas en globo, tienen menos colorido poético y menos vigor del que debia esperarse en composiciones de su especie; pero, por otra parte, son á menudo graciosas y agradables; y

[6] Las sátiras de todos estos autores se hallarán en sus obras, exceptuando tan solo las de Villegas, que Sedano imprimió por la primera vez en el t. IX, pp. 3-18 de su «Parnaso español», al parecer sobre originales del poeta. De ellas solo se imprimieron dos, pues la tercera se halló ser demasiado libre.

algunas hay que se leen y leerán con mas gusto que otras, escritas en idiomas extranjeros y que se recomiendan por su mayor severidad y agudeza.

Lo cierto es que la agudeza y la severidad en este género y bajo esta forma nunca fueron muy del gusto de los españoles, los cuales, como nacion, han sido en todo tiempo demasiado graves y formales para exigir ó tolerar la censura personal que dichas composiciones llevan naturalmente en sí; y si un carácter como el español tiene su parte ridícula, no es ciertamente con la sátira personal como debe corregirse. Cervantes pudo muy bien atacar los libros de caballerías; los autores de novelas picarescas y antiguas piezas dramáticas pudieron poner en caricatura clases enteras de la sociedad; por fin, púdose hacer burla de los malos poetas, unas veces por los que lo eran tales, otras por escritores adornados del verdadero talento poético; pero el carácter individual, y principalmente el de las personas de elevado rango y conocida reputacion, se halla casi siempre protegido por las mismas influencias sociales que obraban en su favor, y contra las cuales era arriesgado chocar.

Así al menos sucedió en España. La sátira poética comenzó á ser mal vista, hasta el punto de reputarse de mal género, ó como un desacato hechó á las leyes de la buena sociedad[7]. Si á todo esto juntamos la especie de vigilancia tiránica que la Inquisicion ejercia, no solo en asuntos religiosos, sino en los políticos, como se echa

[7] Cervantes es un ejemplo patente de esto. En el cap. 4 de su «Viaje al Parnasó», inmediatamente despues de nombrar á su «Don Quijote», niega haber escrito nada satírico, y califica las composiciones de dicho género de «viles y despreciables». Hasta las mismas voces «sátiro» y «satírico» llegaron mas tarde á usarse en mal sentido. Véase á Huerta, «Sinónimos castellanos», Valencia, 1807.

de ver en las licencias y certificaciones que acompañan á todos los libros impresos entonces, se vendrá en conocimiento de que la sátira poética no llegó nunca á tener en España una vida fuerte y vigorosa, y que en los últimos años del siglo XVII desapareció enteramente de la escena, hasta ser restablecida en tiempos mas felices.

Las elegías, aunque poco relacionadas por su asunto con la sátira, lo fueron mucho en España en cuanto á la forma y al metro, puesto que así las unas como las otras solian escribirse en tercetos, y ambas clases de composicion se hallan á menudo dispuestas en forma de epístolas[8]. Garcilaso era muy capaz de escribir verdaderas elegías; pero la segunda de las que con este nombre hallamos en sus obras es simplemente una epístola familiar dirigida á un amigo. Otro tanto puede decirse de la primera de las de Figueroa, á la que siguen otras de tono y carácter algo mas propio, aunque todas están escritas en el verso y medida de Italia, y dos de ellas en dicha lengua. Las once que Gregorio Silvestre llamó *Lamentaciones* son epístolas elegíacas á su amiga, escritas en el antiguo metro castellano y con algo del antiguo espíritu poético. Lomas Cantoral no sale airoso de su empresa, y en cuanto á los dos Argensolas y á Borja, tampoco puede decirse de ellos que llegaron á la perfeccion, pues aunque tanto los dos primeros como el segundo usaron géneros análogos, ninguno de ellos es el pura-

[8] Un ejemplo evidente de esto se halla en la primera parte del «Parnaso antártico», por Diego Mejía, impresa en Sevilla, 1608, 4.º, y única que salió á luz. Consiste en una carta poética, escrita por una señora á Mejía, y la traduccion de veinte y una epístolas de Horacio, y de su «Ibis», todo en tercetos, en estilo elegante y castizo. En la edicion de Fernandez («Coleccion», t. XIX) la epístola de la señora fué suprimida, y es una lástima, porque sobre ser muy interesante, contiene noticias de muchos poetas de la América del Sur.

mente elegíaco. Herrera es lírico en demasía, quizá tambien demasiado sublime por la índole misma de su ingenio, para escribir buenas elegías, aunque algunas de ellas á «su amor» y otras en que lamenta las pasiones que subsisten y duran en el hombre aun despues de pasada la juventud son bellísimas al par que tiernas.

Al contrario, Rioja parece haber sido adornado por la naturaleza de las dotes propias para este género, y así es que con el título de *silvas* escribió como por instinto verdaderas elegías; al paso que Quevedo, si realmente fué autor de los versos que corren con el nombre del bachiller Francisco de la Torre, debió violentar y forzar mucho su ingenio para escribir las diez composiciones en sáficos adónicos que él intitula *endechas*, y que mas bien parecen imitaciones de algunos de los mas tiernos entre los antiguos romances. Si á estas añadimos las trece elegías de Villegas, que casi todas son epístolas, y dos ó tres de las cuales pertenecen al género festivo, habrémos recapitulado todo lo mas importante y digno de notarse en esta pequeña seccion de la poesía española, durante los siglos XVI y XVII, hasta ahora no examinada por nosotros. De su conjunto inferimos naturalmente que el carácter español se compadece mal con el tono sumiso, simple y tierno propio de la elegía, apreciacion que sin duda alguna tenemos por verdadera, á pesar de los ejemplos que pudieran citarse de Garcilaso y de Rioja, cuyas mejores composiciones en este género apenas llevan el título de *elegías*[9].

[9] Lo mejor en este género son quizá algunos trozos de la primera égloga de Garcilaso. Las «elegías» y otras poesías del género triste son á veces llamadas «endechas», palabra cuyo orígen no está aun averiguado, y cuya significacion es varia. Venegas en la lista de vocablos oscuros que puso al fin de su «Agonía del tránsito de la Muerte», la deriva de *inde saces*, como si el cantor se dirigiera al difunto; pero tal etimología nos parece absur-

La poesía bucólica en España está en relacion directa con la elegíaca por medio de las églogas de Garcilaso, que reunen los atributos de ambas. En dicha escuela, pues, incluyendo en ella á Boscan y á Mendoza, habrán de buscarse los mas bellos ejemplos de la poesía bucólica española, bajo las mismas formas y con los mismos caractéres que despues ha conservado. No cabe duda que el clima y condicion de la Península, que desde los tiempos mas remotos se prestaron al ejercicio de la vida pastoril, facilitaron, si no dieron motivo, á la primera introduccion del tono pastoril en la poesía española, tono que se advierte ya en muchos de los romances primitivos: así es que no bien fueron allí conocidas las formas italianas de la poesía bucólica, cuando recibieron carta de naturaleza. Figueroa, Cantoral, Montemayor y Saá de Miranda, los dos últimos, portugueses, todos los cuales visitaron la Italia y residieron algun tiempo en ella, unieron sus esfuerzos á los de Garcilaso y de Boscan, y escribieron églogas españolas al estilo italiano. Todos salieron de su empresa con lucimiento, pero ninguno tan bien como Saá de Miranda, nacido en 1495, y muerto en 1558, quien, arrastrado por una vehemente inclinacion á las Musas, renunció á la carrera de las leyes y al favor de la corte, que le prometia mil halagos, para dedicarse sola y exclusivamente á la poesía.

Fué Saá de Miranda el primer portugués que adoptó la novedad introducida por Boscan y Garcilaso, y ninguno le ha aventajado despues en vigor y gracia, particularmente en la égloga, en la que no tiene rival alguno. Sin embargo, no todos sus versos pastoriles son al estilo

da. Mas bien creemos venga del griego ἐνδεκα, puesto que cuando el último verso de cada estancia era endecasílabo, se llamaban *endechas reales*.

nuevo; en muchos de ellos usó del metro corto antiguo, y parecen escritos antes de conocer él la alteracion que por entonces sufrió la poesía española. Pero en todas sus composiciones reina el mismo espíritu y aquella sencillez primitiva, cualidad principal de este género de poesía. Esto se nota lo mismo en la bellísima pastoral del *Mondego*, escrita á imitacion de Garcilaso, y en la que cuenta al Rey su vida como en la égloga sétima, en metros, á la manera de Juan del Encina y Gil Vicente, la cual parece se representó en unas fiestas celebradas por la ilustre casa de los Pereyras, con motivo de haber vuelto al hogar doméstico un individuo de la familia que habia servido en la guerra contra los turcos.

Pero todo cuanto escribió Saá de Miranda respira una aficion vehemente á la vida y ocupaciones campestres; hasta los mismos animales están tratados por él con mas cariño y naturalidad que por ningun otro escritor; y sus poesías tienen una lozanía, espontaneidad y frescura tal, que bien indican brotaban de su corazon. No es fácil explicar hoy dia qué razones tuvo Saá para escribir en castellano una parte tan considerable de sus obras; pudo esto consistir en que le pareció mas poético este idioma que su lengua nativa portuguesa, ó en causas propias y personales, que es ya imposible averiguar. Mas sea cual fuere el motivo, lo cierto es que de ocho églogas, las seis están escritas en castellano puro y castizo, y que en último resultado, Saá, á quien sus obras colocan entre los cuatro ó cinco primeros poetas de su patria, ocupa asimismo un puesto muy envidiable entre los de la nacion vecina mas orgullosa y altiva, y que luego temporalmente se hizo dueña y señora de la suya [10].

[10] Hay varias ediciones de las obras de Saá de Miranda; pero la segunda y

Montemayor, Gil Polo y sus imitadores en la pastoral en prosa sembraron con abundancia sus composiciones de versos bucólicos de todas clases, y algunas veces, aunque pocas, aumentaron con ellos el ornato, interés y mérito de su fábula. En este género, uno de los que menos brillaron fué Cervantes, y Balbuena uno de los mas distinguidos. Su *Siglo de oro* contiene algunas églogas de las mejores que hay en castellano, escritas mas bien en el tono libre y rústico de Teócrito que en el pulcro y atildado de Virgilio, aunque no menos agradables por eso [11].

Hay tambien una égloga ó idilio de Luis Barahona de Soto, lo mejor que de él nos ha quedado [12], y de Pedro de Padilla, amigo de Cervantes y de Silvestre, célebre repentista y persona de un carácter dulce y cariñoso, tenemos varias poesías pastorales en extremo pintorescas y de sabor antiguo, por estar en parte compuestas de romances y villancicos [13]. Pedro de Encinas intentó escri-

la mejor (s. l., 1614, 4.°) tiene además la vida del poeta, compuesta, segun afirman, por amigos que le conocieron y trataron. Refiérese en ella el hecho singular de que la dama de quien estaba enamorado era tan fea, que los padres de Saá le negaron su licencia para casarse hasta que lo pensase mejor; pero que él se mantuvo firme, y siguió tan prendado de ella, que murió del pesar que lé causó su pérdida. Su mérito como poeta se halla bien tratado por Antonio das Neves Pereyra, en el t. v de las «Memor. da letter. portugueza», de la Academia Real de Ciencias de Lisboa, 1793, p. 99, etc. Algunas de sus obras figuran en el «Indice expurgatorio español» de 1667, p. 72.

[11] De los poetas cuyas églogas están en pastorales en prosa hablarémos mas adelante, al examinar este ramo curioso de la ficcion novelesca; pero aquí era preciso citar á Montemayor, que escribió otras églogas, y se hallan en su «Cancionero», 1588, folios 111, etc.

[12] Está en la importante coleccion de Espinosa, «Flores, etc.», fol. 66, donde se publicó por primera vez.

[13] «Églogas pastoriles» de Pedro de Padilla, Sevilla, 1582, 4.° Son trece, en variedad de metros, y parte de la última está en prosa. Navarrete («Vida de Cervantes», pp. 396-402) y Clemencin («Notas al Quijote», t. I, página 147) dan muchas noticias de Padilla, quien estuvo muy relacionado con los primeros poetas de su tiempo. En cuanto á su «Tesoro de poesías», Madrid, 1597, 8.°, dice bien el Cura: «Serian buenas si fueran menos». Ocupan unas novecientas páginas, y las hay en todos estilos y formas. Padilla murió en 1599.

bir églogas sacras, que valen poco[14]; pero en la forma ordinaria y vulgar, Juan de Morales y Gomez de Tapia, que solo son conocidos por tentativas aisladas en este género[15], y Vicente Espinel, que entre otras escribió la original y poética entre un soldado y un pastor que discuten las guerras españolas en Italia[16], lograron un éxito feliz.

Las de Lope de Vega, de que ya hablamos en otro lugar, produjeron la misma turba de imitadores que todas sus demás poesías populares; pero ni Balvas, ni Villegas, ni Carrillo de Sotomayor, ni el príncipe de Esquilache consiguieron igualarle. Solo Quevedo, si le suponemos autor de los versos de Francisco de la Torre, se mostró rival digno de tan gran maestro, no quedando inferior á él Pedro de Espinosa, cuya *Fábula del Genil*, elegíaca y pastoril, es el modelo mas bello y feliz de aquella especie de composiciones, inaugurada por Boscan en su imperfecto poema de *Hero y Leandro*[17]. e-dro Soto de Rojas, que compuso versos cortos y églogas bastante regulares; Lopez de Zárate y Ulloa pertenecen á esta misma escuela, que continuaron despues Tejada Gomez de los Reyes, el judío Barrios y la monja mejicana sor Inés de la Cruz, hasta fines del siglo. Pero en todas sus formas, ora tienda á hacerse lírica, como se nos presenta en Figueroa, ora narrativa, como en Espi-

14 Son seis, en tercetos y octavas, entremezcladas con algunas composiciones líricas en otros metros y mucho mejores, que forman un volúmen de «Versós espirituales», Cuenca, 1596, 12.°; su autor fué religioso agustino.

15 La égloga de Morales está en la «Coleccion» de Espinosa, fol. 48, y la de Tapia, donde menos pudiera presumirse, en el «Libro de montería que mandó escribir el rey D. Alonso XI», publicado por Argote de Molina en 1582. Se supone que la escena es en los bosques de Aranjuez, y se escribió al nacimiento de una hija de Felipe II; pero sus descripciones son largas y pesadas.

16 «Rimas», 1591, folios 50-57.

17 Espinosa la incluye en sus «Flores», fol. 107.

nosa, la poesía bucólica española aparece siempre exenta de los defectos que la desfiguran en otros países, y tiene además el mérito de representar con verdad y encanto la vida campestre y los atractivos de la naturaleza, sin que pueda competir con ella en este punto ninguna otra literatura de los tiempos modernos, lo cual consiste sin duda en que el espíritu pastoril que la sirve de base tenia verdaderas raíces y era comprendido en España[18].

Casi tan característicos y propios del genio español como sus pastorales son varios poemas cortos en diversas formas, pero de índole epigramática, que se presentan en el siglo de oro de la literatura castellana. Los hay de dos clases: los primeros son casi todos amorosos, siempre tiernos y llenos de sentimiento; de estos muchos son breves é ingeniosos. Hállanse en los antiguos cancioneros y romanceros, en las obras de Maldonado, Silvestre, Villegas, Góngora y otros poetas de menos mérito hasta fines del siglo; generalmente tienen todas las apariencias de cantos populares. Uno de ellos, que se puso en música, está reducido á estas sencillas palabras:

¿A quién contaré yo mis quejas,
Mi lindo amor;
A quién contaré mis quejas
Si á vos no[19]?

[18] Si no estamos equivocados, ya hemos dado extensas noticias de casi todos los autores citados en el texto, excepto de Pedro Soto de Rojas. Fué amigo de Lope de Vega, y publicó en Madrid, 1623, 4.°, su «Desengaño de amor», tomo de versos á la italiana, entre los cuales los mejores son los madrigales y las églogas.

[19] Bohl de Faber halló esta cancion y algunas pocas mas del mismo género en el «Tratado de música» de Francisco de Salinas, impreso en Salamanca, 1577, y las incluyó con una porcion de composiciones cortas en el primer tomo de su «Floresta» página 303, etc.

Otra cancion hay del mismo tiempo, dirigida á un suspiro que dió motivo á muchas glosas, y dice con no menor sencillez.

¡O dulce suspiro mio!
No quisiera dicha mas
Que las veces que á Dios vas
Hallarme donde te envio[20].

De otros algo mas extensos y elaborados puede presentarse como modelo al portugués Camoens, quien los escribia con suma ternura y belleza, no solo en su lengua nativa, sino á veces en la castellana, como lo echará de ver el lector en los siguientes versos á una pasion oculta y desgraciada; los dos primeros son indudablemente fragmento de alguna cancion antiquísima, y el resto constituye la glosa:

De dentro tengo mi mal,
Que de fora no hay señal.
Mi nueva y dulce querella
Es invisible á la gente:
El alma sola la siente,
Qu'el cuerpo no es dino della:
Como la viva sentella
S'encubre en el pedernal,
De dentro tengo mi mal.

Rimas.—Lisboa, 1844, 4.°, fol. 179[21].

Es grande el número de estas composiciones en sus diferentes formas, pero mayor aun en la forma alegre y festiva. Los Argensolas, Villegas, Lope de Vega, Quevedo, Esquilache, el conde de Rebolledo y otros muchos las escribieron con gracia y donaire; pero de cuantos se dedicaron á este género, nadie le cultivó con tanto celo ni obtuvo en él los triunfos que Francisco de La Torre, que, aunque de la escuela *culta*, parece sacudir sus cadenas é influencia al recordar que era paisano de Marcial.

[20] Ubeda fué, á nuestro modo de ver, el primero que en 1588 hizo una paráfrasis de este epígrama; pero es difícil dar con su verdadero autor.

[21] Algunas de las que preceden y siguen á la citada en el texto, tanto españolas como portuguesas, son muy notables.

Tomó este por materia de sus tareas los notabilísimos epígramas latinos del protestante inglés Juan Owen, que murió en 1622, y cuya ingeniosa obra, reimpresa y traducida repetidas veces, así en su patria como fuera de ella, debió ser muy poco grata á la Iglesia romana, puesto que muy desde los principios se incluyó en el Indice expurgatorio romano. Pero La Torre eludió con suma destreza cuanto podia excitar la suspicacia de las autoridades eclesiásticas de su tiempo, y aumentó su version con gran número de epígramas originales, tan buenos como los que traducia, formando con ellos una coleccion en dos tomos, de los cuales el último se imprimió en 1682 despues de muerto su autor[22].

Pero á pesar de que La Torre escribió mayor número de epígramas y en mayor variedad de formas que ningun otro autor español, no fueron ni los mejores ni los mas nacionales, porque esta honra pertenece á algunos de los que se conservan anónimos y á otros pocos de Rebolledo. El siguiente puede servir como muestra del ingenio con que este último escritor sazonaba sus composiciones :

Pues el rosario tomais,
No dudo que le receis
Por mí, que muerto me habeis,
O por vos, que me matais [23].

Pudo Rebolledo ser en ocasiones mas feliz, pero nunca tan español como en los versos que acabamos de citar.

La poesía didáctica apareció muy desde lós principios

[22] «Agudezas de Juan Oven, etc., con adiciones por Francisco de la Torre», Madrid, 1674-1682, dos tomos, 4.º

[23] «Obras», 1778, t. I, p. 337. Camoens tuvo el mismo pensamiento en algunas redondillas portuguesas («Rimas», 1598, fol. 158); de modo que puede sospecharse lo tomasen ambos de algun epígrama popular antiguo.

en España, aunque con formas vacilantes é inseguras, ostentando de vez en cuando, ya la enseñanza de la filosofía moral, ya la instruccion religiosa. Encuéntranse muestras de ella en la estancia ó copla de cuatro versos, usada desde Berceo hasta el canciller Pero Lopez de Ayala, aunque el mayor número de estos trozos no revela en sus autores una intencion marcada. Mas adelante los ejemplos se multiplican, presentándose ya muy mejorados en la forma. Tambien se tropieza con ellos en los cancioneros, entre los cuales son de los mejores *Los preceptos de buena crianza*, de Ludueña; las *Quejas de la fortuna*, imitacion de Bias, por Diego de San Pedro, y las de D. Juan Manuel de Portugal, sobre los *Siete pecados mortales*; obras todas de autores conocidos en la corte de los Reyes Católicos. El poema de Boscan á su *Conversion*, el de Silvestre sobre el *Conocimiento de sí mismo*, el de Castilla, intitulado *Teórica y práctica de virtudes*, y la *Vida feliz*, de D. Juan de Mendoza, continúan esta serie hasta el reinado de Cárlos V, pero ni mejoran el género ni le dan mayor importancia[24].

[24] Los poemas de Boscan y Silvestre se hallan en las colecciones de sus obras que ya hemos examinado; pero los de Castilla y D. Juan de Mendoza son dignos de una noticia particular, puesto que hasta ahora no hemos nombrado aun á estos escritores.

D. Francisco de Castilla era lo que en su tiempo se llamaba «un cumplido caballero»; descendia de una rama ilegítima de la familia de D. Pedro el Cruel. Vivió en el reinado de Cárlos V, y pasó su juventud en la corte de aquel gran monarca; pero, como dice en una carta á su hermano el obispo de Calahorra, «se retiró disgustado del aborrecible vulgo y desatinada vida de la corte, y eligió el estado del matrimonio como el mas conveniente para su alma y mas acomodado á su condicion». No añade cómo le fué en la experiencia; pero perdiendo con su retiro los placeres del trato social, á que estaba acostumbrado, «compró, dice, con pocos dineros otros amigos mas ciertos y mas sabios», cuyos consejos y enseñanzas puso en verso para guardarlos mejor en la memoria. El resultado de esta vida puramente contemplativa fué un libro, en el cual está primero su «Teórica de virtudes» ó sea explicacion en coplas llamadas de arte mayor, acompañadas de su correspondiente glosa en prosa, de las diferentes virtudes, hasta concluir con la vengadora Némesis; despues un «Tratado de la amistad» (de amicicia), en coplas de nueve versos largos, y en seguida, y por el órden con que las

En tiempo de Felipe II la poesía didáctica tomó, como todos los demás géneros, mayor vuelo. Las *Opiniones de los sabios*, de Francisco de Guzman, y sobre todo su cansada alegoría de los *Triunfos morales*, imitando al Petrarca, son por su extension los poemas didácticos mas importantes de aquel período[25]. Pero quizá sea mas

nombramos, una sátira de las miserias de la vida humana y sus consuelos; una alegoría de la «Felicidad mundana»; una serie de exhortaciones á la santidad y la virtud, que intituló con harta impropiedad «Proverbios», y un breve discurso en décimas sobre «la inmaculada concepcion de la Virgen». Al fin, con paginacion separada y como obra absolutamente diversa, hallamos una aplicacion práctica de la «Teórica de virtudes», intitulada «Práctica de las virtudes de los buenos reyes de España», poema de doscientas octavas, ó sean coplas de arte mayor, sobre las virtudes de los reyes de España, comenzando con Alarico el godo, y concluyendo con el emperador Cárlos V, á quien dedica su obra con buena dosis de adulacion. Todo el tomo, así la prosa como el verso, está escrito en castellano puro y castizo, y en estilo plagado á veces de una erudicion ridícula por lo exagerada, aunque en lo general flúido y natural. Las coplas siguientes, escritas sin duda cuando el autor, disgustado ya de la vida cortesana, meditaba retirarse del mundo, son una buena muestra de su estilo.

Nunca tanto el marinero
Deseó llegar al puerto
Con fortuna;
Ni en batalla el buen guerrero
Ser de su victoria cierto
Cuando puña;
Ni madre el ausente hijo
Por mar, con tanta aficion
Lo deseó,
Como haber un escondrijo
Sin contienda en un rincon
Deseo yo. (fol. 45 vuelto.)

Como la licencia para la impresion del libro es del año 1536, puede haber una edicion de esta fecha, mas nunca hemos logrado verla, ni menos tener noticias de ella, aunque poseemos una de Zaragoza de 1552, 4.°, letra gótica, y hay otra de Alcalá de 1554 ó 64, en 8.°

En medio de ser raro este libro, lo es mucho mas aun el tomo de las poesías de D. Juan Hurtado de Mendoza, regidor de Madrid, y diputado en las Cortes de 1551. Es un tomito en 8.°, impreso en Alcalá, 1550, con el título de «Buen placer trovado en trece discantes de cuarta rima castellana, segun imitacion de trovas francesas, etc.» Contiene trece discursos sobre la vida feliz, sus causas y medios, escritos todos en coplas de á cuatro versos, que suponemos llama el autor franceses, porque son mas largos que los versos de arte mayor y con la rima alternada, pasando la del último verso de una copla al primero de la otra. Al fin hay un «Canto real» (así le llama el autor) sobre el versículo de un salmo, hecho del mismo modo, y algunas poesías sueltas, entre ellas cuatro sonetos y una especie de villancico devoto. En general el tono es didáctico, y como obra de ingenio, es de poco valor. Citarémos para muestra ocho versos:

Errado va quien busca ser contento
En mal placer mortal, que como heno
Se seca y pasa como humo en viento,
De vanos tragos de aire muy relleno.

Cuando las negras velas van en lleno
Del mal placer, villano peligroso,
De buen principio y de buen fin ajeno,
No halla en esta vida su reposo.

Mendoza fué en su tiempo persona de mucha cuenta, y como tal le cita Quintana («Hist. de Madrid», 1629, folio), que en el fol. 27 insertó un soneto suyo, y en el 245 hace una pintura de su carácter.

25 Los «Triunfos morales» de Fran-

importante y característica que todos ellos la carta ó epístola religiosa de Francisco de Aldana á Montano, escrita en 1573, y mucho mas bella que todas la que el jurado Juan Rufo dirigió á su hijo siendo niño, que respira el cariño mas tierno y los consejos mas saludables.

Ni tampoco es para pasada en silencio una composicion del capitan Aldana, en que exhorta á Felipe II, en nombre de la gloria militar, á que defienda la Iglesia afligida, puesto que respira el verdadero espíritu de su época, y ofrece un contraste admirable con otra de Virués, tambien soldado de profesion, en que preconiza y ensalza los bienes de la paz, y con la encantadora elegía de Lomas Cantoral, convidando á la quietud y regalo de la vida campestre. Pudiéramos asimismo añadir algunas poesías religiosas de Diego de Murillo y de Pedro de Salas en el reinado inmediato, así como varias epístolas de los Argensolas, Artieda y Mesa, aunque casi todas estas son composiciones cortas, si se exceptúa tan solo el poema de Murillo á las *Palabras de Cristo en la cruz*, que consta de algunos centenares de versos en cada palabra, y que aunque desfigurado con antítesis y exageraciones, puede ser considerado como la verdadera expresion del espíritu didáctico del catolicismo.

Entre tanto, ya sea que la publicacion de una buena traduccion del *Arte poética* de Horacio, hecha por Vicente Espinel en 1591, preparase el camino, ya sea por otras causas[26], lo cierto es que por este tiempo aparece

cisco de Guzman (Sevilla, 1581, 8.º) son imitacion de los del Petrarca; pero mucho mas didácticos, porque en el «Triunfo de la sabiduría», por ejemplo, refiere las opiniones de los sabios de la antigüedad, y en el de la «Prudencia» prescribe las reglas de una conducta prudente y cauta.

[26] El «Arte poética» de Vicente Espinel es la primera composicion publicada en el «Parnaso español» de Sedano, 1768; y fué atacada con vehemencia por Iriarte, cuando en 1777 publicó su traduccion de la misma obra. («Obras de Iriarte», Madrid, 1805, 8.º, t. IV.) Replicó Sedano en el t. IX

un poema verdaderamente didáctico, ó bien una tentativa formal en este género. En 1605 Juan de la Cueva escribió tres epístolas, en tercetos, con el título de *Ejemplar poético*, primer esfuerzo original y digno de atencion hecho en este género en lengua castellana. Consideradas en su totalidad, distan mucho de ser un «Arte poética» completo; su autor peca á menudo de inconsecuente y poco crítico; pero con todo contienen reflexiones críticas muy agudas é ingeniosas en excelentes versos, y están además escritas en tono muy nacional. De todos modos son muy superiores á otro poema didáctico del mismo autor, escrito tres años despues, y muy absurdo, por cierto, intitulado *Los inventores de las cosas*, y que, como el mismo Cueva dice en una de sus obras, prueba que este acometia demasiado al querer cultivar todos los géneros[27].

Pablo de Céspedes, escultor y pintor de la misma época, pero mas conocido hoy dia como erudito y como poeta, aventajó mucho á Juan de la Cueva. Nació en Córdoba el año 1538, y murió en la misma ciudad siendo canónigo de su magnífica catedral, á la edad de setenta años; pasó, sin embargo, gran parte de su vida en Italia, y tambien residió algun tiempo en Sevilla cultivando las letras. Entre otros trabajos comenzó un poema en octavas sobre el *Arte de la Pintura:* se ignora si llegó

del «Parnaso», 1778, y volvió Iriarte á responder con un diálogo satírico, «Donde las dan las toman» («Obras», t. VI), terminando Sedano la disputa con los «Coloquios de la Espina», Málaga, 1785, dos tomos 8.°, publicados con el nombre de D. Juan María Chavero y Eslava; escaramuza literaria muy animada y muy á la española.

[27] El «Ejemplar poético» de Juan de la Cueva se imprimió por primera vez en el t. VIII del «Parnaso español», 1774, y el de los «Inventores de las cosas», tomado en su mayor parte de la obra de Polidoro Virgilio, en el noveno de la misma coleccion, 1778. Este último es tan disparatado, que el autor atribuye á Moisés la invencion del verso exámetro, y el descubrimiento y fábrica del papel á Alejandro el Grande.

á concluirle; pero lo que de él nos ha quedado es una serie de fragmentos, que juntos componen seiscientos ó setecientos versos, que Francisco Pacheco insertó cuarenta años despues de la muerte de Céspedes en su libro en prosa al mismo asunto. Estos, sin embargo, son tales, que nos hacen lamentar la pérdida de los demás; la versificacion es excelente y llena de robustez y energía. El pasaje mas bello quizá de los que se han conservado es la pintura del caballo, animal cuya raza fué siempre el orgullo de la patria del poeta, quien escribió sin duda alguna teniendo á la vista uno de su especie. En todos los demás muestra tambien gran talento, quizá mayor aun que en el ya citado, sobre todo al explicar los medios de adquirir destreza práctica en su arte y al tratar de los colores, desplegando en todos ellos una riqueza de poesía inimitable[28].

Pero los poemas de Cueva y Céspedes no se publicaron hasta mucho tiempo despues de muertos sus autores, y así ninguna influencia pudieron ejercer en sus contemporáneos. Lo mejor que en poesía didáctica se encuentra en su tiempo es la defensa ligera, aunque agra-

[28] Las poesías que nos quedan de Céspedes se encuentran en el t. XVIII de la «Coleccion» de Fernandez. Su vida está muy bien escrita en el «Diccionario de los profesores de las bellas artes», por D. J. A. Cean Bermudez, Madrid, 1800, seis tomos, 8.°, tomo I, p. 316; además de esto su erudito autor reimprimió al fin del t. V los fragmentos del «Poema de la pintura» en mejor órden que antes, añadiendo un discurso en prosa muy ameno y agradable sobre la pintura y escultura antigua y moderna, que Céspedes escribió por los años de 1604, hallándose convaleciente de unas calenturas, con otros dos juguetes tambien suyos, precedido todo de un prólogo muy juicioso por el mismo Cean. Céspedes estudió el griego en su juventud, y dice que cuando, ya viejo, abria el «Píndaro», nunca dejaba de encontrar imágenes nobles, ricas y grandiosas, dignas del pincel de Miguel Angel. Fué grande amigo del arzobispo Carranza, quien despues de haber asistido al concilio de Trento, donde se distinguió mucho, y de haber sido confesor de María de Inglaterra, esposa de Felipe II, sufrió de la Inquisicion persecuciones que le acarrearon la muerte. El mismo Céspedes estuvo tambien muy á pique de ser perseguido, por una carta que escribió á Carranza en 1559, en la que hablaba con poco respeto del inquisidor general y de la Suprema. «Llorente, Hist.», t. II, p. 440.

dablé, que de sus infracciones de las reglas del arte hizo Lope de Vega en su *Arte nuevo de hacer comedias*, y al fin del siglo las *Selvas* del conde de Rebolledo, poemas de versificacion irregular sobre el gobierno militar y civil, escritos en 1652, sin brio y tales, que mas bien parecen trozos de prosa rimada. Un poema muy largo de diez cantos y en quintillas, escrito por Trapeza, y publicado en 1612 con el título de *La Cruz*, está reducido á una exposicion de las virtudes teologales, atribuidas á aquel sagrado emblema, y aunque rigurosamente didáctico, no merece mencion especial por su insignificancia artística y su pesadez [29].

Tambien habrémos de incluir aquí otras tentativas de la misma especie, entre las cuales las mas antiguas llevan impreso el sello de su época por toda Europa en los siglos XVI y XVII, y se publicaron en forma de *Emblemas* ó explicaciones poéticas de signos jeroglíficos. Las principales obras de esta clase son probablemente los *Emblemas* de Daza, impresos en 1549, imitacion de los celebradísimos latinos de Alciato, y los de Covarrubias, que este publicó en castellano en 1591, y tradujo despues al latin, libros ambos curiosísimos, y muestras de este género especial de composicion, tan agradables quizá como cualquiera otra de su especie en los demás países [30].

La otra forma bajo la cual se presentó la poesía di-

[29] Ya hemos hablado del «Arte nuevo» de Lope. La «Selva militar y política» de Rebolledo se imprimió en Colonia, 1652, 12.°, estando su autor de ministro español en la corte de Dinamarca, cuya sucesion real explicó en otro poema intitulado «Selvas Dánicas».—«La Cruz», por Albanio Ramirez de Trapeza, Madrid, 1612, 8.°, p. 368; tiene al fin algunas poesías sueltas al mismo asunto.

[30] «Los emblemas de Alciato, etc., añadidos de nuevos emblemas», Lyon, 1549, 4.°, citado en el «Indice expurgatorio» de 1790. Los de Covarrubias se imprimieron en castellano el año de 1591, y en esta lengua y la latina, Agrigenti, 1601. 8.°, volúmen abultado, con una larga y erudita disertacion sobre los emblemas en él contenidos. Covarrubias fué hermano del lexicógrafo del mismo nombre. «Tesoro». art. *Emblema*.

dáctica es la de semidescriptiva; la muestra mas notable que España ofrece en este género es la obra de Dicastillo, monje de la Cartuja de Zaragoza, publicada en 1637 bajo el seudónimo de su amigo D. Miguel de Mencos: es una correspondencia bastante extensa, en verso, que tiene por objeto el inculcar la vanidad de las cosas humanas y la felicidad y méritos de una vida penitente y austera. La parte relativa al autor mismo, es á veces muy tierna y conmueve realmente; pero hay en la obra mucha desigualdad; lo mejor es la descripcion del inmenso y sombrío monasterio, morada del poeta, y de los ejercicios devotos y prácticas religiosas de la órden á que pertenecia [31]. Mas aquí harémos observar que el verso castellano rara vez toma la entonacion descriptiva, excepto al parecer en la forma de églogas é idilios; aun entonces es casi siempre mas brillante de lo que convendria para expresar sensaciones producidas por el espectáculo de la naturaleza en toda su grandeza y esplendor, observacion que está plenamente confirmada por los poemas destinados á celebrar las conquistas de los españoles en América, en que ni la prodigiosa vegetacion de los trópicos ni los inmensos valles que atravesaban aquellos osados aventureros, ni los volcanes coronados de nieve que se elevaban sobre sus cabezas parecen haber herido su imaginacion ni entibiado su ardor guerrero [32].

Pero exceptuando estas variedades irregulares de la poesía didáctica, nada hay que añadir en todo el si-

[31] «Aula de Dios, Cartuja real de Zaragoza. Describe la vida de sus monjes, acusa la vanidad del siglo», etc.; conságrala á la utilidad pública D. Miguel de Mencos, Zaragoza, 1637, 4.º Está escrita en silvas, y el nombre de su autor aparece en algunos de los versos encomiásticos á la cabeza del libro.

[32] La excepcion mas agradable, si no la mas importante, de esta observacion que recordamos, es la epístola de Cristóbal de Virués, ya citada.

glo XVI y XVII á lo ya mencionado en este género, á no ser la repeticion constante de las mismas epístolas y silvas que llenan las obras de Castillejo, Ledesma, Lope de Vega, Jáuregui, Zárate y otros poetas contemporáneos. Verdad es que no habia motivos para esperar mas. Ni el carácter popular de la poesía española ni la severidad del Gobierno en materias civiles y eclesiásticas eran á propósito para desarrollar esta forma especial de versificacion, mucho menos para hacer que se emplease en asuntos de importancia. Así es que la poesía didáctica fué al concluir el período, lo mismo que al principio, débil y pobre, constituyendo uno de los ramos menos afortunados de la literatura nacional[33].

[33] Los poemas cortos que hemos citado como didácticos se hallan en los cancioneros, en otras colecciones á que hemos hecho referencia ó en las obras de sus diferentes autores.

CAPITULO XXXII.

Los romances; Sepúlveda, Fuentes, Timoneda, Padilla, Cueva, Hita, Hidalgo, Valdivielso, Lope de Vega, Arellano, Roca y Serna, Esquilache, Mendoza, Quevedo.—Romanceros de romances mas populares; los Doce Pares, el Cid y otros.—Número inmenso de escritores de romances.

La coleccion y publicacion en los cancioneros y romanceros de siglo xvi de los romances mas populares dispertó la aficion y gusto del público, que los habia hasta entonces mirado con desden é indiferencia durante el largo período de su existencia en la tradicion oral del pueblo. Eran tan bellos, fijábanse de tal manera en la memoria de todas las clases, y estaban tan íntimamente enlazados con los grandes períodos de gloria nacional, que excitaron el entusiasmo, y se ganaron el afecto general desde el momento mismo en que, tomando una forma mas permanente y duradera, se trasmitieron desde los corazones humildes que los habian creado y conservado á la parte mas ilustrada y culta de la sociedad. Consecuencia natural de esto fueron las muchas imitaciones, empleándose en su composicion, no solo poetas que escribian todo género de versos, sino autores especiales que los hicieron en gran número y publicaron tomos enteros de ellos[1].

[1] Al leer cualquiera de las colecciones de romances, particularmente de las producidas en el siglo xvii, se ve por lo popular del género y la

Fué el primero de los de esta clase Lorenzo de Sepúlveda, cuyo *Romancero* puede colocarse hácia 1551, es decir, un año despues de haber salido á luz en Zaragoza la primera coleccion de romances populares y anónimos recogidos de la tradicion oral. La tentativa de Sepúlveda estuvo bien dirigida, puesto que tomó casi todos sus asuntos de las antiguas crónicas castellanas, y siguiendo las huellas de estas, fió el buen éxito de su empresa á la tradicion popular y á la excitacion de los sentimientos nacionales que producia su lectura. Dice en su prólogo que «están en metro castellano y en tono de romances vie»jos, que es lo que agora se usa»; y despues añade: «Fue»ron sacados á la letra de la crónica que mandó recopilar »el Sermo. Sr. rey D. Alfonso, que por sus buenas le»tras y reales, y grande erudicion en todo género de »esciencia fué llamado el Sabio».

En efecto, las tres cuartas partes de su curioso *Romancero* son romances sacados de la *Crónica general de España*, empleando muchas veces hasta sus mismas palabras, y siempre empapados en su espíritu. El resto se compone de romances tomados de la historia antigua, sagrada y profana, mitológicos, y otros de pura invencion.

Por desgracia Sepúlveda no era poeta; y así, aunque buscó sus asuntos en buenas fuentes, y rara vez erró en la eleccion, no pudo darles mayor colorido poético que el que ostentan las crónicas que le sirvieron de modelo; logró, sin embargo, interesar al público y conseguir su favor, pues no solamente su obra tuvo cuatro ediciones,

facilidad de su estructura métrica cuán fundada es la excelente observacion de Rengifo («Arte poética», 1592, p. 38): no hay cosa mas fácil que componer un romance, ni mas difícil que hacerle como es debido.

cuando menos, sino que algunos de sus romances aparecen constantemente en las colecciones que mas adelante se publicaron para satisfacer la ansiedad del público [2].

No menos característica de dicha época es otra pequeña coleccion de romances dada á luz en 1564. Compúsolos, segun parece, un distinguido personaje, que los remitió á Alonso de Fuentes para que este los ilustrase con un comentario en prosa. Contiene cuarenta romances, diez de ellos sobre asuntos bíblicos, otros diez de historia romana, diez mas de historia antigua, y los restantes de la nacional, comenzando en épocas muy remotas, y concluyendo en la conquista de Granada. No sabemos quién fué el autor de estos romances, pero ninguno de ellos vale mucho como obra de arte, y su principal mérito para los que mediaron en su publicacion fué sin duda alguna el pesado comentario histórico-moral con que están ilustrados.

Fuentes, sin embargo, al indicar la ocupacion de darlos á luz, como algun tanto indecorosa é impropia de su posicion social, pudo tener en estas materias mejor gusto que la persona que de él se valia, porque en una carta preliminar presenta como adicion suya el siguiente romance, si no muy animado, al menos antiquísimo, que atribuye á D. Alonso el Sabio. No es de este monarca sino en cuanto sus versos, sobre todo hácia el final, están tomados casi á la letra de la famosa carta escrita por

[2] «Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España», compuestos por Lorenzo de Sepúlveda, etc., en Anvers, 1551, 12.° Hay ediciones con aumentos y alteraciones de 1563, 1566, 1580 y 1584, mencionadas por Ebert. La de 1584 tiene ciento cincuenta y seis romances; la de 1551 ciento cuarenta y nueve; muchos de ellos figuran en los romanceros generales y en las recientes colecciones de Depping y Duran.

él en 1280, en medio de sus disgustos y contratiempos, cuando la rebelion de su hijo D. Sancho y la conducta del alto clero le tenian reducido en su vejez á la miseria y á la desesperacion. Ya en otro lugar hemos citado esta carta, que aunque en prosa, nos parece mas poética que el romance hecho sobre ella, el cual dice así:

Yo salí de la mi tierra
Para ir á Dios servir,
Y perdí lo que habia
Desde mayo hasta abril,
Todo el reino de Castilla
Hasta allá á Guadalquivir;
Los obispos y perlados
Cuidé que metien paz
Entre mí y el mio hijo,
Como en su decreto jaz.
Ellos dejaron aquesto
Y metieron mal asaz:
Non á escuso, mas á voces,
Bien como el añafil faz.
Falleciéronme parientes
Y amigos que yo habia
Con haberes y con cuerpos
Y con su caualleria.
Ayúdeme Jesucristo,
Y su madre sancta María,
Que yo á ellos me encomiendo
De noche y tambien de dia.
No he mas á quien lo diga
Ni á quien me querellar,
Pues los amigos que hauia
No me osau ayudar,
Que por miedo de don Sancho
Desamparado me han.
Pues Dios no me desampare
Cuando por mí a enviar,
Ya yo oí otras veces
De otro rey así contar,
Que con desamparo que hubo,
Se metió en alta mar
A se morir en las ondas
O las venturas buscar:
Apolonio fué aqueste
E yo haré otro que tal [3].

Juan de Timoneda, librero y poeta, amigo de Lope de Rueda, y que como él escribió farsas que se representaron en las plazas y calles de Valencia, era, tanto por gusto como por profesion, persona calificada para apreciar las opiniones y necesidades de su tiempo en materia de gusto poético. Esto es probablemente lo que

[3] Los «Cantos» de Fuentes, en que se hallan esta carta y romance, se imprimieron tres veces, y en la edicion de Alcalá, 1587, 8.º, ocupan con su fastidiosísima glosa al pié de ochocientas páginas. Habla de Fuentes Zúñiga en sus «Anales de Sevilla», 1677, p. 585, y le llama caballero sevillano de ilustre alcurnia.

en 1573 le movió á publicar una coleccion de romances, intitulada *Rosa*, compuesta de algunos suyos y de muchos mas de otros poetas contemporáneos y antiguos. Forman todos juntos un tomo de cerca de setecientas páginas, dividido en *Rosa de amor*, *Rosa española* y *Rosa gentil*, así llamada porque sus argumentos están tomados de la historia pagana, y *Rosa real*, que trata de la suerte y fortuna de los príncipes, á las cuales siguen cien páginas de versos sueltos, canciones rústicas y varias glosas.

Lo mejor de esta vasta coleccion son los romances que el autor recogió de la tradicion oral, y que muy pronto se volvieron á publicar en otros romanceros, con las alteraciones que su orígen remoto hacia indispensables. Lo mas flojo es lo de su propia cosecha, pues no valen mucho mas que los de Sepúlveda y Fuentes. Sin embargo, como coleccion, la de Timoneda es importante, por cuanto demuestra cuán apegados se hallaban aun los españoles á sus antiguas tradiciones, y con qué constancia y tenacidad exigian que los hechos mas notables y gloriosos de su historia les fuesen presentados en la forma métrica, á que por tanto tiempo estuvieron acostumbrados. Tambien es de importancia bajo otro punto de vista, puesto que hay en ella muchos romances relativos á los primitivos héroes de la nacion española. con los cuales se llenan los vacíos que ofrecen aun sus respectivas historias, conservadas por la tradicion, al paso que otros nos dan noticia y razon de guerreros mas modernos hasta la conclusion de la guerra con los árabes[1].

[1] No se sabe exista mas ejemplar de esta obra que el que entre otros preciosos y rarísimos libros españoles legó Reinhart á la Biblioteca Imperial de Viena; pero el ilustre Wolf, á quien tanto deben los amantes de la litera-

Continuó en 1583 esta serie de poesías populares Pedro de Padilla, publicando un *Romancero* con sesenta y tres romances suyos bastante largos, relativos, una mitad próximamente, á tradiciones inciertas ó fábulas por el estilo de la del Ariosto, y la otra á las guerras de Cárlos V y á las de Flándes en tiempo de Felipe II. Algunas veces introdujo el metro italiano con muy poco acierto en partes donde no podia menos de producir un efecto desagradable; lo restante del tomo lo ocupan unos cincuenta villancicos llenos del antiguo espíritu popular, y varias poesías á la manera italiana, que en nada aumentan el mérito de su obra[5].

Al ver Juan de la Cueva que sus predecesores se habian apoderado de los argumentos nacionales, no le quedó sin duda otro arbitrio que recurrir á las historias griega y romana en busca de materiales. En 1587 publicó un tomo con hasta cien romances, que dividió en diez libros, dedicando los nueve primeros á las Musas, y el décimo á Apolo. Su mérito poético es casi nulo, y los mejores son los sacados de las crónicas antiguas castellanas, como el que refiere la triste y sentida historia de D.ª Teresa, quien despues de desposada contra su voluntad con el rey moro de Toledo, pudo milagrosamente refugiarse en un claustro antes de consumar tan odiado matrimonio con un infiel. Mas curiosos son todavía otros dos en que el poeta nos da cuenta de su persona y empresas lite-

tura española publicó en Leipsik, 1846, 8.°, una noticia muy detallada de él, así como sesenta romances de los mas importantes.

[5] «Romancero» de Pedro de Padilla, Madrid, 1583, 8.° Ocupan los romances cosa de trescientas sesenta y tres páginas. Los veinte y dos primeros tratan de las guerras de Flándes; siguen nueve de asuntos del Ariosto, y luego varios de tradiciones españolas, como la historia de Rodrigo de Narvaez, etc., etc.

rarias al hablar de los malos poetas que habia en su tiempo[6].

La publicacion que de la primera parte de las *Guerras de Granada* hizo en 1595 Ginés Perez de Hita contiene unos sesenta romances, algunos de ellos antiquísimos, y muchos de gran mérito poético, y así contribuyó en gran manera á aumentar el impulso que la frecuente aparicion de estos romanceros anónimos dió á la poesía española, vistiéndola de traje tan popular y agradable[7]. Vese esto de una manera mas patente en la nueva direccion que tomaron los escritores de romances, los cuales comenzaron por este tiempo á formar colecciones de clases separadas y determinados asuntos, acomodándolas á la variedad de gustos de sus lectores. De resultas de esta mudanza vemos ya aparecer en 1609 un tomo de romances en el dialecto de los gitanos, escritos con toda la libertad y soltura de la gente vaga á quien retratan, coleccion formada quizá por alguno de ellos, que se cubrió con el nombre de Juan Hidalgo[8], mientras que

[6] Juan de la Cueva, de quien nos hemos ocupado ya al examinar los diferentes géneros de poesía española, intituló su libro «Coro Febeo de romances historiales», y le dió á luz en su patria Sevilla, 1587, 8.º Solo cuatro ó cinco de ellos versan sobre asuntos españoles; el de doña Teresa (fol. 215) está tomado conocidamente de la «Crónica general», parte III, cap. 22. El romance dirigido á su obra «Al libro» está al fin de la «Melpómene», y es apreciable por contener noticias acerca de la vida y persona del autor.

[7] De Hita se tratará mas adelante.

[8] «Romances de germanía», 1609, reimpresos en Madrid, 1789, 8.º Las voces «germanía, germano, etc.», se aplicaron á la lengua ó jerga que hablan entre sí los pícaros. Hidalgo, que solo escribió seis de los romances publicados por él, da al fin de la obra un vocabulario de este dialecto genuino y legítimo, á juicio de Mayans, quien le reimprimió en sus «Orígenes»; de modo que la indicacion de Clemencin, que hemos seguido en el texto, puede ser infundada y no ser un seudónimo el nombre de Hidalgo como hemos dicho. Esto se corrobora aun mas con un hecho, y es que en el t. XXXVIII de las «Comedias escogidas», 1672, se atribuye á Juan Hidalgo la comedia de los «Muzárabes de Toledo». Borrow en su «Zincali», Lóndres, 1841, 8.º, t. II, p. 143, niega que el vocabulario tenga nada en comun con el dialecto de los gitanos. Sandoval («Cárlos V», lib. III, pár. 38) llama repetidas veces germanía á la sublevacion de los comuneros en Valencia, nombre que indu-

en 1612 y siguiendo un rumbo opuesto, Valdivielso, poeta eclesiástico de gran nombre y crédito, imprimia un *Romancero espiritual*, compuesto todo de romances devotos, y encaminado á aumentar el fervor religioso [9]. En 1614 y 1622 Lope de Vega, en extremo aficionado á este género de poesía, presentó al mundo religioso otra coleccion de romances devotos [10], y en 1629 y 1634 contribuyó con materiales para otras dos colecciones de igual carácter; la primera anónima é intitulada *Ramillete de divinas flores*, y la otra hecha por Luis de Arellano, que, con el título de *Avisos para la muerte*, contiene treinta romances, entre ellos varios de los principales poetas de aquel tiempo [11].

Otros como Roca y Serna escribieron muchos romances, aunque no los imprimieron por separado [12]. Los del príncipe de Esquilache, entre los cuales hay algunos bellísimos, son cerca de trescientos. D. Antonio de Mendoza escribió unos doscientos, y otros tantos muy diversos por su entonacion y carácter se encuentran esparcidos en las obras de Quevedo; de manera que á mediados del siglo XVII es indudable se habian hecho esfuerzos continuos y felices por los autores mas distinguidos de aquella época, por seguir manteniendo el espíritu de los buenos romances antiguos, ejercitándose en su compo-

dablemente es el mismo de hermano y hermandad, aunque Covarrubias duda de ello (Tesor. Verb. Alemania.)

9 El nombre de Valdivielso aparece con mucha frecuencia en las aprobaciones de libros de fines del siglo XVI. Su «Romancero espiritual», Valencia, 1689, 8.°, publicado por primera vez en 1612, se ha reimpreso varias veces. No está todo él compuesto de romances, ni tampoco son estos todos graves y severos.

10 Lope «Obras sueltas», t. XIII y XVII.

11 «Ramillete de divinas flores para el desengaño de la vida humana», Ambéres, 1629, 8.°— «Avisos para la muerte», por L. de Arellano, Zaragoza, 1634, 1648, etc., 12.°

12 Los romances de Roca y Serna, desfigurados con frecuencia por el gongorismo, están en su «Luz del alma», Madrid, 1726, 8.°. La primera edicion es de 1634, y hay además otras varias.

sicion, ya por medio de tomos separados de ellos, ya intercalándolos en otras poesías.

Ni se habia aun perdido del todo el espíritu antiguo á que aludimos. La coleccion conocida desde un principio con el título de *Flor de romances*, de cuyas divisiones y partes en cinco tomos hablamos ya en otro lugar como impresos desde los años de 1593 á 1597, en diferentes puntos de España, fué producto espontáneo de la aficion popular hácia esta clase de literatura, y continuó disfrutando siempre del aprecio general, reimprimiéndose cuatro veces, y muy aumentada con el título de *Romancero general*, hasta que por último, junta con los *Romanceros* de 1550 y 1555, llegó á formar un todo en que aparecen, no solo los romances antiguos conservados tradicionalmente, sino tambien muchos de Lope de Vega, Góngora y otros autores vivos. De estos dos copiosos depósitos y de otras fuentes que aun proporcionaban iguales materiales se entresacaron y publicaron en diferentes épocas otras colecciones mas pequeñas, como son la de Barcelona del año de 1582, reimpresa en la misma ciudad en 1602 y 1696, la cual está tomada en su mayor parte de la coleccion de 1550, y contiene además algunos romances que no se hallan en las anteriores, como son los relativos á la santa Liga y á la muerte de Felipe II [13]. Otro romancero de *Los Doce Pares* y sus maravillosas hazañas, publicado por primera vez en 1608, ha sido siempre el libro favorito del pueblo [14]; cuatro

[13] Se intitula «Silva de varios romances», y contiene los famosos del conde de Irlos, marqués de Mantua, Gayferos y conde Claros, con otros varios hasta el número de veinte y tres, que se hallan en el «Romancero» de 1550. Los relativos á la muerte de Felipe II y de D.ª Isabel de la Paz no están por consiguiente en la primera edicion de esta «Silva», pero sí en la de Barcelona, 1602, 12.º

[14] «Floresta de varios romances», sacados de las historias antiguas de los hechos famosos de los Doce Pares

años despues salió á luz el *Romancero del Cid*, reimpreso infinitas veces en España y fuera de ella, y que aun continúa imprimiéndose en nuestros dias [15]. En 1623 siguió á las ya citadas colecciones la *Primavera de romances*, de Perez, cuya segunda parte recogió y publicó en 1629 Francisco de Segura. Ambas contienen como unos trescientos romances, los mas conocidos ya, y muchos de ellos excelentes y de singular hermosura [16]. Y todos estos y otros muchos de la misma especie continuaron imprimiéndose en ediciones manuales, de corto precio, hasta que con la decadencia del carácter nacional decayó tambien el género.

Pero durante el siglo y medio en que floreció con tanta lozanía y vigor este género de poesía, los romances no fueron patrimonio exclusivo de las colecciones formales, ya anónimas, como la mayor de ellas, ya de autores conocidos, como Sepúlveda, Cueva y otros que los escribian en gran número, y los imprimian entremezclados con sus obras, segun lo hizo Esquilache. Al contrario, desde 1550 hasta 1700 apenas se encuentra un poeta español en cuyas obras no se hallen con la mayor profusion, en términos que si se reuniesen en coleccion serian muchos mas que los contenidos en los verdaderos romanceros. Algunos, aunque pocos, de los que así se hallan aislados ó juntos en pequeños grupos son tan bellos y pintorescos como los antiguos. Silvestre, Mon-

de Francia, Madrid, 1728, 16.°; la primera edicion es de 1608. En cuanto á su popularidad, véase á Sarmiento, pár. 528; pero sus últimos romances no son ya de los Doce Pares.

15 «Romancero é historia del muy valeroso caballero el Cid Ruy Diaz de Vivar», recopilado por Juan de Escobar, Alcalá, 1612, 16.°; hay otras muchas ediciones, y la mas completa es la de Stuttgard, 1840, 8.°

16 Ademas de las ediciones de 1623 y 1629 conocemos otra de Madrid, 1659, 16.°, en dos partes, aumentada con letrillas, romances satíricos, etc., etc., por Francisco de Segura.

temayor, Espinel, Castillejo, y mas que todos Lopez Maldonado, los escribieron felicísimamente á fines del siglo XVI[17]. Poco mas adelante Góngora los tiene admirables; sus romances de niños en el género ligero, así como los de burlas y chanzas, que envuelven frecuentemente un gran fondo de verdad y ternura, son lo mejor que hay en su clase, y tienen un mérito incomparable[18]. Pero Góngora introdujo despues en este género el mismo estilo falso y la misma afectacion que en los demás, y fué seguido en esta escuela depravada con mayores absurdos aun por discípulos como Arteaga,. Ribera, Villamediana, Coronel y otros imitadores suyos, cuyos romances son seguramente lo peor que escribieron, porque la misma sencillez, verdad y pureza que exigen estas composiciones por su peculiar índole los hace mas contrarios á toda especie de afectacion.

Cervantes, contemporáneo de Góngora, dice haber compuesto muchos que se han perdido; pero por el concepto que él mismo tenia de ellos puede con fundamento creerse que la pérdida no es para sentida. Al contrario, Lope de Vega, siempre cuidadoso y esmerado en conservar su reputacion, y enteramente opuesto en este punto á Cervantes, los tiene en gran número y excelentes, especialmente los que hacen relacion á su persona y amores, de los cuales debió escribir algunos en Valencia y Lis-

[17] Lopez Maldonado fué amigo de Cervantes, y su «Cancionero» (Madrid, 1586, 4.º) ocupaba un puesto en la librería de D. Quijote; hay de él un romance bellísimo (fol. 35), que comienza:

Ojos llenos de beldad,
Apartad de vos la ira,
Y no pagueis con mentira
A los que os tratan verdad.

De los demás autores citados en el texto hemos hablado ya anteriormente.

[18] Algunos de los romances caballerescos de Góngora, como el de «Angélica y Medoro», y varios burlescos son muy buenos; pero los mejores son los mas sencillos. Hay uno precioso entre dos niños que tratan de cómo han de divertirse y engalanarse en un dia de fiesta y de lo mucho que se van á divertir.

boa[19]. Poco despues los hicieron muy buenos Quevedo, quien llegó á emplear en este género hasta el dialecto picaresco; Bernarda de Ferreira, monja en el convento ameno y pintoresco de Buzaco en Portugal; el diplomático Rebolledo, y casi estamos por decir que Solís el historiador[20]. En efecto, do quiera que se vuelve la vista en este período de la poesía española encontramos romances de todas clases y carácter frecuentemente por autores poco conocidos en otros géneros, como Alarcon, que á fines del siglo XVI escribió excelentes romances devotos[21], y Diego de la Chica, del cual solamente se conserva uno satírico, escrito á principios del XVII, que Espinosa insertó en sus *Flores*[22]; tambien se encuentran constantemente en las obras de los principales poetas que pretendian de este modo congraciarse con el público.

Ni podia ser otra cosa: los romances llegaron en el siglo XVII á constituir la delicia y regalo del pueblo español. Solazábase con ellos el soldado en sus marchas y campañas, y el arriero al atravesar con su recua las ásperas sierras; la moza bailaba escuchándolos en la pradera, y el amante los entonaba al dar una música á su dama. Así penetraron en las bulliciosas orgías de los ladrones y vagos como en las suntuosas mesas de una

[19] Cervantes habla de sus innumerables romances en su «Viaje al Parnaso». Los de Lope de Vega entraron luego á formar parte de los romanceros, si como sospechamos, no hay ya algunos de su pluma en la «Flor de romances» de Villalta, impresa en Valencia, 1593, 16.°

[20] Solís, «Poesías sagradas y humanas», 1692, 1731, etc.

[21] «Vergel de plantas divinas», por Arcángel de Alarcon, 1594.

[22] Es un romance sobre el dinero (Espinosa, «Flores», 1605, fol. 30), única composicion que conocemos de Diego de la Chica. Podriamos añadir romances de otros autores, que se encuentran donde menos pudiera creerse, como uno de Rufo en sus «Apotegmas»; otro de Jáuregui en sus «Rimas», y uno lindísimo de Camoens («Rimas», 1598, fol. 187), digno de Góngora, que comienza:

Irme quiero, madre,
A aquella galera,
Con el marinero
A ser marinera.

nobleza espléndida y opulenta, ó en las imponentes ceremonias de la Iglesia. Cantábalos el triste pordiosero al pedir limosna, y los recitaba el titiritero al explicar y comentar el espectáculo; fueron la base fundamental de los dramas, así sacros como profanos, y el teatro los llevó á todas partes, aumentando cada vez mas su efecto y autoridad. No ha existido en los tiempos modernos género alguno de poesía que con tanta rapidez se haya difundido en las masas populares, ninguno que se haya encarnado tanto en el carácter nacional; en una palabra, parece que los romances son una planta indígena del suelo español, y que su aroma tiene aun impregnado el aire que respiran sus habitantes[23].

[23] No creemos necesario el alegar aquí autoridades para probar el dominio universal del romance en el siglo XVII, porque hay ocasiones en que representan la literatura entera de dicha época. Pero por decir algo en la materia, citarémos el «Quijote», donde Sancho los menciona y se refiere continuamente á ellos; las novelas de Cervantes, sobre todo «La Gitanilla», que canta romances en las casas de los caballeros y en la iglesia de Santa María, y el «Rinconete y Cortadillo», donde se supone eran el entretenimiento y diversion de los pícaros de Sevilla. El mismo maese Pedro dice («Don Quijote», parte II, cap. 26) que andaban en boca de todo el mundo, hasta de los muchachos, por las calles.

CAPITULO XXXIII.

Cuentos y novelas. — La variacion de costumbres produce una alteracion en el género. — Novela pastoril y su origen; Montemayor y su Diana, continuaciones de Perez y Gil Polo. — Lofrasso, Montalvo, Cervantes, Enciso, Bobadilla, Bernardo de la Vega, Lope de Vega, Balbuena, Figueroa, Adorno, Botelho, Quintana, Corral, Saavedra. — Caractéres especiales de la novela pastoril.

Los libros de caballerías, así como las instituciones que les dieron ser, fueron decayendo lentamente en España. Sus severas ficciones armonizaban bien con los sombríos é imponentes castillos que la larga lucha con los árabes sembró por todo el ámbito de la Península, al paso que su tono y lenguaje se acomodaban igualmente á los hábitos serios y mesurados que el espíritu caballeresco introdujo en las clases elevadas de la sociedad, desde las montañas de Vizcaya hasta las playas del Mediterráneo. Por estas y otras razones los libros de esta clase ejercian grande influencia en España, y su larga dominacion impidió por mucho tiempo el desarrollo de otra clase de ficciones en prosa de mejor gusto y estilo, ó al menos retardó considerablemente su aparicion; hecho á que Cervantes alude con toda claridad quejándose á principios del siglo XVII de la escasez que en su tiempo habia de libros castellanos de este género[1].

[1] «Don Quijote», parte I, cap. 28.

Pero cincuenta años antes de la época á que nos referimos veíanse ya señales de próxima mudanza. Por una parte, los magníficos triunfos de Cárlos V crearon un espíritu aventurero muy diverso, es verdad, del de Amadis y sus descendientes, aunque á veces tan emprendedor y extravagante. Las incesantes guerras con las potencias berberiscas y las relaciones de millares de cautivos, que salian de las playas africanas á llenar de espanto á sus compatriotas con la historia trágica de sus infortunios y los de sus compañeros de desgracia, tenian algo mas de triste realidad que cuanto podia inventar la imaginacion mas fértil. Por otra parte, las antiguas costumbres de la nobleza española, la gravedad, los hábitos caballerescos comenzaban á modificarse mediante nuevas relaciones entabladas con otros países, y particularmente con la Italia, nacion entonces la mas civilizada y menos guerrera de toda la cristiandad; de modo que la novela, ramo de la amena literatura que mejor refleja las costumbres de un pueblo, fué ensanchando sus límites á medida que las relaciones de España con otros países de Europa se hacian mas frecuentes, y en proporcion tambien con el cultivo intelectual de la monarquía. De semejante estado de cosas y de su influencia en las nuevas formas de ficcion hallarémos ejemplos patentes á medida que adelantemos en nuestro exámen.

La primera, sin embargo, en que el gusto nacional hizo se verificase un cambio radical y completo, cambio que produjo desde luego los mejores resultados, fué la pastoral en prosa, fenómeno que ciertamente no hubiera adivinado el observador mas perspicaz, si bien una mirada retrospectiva sobre su historia le hubiera fácilmen-

te dado á conocer algunos de los fundamentos en que estriba dicha reforma.

Desde los siglos medios el ejercicio de la vida pastoril fué infinitamente mas comun en España y Portugal que en ningun otro país de Europa[1]; á esta causa debemos sin duda alguna atribuir el elemento bucólico que predomina en las primeras composiciones poéticas de ambos países, las cuales se presentan desde luego con el carácter de églogas, enlazándose con el orígen del drama popular. Por otra parte, el espíritu guerrero, propio de una civilizacion como la española durante el siglo XVI, debió abandonar gustoso aquella exageracion constante y monótona de un mismo tipo en los libros de caballerías, para buscar algun descanso y recreo en la paz y sencillez de una Arcadia fabulosa. Estas dos circunstancias tan óbvias en la condicion y estado de España debieron precisamente favorecer la aparicion de ficciones tan singulares como las pastorales en prosa, aunque hoy dia no es fácil determinar hasta qué punto se extendió su influencia.

En lo que no queda duda alguna es en el orígen directo de ellas. Sabemos de dónde vino el impulso que llevó á España este género de literatura y dónde nació. Sannázaro, caballero napolitano, descendiente de una familia que por efecto de las revoluciones ocurridas en el siglo XV trasladó su residencia de España á Nápoles, es el verdadero padre de la pastoral moderna en prosa. Pasó esta á España, donde se aclimató desde luego, aunque sin perder en largo tiempo el sello y carácter que la imprimió su primitivo autor. Su *Arcadia*, escrita proba-

[1] «Las Partidas» presentan abundantes pruebas de la extension é importancia de la vida pastoril en España en su época y mucho antes.

blemente sin tener á la vista la pastoral griega de Longo, aunque con visibles reminiscencias del *Ameto* de Bocaccio y de las *Eglogas* del Bembo, se publicó íntegra en Nápoles por la primera vez en 1504[3]. Es una verdadera novela pastoril en prosa y verso, en la que con una narracion seguida y artificiosamente enlazada y bajo el disfraz de pastores y pastoras, el autor refiere algunos sucesos de su vida y la de algunos amigos suyos, figurando él mismo en ella como personaje principal con el nombre de Sincero. Necesariamente se deduce de esta explicacion que la obra es de índole fantástica; pero la *Arcadia* de Sannázaro está escrita en el italiano mas bello y puro, y esto mismo la dió desde luego un éxito inmenso, éxito que por las relaciones antiguas de su familia se comunicó inmediatamente á la Península. Mas sea como fuere, en España es donde se hizo la primera imitacion de la *Arcadia*, publicándose sucesivamente gran número de obras de esta clase, que influyeron en su literatura de un modo permanente y duradero.

Lo singular es que sucediese con esta lo mismo que con los libros de caballerías, es decir, que un portugués fuese el primero en introducirla en España: nuestros lectores conocerán que aludimos á Jorge de Montemayor, natural de la ciudad de este nombre, cerca de Coimbra. Ignórase el año en que nació, si bien se cree que fué poco antes de 1520; siguió en su mocedad la carrera de las armas, aunque mas tarde por su habilidad en la música fué agregado á la capilla ambulante del Príncipe, despues Felipe II, teniendo con este motivo ocasion de recorrer algunos países extranjeros, y entre ellos la Ita-

[3] Guinguené. «Hist. Lit. d'Italie», t. x, por Salvi, pp. 87-92.

lia y Flándes. El estudio le ayudó muy poco; apenas sabia el latin, que en aquella época acostumbraban á aprender los mas humildes aspirantes en la carrera de las letras, y sus triunfos fueron hijos exclusivamente de su ingenio y de una pasion que ocupó toda su existencia. Es probable que un desengaño amoroso le obligase por fin á abandonar el suelo español; otros dicen que murió en Turin en 1561 en un desafío, pero la verdad es que nada se sabe con seguridad del término de sus dias [4].

Su *Diana enamorada*, que es su principal obra, se imprimió en Valencia en 1542 [5]; está escrita en castellano muy castizo, lo mismo que sus poesías, que se publicaron despues por separado, aunque en una y otra obra se nota algun tanto la mezcla de su lengua nativa [6]; y es la historia, segun él mismo dice, de sucesos reales y positivos [7]. Tambien sabemos que Montemayor representa en

[4] Barbosa. «Bibl. Lusit.», t. II, página 809, y prólogo á la «Diana de Perez», 1614, p. 362.

[5] Nunca habíamos visto citada edicion alguna de la «Diana» anterior á la de Madrid de 1545; pero poseemos actualmente una en 4.°, de 112 hojas, muy bien impresa en Valencia, sin nombre de impresor. La «Historia de Narvaez», de la cual harémos mencion al hablar de Antonio de Villegas, no se halla en el libro cuarto de esta edicion, y sí en las siguientes. La «Diana» de Montemayor tuvo tal popularidad, que en el espacio de ochenta años se hicieron diez y seis ediciones de ella; seis traducciones francesas, segun Gordon de Percel («Bibliot. à l'usage des romans», Paris, 1734, 12.°, t. II, páginas 23-24); dos alemanas, segun Ebert, y una inglesa. Esta última, por Bartolomé Yong (Lóndres, 1598, folio), es excelente. Tambien se hallan algunas traducciones muy felices de versos de Montemayor en el «Helicon de Inglaterra», 1600 y 1614, reimpresas despues en el «Bibliógrafo Británico», Lóndres, 1810, 8.° La historia de Proteo y Julia en «Los dos caballeros de Verona» de Shakspeare suponen M. Lenox y el doctor Farmer estar tomada de la de Felismena en el libro segundo de la «Diana» de Montemayor; y así es que Collier incluyó la traduccion de Yong en el tomo segundo de la «Librería de Shakspeare» (Lóndres; s. a., 8.°), aunque dicho erudito duda que Shakspeare la tomase de él. Shakspeare de Malone, edic. de Boswell, Lóndres, 1821, 8.°, t. IV, p. 3, y «Restituta» por Brydges, Lóndres, 1814, 8.°, t. I, p. 498. En 1738 se publicaron en Lóndres compendios muy pobres de las «Dianas» de Montemayor y Gil Polo, 12.°

La primera edicion de la «Diana» en que se halla ya la historia de Abindarraez es la que Alonso de Ulloa hizo en Venecia en 1568.

[6] A veces Montemayor escribia á un tiempo en ambas lenguas; así al menos lo hizo en su «Cancionero», 1588, fol. 81, donde se halla un soneto suyo, que puede leerse en español y en portugués.

[7] En su argumento general á toda la novela.

ella el papel de protagonista bajo el nombre de Sereno; y Lope de Vega añade que Diana era una dama de Valencia de Don Juan, villa situada en cercanías de Leon[8].

Su objeto parece haber sido el mismo que se propuso Sannázaro, á saber: referir en forma de novela pastoril algunos acontecimientos de su vida y de las de otros amigos suyos. Para esto presenta en las riberas del Esla, al pié de las montañas de Leon, cierto número de pastores y pastoras, que cuentan sucesivamente sus aventuras en siete libros y en prosa mezclada de versos. Pero los dos personajes principales de la novela, Sereno y Diana, introducidos como amantes, se ven separados el uno del otro por las artes de un mágico encantador, y la obra concluye repentinamente, muy contra la intencion anunciada en sus principios, casándose Diana con Delio, rival indigno de Sereno.

No es fácil comprender bien á la primera lectura la obra de Montemayor, porque son tantas y tan intrincadas las diferentes historias de que se compone, y están unidas á la accion principal con tan poco artificio, que se pierde á cada momento el hilo de la narracion, aumentando mas esta dificultad la mezcla de lo verdadero y de lo fabuloso en punto á geografía, paganismo, magia, cristianismo, á lo que se agregan la inverosimilitud y contradicciones inevitables en la empresa de colocar en el riñon de España, y próxima á una de sus principales ciudades, una Arcadia poética que nunca existió en realidad en ninguna parte del mundo. La *Diana,* sin embargo, merece el nombre de novela, mucho mas que la *Arcadia*, su modelo; la ficcion principal es de mas impor-

[8] «Dorotea». Act. II, esc. 2.ª «Obras sueltas», t. VIII, p. 84.

tancia, y está formada con mas ingenio; los episodios muy superiores en interés; todo respira la pasion y ternura de un amor burlado, principio á que sin duda alguna debió su orígen; las poesías que contiene son bellísimas, y en especial las composiciones líricas; y si la prosa no es tan pura como la de Sannázaro, no deja por eso de ostentar cierta gracia y riqueza. Por lo mismo, y á pesar de sus defectos, la *Diana*, aunque escrita á tanta distancia de nosotros, nos interesa todavía y se distingue en esto de las demás obras de su género, hoy dia sumidas en el desprecio y en el olvido; así pues, alabamos el buen gusto del Cura que en el escrutinio de la librería de D. Quijote hizo justicia poética á este libro y á su autor.

Hemos insinuado ya que Montemayor dejó su *Diana* incompleta: tres años despues de su muerte, ó sea en 1564, Alonso Perez, médico residente en Salamanca, á quien el poeta, antes de su salida de España, habia confiado el plan de concluirla, publicó una segunda parte, que comienza en el Palacio encantado de Felicia, donde concluye la primera, y prosigue refiriendo las historias y sucesos de varios pastores y pastoras, personajes enteramente nuevos, y que no aparecen en la de Montemayor; mas esta segunda parte, como la primera, deja la otra aun sin concluir, pues no llega mas que á la muerte de Delio, esposo de Diana, á la cual, segun el plan de Montemayor, seguia su casamiento con su primer amante, el fiel y enamorado Sereno; y termina ofreciendo una tercera, que nunca llegó á ver la luz pública. Verdad es que no hubo tampoco grande afan por ella; porque la segunda, escrita en siete libros y muchísimo mas larga que la primera, es incom-

parablemente inferior en mérito; la narracion, en su mayor parte, carece de aquella ternura que Montemayor supo dar á su trabajo, y además adolece de una falta muy notable en este género de composicion, cual es el estar escrita en prosa monótona y pesada, y en versos peores aun[9] que la prosa.

Tan desgraciada tentativa no impidió que la obra de Montemayor tuviese otros imitadores: el mismo año en que se publicaba la continuacion de Alonso Perez salia á luz en Valencia otra continuacion, por Gaspar Gil Polo, caballero de aquella ciudad y profesor de lengua griega en su Universidad[10]. La *Diana* de Gil Polo tiene desde luego el mérito de ser mas corta que las de sus predecesores. Divídese en cinco libros, y contiene la relacion de las falsedades y engaños de Delio y su muerte, juntamente con el casamiento de Diana, quien buscando á su infiel esposo, que la ha abandonado por otra pastora, se encuentra con su antiguo amante, y se desposa con él. Hay en la obra varios episodios y bastantes poesías intercaladas con sumo ingenio y maestría; pero aunque el pensamiento original de Montemayor parece quedar completo, el autor concluye prometiendo una nueva continuacion, que nunca llegó á escribir, aunque sobrevivió treinta años á la publicacion de su libro[11]. Por lo demás

[9] La primera edicion citada (Nicolás Antonio, «Bibl. Nov.», t. I, p. 539) es de 1564, y no conocemos despues mas que otra de Barcelona, 1614, 12.º; pero hemos visto una tercera sin portada, que parece ser distinta de ambas; de todo se deduce que las ediciones de la «Diana enamorada» fueron pocas, y la popularidad del libro escasa. Tradújose tambien al francés, y por Bartolomé Yong al inglés, y el original castellano se reimprimió varias veces unido á la obra de Montemayor.

[10] La «Diana enamorada» de Gil Polo se imprimió por primera vez en 1564, y en cincuenta años tuvo nueve ediciones mas, dos traducciones francesas, y una latina de Gaspar Barth. Está tambien muy bien traducida al inglés por Bartolomé Yong, y forma la tercera parte de la «Diana» en un mismo tomo con las de Montemayor y Perez; pero en realidad es otra segunda parte.

[11] Hay, sin embargo, una tercera parte de la «Diana» de Montemayor, es-

este fué perfectamente acogido del público; su prosa ha sido siempre mirada con aprecio, y lo mismo ha sucedido con algunas de sus poesías, sobre todo con la cancion de Nerea, en el tercer libro, y algunos versos cortos en el quinto [12].

Los *Diez libros de fortuna de amor* de Antonio de Lofrasso, soldado y natural de Cerdeña, publicados en 1573, es la novela pastoril que sigue á la *Diana;* pero no tiene mérito ninguno, y apenas salió á luz cuando fué olvidada [13]. Nueve años despues, en 1582, se publicó otra mejor, que es el *Pastor de Filida*, libro que logró cinco ediciones, y se lee todavía con gusto [14]. Su autor, Luis Galvez de Montalvo, fué natural de Guadalajara, pueblo situado cerca de Alcalá, patria de Cervantes, circunstancia que pudo dar lugar á sus mutuas relaciones, pues se sabe fueron amigos y se elogiaron uno á

crita por Hierónymo de Texeda, impresa en Paris, 1627, 8.° Ebert cita un ejemplar de ella como existente en la Biblioteca Real de Paris, pero nunca hemos logrado verla.

[12] La mejor edicion de la «Diana» de Polo es la que publicó Cerdá en Madrid, 1802, 8.°, con una vida de su autor: tiene notas muy apreciables, entre ellas las que ilustran el «Canto del Turia», en que imitando el «Canto de Orfeo» de Montemayor, en loor de las damas mas célebres de su tiempo, Polo alaba á los poetas mas famosos de Valencia. Jimeno «Escritores de Valencia», t. I, p. 170, y Fuster, «Bibl. Valent.», t. I, p. 150, dan noticias de Polo; y es singular que habiendo este impreso una obra tan bien recibida del público, no escribiese despues mas que una ó dos composiciones poéticas poco importantes.

[13] Este es el mismo libro de que se burla Cervantes en el capítulo sexto de la primera parte del «D. Quijote», y en el tercero de su «Viaje al Parnaso», y es curioso por algunos trozos de poesía sarda. Pedro de Pineda, maestro de lengua española en Lóndres, tomando la graciosa ironía del buen Cura de Cervantes por moneda corriente, publicó una hermosa edicion de la obra de Lofrasso en dos tomos (Lóndres, 1740, 8.°), con una dedicatoria y prólogo muy necios, en que para demostrar el mérito del libro elogia á Cervantes. Apenas habrá pastoral española mas absurda que esta, ni que contenga tan malos versos, de los cuales muchos hay dirigidos á personas que vivian en aquel tiempo, y están designadas por sus nombres y títulos. El libro décimo principalmente es casi todo de versos de esta clase. No recordamos que Cervantes tratase tan duramente á ningun poeta como á Lofrasso en su «Viaje al Parnaso».

[14] La mejor edicion de la «Filida» es la sexta, Madrid, 1792, 8.°, con un prólogo biográfico de Mayans indigesto, aunque con muy buenas noticias.

otro en sus respectivos escritos [15]. Parece, sin embargo, que eran de condicion muy diversa, porque en vez de la vida errante y agitada que Cervantes pasó, Montalvo entró luego al servicio de la ilustre casa del Infantado, descendiente del marqués de Santillana, y vivió siempre como regalado cortesano, habitando el palacio de los Duques en el pueblo de su naturaleza. Despues hizo un viaje á Italia, donde tradujo y publicó, en 1587, *Las lágrimas de S. Pedro*, de Tansilo, y habia comenzado una traduccion de la *Jerusalen libertada*, del Tasso, cuando le sorprendió la muerte, en Sicilia, hácia el año de 1591 [16].

Escribió Montalvo su *Pastor de Filida* en siete partes, viviendo en casa de los duques del Infantado, porque en la misma portada se anuncia como «caballero y cortesano», y en la dedicatoria á un individuo de aquella familia ilustre dice que «su mayor trabajo es vivir ocioso, contento y honrado como criado de su casa». La novela contiene, como todas las demás de su clase, aventuras de personajes vivos y conocidos, entre los cuales figuran el mismo Montalvo, Cervantes y el magnate á quien está dedicada; pero no brilla mas en ella el verdadero tono bucólico que en las demás ficciones de su género. En la sexta parte hay una disertacion crítica, por cierto bien inoportuna, sobre el mérito de las dos escuelas de poesía española que á la sazon se disputaban el favor del público; y en la sétima una fiesta cortesana con juegos de sortijas, bohordos y escudos de ar-

15 Navarrete, «Vida de Cervantes», pp. 66, 278, 407.

16 Lope de Vega, «Obras sueltas», t. I, p. 77, y t. XI, p. 28. «Don Quijote», edic. Clemencin, t. I, p. 146, y t. III, p. 14, en las notas. Las «Lágrimas» de Tansilo gozaron el honor de ser traducidas al castellano cuatro veces por diferentes ingenios.

mas á estilo de los antiguos torneos. El estilo en general es bueno y castizo, y entre las muchas poesías que la obra tiene en antiguos metros españoles, pueden escogerse algunas que, si no igualan, se acercan mucho á las de Montemayor.

Tambien Cervantes, segun ya dijimos, se vió arrastrado, quizá mas por la moda que por su propia inclinacion, á comenzar, en obsequio á la dama de sus pensamientos, la *Galatea*, cuyos primeros seis libros, que es todo lo que de ella poseemos, se publicaron en 1584. Siguióse en 1586 el *Desengaño de celos*, novela pastoril en seis libros, y como la anterior, incompleta: escribióla Bartolomé Lopez de Enciso, quien, segun él mismo dice, era cuando la compuso mancebo de pocos años, y tenia intencion de proseguirla en una segunda parte, que nunca llegó á ver la luz pública: tampoco es muy de sentir que no cumpliese su oferta; sus ficciones, generalmente fundadas en ninfas y pastores del Tajo, son de lo mas confuso é insustancial que puede darse. La escena se abre en los tiempos de la antigua mitología griega, pero en el libro sexto el genio español lleva á los mismos pastores que figuran en el primero á un templo magnífico, y les enseña las estatuas de Cárlos V, Felipe II y Felipe III, príncipe heredero á la sazon que el autor escribia, confundiendo lastimosamente de este modo la época primitiva de la antigüedad clásica con los futuros tiempos de fines del siglo XVI. No menos chocantes son otras inconsecuencias y contradicciones, al paso que la prosa y versos son tan pobres, que no compensan lo absurdo del plan; hay además pocos libros en la literatura española mas ingratos y cansados que esta insulsa

ficcion, por las interminables discusiones y declamaciones de que está plagada [17].

Otra novela pastoril, tambien en seis libros, con el título de *Ninfas y pastores de Henáres*, tiene por autor á Bernardo Gonzalez de Bovadilla, quien la publicó en 1587. Natural este de las islas Canarias, confiesa desde luego que, á pesar de colocar la escena de su obra en las márgenes del Henáres, no las habia visto en su vida; pero tanto el autor como su libro duermen largo tiempo hace en el olvido. La misma suerte cupo á los *Pastores de Iberia*, en cuatro libros, obra indigesta, publicada en 1591 por Bernardo de la Vega, á quien algunos suponen natural de Madrid, y que fué despues canónigo del Tucuman, en el Perú. A pesar de lo dicho, la circunstancia de hallarse estas obras todas, y otras que las precedieron, en la librería de D. Quijote, así como los elogios que de tres de ellas hace Cervantes, elogios que no han sido despues confirmados por la posteridad, prueba que gozaban á la sazon del favor público [18].

Algun tiempo pasó, sin embargo, sin que continuase esta serie de escritos, si exceptuamos la *Arcadia* de Lope de Vega, que, aunque escrita mucho antes, se imprimió en 1598 [19], hasta que por último salió á luz

17 «Desengaño de celos», compuesto por Bartolomé Lopez de Enciso, natural de Tendilla. Madrid, 1586, 8.° Nada se sabe del autor, exceptuando lo que él mismo dice en su libro, que es sumamente raro. El ejemplar que de él poseo es el mismo que perteneció á Cerdá y Rico, quien lo prestó á Pellicer para poner la útil y curiosa nota sobre Enciso en su edicion del «D. Quijote», parte I, cap. 6.

18 «D. Quijote», edic. Pellicer, parte I, t. I, p. 67, y edic. Clemencin, t. I, p. 144.

19 Hemos hablado ya de la «Dorotea». Tal vez la «Enamorada Elisea» de Jerónimo de Covarrubias Herrera, impresa en 1594, sea la única excepcion, pero no la conocemos mas que por la noticia que de ella nos da Don Nicolás Antonio.

Otra excepcion quizá son «Las tragedias de Amor» de Juan Arze Solorzano, novela pastoril en prosa, publicada primeramente en 1604, y despues en 1607 y 1647, aunque es cosa tan pobre, que apenas merece mencionarse. Escribióla su autor siendo aun

El Siglo de oro, de Bernardo de Balbuena. Este escritor, nacido al pié de los fértiles collados del Val de Peñas, vestidos de viñedo, pasó muy niño con su familia al reino de Méjico, donde se educó, distinguiéndose ya como poeta á la temprana edad de diez y ocho años. Se sabe que una vez al menos visitó á su patria, aunque tambien es cierto que pasó la mayor parte de su vida en la Jamaica, donde disfrutaba de un beneficio eclesiástico, y despues en Puerto-Rico, á cuyo obispado fué promovido, y donde falleció en 1627.

A pesar de esto, *El Siglo de oro en las selvas de Erifile* no encierra el menor rastro de las costumbres del Nuevo-Mundo, ni hay en él cosa alguna que revele la impresion que las majestuosas escenas de aquella naturaleza tropical debieron producir en su autor: imprimióse en Madrid, en 1608, y Balbuena hubiera podido escribirlo sin salir jamás de su patria. Las poesías, que contiene en grande abundancia, son generalmente del gusto italiano; pero casi todas ellas son muy superiores á las que comunmente se encuentran en esta especie de libros; y la prosa, aunque algun tanto afectada, es agradable y flúida. En las nueve églogas, título singular y extraño que el autor dió á las partes en que se divide su obra, apenas se halla una alusion á la historia antigua ó á sucesos particulares del tiempo; circunstancia á la cual habrémos acaso de atribuir la especie de indiferencia con que fué recibida á la sazon que otras de mérito inferior excitaban la curiosidad del público; mas sea cual fuere la causa, lo cierto es que sus contemporáneos hicieron

muy joven, y la dividió en quince «églogas» ó libros, de los cuales tan solo publicó cinco, acompañados, segun la costumbre de aquel tiempo, de un pobrísimo comentario alegórico.

poco caso del libro de Balbuena, y que su impresion no se repitió hasta el año de 1821, en que obtuvo la distincion de ser publicada de nuevo por la Academia Española [20].

Al año siguiente de salir á luz *El Siglo de oro*, Cristóbal Suarez de Figueroa, natural de Valladolid, jurisconsulto y soldado, publicó su *Constante Amarilis*, en cuatro discursos, obra llena, como las de sus predecesores, de poesías cortas, y con la pretension de estar fundado su argumento en hechos en parte ciertos [21]. Su autor, que vivió largo tiempo en Italia, era ya conocido por una excelente traduccion del *Pastor Fido*, de Guarini [22], y publicó además en diferentes épocas varias obras originales de gran reputacion [23].

Parece, sin embargo, que Figueroa era de condicion adusta y genio irritable: en una relacion muy curiosa de su propia vida, que incluyó en su *Pasajero*, habla con dureza y hasta con mala fe de varios contemporáneos suyos, y sobre todo manifiesta gran malignidad respec-

[20] La noticia preliminar de esta última edicion contiene cuanto ha podido averiguarse acerca de Balbuena.

[21] Hay una edicion de 1614 con traduccion francesa, pero la mejor de todas es la de Madrid, 1781, 8.°

[22] Creo que se imprimió por primera vez en Nápoles en 1602, pero es mejor la edicion de Valencia de 1609, 12.°

Hay otra traduccion del «Pastor Fido» por D.ª Isabel Correa, judía, de la cual no conozco mas que la tercera edicion de Ambéres, 1694, 12.° Es uno de los pocos trofeos en poesía que puede reclamar el bello sexo de aquella raza, aunque no muy digno de encomio. Ginguené se queja de lo largo que es el original que tiene hasta siete mil versos; pero aun lo es mas la traduccion de D.ª Isabel, pues tiene unos once mil; lo peor es que el trabajo está hecho con muy mal gusto. Tambien hay una comedia española con el mismo título de el «Pastor Fido» («Comedias escogidas», t. VIII, 1657, fol. 106), que vale muy poco, á pesar de ser obra, segun dicen, de tres ingenios, como Solís, Coello y Calderon.

[23] D. Nic. Ant. («Bibl. Nov.», t. I, p. 251) inserta un catálogo de nueve obras de Figueroa, algunas de las cuales serán mencionadas en sus respectivos lugares; pero debe ser incompleto, porque el mismo Figueroa decia en 1617 («Pasajero», fol. 377) que habia ya publicado siete libros, y Antonio solo cita seis hasta aquella fecha; además, en el prólogo á la vida del marqués de Cañete, por Figueroa, asegura un amigo suyo que en los diez años anteriores habia escrito ocho obras.

to á Cervantes, que acababa de morir, y que con tanta generosidad habia elogiado á todos los ingenios de su tiempo [24]. Su obra postrera tiene la fecha de 1621, siendo este el último hecho relativo á su persona que ha llegado á nuestra noticia. Su *Amarilis*, que, segun él dice, fué compuesta por obedecer á la insinuacion de un gran personaje, no parece haberle dejado enteramente satisfecho [25]; está, sin embargo, escrita en estilo fácil y bastante puro, y aunque contiene varias disertaciones y polémicas graves y cansadas, entre ellas la que trata de la poesía, en la primera parte, y adolece además de una maquinaria extravagante, como la vision de Vénus y su corte, en la segunda, es libro que se ha reimpreso y leido mucho en el siglo pasado.

Pocas fueron las novelas pastoriles publicadas en España despues de la *Constante Amarilis*, pero ninguna de tanto mérito ni que disfrutase igual favor. Espinel Adorno [26], el portugués Botelho [27], Quintana, que escribió bajo el pseudónimo de Cuevas [28]; Corral [29] y Saave-

[24] Navarrete, «Vida de Cervantes», pp. 179-181, y en otras partes. Las noticias curiosas que Figueroa da de su vida y persona, y de que se valió su biógrafo, están en el «Pasajero», desde el fol. 286 hasta el 392, y como este, muchos trozos del libro respiran hiel contra Lope de Vega, Villegas, Espinosa y otros autores contemporáneos.

[25] «Pasajero», fol. 96, b.

[26] «El premio de la constancia y pastores de Sierra-Bermeja», por Jacinto de Espinel Adorno, Madrid, 1620, 8.º, Ninguna noticia tenemos de este libro, sino la brevísima que da D. Nicolás Antonio, Bibl. Nov., t. I, p. 613, y no parece era tan malo como otros que han sido muy elogiados.

[27] «El pastor de Clenarda» de Miguel Botelho de Carvalho, Madrid, 1622, 8.º Escribió además otras obras, todas en castellano, excepto su poema «La Filis», que está en octavas. Barbosa, «Bibl. Lusit.», t. III, p. 466.

[28] «Experiencias de amor y fortuna», por el licenciado Francisco de las Cuevas, de Madrid.» Barcelona, 1649, 8.º Véase tambien á Baena, «Hijos de Madrid», t. II, pp. 172-189. Francisco de Quintana dedicó su «Pastoral» á Lope de Vega, que le respondió muy cumplida y cortesanamente tratándole como á mancebo que hacia su primer ensayo literario. Hay ediciones de su libro de 1626, 1646, 1654, la de Barcelona citada arriba, y otra de Madrid, 1666, 8.º, y en el t. XIX de las «Obras sueltas de Lope», pp. 353-400, se encuentra un sermon que Quintana predicó en las honras de Lope, y en cuya portada se intitula «su íntimo amigo».

[29] «La Cintia de Aranjuez», prosas y versos, por D. Gabriel de Corral, na-

dra[30] cierran esta serie con las suyas, llegando el último autor citado á completar el siglo cabal desde la primera aparicion de estas ficciones en tiempo de Montemayor; aunque tambien es preciso confesar que las obras de todos ellos están todas mas ó menos desfiguradas por el mal gusto de su época. Reunidos y considerados en conjunto, no dejan la menor duda de un hecho notable, y es que las novelas pastoriles reemplazaron en España á los libros de caballerías, y heredaron hasta cierto punto su popularidad y favor. La mayor parte de los libros que arriba hemos citado se reimprimieron varias veces, y la *Diana* de Montemayor, que es el primero y el mejor de todos, ha sido durante el siglo xvi mas leido en España que ningun otro libro de entretenimiento, exceptuando tan solo la *Celestina*.

Lo que acabamos de decir parecerá sin duda extraño, sobre todo si consideramos los absurdos é inconsecuencias que abundan en semejantes composiciones; pero la cuestion debe mirarse bajo otro aspecto. La novela pastoril en último resultado está fundada en uno de los principios mas sólidos y respetables de nuestra propia naturaleza; á saber, el amor, los campos, la contemplacion de sus bellezas, la quietud; en una palabra, todo aquello que constituye la vida campestre, en oposicion á la vida violenta y agitada de las ciudades; atrac-

tural de Valladolid, Madrid, 1629, 8.°; no conocemos otra edicion. El autor vivió en Roma desde 1630 á 1632, y probablemente mas tiempo. (Ant., «Bibl. Nov.», t. I, p. 503). Su estilo, lo mismo que el de Quintana, es gongorino.

30 «Los pastores del Bêtis», por Gonzalvo de Saavedra. (Trani, 1633, 4.°.) Parece se escribió en Italia, y solo sabemos de su autor que era veinticuatro de Sevilla. En el ejemplar que poseemos, y cuyo colofon es de 1634, hay añadidas cuatro hojas de consejos religiosos y morales, dirigidos al hijo del autor, que pasaba de gobernador á una provincia del reino de Nápoles, los cuales están algo mejor escritos que la pastoral que los precede.

tivos son estos que pocos hay tan ignorantes y rudos que dejen de sentirlos, ni tan artificiosamente cultos que se atrevan á rechazarlos. De aquí nace que este género prevaleció, ya mas, ya menos, en todos los países de la Europa moderna, como se echa de ver en Italia por el éxito que allí obtuvo Sannázaro; en Francia por la *Astrea*, de d'Urfé, y en Inglaterra por la *Arcadia*, de sir Philip Sydney; las dos últimas mucho mas largas y pesadas que ninguna de las españolas, y la inglesa, en especial, gozando durante un siglo entero de una popularidad, ya que no superior, comparable solamente á la de la *Diana* de Montemayor [31].

A no dudarlo, así en España como en otros países, se echaron luego de ver las incongruidades y defectos de estas ficciones; hasta los mismos que con mayor aficion las miraban manifestaron no desconocer lo mucho que en ellas se pecaba contra las reglas de la naturaleza. Cervantes, que murió muy pesaroso de no haber concluido su *Galatea*, se burla con todo de sí mismo con este motivo, no una vez sola, en el *Quijote;* y en su *Coloquio de los perros* hace que uno de los interlocutores, que habia estado sirviendo á un pastor, lance una diatriba contra las falsedades y mentiras con que pintaban la vida campestre las mejores pastorales de aquel tiempo, sin perdonar tampoco á la suya [32]. Tambien Lope de

[31] Algo podiamos haber citado en la materia relativamente al Portugal. La «Menina e Moça», de Bernardim Ribeyro, impresa en 1557, es un fragmento bellísimo; y la «Primaveira», de Francisco Rodriguez de Lobo, en tres partes bastante largas, impresas entre 1601 y 1614, de las cuales la primera fué traducida al castellano por Juan Bautista Morales, 1629, que es de las pastorales mejores y mas completas que existen. Ambas han sido muy aplaudidas en Portugal y continúan leyéndose. Barbosa, «Biblioteca Lusitana», t. I, p. 518, t. II, p. 242.

[32] «Don Quijote», parte I, cap. 6, en el escrutinio de la librería, cuando la sobrina dice que tambien se deben quemar los libros pastoriles como los de caballerías, para que su tio, abur-

Vega, aunque publicó su *Arcadia* en circunstancias que manifiestan lo complacido que estaba y el valor que daba á sus agradables y entretenidas aventuras, al introducir en una comedia varios pastores tuvo valor para poner en boca de uno de ellos, que encontraba la verdadera vida del campo, entre ganados, y con mal tiempo, muy distinta de lo que la pintaban las novelas pastoriles, los siguientes versos:

Quisiera ver
Los que suelen componer
Estos libros de pastores,
Donde todo es primavera,
Flores, árboles y fuentes [33].

A pesar de todo, ni Cervantes, ni Lope, ni ningun otro escritor de aquellos tiempos se atrevió á atacar de frente las pastorales; al contrario, parece que su estilo y manera, generalmente imitada de la novela italiana que dió el ser á todas ellas, tenian cierto atractivo para los oidos castellanos, en época en que la escuela de Garcilaso habia llegado al apogeo de su gloria y popularidad. Además los sucesos verdaderos que referian, las historias amorosas de personas ilustres que en ellas se ocultaban, pero que fácilmente adivinaban todos los lectores, les daban unas veces la apariencia de un enigma, otras el aspecto de una máscara, y la curiosidad de las personas que trataban con familiaridad á los autores, ó á sus héroes y heroinas, era poderosamente excitada [34].

rido de la vida de caballero errante, no cayese en la locura de hacerse pastor; y parte II, capítulos 67 y 73, donde están muy á punto de realizarse sus temores.

[33] «Comedias», parte VI, Madrid, 1615, 4.°, fol. 102, «El cuerdo en su casa», act. I.

[34] «La Diana» de Montemayor, dice Lope de Vega en el pasaje de su «Dorotea» ya citado (núm. 8), era una dama de Valencia de Don Juan, pueblo

Y sobre todo, las descripciones, aunque rápidas é imperfectas, de la naturaleza y sus bellezas, la profunda y sentida ternura de Montemayor, las graciosas pinturas campestres que abundan en Balbuena, ofrecian sin duda alguna distraccion y solaz en medio de una sociedad tan estirada y grave como la de la corte española en tiempo de Felipe II y Felipe III, y en medio de una civilizacion fundada, mas que otra alguna de los tiempos modernos, en las virtudes militares y el espíritu caballeresco. Por consiguiente, mientras duró este estado de cosas, las ficciones y creaciones pastoriles, llenas de los sueños de una *Arcadia* poética, gozaron en España de un favor á que no han llegado nunca en ningun otro país; desaparecieron las causas y con ellas sus efectos.

cerca de Leon, á quien y al rio Esla ha inmortalizado el autor. Lo mismo la «Filida», de Montalvo, la «Galatea», de Cervantes, y la «Filis», de Figueroa, fueron personas reales y positivas». Otras pudieran añadirse con el testimonio de los mismos autores, como «Los diez libros de Fortuna de Amor», la «Cintia de Aranjuez», etc. Véase una nota de Clemencin al «Quijote», t. IV, p. 440.

CAPITULO XXXIV.

Novelas picarescas. — Estado de costumbres que las produjo. — El Lazarillo de Tormes, de D. Diego Hurtado de Mendoza. — El Guzman de Alfarache, de Mateo Aleman, con la continuacion espúrea de Sayavedra y la legítima del mismo Aleman. — Perez. — Espinel y su escudero Márcos de Obregon. — Yañez. — Quevedo. — Solorzano. — Enriquez Gomez. — El Estebanillo Gonzalez.

Otra forma, que en España tuvo la ficcion en prosa, y que por la mayor verdad de sus cuadros alcanzó favor mas duradero que la que acabamos de examinar, es la de las novelas llamadas vulgarmente « del género picaresco ». Consideradas como clase, constituyen un cuadro especial de costumbres, y tienen en efecto un color propio y nacional que las distingue de la masa general de la literatura moderna. Su orígen es obvio, y se explica fácilmente por la singularidad misma de su esencia; desde su primera aparicion las vemos representar la condicion y estado de una gran parte de la sociedad española, estado que casi ha permanecido desde entonces sin alteracion alguna, y ha contribuido en gran manera á que estas obras, que son su pintura y reflejo, hayan conservado mucha de la popularidad que en un principio disfrutaron.

La guerra de opuestas razas y religiones que por espacio de tantos siglos absorbió la existencia de los españoles, y era, por decirlo así, el pensamiento domi-

nante de los habitantes de la Península, terminó en tiempo de los Reyes Católicos, mas no cesó con ella el espíritu y carácter que al pueblo imprimieron. Al contrario, mantuviéronle en toda su lozanía y vigor las vastas y gigantescas empresas de Cárlos V en Italia, Francia y Alemania : empresas coronadas de tan buen éxito, que la nacion española, siempre notable por su heróico entusiasmo, llegó á creerse destinada á constituir un imperio que, cubriendo todo el nuevo mundo y la parte mas bella y apetecible del antiguo, sobrepujase al de los Césares en gloria y poderío.

Era tan viva y universal la fe de los españoles en este resultado próximo y glorioso de sus esfuerzos, que cada individuo, por humilde que fuese, se creyó obligado á contribuir á él con su persona; y así, no solo la nobleza del reino, sino todos aquellos que apetecian la honra y trataban de distinguirse, no vieron, fuera de los puestos de la administracion civil y eclesiástica, otro camino para hallar lo que deseaban sino el de las empresas militares. De aquí provino el desuso en que cayeron luego las ocupaciones sedentarias de la vida y el ejercicio práctico y fecundo de la industria : objetos mirados con indiferencia y hasta con desprecio, al paso que en todas partes se juntaban numerosos ejércitos, y que multitud de caballeros y gente ilustrada, como Cervantes y Lope de Vega, se alistaban bajo sus banderas en clase de simples soldados.

Mas por numerosos que fuesen los ejércitos de Cárlos V y de Felipe II, no era posible que todos los españoles siguiesen la carrera de las armas; y por lo mismo muchos hidalgos de la clase media permanecian ociosos por no hallar ocupacion propia de su rango; al paso que

otros, despues de haber experimentado los disgustos y sinsabores de la vida militar, volvian al hogar doméstico inutilizados para otra cualquier profesion. Estas dos clases formaban una masa de holgazanes que pesaba de continuo sobre la sociedad de las principales poblaciones de España: unas veces medrando por medio de la intriga y de la adulacion mas baja, otras recurriendo al crímen para ganar su subsistencia. Su número no era corto; distinguíanse al momento donde quiera que se presentaban, y su carácter general, bosquejado con vigor y á veces con inimitable verdad, se reconoce aun en los hidalgos hambrientos, al par que altivos, de Mendoza y Quevedo, recorriendo las plazas y calles en busca de aventuras, ó agolpándose en la antesala de un ministro y fatigándole con importunas peticiones de los mas humildes empleos.

Habia además en España otro linaje de gente, bastante parecida en carácter á la que acabamos de bosquejar, aunque de orígen diverso, y que figura igualmente en esta forma especial de ficcion. Eran estos los individuos mas sagaces y activos, y los menos escrupulosos de las clases bajas de la sociedad: hombres con bastante talento para comprender que las ventajas, la posicion, riquezas y mando á que aspiraban estaban ya en manos de una raza aristocrática, que solo exigia de ellos una lealtad sincera, una fidelidad á toda prueba. Durante mucho tiempo, en la hora del peligro, en medio de las turbulencias domésticas que por tanto tiempo afligieron á España, la fidelidad de estas clases habia sido completa, y la obediencia hácia sus señores ciega, sin que los que la profesaban se creyesen injuriados ni degradados, porque en tal coyuntura los vasallos no reclamaban de

sus superiores mas que proteccion, y obtenida esta, quedaban satisfechos.

Pero la escena cambió luego completamente: lanzados los moros de su último baluarte, fué ganando terreno la paz, y con ella el sentimiento de noble independencia y de dignidad personal que ya se habia manifestado, unas veces con turbulencias é inquietudes, principalmente en las universidades, y otras en abierta rebelion, como en las guerras de la Comunidad. Coincidieron con estos esfuerzos de las masas populares, hasta entonces reprimidos con buen éxito, las conquistas en América, que derramaron torrentes de riqueza nunca vistos antes en el mundo sobre un país que durante siglos habia sido uno de los mas pobres y sufridos de Europa. Estos tesoros, adquiridos con tanta facilidad, como que estaban á merced del primer aventurero y del que conseguia empleos ó encomiendas en el territorio recien descubierto y conquistado, se malgastaban con igual imprevision. Los mas corrompidos y sagaces, de las clases menos favorecidas, aprendieron sin grande esfuerzo á rodear á los que cargados de riquezas volvian á la metrópoli; y bien pronto hallaron medios para aprovecharse de aquella lluvia de oro que corria por todas partes con abundancia, y cuya accion perjudicial y deletérea penetró muy pronto en todas las clases de la sociedad. Estos hombres humildes y en posicion falsa habian necesariamente de apelar á la astucia y á la lisonja, y así fué que estas dos plagas comenzaron luego á extenderse universalmente y á apoderarse de todos los corazones. Las riquezas de la India podian, pues, considerarse como un semillero de parásitos, bribones y otras plantas no menos nocivas: Pablos, hijo de un barbero y sobrino de un verdugo;

Cortadillo, ladronzuelo, hijo de un sastre de aldea, y Lazarillo, muchacho despierto y de dudosa prosapia, llegaron á ser en la literatura española los representantes perpetuos de su clase, conocida muy bien con el nombre degradante de *catariberas*[1], ó el mas alegre y festivo de *pícaros*.

El primer ejemplo de ficcion en este género fué, como ya lo hemos indicado, *El Lazarillo de Tórmes*, de Mendoza, publicado en 1554: bosquejo incompleto, aunque valiente y atrevido, de la vida de un bribon salido de la clase mas humilde de la sociedad. Cincuenta y cinco años despues apareció el *Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman, retrato el mas acabado y completo de su especie que se halla en la literatura española. Ignoramos qué causa movió á Aleman á escribir dicho libro, y tambien son escasas las noticias que de él tenemos; solo se sabe que fué natural de Sevilla, y escribió otras tres ó cuatro cosas de menor importancia; que estuvo empleado como recaudador de contribuciones, cargo cuyo desempeño le acarreó una larga persecucion, que despues de un pleito muy costoso, pasó, en 1609, á Méjico, y finalmente que en aquel país, ó en España, dedicó el resto de sus dias al cultivo de las letras[2]. Tam-

[1] En cuanto á esta canalla vil y vagamunda de escribanos, alguaciles y otra gente de la baja curia, llamados vulgarmente *catariberas*, véase lo ya dicho en el cap. IV del período II.

[2] Ant. «Bibl. Nov.», artículo «Matthœus Aleman», y Salvá, «Repertorio americano», t. III, p. 65. En cuanto á sus cuestiones con el gobierno, véase á Navarrete, «Vida de Cervantes», 1814, p. 411. Parece que ya era viejo cuando pasó á Méjico; y D. Adolfo de Castro al fin de «El buscapié», 1848, inserta una carta fecha en Sevilla á 20 de abril de 1607, escrita por Aleman á Cervantes; de cuyo orígen ó descubrimiento ninguna noticia se nos da, y en la que el autor introduce cuantos dicharachos y refranes pudo recoger, si bien ninguno hay tan oscuro que no lo haya ilustrado la curiosa erudicion del señor Castro. Redúcese toda la carta á quejarse de su mala fortuna y profetizar la buena de Cervantes, concluyendo con comunicarle la resolucion que ha tomado de pasar al reino de Méjico. No la creemos genuina; pero si lo es, echa por tierra todas las conjeturas de Cle-

bien puede ser fuese por algun tiempo soldado, porque un amigo suyo, en el elogio que antecede á la segunda parte del *Guzman de Alfarache*, pinta su carácter, diciendo, que «nunca hubo soldado de bolsa mas pobre ni corazon mas rico, ni de vida mas inquieta y agitada que la suya; todo porque tuvo mas á honra el ser pobre filósofo que rico lisonjero».

Pero dejando á un lado sus padecimientos y destino, el *Guzman de Alfarache* solo hace su nombre digno de recordacion; segun ha llegado hasta nosotros, esta obra se divide en dos partes, de las cuales la primera se publicó en Madrid, en 1599. El héroe, que se da por hijo de un mercader ginovés establecido en Sevilla, de escaso caudal y menos reputacion, abandona la casa materna despues de la ruina y muerte de su padre, y entra en el mundo con ánimo de correr aventuras. Muy pronto le hallamos en Madrid, no sin haber antes pasado por manos de la justicia, sirviendo de pinche á un cocinero, y de mozo de recados á todo el que quiere servirse de él, hasta que por último, aprovechando una buena ocasion, hurta una gruesa suma de dinero que le habian confiado y se escapa á Toledo, donde empieza á hacer vida de caballero. Allí y en tal situacion es víctima de otra pillada como la que él mismo habia jugado, y encontrándose sin un cuarto, sienta plaza de soldado para pasar á Italia. Su buena suerte empieza entonces á abandonarle; en Barcelona vuelve al oficio de ratero y cortabolsas; en Génova y Roma se ve precisado á mendigar

mencin en sus notas á la primera y segunda parte del «Quijote» (parte I, cap. 22 y parte II, cap. 14), insinuando que Cervantes hablaba con poco aprecio del «Guzman de Alfarache», conjetura inadmisible si las relaciones de Cervantes con Aleman fueron tan íntimas y estrechas, como lo da á entender la dicha carta publicada por don Adolfo de Castro.

su sustento, y por último es recogido en esta última ciudad por un cardenal que le toma por paje suyo, puesto en que el pícaro no hubiera podido medrar á no ser por sus bribonadas y travesuras, y que al fin tiene que abandonar por sus grandes pérdidas al juego, entrando á servir á un embajador francés.

En este punto concluye la primera parte del libro, que obtuvo muy buen éxito, como que pintaba muy al vivo los vicios y corrupcion de la época, durante el libre y licencioso reinado de Felipe III, y la influencia de su favorito, el duque de Lerma, especie de carnaval de locura y desórden que siguió á la hipocresía y sujecion de los últimos años del tétrico Felipe II. Esto explica cómo el *Guzman* obtuvo hasta tres ediciones en el espacio de un año, y cómo en menos de seis se reimprimió veinte y seis veces, traduciéndose además al francés y al italiano [3]. Tambien salió á luz una segunda parte, obra de un escritor desconocido, que se presume fuese Juan Martí, abogado de Valencia, disfrazado bajo el seudónimo de Mateo Lujan de Sayavedra, el cual, en 1603, publicó la que él llamó osadamente *Continuacion del Guzman de Alfarache* [4]. Esta tentativa, aunque no del

[3] Las primeras ediciones, que son las de Madrid, Barcelona y Zaragoza, son muy conocidas y todas de 1599; pero las veinte y tres restantes las citamos bajo la fe de Valdés, que habla de ellas en una carta puesta al frente de la segunda parte, impresa por primera vez en Valencia, 1605, 8.º: autoridad que no hay razon alguna para recusar. Valdés dice expresamente «pasan de cincuenta mil los cuerpos de libros estampados, y de veinte y seis ediciones las que han llegado á mi noticia».

[4] Esta continuacion, mas corta que la primera parte de la obra original, se reimprimió en Madrid en el t. III de la «Biblioteca» de Rivadeneyra; estuvo tan olvidada de los bibliógrafos, que apenas era conocida en la historia literaria, y Ebert, que tuvo algunas noticias de ella, la juzgó de buena fe obra de Aleman y continuacion legítima del «Guzman»; pero en esto se equivocó. Tanto Aleman, como su amigo Valdés, se explican muy claramente en el asunto en sus cartas puestas al principio de la primera edicion de la segunda parte; declarando Valdés que el autor de dicha continuacion era un valenciano que renegando su nombre, se fingió Mateo Lujan, por asimi-

todo desnuda de mérito literario, fué al pronto mal mirada, y atrajo á su autor duras y merecidas reconvenciones por parte de Aleman, quien da á entender se habia hecho mal uso de sus manuscritos, y amargos sarcasmos por parte de Luis de Valdés, amigo del mismo Aleman, quien puso de manifiesto toda la bajeza de aquel fraude literario.

En 1605 se publicó la segunda parte legítima [5]. Comienza refiriendo la vida de Guzman de Alfarache en casa del embajador francés, en Roma, donde desempeñaba los oficios mas bajos y humildes, reservados entonces á la última clase de sirvientes mercenarios. Pero prívanle luego sus locuras y picardías del puesto en que tan bien debia hallarse, atendidas sus inclinaciones, y vese precisado á marchar á Siena. En este paso de la historia parece le ocurrió á Aleman el atacar á Sayavedra por la superchería y engaño con que habia querido sorprender al público dando á luz la segunda parte falsa del *Guzman*, y para ello introduce un personaje [6], cuya vida y aventuras ocupan gran espacio en la segunda parte del *Guzman*, porque una vez habido á la mano,

larse á Mateo Aleman. El mismo Aleman afirma que tuvo que volver á escribir la segunda parte por haber sido pródigo y comunicado sus papeles y pensamientos á gente que se los cogió al vuelo. La obra del escritor valenciano se imprimió en Barcelona, 1603; en Bruselas, 1604, etc. A la vuelta de la portada de la primera edicion de ella Aleman dice : «Sepa el lector que la segunda parte, impresa antes de la presente, no es mia, y que solo reconozco esta como tal.» Fuster, en su «Biblioteca», t. I, p. 198, alega razones muy fuertes para suponer que el autor de la segunda parte espúrea fuese el abogado valenciano Juan Martí.

[5] Reina cierta confusion acerca del tiempo en que respectivamente se publicaron estas dos segundas partes, por haberse equivocado la una con la otra; pero Fuster cree indudable no haber existido edicion alguna de la espúrea anterior á la de 1603, cuya licencia es de 1602; y nosotros poseemos una edicion de la verdadera segunda parte, impresa en Valencia en 1605, con la licencia del mismo año, que no se refiere á publicacion anterior, y tiene todos los visos de ser la primera. Ambas segundas partes ofrecen una tercera, que nunca vió la luz pública.

[6] Parte II, lib. II, cap. 8.

no se cansa Aleman de castigarle y zurrarle siempre que puede hacerlo. Sayavedra roba y engaña á Guzman en esta parte de la historia; pero despues le acompaña en situacion y carácter equívoco á Milan, Bolonia, Génova, y por último á España, donde, ó por librarse de él, ó por poner fin al libro y quitar todo pretexto de continuarle, como hizo Cervantes respecto á Avellaneda, termina la obra con la muerte de su víctima.

El resto de ella está dedicado á nuevas aventuras, que el mismo Guzman refiere, y que son tan extravagantes y raras como amenas y entretenidas; llega á ser mercader en Madrid, y burla á sus acreedores con una quiebra fraudulenta. Se casa, y á poco enviuda; pero luego pasa á estudiar á Alcalá con ánimo de seguir la carrera de la Iglesia, exceso de impudencia y de maldad que evita contrayendo segundas nupcias. Pero su nueva esposa le deja en Sevilla, donde se habia establecido, y se escapa á Italia con un amante. Despues de esto, Guzman vuelve á verse en el último apuro de necesidad y miseria, y no pudiendo subsistir con su anciana, infeliz y descastada madre, entra de mayordomo en casa de una gran señora, á quien roba, siendo por ello sentenciado á galeras; allí tiene la fortuna de descubrir y revelar una conspiracion, y recibe en recompensa su perdon y libertad.

Aquí termina repentinamente la segunda parte, aunque no sin ofrecerse otra tercera, que nunca llegó á publicarse, y que el autor dice en el Prólogo tener ya escrita. La obra, por consiguiente, ha llegado á nosotros incompleta; mas no por esta razon fué menos favorecida y admirada; antes bien se tradujo é imprimió por toda Europa, en francés, en italiano, en aleman, en

portugués, en inglés, en holandés y aun en latin: éxito prodigioso, cuya causa es debida en parte al siglo en que se publicó el *Guzman*, y mas aun al talento y facultades intelectuales de su autor [7]. Los largos discursos morales que en ella abundan están escritos en bellísimo y puro castellano, salpicado de chistes y gracias que el público admiró, y salvaron su libro de la censura que puede asegurarse hubiera sufrido; estos son sin duda los trozos á que alude Ben Jonson, cuando dice:

Ese Proteo español
Que escribe en sola una lengua,
Pero que ostenta el ingenio
De la humanidad entera;
Cuyo libro hermoso y bueno
Tiene la notable prenda
De que el malo no le mira
Sin terror de su conciencia,
Y huye de ver el retrato
Que sus hojas le presentan,
Cual huye de un claro espejo
Una faz deforme y fea [8].

Mas no es este solo su verdadero, ó por mejor decir, su principal carácter. El *Guzman* es sobre todo curioso é interesante por presentarnos con todo el colorido de su tiempo la vida de un pícaro astuto y desalmado que nunca se ve apurado por falta de recursos, que siempre habla de sí mismo como de un hombre honrado y apreciable, que algunas veces va á misa y reza sus oraciones antes de emprender la bribonada mas solemne, á fin de hacer resaltar el contraste con mas vigor y brillantez. Léjos, pues, de ser un libro moral, es un dechado de inmoralidad, y Lesage estaba penetrado del espíritu de su autor, cuando al tratar de su reimpresion

[7] Los bibliógrafos mas comunes citan todas las traducciones; la primera inglesa, es de Mabbe y excelente. (Véase «Athenæ» de Wood, edic. Bliss., t. III, p. 54, y «Revista retrospectiva», t. V, p. 189.) Tuvo cuatro ediciones: la última en folio, Lóndres, 1656; despues se hizo otra traduccion por varias personas, tomada, segun creemos, de la francesa de Lesage. La latina es de Gaspar Ens, y hemos visto citadas ediciones de ella de 1623, 1624 y 1652; todo lo cual prueba que la obra de Aleman gozó de inmensa popularidad en toda Europa.

[8] Véanse los versos que preceden á la traduccion de Mabbe, firmados por Ben Jonson.

en el último siglo, se preciaba «de haberle purgado de todas sus reflexiones morales como enteramente superfluas[9]».

Abunda naturalmente en episodios: ya hemos hablado del de Sayavedra, que ocupa en la obra un espacio desproporcionado, y es hijo de la cólera y venganza del autor; otro hay al principio, y es la historia de Osmin y Daraxa, modelo agradable de aquellas ficciones semimoriscas y semicristianas, que tanto carecterizan una gran parte de la literatura española[10]; otro, cuya escena pasa en España y en tiempo del condestable D. Alvaro de Luna, es por el estilo de la novela italiana de Masuccio, de que se valieron despues Beaumont y Fletcher en *El Abogadillo francés*[11]. Con todo, al pasarlas revista, la atencion del lector está constantemente fija, ya en el héroe, ya en los largos discursos que el autor pone en boca suya, y que contienen pinturas admirables, si bien algunas veces exageradas y burlescas, de todas las clases que entonces componian la sociedad española. En un principio Aleman trató de intitular su obra *Atalaya de la vida*, título que no hubiera sido impropio y que desde luego anuncia el contenido del libro, á saber, la sagacidad, el conocimiento de la vida, el mundo y los hombres, y la

9 Hay cuatro traducciones francesas: la primera de Chapuis, de 1600, y la última la de Lesage, etc., en 1734, que se ha reimpreso muchas veces. La tercera en órden cronológico es la que hizo Bremont, estando preso en Holanda. Arrastrado de su encono contra la administracion de justicia, cuyo rigor sufria, hizo al original adiciones muy sangrientas, sobre todo siempre que le cayó á mano un juez ó un alguacil. Véase el prólogo de Lesage.

10 Parte I, lib. I, cap. 8. Cuéntale Guzman, el cual es muy muchacho para referir tal historia. Tambien es de notar que Guzman se hace hombre muy poco tiempo despues de salir de Madrid, y antes de llegar á Toledo, adonde fué con toda la prisa de quien huye y es perseguido.

11 Beaumont y Fletcher, edic., Weber. Edimburgo, 1815, 8.°, vol. V, p. 120. Lesage omite este episodio en su traduccion, por haber Scarron escrito un cuento sobre el mismo asunto. En efecto, son muchos los autores que han hecho uso de este argumento, así como de otras muchas anécdotas del mismo género.

observacion profunda de sus costumbres y manías: cualidades en que estriba principalmente la popularidad de su autor y que han trasmitido su nombre hasta nuestros tiempos.

Otra historia del mismo género se publicó en 1605, y es *La Pícara Justina*, tambien autobiográfica y de muy dudosa moralidad; escribióla un fraile dominico, llamado Andrés Perez de Leon, conocido antes y despues de la publicacion de su novela como autor de varios tratados ascéticos; el cual estaba tan persuadido de la incompatibilidad de *La Pícara Justina* con su profesion religiosa, que la imprimió con el nombre supuesto de Francisco Lopez de Ubeda. Dice haberla escrito á la sazon que estudiaba en Alcalá, aunque confiesa que despues de la publicacion del *Guzman de Alfarache* la habia añadido mucho. En realidad es una mera imitacion, y muy pobre, del *Guzman*. El primer libro contiene una relacion inconexa y fastidiosa de los antepasados de Justina, que eran barberos y titiriteros, y luego sigue la vida de la heroina hasta su primer casamiento, con pocas y triviales aventuras; concluye diciendo el autor que mientras él escribia, Justina habia tenido otros dos maridos mas, y que á la sazon se hallaba casada con Guzman de Alfarache, añadiendo que proseguiria las memorias de su vida, si lo ya escrito agradaba al público y le inspiraba interés por su heroina.

Descubre la *Justina* escasos medios de invencion en los incidentes, que son pocos y pobres de interés; verdad es que, segun el autor mismo declara, eran casos ordinarios, recogidos de la propia experiencia: circunstancia que, unida á la descarnada moralidad y enseñanza con que acaba cada capítulo, aconsejando al lec-

tor que evite las locuras y crímenes de la heroina, fué á los ojos de su autor razon bastante para la publicacion de un libro, cuya tendencia, por otra parte, es inmoral y nociva. El estilo no es mejor que los incidentes: vese constantemente el estudio y esfuerzo por aparecer brillante é ingenioso, aunque rara vez llega á serlo, y además se resiente de tal afectacion en el uso de palabras nuevas y frases exóticas impropias del genio y analogía del idioma, que un crítico español ha calificado á Perez, quizá con justicia, del primer escritor que abandonó el lenguaje templado y decoroso de los antiguos, sustituyéndole caprichosamente uno suyo y nuevo [12].

Mas aunque la *Pícara Justina* tuvo mal éxito y no gustó á nadie, la popularidad siempre en aumento del *Guzman de Alfarache*, añadida á la del *Lazarillo*, promovió sobremanera el cultivo de esta especie de ficciones en España, introduciéndolas hasta en la forma dramática y en cuentecillos breves, como los que ya hemos citado de Lope de Vega y Cervantes, y como los que mas adelante mencionarémos al hablar de Salas Barbadillo y de Francisco Santos. Á esta sazon salió á luz el *Escudero Márcos de Obregon*, obra que por muchos títulos llamó la atencion del público, y que merece una no-

[12] La primera edicion de la «Pícara Justina» es de Medina del Campo, 1605, 4.°, y desde entonces se ha reimpreso muchas veces: la mejor es probablemente la de Madrid, 1735, 4.°, publicada por Mayans, quien en una noticia preliminar califica al autor de primer corruptor de la buena prosa castellana. Hay en este libro bastantes poesías, todas muy conceptuosas, y que valen poco; entre ellas algunos versos con la última palabra cortada, como los que Cervantes puso al principio del «Quijote»; y como la primera parte de este y la «Pícara Justina» se publicaron simultáneamente en un mismo año, que fué el de 1605, Pellicer y Clemencin han suscitado la cuestion de quién fué el inventor de estos versos truncados y pobrísimos. «Le feu ne vaut pas la chandelle.» Pero como la primera parte del «Quijote», segun la tasa que antecede, se imprimió ya el 20 de diciembre de 1604, aunque el privilegio se dilató hasta 9 de febrero de 1605, no cabe duda de que Cervantes fué el primero que los usó.

ticia individual, como una de las mejores de su clase en España, é inferior solo al *Lazarillo* y al *Guzman*.

Escribióla Vicente Espinel, nacido hácia el año de 1550, en Ronda, ciudad situada entre riscos y en medio de la cordillera que atraviesa la parte sudoeste del reino de Granada, la cual describe con los mas graciosos colores en una de sus principales composiciones poéticas [13]. Estudió en Salamanca, y cuando Lope de Vega empezó á darse á conocer estaba ya Espinel tan adelantado en su carrera, que el jóven aspirante al favor del público sujetaba sus ensayos á la experiencia y crítica de su amigo mas avanzado en edad [14]; favor que Lope pagó despues elogiándole en su *Laurel de Apolo*, en términos algo mas expresivos y de mayor sinceridad que los que se hallan en otros elogios prodigados á poetas de su tiempo [15].

Ignoramos el resto de su vida, pero se ha supuesto generalmente que muchos de los sucesos del *Márcos de Obregon* son personales suyos; aunque esto sea probable, y aunque mucha parte de la relacion es conocidamente auténtica, hay otras que, á no dudarlo, son de pura invencion; de suerte que mas bien debemos considerar la obra como una novela que como una autobiografía de su autor. Sabemos, sin embargo, que la vida de Espinel en Italia fué muy parecida á la de su héroe; que sirvió de soldado en Flándes; que escribió versos latinos; que publicó un tomo de poesías castellanas en 1591,

[13] Véase la «Cancion á su patria» que honra mucho sus opiniones personales, y exceptuando algunas frases alambicadas su talento poético. «Diversas rimas» de Vicente Espinel, Madrid, 1591, 8.°, fol. 23.

[14] Prólogo del mismo Espinel al «Márcos de Obregon».

[15] Final de la primera silva del «Laurel de Apolo» que se publicó en 1630.

y que era capellan en Ronda, su patria, aunque residió mucho tiempo y murió al fin en Madrid. Tambien sabemos que pasó por inventor de la forma métrica llamada en castellano *décimas*, y algunas veces, de su nombre, *espinelas*, y tambien se dice que añadió la quinta cuerda á la guitarra, completando así este instrumento nacional [16]. Segun D. Nicolás Antonio, Espinel falleció en 1634, pero Lope afirma que no vivia ya en 1630; de todos modos, las mejores noticias están contestes en que llegó á la avanzada edad de noventa años [17], y que en los últimos de su vida vivió pobre y enemistado con Cervántes; hecho digno de observarse, puesto que ambos disfrutaban pension de una misma persona, el ilustre y venerable arzobispo de Toledo [18].

La primera edicion del *Escudero Márcos de Obregon* salió á luz en 1618, cuando el autor era viejo [19]; presenta á su héroe de mas edad ya que el término medio de la vida humana, y como «escudero de damas», sirviéndolas de criado viejo y de confianza, destino á la sazon de pretensiones mas humildes y carácter mas grave que el que con igual título desempeñaban los criados de los antiguos caballeros andantes. Pero aunque la historia de Márcos comienza en la vejez del protagonista [20],

[16] Lope de Vega, «Dorotea», acto I, escena 8.ª

[17] Noventa años viviste,
Nadie te dió favor, poco escribiste,

dice Lope de Vega en el «Laurel».

[18] Salas Barbadillo, «Estafeta del Dios Momo», 1627, dedicatoria. Navarrete, «Vida de Cervántes», 1819, 8.°, pp. 174-406.

[19] Esta edicion está dedicada á su favorecedor el arzobispo de Toledo, cuya pension ó socorro diario calificó muy bien Salas Barbadillo de limosna. Siguiéronse otras ediciones, y el «Escudero Márcos» ha continuado imprimiéndose y leyéndose en España hasta nuestros tiempos. En Lóndres se publicó el año de 1818 una buena traduccion inglesa por el sargento mayor Algernon Langton, en dos tomos, en 8.°, y en Breslau salió en 1827 una alemana muy animada, aunque algo libre, de Tieck, dos tomos, 18.°, con un prólogo y notas apreciables. El original figura en el «Indice expurgatorio» de 1667.

[20] El escudero de las comedias y novelas del siglo XVII es enteramente

retrocede luego á los tiempos de su mocedad, y casi todo el tomo está lleno de la relacion de sus aventuras, suponiendo que se las refiere á un ermitaño á quien conoció sirviendo en las guerras de Flándes é Italia, y en cuya humilde habitacion le detienen una tempestad y una avenida de agua en su viaje á Madrid.

La historia se parece mucho en sus detalles á la de su antecesor *Guzman de Alfarache;* es la vida de un muchacho que abandona la casa paterna para buscar fortuna: primero se hace estudiante, despues soldado, corre la Italia, pasa cautivo á Argel, viaja por gran parte de España, y despues de pasar por un sinnúmero de riesgos, malos ratos, enredos, locuras y crímenes, se pone gravemente á contarlos con la misma sangre fria y hasta satisfaccion que si no hubiese hecho nada. Contiene bastantes reflexiones morales, cansadas y fastidiosas, aunque bien escritas, lo cual hace que la narracion de los engaños, maldades y picardías del héroe resalte aun mas; pero aunque inferior al *Guzman de Alfarache* y al *Lazarillo* en diccion y en estilo, les aventaja en accion y movimiento; los sucesos marchan con mayor rapidez, y terminan de un modo mas regular y acertado[21].

diverso del escudero de los libros de caballerías del XVI. Covarrubias, *ad verb.*, describe muy bien ambas clases, diciendo: «En el dia (1611) las damas son las que principalmente usan de escuderos, oficio poco apetecido por cualquiera que tenga lo suficiente para vivir, porque se gana en él poco y se trabaja mucho.»

[21] Se ha disputado mucho acerca del «Márcos de Obregon», tanto por los que le han leido como por los que no, con motivo del uso que se supone hizo de él Lesage para componer su «Gil Blas». Voltaire, enemigo personal de Lesage, y que en su «Siglo de Luis XIV» (1752) dijo terminantemente que el «Gil Blas» estaba todo tomado de la novela española «La vidad (*sic*) de lo escudiero Dom Márcos d'Obregon» (Obras, edic. Beaumarchais, Paris, 1785, 8.°, t. XX, p. 155), fué el primero que fulminó contra él esta acusacion. Mas esta es una de las muchas opiniones que Voltaire arriesgaba con frecuencia, con escaso conocimiento de la materia que discutia, y por lo tanto no es exacta. No cabe duda que Lesage conoció el «Márcos de Obregon», y no lo es menos que esta obra le sirvió para escribir su «Gil Blas»: esto se ve por la historia que forma la introduc-

A los diez años salió á luz otra novela del mismo género, escrita por Yañez y Ribera, médico segoviano, el cual, con objeto sin duda de demostrar la variedad de su ingenio, publicó además de su obra picaresca otras dos ascéticas; todas ellas ajenas de sus estudios y profesion. Intituló su libro *Alonso, mozo de muchos amos*, título que indica bien su contenido, pues refiere las aventuras de un mancebo, criado, primero de un militar, despues de un sacristan, y sucesivamente de un caballero, un abogado y de otros mas, en cuyas casas entra á servir, lo cual constituye en realidad una verdadera sátira de las diferentes clases y estados de la sociedad, segun las iba estudiando en sus diversos amos. El libro está escrito con gran conocimiento del mundo y en buen castellano; pero desgraciadamente su forma dialogal le quita en gran manera el movimiento y la animacion. Cuando en 1624 Yañez publicó la primera parte de su novela, declaró que hacia veinte y seis años que se hallaba ejerciendo la profesion de médico, y que no imprimiria ya sino trabajos relativos á sus estudios y facultad; pero el éxito que tuvo aquella fué demasiado seductor, y así es que en 1626 imprimió una segunda parte con las aventuras del héroe entre gitanos y en su cauti-

cion, la cual está tomada de un cuento inserto en el prólogo de la novela española, y se conoce tambien despues en el resto de la obra, donde la burla que hacen á la vanidad de Gil Blas, que pasa á Salamanca (lib. I, cap. 2), es sustancialmente la misma que hacen á Márcos (relac. I. desc. 1), así como las historias de Camila («Gil Blas», lib. I, cap. 16; «Márcos», relac. III, desc. 8), y la Mergellina («Gil Blas», lib. II, cap. 7; «Márcos», relac. I, desc. 3) y otras muchas cosas menos importantes corresponden exactamente. Pero Lesage usó siempre de estos recursos valiéndose á menudo del «Estebanillo Gonzalez», de Guevara, Rojas, Mendoza y otros con poco escrúpulo. Tampoco hacia punto de ocultarlo, pues llamó Márcos de Obregon á uno de los personajes del «Gil Blas»; pero la idea de que esta novela está *tomada enteramente* del «Márcos de Obregon», ó que es la base de su argumento, es absurda de todo punto. Véase lo que decimos mas adelante al hablar del padre Isla.

verio de Argel; seis años despues, ó sea en 1632, falleció Yañez [22].

En 1627 salió á luz el *Gran Tacaño*, de Quevedo, del que ya hemos hablado, y aumentó mucho la aficion, ya casi general, á esta especie de libros; y por lo mismo Castillo Solorzano, escritor muy conocido á la sazon como autor de novelas populares y dramas, se aventuró á seguirle, aunque no con tan buen éxito.

La Teresa ó *Niña de los embustes* se publicó en 1632, y siguió á ella el *Bachiller Trapaza*, cuya continuacion apareció en 1634 con el extraño título de *La Garduña de Sevilla* ó *Anzuelo de las bolsas*. Esta última refiere las aventuras de la hija del bachiller, y aunque incompleta, es la obra mas popular de Solorzano, como que se reimprimió repetidas veces, se tradujo al francés, y ha adquirido cierta reputacion en toda Europa. Pero todas tres son en su esencia menos *picarescas* que las que las precedieron; no porque carezcan de pinturas groseras y ordinarias de la vida humana y de caricaturas muy por el estilo de las de *Guzman de Alfarache*, sino porque están entremezcladas de cuentos, poesías y hasta farsas; lo cual prueba que esta clase de ficciones empezaba ya

[22] El nombre de este autor es uno de los muchos en la historia y literatura de España que es difícil designar con precision y exactitud. Llamábase Jerónimo de Alcalá Yañez y Ribera; pero sin duda sus amigos y conocidos le llamaron siempre el doctor Jerónimo. En el Indice á la «Bibl. Nov.» de Antonio está puesto como Alcalá; pero como presumimos que este nombre indique que estudió en Alcalá, hemos preferido llamarle Yañez y Ribera, apellidos, el primero de su padre y el segundo materno; y hacemos mencion de esta circunstancia solo porque esta dificultad se reproduce muy á menudo y debe notarse. El título de su libro es «Alonso, mozo de muchos amos», y la primera edicion de la parte I se imprimió en Madrid en 1624, y en Barcelona en 1625, 8.°; lo cual manifiesta lo bien recibido que fué del público. Desde entonces se han hecho muchas reimpresiones, entre ellas la de Madrid, 1804, dos tomos, 8.°, con el título de «El donado hablador», en cuya calidad refiere el héroe su historia. Yañez y Ribera habia nacido en 1563.

á necesitar el auxilio de otras mas poéticas, aunque no pintasen con tanta verdad la sociedad y costumbres de aquellos tiempos[23].

Otra prueba mas de esta modificacion del género es *El Siglo pitagórico*, de Antonio Enriquez Gomez, publicado en 1644; libro de escaso mérito, en el que, echando mano de la antigua doctrina de la transmigracion, el autor introduce una série de cuadros satíricos. Comienza con un poema en estancias irregulares, describiendo la existencia del alma, primero en el cuerpo de un hombre ambicioso, despues en el de un soplon, una cortesana y un valido, y concluye con iguales bosquejos de un caballero, un arbitrista y otros personajes, mezclando prosa y verso. Pero en medio de la obra se encuentra *La Vida de Don Gregorio Guadaña*, en prosa, cuento imitado conocidamente de Quevedo y de Aleman, y en el que unas veces reinan la misma procacidad y licencia de sus modelos, aunque no con tanta impropiedad, y otras, como en las escenas que pasan en un viaje y residencia en Carmona, pinturas agradables é interesantes, que indican estar tomadas de la propia experiencia. Como las demás de su especie, es felicísima siempre que se apoya en sucesos ciertos y verdaderos, y al contrario, cuando vaga por los espacios imaginarios de la fantasía poética es cansada y monótona[24].

[23] D. Alonso del Castillo Solorzano gozó gran reputacion como escritor, desde el año de 1624 hasta el de 49; fué secretario de D. Pedro Fajardo, marqués de los Vélez y capitan general de Valencia. Allí imprimió en 1632 una edicion de la «Niña de los embustes», y en 1634 otra de «La garduña de Sevilla». Pero, excepto las escasas noticias relativas á su persona que se encuentran en los títulos y prólogos de sus novelas, y las pocas especies que suministra el «Laurel de Apolo», de Lope de Vega, silva VIII, y Antonio, «Bibl. Nov.», t. I, p. 15, se sabe muy poco de él; en un pasaje de la «Niña de los embustes» hace burla del culteranismo, y á renglon seguido incurre en él.

[24] «El siglo pitagórico y la vida de

Pero el libro que con mas perfeccion retrata aquella vida social que dió orígen á todas estas novelas, ya que no pueda ser considerado como modelo del género, es la *Vida de Estebanillo Gonzalez*, cuya primera edicion es de 1646; redúcese á la autobiografía de un bufon que sirvió largo tiempo en clase de criado á Octavio Piccolomini, ilustre general en la guerra de los Treinta años; aunque tan llena la obra de sucesos imaginarios y fingidos, que á los sesenta años de publicada, Lesage la trasformó con la mayor facilidad en una verdadera novela, y desde entonces ha corrido siempre en la coleccion general de las suyas [25].

Tanto en el original como en la traduccion francesa se intitula *Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor;* cuenta sus viajes por Europa, sus aventuras como correo, cocinero y ayuda de cámara de diferentes personajes, á quienes sucesivamente sirvió. Es imponderable la sangre fria con que se declara embustero de profesion, cobarde de oficio y bribon de marca mayor, siempre que con ello puede hacer mas entretenida la historia; pero por otra parte se muestra hombre

Don Gregorio Guadaña» es obra de Antonio Enriquez Gomez, de orígen portugués y educado en Castilla, que vivió mucho tiempo en Francia, donde dió á luz la mayor parte de sus escritos. La primera edicion del «Siglo pitagórico» es de Rouen, 1644, y la hay tambien de Bruselas, 1727, 4.° Barbosa trae noticias de Enriquez Gomez, t. I, p. 297, y Rios, en sus «Judíos de España», examina todas sus obras. En efecto, era este autor de familia judía portuguesa, y Barbosa añade que nació en el mismo reino de Portugal, aunque Rios le hace natural de Segovia. Es indudable que renunció á la religion cristiana, que habia abrazado su padre, que huyó á Francia en 1638 y fué quemado en efigie por la Inquisicion en 1660. Su verdadero nombre español era Enriquez de Paz, y en el prólogo á su poema «El Sanson Nazareno» inserta un catálogo de sus obras.

[25] «Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor», compuesta por el mismo, se imprimió en Ambéres en 1646, y en Madrid en 1652. Ignoramos si entre estas ediciones y la de Madrid de 1795, dos tomos, 8.°, hay alguna otra. El *Rifacimento* de Lesage salió á luz, si no nos equivocamos, en 1707.

de alguna instruccion, escribe versos fáciles y graciosos, y presenta pinturas bastante animadas de su época y de sus amos; en una palabra, es obra que merece ser leida, aunque no sea mas que para comparar su relacion de la batalla de Nordlingen con la que Defoe insertó en su *Caballero*, y el bosquejo que hace de Octavio Piccolomini con el retrato majestuoso de este mismo personaje en el *Wallenstein* de Schiller; sus defectos son una erudicion impertinente é inoportuna, tentativas ridículas de ostentar nobleza y grandiosidad en el estilo, que nunca logra, y la repeticion de equívocos necios é intolerables. Pero siempre se verá en este libro lo que ya dejamos dicho atrás, á saber, que esta clase de novelas fué hija de las costumbres y de la sociedad española del período en que aparecieron, y que á esta circunstancia debieron principalmente el éxito que lograron, no solo en su país nativo durante los tiempos de Felipe III y Felipe IV, sino en el extranjero, produciendo mas tarde el *Gil Blas* de Lesage, imitacion magistral y brillante, muy superior á sus modelos.

CAPITULO XXXV.

Novelas sérias é históricas.—Juan de Flores, Reinoso, Luzindaro, Contreras.—Hita y sus Guerras civiles de Granada, Flegetonte, Noydens, Céspedes, Cervántes, Lamarca, Valladares, Tejada, y Lozano.—Mal éxito de esta especie de ficciones en España.

De la misma manera que apareció en España la ficcion fundada en la sátira de costumbres, era inevitable que apareciese tambien la grave y seria cuando aquellas mudasen; pero esta última encontró obstáculos en su carrera, y así llegó tarde. Las crónicas antiguas, llenas de espíritu caballeresco y romántico, y que tanto interés inspiraban por estar fundadas en romances de épocas muy remotas ó en leyendas conservadas con todo el cariño de la tradicion; los mismos romances, sacados las mas veces de dichas crónicas; los libros de caballerías, que no habian aun llegado á perder una popularidad que hoy dia nos parece increible, todo contribuia respectivamente á satisfacer el deseo que generalmente habia de obras de entretenimiento y diversion, y á contener la aparicion y reducir el campo de otras ficciones graves é históricas; pero, repetimos, era inevitable que les llegase su época, y así es que tambien la tuvieron, aunque no de tanta popularidad y entusiasmo.

Hemos citado ya las tentativas de introducir este gé-

nero, hechas en tiempo de los Reyes Católicos, por Diego de San Pedro y su imitador, el autor anónimo de la *Cuestion de Amor*. Siguieron sus huellas otros escritores del reinado de Cárlos V, siendo una de estas imitaciones la novela que enlaza, aunque imperfectamente, la polémica de Aurelio é Isabela sobre quién se da el uno al otro mas ocasion y motivo de pecar, si el hombre ó la mujer. Es una ficcion ligera y descarnada, hecha hácia el año de 1521 por Juan de Flores, y que en su traduccion inglesa, bastante antigua, se creyó un tiempo haber suministrado á Shakespeare materiales para uno de sus mejores dramas [1]. *Los Amores de Clareo y Florisea*, publicados el año de 1552 por Nuñez de Reinoso en Venecia, donde á la sazon residia, es otra de ellas; ficcion, parte alegórica, parte sentimental, algo parecida á los libros de caballerías, aunque de escaso mérito en punto á estilo é invencion [2]. La historia de *Luzindaro y Medusina*, impresa ya en 1553, y que en medio de alegorías y encantamientos conserva la entonacion y aspecto de una série de quejas contra el amor, y concluye trágicamente con la muerte de Luzindaro, es la tercera en órden de estas tentativas crudas é informes [3], las cuales no tienen mas importancia que la de haber abierto el

[1] Solo conocemos la edicion de Ambéres, de 1556, 8.°, pero hay otras. Lowndes, «Bib. manual,» artículo «Aurelio», y Obras de Shakespeare comentadas por Malone, edic. de Boswell, tomo XV. El drama aquí citado es la «Tempestad».

[2] «Historia de los amores de Clareo y Florisea», por Alonso Nuñez de Reinoso, Venecia, 1552, reimpresa en el tercer tomo de la Biblioteca de Rivadeneyra, 1846. Segun D. Nicolas Antonio, el autor fué natural de Guadalajara, y segun resulta de sus poesías, que publicó al mismo tiempo que su novela, y nada valen, parece pasó una vida muy desgraciada, entre pleitos, á que no tenia ninguna aficion, y las armas, en que tampoco fué muy afortunado.

[3] Supónese sacada del estilo griego, y en esto se parece á otros muchos libros de caballerías, que en su portada anuncian igual origen ficticio; hay varias ediciones de esta novela, una de Venecia, 1553, que tenemos á la vista, con el título de «Queja y aviso de un caballero llamado Luzindaro».

camino á mejores producciones. Pero, exceptuando las ya nombradas y otros dos ó tres juguetes análogos, las ficciones favoritas y casi exclusivas del reinado de Cárlos V fueron los libros de caballerías[1].

En tiempo de Felipe II, y cuando ya la literatura nacional comenzaba á desarrollarse y á tomar cuerpo, salieron á luz novelas sérias en mejores formas, ó al menos con mas ornato y pretensiones. A un tiempo hallamos dos muestras de este género, producidas por diverso camino y que obtuvieron mayor éxito.

Es la primera una novela de Hierónimo de Contreras, con el título afectado de *Selva de Aventuras;* publicóse en 1573, y contiene la historia de un caballero sevillano, llamado Luzman, que desde su niñez se cria con Arbolea, dama de su misma condicion y estado: pasada la niñez de ambos, la amistad se convierte en amor, y entonces la dama se muestra desdeñosa con su amante, y le participa su determinacion de pasar el resto de su vida en religion. La negativa es tierna y dulce, pero el galan queda tan afligido, que lleno de dolor y pesadumbre, abandona su casa y se va á Italia, donde le suceden un sin fin de aventuras, recorriendo aquella península en toda su extension hasta llegar á Nápoles. Fatigado de aquella vida errante, se embarca para volver á España, y en el camino es hecho cautivo y llevado á Argel. Allí su amo le da libertad, y él se restituye á su casa lo mas secretamente que puede; mas viendo que Arbolea ha tomado ya el velo y que los amigos con quien trataba le han olvidado, no se da á conocer de na-

[1] «Historia de la reina Sevilla», 1532 y 1551, y el «Libro de los honestos amores de Peregrino y Jinebra», 1548.

die, y se retira á una ermita, resuelto á consagrar el resto de sus dias á la oracion y á la penitencia[5].

Toda la novela, dividida muy formalmente en siete libros, es pesada por falta de amenidad en los pormenores y de viveza y gracia en el estilo; pero tiene algun mérito por haber sido la primera de aquella série de ficciones, despues tan multiplicadas, que fundándose en la natural curiosidad acerca de un país como Italia, lleno de españoles, y donde estos vivian con una comodidad y regalo desconocidos en su patria; y de Argel, donde millares de sus compatriotas gemian en el mas espantoso cautiverio, tuvieron siempre por base principal de su argumento é interés la relacion de sus aventuras, ya militando en Italia, ya esclavos en Berbería. Lope de Vega, Cervántes y otros muchos escritores populares del siglo XVI trabajaron en este género.

La otra forma de ficcion grave que apareció en el reinado de Felipe II fué la novela propiamente histórica, y el primer ejemplo, fuera de los insignificantes y poco afortunados que ya hemos mencionado, se encuentra en *Las Guerras civiles de Granada*, de Ginés Perez de Hita. El autor de este notabilísimo libro era vecino de Murcia, y por lo poco que él refiere de su persona, se conoce que no solo estaba familiarizado y era práctico en las ásperas serranías y fértiles valles del vecino reino de Granada, sino que trató personalmente y con intimidad á muchas antiguas familias moriscas que se mante-

[5] La «Selva de aventuras» se imprimió en Salamanca, 1573, 8.°, y quizá antes; despues hay ediciones de Barcelona, Zaragoza, etc. (Nic. Ant., «Bibl. Nov.», t. I, p. 572), pero la novela está marcada en el «Indice expurgatorio» de 1667, página 529. En la licencia para la impresion se le llama á Contreras nuestro cronista. La «Selva» se tradujo al francés por G. Chappuis, y se imprimió en 1580. («Bibliothèque de Duvergier», t. IV, página 221). Escribió tambien Contreras un tomo de alegorías en prosa y verso («Dechado de varios subjetos», Zaragoza, 1572, y Alcalá, 1581, 12.°), tan grave como cansado.

nian aun en las moradas de sus padres, consolándose con las tradiciones de su antigua gloria y desastrosa ruina. Estas circunstancias pudieron muy bien inspirarle el asunto que escogió para argumento de su obra; lo que no admite duda es que le proporcionaron los mejores materiales, porque su narracion está fundada en la caida de Granada, no ya como estamos habituados á contemplarla desde las tiendas del campo cristiano que rodeaba sus muros, sino como testigo de vista, dentro de la misma ciudad y en medio de los civiles bandos y discordias de los moros.

Comienza la obra con los orígenes é historia del reino de Granada, segun los mejores libros que su autor pudo haber á la mano. Esta parte es grave y árida, y demuestra las nociones imperfectas que en aquel tiempo habia de la verdadera novela histórica. Pero á medida que va adelantando y entrando en materia, la entonacion varía completamente: hallamos en rededor nuestro personas que nos son familiares; vemos por una parte al heróico Muza, por otra al maestre de Calatrava; contemplamos á Boabdil, último vástago de la larga dinastía de reyes moros, haciendo cruda guerra á su mismo padre dentro de la capital, y á Fernando el Católico y sus caballeros talando y asolando aquella deliciosa vega; pero estas figuras históricas están acompañadas de bosquejos fabulosos y fantásticos de los Zegríes y Abencerrajes, de Reduan, Abenamar y Gazul, tan cumplidos y gallardos caballeros como sus enemigos los cristianos; y de Haja, Zayda y Fátima, tan bellas y seductoras como las damas que rodeaban á Isabel en Santa Fe, y con cuya compañía se consolaba de las molestias y penalidades de aquella empresa.

Al paso que con tanta destreza mezcla Hita las creaciones de su ingenio con las figuras reales é históricas, ostenta la mayor habilidad en la pintura de su época, la cual está hecha con los mas vivos y verdaderos colores. Preséntanos á la vista un imperio opulento, próximo ya á su ruina, y sus príncipes y nobles celebrando fiestas, alardes y torneos en las mismas calles y plazas que el dia antes estaban llenas de algazara, de gritos y de sangre. Las bodas, leilas y zambras dentro de la Alhambra, los torneos y juegos de cañas á presencia de la corte, alternan ya con duelos, riñas y combates entre las dos grandes y poderosas familias, cuyos feudos iban poco á poco aniquilando el Estado, ya con escaramuzas y desafíos con los cristianos. Sigue luego la acusacion de la Reina por los falsos Zegríes, su defensa con las armas por caballeros moros y cristianos, el atroz asesinato de su hermana Morayma por Boabdil, quien despliega en su arrebato todos los celos y violencia de un déspota oriental, y el doloroso y melancólico espectáculo de una ciudad cuyo dominio se disputan con encarnizamiento tres reyes, cuando dentro de pocas semanas tendrá que abrir sus puertas á los cristianos que la asedian, y ponerse en manos del vencedor.

Como claramente puede verse, hay aquí mucho de ficcion, principalmente en los pormenores; pero es una ficcion conforme en todo al espíritu de los hechos históricos que la sirven de fundamento. Por lo tanto, cuando nos acercamos al fin de la novela, volvemos á pisar sin violencia alguna el mismo terreno histórico en que nos hallábamos al principio, aunque tan fantástico, singular y pintoresco como las mismas discordias, fiestas y torneos por las cuales acabamos de pasar. Así pues, la

cautividad temporal de Boabdil, su cobarde y mezquina sumision, la rendicion de Alhama y Málaga, y por último la caida de Granada, se nos presentan, no ya inesperadamente y en desacuerdo con los acontecimientos precedentes, sino con la mayor naturalidad; y la novela termina, si no con una catástrofe regular, que era fácil deducir de tan ricos y variados materiales, al menos con una anécdota tan análoga al conjunto de la obra, como la muerte lamentable de D. Alonso de Aguilar. Tambien debemos añadir que no pocos de los mas bellos romances españoles amenizan este libro, los cuales, á mas de suministrar materiales copiosos para la narracion, son de suyo animados, propios y hermosos, y dan á toda la obra un aspecto de verdad que difícilmente se hubiera podido conseguir por otros medios.

Esta primera parte, llamada vulgarmente de las *Guerras civiles de Granada*, se escribió entre los años de 1589 y 1595. Supónese traduccion del original arábigo de un moro granadino; Hita cuenta en el último capítulo cómo encontró dicho original en Africa, adonde, segun lo insinúa, pudo ser llevado por algun morisco. Pero aunque no es del todo improbable que en sus correrías por el reino de Granada Hita obtuviese datos y materiales arábigos para la composicion de su novela, y aunque en el siglo pasado se ha aventurado mas de una vez la especie de que toda la obra era traduccion del arábigo[6], la relacion que el mismo autor forma para hacer-

[6] Bertuch, «Almacen de literatura española y portuguesa», t. I, pp. 275-280, y el extracto que inserta de los «Viajes de Carter». La asercion recientemente hecha, aunque no de una manera terminante, por el conde Alberto de Circourt en su curiosa é importante «Historia de los árabes de España» (Paris, 1846, t. III, p. 346), de que D. P. de G. de Madrid posee el original arábigo de las «Guerras de Granada», tampoco tiene fundamento. Sabemos por carta de dicho sugeto que el manuscrito aludido, y que adquirió

la pasar por tal nada tiene de verosímil. Además refiérese continuamente á las crónicas de Garibay y de Moncayo[7], citándolas como testimonios comprobantes de sus aserciones, y lo principal del libro, sobre todo la relacion de la conversion de la sultana al cristianismo, tiene tal colorido cristiano, que no puede fundadamente suponerse escrito por uno que no lo fuese. A pesar pues de su terminante negativa, es preciso conceder á Hita la honra de ser el autor de uno de los libros mas agradables de la literatura española en prosa; libro escrito en estilo puro, abundante y pintoresco, que parece superior al tiempo en que se escribió, y digno, en fin, de ocupar un puesto entre los mejores modelos del mejor tiempo.

En 1604 publicó Hita la segunda parte, cuyo argumento es bastante análogo al de la primera. Setenta y siete años despues de la conquista de Granada, los moros de aquel reino, no pudiendo soportar por mas tiempo la dura sujecion á que los sometió el riguroso gobierno de Felipe II, huyeron á las asperezas de las Alpujarras, situadas á orillas del Mediterráneo, y eligiendo un rey de su nacion, se declararon en abierta rebelion. Cerca de cuatro años se mantuvieron entre aquellos riscos y montañas con el mayor valor, y solo cedieron á tres ejércitos combinados que sucesivamente los atacaron, el último de ellos mandado por el ilustre D. Juan de Aus-

en Lóndres en la venta de los libros de D. José Antonio Conde, no es mas que una mala traduccion, ó mas bien epítome de la novela de Hita, hecha probablemente por algun morisco español, no muy versado por cierto en el conocimiento de su lengua nativa.

[7] La «Crónica de Pedro de Moncayo», publicada en 1589, se cita en el cap. 12, y la primera edicion de las «Guerras civiles» se imprimió, como es sabido, en Zaragoza, 1595, 8.º Esta primera parte se ha impreso con mas frecuencia que la segunda. Hay ediciones de ella de 1598, 1603, 1604 (tres), 1606, 1610, 1615, 1616, y otras varias sin fecha.

tria. Hita sirvió en esta guerra, y la segunda parte de su novela contiêne su propia historia. Gran parte de lo que allí refiere es auténtico, y por otra parte, parece indudable que presenció algunos de los sucesos ingeridos en su narracion, como lo demuestra la relacion que hace de las atrocidades y horrores cometidos en los lugares de Félix y Huescar, los minuciosos pormenores que da del cerco de Galera, y de la muerte y exequias de Luis Quijada. Pero otros pasajes de su obra, como son la prision de Albexari, su amor á Almanzora, y los celos y conspiracion de Benalguacil, son evidentemente partos de su fértil ingenio; lo mas interesante de todo es la historia del Tuzani, que refiere muy por menor, y declara haber oido de boca del mismo individuo y de otras personas interesadas en el caso; rasgo enérgico de pasion verdaderamente oriental, que Calderon despues trasladó á la escena, haciendo de él el argumento de una de sus composiciones dramáticas mas terribles y características.

Si el resto de la segunda parte hubiera sido como este fragmento, seria sin duda digna de la primera; mas no es así. Los romances con que está adornada, y que, segun es de presumir, son obra del autor, aparecen muy inferiores á los que insertó en la primera, y la narracion no es ni tan animada ni tan pintoresca. Quizá Hita echó de menos al continuar su trabajo las antiguas tradiciones moriscas que en un principio le habian inspirado; quizá tambien se sintió con menos libertad al tratar de acontecimientos recientes y notorios, poco aptos para recibir el ornato de la ficcion. Sea cual fuere la causa, el hecho es cierto; como historia, la segunda parte se queda muy atrás de la relacion de los mismos sucesos,

por Mendoza; y como novela, el autor mismo habia antes hecho un trabajo muy superior [8].

Sin embargo, la senda que Hita abrió con estas dos obras para llegar á la buena novela histórica, valiéndose de las antiguas tradiciones y de las costumbres pintorescas de los moros, no encontró eco en España, y por seductora que hoy dia nos parezca, nadie entró en ella. Lo extraño es que su libro se imprimiese varias veces y fuese muy leido; pero esta aparente contradiccion se explica fácilmente. La índole misma de su trabajo impuso á Hita la obligacion de pintar el carácter de sus héroes moros con colores favorables, y hasta le hizo expresarse con horror al referir la crueldad de los españoles con sus odiados enemigos, así como la injusticia y mala fe con que los Reyes Católicos, y despues el mismo D. Juan de Austria, faltaron al cumplimiento de sus pactos mas solemnes [9]. Esta simpatía hácia un enemigo infiel que por tantos siglos habia dominado en España, no estaba en armonía con el espíritu de aquellos tiempos; solo cinco años despues de haber publicado Hita su libro de la *Rebelion de las Alpujarras*, los restos de los moriscos, con quienes él mismo habia peleado, fueron violentamente expulsados del suelo español por Felipe III, en medio de los aplausos y alegría de todo un pueblo, siendo muy pocos, si alguno hubo, los españoles que desaprobaron aquella medida, puesto que los hombres de mejor corazon y de carácter mas dulce y humano consideraron aquel acto como un castigo del cielo irritado.

[8] La primera edicion de la segunda parte salió á luz en Alcalá en 1604, pero se ha reimpreso tan pocas veces, que los ejemplares escasean; hay una muy buena de ambas partes, Madrid, 1833, dos tomos, 8.°, y ambas están tambien en el t. III de la «Biblioteca» de Rivadeneyra, 1846.

[9] Parte I, cap. 18; parte II, cap. 25.

Siendo estas las opiniones comunes en la nacion, no era de esperar que ficciones en que se representaba á los moros con los colores mas vivos é interesantes, y en que se referian sus tradiciones y aventuras, fuesen bien recibidas en España. Un siglo despues se dió privilegio de impresion para otra tercera parte de la obra, no sabemos si escrita por Hita ó por otro autor, que no llegó nunca á publicarse [10]; y madama Scudery con su *Almahide* dió luego principio en Francia á una série de ficciones sobre el mismo asunto, continuada despues acá con el *Gonzalo de Córdoba* de Florian, y *El Abencerraje* de Chateaubriand, sin que por eso pueda decirse que haya concluido. En España, sin embargo, ni echó raíces ni tuvo éxito [11].

Aparte del sentimiento nacional de repugnancia hácia escritos que ponian en escena las guerras entre moros y cristianos, otras razones y circunstancias pudieron tambien contribuir á que este género no prosperase en el suelo español. La publicacion de la primera parte del *Quijote*, que destruyó con el arma del ridículo la única novela conocida y apreciada hasta entonces, no dejaria de influir algun tanto en las demás formas, creando cierta enemiga contra todas las obras graves de invencion en prosa, y sobre todo sustituyendo una lectura mas en-

[10] En el ejemplar de la segunda parte, impreso en Madrid, 1731, 8.º, la aprobacion, que es de 10 de setiembre del mismo año, habla con toda claridad de una *tercera*, llamando segunda á la impresa en Alcalá en 1604, y *tercera* á la que aun seguia manuscrita. No hemos podido adquirir mas noticias de dicha tercera parte. Circourt («Historia de los moros mudejares y de los moriscos») cita frecuentemente como autoridad la segunda parte, y en el pasaje que acabamos de indicar da los motivos de la confianza que en ella pone.

[11] Cuéntase que al leer Sir Walter Scott las «Guerras civiles de Granada» ya en los últimos años de su vida, dijo que si hubiese conocido antes este libro, hubiera colocado en España la escena de sus novelas. Denis, «Crónicas caballerescas», Paris, 1839, 8.º, t. I, p. 323.

tretenida y amena que la que ellas mismas podian proporcionar. Sea ó no esta una de las causas, lo cierto es que el impulso dado por Cervantes continuó, y que por todas partes llovieron ataques. La *Cryselia de Lidaceli*, impresa en 1609, y que, así como cierta sátira en prosa contra las academias ridículas y extravagantes que entonces estaban tan de moda, salió á luz bajo el seudónimo del capitan Flegetonte, ataca con la mayor violencia todas las ficciones en prosa que hasta allí habia producido España, ya fuesen pastoriles, ya históricas ó caballerescas [12]. Pero surtió tan poco efecto este ataque, que el libro solo ha quedado como monumento de la predisposicion general que á la sazon habia contra las novelas; predisposicion que despues se revela mucho mas, no solo en algunos de los mejores escritores ascéticos del siglo XVII, sino en varias obras, como en la *Historia moral del dios Momo*, de Noydens, publicada en 1666, con la cual, dice el autor en el prólogo, se proponia proscribir de la sociedad todas las novelas y libros de aventuras que tratasen de amores [13].

Todavía, sin embargo, siguieron escribiéndose novelas en España durante todo el siglo XVII en variedad de

[12] «La Cryselia de Lidaceli», famosa y verdadera historia de varios acontecimientos de amor y fortuna, se imprimió en Paris, 1609, 8.°, dedicada á la princesa de Conti. Hemos visto además una *tercera* edicion. Madrid, 1720. La otra obra del capitan Flegetonte se intitula «La famosa y temeraria compañía de Rompe-Columnas», impresa tambien en 1609, con dos dialogos sobre el amor; todo ello es pobrísimo y miserable La «Cryselia» es una amalgama del género pastoril con el grave, mezclada de gigantes, encantamientos, etc., y contiene dos poemas cortos.

[13] Benito Remigio Noydens escribió bastantes obras morales y ascéticas. La «Historia moral del dios Momo» (4.°, Madrid, 1666) supone que Momo fué desterrado del cielo y trasmigró despues en cuerpos de personas de todas clases y estados, causando por do quiera daños y perjuicios. Consta de diez y ocho capítulos, y al fin de cada uno hay una ilustracion moral, v gr.: en el cap. 5.° la incomodidad y alboroto que Momo excita en la tierra contra el cielo, se ilustra con las heregías de Alemania é Inglaterra, de cuya narracion el elector de Sajonia y Enrique VIII salen muy mal parados.

formas y de entonacion, aunque con poco aplauso. Así D. Gonzalo de Céspedes, natural de Madrid y autor de otras varias obras, publicó su *Gerardo*, cuya primera parte se imprimió en 1615 y la segunda en 1617; intitulóle *Poema trágico del español Gerardo*, y le dividió en discursos, en vez de capítulos; pero en realidad no es sino una novela en prosa, que comprende varios sucesos y aventuras ligeramente enlazadas con la vida de su héroe, y episodios relativos á otros personajes en mayor ó menor contacto con él mismo, en cuyo conjunto, entre mucho sentimental y romántico, hay mas carácter trágico que el que suele hallarse en novelas españolas. Reimprimióse esta novela diferentes veces, y en 1626 la siguió otra intitulada la *Varia fortuna del soldado Píndaro*, obra del mismo género, menos interesante, y quizá por esto mismo no concluida, segun el propósito del autor. Una y otra revelan, sin embargo, grandes recursos, y tal fertilidad de ingenio, cual no se halla en ningun otro libro de su género escrito por aquel tiempo en Francia y en Inglaterra; ambas anuncian pretensiones de estilo, aunque estas se advierten mas en la parte ligera y agradable que en la grave y mesurada[11].

Tambien en 1617, y en el mismo año en que salió á luz el *Persiles y Sigismunda* de Cervantes, publicó Francisco Loubayssin de Lamarca, vizcaíno de nacimiento, su *Historia trágí-cómica de Don Enrique de Castro*, amalgama confusa y extraña de sucesos ciertos con aventuras ima-

[11] «Poema trágico del español Gerardo y desengaños del amor lascivo»; además de la primera edicion, las hay de 1617, 1618, 1623, 1625, 1654, etc. La «Varia fortuna del soldado Píndaro», quien, á pesar de su nombre clásico, se supone ser natural de Castilla, no obtuvo tanto favor. Solo conocemos las ediciones de 1626 y 1661, y despues hay que ir hasta la de Madrid, 1845, ilustrada con mucha maestría. Baena, «Hijos de Madrid», t. II, p. 362, da algunas noticias de Céspedes y Meneses.

ginarias. Por medio de la relacion puesta en boca de un tio del héroe, que en su vejez se hace ermitaño, la escena retrocede hasta las guerras de Italia en tiempo de Cárlos VIII de Francia, y en seguida el lector se ve trasportado á la conquista de Chile por los españoles, llenando el autor el espacio que media entre ambas épocas del mejor modo que le es posible: como novela histórica es cansada y malísima [15].

Igual observacion puede aplicarse á otra obra publicada en 1625, especie de viaje imaginario, intitulado *La Historia de los dos verdaderos amigos*, en la cual se cuentan las aventuras de un español y un francés que viajan por Persia, y refieren cosas increibles de sus relaciones con las principales damas de aquel país. Mucha parte de ella está en forma epistolar, y concluye ofreciendo una continuacion, que nunca llegó á publicarse [16].

Muchas son las obras de este género comenzadas á publicar en España durante el siglo XVII, y que quedaron incompletas por falta de favor y popularidad; pero otras hay que se escribieron y nunca llegaron á imprimirse [17]. Una de ellas, intitulada *El Caballero venturoso*, escrita por Juan Valladares de Valdelomar, cordobés, estaba ya preparada para la imprenta en 1617, y existe aun manuscrita con todas las licencias necesarias y la aprobacion autógrafa de Lope de Vega. Es una novela histórica, dividida en cuarenta y cinco *aventuras*,

[15] La «Historia tragi-cómica de Don Enrique de Castro» se imprimió en París en 1617, teniendo su autor veinte y nueve años. Dos antes habia impreso los «Engaños de este siglo». (Ant., «Bibl. Nov.», t. II, p 358.) Presumimos que tambien escribió algo en francés.

[16] Ignoramos el nombre del autor de esta obra singular y licenciosa, que quizá no sea sino una *crónica escandalosa* de la corte. Imprimióse en el Rosellon, y es un tomito en 8.°

[17] En la «Biblioteca» de D. Nicolás Antonio y en los «Hijos de Madrid», de Baena, se da noticia de muchas obras de esta clase inéditas, citándose los títulos de algunas.

cuyo héroe, como otros muchos, es soldado en Italia y cautivo en Africa: primero sirve á las órdenes de D. Juan de Austria, y despues á las de D. Sebastian, rey de Portugal; no es fácil deslindar en esta novela la parte histórica y verdadera de la fabulosa; cítanse en ella fechas de muchos acontecimientos que pueden comprobarse, pero está llena de poesía y de sucesos imaginarios; y no faltan historias, como la de los autores del caballero venturoso con la hermosa Mayorinda, que parecen hijas de la fantasía del autor. Sin embargo, tiene un prólogo en que este trata con el mayor desprecio á todos los libros de ficcion, como si el género estuviese tan caido en su tiempo que fuese un descrédito el manifestar siquiera la intencion de aumentar su número con una muestra mas. En punto á prosa y estilo, el *Caballero venturoso* en nada desmerece de las demás obras de su época, pero las poesías que contiene, y que pasan de ciento y cincuenta, no son, ni con mucho, tan buenas[18].

El desaliento á que hemos aludido, causado, ya por el ridículo que Cervantes lanzó contra las obras extensas en este género, ya por la vigilancia ejercida por las autoridades eclesiásticas, ó por ambas causas reunidas, fué sin duda una de las razones que obligaron á los escritores de novelas sérias á buscar un camino nuevo y formas de ficcion de otro carácter, alejándose unas veces cuando podian de la verdad de los hechos, y acercándose otras casi á la historia pura y sencilla. Dos ejemplos citarémos aquí de este abandono de la senda vul-

[18] El manuscrito de «El caballero venturoso», que evidentemente es el original, para en poder de D. P. de G., y ocupa doscientas ochenta y nueve hojas de letra muy metida, en 4.° Acaba tambien anunciando una segunda parte, que es probable no llegase á escribir su autor.

gar y trillada, únicos probablemente en su tiempo, de la clase á que pertenecen, mas por su singularidad que por su mérito literario.

El primero de ellos es obra de Cosme de Tejada, y se intitula *El Leon prodigioso;* publicóle por la vez primera en 1636, y constituye la historia del *Gran Leon Auricrino*, sus maravillosas aventuras, y por último su casamiento con la dama de sus amores, Crisaura. Divídese en cincuenta y cuatro apólogos, que mejor pudieran llamarse capítulos; y si en vez de los nombres de animales que dió á sus personajes, les hubiera dado los nombres poéticos que generalmente se usaban en las novelas, el libro seria, aparte de los rasgos satíricos contra las costumbres de su época, una novela puramente amorosa, y no mas antinatural y extravagante que otras de su especie.

Tal cual era, no satisfizo, sin embargo, á su autor: habia este escrito la mejor parte de ella á la sazon que se hallaba estudiando en Salamanca, y cuando algun tiempo despues la prosiguió y concluyó con bastante regularidad tenia ya muy adelantada la composicion de otra obra mas grave, mas espiritualizada y mas ajena aun de la vida real y positiva. Esta ficcion, mas sazonada y trabajada, se intitula *Entendimiento y Verdad, amantes filosófos;* todos los personajes son alegóricos, y con sus sucesos, sueños y aventuras forman una pintura sombría de la vida humana desde la creacion hasta el juicio final. Ignoramos el tiempo que Tejada empleó en esta alegoría insulsa y fria, pero no se imprimió hasta el año de 1673 y á los cuarenta de haberse empezado á escribir, en cuya época la dió á luz un hermano suyo como obra póstuma y con el impropio título de *Segun-*

da parte del Leon prodigioso. No tenia este libro ni bastante interés para obtener favorable acogida y favor permanente, ni tampoco lo tuvo el primero; pero es preciso confesar que ambos están escritos con una pureza de estilo poco comun, y que la primera parte ataca á veces los defectos y errores de la literatura contemporánea con bastante gracia y vigor [19].

Muy diversa de estas dos obras es la de los *Reyes nuevos de Toledo*, de D. Cristóbal Lozano, la cual solo presenta personajes reales é históricos, y no contiene mas que hechos conocidos en la historia ó admitidos en antiguas tradiciones, si bien adornados con un colorido pintoresco y fantástico. Su autor fué, como Calderon, capellan en la metropolitana de Toledo y agregado á la capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, fundacion de D. Enrique de Trastamara, quien quiso tener un panteon separado del que guardaba las cenizas de la línea de sus antecesores, terminada en su enemigo y hermano D. Pedro.

El devoto capellan que por obligacion rezaba diariamente por el descanso de aquella dinastía, que empieza con la casa de Trastamara, determinó ilustrar sus memorias en una historia novelesca; así pues, comenzando con las antiguas tradiciones del orígen de Toledo, la cueva de Hércules y el casamiento de Carlo-Magno con una infanta mora, á quien convierte, refiere la construc-

[19] «Leon prodigioso», apología moral, por el licenciado Cosme Gomez Tejada de los Reyes. (Madrid, 1670, 4.°) Segunda parte del «Leon prodigioso, Entendimiento y Verdad, amantes filósofos». (Alcalá, 1673.) La licencia de la primera parte es de 1634. Publicó además este autor «El filósofo», miscelánea de ciencias físicas y filosofía moral, en 1650. En el «León prodigioso» hay muchos versos; particularmente en la primera parte se encuentra el poema de «La Nada», insulso y pesado, y en la segunda otro intitulado «El Todo», que todavía es peor. Critica con agudeza y gracia el culteranismo en la parte I, pp. 317, 391, 395.

cion de la capilla y las aventuras de los reyes sepultados en ella, hasta la muerte de Enrique III, en 1406. Échase de ver al momento que la obra se escribió á fines del reinado de Felipe IV, cuando la prosa española habia ya perdido toda su pureza y dignidad; pero Lozano, exento de la afectacion y mal gusto de su siglo, escribia con mas sencillez y claridad que la mayor parte de sus contemporáneos, y su libro, aunque escaso de invencion y sacado de fuentes conocidas, gustó tanto, que en el espacio de cincuenta años obtuvo once ediciones, y consiguió en la literatura española un puesto que nunca ha perdido del todo[20].

En último resultado, las ficciones graves é históricas producidas por los ingenios españoles fueron desde un principio muy escasas, y á excepcion de las *Guerras civiles de Granada*, de Hita, hallaron poco favor en el público. A fines del reinado de Felipe IV desaparecen casi completamente por espacio de un siglo, y al terminar dicho período ocurren muy rara vez y sin ningun aprecio[21].

[20] El ejemplar que usamos es de la undécima edicion (Madrid, 1734, 4.°), y la parte del lib. III, cap. I, p. 237, se escribia cabalmente cuando subia al trono Cárlos II. La historia está enlazada con las doctrinas favoritas del catolicismo español, como la inmaculada concepcion de la Virgen, que la misma Vírgen anuncia y describe con mucho efecto dramático en el lib. I, cap. 10. La edicion mas antigua que hemos visto es de 1667.

[21] La única novela de este género, despues del año de 1650, que podemos citar, es la «Historia de Lisseno y Fenisa», por Francisco Párraga Martel de la Fuente, Madrid, 1701, 4.°; imitacion desgraciadísima del «Español Gerardo», de Céspedes y Meneses.

CAPITULO XXXVI.

Cuentos, novelas cortas.—Villegas, Timoneda, Cervantes, Hidalgo, Figueroa, Barbadillo, Eslava, Agreda, Liñan y Verdugo, Lope de Vega, Salazar, Lugo, Camerino, Tellez, Montalvan, Reyes, Peralta, Céspedes, Moya, Anaya, Mariana de Carvajal, doña María de Zayas, Mata, Castillo, Lozano, Solorzano, Alonso de Alcalá, Villalpando, Prado, Robles, Guevara, Polo, García, y Santos.—Número considerable de cuentos y novelas.—Observaciones generales sobre las formas de la ficcion española.

La novela corta tuvo mas fortuna en España á fines del siglo xvi y durante el xvii que ninguna otra ficcion en prosa, y así hubo grande abundancia de ellas. Aparecen, en efecto, como nacidas espontáneamente en el fértil suelo del gusto y de las costumbres nacionales, y se muestran desde luego llenas de vigor y lozanía; distan, es verdad, tanto de los cuentos á la manera oriental, introducidos doscientos años antes por D. Juan Manuel, como de la brillante escuela italiana, instaurada por Bocaccio, si bien imitando en sus formas y colorido las ficciones mas extensas y graves del mismo tiempo, ya bucólicas, ya satíricas ó históricas, se manifiestan siempre intérpretes fieles del espíritu de la época y del estado de la sociedad que las vió nacer. Tratarémos, pues, de ellas con especial interés y cuidado.

Las primeras novelas españolas del siglo xvi que merecen ser mencionadas expresamente son dos que se en-

cuentran en el tomito de obras de Antonio de Villegas, intitulado conceptuosamente *Inventario*, y preparado ya para la imprenta en 1550, aunque no se publicó hasta 1565 [1]. Lleva la primera el título de *Ausencia y soledad de Amor*, y es una pastoral, mitad en prosa y mitad en verso, tan afectada y de tan mal gusto como las demás de su clase de mayores dimensiones. La segunda, titulada *El Abencerraje*, es mucho mejor, y se funda en la tradicion española de una aventura interesante y tiernísima, ocurrida en las fronteras de Granada cuando la caballería estaba en todo su auge entre moros y cristianos; los principales incidentes son los que siguen.

Rodrigo de Narvaez, alcaide de Alora, fortaleza de la frontera española, cansado de una vida ociosa, sale una noche con pocos soldados, movido del deseo de buscar aventuras, y en tal disposicion, no tarda en tropezar con una. Abindarraez, moro ilustre, perteneciente á la desterrada y perseguida familia de los Abencerrajes, camina bien montado y mejor armado por la senda donde los cristianos están de escucha, cantando alegremente en el silencio de la noche :

Nascido en Granada,
Criado en Cartama,
Enamorado en Coin,
Frontero de Alora.

Síguese un combate personal, y el valiente moro cae prisionero. Su singular tristeza y abatimiento, aun des-

[1] El «Inventario» de Villegas se imprimió dos veces, la primera en 1565, 4.º, y la segunda en 8.º menor, 1577, ciento cuarenta y cuatro hojas; ambas en Medina del Campo, patria, segun algunos, del autor. Las dos ediciones tienen una nota preliminar, advirtiendo que la licencia de impresion se concedió en 1551.

pues de la bizarra resistencia que ha opuesto á sus enemigos, llaman la atencion del vencedor, quien á fuerza de preguntas logra arrancar al cautivo su secreto, á saber que aquella misma noche iba á desposarse clandestinamente con su amada, hija del alcaide de la fortaleza de Coin, en la frontera musulmana. Al oir esto el guerrero español, á fuer de caballero galante, da libertad al moro con la condicion de presentarse dentro de tercero dia á sufrir su suerte. El noble moro cumple religiosamente su palabra, y vuelve acompañado de su esposa; y Narvaez, valiéndose de su influencia con el rey de Granada, hace que el alcaide moro se reconcilie con su hija, terminando la historia con honra y satisfaccion de todos los que intervinieron en ella.

Hay en esta novela trozos bellísimos, como son la primera declaracion de amor de Abindarraez, que él mismo cuenta, y su afliccion y desaliento al siguiente dia que su amada fué arrebatada y conducida por su padre léjos de él, dejándole, dice, «como quien, caminando por »unas fragosas y ásperas montañas, se le eclipsa el sol.» No menos característica y bella es la pintura que hace de su pundonor y lealtad cuando, al acercarse el término de los tres dias, revela á su esposa su palabra empeñada; y al proponerle esta que envie un cuantioso rescate y quebrante la fe prometida, responde: «Por cierto no »caeré yo en tan gran yerro; porque, si cuando venia »á verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado »á cumplir mi palabra, ahora, que soy vuestro, se me ha »doblado la obligacion. Yo volveré á Alora, y me por»né en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo »que debo, haga él lo que quisiere.»

La anécdota original, segun la cuentan los autores

árabes, se halla al fin de la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, por Conde, el cual añade que era celebrada con frecuencia de los poetas granadinos; era, sin embargo, demasiado seductora y lisonjera para la galantería española, para no ocupar igual puesto en su literatura. Por eso Montemayor, tomándola con poco escrúpulo de Villegas y alterándola materialmente en punto á estilo, hasta echarla casi á perder, la insertó en su *Diana*, publicada en los últimos años de su vida, si bien en armonía con el cuadro pastoril en que la ingirió. Poco despues echó mano de ella Padilla, y la presentó en una série de romances; Lope de Vega fundó en ella su comedia *Remedio de la desdicha*, y el mismo Cervantes la introdujo en el *Quijote;* de manera que por todas partes se la encuentra, aunque en ninguna con la gracia y atractivo que en la sencilla narracion de Villegas[2].

Juan de Timoneda, de quien ya hemos hablado, colocándole entre los primeros fundadores del teatro po-

[2] La «Historia de Narvaez», de quien Pulgar hace honrosa mencion en sus «Claros varones», tít. XVII, se encuentra tambien en Argote de Molina («Nobleza», 1588, fol. 296), en Conde («Historia», t. III, p. 262), en Villegas («Inventario», 1565, fol. 94), en Padilla («Romancero», 1583, folios 117-127), en Lope de Vega («Remedio de la desdicha», Comedias, t. XIII, 1620), en el «Quijote» (parte I, cap. 5), etc. Tambien presumimos echó mano de ella Timoneda en su «Historia del enamorado moro Abindarraez», *sine anno* (Fuster, «Bibl.», t. I, p. 162), puesto que se halla en su «Rosa española», 1573. (Véase la reimpresion de Wolf, 1846, p. 107) Igualmente fué objeto de un largo poema de Francisco Balbi de Corregio, 1593. Es indudable que Montemayor tomó la suya de Villegas; y para convencerse de ello no hay mas que comparar una con otra, y tener en cuenta que no se halla en la primera edicion de la «Diana», que está impropiamente colocada en una obra pastoril, y por último, que la única diferencia entre ambas versiones es que la de Montemayor («Diana», lib. IV), aunque tomada casi á la letra de Villegas, es mucho mas larga. Véase lo que antes dijimos sobre este punto.

En el «Nobiliario», de Ferrant Mejía (Sevilla, 1492, folio), libro curioso, escrito en buen castellano y lleno del espíritu feudal de su siglo, cuyo autor creia en las cualidades inherentes de la sangre y nobleza, hay un pasaje (lib. II, cap. 15) en que se envanece de contar á Narvaez entre sus abuelos, llamándole «cavallero de los bienaventurados que ovo en nuestros tiempos, desde el Cid acá, batalloso é victorioso».

pular en España, fué tambien uno de los escritores mas antiguos de cuentos, si bien no es extraño que, mercader de libros él, y deseoso por lo mismo de cultivar los géneros que estaban mas de moda, habiendo él mismo compuesto y publicado varios tomos de romances, poesías y farsas, se aventurase tambien á escribir obras de ficcion en prosa, como las que tanto favor disfrutaban en su tiempo. Parece que su primera tentativa fué *El Patrañuelo*, cuyo primera parte publicó en 1576, aunque no la continuó [3].

Es este un librito cuyos materiales proceden de orígenes enteramente diversos, pues algunos, como la conocida historia de Apolonio, príncipe de Tiro, se hallan ya en el *Gesta Romanorum;* otros en las obras de los grandes maestros italianos, como la historia de Griselda, en Bocaccio, y otra muy conocida de los lectores ingleses por el romance del *Rey Juan y el Abad de Cantorbery*, que Timoneda tomó probablemente de Sacchetti [4].

[3] Rodriguez, «Bibl.», p 283; Jimeno, «Bibl.», t. I, p. 72; Fuster, «Bibl.», t. I, p. 161, t. II, p. 530. El «Sobremesa y alivio de caminantes», de Timoneda, impreso en 1569, ó quizá antes, es una coleccion de ciento y sesenta y una anécdotas breves y dichos graciosos por el estilo de los de Joe Miller, aunque citado muchas veces como coleccion de cuentos. Anteceden á ella otros doce cuentecillos muy chistosos, atribuidos á un tal Juan Aragonés. En todas las ediciones del «Patrañuelo», excepto la primera y la de la «Biblioteca» de Rivadeneyra, solo se hallan veinte y un cuentos, habiéndose suprimido el octavo de ellos, tomado del «Ariosto», por licencioso y deshonesto.

[4] La historia de Apolonio, que es el «Pericles» de Shakespeare, era ya conocida mucho antes, segun hemos visto, en la poesía española, aunque el poema no se imprimió hasta 1844; pero es mas natural que Timoneda lo tomase del «Gesta Romanorum», cuento 153, en la edicion de 1488. La de Griselda la tomó sin duda del «Decameron», donde es la última, aunque tambien pudo hallarla en otra parte. (Manni, «Historia del Decamerone,» Firenze, 1742, 4.°, p. 603.) En cuanto á la novela con que están tan familiarizados los ingleses, merced á las «Reliquias», de Percy, es regular la tomase de la novela cuarta del Sacchetti, escrita hácia 1370; pues ignoramos de todo punto que haya nada anterior sobre esta materia, si bien desde entonces se ha hecho muy comun. Investigaciones de esta clase sobre otros cuentos del «Patrañuelo» conducirian á iguales resultados, pero bastan los ejemplos citados para

Tres ó cuatro de sus cuentos, y entre ellos el primero del tomo, estaban ya puestos en forma dramática por Alonso de la Vega y Lope de Rueda; todo lo cual tiende á probar lo que ya está demostrado por muchas vias, á saber, que estas historias populares constituyeron durante mucho tiempo el pasto intelectual de una sociedad que carecia absolutamente de libros, y que despues de haber peregrinado durante siglos enteros por los diferentes países de Europa, ya en boca de los ministriles y trovadores, ya en alas de la tradicion, llegaron hácia este tiempo á ser puestas por escrito, y pasaron luego de mano en mano hasta recibir por último una forma mas ó menos permanente. Timoneda, pues, emprendió en España la tarea que los *novellieri* italianos habian emprendido en su patria doscientos años antes. Es verdad que los veinte y dos cuentos de su *Patrañuelo* no están enlazados como los del *Decameron;* el autor, sin embargo, supo darles cierta uniformidad vertiéndolos en estilo fácil y agradable, si no tan puro y castizo como hubiera podido ser. Así pues, sin presentirlo siquiera, Timoneda constituyó con su publicacion un nuevo ramo de literatura pátria, en el que ejercitaron su ingenio algunos de los mas eminentes hablistas españoles. En efecto, el escritor que á Timoneda sigue es nada menos que Cervantes, el cual empezó ya insertando en la primera parte de su *Quijote*, publicada en 1605, algunos cuentos de esta clase, y ocho años despues imprimia por separado una coleccion de ellos. Pero ya hemos hablado en otro lugar de sus *Novelas ejemplares*, y así, solo repetirémos

probar que Timoneda tomó de todas partes cuanto convenia á su propósito, como lo hicieron tambien los *novellieri* italianos y los *truveres* franceses, sin cuidarse de su orígen.

aquí lo que entonces dijimos, á saber, que por la originalidad de su invencion y la belleza de su estilo ocupan el puesto mas elevado en el género á que pertenecen [5].

Siguieron otras colecciones de carácter muy vario. En 1605 Hidalgo publicó una relacion de las chanzas y burlas que se practican y son permitidas en los tres dias de Carnaval, en la cual ingirió muchos cuentecillos y anécdotas bastante parecidas por su índole á las *novelle* mas graciosas y ligeras de la Italia [6]; y Suarez de Figueroa, contrario de Cervantes, aunque imitador suyo, insertó otros de carácter mas romántico en su *Pasajero*, publicado en 1617 [7]. Pero entre los escritores de este género, á principios del siglo XVII, ninguno quizá se distinguió tanto como Salas Barbadillo, nacido en Madrid en 1580 y muerto en 1630 [8]. Durante los últimos diez y ocho años de su vida publicó hasta veinte obras distintas, todas ellas, á excepcion de tres ó cuatro, que son poesías y comedias por el estilo de las que Lope puso

[5] Véase el tomo II, p. 222 de esta traduccion.

[6] Está en forma de diálogo, y se intitula «Carnestolendas de Castilla en las tres noches del domingo, lúnes y mártes», de Antruejo, por Gaspar Lúcas Hidalgo, vecino de la villa de Madrid. Barcelona, 1605, 8.º, fol. 108; hay tambien ediciones de 1606 y 1618.

[7] El «Pasajero» (Madrid, 1617, 8.º, fol. 492) consta de diez diálogos entre dos viajeros que descansan, razon por la cual se intitulan afectadamente «Alivios». Tambien hemos visto un tomito intitulado «Historia de los siete sabios de Roma», compuesta por Márcos Perez, Barcelona, por Rafael Figuero, 8.º, sin fecha, aunque al parecer de principios del siglo XVIII. Contiene la historia de los «Siete sabios maestros», una de las ficciones mas antiguas de los tiempos modernos; en la obra castellana el Emperador se llama Ponciano, y se le supone hijo de Diocleciano. El escrito es algo mejor que el de la «Doncella Teodor», pero debe ser poco mas ó menos del mismo tiempo.

[8] Hállanse noticias de Salas Barbadillo en Baena («Hijos de Madrid», t. I, p. 42); Nicolás Antonio («Bibl. Nov.», t. I, p. 28), y en los prólogos á la «Estafeta del dios Momo», (Madrid, 1627, 12.º), y á las «Coronas del Parnaso» (Madrid, 1635, 12.º), ambas obras suyas. Estuvo incorporado á la misma hermandad que Cervantes, y dió una aprobacion muy expresiva á la primera edicion de las novelas de su amigo. (Navarrete, «Vida», párrafos 121-132.) Parece desempeñó algun destino en la corte, pues se llama él mismo criado de S. M.

de moda, compuestas de cuentos populares, ni tan cortos como los de Timoneda, ni tan largos que merezcan el nombre de novelas, aunque llenos del espíritu nacional y escritos en estilo puro y castizo.

La Ingeniosa Elena, hija de Celestina, una de las primeras y mejores, salió á luz en 1612, y se reimprimió despues muchas veces: es la historia de una prostituta, cuyas aventuras, gracias á la vida que se propone hacer, son de lo mas atrevido y arrojado que puede concebirse. Llámase hija de Celestina, nombre al cual se hace acreedora por su talento y sus crímenes, aunque con verdad instiutiva el autor la hace morir en un patíbulo por haber envenenado á uno de sus amantes, hombre oscuro y vulgar. Hay introducidos en lo principal de la obra uno ó dos episodios, aunque con poco artificio; y otro tanto puede decirse con respecto á varios romances, los cuales no tienen mas mérito que el de ilustrar la vida picaresca, como entonces se decia, de algunas de las principales ciudades de España. Lo mejor del libro es la parte que trata de Elena misma, sus intrigas y maquinaciones; las escenas mas notables y que mejor pintan la época son aquellas que la describen en el apogeo de su prosperidad, cuando en Sevilla engaña á toda la poblacion fingiéndose santa [9].

Con tales materiales é incidentes no es de extrañar que la *Ingeniosa Elena* participe algun tanto del carácter y aun del estilo de las novelas del gusto picaresco. Muy diversa de esta por su índole y objeto es *El*

[9] «La Ingeniosa Elena, hija de Celestina», Lérida, 1612, 12.º; reimpresa despues muchas veces, y en Madrid, 1737, 8.º

Aprovechóse de ella Scarron, alterándola, como acostumbraba á hacerlo con otras novelas españolas, en sus «Hypocrites». Nouvelles tragicomiques de Scarron, Paris, 1754, t. I.

Caballero perfecto, novela filosófica, con sus puntas y ribetes de caballeresca. Está dedicada á los reinos juntos en Cortes, y su objeto es presentar á la juventud española un ejemplo moral y político en el modelo ideal de un «perfecto caballero», á cuyo fin el autor refiere la historia de un hidalgo español que viajando por Italia durante el reinado de D. Alonso de Aragon, el conquistador de Nápoles, logra el favor de este monarca, y despues de servirle fielmente en puestos militares y diplomáticos de la mayor importancia, mandando ejércitos en Alemania y haciendo el papel de mediador entre reyes imaginarios de Inglaterra é Irlanda, se retira por último á las inmediaciones de Baia á disfrutar una vejez tranquila en la práctica de la religion y de la virtud [10].

Del mismo modo difiere la *Casa del placer honesto*, de las dos ficciones que acabamos de examinar, siendo una prueba mas de la flexibilidad del talento de su autor. Contiene esta las chanzas y bromas de cuatro estudiantes de Salamanca, gente alegre y de buen humor, que cansados de la vida monótona de la universidad, pasan á la corte, ponen una casa magnífica, con grandes salas para recibir gente, y convidan á la parte mas elegante y culta de la sociedad, refiriendo cuentos para entretenimiento de sus huéspedes, recitando romances y representando comedias, lo cual forma principalmente el argumento del libro; aunque en realidad este se compone mas bien de seis cuentos. La obra acaba repentinamente por la grave enfermedad de uno de los cuatro compañeros que con tan buen gusto habian dispuesto aquella diversion cuaresmal [11].

10 «El caballero perfeto», Madrid, 1620, 8.°

11 «Casa del placer honesto», Madrid, 1620, 8.°

No creemos necesario detenernos por mas tiempo en el exámen de los agradables juguetes de este autor, y así, solo dirémos de sus demás obras que *El Caballero puntual*, en dos partes, es una historia burlesca, en que ridiculiza con mucho ingenio á los que quieren ser siempre los primeros en todo[12]; que *El Necio bien afortunado* se reduce á lo que su título anuncia[13]; que *Don Diego de Noche* consiste en las aventuras amorosas durante nueve noches consecutivas de un caballero á quien todos sus proyectos salen mal[14]; y que todas ellas, lo mismo que las demás producciones de Salas Barbadillo, ya que no revelen un talento superior y de primer órden, dan muestra de un ingenio agudo, variado y extremadamente flexible, que mas bien toca la superficie que no penetra en el fondo del carácter de sus personajes. Su última obra, intitulada *Coronas del Parnaso y platos de las Musas*, es una miscelánea en prosa y verso, compuesta de cuentos y comedias que ya estaban dispuestas para la prensa en octubre de 1630, pero que

[12] «El Caballero puntual», primera parte, Madrid, 1614; segunda parte, Madrid, 1619, 8.° Al fin de esta última hay una comedia, intitulada «Los prodigios del Amor». Otra obra bastante parecida á esta del «Caballero puntual», se imprimió en Ruan, 1610, 12.°, con el título de «Rodomontadas castellanas». Como otros muchos libros impresos á la sazon en Francia por las estrechas relaciones de ambas cortes, está en castellano, y se reduce á una serie de baladronadas y exageraciones por el estilo de las del baron Munchausen; vale poco, sin embargo, y solo la citamos por ser anterior de cuatro años á la novela de Salas Barbadillo.

Conviene, sin embargo, no confundir estas «Rodomontadas» con otro librito bastante parecido en el título, y que se imprimió en Venecia, en 1675, 12.°, en cuatro idiomas, español, italiano, francés y aleman. Intitúlase «Rodomontadas españolas», y viene á ser una coleccion de chistes y baladronadas.

[13] «El Necio bien afortunado», Madrid, 1621, 12.°

[14] «Don Diego de Noche», Madrid, 1623, 8.° Las nueve aventuras que contiene, suceden todas de noche. Ignoramos por qué razon se insertó esta obra entre las traducidas de Quevedo (Edimburgo, 1798, tres volúmenes, 8.°) y en la traduccion anterior de Stevens, donde creemos que se halla tambien. Hay una comedia de Rojas, intitulada «Don Diego de Noche» («Comedias escogidas», t. VIII, 1654), aunque nada tiene en comun con la ficcion de Barbadillo.

por muerte de su autor, acaecida poco despues, no se imprimieron hasta 1635 [15].

Mientras Salas Barbadillo vivió, y aun despues, el favor y aceptacion que obtuvieron sus obras indujo á muchos á cultivar el mismo género. A él pertenecen las *Noches de invierno*, de Antonio de Eslava, publicadas en 1609, aunque siendo de fecha tan antigua es de creer mas bien que Salas Barbadillo siguiese su ejemplo [16]. Pero las *Doce novelas morales*, de Diego de Agreda, en 1620, son enteramente de su escuela [17], y lo mismo la *Guia y avisos de forasteros en la corte*, publicada el mismo año por Liñan y Verdugo; serie singular de cuentos que se suponen referidos por dos caballeros ancianos á uno mozo, para precaverle de los peligros de la vida disipada de la corte [18]. Lope de Vega, segun su costumbre, siguió el camino en que otros habian ganado honra; en 1621 añadió una novela corta á su *Filomena*, y poco despues otras tres á su *Circe*, aunque él mismo

[15] «Coronas del Parnaso y platos de las Musas», Madrid, 1635, 8.° La idea del libro es la misma que la del «Convite» del Dante; pero no es probable que Salas Barbadillo tratase de imitar en ella la alegoría filosófica del gran maestro italiano.

[16] La «Primera parte de las noches de invierno», de Antonio de Eslava, se imprimió en Pamplona, 1609, y en Bruselas, 1610, 12.°; pero no salió á luz la segunda, como sucedia frecuentemente con obras de su clase; es libro mandado expurgar por el «Indice» de 1667, p. 67.

[17] «Doce novelas morales y ejemplares», por Diego Agreda y Vargas, Madrid, 1620, reimpresas por un descendiente suyo, Madrid, 1724, 8.° El autor de quien hace mencion Baena (t. I, página 331) fué soldado al mismo tiempo que escritor, y en su novela «El premio de la virtud» cuenta al parecer la historia de su familia; otras tiene tomadas del italiano, como por ejemplo la de «Aurelio y Alejandra», que es un *rifacimento* de la «Historia de Romeo y Julieta», del Bandello, de la cual se valió por el mismo tiempo Shakespeare.

[18] «Guia y avisos de forasteros, etc.», por el licenciado D. Antonio Liñan y Verdugo, Madrid, 1620, 4.° En el discurso que antecede á las novelas, que son catorce, se dice que el autor era ya anciano y habia escrito otras obras; pero no tenemos de él mas noticias que las que da D. Nic. Ant. («Bibl. Nov.», t. I, p. 141), quien copia solo los títulos de sus novelas, y equivoca la fecha de su impresion. Algunos de los cuentos tienen visos de verdad, y son una pintura muy animada y agradable de las costumbres de la época.

no tenia gran confianza en esta tentativa, que realmente fué infelicísima [19]. Alentados otros escritores con el favor general que acompañaba á toda coleccion de cuentos y novelas, fueron estas creciendo en número, y salieron sucesivamente, Salazar con sus *Clavellinas de recreacion*, en 1622 [20]; Lugo con sus *Novelas*, el mismo año [21], y Camerino con sus *Novelas amorosas* [22], al siguiente. Estas seis obras salieron á luz en el breve espacio de tres años, y todas ellas pertenecen á la escuela de Timoneda, modificada por el ingenio de Cervantes y por el talento práclico de Salas Barbadillo.

El resultado fué un éxito verdaderamente popular, aunque por llevar la misma direccion, degeneró en monótono; de aquí nació el natural deseo de ver cosas nuevas, y como este deseo era hijo de la moda, muy pronto se vió satisfecho. Sin embargo, la nueva forma así introducida no fué un cambio radical y violento. Ensayóla el primero un célebre autor dramático que, aprovechando una ligera indicacion del *Decameron* de Bocaccio, adoptada ya por Salas Barbadillo en su *Casa del placer honesto*, sustituyó como medio de enlazar una série de novelas la máquina dramática en vez de la simple narracion, que Bocaccio y sus discípulos habian usa-

[19] Ya hablamos antes de las novelas de Lope, y dijimos cómo se les agregaron cuatro que no son suyas, y que sin embargo han sido impresas en sus obras, t. VIII.

[20] «Clavellinas de recreacion», por Ambrosio de Salazar, Ruan, 1622, 12.° Escribió algunos mas libros en castellano, aunque todos impresos en Francia, donde vivió siendo médico de la Reina. (D. Nic. Ant., «Bibl. Nov.», t. I, p. 68.)

[21] «Novelas» de Francisco de Lugo y Avila, Madrid, 1622, 8.°

[22] «Novelas amorosas», por José Camerino, Madrid, 1623 y 1736, 4.° (Ant., «Bibl. Nov.», t. II, p. 361.) El autor era italiano, como lo indican un soneto de Lope de Vega que está al frente de sus novelas, y su mismo proemio. A pesar de esta circunstancia, escribia la lengua castellana con bastante pureza, y solo peca por la afectacion de su estilo, vicio comun á muchos escritores castellanos de aquel tiempo. Su «Dama beata», novela de mas extension, se imprimió en Madrid, 1655, 4.°

do. Por fortuna coincidió esto con la aficion general que en España habia al teatro, y así es que el resultado fué feliz.

La primera vez que se observa la mudanza á que aludimos es en *Los Cigarrales de Toledo*, publicados en 1624 por Gabriel Tellez, quien, segun ya dijimos, siempre que salia del claustro para presentarse ante el público como autor profano, se disfrazaba con el seudónimo de Tirso de Molina. El libro es singular, y toma su título de una voz de orígen arábigo, y muy usada en Toledo, donde llaman *cigarrales* á ciertas casitas de campo en las cercanías de la ciudad, á que la gente acomodada se retira por diversion y durante los meses del estío. El autor supone que en una de estas casas se está celebrando una boda, en que toman parte gran número de personas de aquella vecindad, las cuales, como es consiguiente, se reunen á menudo y se convienen en hacer alternando, y cada uno en su casa, varias fiestas, juegos y regocijos, designándose de antemano por suerte la localidad y fiesta de cada dia, y la persona que la ha de dirigir, la cual ejerce allí y entonces la autoridad suprema, y es la encargada de proporcionar recreo y diversion á toda la reunion.

Los *Cigarrales de Toledo* contienen, pues, la relacion de estas fiestas, que consisten principalmente en leer ó contar cuentos, recitar poesías y representar composiciones dramáticas, así como en otros espectáculos y pasatiempos propios del sitio y de la reunion. Tienen trozos de una armonía y fluidez poco comunes en aquel tiempo; pero en general, como sucede en las descripciones y en la pobrísima invencion del *Laberinto*, adolecen del conceptismo y extravagancias de la escuela cul-

ta. El libro, sin embargo, gustó mucho, y Tirso preparó otro del mismo género, intitulado *Deleitar aprovechando*, de carácter mas severo y religioso, aunque infinitamente menos poético. Ni una ni otra obra fueron concluidas por su autor, á pesar del éxito que obtuvieron; aquella en que, segun ya dijimos, intentó describir las fiestas y diversiones de una boda por espacio de veinte dias, cesa en el quinto; y esta promete una segunda parte, que nunca llegó á ver la luz pública [23].

Muy pronto, sin embargo, aparecieron imitaciones en este género. Montalvan, que así como su maestro Lope observaba y seguia con atencion el gusto del público, imprimió en 1632 su *Para todos*, en que refiere igualmente las supuestas fiestas de varios amigos aficionados á las letras, que convienen en juntarse durante una semana, y cuya alegre reunion tiene por término una boda, al contrario de los *Cigarrales*, que empiezan con ella. Algunas de sus invenciones son cansadas de puro eruditas, y el todo de la obra no está, ni con mucho, tan bien conducido como en la de Tirso, ni tiene índole tan dramática; hay en ella novelas sueltas muy bien contadas, especialmente la intitulada *Al cabo de los años mil*. Considerado en conjunto el *Para todos*, debió gozar de bastante popularidad, pues á pesar de los ataques violentos de Quevedo, obtuvo en treinta años escasos nueve ediciones [24]. Esta misma popularidad produjo nuevos

[23] Baena, «Hijos de Madrid», t. II, p. 267. No hemos visto citada edicion alguna de los «Cigarrales de Toledo» anterior al año de 1631, y sin embargo, poseemos una de 1624, 4.°, que debe de ser la primera. Covarrubias (ad verb. Cigarral) explica la verdadera significacion de esta voz, que da muy bien á entender el mismo libro. El «Deleitar aprovechando» se reimprimió en Madrid en 1765, en dos tomos, 4.° En los «Cigarrales» prometió Tirso doce novelas con un argumento general que las enlazaba, añadiendo con chiste no *robadas* del toscano; mas nunca se imprimieron.

[24] Baena, t. III, p. 157. Tenemos á la vista la novena edicion del «Para

imitadores; en 1640 salió el *Para algunos*, de Matías de los Reyes[25], y poco despues el *Para sí*, de Juan Fernandez y Peralta[26].

Entre tanto seguia con ardor la composicion de novelas separadas: en 1624 Montalvan publicó ocho, escritas con mas gracia de la que generalmente se halla en esta clase de producciones castellanas; una de ellas, *La Desgraciada amistad*, fundada en los padecimientos de un cautivo en Argel, es de las mas bellas en punto á estilo; todas agradaron, y se imprimieron once veces en menos de treinta años[27]. Siguióle en 1628 Céspedes y

todos», Alcalá, 1661, 4.° Quevedo parece tuvo odio y mala voluntad á Montalvan, á quien llama «desecho de Lope de Vega», añadiendo que su «Para todos» es «como el coche de Alcalá á Madrid, que lleva toda clase de gentes, hasta las mas malas». Tampoco aparece el nombre de Quevedo entre los que en 1639 escribieron versos ú ofrecieron un tributo á la memoria de Montalvan, aunque son ciento y cincuenta, y entre ellos figuran todos ó casi todos los autores notables que á la sazon vivian en España. Véase «Lágrimas panegíricas en la muerte de Montalvan», 1639.

25 Además de las novelas insertas en el «Para algunos», Matías de los Reyes escribió otras. Su «Curial del Parnaso» (Madrid, 1624, 8.°), del cual tan solo publicó la primera parte, contiene algunas; tambien fué autor dramático. El «Para algunos» se imprimió en Madrid, 1640, 4.°, y no está del todo mal escrito. Baena, «Hijos», t. IV, p. 97.

26 Nunca hemos logrado ver el «Para sí», de Peralta, y solo conocemos su título por catálogos. Hay otras dos obras de esta especie mas recientes, y que pueden ser citadas en union con los anteriores. La primera es «El entretenido», de Alonso Sanchez de Tórtoles, cuya licencia de impresion es de 1671, y de la cual no hemos visto mas impresion que la de Madrid, 1729. Contiene las diversiones de una academia durante las fiestas de Navidad, una comedia, un entremés y varias poesías entremezcladas con cuestiones de historia natural, erudicion y teología; no hay en ella novela alguna, y tan solo describe diez de las catorce tardes que promete al principio. Suplió las cuatro restantes José Moraleja (Madrid, 1741, 4.°) con materiales mas amenos y entretenidos, entre ellos una novela. La otra obra es «Gustos y disgustos del Lentiscar de Cartagena», por el licenciado Ginés Campillo de Bayle (Valencia, 1689, 4.°). Toma su nombre de un sitio inmediato á Cartagena y poblado de lentiscos, y describe las diversiones y fiestas celebradas durante doce dias en una casa de campo, en obsequio de una dama que, siendo novicia, duda aun en tomar el velo; pero que desengañada al ver el término fatal de aquellas fiestas, se vuelve al convento y profesa: ninguna de ellas merece leerse. Algo mejores son las cuatro «Academias» de Jacinto Polo, describiendo igualmente las fiestas de una boda en cuatro dias («Obras», 1670, pp. 1-106), aunque su mayor parte está en verso.

27 Tradújolas al francés Rampale, y se imprimieron en Paris, 1644 (véanse Baena y Brunet); hállanse incluidas en el «Indice expurgatorio» de 1667, p. 735.

Meneses con otra série, intitulada *Historias peregrinas*[28]; Moya, que por el mismo tiempo imprimia su extravagante y rara de *Las Fantasías de un susto*, en la que refiere varios incidentes maravillosos, que, segun él dice, le pasaron por la imaginacion al dar una caida en las asperezas y precipicios de Sierra Morena[29]; y por último, Castro y Anaya, que publicó en 1632 cinco novelas con el título de *Las Auroras de Diana*, por suponerse referidas muy de mañana para entretener á Diana, dama ilustre, que despues de una larga enfermedad padecia accesos de melancolía[30].

Tambien el bello sexo entró á competir en el campo de la moda. Doña Mariana de Carvajal, escritora granadina y descendiente de las familias ducales de San Cárlos y Rivas, imprimió en 1638 ocho novelas tan agradables por el mérito de la invencion como por la sencillez del estilo, que intituló *Navidades en Madrid*, ó *Noches entretenidas*[31]; y en 1637 y 1647, doña María de Zayas, dama de la corte, publicó dos colecciones: la

28 Gonzalo de Céspedes y Meneses, «Historias peregrinas», Zaragoza, 1622, 1630 y 1647; la última en 8.° Es libro muy curioso, que comienza con un «Epítome de las excelencias de España»; la accion de cada una de las seis novelas que contiene se supone ocurrida en una de las principales ciudades de España, con cuyo motivo el autor pone al frente otro tratado de las excelencias de la ciudad en que sucedió el caso. Céspedes, tambien autor del «Español Gerardo», de que ya dimos noticia, fué, como otros muchos novelistas, hijo de Madrid.

29 Juan Martinez de Moya, «Las fantasías de un susto». Su lectura recuerda la extraña teoría de Coleridge sobre la rapidez con que una série de acontecimientos puede pasar por la imaginacion de un hombre que se está ahogando ó que se encuentra en un estado de excitacion mental; pero á pesar de su pretension de criticar las costumbres de la época vale muy poco, y está llena de malísimos versos. Reimprimióse en Madrid en 1738, 8.°

30 «Auroras de Diana», por D. Pedro de Castro y Anaya. El autor era natural de Murcia, y en dicha ciudad se hicieron ediciones de su libro en 1632, 1637 y 1640; otra se publicó en Coimbra, 1654, 8.°

31 Mariana de Carvajal y Saavedra, «Novelas entretenidas»; al fin de las ocho que contiene, ofrece segunda parte; y en efecto, en la edicion de 1728 hay dos mas, que se llaman novena y décima, aunque no las creemos suyas.

primera con el simple título de *Novelas*, y la segunda con el de *Saraos*. Cada una de estas contiene diez cuentos ó historias, enlazadas con las diversiones de varios amigos durante la Navidad, así como las danzas y fiestas de la boda de dos de ellos en los siguientes dias[32]. Tambien se intentó por este tiempo alguna variacion, aunque ligera, en el género. En dos cuentos ó novelas muy insulsas y cansadas, publicadas en 1637 con el título de *Soledades de Aurelia*, Mata trató de darle un carácter religioso[33]; y en 1641, Andrés del Castillo, en otras seis impropiamente llamadas *La Mojiganga del gusto*, procuró hacerlas mas ligeras y superficiales que las antiguas[34]. Uno y otro tuvieron imitadores. Las *Soledades de la vida*, de Lozano, que en cuatro novelas cuentan las aventuras de un ermitaño en los riscos de Monserrate, pertenecen á la primera clase, y aunque con alguna afectacion en el estilo, fueron muy elogiadas por Calderon y obtuvieron seis ediciones[35]; mientras por otra parte tenemos, entre 1625 y 1649, las festivas y algun tanto licenciosas creaciones de Castillo So-

[32] Baena, «Hijos», t. IV, p. 48. Ambas colecciones están juntas en la edicion de Madrid, 1795, 4.°; la primera de *novelas*, la segunda de *saraos*. Una de las novelas, aunque escrita por una señora de la corte, es de lo mas verde é inmodesto que me acuerdo haber leido nunca en semejantes libros; intitúlase «El Prevenido engañado», y Scarron se sirvió de ella para su «Precaution inutile», con muy ligeras modificaciones.

[33] Jerónimo Fernandez de la Mata, «Soledades de Aurelia», 1638; en la reimpresion de Madrid, 1737, 12.°, hay añadido un diálogo muy malo de Crates y su mujer Hiparca contra la ambicion y afanes mundanos, que se imprimió por primera vez en 1637.

[34] Andrés del Castillo, «La mojiganga del gusto», Zaragoza, 1641. Segunda impresion, Madrid, 1734. Está escrita en estilo culto.

[35] Cristóbal Lozano, «Soledades de la vida», sexta impresion, Barcelona, 1722, 4.° Despues de las novelas que cuenta el ermitaño, siguen en esta edicion otras seis, que aunque obra separada, son del mismo gusto y estilo. Lozano escribió «Los Reyes Nuevos de Toledo», de que ya dimos noticia; el «David perseguido» y otras obras de esta clase; nosotros al menos las creemos de la misma mano, aunque el «Indice expurgatorio» de 1790 hace autor de las «Soledades» á un Gaspar Lozano, suponiéndole diversa persona del Cristóbal Lozano.

lorzano, entre las que se distinguen como las mejores los *Alivios de Casandra* y *La Quinta de Laura*, imitaciones ambas de las *Auroras de Diana*, de Castro[36].

Del mismo modo continuó la sucesion de novelas cortas ó cuentos hasta terminar con la decadencia general de la literatura española á fines del siglo; así es que en 1641 tenemos los *Varios efetos de amor*, de Alonso de Alcalá; coleccion de cinco novelas, de las cuales puede formarse idea por la singularidad de que cada una de ellas está escrita sin una de las cinco vocales[37]; en 1645 los *Escarmientos de Jacinto*, por Villalpando, recogidos quizá de la propia experiencia, pues el autor se llamaba Jacinto[38]; en 1663 las *Meriendas del Ingenio y entretenimientos del Gusto*, de Andrés de Prado[39]; y en 1666 una coleccion de varios autores, hecha por Isidro de Robles[40], y publicada con el título de *Varios pro-*

36 De D. Alonso del Castillo Solorzano hemos hablado ya anteriormente como autor de novelas picarescas. En Nic. Ant. («Bibl. Nov.», t. I, p. 115) puede verse un catálogo de sus obras, en cuyos títulos se advierte una como série, v. gr., «Jornadas», 1626; «Tardes entretenidas», 1625, y «Noches de placer», 1631. Ninguna de estas tuvo gran éxito, ni el autor se distinguió mucho en otras que escribió, excepto en la «Garduña de Sevilla», ya mencionada. Su «Quinta de Laura» se imprimió tres veces, y sus «Alivios de Casandra», publicados ya en 1640, y que tienen alguna semejanza con el «Para todos», de Montalvan, pues son una miscelánea de comedias, poesías y seis cuentos, se tradujeron al francés y se imprimieron en Paris en 1683 y 1685.

37 Alonso de Alcalá y Herrera, «Varios efetos de amor», Lisboa, 1641, 8.° El autor era portugués, aunque oriundo de España, y escribió el castellano con pureza, así como su lengua nativa. (Barbosa, «Bibl. Lus.», folio, t. I. p. 26.) Clemencin cita estas novelas de Alcalá como prueba de la riqueza de la lengua castellana. (Edic. del «Quijote», t. IV, p. 286.) Otra novela hay que introdujo Guevara, en su «Diablo Cojuelo» (Madrid, 1733, 8.°), intitulada «Los tres hermanos», escrita tambien sin la letra *a*; y en 1654 Fernando Jacinto de Zárate publicó una amorosa muy insulsa, llamada «Méritos disponen premios», discurso lírico, omitiendo la misma vocal; pero en esta clase las cinco de Alcalá son las mejores.

38 Jacinto de Villalpando, «Escarmientos de Jacinto», Zaragoza, 1645; fué marqués de Osera, y publicó otras obras en los diez años siguientes á la aparicion de su «Jacinto», entre ellas una con el nombre de «Fabio Clymente».

39 «Meriendas del Ingenio y entretenimientos del Gusto», Zaragoza, 1663, 8.°, contiene seis novelas.

40 Isidro de Robles recogió los «Va-

digios de amor. Todas, como lo indican sus respectivos títulos, pertenecen á una misma escuela; y aunque no deja de notarse cierta variedad en el gusto, pues las hay jocosas, sentimentales, algunas cuya escena es en Italia, otras en España y hasta en Argel, como el objeto principal de todas sea la diversion y el solaz, pueden reunirse en un grupo y calificarse en general como de escaso mérito, advirtiéndose en ellas inferioridad progresiva á medida que se acerca la época en que el género cesó enteramente en España.

Pero hay en este ramo de la literatura española otra variedad tan diversa de las demás, que es forzoso mencionarla: hablamos de la novela llamada vulgarmente alegórica y satírica, la cual se formulaba ordinariamente con el título de *vision* ó *sueño*. Su orígen y principio puede buscarse en los mordaces y atrevidos *Sueños de Quevedo*, y su principal modelo en este género, y el que mas merece notarse, es el *Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, publicado en 1641. Es una novela de corta extension, cuyo argumento es el siguiente: un estudiante saca al diablo de la redoma en que un mágico le tenia aprisionado; agradecido el diablo á tamaño servicio, lleva á su libertador volando por los aires, y levantando en obsequio suyo los tejados de las casas de Madrid en medio de la quietud y silencio de la noche, le presenta y expone á su vista los secretos que aquellas encierran. La novela está dividida en diez *trancos*, por suponer su autor que despues de vista la capital de la

rios efetos de amor» (Madrid, 1666, 4.º), y los reimprimió con las cinco novelas de Alcalá ya mencionadas, en 1709, 1719 y 1760, reuniendo en todo once novelas, y añadiendo al fin tres «sucesos» mas, todo con el título general de «Varios prodigios de amor».

monarquía, el estudiante y el diablo van recorriendo á trancos ó saltos la España toda, á fin de sorprender á las víctimas de su burla. Es enteramente satírica, y tiene trozos felicísimos; entre ellos los relativos á la vida y costumbres de la corte, las de los pícaros y truhanes y las de los literatos en las grandes poblaciones de Castilla y Andalucía; pero tambien es preciso confesar que los mejores pasajes están desfigurados por el mal gusto de la época. Sin embargo, considerada en conjunto, la ficcion es á un tiempo ingeniosa y divertida, en partes alegórica, y en otras una crítica sangrienta de las costumbres de aquel tiempo; cualidades que hacen de ella una de las sátiras en prosa mas animadas y picantes de la literatura moderna, así en su original como en la nueva forma que la dió Lesage, cuyo *rifacimento* con el mismo título ha llevado el nombre de Guevara á do quiera que se estiman y aprecian las letras[41].

Pero antes que apareciese el *Diablo Cojuelo* ya Jacinto Polo habia escrito su *Hospital de incurables*, imitacion débil de Quevedo, y en 1640 publicado, aunque con otro nombre, su *Universidad de Amor y escuela del Interés*, sátira contra los matrimonios interesados. Para ello finge una vision de la *Universidad de Amor*, en la que las mujeres son educadas en intrigas y enredos, y en la que cada una recibe despues el correspondiente grado aca-

[41] Antonio («Bibl. Nov.», t. II, página 68), y Montalvan (en el catálogo de su «Para todos», 1661, p. 545) hablan de Guevara como de uno de los autores dramáticos mas distinguidos y favorecidos de su tiempo, y como tal hemos ya tratado de él. El «Diablo Cojuelo» tuvo muchas ediciones en España, siendo la primera la de 1641. Lesage publicó el suyo en 1707, tomándole casi todo de Guevara; diez y nueve años despues le reimprimió muy aumentado con otras novelas españolas, tomadas de Francisco Santos y otros, mezclando algun tanto de la vida escandalosa de Paris. Entre tanto el «Diablo Cojuelo» habia pasado al teatro, en el que, como en su forma primitiva, hizo fortuna.

démico, segun sus estudios y aprovechamiento[42]. La alegoría está en general mal dispuesta y llena de detestables equívocos y malísimos versos; pero hay en ella un trozo que caracteriza de tal manera el ingenio español en esta clase de ficciones, que debe citarse como muestra del género á que pertenece[43].

Tambien siguió el ejemplo de Quevedo, Márcos García, quien en 1657 publicó su *Flema de Pedro Hernandez*, personaje popular, aunque imaginario, cuyos brazos, segun el refran español, se le caian de puro descuido é indolencia. Figura la obra un sueño en que salen mozas de servicio que pasan la vida sisando, estudiantes traviesos que se preparan á ser matasanos ó gente de curia, soldados despilfarrados y fanfarrones, y otros tipos de sociedad, cuyo carácter contrasta singularmente con el de aquellas personas pacíficas y honradas que dejándose llevar del corriente de la vida, llegan á figurar sin esfuerzos ni pretensiones y hasta sin saberlo; la alegoría es pobre, pero hay en ella cuadros muy bien imaginados[44].

[42] «Universidad de Amor y escuela del Interés: verdades soñadas ó sueño verdadero». La primera parte salió á luz con el nombre de Antolinez de Piedrabuena, y la segunda con el del bachiller Gaston Daliso de Orozco; mas despues se reimprimieron ambas entre las obras de Salvador Jacinto Polo, y además las dos novelas reunidas en un tomito por separado (1664, 12.°, de sesenta y tres hojas), y con ellas algunas poesías del autor.

[43] Es el que empieza «Aquella niña que allí ves», y se halla al fol. 21 vuelto de la edic. de 1640.

[44] Márcos García, «La flema de Pedro Hernandez», discurso moral y político, Madrid, 1657, 8.° El autor era cirujano en Madrid, y escribió además el «Honor de la medicina» y otro papelillo sin nombre, de que habla en su prólogo Ant. («Bibl. Nov.», t. II, p. 83). Al principio de la «Flema» confiesa querer imitar á Quevedo, pero su estilo es demasiado culto. Tambien pudiéramos citar aquí otro juguete intitulado «Desengaño del hombre en el tribunal de la Fortuna, y casa de descontentos», ideado por D. Juan Martinez de Cuellar, 1663. Es una vision en que el autor va á casa del «Desengaño»; pasa luego al palacio y tribunal de la Fortuna, y allí se desengaña de sus errores respecto á las felicidades mundanas. La ficcion vale poco, y el estilo es el de la escuela de Góngora. Aun pudiera citarse otro ejemplo patente de «gongorismo» en

El escritor mas feliz en este género de composicion á fines del siglo XVII, y que tambien se distinguió como autor de otra especie de novelas, fué sin duda alguna Francisco Santos, natural de Madrid, quien murió muy cerca ya del año 1700. Entre 1663 y 1697 dió á luz diez y seis tomos de obras varias, destinadas todas al entretenimiento del pueblo, generalmente cortas, si bien algunas de ellas llenas de alegorías y discursos morales cansados y molestos [45]. Su primera obra, intitulada *Dia y noche de Madrid*, aunque puramente de costumbres, está dividida en diez y ocho partes, que el autor denominó *discursos*. Comienza, como la mayor parte de las novelas españolas de su género, con cierta pompa y aparato, describiendo en la primera escena con escrupulosa exactitud la entrada en Madrid de trescientos cautivos que marchan en procesion alabando á Dios y regocijándose de verse libres de las cadenas de Argel. Uno de ellos, el protagonista, tropieza acaso con un mozo agudo y dispierto, aunque no sobradamente honrado, llamado Juanillo, el cual habiendo empezado la vida como mendigo, ha llegado con sus artes y mañas á ser donado de un convento. Este, pues, se ofrece á enseñarle todo Madrid, á servirle siempre de guia y á ponerle al corriente de los enredos de la corte. Algunas de las anécdotas y descripciones introducidas con este motivo respiran vida y verdad, como aquella en que pinta las cárceles, casas de juego y hospitales, y principal-

la novela intitulada «Firmeza en los imposibles y fineza en los desprecios», de D. Baltasar Altamirano y Portocarrero (Zaragoza, 1646, 8.º), cuyo argumento estriba principalmente en el coquetismo de la heroína y la firme constancia del amante, que desesperado, se hace matar en una batalla naval contra franceses.

[45] Baena, «Hijos de Madrid», t. II, p. 216. Hay una edicion completa, aunque mala, de las obras de Santos; cuatro tomos, 4.º, Madrid, 1723.

mente la relacion de la moza que encontrándose con un pobre hombre en una corrida de toros, le engaña y le pela hasta el punto de enviarle á media noche sin un maravedí á su casa, donde su infeliz esposa é hijos le esperan desde el amanecer, aguardando les traiga el necesario sustento. Este tomito, del cual Lesage se aprovechó á manos llenas y sin escrúpulo,. concluye con la relacion que el cautivo hace de sus propias aventuras en Italia, España y Argel, referidas en entonacion nacional, con vigor y fluidez [46].

Otra de estas colecciones de cuentos y bosquejos, intitulada *Periquillo de las gallineras*, aunque no tan bien escrita como la anterior, tiene, sin embargo, bastante mérito en la parte narrativa: refiere la historia de un expósito que despues de la ruina y fallecimiento del compasivo matrimonio que le recogió en un portal una madrugada de Navidad, comienza sus aventuras sirviendo de lazarillo á un ciego. Desde este estado, que en las novelas españolas se considera siempre como el último de la sociedad, pasa á servir de criado á un caballero, que resulta ser un ladron misterioso; escápase el muchacho, y cae en peores manos aun, hasta que por último es preso en circunstancias que recuerdan la historia de D.ª Mencía en el *Gil Blas*. Periquillo, con todo, vindica su inocencia, y libre ya de las garras de la justicia, vuelve, cansado del mundo, al pueblo de su naturaleza, donde hace una vida ascética, dirigiendo largas y pedantescas pláticas sobre la virtud á sus paisanos admirados. Es, en efecto, una especie de filósofo humilde, que cada dia va haciéndose mas y mas devoto, hasta el punto de

[46] «Dia y noche en Madrid», discursos de lo mas notable que en él pasa; Madrid, 1663, 8.° Hay además ediciones de 1708, 1734, etc.

concluir su historia con una oracion. La novela en conjunto es interesante entre las obras de ficcion españolas, por estar escrita evidentemente á imitacion de las novelas picarescas, y con la intencion al mismo tiempo de atacarlas, para lo cual el autor hace que Periquillo medre, no ya por medio de trampas y picardías, sino en fuerza de su honradez y hombría de bien; y así, en vez de elevarle á la opulencia y al gran mundo, le hace retirarse á una ermita en el campo, convirtiéndole en un Diógenes cristiano. No tiene, ni con mucho, la sagacidad y agudeza del *Lazarillo de Tórmes*, pero solo el hecho de atreverse á entrar en parangon con él hace de Periquillo un personaje de alguna importancia [47].

Tambien merece particular mencion otra novela alegórica de Santos, intitulada *La verdad en el potro y el Cid resucitado;* su argumento es representar á la verdad en figura de una mujer hermosa, á quien ponen en un potro rodeada del Cid y de otras figuras que surgen de la tierra y cercan el cadalso en que la van á dar tormento. Oblíganla allí sus verdugos á que cuente las cosas como realmente suceden y han sucedido, y á que trate de varios personajes, pueblos y corporaciones que á vista de ella y de los que la rodean pasan por un puente, al parecer, muy estrecho. Es una vision ó sueño satírico, bien sostenido desde su principio hasta el fin. El Cid está representado, segun la tradicion y la historia, franco, resuelto y hasta rudo; muéstrase muy disgustado de cuanto ve y oye, sobre todo de las tradiciones y romances que corren respecto á él; y vuelve al sepulcro satisfecho, diciendo: «Quédate, Verdad, en este mundo,

[47] «Periquillo el de las gallineras», Madrid, 1668, 8.º Toma este nombre por suponer el autor que, siendo niño, cuidaba de un gallinero.

»que aunque me le dieran para vivirle, no lo hiciera [48].»

Otras obras de Santos, como *El Diablo anda suelto* y *El Vivo y el Difunto*, pertenecen al mismo género alegórico [49]; y mas aun sus *Tarascas de Madrid* [50], y sus *Gigantones* [51], las cuales le fueron inspiradas sin duda por las monstruosas y ridículas figuras que salian en las procesiones ánuas del Corpus, para diversion y espanto de la multitud. La interpretacion satírica que Santos les da es que cada dia se ven en Madrid mónstruos mas dañinos y perjudiciales que las tarascas, como lo puede advertir todo el que pare la atencion y vea el vicio y el pecado paseándose por las calles de la capital. Pero si bien esta clase de sátiras gustó mucho á su aparicion, dejaron despues de agradar, ya por contener muchas alusiones á circunstancias locales exclusivamente reservadas á la curiosidad de los eruditos y anticuarios, ya por retratar una sociedad y costumbres que casi han desaparecido sin dejar vestigio alguno.

48 «La verdad en el potro y el Cid resucitado», Madrid, 1679 y 1686, 8.° Los romances citados é insertos en este tomo, así como algunos cantares relativos al Cid, no se hallan en ningun romancero, lo cual no deja de ser notable; así, pues, uno de ellos sobre el insulto hecho á su padre, que empieza :

Diego Laynez, el padre
De Rodrigo el castellano,
Cuidando en la mengua grande
Hecha á un hombre de grado,

edic. de 1666, p. 9, es muy diferente del que traen los romanceros. Lo mismo sucede con otro á la muerte del conde Lozano (página 33), y con otro sobre el insulto del Cid al Papa en Roma (p 105). Al oir cantar este último en las calles, el Cid de la novela exclama irritado: «¿Yo habia de tener tal atrevimiento? Yo, á quien Dios crió castellano, yo me habia de atrever al pastor de la Iglesia? Yo, castellano, habia de tratar así al Supremo, habia de hacer tal desacato? Por S. Pedro y S. Pablo y por S. Lázaro, que me hablaron y comunicaron siendo vivo, que mientes, vil cantor.» Otros romances podrian sacarse de este tomo, y añadirse al «Romancero del Cid» (Keller, Stuttgard, 1840), que es el mas completo de todos.

49 «El diablo anda suelto» (Madrid, 1677) y «El vivo y el difunto» (1692), ficciones ambas muy curiosas.

50 «Las Tarascas de Madrid y tribunal espantoso», Madrid, 1664, Valencia, 1694, etc. «La Tarasca de parto en el meson del infierno, y dias de fiesta por la noche», Madrid, 1674, Valencia, 1694. Tambien son interesantes por las anécdotas y pinturas que contienen, y las noticias que dan del drama popular religioso.

51 «Los gigantones de Madrid por de fuera», Madrid, 1666, 8.°

Santos es el último escritor de cuentos españoles anterior al siglo XVIII que merezca particular exámen[52]; y aunque es grande el número de los que hemos citado para la época que los abraza, todavía podriamos añadir algunos mas : de ellos están llenas las novelas pastoriles, comenzando por la de Montemayor. La *Galatea* de Cervantes, y la *Arcadia* de Lope de Vega, no son otra cosa que séries de cuentos enlazados artificiosamente con uno general que los comprende á todos; otro tanto puede decirse, hasta cierto punto, ya de las ficciones picarescas, como el *Guzman de Alfarache* y el *Márcos de Obregon;* ya de las graves, como las *Guerras civiles de Granada* y el *Gerardo español.* Tambien el drama popular se aproxima á este género, como se ha podido ver en Timoneda, cuyas historias, antes de aparecer en forma de novelas, se habian ya presentado al público por medio de farsas groseras y rudas en plazas y calles; y en Cervantes, quien no solo insertó su novela del *Cautivo* en el *Quijote* y en su segunda comedia de *La Vida de Argel*, sino que trató el mismo asunto en su *Amante liberal*, novela tomada casi enteramente de su primera comedia. En efecto, durante el período que hemos recorrido España abunda en este género de ficciones, habiéndose escrito en gran número, é introducido su manera y estilo, eminentemente populares, en obras de igual clase, aunque mas extensas, llevándose hasta el teatro con una libertad y franqueza desconocida en otras partes[53].

[52] Las novelas y cuentos españoles de mediados y fines del siglo XVII están plagadas de culteranismo, quizá mas que ningun otro ramo de la literatura española; al fin del siglo no hay siquiera un libro de su clase que esté exento de este vicio.

[53] La Italia es el único país que pueda competir con España en el ramo de novelas y cuentos durante los siglos XVI y XVII; y casi me atreveria á asegurar que en poco mas de un siglo que duró en España la aficion á estos libros, el ingenio español produjo tan-

Pero la circunstancia mas digna de atencion en la historia de la ficcion romántica en España es su temprano nacimiento y su muerte tambien temprana. El *Amadís* llenaba con su fama al mundo entero cuando aun no se habia oido hablar de ningun otro libro de caballerías en prosa española, y lo mas singular es que siendo el mas antiguo, es aun considerado como el mejor de su clase en todos los idiomas. Por otra parte, el libro que acabó con el mismo *Amadís* y con todos sus compañeros es el *Don Quijote*, el mas antiguo y el mejor entre los de su género, leido y admirado á porfía en nuestros tiempos por millares de personas que nada saben de los enemigos fantásticos á quienes destruyó, sino lo que su autor mismo quiso decirles. El *Conde Lucanor* precede de cincuenta años al *Decameron*. La *Diana* de Montemayor eclipsó muy pronto la gloria y popularidad de su prototipo italiano, y durante algun tiempo brilló sin rival temible en toda Europa. Las novelas del gusto *picaresco*, producto exclusivamente español, y otra multitud de ellas no menos nacionales en la forma y en el fondo, no perdieron nunca su fisonomía española, conservándola casi intacta hasta en las imitaciones extranjeras mas felices. Reunidas todas estas ficciones, su número es gran-

tos casi como el italiano durante los cuatro y medio que en Italia se cultivó el género. Si, pues, á los innumerables cuentos y novelas españolas, ya impresas en colecciones separadas, ya insertas incidentalmente en otros libros, añadimos las innumerables que comprende el drama (materia en la que los italianos son comparativamente muy pobres), apenas puede caber duda de que el número de ficciones españolas sea infinitamente mayor que el de las italianas, aunque si hubiera de decidirse la cuestion por el descarnado é imperfecto catálogo de novelas españolas que trae la «Biblioteca» de D. Nicolás Antonio, comparado con la admirable y completa «Bibliografía delle novelle italiane», de Gamba, el resultado seria muy diferente; si bien tratándose de *novelle italiane*, es preciso advertir que hasta época muy reciente toda la fuerza, riqueza y vigor de la ficcion romántica en Italia se tomó del teatro y de los antiguos cuentos, refundidos en esta especie de novelas cortas.

de, y tanto, que quizá pueda calificarse de inmenso. Pero lo mas notable es, no ya su multitud, sino el haberse escrito á la sazon que la Europa toda, excepto una parte muy pequeña y privilegiada de la Italia, no habia aun dado muestra alguna de ingenio; antes que Madama de Lafayette publicase su *Zayde*, antes tambien que apareciesen la *Arcadia* de Sidney, la *Astrea* de d'Urfé, el *Cid* de Corneille, y el *Gil Blas* de Lesage. En una palabra, ya estaba la novela española en el apogeo de su gloria cuando el Hotel Rambouillet ejercia una autoridad casi despótica sobre el gusto francés, y cuando Hardy, siguiendo las indicaciones de un público caprichoso y el ejemplo de sus rivales, no hallaba mejor medio de complacer al primero que presentar en el teatro de Paris casi todas las novelas de Cervantes y las de muchos de sus rivales y contemporáneos[54].

Pero desde este momento la civilizacion y las luces avanzaron con la mayor rapidez en el resto de Europa, mientras que en España quedaron estacionarias; en vez de trasmitir su influencia á Francia, Madrid comenzó á sentir el predominio y autoridad de la literatura y costumbres francesas, resultando naturalmente de este cambio que desapareció de las ficciones españolas el espíritu creador, ocupando su puesto, como lo verémos mas adelante, el espíritu servil de imitacion francesa.

54 Puybusque, «Histoire comparée», t. II, cap. 3.

CAPITULO XXXVII.

Elocuencia forense y del púlpito — Fr. Luis de Leon. — Fr. Luis de Granada. — Paravicino y su escuela. — El mal gusto. — Correspondencia epistolar. — Zurita. — Perez. — Santa Teresa. — Argensola. — Lope de Vega. — Quevedo. — Cascales. — Antonio. — Solis.

Apenas hallamos en España la elocuencia forense ó de discusion; el estado de las cosas públicas, las instituciones políticas y eclesiásticas del país, y estamos por decir hasta el carácter mismo de sus habitantes, se oponian al desarrollo de una planta que solo florece en el suelo de la libertad.

Los tribunales españoles de los siglos XV y XVI, ya administrando justicia en la forma ordinaria, ya con los sombríos y misteriosos procedimientos de la Inquisicion, dieron á la elocuencia mucho menos campo del que tuvo en los demás países de la cristiandad, puesto que á los medios de persuasion preferian casi siempre el potro y la hoguera. Tampoco halló aquella mejor acogida en las asambleas políticas del reino, si bien en estas no penetraron los formidables instrumentos empleados en los tribunales de justicia. Es probable que en las antiguas Cortes de Castilla, y mas aun en las de Aragon, se suscitasen á menudo animadas discusiones en las que brillaria hasta cierto punto la elocuencia parlamentaria de

nuestros dias; y en efecto, encuéntranse rastros de ella en las crónicas, sobre todo en la época agitada de Juan II y Enrique IV, en que una nobleza turbulenta hacia temblar hasta sus cimientos el trono de Castilla. Pero ni la discusion libre y animada de los intereses políticos, ni el exámen de la conducta observada por los encargados de dirigir los negocios públicos, principios ambos que conmovieron las asambleas populares de la antigüedad y que en los tiempos modernos han cambiado enteramente los destinos de los pueblos, fueron completamente conocidos en España. Hasta la misma discusion grave y monótona de los negocios públicos y de la justicia civil era rara y casual; nadie se educaba para ella, y una vez empezada, no conducia á ninguno de los grandes resultados prácticos que son hoy dia su recompensa y que la hacen necesaria y aun indispensable para bien de las instituciones de un estado; porque toda discusion promovida en las asambleas populares de los primeros tiempos de la monarquía debia en cierto modo ser estéril por el grande atraso en que se hallaban á la sazon la civilizacion y la lengua; y mas tarde, desde el reinado de los Reyes Católicos y la época de las comunidades, las Cortes fueron poco á poco perdiendo sus privilegios y prerogativas, hasta convertirse en una mera ceremonia y simple recuerdo y promulgacion de las leyes que debieran haber discutido y formulado. Difícil era, pues, que en semejante situacion floreciese en España la elocuencia política, y aun cuando hubiera aparecido, los Felipes la hubieran tratado como trataron al luteranismo.

Las mismas causas, aunque por distinto camino, se opusieron al desarrollo de la elocuencia sagrada. El catolicismo en España ha conservado el carácter que tuvo

en los siglos medios mucho mas tiempo que en ningun otro país de Europa. La religion ha sido allí un conjunto de misterios, formas y penitencias, de manera que rara vez, y nunca con gran éxito, se han empleado aquellos medios de mover el entendimiento y el corazon que se usaron en Francia é Inglaterra desde mediados del siglo XVII.

Si alguna excepcion cabe en principio general, es la que ofrecen Fr. Luis de Leon y Fr. Luis de Granada. Hemos hablado ya del primero, que aunque no imprimió sermon alguno, insertó en sus obras, y especialmente en los *Nombres de Cristo* y en la *Perfecta casada*, largos discursos declamatorios, precedidos las mas veces de un texto, y divididos en puntos; circunstancias que nos autorizan á calificarlos de sermones. Impresos en 1584, pueden considerarse como los primeros ensayos de la elocuencia sagrada en España, ya que no predicables, dignos al menos de atencion por su gran mérito[1].

El caso de Fr. Luis de Leon hace aun mas á nuestro propósito. Era este hombre notabilísimo general de la órden de Predicadores, de manera que su misma profesion y el puesto que ocupaba le llevaron naturalmente al estudio de la elocuencia del púlpito; pero además de esto tenia una inclinacion decidida y gran facilidad para improvisar sermones, llenos, segun refieren sus contemporáneos, de uncion y de energía. En 1576 publicó un tratado latino sobre la elocuencia sagrada, y en 1595, despues de su muerte, sus amigos imprimieron catorce discursos graves, añadidos á los que él mis-

[1] La muestra mas singular, y quizá mas bella, de este escritor está en el libro primero de los «Nombres de Cristo», y es sobre el texto de Isaías, XI, 6, «Padre eterno».

mo habia dado á luz en vida, en los cuales no solo ilustró y esforzó los preceptos que inculcaba, sino que alcanzó con ellos el primer puesto en un ramo de literatura á que habia consagrado gran parte de su existencia.

Es su estilo vigoroso y flúido, algun tanto místico, efecto de su propia organizacion y tendencias, y mas declamatorio de lo que corresponde al carácter solemne y grave de la materia; pero sus sermones están escritos con gran pureza de lenguaje, y respiran el espíritu religioso de la época y del país. Muy difícil, por cierto, seria hallar un trozo de elocuencia española comparable al de Fr. Luis de Granada cuando describe la resurreccion del Salvador, pintando luego su bajada al infierno á libertar las almas de los justos que habian muerto antes de cumplirse el sacrificio; doctrina de la Iglesia católica susceptible del mayor ornato poético, y que desde los tiempos del Dante se ha presentado siempre llena de pompa, magnificencia y solemnidad[2].

Comenzado el siglo XVII, el estilo afectado de Góngora y los conceptismos de la escuela de Ledesma penetraron en los templos, y particularmente en los de Madrid. Nadie obedeció tan sumisamente á los preceptos de la moda como los mismos predicadores de la corte y de la villa, infectándose sus discursos con las nuevas doctrinas literarias. Hallábase entonces al frente de estos el

[2] Hállanse noticias de Fr. Luis de Granada en Antonio y en el prólogo á la «Guia de pecadores», Madrid, 1781, dos tomos, 8.° Su tratado sobre la elocuencia sagrada, intitulado «Rhetoricæ ecclesiasticæ, sive de ratione concionandi, Libri sex», fué muy apreciado en otros países. Una edicion de Colonia, 1611, 8.°, ocupa quinientas páginas de letra muy metida. Es de notar que, además del sermon de la Resurreccion, que hemos citado, una de sus mejores meditaciones, la «De la alegría de los santos padres», trata el mismo asunto. Nació en Granada en 1504, y murió en 1588.

P. Fr. Hortensio Paravicino, tambien poeta y secuaz de Góngora, aunque hombre de ingenio, de distinguido nacimiento y cortesano; fué desde 1616 y durante veinte años predicador de los reyes Felipe III y Felipe IV, y gozó en este concepto de una reputacion inaudita[3]; como era natural, tuvo muchos imitadores, y cada uno de ellos trató por su parte de proporcionarse un escogido auditorio de gente á la moda, organizado sistemática y regularmente, y de cuya reunion y colocacion cuidaban los mismos apasionados y admiradores del predicador, y principalmente aquellos que por sus relaciones eclesiásticas tenian especial interés en que sus amigos se luciesen. Estas masas difundian luego la fama del orador sagrado, valiéndose de diferentes recursos y repitiendo los pasajes mas estudiados y artificiosos, siendo el resultado inmediato de tales maniobras el desaparecer del púlpito español la dignidad y el decoro religioso, y llegando la elocuencia á formularse exclusivamente ó en eruditas discusiones, las mas veces en latin, dirigidas á corporaciones eclesiásticas, ó en pláticas improvisadas á las clases bajas en tono vehemente y popular, aunque ásperas y rudas, y por lo tanto ajenas de la majestad é importancia del asunto[4].

[3] Cuando Paravicino se hallaba en su mayor auge salió á luz en Madrid un modesto tratado de la elocuencia del púlpito con relacion principalmente á su carácter sagrado, en el cual el «cultismo» de aquella época es tratado con la mayor severidad, y considerado como efecto de la vanidad personal de los predicadores que lo empleaban. Véase «Sumulas» de predicacion evangélica, por el padre maestro Juan Rodriguez, Sevilla, 1640, 4.°, c. x.

[4] En cuanto á Paravicino y su escuela véase á Sedano («Parnaso español», t. v, p. xlviij), Baena («Hijos de Madrid», t. II, p. 389) y Antonio («Bibl. Nov.», t. I, p. 612), quien habla como testigo de vista que le oyó y presenció el efecto de su elocuencia. Figueroa, en su «Pasajero», dice lo contrario y ataca con dureza á los predicadores y auditorios de Madrid. Sin embargo, el hecho singular de que Capmany, en su excelente obra sobre la elocuencia española, que consta de cinco tomos, no pudo hallar en todo el siglo XVII ningun escritor notable en

Poco es lo que se encuentra en la correspondencia epistolar española que sea digno de particular mencion como parte de la amena literatura. Verdad es que la naturalidad y abandono de los antiguos tiempos dan un encanto indecible á cartas como las que se suponen escritas por el bachiller Cibdàreal, y que casi puede decirse lo mismo de las de Fernando del Pulgar y Diego de Valera. Algun tiempo despues las que escribió Colon anunciando su importante descubrimiento en el Nuevo Mundo se distinguen por el ferviente entusiasmo que tan colosal empresa debia naturalmente inspirar á aquel grande hombre; al paso que las de la Reina Católica, su ilustre protectora, aunque pocas y de menos interés, son casi tan características y tan llenas de nobleza y claridad.

Mas todo esto cambió luego con la majestuosa corte y rígida etiqueta de Cárlos V. Formas nuevas y una gravedad mas enfática aun que la nacional penetraron en el trato de la vida comun, y corrompieron hasta el estilo de la correspondencia meramente familiar. La naturalidad desapareció de las cartas de los mas íntimos amigos, y los sentimientos mas tiernos y afectuosos dejaron de expresarse ó se pintaron cubiertos con un velo ficticio que impedia reconocerlos. Así es que la obra de este género mas estimada en su tiempo y un siglo despues, las cartas de Guevara, calificadas con el nombre de « Epístolas de oro », no son mas que disertaciones

materia forense ó de oratoria sagrada dig o de figurar en sus páginas, teniendo precisamente que recurrir á la prosa elocuente histórica ó filosófica, ó á la moral y ascética, hace ver de un modo inequívoco la falta absoluta de verdadera elocuencia española en el sentido que comunmente se da á esta palabra; otro tanto puede decirse de su «Filosofía de la elocuencia». Madrid, 1786-1794, cinco tomos 8.° Capmany nació en Barcelona en 1743, y murió en 1813. Véase el opúsculo intitulado «Fallecimiento de Don Antonio Capmany y Montpalau», Madrid, 1814.

llenas de gravedad y rigidez, y las de Avila, verdaderos sermones con que movia á penitencia los corazones de sus compatriotas, ansiosos de escucharle y de leerle [5].

Debemos, empero, exceptuar de esta calificacion una buena parte de la correspondencia del cronista Jerónimo Zurita, que se extiende durante los treinta últimos años de su vida, y concluye poco antes de su muerte, en 1582, presentando un cuadro de la vida activa y laboriosa de un hombre dedicado exclusivamente al estudio y relacionado con toda especie de gentes, desde los ministros y altos eclesiásticos hasta las personas que no tenian mas distincion que su misma aficion á las letras. Las cartas son muchas, pues no bajan de doscientas, y están escritas en su mayor parte al erudito arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustin, hombre eminentísimo y muy versado en la legislacion é historia de su patria; pero las mas interesantes son las del mismo Zurita, las de su amigo Ambrosio de Morales, las del historiador y político D. Diego de Mendoza, las del anticuario Argote de Molina y las del comendador griego Fernan Nuñez. Todas tienen el sello propio del genio y carácter de sus respectivos autores, y reunidas en coleccion ofrecen la pintura mas exacta de la vida doméstica de los literatos españoles en el siglo XVI [6].

[5] Ya antes hemos hablado de todos y cada uno de estos escritores. En cuanto á las cartas de la Reina Católica, publicadas por Clemencin al fin de su Elogio («Memorias de la real Academia de la Historia», t. VI), están dirigidas á su confesor Fr. Hernando de Talavera, y manifiestan muy á las claras su gran prudencia, así como su sumision á la influencia eclesiástica. (Véanse páginas 351-383.) Algunas cartas á Colon, en que se descubre su espíritu mas bien que el de su esposo, aunque firmadas por ambos, se hallan en Navarrete. («Viajes», etc., t. II.)

[6] La correspondencia de Zurita y sus amigos se encuentra en los «Progresos de la historia en el reino de Aragon», por Diego Josef Dormer (Zaragoza, 1680, folio), y sobre todo entre las pp. 362-563.

Pero la principal excepcion que puede y debe hacerse en favor de la correspondencia epistolar española es la que ofrece el célebre Antonio Perez, secretario de Felipe II, y durante algun tiempo su ministro y favorito. Su padre, que cultivó la literatura clásica y tradujo al castellano la *Ulyxea*[7], sirvió por mucho tiempo al Emperador, de manera que el jóven Antonio heredó parte de su favor en la corte, que tanto importaba á la sazon, aunque la principal causa de su elevacion debió ser su propio talento y el genio despierto é intrigante que desde sus primeros años descubrió. En 1578, de órden de su amo, preparó y dispuso sin gran repugnancia el asesinato de Juan de Escovedo, criado y confidente del famoso D. Juan de Austria, cuya levantada y alta influencia se pretendia así cortar, y este crímen, perpetrado á consecuencia de las relaciones oficiales del secretario y del monarca, elevó al primero al mayor favor.

Mas no pasó mucho tiempo sin que el criminal agente de tamaña venganza se hiciese tan repugnante á su amo como lo habia sido la víctima. Siguióse luego un cambio en sus relaciones oficiales, producido por el Rey, hombre poco escrupuloso, aunque sagaz y enérgico. Al principio Felipe permitió que Perez fuese perseguido por los parientes del muerto, y despues él mismo tomó parte en la persecucion, si bien ocultando la causa que le

[7] «La Ulyxea de Homero», etc., por Gonzalo Perez (Venecia, 1553, 12.º), está escrita en verso suelto; pero la edicion á que nos referimos no tiene mas que los trece libros primeros y la dedicatoria al príncipe D. Felipe, cuyo secretario era á la sazon Gonzalo Perez, como despues lo fué su hijo del mismo príncipe, ya rey. Concluida su traduccion, la imprimió completa, dedicándola de nuevo al rey Don Felipe (Ambéres, 1556, 12.º), corrigiendo y enmendando mucho la primera parte. Lope de Vega («Dorotea», acto IV, escena 3.ª) alaba la traduccion, que sin embargo revela poco el espíritu del original; defecto propio de todas las traducciones de clásicos hechas en España en el siglo XVI.

hacia obrar así, y buscando pretextos plausibles. Once años sufrió el infeliz cortesano de vigilancia, vejaciones y prisiones en Madrid, y una vez se sabe que padeció tormento. No pudiendo resistir por mas tiempo á tan duros tratamientos, huyó á Aragon, de donde era natural, y cuya constitucion política le daba mas medios de defensa y le ponia fuera del alcance de secretas persecuciones. Mucho sorprendió á Felipe este paso, que parece destruyó por un instante sus tenebrosas maquinaciones; pero sus recursos eran vastos y superiores al conflicto. Continuó persiguiendo á Antonio Perez en Zaragoza, y viendo que las vias ordinarias de justicia no se ajustaban bien á la pronta satisfaccion de su venganza, dispuso que la Inquisicion se apoderase de su víctima, bajo el pretexto de una acusacion absurda de herejía. Este hecho, que en la forma con que Felipe se vió obligado á llevarlo á cabo era un quebrantamiento de los antiguos fueros y privilegios del reino, suscitó una conmocion popular; el pueblo se pronunció en abierta rebelion, y sacó á Perez de la cárcel; resultado que quizá el Rey habia previsto y que no le era del todo desagradable. Inmediatamente mandó tropas á Aragon en número bastante, no solo para hacer inútil toda resistencia, sino para llenar de terror y espanto á cuantos en adelante se atreviesen á contradecirle en lo mas mínimo, consiguiendo de este modo henchir las arcas del tesoro con pingües confiscaciones, hacer que la Inquisicion condenase á pena capital á sesenta y ocho personas de las mas ilustres y distinguidas, y echar por tierra lo que aun quedaba de las antiguas libertades y fueros del país.

Entre tanto Antonio Perez huia secretamente de Za-

ragoza, del mismo modo que antes habia huido de Madrid, y atravesando el Pirineo disfrazado de pastor, buscaba un asilo en Bearne, donde á la sazon tenia su pequeña corte Catalina de Borbon, hermana de Enrique IV. Razones políticas le proporcionaron favorable acogida, tanto allí como en Francia, donde despues pasó la mayor parte de su vida. Durante la guerra entre Isabel y Felipe II, Perez pasó á Inglaterra, movido de natural impulso, y en aquel país contrajo estrechas relaciones con el conde de Essex y tuvo grande intimidad con Bacon, mucho mayor seguramente de la que la prudente y piadosa madre del futuro Canciller queria hubiese entre su hijo y un hombre de costumbres tan relajadas y corrompidas como Perez. Felipe, que no podia llevar con paciencia que el cómplice y testigo de sus crímenes anduviese intrigando en las cortes de sus enemigos, procuró por cuantos medios le fué posible hacerle asesinar en Lóndres y en Paris, y si bien Perez escapó, su salvacion fué mas bien debida á la casualidad que á falta de cálculo y energía por parte de su perseguidor.

Firmada por último la paz entre España por una parte, y la Francia y la Inglaterra por otra, cesó la importancia de Antonio Perez, y olvidáronle los que antes se habian servido de él. Verdad es que Enrique IV con su acostumbrada bondad siguió suministrándole cuantiosos fondos con que satisfacer sus caprichos, mas propios de un príncipe que de un desterrado; pero eran tales sus pretensiones, y las entablaba con tal osadía y pertinacia, que al fin llegó á cansar á todos sus amigos. Vióse, pues, reducido á la mayor pobreza y miseria, y cortesano despreciado, arrastró su miserable existencia hasta el año de 1611, que murió en Paris. Cuatro años despues

la Inquisicion, que le habia hecho quemar en efigie, concedió, aunque con gran repugnancia, una tardía rehabilitacion á su memoria, levantando las excomuniones y concediendo á sus hijos el goce de los derechos civiles, que habian perdido por la mas inaudita violencia.

Desde el tiempo de su primera prision comenzó Antonio Perez á escribir las cartas que de él tenemos, y cuya serie continúa hasta una época muy próxima á su fallecimiento. Unas están escritas á su esposa é hijos, otras á su íntimo amigo y confidente Gil de Mesa, y otras, por fin, á personajes distinguidos, cuyo favor y proteccion procuraba granjearse. Sus *Relaciones* y el *Memorial de su causa* contienen tambien algunas cartas, y están además escritas en forma de epístolas largas, que revelan gran talento, mucha candidez, así como una intencion marcada de ganarse el afecto de sus jueces y del público. Todas las conservó con sumo cuidado, aunque su posicion particular no permitia que muchas de ellas llegasen á manos de las personas á quienes las destinaba, y fuélas publicando mas tarde por partes y segun convenia á sus proyectos y miras políticas; primero bajo el velo del anónimo y con el supuesto nombre de «Rafael Peregrino», despues publicándolas como impresas por Gil de Mesa, y por último sin disfraz alguno; dedicando unas á Enrique IV y otras al Papa.

Su número es considerable, y la edicion completa de ellas consta de mas de mil páginas; las mejores son las mas íntimas y familiares, y hasta en las mas insignificantes, como, por ejemplo, cuando envia unos guantes á Lady Rich, ó un mondadientes de moda al duque de Mayenne, conserva el estilo castellano en todo su primor y pureza; las hay llenas de agudeza é ingenio fre-

cuentemente imprevisto y repentino, y algunas veces no del mejor gusto. Véase cómo hablaba á su esposa, inhumanamente presa y encarcelada durante su destierro: «Si de allá no se puede escribir, ni gozar desta respi»racion dabsentes, acá no ay pena por estos actos na»turales. Yo respondo á lo que oygo en espíritu de »quexas de Vmd. y dessos hijos innocentes desde esse »sylo de tinieblas, desde essa sombra de la muerte. Y »aun effecto es natural para averlas podido oyr sensi»blemente, pues las voces y los gritos desde las cuevas »hondas y escondrijos de la tierra retumban y resuenan »mas fuertes[8].» Y en otro lugar, hablando de la crueldad con que los jueces trataban á su desventurada familia, exclama: «Pues no se engañen, que ally donde »están, los mas impedidos y aherrojados cautivos tie»nen los dos mas fuertes sollicitadores de toda la natu»raleza inferior, la Innocencia y el Agravio. Que no ay »Cicerones, ny Demosthenes que assy alteren los oydos, »assy conmuevan los animos, assy conturben los ele»mentos como ellos. Porque de mas de otros privilegios, »les ha dado Dios uno, que hagan compañia para la de»manda de su justicia, y que sean testigos y advogados »el uno del otro, y que puedan cerrar el processo de los »que él juzga en este siglo[9].»

Las cartas de Antonio Perez ofrecen gran variedad de estilos: unas, como las que contienen recriminaciones embozadas, aunque enérgicas, contra Felipe II, son graves; otras son galantes epístolas dirigidas á las damas de la corte, y en otras, por fin, rebosa la ternura y

[8] «Obras», Ginebra, 1654, 8.°, página 1,073.
[9] Ibid., p. 96.

el entrañable cariño que profesaba á sus hijos; todas están escritas en el castellano mas propio y castizo, y son muy interesantes por la circunstancia de que en cada una de ellas se observan con puntualidad aquellas formas convencionales que exigia la posicion relativa del autor y de las personas á quienes se dirigia [10].

Las cartas de Santa Teresa, contemporánea del secretario de Felipe II, y que murió en 1582, son totalmente diversas en la esencia; porque, así como no puede darse cosa mas real, positiva y mundana que las primeras, las de la devota religiosa son completamente espirituales. Llena de la fe mas viva en sus inspiraciones, escribe en cierto tono de autoridad, que casi siempre es solemne é imponente, y aun algunas veces su misma osadía y libertad dan facilidad y gracia al es-

[10] La primera edicion de las obras de Antonio Perez parece ser una de Leon, sin fecha, que algunos suponen impresa en 1598, con el título de «Pedazos de Historia, etc.»; pero en el mismo año se reimprimió este volúmen en Paris con el título mas propio de «Relaciones». Parece que Perez se entretuvo en publicar diversas obras suyas en varios lugares y épocas; pero la edicion mas completa es la de Ginebra, 1654, 8.° Su vida ha sido examinada y admirablemente trazada por M. Mignet en su «Antonio Perez y Felipe II» (segunda edicion, Paris, 1846). La obra de D. Salvador Bermudez de Castro intitulada «Antonio Perez, Estudios históricos» (Madrid, 1841, 4.°), seria mejor si el autor no se hubiese permitido introducir en ella algunas ficciones, como por ejemplo, los romances que él llama poesías de Perez, y que supone le sirvieron para conmover al pueblo de Zaragoza, pero que indudablemente son obra del mismo Castro. Las noticias de la vida de Perez en Baena (t. I, 1789, p. 21) y Latassa («Bibl. Nov.», t. II, 1799, p. 108), manifiestan bien el temor de los literatos aun á fines del siglo XVII, al tener que tocar materias que se rozaban con la corona. Los índices expurgatorios, inclusos los mas recientes, 1799-1805, prohiben rigurosamente las obras de Antonio Perez. Sus cartas á Essex están en bastante buen latin; y de todos sus escritos en castellano se hicieron hace ya mucho tiempo colecciones de aforismos ó máximas muy ingeniosas y agudas, que se han impreso varias veces. Hay muchas cartas manuscritas de Perez en la biblioteca de La Haya y en otras que indica Mignet, y en la Imperial de Paris existe con su nombre un tratado político de bastante importancia, aunque Ochoa duda sea suyo, si bien tiene toda la brillantez y agudeza de su estilo. Nosotros creemos que lo es. (Véase Ochoa, «Manuscritos españoles», páginas 158-166, y «Semanario erudito», t. VIII, pp. 245 y 250.) Llorente, t. III, pp. 316-375, da muchas noticias de Antonio Perez.

tilo. Tenia la Santa un talento extraordinariamente variado y grandísima penetracion, y así es que á cada una de las personas con quienes se carteaba habla un lenguaje distinto, acomodado á la ocasion que la ponia la pluma en la mano; tarea bastante difícil por cierto para una monja que vivió abstraida y retirada del mundo por espacio de cuarenta y siete años, y cuyos consejos solicitaban á un mismo tiempo obispos y arzobispos, políticos distinguidos como D. Diego Hurtado de Mendoza, escritores insignes como Fr. Luis de Granada, personas, en fin, de la clase media, que la consultaban en momentos de afliccion y peligro, y hasta mujeres que deseaban escuchar su parecer acerca de los incidentes mas triviales y ordinarios de la vida privada. Llenan sus cartas cuatro tomos, y aunque en general solo deben mirarse como exhortaciones piadosas y modelos de enseñanza en materias de religion, la pureza, hermosura y atractivo femenil de su estilo dan á las cartas de la Santa un puesto muy elevado en la literatura epistolar española [11].

Consérvanse fragmentos de la correspondencia de Bartolomé Leonardo de Argensola, hácia 1625, de la de Lope de Vega, antes de 1630, y de la de Quevedo, un poco mas tarde; pero tan escasos é insignificantes, que bien puede decirse que no tienen valor alguno, literariamente hablando. Algo mas nos queda del humanista Cascales, el cual en 1634 imprimió tres *Décadas* de cartas, la mayor parte sobre puntos de erudicion, pero tan poco agradables, que aun las relativas á otras materias adolecen de gravedad y pedantería. Unas cuan-

11 «Cartas de Santa Teresa de Jesus», Madrid, 1792, cuatro tomos, 4.°, escritas principalmente en los últimos años de su vida.

tas del bibliógrafo D. Nicolás Antonio, que murió en el año de 1684, son sencillas y naturales; pero el estilo en que están escritas es tan sumamente seco y descolorido, que no excitan interés alguno; las de Solís, en quien terminan el período y el siglo, son mejores, y pintan con mucha verdad al anciano respetable que luchando en su vejez con la desgracia y la pobreza, se expresa todavía con dignidad y decoro, tranquilidad filosófica y resignacion cristiana [12].

Mas ningun escritor en este género puede compararse en brillantez y discrecion con Antonio Perez, ni en gracia y elocuencia con Santa Teresa de Jesus.

[12] Las cartas de Bartolomé Leonardo de Argensola están en las «Cartas de varios autores españoles», por Mayans (Valencia, 1773, cinco tomos, 12.º), las cuales son el argumento mas fuerte que puede citarse de lo pobre que es en este género la literatura española; la mayor parte de la coleccion se compone de antiguas dedicatorias, aprobaciones de libros extendidas en forma epistolar, noticias biográficas de autores para servir de prólogo á sus obras, etc., etc. Las de Quevedo y Lope de Vega tratan de cuestiones literarias, y andan esparcidas entre sus escritos. Las de Antonio y Solís ocupan un tomito, que Mayans publicó en Leon de Francia el año de 1733, á las cuales pueden añadirse las que hay al fin de la «Censura de historias fabulosas», Madrid, 1742, fólio. Las «Cartas filológicas» de Cascales son para España y para el tiempo en que se escribieron, lo que las agradables y curiosas publicadas por Melmoth bajo el seudónimo de Fitzosborne son para Inglaterra en el reinado de Jorge II: una tentativa de inspirar al público amor á la instruccion, mezclando á la gravedad del estudio la amenidad y recreo de otras materias al discutir cuestiones relativas á la moral y á las costumbres.

CAPITULO XXXVIII.

Composicion histórica.—Zurita, Morales, Ribadeneyra, Sigüenza, Mariana, Sandoval, Herrera, Argensola, el Inca Garcilaso, Mendoza, Moncada, Coloma, Melo, Saavedra, Solis.—Observaciones generales acerca de los historiadores españoles.

Los padres de la historia española, enteramente distintos de los antiguos cronistas, son Jerónimo de Zurita y Ambrosio de Morales, que, educados durante el reinado del emperador Cárlos V, manifiestan no haber sido insensibles á la agitacion é influencia de aquella grande época de los anales españoles, en cuyo último período prepararon y publicaron ambos sus obras bajo los mas felices auspicios.

Nació Zurita en Zaragoza, en 1512, y murió en la misma ciudad, en 1580; de modo que tuvo la dicha de vivir á la sazon que los fueros y privilegios de su país se mantenian aun íntegros ó poco menoscabados, y de morir poco antes de que muriesen á mano airada. Fué su padre médico favorito de Fernando el Católico, á quien acompañó á Nápoles en 1506. El hijo, que desde su mas tierna edad descubrió singular aptitud y aplicacion al estudio, recibió su educacion en la célebre universidad de Alcalá, donde tuvo la dicha de seguir las lecciones de Fernan Nuñez, comunmente llamado «el Comendador griego» por la circunstancia de que, al paso que su

posicion social, como miembro de la nobilísima familia de los Guzmanes, le valia una encomienda en la órden de Santiago, sus prendas personales y su talento hacian de él el primer helenista de su patria y de su siglo.

Zurita, el padre, siguió gozando del favor y confianza de Cárlos V, y el hijo entró naturalmente en relaciones con personas distinguidas y de elevado rango; así es que los primeros pasos del futuro historiador fueron dados en la carrera de los negocios públicos; mas en 1548, y en circunstancias sumamente honrosas para él, obtuvo el nombramiento de cronista de Aragon, oficio que las Cortes libres de aquel reino acababan de crear, y que le fué conferido á pesar de que tuvo que luchar con rivales temibles por su influencia y vasta instruccion. Parece que este nombramiento dejó satisfecha su ambicion, é imprimió nueva direccion á sus gustos é inclinaciones; luego alcanzó una real cédula para examinar todos los documentos necesarios al buen desempeño de su nuevo cargo; recorrió con tan ámplia autorizacion mucha parte de España, reconociendo y coordinando los inmensos depósitos de papeles de estado existentes en Simancas, y pasó despues á Nápoles y Sicilia, de cuyos monasterios y archivos públicos sacó tambien preciosos y abundantes materiales.

El resultado de estos trabajos fué la publicacion entre 1562 y 1580 de los *Anales de Aragon*, en seis tomos en fólio, que abrazan la historia de aquel país desde la invasion sarracena hasta el año de 1516; los dos últimos están exclusivamente consagrados al reinado de Fernando el Católico, cuyas íntimas relaciones con su padre debieron proporcionar á Zurita datos de grande interés. La obra es la mas importante de cuantas hasta

entonces habian visto la luz pública para la historia general de España; libre en gran parte de la credulidad monástica que afea las antiguas crónicas, y escrita por un hombre como Zurita, práctico en los negocios del mundo y muy al corriente de los de su tiempo, por haber manejado personalmente los asuntos municipales de las primeras ciudades de Aragon, por haber desempeñado despues el delicado cargo de secretario general del consejo de la Inquisicion, y finalmente por haberlo sido tambien de Felipe II, quien le tuvo siempre á su lado; revela un espíritu admirable de independencia, grande amor á los antiguos privilegios del reino, así como opiniones bastante libres en política: cualidades todas muy atendibles en un historiador que sabia muy bien que su obra, antes de publicarse, habia de sufrir la censura de celosos rivales, como tambien el exámen del sagaz y severo monarca de quien dependia su fortuna. Sus únicos defectos son la desmesurada extension y lo desaliñado del estilo, defectos que apenas se consideraban tales en la época en que él escribia [1].

[1] La mejor noticia de Jerónimo de Zurita es la que da Prescott en sus «Reyes Católicos», al fin del cap. 1.° de la parte II; y la mas completa el tomo en fólio de Dormer, intitulado «Progresos de la historia de Aragon» (Zaragoza, 1680, folio), que viene á ser una vida encomiástica de Zurita, publicada de órden de las cortes de aquel reino. Hay varias ediciones de sus «Anales», y Latassa («Bib. Arag.», tom. I, páginas 358-373) cita hasta cuarenta obras suyas, la mayor parte inéditas, y probablemente de escaso mérito, excepto su «Historia», con la que todas tienen mas ó menos relacion. Desempeñó varios puestos de importancia en el reinado de Felipe II, y Dormer (p. 109) inserta una carta suya al Rey, que prueba la alta consideracion que disfrutaba, aunque, segun ya indicamos en el texto, y como puede verse tambien en el mismo Dormer (lib. II, capítulos 2, 3 y 4), tuvo mucho que lidiar con los censores encargados del exámen de su obra.

La primera edicion de los «Anales de Aragon» se publicó en varios años en Zaragoza, entre 1562 y 1580. Despues en 1604 salió un tomo de índices, formando un total de siete volúmenes en fólio. La tercera (Zaragoza, 1610-21, siete tomos, fólio) es la mas estimada.

El poeta Bartolomé Leonardo de Argensola añadió á Zurita otro tomo (Zaragoza, 1630, fól.), continuando su obra hasta 1520; el estilo es mucho

Morales, amigo y admirador de Zurita, á quien defendió de uno de sus émulos y críticos en un discurso publicado al fin del tomo último de los *Anales de Aragon*, nació en 1513, es decir, al siguiente año que su compañero cronista, y falleció en 1591, sobreviviéndole once años. Estudió en la universidad de Salamanca, y habiendo obtenido en sus primeros años honores, distinciones y beneficios eclesiásticos, gozó de gran nombradía como catedrático en los estudios de Alcalá; mas desde el año de 1570, en que fué nombrado cronista de los reinos de Castilla, se dedicó con ahinco á completar la historia general de España, comenzada por Florian de Ocampo, tarea que emprendió igualmente con el fin de dar un testimonio de consideracion y respeto á dicho escritor.

Morales, sin embargo, empezó á trabajar demasiado tarde; tenia ya sesenta y siete años, y á su muerte, ocurrida once años despues, no habia podido llegar con su historia sino hasta la union de las dos coronas de Leon y de Castilla en D. Fernando el Magno, por los años

mejor, pero casi puede decirse que no es suya la redaccion, pues la mayor parte son documentos. Es obra en extremo difusa, pues con solo los sucesos ocurridos en cuatro años (1516-20) llena el autor cerca de mil y cien páginas; y aunque el estilo es mejor y mas castizo que el de Zurita, no tiene la imparcialidad que se advierte en este escritor. La obra de Argensola fué continuada por Sayas («Anales de Aragon», Zaragoza, 1667, fól.) con tanta ó mas prolijidad aun, puesto que con sus ochocientas páginas no pasa del año 1525. Este último autor murió en 1680. (Véase á Latassa, «Biblioteca Nueva», tom. III, p. 551.

Hemos dicho que Zurita ejerció temporalmente y en varias épocas el cargo de secretario de Felipe II, y así fué en efecto; mas este título apenas significaba entonces otra cosa sino que el que lo llevaba recibia un módico salario del Tesoro, circunstancia de que creemos deber hacer mérito, porque hemos tenido ya frecuentes ocasiones de citar autores que fueron secretarios del Rey, desde el judío Juan Alfonso de Baena en tiempo de don Juan II, hasta la extincion de la rama austriaca. Así Gonzalo Perez y su hijo Antonio fueron secretarios del Rey, lo mismo los dos Quevedos y otros muchos. En 1605 tenia Felipe III veinte y nueve secretarios. (Clemencin, «Notas al Quijote,» parte II, cap. 47.)

de 1037, desde donde la continuó despues Sandoval hasta la muerte de D. Alfonso VII, en 1097, en que concluye. Por imperfecta que á primera vista aparezca la compilacion que Morales hizo en su vejez, y aunque no pueda compararse, como composicion histórica, con la de Zurita en madurez y juicio, indica, sin embargo, mayor talento y manifiesta mas ilustracion y gusto que la obra de Ocampo, á que sirve de continuacion. Su estilo es desgraciadamente bastante incorrecto; falta por cierto muy notable en Morales, que se preciaba de castizo y puro en su lenguaje, como caballero de noble cuna y sobrino del maestro Fernan Perez de Oliva, que le educó, y cuyas obras dió á luz como muestra de sus adelantamientos en la buena prosa castellana [2].

[2] La historia de Ambrosio de Morales se publicó primero en tres tomos en fólio (Alcalá, 1574-1577), pero la mejor edicion es la de Madrid, 1791, en seis volúmenes en 4.° menor, con la cual corren unidos otros dos que contienen las antigüedades de España, y tres mas de sus «Opúsculos». Antecede á todo la obra original de Florian de Ocampo, de que ya hemos hablado, en dos tomos, y sigue la continuacion de Sandoval, en uno, obra de no menor mérito que la de Morales, y que se imprimió despues en Pamplona, 1615, fól. De este modo los tres autores Ocampo, Morales y Sandoval ocupan doce volúmenes, de los cuales se ha querido despues formar una sola obra con el título, bastante impropio, de «Crónica general de España».

Morales se mutiló horriblemente en su juventud por asegurar la pureza y santidad sacerdotal de su vida, y estuvo muy á pique de morir de resultas de la operacion.

Aquí pudiéramos hacer mencion del «Comentario de la guerra de Alemania, de don Luis de Avila y Zúñiga», impreso por la vez primera en Ambéres, 1548, y traducido despues al latin y francés. Refiere las campañas de Cárlos V en Alemania, en 1546 y 47, y es probable se escribiese en vista de los datos que suministraba al autor el mismo Emperador. (Navarra, «Diálogos», 1567, f. 13.) Una parte del libro se escribió indudablemente al mismo tiempo que ocurrian los sucesos, y todo él se conoce fué obra de uno de los pocos amigos personales que tuvo Cárlos V; por cierto que su autor no hace un papel muy brillante en las cartas particulares de Guillermo Van Male, publicadas por los bibliófilos belgas en 1843. Véase lo que ya antes dijimos en esta materia. Pellicer de Tobar, en su «Gloria de España» (4.°, 1650, pág. 16), habla del «Comentario» como si realmente hubiera sido obra de Cárlos V, pero la relacion de Navarra me parece mas probable. Avila siguió hasta lo último visitando al Emperador y recibiendo de él repetidas señales de aprecio; y como residia en Plasencia, no léjos de Yuste, fué uno de los caballeros que se hallaron presentes á su muerte. Un dia que el Emperador acababa de comer de un capon con menos apetito del que acostumbraba, dijo á su camarero:

Contemporáneo de Zurita y de Morales, pero muy superior á ellos como historiador, fué el insigne político y diplomático D. Diego Hurtado de Mendoza, cuya narracion vigorosa y pintoresca de la rebelion de los moriscos en 1568 hemos ya examinado, tratando de ella mas bien con relacion al tiempo en que la escribió que no al siglo XVII, en que vió la luz pública, cuando ya habian aparecido Sigüenza, Ribadeneyra, Mariana, Sandoval y Herrera, determinando así el carácter que definitivamente habia de tomar este ramo de la literatura española.

Entre los escritores arriba citados, los mas eminentes quizá son los dos primeros, escritores ambos de historia eclesiástica, y que trataron extensamente las cuestiones religiosas de su tiempo. Ribadeneyra, uno de los primeros y mas activos miembros de la célebre compañía de Jesus, se dió á conocer por su *Historia del cisma de Inglaterra* en el reinado de Enrique VIII, y su *Flos Sanctorum*, ó sean vidas de santos. Sigüenza, discípulo de S. Jerónimo, no fué menos fiel y adicto á la órden religiosa que le adoptó y colmó de honores, como lo prueban su vida del fundador y su historia de la misma órden; ambos eran hombres de grandes dotes y escribieron con elocuencia robusta y varonil; el primero con mas uncion y riqueza; el segundo con mas sencillez y dignidad, si bien igualmente animados los dos del celo religioso y espíritu característico de su época [3].

«Guardad este para que coma don Luis; que quizá no tendremos otro que darle.» Hablando en otra ocasion del «Comentario», dijo : «Mas hazañas obró Alejandro que no yo, pero no tuvo tan buen cronista.» Véase á Vera y Figueroa, «Vida y hechos de Cárlos V» (Madrid, 1654, fólios 125 y 130), libro muy agradable y lleno de interesantes detalles, aunque por otra parte revela bien el espíritu de su época en cuanto á intolerancia religiosa y exagerado realismo.

[3] Fray Pedro de Ribadeneyra, que

Mas la índole peculiar de los asuntos mismos que trataron fué causa de que ninguno de ellos se elevase al distinguido puesto de historiador general de su patria; este honor pertenece al P. Juan de Mariana, niño expósito, nacido en Talavera de la Reina, en 1526 y cuyo extraordinario talento llamó muy en breve la atencion de los jesuitas, institucion que marchaba á la sazon á pasos de gigante. Terminados sus estudios en Alcalá, fué nombrado, á la temprana edad de veinte y cuatro años, para el puesto mas importante en el gran colegio que su religion fundaba á la sazon en Roma, considerándolo como uno de sus principales establecimientos, para extender y consolidar la influencia de la órden. Cinco años residió Mariana en él, al cabo de los cuales pasó á Sicilia con el encargo de fundar iguales enseñanzas en aquella isla, y habiendo de allí á poco sido trasladado á Paris, fué recibido honoríficamente, explicando ante un numeroso auditorio las súmulas de Santo Tomás. Mas no conviniendo á su salud el clima de Fran-

murió en 1611, á la edad de ochenta y cuatro años, y á quien Mariana compuso un hermoso epitafio, escribió varias obras en honor de la compañía de Jesus, y otras ascéticas, entre ellas el «Cisma de Inglaterra» (Valencia, 1588) y el «Flos Sanctorum», Madrid, 1599-1601, dos tomos en fólio.

El P. Fr. José de Sigüenza, que nació en 1545 y murió en 1606, siendo prior del Escorial, cuya construccion presenció y describe, publicó su «Vida de San Jerónimo» en Madrid, 1595, 4.°, y su «Historia de la órden de San Jerónimo» en Madrid, 1600, dos tom., fólio; fué perseguido por la Inquisicion. (Llorente, tom. II, 1817, p. 474.)

Seria fácil añadir á estos dos escritores de historia eclesiástica otros muchos nombres. Apenas hay convento ó santo de alguna nota en España, que durante los siglos XVI y XVII no haya logrado una conmemoracion especial, y cada órden religiosa, cada catedral tiene cuando menos un historiador, y algunas dos, tres, y mas. El número de libros relativos á la historia eclesiástica de España, inserto al fin del tomo II de la «Biblioteca» de don Nicolás Antonio, es muy considerable. Algunos de ellos, como la «Crónica de la órden de San Benito», por Yepes, y varias historias de órdenes militares y religiosas, son importantes por la gran copia de hechos y documentos que contienen; pero casi todas ellas son pesadas, indigestas y pecan por la excesiva credulidad de sus autores; de modo que bien puede asegurarse que no hay ninguna de suficiente mérito literario para llamar la atencion de los curiosos.

cia, despues de haber pasado trece años en el extranjero, dedicado á la enseñanza, volvió, en 1574, á su patria, fijando su residencia en la casa de Toledo, que casi no abandonó sino temporalmente en los cuarenta y nueve años que aun vivió.

Tan largo período consagrado exclusivamente á trabajos literarios, no fué, sin embargo, tan quieto y pacífico para él como podia hacerlo esperar su relevante mérito. Las intrigas de los jesuitas hicieron que la *Biblia Polyglota*, publicada por Arias Montano, en Ambéres, en 1569-72, y recibida al principio con general favor y aprecio, fuese denunciada á la Inquisicion; suceso que causó tal escándalo y suscitó cuestiones tan agrias, que se pensó seriamente en examinar la verdad de las acusaciones contra ella dirigidas. Lograron los jesuitas con sus manejos que el P. Mariana fuese el principal encargado de este trabajo, y confiados en su influencia y saber, no dudaban del triunfo; pero, aunque fiel jesuita, Mariana no era dócil esclavo; decidió pues á favor de Arias Montano; lo cual, unido á la circunstancia de que al formar el Indice expurgatorio de 1584 no se habia manifestado muy dispuesto á escuchar las insinuaciones y consejos que le daban, fué causa de que perdiese la gracia de sus superiores y sufriese grandes molestias y sinsabores [1].

En 1599 publicó un tratado latino sobre la *Institucion de la dignidad real*, que dedicó á Felipe III; obra muy

[1] Llorente, tom. I, p. 479; tom. II, p. 457; tom. III, pp. 75-82. El académico Carvajal, autor del «Elogio histórico» de Arias Montano, inserto en el tom. VII de las «Memorias de la Academia de la Historia», niega que la conducta de Mariana en este exámen fuese tan franca como debió serlo. Quizá fuese así, pero al fin resolvió con justicia y tuvo la honradez y energía de carácter necesarias para obrar de este modo.

liberal en cuanto se rozaba con las reglas generales de la política, y en la que sentaba el principio de que en algunos casos era lícito matar al rey. Los censores la aprobaron, y aun se dice que el gobierno español la prestó su apoyo; conducta bastante acorde por cierto con la política de Felipe II, quien pagó asesinos para quitar de en medio á Isabel de Inglaterra y al príncipe de Orange. Pero en Francia, donde pocos años antes habia muerto asesinado Enrique III, y donde Enrique IV tuvo poco despues igual suerte, causó su obra gran sensacion. En efecto, el capítulo VI del primer libro trata directamente este punto, y autoriza, aunque con cierta reserva, el asesinato del primero de dichos monarcas; de manera que fué considerado, aunque falsamente, como una de las causas que pudieron mover á Ravaillac á cometer el mismo crímen con el segundo. Defendióse pues y atacóse esta doctrina por una y otra parte con el mayor encarnizamiento, y por último el parlamento de Paris mandó quemar el libro por manos del verdugo. Lo peor del caso para el autor, fué que la polémica suscitó naturalmente el odio popular contra los jesuitas, á quienes se cargó la responsabilidad entera de un libro escrito por un individuo de la Compañía, y que no se hubiera impreso nunca sin licencia de los superiores; resultando de todo que Mariana se hizo cada dia mas odioso á sus propios compañeros [5].

[5] La noticia de este libro y la polémica á que dió márgen se hallarán por extenso en las notas de Bayle al artículo *Mariana*, aunque, segun su costumbre, con grande ira y mala voluntad contra los jesuitas. La edicion príncipe (1599, 4.°) está precedida de su correspondiente aprobacion y licencia para imprimir, tanto del Rey como del provincial de la compañía de Jesus. El pasaje en que Mariana disculpa ó procura atenuar el asesinato de Enrique III de Francia por Jacobo Clemente, se encuentra en el capítulo VI del primer libro, donde se califica de «Monimentum nobile». Véase

Hallóse por fin coyuntura favorable para atacarle sin explicar los motivos del encono. Publicó Mariana, en 1609, no en España, sino en Colonia, siete tratados latinos sobre varios asuntos de teología y crítica literaria, como el estado del teatro en España, el cómputo de la egira, y el año y dia del nacimiento del Salvador; la mayor parte de ellos pertenecia á un género que no podiā suscitar cuestion ni enemiga alguna; pero el intitulado *De la mortalidad é inmortalidad* incurrió en la censura teológica, y otro relativo á las *Monedas del reino* fué atacado bajo el aspecto político, porque explicaba con claridad los escandalosos y deplorables abusos cometidos por el duque de Lerma, á la sazon favorito del Monarca y en todo el apogeo del poder, en la adulteracion y consiguiente baja de la moneda. Inmediatamente tomó la Inquisicion conocimiento de ambos asuntos, y su autor, á la avanzada edad de setenta y tres años, sufrió un encierro, y mas tarde una severa penitencia por la ofensa. Incluyéronse ambas obras en el Indice expurgatorio, y Felipe III mandó recoger é inutilizar cuantos ejemplares pudo haber á las manos del volúmen que las contenia, y como dijo Lope de Vega: «Su misma patria »no perdonó al sabio Mariana cuando erró.»

Fué tratado en esta ocasion con tanta mayor severidad, cuanto entre sus papeles se halló un tratado manuscrito *De las enfermedades de la compañía de Jesus*, que no se imprimió hasta despues de muerto su

tambien á Sismondi («Hist. des français», tom. XXII, p. 191), quien se equivocó al señalar al tratado de Mariana la fecha de 1602, siendo así que se imprimió en Toledo en 1599, 4.° De las notabilísimas cartas de Loaysa, confesor de Cárlos V, se deduce que el Emperador no era mas escrupuloso que su hijo en estas materias, y esto explica bien el pasaje de Mariana. (Véase «Briefe an Kaiser Karl V, etc. von D. G. Heine, Berlin, 1848, 8.°, p. 130 y nota.)

autor, y entonces con intenciones no muy favorables por cierto á los jesuitas[6]; pero estas persecuciones no quebrantaron el espíritu robusto y entero de Mariana; siguió por lo mismo trabajando siempre, y cuando murió, en 1623, fué por efecto de las enfermedades y achaques inherentes á su vejez, pues contaba ya ochenta y siete años de edad.

Fué su principal ocupacion, durante treinta ó cuarenta de ellos, la historia de su patria. Era esta tan poco conocida en los países extranjeros que Mariana visitó, aun de los eruditos y aficionados á esta clase de estudios, que, como español, se dolia sinceramente de una ignorancia que tan injuriosa juzgaba para su patria. Determinó pues emprender un trabajo que manifestase al mundo entero la marcha noble de España en su partici-

[6] «Joh. Mariana, è Soc. Jesu. Tractatus VII, nunc primum in lucem editi», Colon. Agrip.', 1609, fól. El ejemplar que poseemos está mutilado por las numerosas enmiendas y borrones hechos en él, siguiendo puntualmente las advertencias minuciosas del «Indice expurgatorio» de 1667, p. 719. Debe observarse que el tratado «De Ponderibus et Mensuris», que contiene las peligrosas observaciones sobre la moneda, se habia publicado ya antes en Toledo en un tomo en 4.°, 1599, que tenemos á la vista, con los correspondientes privilegios y licencias. (Santander, «Catálogo», 1792, 8.°, título IV, pp. 152, 153; artículo «Proceso del Padre Mariana,»; Lope de Vega, «Obras sueltas», t. I, p 295. El «Discurso de las enfermedades de la compañía de Jesus», escrito en el estilo flúido y elegante de Mariana, se imprimió por primera vez en Burdeos, 1625, 8.°, y luego nuevamente cuando Cárlos III suprimió la Compañía; pero en el «Indice expurgatorio» (1667, p. 735), donde aparece rigurosamente prohibido, se supone con toda malicia que se conservaba manuscrito y como de autor desconocido. En efecto, de tal modo cundió durante un siglo y medio esta opinion dubitativa con respecto al autor del «Discurso», que al reimprimirse en 1768, despues de la expulsion de los jesuitas, se creyó necesario probar en una disertacion formal que el P. Mariana, y no otro, era su verdadero autor. En uno de los innumerables folletos que se escribieron contra el «Teatro crítico» de Feijoó, al hablar su autor de lo agradecida que España debia estar á Mariana por haber dado á conocer su historia en el extranjero, se expresa en términos asaz ridículos, diciendo: Hasta el tiempo en que este docto jesuita escribió su historia latina pasábamos entre extranjeros por gente sin abuelos. («Estrado crítico», s. l., 1727, 4.°, fól. 26.) En el índice de 1790 está censurado todavía con mayor severidad. Dícese que en la biblioteca de la casa profesa de Toledo se conservaban hace poco muchos manuscritos inéditos del P. Mariana.

pacion en los intereses generales de la Europa, probando con su historia cuan merecedora era de la alta consideracion que en todo el mundo habia disfrutado desde los tiempos de Cárlos V. Con esta idea comenzó á escribir su obra en lengua latina, para que toda la cristiandad la pudiese leer, y en 1592 publicó en dicha lengua veinte libros, de los treinta que la componen.

Mas antes que se imprimiesen los diez restantes, dados á luz en 1609, emprendió, por consejo del cardenal Bembo, la tarea de traducir su propia obra al hermoso castellano de Toledo. Al ejecutarlo, disfrutó Mariana una ventaja inapreciable: pudo tomarse con su traduccion libertades que ningun otro hubiera podido, puesto que tenia el derecho de variar no solo la fraseología y órden de materias, sino tambien modificar, en cuanto lo creia conveniente, los juicios y opiniones de un libro que en ambas lenguas le pertenecia. Su *Historia de España*, cuya primera parte salió á luz en 1601, tiene, por consiguiente, toda la apariencia y el mérito de obra original, y en las ediciones sucesivas, que publicó por sí mismo, y especialmente en la cuarta, impresa el año mismo de su muerte, se presentó ya aumentada, enriquecida y mejorada hasta llegar á ser el monumento mas bello y grandioso elevado á la historia de su patria, como ha continuado siempre siéndolo desde entonces [7].

Comienza con la supuesta poblacion de España por Tubal, hijo de Japhet, y llega hasta la muerte de Fer-

[7] La edicion mejor y mas correcta de la «Historia» de Mariana es la décimacuarta, publicada en Madrid por Ibarra (2 t. en fól., 1780); libro cuya ejecucion material haria honor á cualquiera imprenta de Europa. Es muy de notar lo mucho que Mariana enmendó su obra en las ediciones que sucesivamente fué publicando mientras vivió; segun los editores de la de 1780, las adiciones hechas desde 1608 hasta 1623 formarian reunidas un tomo regular.

nando el Católico y advenimiento de Cárlos V al trono, á lo que añadió despues un rápido bosquejo de los acontecimientos posteriores hasta el año de 1621, en que entró á reinar Felipe IV. La empresa era atrevida, y mirada bajo cierto punto de vista, tiene todo el sello de su siglo; por ejemplo, al apreciar Mariana las autoridades de que se valió, no muestra ni con mucho el esmero y severidad propia de la difícil tarea que se habia impuesto. Sigue á Ocampo, y especialmente á Garibay, crédulos compiladores de antiguas fábulas y patrañas, aunque contemporáneos suyos, confesando francamente que reputaba como mejor y mas seguro el aceptar tradiciones recibidas en su patria, siempre que no hubiese razones óbvias que le obligasen á rechazarlas, que no sujetarse á un exámen crítico de ellas. Tambien pudieran ponerse faltas á su estilo; en la bellísima dedicatoria de la traduccion española de su obra á Felipe III, reconoce que su lenguaje está algun tanto mezclado de voces anticuadas, por el estudio familiar que habia hecho de los antiguos escritores, y Saavedra, que trató de encontrarle defectos, dice que, así como muchos viejos se tiñen las canas por parecer mozos, Mariana se tiñó la barba de blanco para parecer viejo[8].

En cambio de estos lunares, tiene sus primores y be-

[8] Mariana, «Hist.», lib. I, c. 13. Saavedra, «Repub. Liter.,» Madrid, 1759, 4.°, p. 44. Mariana reconoce la falta de exactitud y crítica histórica en algunos trozos de su libro, pues respondiendo á una carta de Lupercio Leonardo de Argensola, que le reprendió por haber llamado á Prudencio natural de Calahorra, dice: «Yo nunca pretendí hacer Historia de España ni examinar todos los particulares, que fuera nunca acabar; sino poner en estilo y en lengua latina lo que otros tenian juntado, como materiales de la fabrica que pensaba levantar. Que si todo se cautelara, sospecho que otros muchos centenares de años nos estuviéramos sin historia latina que pudiera parecer entre las gentes.» (J. A. Pellicer, «Ensayo de una Biblioteca de traductores», p. 59.)

llezas. Su fe decidida y resuelta en las antiguas crónicas, modificada, como no podia menos de serlo, por su vasta y variada erudicion, da á sus relaciones cierto aire de candor, sinceridad y buena fe, y á sus detalles un colorido lleno de encanto y atractivo; al paso que el uso de frecuentes arcaismos y hasta el giro anticuado de algunas frases se ajusta tan bien á la naturaleza del asunto, y enriquece de tal manera el lenguaje, que el estilo de Mariana pasa, y con razon, por un modelo de elegancia. Sus narraciones, lo mas importante en obras de este género, son siempre pintorescas y hermosas. Las güerras de Aníbal en el segundo libro; la irrupcion de los pueblos septentrionales con que comienza el quinto; la conjuracion de Juan de Prócida en el décimocuarto; las últimas escenas de la vida agitada y turbulenta de D. Pedro el Cruel en el décimosétimo, y la descripcion de los principales acontecimientos del reinado de los Reyes Católicos al concluir la obra, manifiestan gran talento narrativo, y están llenas de vida y animacion. Por otra parte, sus arengas y discursos, en que procuró imitar á Tito Livio, no son tan felices, y pecan en general por falta de propiedad; sin embargo, la que en el libro quinto pone en boca del condestable Dávalos, ofreciendo la corona de Castilla al infante D. Fernando, se hace notar por su espíritu libre é independiente, así como por la osadía con que discute las bases del gobierno político, sentando los derechos de los reyes sobre la única base del asentimiento popular; osadía, sea dicho de paso, que trasluce en otras muchas partes de su historia, y que era muy del carácter de Mariana.

Los retratos que de vez en cuando presenta de personajes eminentes, son casi siempre cortos, hechos á gran-

des trazos y de mano maestra : tales son los de D. Alfonso el Sabio, de D. Alvaro de Luna y del desgraciado príncipe de Viana, de quienes es difícil decir mas en menos palabras.

Puede asegurarse que en general el carácter dominante de la obra es cierto aire de nobleza, mezclado á la antigua rudeza castellana, aunque llena esta de dignidad y decoro; cualidad que, unida á un estilo admirable por lo castizo y armonioso, lleno y rotundo, aunque rico, puro y abundante, hace de este libro, si no ya un modelo de historia, al menos el tipo mas perfecto de la mezcla de la crónica y de la historia que han visto hasta ahora las edades[9].

Sandoval, cronista tambien de S. M., como entonces se decia, y que en este concepto continuó la obra de Morales, de que ya hemos hablado, intentó, segun parece, ocupar el puesto de sucesor de Mariana, y proseguir la historia general de la monarquía, desde el punto en que probablemente pensó dejarla el elocuente jesuita, mas bien que desde el que le correspondia como cronista oficial. Al menos allí le tomó, escribiendo con dicho fin una larga historia del emperador Cárlos V. Tiene la falta de ser excesivamente extensa, pues ocupa casi tanto como la historia general de su antecesor, y aunque escrita con sencillez, el estilo es desapacible y pesado.

[9] El primero que criticó á Mariana fué un español llamado Pedro Mantuano, establecido en Italia, el cual imprimió sus «Advertencias» en Milan, 1611. Don Tomás Tamayo de Vargas salió á la defensa de Mariana con una réplica muy dura. (Toledo, 1616, 4.°); pero Mariana tuvo la prudencia de no leer ni una ni otra. El marqués de Mondéjar, autoridad respetable en la materia, renovó esta polémica, y sus «Advertencias» se publicaron (Valencia, 1746, fól.) con un prólogo de Mayans, dirigido á dulcificar su virulencia. Pero ni estas críticas, que son las principales que se han hecho á Mariana, ni ninguna otra, han quitado al insigne jesuita en el concepto de los españoles el eminente puesto que merece el gran historiador de su patria.

Los defectos de que adolece saltan al instante á la vista, y descúbrese luego al cortesano de Felipe III y al monje, porque lo fué, y benedictino, habiendo despues ocupado dos sedes episcopales. Echa toda la culpa del asalto y saco de Roma al condestable de Borbon; traza un árbol genealógico de la casa de Austria, haciéndola subir hasta Adan y emparentar con Hércules y Dárdano. Con todo, la obra de Sandoval es obra muy respetable, y texto autorizado que siguió Robertson; las mismas menudencias y pormenores que encierra hacen de ella la historia mas completa y satisfactoria del reinado del Emperador. Publicóse por primera vez en 1604-6, y el autor murió en 20 de marzo de 1620 [10].

Despues de Sandoval hay un largo período en el que no aparece ninguna obra importante de Historia de España que merezca ocupar puesto en un cuadro literario [11]. Es cierto que se publicaron accidentalmente algu-

[10] D. Nic. Ant., «Bibl. Nov.», t. II, página 255. La Mothe le Vayer, en un discurso dirigido al cardenal Mazarino («Œuvres.», Paris, 1662, fól., t. I, p. 225), ataca con furor a Sandoval, y á veces con justicia, acusándole de crédulo, lisonjero y supersticioso, y criticando además su estilo; animosidad que deberá atribuirse en gran parte á la guerra que á la sazon habia entre Francia y España. La mejor y mas extensa noticia de Sandoval se hallará en Ferrer del Rio, «Decadencia de España», obra interesante y bien escrita.

[11] Durante este período, que abraza parte del siglo XVII, hubo en España dos polémicas muy ruidosas, que introduciendo el espíritu de exámen y crítica en la composicion histórica, debieron influir algun tanto en Mariana, y quizá contribuyeron tambien á que disminuyese el número de sus imitadores, sujetando el género histórico en todas sus formas á reglas mas severas.

Fué la primera sobre ciertas láminas de plomo que, preparadas y enterradas con este objeto algunos años antes, se desenterraron en Granada entre los años de 1588 y 1595, y que interpretadas, parece ofrecian materiales para defender el dogma favorito de la Iglesia católica española sobre la inmaculada concepcion de la Vírgen, y confirmar la venida de Santiago á España, piedra angular de la historia eclesiástica de dicha nacion. Tanto Felipe II como Felipe III y IV tuvieron por auténtica esta escandalosa superchería, y en pleno consejo, compuesto de los principales del reino, declararon solemnemente ser ciertas y verdaderas las reliquias, de manera que las «láminas de plomo» de Granada llegaron á ser una especie de artículo de fe. Mas con el tiempo la cuestion se ventiló en Ro-

nos fragmentos ó trozos de historia española, relativos ya á la madre patria, ya á sus conquistas en el antiguo y nuevo mundo, pero los cronistas oficiales y autorizados de Castilla y Aragon no se creyeron obligados á continuar las importantes tareas de sus predecesores, ni la decadencia de la monarquía exigia tampoco con empeño imitadores de aquellos que en otro tiempo tuvieron á su cargo el recuerdo de sus glorias. Merecen, sin embargo, especial mencion algunos historiadores ya de sucesos acaecidos dentro de los límites de un imperio que abrazaba entonces gran parte del globo, ya de acontecimientos aislados pertenecientes á los anales domésticos.

ma, y el suprémo tribunal de la Iglesia católica declaró ser todo ello mentira y falsedad completa; resolucion que fué acatada por la España entera.

La otra ficcion estuvo hasta cierto punto enlazada con las mismas «láminas de plomo», puesto que se forjó para acreditar la autenticidad de estas, y fué de mas extension é importancia, y de carácter mas atrevido y peligroso. Consistia en una série de fragmentos de crónicas, que circularon primero manuscritos, y se imprimieron luego en 1610, suponiéndose hallados en el monasterio de Fulda, cerca de Worms, por el P. Higuera, jesuita toledano y conocido de Mariana. Anunciáronse estas crónicas como escritas por Flavio Lucio Dextro, Marco Máximo, Heleca y otros cristianos primitivos, y contenian datos interesantes y enteramente desconocidos sobre la antigua historia civil y eclesiástica de España. Eran sin duda alguna imitacion de los embustes y patrañas publicadas un siglo antes por Juan de Viterbo como obras de Manethon y Beroso; pero las ficciones españolas estaban hechas con mas erudicion y mayor ingenio. Mentiras agradables y lisonjeras se mezclaron á hechos conocidamente históricos: las iglesias se enriquecieron con nuevos santos, forjados expresamente para las que tenian un pobre agiologio; familias distinguidas que no podian señalar su fundador encontraron orígenes ilustres, y se indicaron y recordaron un sinfin de hazañas, glorias y vencimientos cristianos, que adulando el orgullo de la nacion entera, la agradaban por su novedad.

Muy pocos pusieron en duda cosas que tan dulce era creer. Sandoval, Tamayo de Vargas, D. Lorenzo Ramirez de Prado, y durante algun tiempo el mismo don Nicolás Antonio, hombres todos llenos de erudicion y de saber, creyeron firmemente que estos sumarios de crónicas, ó «Cronicones», como los llamaban sus autores, eran auténticos; y si Arias Montano, el editor de la Biblia políglota, Mariana el historiador y D. Antonio Agustin, ilustrado y prudente amigo de Zurita, se opusieron á la opinion universalmente recibida, no juzgaron necesario contradecirla. En efecto, era demasiado fuerte la corriente de la voz popular, y así es que gozaron en general el concepto de verdaderas historias hasta el año de 1650; es decir, hasta mucho

El primero de todos ellos en importancia, y el mas notable por su carácter especial, es Antonio de Herrera, que escribió la *Historia general de las Indias*. Abraza esta el espacio trascurrido desde el descubrimiento de América hasta el año de 1554, y como Herrera era un escritor práctico, y su posicion oficial como cronista de Indias le facilitaba el acopio de cuantas noticias habia en su tiempo, su obra, impresa en 1601, es de gran valor; pero compuso además otras tambien históricas, en las que ni tuvo la suerte de disfrutar tan buenos materiales, ni tampoco se mostró tan exento de preocupaciones y espíritu de partido como en aquella. Tales son su *Histo-*

despues de la muerte de su verdadero autor, el P. Jerónimo Roman de la Higuera, ocurrida en 1624. La polémica que estas falsedades suscitaron, y que durante mucho tiempo caminó con bastante lentitud, fué utilísima; multiplicáronse las dudas; la desconfianza de su legitimidad, que ya en 1595 habia hecho presente al mismo P. Higuera el sábio y modesto obispo de Segorbe, don Juan Bautista Perez, fué ganando terreno; los escritores de historia se hicieron cautos y recelosos, y por último, en 1652 comenzó don Nicolás Antonio á escribir su «Censura de historias fabulosas», obra que dejó sin concluir, y que no se imprimió hasta mucho tiempo despues, en la cual con indigesta y pesada, aunque sagaz y penetrante erudicion, puso en claro la naturaleza y extension de las ficciones de Higuera, y dió á los historiadores españoles una leccion muy provechosa. Véase la Crónica de Dextro al fin de la «Biblioteca Vetus» de D. Nicolás Antonio, la «Censura de historias fabulosas», del mismo, con su vida por Mayans (Madrid, 1742, fól.), así como la «Crónica universal» de Fr. Alonso Maldonado (Madrid, 1624, fól.), como muestra patente del ilimitado crédito que los hombres mas instruidos de aquel tiempo dieron á estas escandalosas imposturas. El que con mas penetracion y juicio consideró las «láminas de plomo» y los «Cronicones», y manifestó mayor valor y resolucion en el asunto, fué el citado obispo de Segorbe, de quien hace larga y honrosa mencion Villanueva en su «Viaje literario á las iglesias de España» (Madrid, 1804, 8.°, t. III, p. 166), quien tambien inserta el documento (pp. 239-278) en que el Obispo descubrió el fraude, y no se habia publicado hasta entonces.

Estas láminas de plomo, ó á lo menos las que se forjaron entre los meses de marzo y mayo de 1595, fueron grabadas de órden del arzobispo de Granada, y salieron á luz con su aprobacion y autoridad. Tanto ellas como los falsos cronicones fueron consideradas como auténticas y fehacientes por la mayor parte de los historiadores españoles, algunos de los cuales se mantuvieron firmes en su creencia aun mucho despues de haberse descubierto la impostura. El P. Fr. Francisco Arcos, entre otros, en sus «Conversaciones instructivas» (Madrid, 1786, 4.°), cita á Flavio Dextro como si fuera un autor del mayor crédito y buena fe.

ria general del mundo en tiempo del rey D. Felipe el Prudente, una historia de los sucesos de Inglaterra y Escocia en el infeliz reinado de María Estuardo, otra de la liga en Francia, y otra de los sucesos de Aragon en tiempo de Antonio Perez, y disturbios que ocasionarón; todas escritas bajo el influjo de las pasiones del momento, y publicadas desde el año de 1589 hasta el de 1612, época harto reciente para que se hubiese calmado su encono.

Baste decir que al hablar de Antonio Perez suprime casi todos los hechos de importancia que podian en algun modo justificar á aquel singular personaje, y que para terminar de una manera brillante su *Historia general del mundo*, hace que Felipe II en su lecho de muerte reciba del cielo miraculosa asistencia para poder acabar una vida larga y santa con un acto de devocion. Por lo tanto, la reputacion de Herrera como historiador se apoya exclusivamente en su grande historia del *Descubrimiento y conquista de América*, en la que su estilo, que ni es rico ni vigoroso, brilla, con todo, mas que en ninguna otra de sus composiciones históricas. Murió en 1625, á la edad de setenta y seis años, muy estimado de Felipe IV, como lo habia sido de su padre y abuelo [12].

Los aventureros españoles recorrian por aquel tiempo

12 «Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano», Madrid, 1601-15, 4 tom., fólio. «Historia general del mundo del tiempo del señor rey D. Felipe II desde 1559 hasta su muerte», Madrid, 1601-12, 3 tom., fólio. Cinco libros de la «Historia de Portugal y conquista de las islas Terceras», Madrid, 1591, 4.º «Historia de los sucesos de Francia», Madrid, 1598, 4.º «Historia del levantamiento de Aragon», 1612, 4.º; cuaderno de unas ciento y cincuenta páginas. Otra obra hay de los «Hechos de los españoles en Italia desde 1281 hasta 1559», impresa en Madrid, 1624, fólio, que nunca hemos visto. En el Indice expurgatorio de 1667 aparece la «Historia general del mundo» como digna de enmienda y correccion.

el mundo entero, penetrando en las regiones de Oriente y de Occidente. La conquista de Portugal incorporó á la corona española las posesiones orientales de este reino, y como el conde de Lemos, gran favorecedor de las letras, ejercia el alto cargo de presidente del consejo de Indias, y miraba con interés aquellas apartadas regiones, encargó al menor de los Argensolas que escribiese una relacion de las Molucas. Obedeció el poeta, y publicó su obra en 1609, dedicándosela á Felipe III. Es una de las historias parciales mas agradables y amenas que hay en castellano, llena de las tradiciones que los portugueses hallaron entre los aborígenes del país al desembarcar en él por la primera vez, y de sus singulares y extrañas aventuras al tomar posesion de aquellas islas. Encuéntranse en ella trozos impropios del estado de civilizacion que allí habia, como son los discursos y estudiadas arengas que pone en boca de sus naturales, al paso que otros, como las aventuras amorosas que refiere, son demasiado románticas y parecen hijas de su fantasía, aunque ciertas en el fondo. En general el libro está escrito en lenguaje agradable y poético, propio de aquellas islas misteriosas

De Ternate y Tidore, de do vienen
Ricas especies, drogas exquisitas;

cuya historia y recursos, así como la condicion de la raza oprimida que tantos tesoros ofrecia á su codicia [13], los mercaderes españoles procuraron por mucho tiempo ocultar á las demás naciones europeas.

[13] «Conquista de las islas Molucas», Madrid, 1609, fólio. Pellicer, «Biblioteca de Trad.», tom. I, p. 87. La historia amorosa del alférez Duranne, en el lib. III de la Conquista, es amena y probable, pero la relacion de los gigantes patagones en el mismo libro corre parejas con las aventuras mas fabulosas de Marco Polo y Mendez Pinto.

Tan inciertas en punto á autoridad, y no tan elegantes en cuanto á estilo, son las obras históricas del Inca Garcilaso de la Vega; ingenio mas apacible y confiado que sagaz y prudente, lleno de orgullo por ser capitan en los ejércitos del rey de España, y aliado de la gran casa del Infantado como hijo de uno de los feroces conquistadores del Perú; descubriendo siempre la flaqueza y debilidad hereditarias por ser hijo de una princesa de la sangre real de los Incas, y sin poder, por otra parte, olvidar ni las glorias de su raza nativa ni las horribles injurias que habia sufrido á manos de los españoles. Era nacido en el «Cuzco del Perú, corte de Atabalipa», en 1540, y se educó en la misma ciudad, en medio del estrépito y fragor de la conquista; pero á la edad de veinte años le enviaron sus padres á España, donde en circunstancias críticas y espinosas mantuvo una reputacion honrosa durante una vida de setenta y seis años.

Sus servicios militares, á las órdenes de D. Juan de Austria en la guerra contra los moriscos de las Alpujarras, no parece fueron muy importantes, aunque él se precia mucho de ellos; algo mas lo fué su carrera literaria: dió principio á ella publicando en 1590 una traduccion de los *Diálogos de amor* del judío Abarbanel, discípulo de la escuela filosófica de Platon y descendiente de una familia hebrea que hubo de abandonar el suelo español de resultas de la persecucion entablada por los Reyes Católicos; y publicó despues en Italia este singularísimo libro, bajo el nombre de «Leon Hebreo». La tentativa acometida por Garcilaso tuvo mal éxito. Los *Diálogos*, que á la sazon gozaban de gran favor y popularidad, se habian ya traducido é impreso antes en España, circunstancia que el Inca parece haber ignorado

de todo punto, y aunque, segun despues aseguró él mismo, obtuvo su traduccion el favor y aprecio de Felipe II, reina en ella tal sabor judáico y tal libertad de pensamiento, que debian hacerla poco grata á las autoridades eclesiásticas del reino; así es que el primer trabajo literario de Garcilaso se incluyó muy pronto en el Indice expurgatorio, y fué luego olvidado.

El asunto que luego emprendió era mas análogo á sus gustos literarios, y uno en que tenia un interés mas inmediato; fué una *Historia de la Florida*, ó mas bien la relacion del primer descubrimiento de aquel país, publicada en 1605; obra de la cual hablaba ya su autor veinte años antes, y que entonces intitulaba con gran propiedad *Expedicion de Fernando de Soto*, supuesto que las aventuras de este hombre extraordinario y su extraño destino forman la parte mas hermosa y agradable de la obra. Algo mas feliz fué Garcilaso con este libro que con su traduccion de los *Diálogos*, y así es que su *Historia de la Florida*, como despues la llamó, se reimprimió varias veces.

Ya viejo, su corazon volvió á entregarse con mas entusiasmo que nunca á los sentimientos é ideas de su juventud, y recogiendo los escasos materiales que pudo proporcionarse entre sus parientes y amigos á orillas del Pacífico, recurriendo á su memoria y con el auxilio de obras impresas en España, publicó en 1609 en Lisboa la primera parte de sus *Comentarios reales del Perú*, cuya segunda parte, si bien obtuvo licencia para imprimirla en 1613, no salió á luz hasta 1617, un año despues de muerto su autor. Es un libro lleno de chismográfia y de cuentos, escrito en estilo difuso, y en que el autor habla continuamente de sí mismo. Hasta en su misma division

reconoce francamente Garcilaso las justas reconvenciones que se le podian hacer; la primera mitad, dice, trata de los diez y ocho Incas conocidos en la historia peruana, y contiene además una reseña de las tradiciones del país, sus instituciones, costumbres y carácter de los naturales; todo lo cual ofrece en tributo á su descendencia de los hijos del sol. El resto, que, con muchos episodios y algunas discusiones bastante inoportunas, aunque siempre agradables y entretenidas, contiene la historia de la conquista del Perú por los españoles y las reyertas y guerras que hubo despues entre ellos, la ofrece tambien á las glorias de la gran familia española, con que estaba enlazado, y que cuenta en sus anales á algunos de los nombres mas ilustres en la historia de España. Una y otra forman un libro notable é interesante, escrito en el espíritu de las antiguas crónicas, y lleno de una credulidad poco menor que la que se observa en aquellas; porque al paso que se manifiesta dispuesto á creer cuantas fábulas y consejas pueden honrar á su país natal, se afana por persuadir que es buen cristiano y católico sobre todo, con bastante fe para admitir las leyendas mas extravagantes y absurdas de su religion y reprobar la idolatría de sus regios antepasados, á quienes no puede menos, sin embargo, de contemplar con admiracion y respeto [14].

[14] «La traduccion del Indio de los tres diálogos de amor, de Leon Hebreo, echado de italiano en español por Garcilaso Inga de la Vega», Madrid, 1590, 4.° Hemos visto otra traduccion española impresa en Venecia, 1568, y aun presumimos que hay otra de Zaragoza, 1584; siendo extraño que Garcilaso no las conociese. (Barbosa, «Bibl. lusit.», tom. II, p. 920; Castro, «Bib.», tom. I, p. 371; y Ant., «Bib. Nov.», t. I, p. 232.) La carta de Garcilaso á Felipe II, adicionada con notas de su mismo autor, dando noticias interesantes de su vida, está al frente de la primera edicion de la segunda parte de los «Comentarios». La «Florida» se imprimió por primera vez en Lisboa, 1605; la primera parte de los «Comentarios» en la misma ciudad, 1609, y la segunda en Córdoba, 1617, ambas en fólio. Hay otras muchas ediciones, y además

La publicacion de la *Guerra de Granada* de Mendoza, en 1610, causó, como era de esperar de su interesante asunto y buen estilo, grande alteracion en la composicion histórica, y excitó, durante un siglo entero, tal emulacion, que fueron varias las imitaciones producidas en el mismo género, mas dignas de atencion que cuantas habian visto la luz pública desde la grande obra de Mariana.

Fué la primera de ellas obra de D. Francisco de Moncada, caballero ilustre de la primera nobleza del mediodía de España y enlazado con las principales familias de Cataluña y de Valencia. Su padre habia sido sucesivamente virey de Cerdeña y de Aragon, y él mismo habia desempeñado los cargos de gobernador de los Países-Bajos y general del ejército que allí operaba, además de que ambos habian en sus respectivas épocas ocupado las embajadas españolas mas importantes. Las inclinaciones del jóven Moncada eran, con todo, muy diversas de los cuidados y negocios que rodearon su vida pública. En 1623 publicó su *Expedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, y cuando murió, en 1635, poco despues de haber derrotado dos ejércitos enemigos, dejó varias obras de menos valía, de las cuales se han impreso una ó dos. Su *Expedicion de catalanes*, á la que principalmente debe su fama en estos últimos tiempos, refiere las aventuras y hazañas novelescas de un puñado de aventureros que á las órdenes de Roger de Flor, primera-

se tradujeron los «Diálogos» á las principales lenguas de la Europa moderna.

Dos ejemplos, y muy singulares, aunque en sentido opuesto, podrémos citar de la credulidad de Garcilaso, que tanto afea sus «Comentarios»: es el uno (parte I, lib. IX, cap. 15, y parte II, lib. VIII, cap. 18), que el último Inca, antes de la llegada de los españoles, predijo la conquista; y el otro (parte II, lib. IV, cap. 21), que casi todos los soldados españoles del ejército del Perú, conocidos como notoriamente blasfemos, murieron de heridas en la boca.

mente pirata, grande almirante despues, y por último césar del imperio de Oriente, rechazaron á los turcos, que á principios del siglo XIV se acercaban al Bósforo, y despues de hacerse no menos temibles á sus aliados que lo habian sido á sus enemigos, se establecieron en Aténas, fundando un estado turbulento y poco seguro en dicha ciudad, donde los deja el historiador.

Es pues la relacion de acontecimientos singulares y extraordinarios, ligados mas bien con la historia de la edad media que con la de la península ibérica, y á pesar de su colorido novelesco, dignos de crédito, puesto que las mas veces están tomados de la obra grande de Zurita. La narracion es animada y pintoresca, hallándose, como se hallan, los pormenores de ella en la obra del cronista Ramon Muntaner, quien participó de los peligros de la expedicion, y los refirió despues en su crónica con su acostumbrado vigor y energía. Hay en ella trozos notablemente bellos y trabajados con mucha maestría, como la elevacion de Roger al punto mas alto que un súbdito particular podia obtener en el imperio griego, y su asesinato á presencia y de órden del mismo emperador que le habia sublimado á tamaña altura, manchando con la sangre de su víctima la mesa imperial á que con traidora hospitalidad le habia convidado. Toda la obra está escrita en estilo mas robusto y enérgico que correcto, cuyas formas se ajustan tan bien á lo sombrío del cuadro, que, aunque no tan vigoroso como Mendoza en su *Guerra de Granada*, á quien se propuso por modelo, le supera á menudo en fluidez, lisura y naturalidad [15].

[15] «Expedicion de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, por D. Francisco de Moncada, conde de Osona», Barcelona, 1623, y Madrid,

Otra historia militar, escrita tambien por un noble caballero al servicio de su patria, así en las armas como en la diplomacia, es la relacion de las guerras de Flándes por D. Cárlos Coloma, marqués de Espinar, impresa en 1625. La traduccion que de los *Anales* de Tácito hizo ha sido siempre mirada como la mejor en lengua castellana; mas en este su libro original, no manifiesta querer imitar á los antiguos. Respira, al contrario, los nobles sentimientos de un soldado que cuenta sus gloriosas campañas y pinta los campamentos, la proximidad del combate, los cuarteles de invierno; en fin, todos los variados lances y acontecimientos de la vida militar, acompañando sus bosquejos con noticias curiosísimas acerca de las negociaciones políticas á la sazon entabladas entre España y los Países-Bajos, y las intrigas de los cortesanos que rodeaban en Madrid el lecho de Felipe II moribundo. Habia el autor presenciado por sí mismo muchas de las escenas que describe y recibido además exactos informes de lo que no habia visto, de manera que no solo habla con autoridad, sino con la vivacidad y fuego que naturalmente inspira la cercanía á los sucesos que se refieren; circunstancia importantísima, que da mucho realce á la obra y colorido al estilo[16].

A la misma clase pertenece la historia animada y dramática de un período de la rebelion catalana en el reinado de Felipe IV. Escribióla D. Francisco Manuel Melo,

1772 y 1805, 8.° Hay otra edicion de Barcelona, 1842, 8.°, publicada por D. Jaime Tió, y al fin un poema de D. Calixto Fernandez Camporedondo al mismo asunto, que obtuvo el premio en unas fiestas celebradas en Barcelona, el cual nos hace recordar los antiguos juegos florales y el célebre marqués de Villena.

[16] «Las guerras de los Estados-Bajos desde mayo 1588 hasta el año de 1599», Ambéres, 1625 y 1635, 4.°, y Barcelona, 1627. Jimeno, tom I, página 338. Fué embajador de España cerca de Jacobo I de Inglaterra, virey de Mallorca, etc., y murió el año de 1637, á los sesenta y cuatro de su edad.

hidalgo portugués, que sirvió en España hasta los años de 1640 y 41, época en que habiendo abrazado el partido de Braganza, combatió por la independencia de su patria. Su vida, que se extendió desde 1611 hasta 1667, es una curiosísima y entretenida novela: hallóse en 1627 en la horrible borrasca de mar que destruyó casi toda la marina portuguesa, y á la edad de diez y seis años fué uno de los encargados de dar sepultura á mas de dos mil cadáveres víctimas del furor de las olas, de las que tan á duras penas se habia salvado él mismo; militó en las guerras de Flándes y Cataluña; estuvo preso en su país nativo doce años, acusado de una muerte, hasta que por último probó plenamente su inocencia, y tambien estuvo seis años desterrado en el Brasil. En medio de tantos contratiempos y aventuras, las letras fueron su consuelo. Sus obras en prosa y verso, y en las dos lenguas castellana y portuguesa, de algunas de las cuales hemos ya hablado, pasan de cien volúmenes impresos, y las inéditas aumentarian considerablemente este número; siendo muy de notar que en uno y otro idiomas obtuvo los honores de escritor clásico.

Su *Guerra de Cataluña*, escrita á la sazon que se hallaba preso, abraza solamente el corto período que él sirvió en ella, y se imprimió en 1645; por razones de política no la publicó con su nombre, y manifestándole un amigo suyo, en carta que le escribia, la sorpresa que le habia causado esta omision, le respondió con esta frase característica: «Ni el libro pierde nada por faltarle mi nombre, ni yo perderia nada por falta del libro.» Este tuvo una acogida muy favorable, y en verdad que la pintura de los primeros alborotos de Barcelona en la fiesta del Córpus, cuando la ciudad se llenó de sega-

dores y payeses bajados de la montaña; la lucha de facciones opuestas y exasperadas, las cuestiones y debates suscitados en la junta de la generalidad de Cataluña, y las discusiones de la que mandó formar en Madrid el conde duque de Olivares; el frustrado ataque del castillo de Monjuich por las tropas reales, y su desastrosa retirada, son cuadros pintados con el vigor y colorido que podia solo darles un hombre penetrado de los mismos sentimientos, y testigo ocular de las animadas escenas que describe. El estilo se ajusta admirablemente á la variedad del asunto: unas veces es robusto y animado, otras agudo y discreto, y no pocas nos recuerda á Tácito con su estudiado laconismo, oscura brevedad y repentinas transiciones. Lástima es que la obra sea corta, pues tiene las mismas dimensiones que la de Mendoza, á quien sin duda tomó por modelo; narrando solamente los sucesos de seis meses, que corresponden á fines de 1640 y principios de 1641.

Se ignora si Melo tuvo intenciones de continuar su historia; las notables razones con que termina, diciendo: «No pararon aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey en Cataluña, reservadas quizá á mayor escritor, así como ellas fueron mayores,» parecen indicar que no tuvo tal pensamiento, aunque, por otra parte, en el prólogo al lector, y aludiendo á la ocultacion de su nombre como autor del libro, dice estas palabras, dignas de atencion y que revelan el carácter del escritor: «Si en algo te he servido, pídote que no te entrometas á saber de mí mas de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio como lo he recibido en suerte; no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme, y si te

obligo, perdónote el agradecimiento; no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia, otra vez nos toparémos; ya me conocerás por la voz, yo á tí por la censura.» Pero cualquiera que fuere la intencion de Melo, el hecho es que sobrevivió mas de veinte años á la publicacion de su interesante obra, y sin embargo, nada hizo por continuarla [17].

Desde este período la composicion en prosa, que por largo tiempo habia adolecido del mal gusto de la época, declinó todavía mas. Verdad es que D. Diego Saavedra Fajardo, que vivió cuarenta años fuera de España, empleado en misiones diplomáticas, se educó en mejor escuela y siguió modelos mas aventajados que los que podian proporcionarle sus contemporáneos; pero su *Corona gótica*, publicada en 1646 en Munster, á la sazon que se hallaba allí de plenipotenciario español para la paz de Westfalia, es trabajo imperfecto, que no llegó á completar por haber muerto dos años despues en Madrid [18]. El único historiador notable de este período es pues D. Antonio de Solís.

Conocémosle ya como poeta dramático y lírico, y sabemos que en 1667 abandonó el mundo y se dedicó

[17] «Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, por Clemente Libertino» (D. Francisco Manuel de Melo), Lisboa, 1645; hay otras ediciones, como la de Sancha, 1808, 8.°, y la de Paris, 1830. De sus poesías castellanas hemos hablado ya en el tom. II. En cuanto á su vida y obras véase la «Biblioteca lusitana» de Diego Barbosa Machado (Lisboa, 1751-1759, 4 vol., fól.), de la cual nos hemos valido, como autoridad respetable en punto á la historia literaria portuguesa, aunque sus juicios son de escaso valor. Es una de las obras mas importantes y extensas de biografía y bibliografía; pero es tambien, por desgracia, una de las mas raras, por la circunstancia de haber perecido la mayor parte del tomo cuarto en el lastimoso incendio que siguió al gran terremoto de Lisboa en 1755. El autor, que habla algo de su persona y obras, nació en 1682 y murió hácia 1770.

[18] Continuó la obra de Saavedra, aunque pobremente, D. Alonso Nuñez de Castro, escribiendo hasta el reinado de D. Enrique II. Las dos reunidas forman siete tomos en la edicion de Madrid, 1789-1790, 8.°, y los dos primeros, que llegan hasta 756, son los de Saavedra.

exclusivamente al cumplimiento de los deberes del sacerdocio; pero, como cronista que era de Indias, creyó sin duda obligacion suya hacer algo en desempeño de un cargo á que es probable fuese unido algun salario ó ayuda de costas. Para ello escogió la *Conquista de Méjico*, describiendo la situacion de aquel imperio al acometerse tamaña empresa, contando el nombramiento de Cortés para el mando de la expedicion, y terminando su obra con la narracion de la toma de Méjico y prision de su emperador Guatimozin. El período es breve, puesto que solo abraza tres años, pero tan llenos de brillantes hechos, peligrosas aventuras y crímenes atroces, que difícilmente se encontrará en la historia del mundo época que se le pueda comparar en interés. Esta circunstancia es cabalmente la que da realce á la obra y embellece el asunto, pues Solís, que le miraba bajo los dos aspectos de historiador y artista, logró darle el colorido de un poema épico-histórico en grado eminente, haciendo que la suma de sus partes y episodios formase un armonioso conjunto, cuyo desenlace es la ruina del imperio mejicano.

El estilo de Solís es propio y peculiar suyo. Por el aspecto general del libro y el corte y estructura de las frases se echa de ver que escribia teniendo á la vista los historiadores romanos, y particularmente á Tito Livio; sin embargo, pocos prosadores españoles hay de lenguaje mas puro y castizo; la fraseologia, aunque algun tanto afectada, es, con todo, rica y armoniosa, acomodada al suceso novelesco cuya historia se propuso trazar, y brillante de espíritu poético; no es tan atrevido y robusto como Mendoza ni tan majestuoso y grave como Mariana, pero su númen y elocuencia le colocan al lado de estos escri-

tores, y la inalterable y constante popularidad que desde su aparicion ha disfrutado el libro, le hacen tan importante como cualquiera otro de los de su clase.

La *Conquista de Méjico* fué fruto de la vejez de su autor, y por tanto se echan de ver en ella los sentimientos y opiniones que le impulsaron á separarse de los intereses y cuidados mundanos. Al considerar aquella lucha feroz y maravillosa, Solís no quiso verla sino desde el altar mismo donde habia recibido las sagradas órdenes; á sus ojos los españoles no son mas que cristianos, los mejicanos nada mas que idólatras. La lucha que presencia y pinta es entre las fuerzas celestiales y las legiones del abismo. Los indios, injustamente atacados por los españoles so pretexto de desarraigar entre ellos abominables ritos, sin mas derecho que el que tuvieron Enrique VIII é Isabel para hostilizar á España so color de destruir los horrores de la Inquisicion; los miserables indios, repetimos, no excitan la menor simpatía en el corazon del autor, quien los ve frio é impasible sucumbir en la inútil, aunque heróica lucha que sostuvieron defendiendo lo que mas grata podia hacerles la existencia.

La obra de Solís, escrita con mucha perfeccion y en términos propios para lisonjear el amor propio nacional, fué desde luego bien recibida; pero esta acogida no significaba entonces lo que hoy, ni lo que en los tiempos de Lope de Vega. Publicada en 1684, merced al auxilio de un amigo, que sufragó los gastos, dejó al autor tan pobre como antes estaba. Hállanse acerca de esto en su correspondencia pasajes cuya lectura contrista y aflige, como por ejemplo cuando dice: «Tengo acreedores que me detendrian en la calle si me viesen con calzado nuevo,» y otro en que pide á un amigo una

capa para abrigarse en invierno. Sin embargo, no dejó de complacerle mucho el aplauso con que fué recibida su obra, en medio de que no se vendieron en un año mas que doscientos ejemplares. A los dos años falleció, «dejando, segun la fraseologia y hábitos propios de su tiempo, á su alma por heredera de su cuerpo, ó en otros términos, encargando que lo poco que dejaba se invirtiese en misas por su alma» [19]. Diego de Tobar, eclesiástico que confesó á Quevedo y á D. Nicolás Antonio, auxilió tambien al moribundo, y dulcificó los últimos instantes de su vida como lo habia hecho con aquellos insignes escritores [20].

Solís fué el último de los buenos escritores de la antigua escuela histórica española; escuela escasa durante sus mejores tiempos en autores distinguidos, y que en la general decadencia de la literatura patria participó de la suerte comun á todos los demás ramos. Y no podia suceder otra cosa: el espíritu de tiranía política en el gobierno y de despotismo religioso en la Inquisicion; la union, mas estrecha que nunca, del poder temporal y espiritual, debia necesariamente manifestarse mas hostil á las investigaciones históricas que á cualesquiera otras; de manera que aquel principio generoso de honradez é independencia nacional que revelan las antiguas crónicas, desapareció ahogado antes que pudiese dar sazonados frutos.

[19] Mad. d'Aulnoy («Voyage», ed. 1693, tom. II, pp. 17 y 18) explica esta costumbre, y pinta el extremo á que habia llegado en tiempo de Solís.

[20] Son muchas las ediciones de la «Conquista de Méjico»: la primera es la de Madrid, 1684, y la mejor la de 1783, 2 tomos, 4.° El autor del prólogo que precede á sus poesías dice: Solís dejó materiales para continuar la «Historia de Méjico», pero se ignora si existen. Mayans publicó algunas cartas y un compendio de su vida en 1733; despues las volvió á imprimir con mas correccion en sus «Cartas morales», edic. 1773.

A pesar de esto, varios historiadores que florecieron durante el gobierno suspicaz y receloso de la dinastía austriaca, no desmintieron, segun acabamos de ver, el carácter nacional. Mariana escribe con nervio y gallardía, Solís es fogoso y animado, Zurita se muestra investigador diligente y concienzudo, al paso que Mendoza, Moncada, Coloma y Melo, si bien trataron períodos reducidos y de menor interés, nos presentan bosquejos hechos de mano maestra, y comparables con lo mejor que en este género se encuentra en las literaturas históricas de los demás países. Todos estos autores son elocuentes, y sus obras, mas llenas de sentimiento que de filosofía, están escritas en un tono y estilo que, mas bien que el genio especial de sus autores, revelan el general del país que fué su cuna; por consiguiente, si no del todo clásicos, son enteramente españoles, y les sobra en originalidad y colorido lo que les falta en gracia y primor [21].

[21] Desde los tiempos de Cárlos V y Felipe II, cuando los cronistas en Aragon y Castilla formaban parte de la servidumbre real, los demás reinos incorporados á la monarquía comenzaron á manifestar deseo de tener historias particulares, como por ejemplo Valencia, que tuvo por historiadores á Vicyana, Benter, Escolano y Diago. Gran número de ciudades consiguieron además tener anales escritos cuando menos por un autor; obras algunas muy respetables y autorizadas, como la «Historia de Segovia» por Colmenares y la de Sevilla por Ortiz de Zúñiga; pero aunque desde mediados del siglo XVI á fines del XVII se escribieron mas historias locales en España que en ningun otro país de Europa, no sabemos que ninguna de ellas sea de tal importancia que merezca ocupar un puesto en la historia literaria del país; aunque no por eso debe mirarse con indiferencia el espíritu que las dictó.

Al imprimirse nuestras observaciones relativamente á las crónicas (primera época, cap. IX) no habiamos visto aun la «Cronica de los reyes de Navarra» del príncipe de Viana, cuya única edicion, hecha en Pamplona, 1843, 4.°, ha publicado don José Yanguas y Miranda. Escribió este libro en 1454 el príncipe don Cárlos, de quien ya hemos hablado (t. I, cap. XVIII, p. 369), que murió á la edad de cuarenta años en 1461, y cuya traduccion de las Eticas de Aristóteles se imprimió en Zaragoza en 1509. (Mendez, «Tipogr. esp.», 1796, p. 193.) La publicacion de la crónica se ha hecho con presencia de cuatro códices, y comprende la historia de Navarra desde sus primeros tiempos hasta Cárlos III, que subió al trono en 1390, refiriendo además algunos sucesos de principios del siglo XV.

El estilo es claro y sencillo, aunque no tan bueno como el de algunos autores castellanos contemporáneos;

sin embargo, refiere con gracia algunas tradiciones de la montaña relativas al orígen del reino y dignas de conservarse; unas casi con las mismas palabras de la Crónica general, otras con alteraciones y adiciones. Los trozos en que se advierte mayor semejanza entre ambas son: en la del Príncipe los capítulos 9 á 14 del libro primero, y en la general lo último de la parte III. Hay ocasiones en que Don Cárlos abandona las tradiciones universalmente recibidas, como cuando llama á la Cava *esposa* del conde don Julian, en vez de llamarla *hija*; pero en general su crónica está acorde con las tradiciones populares y las historias que quedan del período á que se refiere.

CAPITULO XXXIX.

Refranes ó proverbios: Santillana, Garay, Mal Lara, Palmireno, Oudin, Sorapan, Cejudo é Iriarte.—Prosa didáctica: Torquemada, Acosta, Fr. Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus, Malon de Chaide, Rojas, Figueroa, Marquez, Vera y Zúñiga, Navarrete, Saavedra, Quevedo, Antonio de Vega, Nieremberg, Guzman, Dantisco, Andrada, Villalobos, Paton, Aleman, Faria y Sousa, Francisco de Portugal.—Prosa gongorina: Gracian, Zabaleta, Lozano, Heredia, Ramirez.—Decadencia y ruina final de la buena prosa didáctica.

El último ramo de la literatura que por razon del estilo entra bajo la jurisdiccion de la crítica, es la prosa didáctica, porque siendo, como es, ajena de toda cualidad poética, la parte de ornamento es en ella mas accidental que en ningun otro género. En los tiempos modernos los franceses mas que otra nacion alguna, sin exceptuar los italianos, han manifestado empeño en vestir su prosa didáctica con las galas del estilo, al paso que los españoles han sido mas infelices que nadie en sus tentativas de cultivarla.

Hay, sin embargo, un género en que España se aventaja á los demás países, á saber: el de los proverbios, llamados vulgarmente «refranes», que son, segun Cervantes, «sentencias breves, sacadas de la luenga y discreta experiencia» [1]. Tienen los proverbios españo-

[1] «Don Quijote», part. I, c. 39.

les remotísima antigüedad; uno de los mejores, que dice: «Allá van leyes do quieren reyes», está enlazado con un suceso muy importante del reinado de D. Alonso VI, que murió á principios del siglo XII, cuando apenas puede decirse que existia la lengua castellana [2]. Otro tiene por fundamento una costumbre muy vulgar en tiempo de los siete infantes de Lara, y debe ser poco posterior al trágico fin de aquellos [3]. Tambien se hallan algunos en la *Crónica general*, una de las composiciones mas antiguas que hay en prosa española, y entre ellos aquel saladísimo adagio de «Fué por lana y volvió trasquilado», citado á menudo en el *Quijote*, que pinta perfectamente las esperanzas burladas [4]; otros en el *Conde Lucanor*, de D. Juan Manuel [5], y muchos mas en el Arcipreste de Hita [6], autores todos que florecieron en el reinado de Alonso XI.

En tiempos, pues, tan apartados como los que acabamos de señalar se hallan ya infinitas de estas frases sueltas y concisas, que pertenecen sin duda á los antiguos habitan-

[2] En la gravísima cuestion entre las dos liturgias gótica y romana, que turbó durante mucho tiempo la iglesia española, D. Alonso VI determinó arrojar ambos libros á una hoguera bendecida, declarando expresamente seria vencedor aquel que mejor resistiese al fuego. El códice gótico salió airoso de la prueba; pero el Rey quebrantó su promesa, y volvió á arrojarlo al fuego, dando así orígen, segun dicen, al refran citado en el texto. (Sarmiento, § 42.) Igual orígen se atribuye al refran: «Ni quito rey ni pongo rey», relativo á la lucha personal de D. Pedro el Cruel con su hermano y sucesor D. Enrique. Clemencin, «Don Quijote», tom. VI, p. 225.

[3] Disertacion de D. Juan Lúcas Cortés en los «Orígenes de la lengua española», de Mayans y Ciscar, t. II, p. 211; el refran es: «Entrale por la bocamanga y sácale por el cabezon,» ó «Metedlo por la manga, y salirse os ha por el cabezon».

[4] «Crónica general», parte III, y «Don Quijote», parte I, cap. 7.

[5] Por ejemplo: «Ayudadvos, y Dios ayudar vos ha,» hácia el fin, y el de «El bien nunca muere», que se halla en el primer cuento.

[6] «Quien en l' arenal sembra non trilla pegujares», copla 160. Pegujares es voz anticuada, que solo una vez se encuentra en el «Quijote», y que segun Clemencin (parte IV, p. 34) se deriva de la voz «peculio», y ambas del latin *pecus*. Véase tambien la partida IV, título XXVII, ley 7.

tes de España, y cuyo uso era tan familiar como notorio; mas en el reinado de D. Juan II, el marqués de Santillana recogió, á peticion del Monarca, hasta cien refranes métricos, de que ya hablamos en otro lugar, y unos seiscientos mas de aquellos que, segun él, «se decian por las viejas tras el huego.» Así pues, desde este período, ó mas bien desde 1508, en que se imprimió por primera vez dicha coleccion, bien puede decirse que los refranes ó proverbios de la lengua ocupan ya un puesto en la literatura didáctica [7].

Llegó á ser tan considerable el número de estos, ya conservándose entre el vulgo, ya imprimiéndose en colecciones, que comenzó á tenerse gran cuenta y estima de ellos. Blasco de Garay, racionero de Toledo, y que por lo tanto residia en un punto que puede llamarse el riñon de Castilla, publicó una larga carta en refranes, á la que añadió despues otras dos del mismo género, que dijo haber encontrado; mas á mediados de aquel mismo siglo recibian los refranes, si cabe, mayor honor aun [8]. Pedro de Valles, autor de la *Vida del marqués de Pescara*, publicaba en 1549 un catálogo alfabético de cuatro mil y trescientos de ellos, y el célebre comendador griego Hernan Nuñez de Guzman, tan

[7] Reimpresos por Mayans, «Orígenes», t. II, p. 179-210.—Véanse tambien los «Proverbios de Séneca», por Pero Diaz de Mendoza, citados en la nota 33 del primer periodo, tom. I, p. 401.

[8] Imprimiéronse en Zaragoza, 1549, 4.°, con el título de «Cuatro mil y trescientos refranes puestos por el A, B, C». Las «Cartas de Blasco de Garay» se han impreso muchas veces, pero la edicion mas antigua y completa que hemos visto es la de Venecia, 1553, 8.°, aunque no es probable sea la primera. La segunda carta no está en refranes, y en la edicion citada hay despues una oracion devota, pues el autor dice «que no es tanto su intencion el hacer provecho á los muy bien doctrinados, cuanto á los que no suelen leer sino á Celestina ó cosas semejantes». Los «Proverbios» de Francisco de Castilla, unidos á su «Teórica de virtudes» (1552, ff. 64-69), no son refranes, sino una exhortacion en verso á la vida santa y virtuosa.

notable por su erudicion como por su noble cuna, catedrático en Alcalá y despues en Salamanca, se entretenia formando en su vejez una nueva coleccion, y reuniendo hasta el número de seis mil. Los mas están ilustrados, unos con breves glosas, otros con los correspondientes adagios en otras lenguas. Continuó Nuñez su trabajo hasta que, viendo que le faltaban ya las fuerzas, encargó la conclusion de él á un su amigo y compañero de universidad, quien dió á luz el libro en 1555, dos años despues de la muerte de su autor, advirtiendo en el prólogo que lo hacia mas por respeto á la memoria del difunto que por considerar digna y decorosa semejante ocupacion [9].

A mas de estas colecciones de refranes, formó otra el sevillano Mal Lara, amigo del Comendador, escogiendo mil de ellos é ilustrándolos con copiosos comentarios. Publicóla en 1568 con el título adecuado de *Filosofía vulgar*, libro que, á pesar de su indigesta y pesada erudicion, se lee aun con gusto, tanto por el buen estilo de algunos trozos, como por las curiosas anécdotas históricas que contiene. Lorenzo Palmireno, natural de Valencia, imprimió en 1569 otra coleccion de unos doscientos refranes exclusivamente referentes á la mesa, á la salud y buena crianza; lo cual prueba cuán sentenciosa es la lengua que tantos aforismos populares encierra sobre un solo asunto. Otra publicó en Paris, en 1608, el francés César Oudin para uso de los extranjeros, señal evidente de lo general que era á la sazon en Europa la lengua castellana. Por los años de 1616 y 17 dió á luz el médico granadino

[9] El prólogo de Leon de Castro indica que la obra se imprimió ya en vida de Nuñez, que murió en 1553; pero ninguna edicion conocemos anterior á la de 1555. Véase la nota de Pellicer al «Quijote», parte II, cap. 34.

Sorapan de Rieros, en dos partes, una coleccion de refranes destinados al enseñamiento de la medicina doméstica, así como Mal Lara habia antes inculcado los principios de la vulgar filosofía, y finalmente Cejudo, maestro de latinidad de la villa de Valdepeñas, imprimió otros seis mil, confrontados con los latinos que pudo hallar, y acompañados de explicaciones mas claras y extensas que las dadas por sus antecesores [10].

Mas, á pesar de tantas publicaciones, son todavía infinitos los inéditos que solo se conservan en la tradicion oral de las clases donde primero se formaron. Don Juan de Iriarte, apreciable literato y bibliotecario de S. M. durante cuarenta años, reunió á mediados del pasado siglo veinte y cuatro mil de ellos, y no es de suponer que un solo individuo, por diligente que fuese, y residiendo en la corte, pudiese juntar tan crecido número, sin que en las demás provincias y dialectos de la monarquía quedasen otros muchos, conocidos solo del vulgo [11].

[10] «La Filosofía vulgar de Juan de Mal Lara, vecino de Sevilla» (Sevilla, 1558; Madrid, 1618, 4.°), escritor muy conocido en su tiempo, y del cual hicimos ya mencion al tratar de los poetas dramáticos. Murió en 1571 á la edad de cuarenta y cuatro años. («Seman. Pintor.», 1845, p. 34.) La coleccion de Palmireno se reimprimió á continuacion de la de Nuñez en la edicion de Madrid, 1804, 4 vol., 12.° La de Oudin es de Bruselas, 1611, 8.° La «Medicina española en proverbios vulgares de nuestra lengua», de Juan Sorapan de Rieros, se imprimió en Granada, 1616-1617 4.°, en dos partes. «Refranes castellanos con latinos, etc., por Jerónimo Martin Caro y Cejudo», Madrid, 1675, 4.°, reimpreso en 1792. No citamos los «Apotegmas» de Juan Rufo (1596) ni la «Floresta de apotegmas,» de Santa Cruz (impresa por primera vez en 1574), libro muy agradable, alabado por Lope de Vega en su primera novela, porque mas bien es una coleccion de chistes que de refranes ó proverbios. Los «Proverbios morales» de Cristóbal Perez de Herrera (Madrid, 1618, 4.°) están en verso, y valen tan poco que apenas merecen ser citados.

[11] Vargas Ponce «Declamacion, etc»., Madrid, 1793, 4.°—Apénd., p. 93. Un escritor anónimo de fines del siglo pasado, al hablar de las colecciones de proverbios ó refranes, y principalmente de la formada por Iriarte, dice que la mayor y mas completa es la de Don Gonzalo Correa. Véase la «Defensa de Don Fermin Perez, autor de la carta de Paracuellos», Madrid, 1790, 8.°, p. 30. Es pues de esperar que una ú otra de estas colecciones parezcan algun dia y se dé á la imprenta.

Los Proverbios de Alonso de Barros, concordados por Bartolomé Jimenez Paton (4.°, Baeza, 1615), son mil

No es fácil explicar por qué razon los refranes abundan tanto en la lengua española, y mucho mas que en otra alguna; es posible que los árabes, cuyo idioma es tan rico en este ramo, dejasen algunos en herencia á los españoles; quizá tambien sean planta indígena del suelo castellano, criada y cultivada por las clases bajas. Mas, sea de esto lo que fuere, constituyen uno de los ramos mas agradables y propios de la literatura nacional, y quienquiera que los haya estudiado no podrá menos de convenir, con el discreto y profundo autor del *Diálogo de las lenguas*, que en los antiguos refranes es donde se halla toda la pureza y primor de la lengua castellana [12].

Pasando ahora á la prosa didáctica propiamente dicha, el primer modelo que hallamos en este género, dejando á un lado los ya citados, y que generalmente no son mas que imitaciones de las discusiones filosóficas italianas del siglo XVI, toca en los límites de la ficcion. Intitúlase *Jardin de flores curiosas*, y es obra de Antonio de Torquemada, que la imprimió en 1570. En el escrutinio de la librería de D. Quijote, dice el cura que no sabe determinar cuál de los dos libros era mas verdadero ó por decir mejor, menos mentiroso, si el *Jardin* ó el *Don Olivante de Laura*, libro de caballerías del mismo autor, tan

y cien proverbios griegos y latinos traducidos en verso castellano; y por lo tanto muy pocos hay que sean genuinos españoles. De estos últimos, como unos 1700, sacados en la mayor parte del Diccionario de la Academia Española y convenientemente declarados, se hallarán en la coleccion intitulada: «Refranes de la lengua castellana», Barcelona, 1815, dos tom., 8.º Sobre los «Apotegmas» de Santa Cruz arriba citados se hallará una interesante noticia en el tratadito de F. Wolf sobre la crónica burlesca del emperador Cárlos V compuesta por el truan D. Francesillo de Zúñiga, pp. 2-3 y nota.

[12] Mayans («Orígenes», t. I, pp. 188-191) y el «Diálogo de las lenguas», p. 12.

El primer libro que se presenta á la memoria para probar la abundancia de los refranes castellanos es el «Quijote», pero en «La Celestina» se hallan cuando menos en número igual y con aplicacion mas profunda y maliciosa.

lleno de absurdos, que pasó sin discusion al brazo secular del ama, y de allí á la hoguera que en el patio ardia. A pesar de tan rigurosa sentencia, el *Jardin de flores* es un libro curioso, y consta de seis diálogos entre tres amigos que discurren acerca de las producciones monstruosas de la naturaleza, del paraíso terrenal, de fantasmas y encantamientos, de la influencia de los astros, y de la historia y propiedades de los países mas cercanos al polo del Norte. En realidad es una mezcla de ridículas consejas y casos extravagantes, tal cual podia á la sazon hacerla un erudito versado en los escritos de Aristóteles, Plinio, Solino, Olao Magno y Alberto Magno, añadido lo que el autor halló entre los hombres mas crédulos de su tiempo. Sin embargo, la forma, á la sazon popular, que Torquemada dió á su libro, y su agradable estilo, le proporcionaron una acogida bastante lisonjera; imprimióse varias veces en castellano, tradújose despues al italiano y al francés, y no es desconocido á los aficionados á la literatura del tiempo de Isabel de Inglaterra, habiendo sido vertido al inglés con el extraño título de *El Mandeville español.* A esto añadirémos que algunos de los cuentos de apariciones y trasgos están escritos con suma gracia, y que el mismo Cervantes, aunque trató al libro con bastante desprecio en el *Quijote*, recurrió á él mas adelante en busca de hechos y aventuras fantásticas, relativas á las tierras de Finlandia é Islandia, donde colocó la escena de su primera parte del *Persiles* [13].

[13] «Jardin de flores curiosas, por Antonio de Torquemada» (1570, 1573, 1587, 1589). La primera edicion de Ambéres, 1575, 12.°, ocupa 536 páginas. «The spanish Maundeville of Miracles», Londres, 1600, 4.°, es una buena traduccion inglesa, hecha por Fernando Walker. La obra original se prohibió rigurosamente en el «Indice expurgatorio de 1667», p. 68.

No hemos logrado ver los «Colloquios satíricos» del mismo autor.

Cristóbal de Acosta, médico y botánico portugués, llamado el Africano, por ser natural de las posesiones portuguesas de Africa, viajó mucho por Oriente, y á su vuelta, en 1578, publicó un libro acerca de las plantas y drogas de aquellas regiones, añadiendo al fin un tratado especial del elefante y su historia natural. Pero, aunque consiguió llamar con su obra la atencion de Europa, y aunque en su juventud fué soldado, aventurero y hasta cautivo de ladrones y piratas, Acosta consagró parte de sus últimos años al recogimiento y á la vida religiosa, publicando varios escritos, y entre ellos un tratado en contra y pro de la vida solitaria y otro de *Loores de mujeres*. Imprimióse este último en 1592, y aunque erudito en demasía, se lee, si no con gusto, al menos con interés [14].

Mas no fueron los escritores de moral y de filosofía, como Perez de Oliva y Guevara, ni los de física ó historia natural, como Acosta y Torquemada, los que mas éxito obtuvieron en los reinados de Felipe II y III. Todo el favor se guardó para los autores místicos y ascéticos, producto espontáneo del suelo español y fieles intérpretes, sin exceptuar casi ninguno, del antiguo carácter castellano.

Ocupa entre ellos un lugar de los mas eminentes Fr. Luis de Granada, predicador insigne, y mas notable aun por la mística elocuencia de sus escritos. Sus *Meditaciones para los siete dias de la semana*, su *Tratado de la oracion y*

[14] «Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales, por Cristóbal Acosta». Imprimióse en Búrgos, (1578, 4.°), donde el autor era cirujano, pero hay otras ediciones (1582 y 1592) y se tradujo al francés y al italiano á poco de publicarse. El «Tratado en loor de las mujeres, por Cristóbal Acosta, africano», se imprimió en Venecia, 1602, 4.°, y no conocemos otra edicion de él.

Barbosa, en su «Biblioteca», le llama Da-Costa.

consideracion, su *Símbolo de la fe* y su *Memorial de la vida cristiana* fueron luego traducidos del castellano al latin, francés, inglés é italiano, uno de ellos al turco y al japonés, y lo mismo que todas sus demás producciones, continúan aun hoy dia imprimiéndose y leyéndose do quiera que se habla la lengua castellana.

La mas notable de todas sus obras es su *Guia de pecadores*, publicada por primera vez en 1556; consta de dos tomos de regular tamaño, y tiene trozos de aquella difusa declamacion que se advierte en las obras del venerable Juan de Avila, el apostól de Andalucía, cuyo amigo é imitador Fr. Luis se precia frecuentemente de haber sido. Mas el tono general de la obra es una elocuencia tierna, sentida y armoniosa, que ha hecho de ella el libro devoto de mas popularidad y boga en España desde el momento mismo en que vió la luz pública, derramándose y creciendo su reputacion hasta traducirse á casi todas las lenguas europeas, inclusa la griega y la polaca, y acercándose en su tiempo al puesto que en la literatura religiosa de la cristiandad ocupa el gran libro ascético conocido con el nombre de Tomás de Kempis. En medio de todo, la *Guia de pecadores* tuvo que luchar á su primera aparicion y en su país nativo con no pocos obstáculos; al año de impresa estaba ya incluida en el Indice expurgatorio, y parece ser que desde la primera edicion hasta la de Salamanca, hecha en 1570, todas se prohibieron. Con el tiempo, sin embargo, fué condenado el mismo Indice expurgatorio en que se habia incluido la obra de Fr. Luis, y pasando al extremo opuesto, la Iglesia llegó á conceder indulgencias á cuantos leyesen ú oyesen leer un capítulo del libro que pocos años antes se habia censurado.

Fray Luis de Granada pasó los últimos años de su vida en Lisboa, ya por evitar las repetidas molestias con que en España le aquejaba la Inquisicion, ya que el cumplimiento de sus deberes le obligase á residir en aquella capital. Sea cual fuere la causa, el hecho es que disfrutó aun mayor fama y popularidad en Portugal que en España, y cuando falleció, en 1588, pudo exhalar el último suspiro con la satisfaccion de haberse negado á admitir los puestos mas elevados de la Iglesia portuguesa, y haber consagrado una vida larga y llena de humildad á la reforma y engrandecimiento de la órden de Predicadores, cuyo activo y venerado general habia sido durante sus mejores años [15].

San Júan de la Cruz, imitador hasta cierto punto de Fr. Luis de Granada, nació en 1542, y despues de haber empleado casi toda su vida en reformar la disciplina de los conventos del Cármen, falleció en 1591 y fué beatificado en 1674. Sus obras son especialmente contemplativas, y respiran tal fervor, que le granjearon e sobrenombre de Doctor estático. Las principales son las alegorías intituladas *Subida al monte Carmelo* y *Noche escura del alma*, tratados que le dieron gran reputacion como trozos de elocuencia mística; que unas veces se elevan hasta lo sublime y otras rayan en lo oscuro é ininte-

[15] Prólogo á las «Obras de fray Luis de Granada», Madrid, 1657, fólio, y Prólogo á la «Guia de pecadores», Madrid, 1781, 8.°; Nicol. Ant., «Bib. Nov.», t. II, p. 38. Llorente, «Hist.», t. III. p. 23. Escribió mucho, y sus obras merecieron el insigne honor de ser publicadas en la imprenta Plantiniana á expensas del famoso duque de Alba, ministro y general de Felipe II.

Para dar una idea de la popularidad que la traduccion francesa de esta obra obtuvo en Francia por los años de 1660, pudiera citarse la escena primera del «Sganarello», de Molière, en que el padre, al amonestar á su hija sobre la eleccion de un marido y recomendarla la lectura de ciertos libros devotos en lugar de novelas como «La Clélie», á que era muy adicta, le nombra, entre otros, la «Guia de pecadores», calificándola de libro excelente.

ligible; sus poesías, algunas de las cuales se imprimieron con sus demás obras, pertenecen al mismo género y son notables por lo abundante y puro de la diccion [16].

Santa Teresa, á quien S. Juan de la Cruz tomó por auxiliar en la grande obra de la reforma del Cármen, ó que mas bien fué la principal autora y promovedora de ella, murió en 1582, á la edad de sesenta y siete años. Sus obras didácticas, entre las que se distinguen *El Camino de la perfeccion*, y *El Castillo interior ó las Moradas*, aunque mas declamatorias, no son tan oscuras como las de su compañero y auxiliar. En cuantas obras compuso, inclusa su propia vida, y varias discusiones, enlazadas con los ejercicios religiosos que practicaba, se advierte cierta repugnancia por su parte, y se echa de ver que si escribia, lo hacia solo por obediencia á sus superiores. Creia estar en comunicacion frecuente y directa con Dios, y como cuantos la rodeaban tenian la misma creencia, instábanla sin cesar á que comunicase al mundo lo que todos miraban como revelaciones de la divinidad. En cierto lugar de sus obras exclama: «Estando meditando, se me apareció el Señor en una vision, como acostunbra, y me alargó su diestra, diciéndome: «Mira esa herida del clavo; pues es señal de que dende hoy eres mi esposa; hasta este instante no eras digna de serlo, pero en adelante mirarás mi honra no solo como cosa de tu Criador, rey y Dios, sino como de tu esposo, porque ya mi honra es tuya y tu honra es mia.» Intimamente persuadida de que Dios la favorecia

[16] «Obras de San Juan de la Cruz», Sevilla, 1703, fól., 12 ª edicion.
Hay una Vida muy curiosa de este padre escrita en 1623 con el título de «Suma de la vida y milagros del venerable Fray Juan de la Cruz». Imprimióse en Ambéres, 1625, 4.°, y el objeto de su autor parece no haber sido otro que preparar el camino para su canonizacion, que tuvo lugar después.

con continuas revelaciones de esta especie, la santa escribia con rapidez y con brio, aunque con cierto desaliño, de donde resulta que su estilo es difuso y á veces incorrecto, si bien los españoles, llenos de reverencia por su nombre, se han abstenido de toda crítica literaria de sus escritos.

Por otra parte, hay tal animacion, sinceridad y ternura en su modo de expresarse, que sus obras son y han sido siempre la lectura favorita de sus paisanos y correligionarios. La Inquisicion la persiguió durante su vida, mas despues de muerta sus manuscritos se recogieron con piadoso esmero, y en 1588 los dió á luz Fr. Luis de Leon, exhortando á todos á seguir sus gloriosas huellas, y diciendo: «Mientras vivió vió á Dios cara á cara, y despues de muerta os le está mostrando» [17].

Esta escuela de misticistas, á la que pertenecieron el venerable Juan de Avila y Fr. Luis de Leon, de quienes ya hemos hablado, produjo á no dudarlo grandes resultados en la prosa didáctica española; elevó su entonacion, é hizo lo que durante cerca de dos siglos no se habia podido lograr, que fué colocarla sobre los antiguos y robustos cimientos en que la habian puesto los cronistas

[17] «Obras de Santa Teresa», Madrid, 1793, dos tom., 4.°, t. I, p. 393. Hemos hablado antes de sus cartas, y en el «Examinador cristiano», n.° 52, Boston, marzo de 1849, hay un excelente artículo sobre su carácter y la escuela mística á que pertenecia. Suelen acompañar á sus obras notas de las indulgencias concedidas á los que lean ú oigan leer un capítulo ó una carta. En punto á sus cuestiones con la Inquisicion, puede verse á Llorente, t. III, página 114. Santa Teresa fué beatificada en 1614 y canonizada en 1622; además las cortes de 1617 y 1626 la declararon patrona de España, asociándola á Santiago; honra que le fué disputada por mucho tiempo, pero que confirmó despues Cárlos II en su testamento, y en último lugar las cortes de 1812, á peticion de la religion carmelita, con un espíritu digno de la época en que vivió su fundadora. Véase á Southey, «Historia de la guerra de la independencia», Lóndres, 1832, 4.°, t. III, p. 359.

Las «Obras de Santa Teresa» empiezan á ser muy conocidas en los Estados-Unidos. En 1851 su «Vida» y su «Camino de perfeccion» se imprimieron en una coleccion de libros piadosos para uso de los católicos.

y demás escritores notables en prosa, como Lucena y otros. Estos esfuerzos dieron, ya que no pureza y primor, al menos dignidad y decoro al estilo; de modo que á fines del reinado de Felipe II, no solo importaba mucho mas que antes al buen nombre y reputacion de un autor el escribir bien en prosa sobre cualquier asunto grave, sino que con tales modelos por delante, fué tambien mucho mas fácil el hacerlo. Bajo este punto de vista el impulso llevaba buena direccion y dió excelentes resultados; aunque por otra parte es preciso no olvidar que esto mismo perpetuó en la literatura didáctica española cierta tendencia á la declamacion pomposa y florida, que siempre fué uno de sus defectos, y del cual nunca despues se ha podido emancipar completamente, á pesar de los muchos escritores eminentes que han cultivado el género.

En prueba de esto citarémos *La conversion de la Magdalena*, de Malon de Chaide, publicada en 1592, poco despues de muerto su autor; es libro enteramente religioso y que se divide en cuatro partes, de las cuales la primera es introduccion y las tres restantes tratan del carácter de la Santa en sus tres conceptos, de pecadora, penitente y santa. Reina en toda ella un colorido excesivamente retórico, que á veces raya en novelesco, tal es la libertad con que están trazados el carácter y pláticas de la heroina; pero hay trozos muy curiosos, como los que tratan de los vestidos profanos y pinturas devotas, y otros tiernos y animados, como el capítulo en que aconseja la penitencia antes de llegar á la vejez. El tono moral es generalmente severo, y el autor respira en todas partes el espíritu monástico, atacando con la mayor violencia á los libros de caballerías, y repren-

diendo, no solo la lectura de los antiguos clásicos, sino la de poetas españoles como Garcilaso, bajo la persuasion y creencia de que el admirarlos y leerlos era incompatible con la fe y religion cristiana; de vez en cuando es demasiado místico, y aunque el estilo corre con su ordinaria fluidez, no siempre el pensamiento es claro é inteligible. Considerado, sin embargo, en su totalidad, y mirado como una exhortacion á la vida religiosa, el libro de *La conversion de la Magdalena* está escrito con tal abundancia de estilo, que desde su primera publicacion fué muy leido, y en tiempos muy posteriores no ha cesado de reimprimirse y admirarse [18].

Completamente diverso es el *Viaje entretenido*, de Agustin de Rojas, obra harto difícil de clasificar, pero que fué siempre muy popular. Fué su autor cómico representante, y la obra contiene la narracion de sus propias aventuras, puesta en forma de diálogo entre él y tres compañeros mas que recorren varias ciudades principales de España, ejerciendo su profesion de cómicos de la legua; caminan á pié, y sus coloquios, algun tanto libres y animados, forman un libro ameno y entretenido. En él se describen varios de los pueblos que visitan, y se dan noticias históricas locales; á veces el mismo Rojas cuenta de una manera que nos recuerda al Gil Blas, sus propias aventuras, los sucesos de su vida anterior, y los trabajos que pasó, ya como soldado

[18] Malon de Chaide fué fraile agustino y catedrático de la universidad de Salamanca; hay ediciones de su «Conversion de la Madalena», de 1592, Alcalá, 8.º; de 1596, 1603, 1704, etc. Precedió á este libro otro bastante parecido intitulado: «Historia de la reina Sabá, cuando discurrió con el rey Salomon en Jerusalen», escrito por Fray Alonso de Orozco, tambien agustino, autor fecundísimo. Imprimióse en Salamanca en 1568, 8.º, y es una coleccion de sermones, en algunos de los cuales no se nombra siquiera á la reina Sabá; es puramente un obsequio hecho á la reina doña Isabel, mujer de Felipe II, cuyo capellan fué Orozco.

prisionero en Francia, ya como farsante en España. Tambien contiene algunas ficciones novelescas ó cosas que lo parecen, como el cuento en que Shakspeare fundó su Cristóbal Sly y la introduccion á su *Brava domada;* mas en general la obra se contrae al teatro, y á la ocupacion y aventuras de los cuatro alegres camaradas, ya en Sevilla, Toledo, Segovia, Valladolid y Granada, ya en el camino hácia dichas ciudades; todo esto mezclado con unas cuarenta ó cincuenta loas, obra del mismo Rojas, y de las que se muestra no poco vanidoso. En resúmen, el libro, aunque desordenado y falto de plan, es agradable y muy importante para la historia del drama español, así como tambien bastante ingenioso y agudo para haber llamado la atencion de Scarron, quien tomó de él la idea de su *Roman comique*. A juzgar por las fechas que en él se citan, debió escribirse hácia 1602, y al fin de él se promete una continuacion, promesa que, como otras muchas de su especie en la literatura española, no llegó á cumplirse [19].

Es probable que la obra de Rojas sirviese de prototipo á *El Pasajero*, de Cristóbal Suarez de Figueroa; lo cierto es que este escritor, conocido ya por su *Constante Amarílis*, publicó en 1617 con aquel título un libro semi-narrativo y semi-didáctico, compuesto de diez extensos diálogos entre cuatro interlocutores, que viajando desde Madrid á Barcelona con el fin de embarcarse para Italia,

[19] Nicolás Antonio («Bib., Nov.», tomo I, p. 178) cita equivocadamente una edicion de 1583, que no pudo existir. Véase el «Viaje», Madrid, 1640, fol. 66. La primera debió ser la de Madrid, 1603, que cita el «Indice expurgatorio de 1667», tratándola con mucho rigor; despues se imprimió repetidas veces. Clemencin («Don Quijote», tomo III, p 395), al hablar de los cómicos españoles, llama, y con razon, al «Viaje de Rojas» libro magistral en la materia. Otra obra escribió con el título de «El Buen Repúblico», que fué rigurosamente prohibida y no hemos logrado ver.

discurren acerca de varios puntos de moral, política, erudicion y letras. El autor dió á estos discursos dialogales el nombre de *alivios*, es decir, descansos ó pausas en el camino; el que dirige la conversacion es siempre el mismo Figueroa bajo el nombre de El Doctor, quien, así en lo relativo á su persona como en lo tocante á los demás literatos de su tiempo, es bastante inmodesto.

Su biografía, que se halla en el alivio octavo, es interesante en extremo, y no lo son menos el noveno y décimo, en que pinta el estado de España en aquella época, y qué medios habia entonces de vivir honradamente. Los mas importantes son sin disputa el tercero, que trata del teatro, y el cuarto, donde se describe la elocuencia del púlpito que entonces estaba de moda. El estilo es difuso, pero no tan declamatorio como el de otras obras didácticas de su tiempo [20].

Una buena parte de los mejores trozos de prosa didáctica española en el siglo XVII son tratados políticos. El P. Marquez, escritor de los buenos tiempos de

[20] «El Pasajero», advertencias utilísimas á la vida humana, por el Doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, Madrid, 1617, 8.° Figueroa publicó tambien (Madrid, 1621, 4.°) otro tomo de quinientas páginas con el título de «Varias noticias importantes á la humana comunicacion», dividido en veinte capítulos que intitula «variedades». No está tan bien escrito como «El Pasajero», y se resiente de los defectos comunes en su época; pero el capítulo XVII, que trata de la vida doméstica, con ilustraciones sacadas de la «Historia de España», es en extremo agradable. Su «Plaza universal de todas las ciencias», impresa por primera vez en Madrid, 1615, 4.°, y reimpresa en fólio con muchas adiciones en 1737, es una especie de enciclopedia ó cuadro general de los conocimientos humanos; obra curiosa, en cuanto manifiesta lo que á la sazon se sabia en España, aunque de escaso valor bajo los demás conceptos.

Pudiéramos aquí añadir otro libro bastante notable, y es el «Viaje del Mundo», de Pedro Ordoñez de Ceballos, impreso por primera vez en Madrid, 1614, 4.° Su contenido se reduce á la vida del autor, escrita de una manera agradable, comenzando con su nacimiento en Jaen, su educacion en Sevilla, y prosiguiendo la relacion de sus viajes por espacio de treinta y nueve años en todo el globo, inclusas las Américas, China, gran parte del Africa y las regiones septentrionales de Europa. Respira el espíritu nacional de su época, y está escrita con sencillez y buen lenguaje.

He visto otra obrita de Ceballos, in-

Felipe II, publicó en 1612 su *Gobernador cristiano*, obra compuesta á ruego del duque de Feria, virey entonces de Sicilia, quien quiso que sirviese de contestacion al famoso *Príncipe* de Nicolás Machiavelli[21]. Vera y Zúñiga, conde de la Roca y autor del extraño poema épico de la *Conquista de Sevilla*, mejor ministro de Felipe III que poeta, publicó en 1620 un tratado, dividido en cuatro discursos, sobre el carácter y deberes de un embajador; libro lleno de erudicion, é ilustrado de vez en cuando con anécdotas y ejemplos convenientes, sacados de la historia de España, aunque lleno por otra parte de citas tomadas indistintamente de escritores respetables y de obras completamente desautorizadas; de tal manera, que para apoyar las graves doctrinas que su autor sustenta, parece dar el mismo valor á una frase de Ovidio que á una sentencia de Felipe de Comines[22]. Pedro Fernandez Navarrete, secretario del mismo monarca, tomando un asunto aun mas elevado é importante, dió á luz en 1625, con nombre supuesto, una carta á cierto ministro de un rey de Polonia, personaje ideal, describiendo lo que, segun él, debia ser un privado; se advierte que al escribir el autor no pensaba mas que en España, y que su obra está plagada de erudicion inoportuna y alambicados conceptos; defectos que la tienen condenada al olvido[23].

titulada «Relaciones verdaderas de los reinos de la China, Cochin-China, Champaa, etc.» (Jaen, 1626, 4.°), llena toda de sus extrañas aventuras en aquellos remotos países, y de los progresos del cristianismo en la China.

[21] «El Gobernador cristiano», deducido de las vidas de Moysen y Josué, por Juan Marquez. Hay ediciones de 1612, 1619, 1634, etc., y traducciones al italiano y al francés. Marquez escribió tambien los dos «Estados de la espiritual Jerusalem», 1603; nació en 1564 y murió en 1621. Capmany («Elocuencia», tom. IV, pp. 103, etc., le elogia mucho.

[22] «El Embajador», por Juan Antonio de Vera y Zúñiga, Sevilla, 1620, 4.° Hemos hablado de él como poeta épico.

[23] «El perfecto privado», carta de

No puede decirse lo mismo de las *Empresas políticas*, de D. Diego de Saavedra Fajardo, que murió en Madrid en 1648, despues de haber servido á su patria largo tiempo en la carrera diplomática. El asunto es mas elevado que el que trataron Navarrete y Figueroa, y tambien es mayor el talento del autor. Bajo la extraña y singular combinacion de cien emblemas ó empresas, con sus correspondientes motes, que en general están muy bien escogidos y aplicados, el autor nos presenta cien discursos acerca de la educacion de un príncipe, explicando sus relaciones con sus ministros y súbditos, sus deberes como jefe del Estado en los negocios propios y extraños, y finalmente, las obligaciones para consigo mismo en la vejez y en la muerte; plan general, ideado para enseñanza del príncipe don Baltasar, hijo de Felipe IV, que murió muy joven, y que por lo tanto no pudo aprovechar tan sábias lecciones. Su lectura nos recuerda á menudo el *Consejo de gabinete*, de Sir Walter Raleigh, y las *Revoluciones*, de Owen Feltham; comparacion que pocas obras en prosa española podrian soportar. Las *Empresas* de Saavedra fueron muy bien recibidas del público y han seguido despues en bastante buen concepto; imprimiéronse por primera vez en Munster, 1640, y posteriormente se han reimpreso con mucha frecuencia, traduciéndose á casi todas las lenguas europeas [24].

Lelio Peregrino á Estanislao Borvio, privado del rey de Polonia». Se imprimió en 1625. (Ant., «Bib Nov.») Nosotros la hemos visto en una coleccion intitulada «Varios elocuentes libros recogidos en uno» (Madrid, 1726, 4.°), que además de la obra de Navarrete, contiene: «Retrato político de Alonso VIII», por D. Gaspar Mercader y Cervellon (Jimeno, tom. II, p. 99); el «Gobierno moral», de Jacinto Polo, y el «Heráclito defendido», obra de Antonio de Vieyra, leida en Roma á Cristina de Rusia; en la que se trata de probar que el mundo debe movernos mas bien á llanto que á risa: tratados todos, aunque ingeniosos, escritos en el peor gusto de la época.

[24] «Empresas políticas, idea de un príncipe cristiano, por D. Diego Saa-

Es posible que la *Política de Dios y gobierno de Cristo*, de D. Francisco de Quevedo, que fué publicada, parte antes que las *Empresas*, y parte despues, sugiriese á Saavedra el asunto, ya que no el plan, de su obra; la misma influencia pudo ejercer aquel gran escritor satírico en el portugués Antonio de Vega, autor del *Perfecto Señor* [25], en el P. Juan Eusebio Nieremberg, de la compañía de Jesus, que en 1629 publicó su libro de *Obras y dias, manual de señores y príncipes* [26], y en Benavente, autor de las *Advertencias para reyes, príncipes y embajadores*, que salieron á luz en 1643 [27]. Mas ninguno de

vedra Fajardo». El número de ediciones es muy grande, y tambien lo es el de las traducciones. Solo inglesas conocemos dos, de las cuales una fué hecha por Sir J. Astry, Lóndres, 1700, 2 volúmenes, 8.° Otra latina, publicada en Bruselas, 1640, el mismo año que se publicó el original en Munster, se reimprimió despues.

[25] «El perfecto señor, etc.», de Antonio Lopez de Vega: este autor publicó tambien (Madrid, 1641, 4.°), con el título de «Heráclito y Demócrito de nuestro siglo», una coleccion de diálogos morales sobre varios asuntos, como el rango, la riqueza, las letras, etc.; tratando la cuestion los interlocutores, que son los dichos filósofos, segun sus respectivas y opuestas inclinaciones y carácter. El libro pinta bien las opiniones y gustos de la época, y está escrito con una sencillez que agrada. Ya hemos hablado en otro lugar de las poesías de Antonio de Vega.

[26] «Obras y Dias», manual de señores y príncipes, por Juan Eusebio Nieremberg, Madrid, 1629, 4.° El autor, hijo de padres alemanes, que fueron á España con la emperatriz María, nació en Madrid en 1595 y murió en la misma villa en 1658. Nic. Ant. («Bib. Nov.», tom. I, p. 686) y Baena (tom. III, p. 190) dan el numeroso catálogo de sus escritos, cuya mayor parte está en latin. Las «Reflexiones sobre el estado del hombre», publicadas en 1684, diez y siete años despues de la muerte de Jeremías Taylor, como obra suya, se sabe están tomadas casi á la letra de un libro de Nieremberg, impreso ya en 1654, é intitulado «Diferencia de lo temporal y eterno»: verdad es que las «Reflexiones» son mas bien una refundicion de la traduccion de Nieremberg al inglés hecha por Sir Vivian Mullineaux y publicada en 1672. (Véase el interesantísimo folleto intitulado «Carta á Josué Watson» por Eduardo Churton, maestro en artes, arcediano de Cleveland; Lóndres, 1848, 8.°) Difícil es explicar cómo no se descubrió antes este plagio habiendo Heber y otros notado ya la diferencia de estilo entre esta obra y las del obispo Taylor. Este célebre libro de Nieremberg ha sido siempre muy apreciado en su original, y además se tradujo al instante al latin, italiano, francés é inglés, así como tambien al arábigo, imprimiéndose en 1733-1734 en el convento de San Juan, en la sierra llamada de los Drusos. (Véase á Brunet.)

[27] «Advertencias para reyes, príncipes y embajadores», por D. Cristóbal de Benavente y Benavides; Madrid, 1643, 4.° Se parecen bastante al «Embajador» de Vera y Zúñiga. Benavente, como Vera, habia servido

estos trabajos, ninguna obra puramente didáctica en prosa, publicada durante el siglo XVII, es comparable á las *Empresas* de Saavedra, si exceptuamos quizá otra tambien suya intitulada *República literaria*, que es un sueño en que el autor, trasportándose al país de las letras, discute con amena crítica, aunque en tono algun tanto acre y satírico, los méritos de los principales escritores antiguos y modernos, tanto españoles como extranjeros; pero la *República* no se imprimió hasta despues de muerto su autor, y nunca tuvo la popularidad que las *Empresas*, libro que deja muy atrás á todos los de su clase, que fueron muchísimos, pues este ejercicio de ingenio ocupó por aquel tiempo á muchos escritores de todas las clases de la sociedad en Europa [28].

A los autores citados, que florecieron á fines del siglo XVI y mediados del XVII, podemos añadir algunos de menos nombre é importancia. Juan de Guzman publicó en 1589 un tratado de retórica en diálogos, en el sétimo de los cuales hace una aplicacion muy ingeniosa de los preceptos de los maestros griegos y romanos á la elocuencia sagrada que entonces se usaba en España [29]. Gracian Dantisco, secretario de Felipe II, publicó tambien en 1599 un pequeño tratado de costumbres, que intituló el *Galateo*, á imitacion del libro clásico que al propio asunto escribió el italiano Giovani de la Casa [30]. El

varias embajadas y escribió con curiosa erudicion y experiencia sobre un asunto que le era familiar.

[28] La «República literaria» es una obra ligera y agradable, por el estilo de las de Luciano, y no se imprimió hasta 1670. En el tomo VI del «Semanario erudito» de Valladares hay otro diálogo muy animado, atribuido á Saavedra, intitulado «Locuras de Europa», en que el autor defiende á la casa de Austria de los ataques que á la sazon se dirigian contra ella. Permaneció manuscrito hasta su publicacion en 1787.

[29] «Primera parte de la Retórica, etc.», por Juan de Guzman (Alcalá, 1590, 8.º), dividida con harta afectacion en catorce «convites». El autor fué discípulo del Brocense.

[30] «El Galateo» se reimprimió varias veces; es un tomo pequeño, y en

mismo año salió á luz el *Libro de la jineta*, de Pedro de Andradà, obra erudita, curiosa y de buen estilo, con anécdotas muy divertidas; á esta siguió, en 1605, otro tratado de Villalobos, que por su carácter militar y la importancia exagerada que en ella se da al asunto, mereció ocupar un puesto en la librería de D. Quijote; ambos pintan bien la sociedad de la época en que escribieron [31].

Jimenez Paton, autor de varias obras de escaso mérito, publicó en 1604 su *Arte de la elocuencia española*, libro desaliñado y crudo, fundado en las reglas de los antiguos preceptistas [32]. Mateo Aleman, que residió en Méjico, imprimió en dicha ciudad, el año 1609, un tratado de *Ortografía castellana*, en que, además del asunto principal, introduce algunas agradables discusiones sobre puntos de lengua en la que tan buen maestro se mostró escribiendo su *Guzman de Alfarache* [33]. La coleccion de discursos, ó mas bien diálogos, que sobre diversos asuntos, y divididos en siete noches, escribió Faria y Sousa, y quiso intitular *Diálogos morales*, pero que su librero imprimió en 1624 sin conocimiento suyo con el título de *Noches claras*, es tan pedantesca y pesada como todas las demás obras de este erudito por-

la edicion de Madrid, 1660, consta solo de 126 hojas en 12.° (Antonio, «Bib. Nov.», tom. II, p. 17.) Gracian Dantisco fué tambien aficionado á la pintura y muy favorecido en la corte. (Véase á Stirling, «Anales de los artistas en España», Lóndres, 1848, tom. I, página 416.)

[31] «Libro de la jineta de España», por Pedro Fernandez de Andrada; Sevilla, 1599, 4.° «Modo de pelear á la jineta», por Simon de Villalobos»; Valladolid, 1605, 8.°, 70 hojas.

[32] «Elocuencia española en arte», por el maestro Bartolomé Jimenez Paton; Toledo, 1604, 8.° Son á veces apreciables en este libro los extractos de obras antiguas españolas y las noticias que se insertan de sus autores; pero en cuanto á los preceptos que en él se inculcan y á las opiniones propias de su autor, bastará decir que encarga mucho á los oradores que para robustecer la memoria se unten la cabeza con ungüento compuesto de grasa de oso y cera blanca.

[33] «Ortografía castellana», por Mateo Aleman; Méjico, 1609, 4.°

tugués, y así es que nadie echó de menos la segunda parte, que habia ofrecido y no publicó[34]. Finalmente, otro portugués, Francisco de Portugal, que murió en 1632[35], compuso el agradable libro intitulado *Arte de galantería*, con anécdotas que pintan bien el estado de la buena sociedad en su tiempo, aunque es obra impresa mucho despues de muerto su autor[36].

Durante el período que comprenden las obras últimamente mencionadas apoderóse de la prosa española el mal gusto, introduciéndose en ella el mismo vicio que al tratar de la poesía dimos á conocer con el nombre de gongorismo, y que sus admiradores llamaban

[34] «Noches claras», primera parte, por Manuel de Faria y Sousa; Madrid, 1624. Barbosa, tom. III, p. 257.

[35] Francisco de Portugal, conde de Vimioso, dejó un hijo, que publicó las poesías de su padre, con su vida, pero no conocemos edicion alguna de su «Arte de galantería» anterior á la de Lisboa, 1670, 4.º

[36] Antes de entrar en el exámen de la época en que el mal gusto se hizo general, hablarémos, aunque de paso, de algunos pocos escritores, que, si bien se libertaron de su influencia, no son bastante notables para ocupar un lugar en el texto.

Es el primero de ellos el P. Fr. Diego de Estella, que nació en 1524 y murió en 1578; fué muy amigo del célebre cardenal Granvela, y publicó varias obras en latin y castellano, entre las cuales las mejores por su diccion y estilo son el «Tratado de la vanidad del mundo», 1574, y las «Meditaciones sobre el amor de Dios», 1578.

Hay tambien algunas biografías que pueden considerarse como libros ascéticos, y se publicaron mas tarde, escritas con pureza y vigor, como la «Vida de San Pio V», 1595, por Don Antonio Fuenmayor, que murió á la temprana edad de treinta años; la «Vida de Santa Teresa,» 1595, por Fray Diego de Yepes, uno de los corresponsales de la Santa, y confesor de Felipe II en los últimos años de su vida, y las «Vidas de Doña Sancha Carrillo y Doña Ana Ponce de Leon», 1604, insignes por su santidad y devocion, escritas por el jesuita Martin de Roa, que representó durante muchos años en Roma los intereses de su compañía.

Añadirémos á las mencionadas, otras tres obras, aunque de género muy diverso.

1.º El «Exámen de ingenios para las ciencias», de Juan Huarte de San Juan (Alcalá, 1640, publicado por la primera vez en 1566). Este libro, que determina la educacion que por las condiciones físicas y exteriores debe darse á los niños, gozó en su tiempo de una inmensa reputacion; imprimióse muchas veces en España y se tradujo á las principales lenguas de Europa: al inglés por Carew, 1594, y despues, á mediados del siglo XVIII, al aleman, nada menos que por el eminente literato Lessing; cuya traduccion, intitulada «Prüfung der Kopfe», se imprimió por segunda vez en Wittemberg, 1785, 12.º Es obra llena de pensamientos originales, á veces harto extravagantes, pero siempre no-

«estilo culto». Hemos visto cómo en los mejores escritos del siglo XVI aparece ya un asomo ó vislumbre de este estilo, sin que pueda explicarse el fenómeno de otra manera sino por la circunstancia de no haber nunca dominado completamente en España un gusto muy severo y acendrado, y que la misma pompa y lozanía que las letras ostentaron al concluir el reinado de Felipe II, y la gran dificultad que hubo de distinguirse como escritor y sobreponerse á la moda, introdujo cierto linaje de afectacion aun en el estilo de autores como Cervantes y Mariana.

Pero en la época á que nos referimos, la admiracion

tables en fisiología; escrita en estilo claro y animado; de modo que Lessing compara muy justamente al autor con un fogoso potro, que galopando por una calle empedrada, nunca saca mas fuego con las herraduras que cuando tropieza y está para caer. Elógiale mucho Forner (Obras, Madrid, 1843, 8.°, t. I, p. 61), y su obra figura en el Indice expurgatorio de 1667, p. 774. El «Exámen de maridos», comedia muy graciosa de Alarcon, y el «Vejamen de ingenios», sátira muy punzante en prosa de Canzer (Obras, 1761, p. 105), en concepto de los contemporáneos debieron tener alguna relacion con el título de «Exámen de ingenios», muy popular en aquellos tiempos. En Barcelona se publicó (1637, 4.°) un libro, no muy diverso del «Exámen de ingenios», con el título de «El sol solo, etc., y anatomía de ingenios»; trata el asunto considerándolo fisonómicamente, y hay en él algunos barruntos de la ciencia que despues hemos llamado frenología; es obra del aragonés Estéban Pujasol: concisa por la mezcla de tono espiritual y anatómico con que discute las cuestiones, aunque por lo demás vale poco.

2.° «Historia moral y filosófica», de Pero Sanchez de Toledo, publicada en Toledo, 1590, fólio, cuando su autor, racionero de la catedral, era ya muy anciano. Contiene vidas de hombres ilustres de la antigüedad, como Platon, Alejandro y Ciceron, y concluye con un tratado de la muerte; acompañan á cada biografía reflexiones morales y cristianas, escritas en estilo corriente y animado, pero son generalmente impropias, y nunca originales ni vigorosas.

3.° Vicente Carducho, pintor florentino, que vino, siendo muy niño, á España en 1585, con su hermano Bartolomé, y murió en 1638, habiendo llegado á grande altura en el ejercicio de su arte, publicó en Madrid, 1634, sus «Diálogos de la pintura, su defensa, orígen, etc.»; pero las licencias para su impresion son de 1632 y 33. Están escritos en un lenguaje puro y sencillo, sin mérito particular en cuanto á estilo, aunque Cean Bermudez dice («Diccionario», t. I, p. 251), hablando de este libro, que es «el mejor que tenemos de pintura en castellano». Al fin hay un apéndice con los pareceres de Lope de Vega, D. Juan de Jáuregui y otros, contra un derecho que se impuso á los pintores, y que, segun Cean, «lograron abolir en 1637 los esfuerzos de Carducho y sus amigos». Acerca de Carducho puede consultarse la ya citada obra de Stirling, t. I, pp. 417-28.

casi universal excitada por Góngora comunicó á los escritos en prosa los mismos defectos de conceptismo y alambicamiento con tanto furor adoptados por los poetas; los escritores que mas codiciaban el aura popular comenzaron entonces á jugar con las palabras y á sorprender al lector con antítesis inesperadas y metáforas extravagantes, impropias de la antigua y mesurada dignidad castellana, llegando hasta á abandonar completamente las majestuosas construcciones en que consiste y estriba la armonía y robustez del período en Leon y Granada. Cuantos mas esfuerzos hacian por ser brillantes, mas oscuros eran é ininteligibles, como puede verse en Saavedra y Francisco de Portugal, aunque la innovacion es muy ánterior á la publicacion de sus obras. Comenzó esta con Paravicino, quien, no contento con imitar, como ya lo hemos dicho, las poesías de Góngora, introdujo las mismas construcciones y metáforas extravagantes en sus escritos oratorios y prosa didáctica, insinuando en una frase muy propia y característica ser él el Colon de un nuevo mundo literario. Ya en 1620 se habia burlado de él y de su nuevo estilo Liñan en sus *Avisos de forasteros*, y poco despues Mateo Velazquez en su *Filósofo del aldea;* de manera que desde aquella fecha podemos considerar al cultismo como ejerciendo mayor ó menor influencia en la poesía y prosa española [37].

[37] Véase «Declamacion, etc.», de Vargas y Ponce, 1793, apénd., § 17; Marina «Ensayo, etc.», en las Memorias de la Academia de la Historia, t. IV, 1804; Liñan y Verdugo, «Avisos de forasteros», 1620, ya citado al hablar de las novelas, y «El Filósofo del aldea, por el alférez D. Baltasar Mateo Velazquez», Zaragoza, por Diego Dormer, 8.°, s. a.; libro singular, de asunto puramente didáctico, aunque amenizado con anécdotas y casos de filosofía vulgar. No hallamos noticia de él en ninguna parte, pero su autor en la dedicatoria indica que no era su primera obra impresa; parece escrita poco despues de la muerte de Felipe III, en 1621, y su último diá-

Pero el escritor que lo estableció sobre bases mas sólidas, y hasta le dió pretensiones filosóficas, fué Baltasar Gracian, jesuita aragonés, que floreció desde el año de 1601 hasta el de 1658, precisamente en el período en que el cultismo se apoderó de la prosa española y se elevó al apogeo de su falsa gloria. En 1630 comenzó publicando su tratado de *El héroe*, en el que no pinta al que lo es, sino las cualidades necesarias para serlo; este libro, escrito en frases sueltas y cortadas, y en el estilo entonces al uso, fué bien recibido del público, y siguiéronle de cerca otras cinco ó seis obras del mismo género, y mas tarde, como en confirmacion y justificacion de sus doctrinas, el autor públicó, el año de 1648, su *Agudeza y arte de ingenio*, que es un arte poética, ó mas bien un tratado de retórica y poética, acomodado á la escuela de Góngora, obra de grande ingenio y muy notable por la destreza con que el autor cita en ayuda suya á los poetas antiguos, como D. Diego Hurtado de Mendoza, los Argensolas, y hasta á Fr. Luis de Leon y al bachiller Francisco de la Torre.

La obra mas notable de Gracian es *El Criticon*, publicado en tres partes desde 1650 á 1653. El asunto es una alegoría de la vida humana, en que se refieren las aventuras de Critilo, caballero español, náufrago en la isla desierta de Santa Elena, donde halla á un salvaje, quien nada mas sabe de su vida sino que una fiera le ha criado á sus pechos. Despues de comunicarse por señas, llegan á entenderse en castellano, y saliendo de la isla, andan juntos por el mundo, discurriendo de varios asuntos, entre otros, de los hombres mas distinguidos de

logo es contra el cultismo, de cuya introduccion en la prosa española hemos hablado al tratar de la «Pícara Justina», de Andrés Perez, 1605.

España en aquella época, y comunicando mas con personajes alegóricos que ambos entre sí. La historia de sus aventuras es larga, y las tres partes en que se divide la obra comprenden los tres períodos de la vida humana, llamados, el primero «Primavera de la niñez», el segundo «Otoño de la edad viril», y el tercero «Invierno de la vejez». El autor manifiesta en muchas ocasiones gran talento; hay en su libro discursos muy elocuentes sobre puntos de moral, y las mas, descripciones de sucesos y objetos naturales, libres enteramente de las estravagancias y delirios del estilo culto. Su lectura recuerda con frecuencia el *Viaje del peregrino*, como por ejemplo, el trozo en que se describe la feria del mundo. Puede decirse que el *Criticon* es respecto á la religion católica y á la vida de los españoles en el reinado de Felipe IV, lo que la ficcion de Bunyan es al puritanismo y al estado de la sociedad inglesa en los tiempos de Cromwell; mas no hay animacion en los fantásticos personajes del escritor español; nada hay en su libro que excite y mueva nuestra simpatía, vivamente interesada en las acabadas creaciones de Christian y Greatheart; cuando Gracian nos mueve es solamente por su ingenio y elocuencia.

Sus demás obras son de muy escaso mérito y están completamente desfiguradas por el mal gusto, sobre todo *El político Fernando*, elogio extravagante y desmesurado de D. Fernando el Católico, y *El Discreto*, miscelánea en prosa, en que hay algunas cartas suyas. Lo singular es que, como Gracian abrazó el estado eclesiástico, tuvo el capricho de que todas sus obras saliesen á luz bajo el nombre de un hermano suyo llamado Lorenzo, que vivia en Sevilla; y no lo es menos que nunca publicó él

mismo ninguna, sino que corrió con este encargo su amigo D. Juan Vincencio Lastanosa, caballero muy dado al estudio de las letras y de las antigüedades, de las que formó un museo en la ciudad de Huesca, su patria; pero, por mas precauciones y disimulo que se emplearon en dar al público los escritos de Gracian, fueron muy bien acogidos é hicieron mucho ruido. Su *Héroe* se imprimió seis veces seguidas, y la coleccion de sus obras en prosa, cuya mayor parte se tradujo al francés y al italiano, y algunas de ellas al latin y al inglés, se ha reimpreso con frecuencia en España y fuera de ella [38].

Desde este período puede decirse que desaparece del todo en la prosa española aquel estilo abundante y armonioso de Fr. Luis de Leon y de sus contemporáneos. Hacia tiempo que Lope de Vega y Quevedo, despues de haber resistido por algunos años á las innovaciones del cultismo, habian ellos mismos cedido al torrente invasor, y Calderon se mostraba á la sazon vacilante; unas veces atacando el gusto depravado de su auditorio, otras abandonándose, por complacerle, á ridiculeces y estravagancias de no menor cuantía que las que critica-

[38] Hay ediciones de las obras de Gracian de 1664, 1667, 1725, 1748, 1757, 1773, etc.; nosotros usamos la de Barcelona, 1748, 2 tom. 4.º Su vida está en Latassa, «Bib. nueva», t. III pp. 267, etc.; y tambien da noticias agradables de él y de su amigo Lastanosa, Aarsens, «Viaje á España», 1667. p. 291; así como la dedicatoria á Lastanosa de la primera edicion de «La fortuna con seso», de Quevedo, Zaragoza, 1650. Su poema de las cuatro estaciones suele estar comunmente al fin de sus obras, y es la peor de todas, pues á la verdad es muy difícil encontrar en ninguna lengua cosa mas desatinada, abominable y de peor gusto. Alguna otra obra del mismo género pudiéramos haber citado, como es «La invectiva poética contra cinco vicios, soberbia, invidia, ambicion, murmuracion y ira, etc.», por el licenciado Luis Sanchez de Melo (Málaga, 1614, 4.º). El autor fué natural de Lisboa, pero vecino de Málaga, donde ejerció la abogacía, y dice haber compuesto su «Invectiva» en el corto espacio de veinte dias, sin desatender por eso sus ocupaciones ordinarias y las de su profesion. No parece creible; su obra, sin embargo, aunque entrecortada de poesías, mas bien parece una série de sermones ó discursos morales que otra cosa.

ba. El lenguaje de la poesía mas afectada se apoderó luego de la prosa, quitándola aquel resto de vigor y dignidad que, en medio de su tono declamatorio, habia constituido hasta entonces su principal mérito; el estilo llegó á ser fantástico y oscuro, y hasta los pensamientos mas vulgares y que debian expresarse con sencillez, se adelgazaron y envolvieron en frases tan ingeniosas y exquisitas, que escapaban á la inteligencia y se perdian de vista; y como decia Sancho, las gentes querian mejor pan que el candeal, y se volvian locos buscándole. Tropos y figuras retóricas de todas clases y especies pasaron á ser fórmulas ordinarias, repetidas propia ó impropiamente, hasta el punto de que, con ver la entrada de una frase, el lector adivinaba cómo debia concluir. Todo, en una palabra, anunciaba, tanto en prosa como en verso, aquella corrupcion que precede y precipita la decadencia de una literatura, y que, como en España en la última mitad del siglo xvii, vino acompañada de la ruina de las artes y de la postracion de los pueblos.

Entre los que mejor escribieron por aquel tiempo, aunque infestado ya por el gusto dominante, habrémos de contar á Zavaleta. Sus *Problemas morales* y sus *Errores celebrados*, y sobre todo el *Dia de fiesta en Madrid*, donde pinta satírica y graciosamente las costumbres de la capital cuando la ociosidad hacia salir á sus vecinos á calles y plazas, merecen leerse; pero Zavaleta vivió en tiempo de Filipe IV, lo mismo que Lozano, cuyo *David perseguido*, si no tan bueno como los *Reyes nuevos de Toledo*, es lo mejor de su clase y la mas notable composicion ascética de su tiempo. Ambos son los últimos libros cuya lectura es soportable, y el reinado de Cárlos II no ofrece obra alguna que se les pueda comparar. Los *Trabajos de Hér-*

cules, de Heredia, 1682, y los *Discursos morales de Boecio*, por Ramirez, en 1698, solo sirven para marcar los últimos límites del cultismo y de la afectacion; y á no ser por la *Conquista de Méjico*, de Solís, en otro lugar mencionada, en vano buscariamos un monumento respetable de prosa castellana desde los tiempos de aquel débil, degenerado y último representante de la dinastía austriaca en el trono español [39].

Y no es de extrañar que así sucediese; al contrario, lo que llama mucho la atencion es, que la prosa didáctica se cultivase con éxito en España durante los siglos XVI y XVII, porque su objeto no fué nunca, como el de la poesía, entretener y agradar, sino, como el de la filosofía, ilustrar y corregir; y no necesitamos recordar cuán peligrosa debió ser en España la posicion social de cualquier escritor moralista, adornado de aquella noble independencia, sin la cual la instruccion es letra muerta y cuerpo sin alma. Pocos en la situacion des-

[39] D. Juan de Zavaleta floreció como escritor desde 1653 á 1667, y sus obras, de las cuales se hizo muy en breve coleccion completa, se han impreso con frecuencia: 1667, Madrid, 1728, 4.°, 1757, etc. (Baena, t. III, p. 227.) Don Cristóbal Lozano era ya conocido desde 1656 por su «David arrepentido», al cual añadió despues el «David perseguido», en tres tomos, y mas adelante otra obra sobre el ejemplo de David ilustrado por la luz del cristianismo; todas tres son muy poca cosa. Juan Fernandez de Heredia escribió los «Trabajos y afanes de Hércules», Madrid, 1682, 4.°, libro de empresas ó emblemas, lleno de alambicados conceptos. Habla de él Latassa («Bibl. Nov.», t. IV, p. 3).

De Antonio Perez Ramirez solo conocemos sus «Armas contra la fortuna» (Madrid, 1698, 4.°), traduccion de Boecio, con disertaciones entremezcladas, de lo mas malo que puede verse.

Otro autor podriamos quizá haber nombrado al lado de Lozano, que es Josef de la Vega, el cual publicó (Amsterdan, 1688, 8.°) tres diálogos con el título de «Confusion de confusiones», ridiculizando la manía de especular en los fondos, introducida por la compañía holandesa de la India Oriental, creada en 1602, y que estaba á la sazon en su mayor fuerza; son bastante pesados y eruditos, pero contienen anécdotas antiguas y modernas muy bien contadas. El autor era un rico judío de Ambéres, que huyó de España, y publicó en Holanda varias obras entre 1683 y 93, todas ellas de escaso mérito. (Rios, «Judíos españoles», p. 633.)

graciada del país tropezaron con mayores obstáculos, ninguno se vió mas vigilado y perseguido, y en caso de extravío, ninguno fué castigado con mayor rigor.

Ni podian estos escritores, por grande que fuese su respeto por la religion del Estado y su lealtad al Rey, evitar cuando menos lo pensaban los efectos de aquella feroz suspicacia que seguia incesantemente sus pasos; hecho que vemos confirmado al recordar que casi todos los escritores didácticos de mérito durante aquella ominosa época fueron perseguidos por la Inquisicion ó por el Gobierno, y expurgadas ó prohibidas del todo sus obras; díganlo, si no, los nombres del venerable Juan de Avila, Fr. Luis de Leon, Fr. Luis de Granada, Quevedo, S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa de Jesus.

Bajo yugo tan opresor, no era de esperar saliesen escritores elocuentes y libres, destinados á instruir y á adelantar la especie humana; así es que los pocos que osaron entrar en terreno tan resbaladizo se redujeron lo mas posible á generalidades, y se alistaron ya en las banderas del misticismo, como S. Juan de la Cruz, ya en las del estilo declamatorio y exagerado, como Fray Luis de Granada. Privados del uso de la lógica racional y liberal filosofía, cayeron en la pedantería, llevados del prurito de apoyarse siempre que era posible en el principio de autoridad, de manera que desde Fr. Luis de Leon hasta el escritor mas vulgar é insignificante que, ya en una carta, ya en una aprobacion, se ponia á defender las opiniones de un amigo, ninguno creia cumplir con su deber si no justificaba y mantenia su opinion con un sinnúmero de citas de la Sagrada Escritura, padres de la Iglesia, filósofos de la antigüedad y autores de teología escolástica. Así pues, la prosa didáctica española, que

por sus tendencias y elementos originales parecia destinada á desarrollarse en estilo grandioso y elocuente, fué haciéndose por grados tan formal, estirada y pedantesca, que con muy cortas excepciones puede decirse de ella que arrastró una existencia difícil y trabajosa, al paso que otros ramos de literatura nacional, menos sospechosos, y por lo tanto menos oprimidos, como la poesía dramática y lírica, florecian con el mayor éxito y lozanía.

CAPITULO XL.

Observaciones finales sobre el segundo período. — Decadencia del carácter nacional. — Corto número de escritores y escaso interés del público en las producciones literarias. — Ruina del país comenzada en tiempo de Felipe II y continuada bajo los reinados de Felipe III y IV y Cárlos II. — Estado de los negocios públicos y su efecto sobre la literatura. — Equivocada influencia del espíritu religioso y del principio de lealtad.

Imposible es estudiar con atencion la literatura española del siglo XVII sin observar al propio tiempo una decadencia muy general y marcada del carácter nacional; á cada paso que el observador da, ve disminuirse en rededor de sí el número de los escritores. Cuán considerable fuera este durante los reinados de Felipe II y III, lo prueban suficientemente las largas listas de autores insertas por Cervantes en su *Galatea* y *Viaje del Parnaso*, y por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo;* mas en tiempo de Felipe IV, si bien el teatro, por circunstancias accidentales, florece con mas pompa que nunca, todos los demás ramos de la literatura manifiestan ya síntomas de decadencia, y en los de Cárlos II, do quiera que volvemos la vista vemos un número reducido de autores, á tal punto, que este hecho solo nos anuncia ya como próximo un gran cambio, y que la amena literatura va á desaparecer del suelo español.

De la misma manera vemos apagarse el interés del

público hácia los pocos escritores que aun quedan; hablamos de aquel interés nacional, único capaz de sostener la vida que él mismo comunica á la literatura de un país. El escaso favor que los poetas y literatos españoles gozaban aun á fines del siglo XVII provino de la moda superficial y pasajera de la época, y fué producto de una corte que protegia el afectado estilo de los secuacees de Góngora, cada vez mas extravagantes á medida que iba menguando su talento.

Entre tanto todo anunciaba que los robustos cimientos en que habia estribado por largo tiempo el carácter nacional, se iban poco á poco desmoronando, y que la decadencia de la literatura no era mas que uno de los muchos síntomas y señales que presagiaban la total ruina de sus instituciones. La misma postracion y debilidad que asomaban por la superficie lo habian minado todo durante mucho tiempo, hasta en épocas llenas, al parecer, de prosperidad y de gloria. Cárlos V, destruyendo, despues de la guerra de las Comunidades, las pocas libertades políticas que el cardenal Cisneros dejara en la antigua constitucion de Castilla, dió además con sus grandiosas conquistas un impulso perjudicial y dañoso al carácter español, acarreando insensiblemente la pérdida de aquel vigor y espíritu de independencia que las guerras con los árabes habian alimentado en los pechos españoles, y que fueron durante muchos siglos el verdadero gérmen de su fuerza. Todavía fué Felipe II menos feliz que su padre en sus afanes por sostener la robustez y bienestar de la monarquía; añadió, es verdad, á su imperio el reino de Portugal y las islas Filipinas, formando una masa compacta de cien millones de seres humanos, con los cuales amenazaba á cada momento los

intereses de la Europa entera; pero estas mismas ventajas, ya por sí problemáticas, estaban mas que contrabalanceadas por la rebelion religiosa de los Países-Bajos, manantial de infinitas desgracias; por las costosas guerras con Isabel de Inglaterra y Enrique IV de Francia; por el odio al trabajo, consecuencia inevitable del predominio de un espíritu militar y aventurero, que concluyó con la industria del país; por el sinnúmero de establecimientos religiosos y la formacion de clases enteras pensionadas y viviendo en el ocio y la holgazanería; y finalmente, por el desenfrenado lujo que introdujo en el país el oro de las Américas, corrompiendo é inficionando cuanto tocaba; de manera que al morir aquel príncipe sagaz y entendido dejó tras sí un pueblo cuya energía habia refrenado y destruido con su despótico gobierno, y cuyo carácter habia falseado con su violenta supersticion y enconado fanatismo[1].

Su sucesor, apocado y escrupuloso, era incapaz de re-

[1] En el t. VI del «Semanario erudito» hay un papel muy notable sobre las causas de la decadencia de España. Escribióle, en tiempo de Felipe IV, don Juan de Palafox y Mendoza, eclesiástico célebre y obispo de Osma y de la Puebla de los Ángeles, cuya canonizacion solicitó despues con empeño Cárlos III; el autor atribuye la postracion de España en sus tiempos, mas que á otra causa alguna, á las guerras de Flándes.

En el curioso diálogo de «Mercurio y Caron», atribuido á Juan de Valdés, é impreso por primera vez hácia 1530, el buen fraile, que es uno de los interlocutores, dice que entró en su convento «por poder honestamente trabajar», y alega como razon para ello, que «ni su linaje ni su estado le consintieran trabajar si no mudaba el hábito». (Ed. Wiffen, p 306.) Y tenia razon; pues en aquellos tiempos, á no abrazar un hombre la profesion eclesiástica ó servir al Rey en el ejército de tierra ó armada de mar, no le quedaba otra carrera honrosa en que poder distinguirse y ganar el sustento.

El pernicioso efecto que en España produjo el número siempre creciente de las órdenes é institutos religiosos, si bien pasó hasta cierto punto desapercibido en el reinado de Felipe II, llamó ya en el siguiente la atencion de los políticos. En 1620 Jerónimo de Cevallos dió á luz su «Discurso de las razones, etc.», para probar cuán desastroso le parecia dicho sistema, que llevaba envuelto en sí la ruina lenta, aunque segura, de un estado. Contestóle en el mismo año el Doctor Gutierre, marqués de Careaga, «Respuesta al discurso, etc.», negando que tamaño mal procediese de los institutos religiosos, aunque confesando que el país marchaba rapidamente hácia su ruina, y estaba

parar tamaños males ni de luchar con las graves dificultades que le rodeaban: el poder del clero, enorme ya, merced á las concesiones de Felipe II y á la notable influencia de los jesuitas, continuó creciendo y robusteciéndose; á persuasion de esta poderosa hierarquía, seiscientos mil moriscos que, aunque guardaban, como sus padres lo habian hecho durante un siglo, las apariencias del cristianismo, eran, sin embargo, considerados como verdaderos mahometanos, fueron injustamente arrojados del suelo patrio; falta política que acarreó inmensos daños á la agricultura y riqueza del mediodía de España y de toda la Península, que nunca despues se ha repuesto enteramente de tamaña pérdida [2].

El carácter jovial, egoista é interesado de Felipe IV, y

irreparablemente perdido, á no remediarlo las oraciones, ayunos y limosnas de los fieles. Pero ni el uno ni el otro escritor se hallaba á la altura del grave é importante asunto que se propusieron tratar.

[2] Hase disputado mucho acerca del número exacto de moriscos expulsados de España en los años de 1609 á 1611; fijándole unos en un millon, y reduciéndole otros á ciento sesenta mil. Pero, sea de esto lo que fuere, todos los autores están conformes en cuanto á los desastrosos efectos que la ejecucion de esta medida causó en una poblacion ya decadente, y que perdió entonces millares de jornaleros y artesanos, los mas hábiles del reino. (Clemencin, «Notas al Quijote», p. II, c. 54.) Hemos fijado el número de seiscientos mil segun el cálculo de Circourt (t. III, p. 103), hecho al parecer con exactitud y cuidado.

Esta infeliz raza habia, sin embargo, llegado á cierta altura en el cultivo de la lengua y literatura castellana, de lo cual quedan hartas pruebas en algunos manuscritos, como son el «Poema de José», ya mencionado al principiar el primer período. Estos trabajos están en castellano, aunque escritos con caractéres árabes. Merced á la generosidad de Don P. de G. tenemos copia de dos bastante notables; el uno se intitula: «Discurso sobre la luz y descendencia y alcurnia de nuestro jefe y bendito profeta Mahomad, compuesto y compilado por su siervo, necesitado de perdon, Mahomad Rabadan, natural de Rueda, sobre el rio Xalon». Divídese en ocho historias, de las que tenemos á la vista la cuarta, intitulada: «Historia de Hexim», uno de los antecesores del Profeta. Consta de unos dos mil versos en romance, y el tono de ella es completamente árabe y musulman, aunque se advierten algunas alusiones á la mitología griega. No carece de mérito poético, como se puede ver en los siguientes versos con que comienza el segundo canto, y pintan la feliz mañana en que casó Hexim:

Al tiempo que el alba bella
Enseña su rostro alegre,
Y rompiendo las tinieblas
En clara luz resplandece,
Dando las nuevas que el dia
En su seguimiento viene,
Y el rojo Apolo tras ella,
Dejando los campos verdes;

la conducta relajada de sus ministros, dió mayor fuerza aun á las causas que apresuraban la ruina del país; en Cataluña estalló la rebelion, los ingleses se apoderaron de Jamáica, el Rosellon fué cedido á los franceses, y Portugal, que nunca se habia incorporado gustoso á la monarquía española, sacudió el yugo y volvió á ocupar su puesto como nacion libre é independiente; todo, en fin, manifestaba á las claras la turbacion y desconcierto en las relaciones exteriores del Estado. En lo interior todo estaba conmovido; habíase adulterado nuevamente la moneda, á pesar de los cuerdos consejos del P. Mariana; aumentábanse sin pudor las contribuciones y gabelas, al paso que se disminuia el interés de la deuda pública, siempre creciente; las gentes estaban alarmadas

Cuando las aves nocturnas
Se recogen en su albergue,
Y las que la luz gobiernan
El delgado viento hienden;
Cuando los hombres despiertan
Y el pesado sueño vencen,
Para dar á su Hacedor
El débito que le deben;—
En este tiempo la compaña
Del hijo de Abdulmunef
Se levantan y aperciben
Al casamiento solemne.

En el prólogo al poema el autor dice que solo Allah sabe el trabajo que le ha costado reunir los manuscritos necesarios para su tarea; porque «estaban esparcidos», añade, «por toda España, y perdidos y ocultos por miedo á la Inquisicion».

Esta obra, de la que existen dos ejemplares, uno en la biblioteca Imperial de Paris, y el otro en el museo Británico de Lóndres, se halla ámpliamente descrita en el «Catálogo razonado de manuscritos españoles, etc.», de Don Eugenio de Ochoa (Paris, 1844, 4.°), publicacion importante y que debe ser contada entre los numerosos servicios que aquel escritor ha hecho á la literatura de su patria. En dicha descripcion (pp. 57, 509) se hallará inserta una interesante carta de Don P. de G. acerca de varios manuscritos aljamiados conservados en otras bibliotecas, así como tambien noticias individuales del descrito por Ochoa. Parece ser que el del museo Británico lo llevó á Lóndres en 1715 José Morgan, cónsul de Inglaterra en Túnez, quien en 1723-5 dió á luz en aquella capital una version en prosa, libre é incompleta, de su contenido, con el título de «Mahometanism fully explained, ó El mahometismo ámpliamente explicado».

La otra obra á que nos referimos está en su mayor parte en prosa y es anónima. Cuenta el autor que fué echado de España en 1610, y desembarcó en Túnez con tres mil de sus infelices compañeros, que por haber vivido en España toda su vida sujetos á las furiosas persecuciones de la Inquisicion, no solo habian olvidado enteramente los ritos y ceremonias de su creencia, hasta el punto de tener que enseñárselos de nuevo, como si fueran niños, sino que habian perdido el conocimiento de la lengua arábiga en términos, que hubieron de aprenderla por medio del castellano. El bajá de Túnez

del porvenir, los tímidos buscaban asilo en el celibato y en los establecimientos religiosos, los mas resueltos emigraban; y por último, el malestar universal se empezó á notar en la poblacion del reino; lugares y aldeas enteras quedaron desiertas; Sevilla, antigua capital de la monarquía, perdió las tres cuartas partes de su vecindario, Toledo la tercera; Segovia, Medina y otras poblaciones importantes decayeron mas aun en poblacion y riqueza, quedando tambien privadas de aquellas comodidades inseparables de la civilizacion; en una palabra, el país todo estaba empobrecido y marchaba rápidamente á su ruina.

El resultado inevitable de semejante estado de cosas se echó de ver mejor en el siguiente reinado, el del desgraciado Cárlos II, que comenzó con los disturbios y trastornos propios de una larga minoría, y concluyó con la falta de herederos del trono, ocasionando, como era de temer, una guerra de sucesion. Fué un período infelicísimo, acompañado por do quiera de desolacion y de

comisionó para dicho efecto al autor, mandándole escribir un libro en castellano para enseñanza de aquellos singulares neófitos. Hízolo así, y escribió la obra de que tratamos, con el título de «Mumin ó El creyente en Allah». Figura una ciudad populosa y fortificada, que es atacada por los vicios y defendida por las virtudes de la religion mahometana. Uno de los personajes refiere su vida, aventuras y padecimientos; todo ello con el fin de doctrinar á los moriscos recien llegados. La obra es, por consiguiente, novelesca y alegórica; el colorido enteramente árabe, aunque hay mezcladas escenas entre amantes asomados á celosías, versos castellanos tomados de Montemayor, Góngora, los Argensolas y algunos pocos mas sin duda obra del autor, quien parece persona de carácter dulce é inclinaciones literarias.

Alentado por la expulsion de los judíos en 1492 y la de los moros en 1609, Sancho de Moncada, catedrático de la universidad de Toledo, dirigió á Felipe III un discurso, impreso en 1619, aconsejándole la expulsion de los gitanos, pero no lo consiguió. Su representacion está en los «Romances de Germania», de Juan de Hidalgo (Madrid, 1779, 8.°), y traducida al inglés por Borrow, en su curioso «Libro sobre los gitanos» (Lóndres, 1841, 8.°, t. I, c. XI). Salazar de Mendoza, al fin de sus «Dignidades de Castilla», publicadas en 1618, dice que tambien él escribió un memorial pidiendo la expulsion de los gitanos, y añade, con un espíritu verdaderamente castellano, que «es ya vergüenza sufrir una casta tan dañina y perversa».

ruinas. Comenzando por los límites meridionales de la Francia, y siguiendo la costa por Gibraltar y Barcelona hasta Cádiz, ni una sola de las importantes fortalezas llaves del reino se hallaba en estado de defenderse contra el enemigo. Los arsenales á orillas del Atlántico, de los que tantas armadas habian salido, se encontraban vacíos, y la construccion naval olvidada y casi perdida [3]. En la corte y capital de la monarquía las rentas públicas, consumidas por ruinosos anticipos, no bastaban ya para llenar las atenciones mas urgentes del gobierno, y á veces para cubrir la mesa ordinaria del Monarca; llegando las cosas á tal punto, que el embajador de Austria mostraba públicamente su sentimiento de haber ocupado un puesto en corte donde reinaban tal miseria y abandono [4].

Tamaño ejemplo de las vicisitudes de la fortuna fué una leccion para el mundo. Ninguna nacion de Europa cayó nunca desde una altura como la que la España ocupaba en tiempo de Cárlos V, al profundo abismo de degradacion en que todo buen español veia á su patria sumida á la sazon que el último vástago de la gran dinastía austriaca caminaba apresuradamente al sepulcro, bajo la influencia de imaginarios hechizos, buscando su remedio en exorcismos que hubieran sido el escarnio de la

[3] «Comentario de la guerra de España por el marqués de San Felipe», Génova, s. a., 4.°, t. I, lib. II, año de 1701.

[4] Tapia, «Historia de la civilizacion española», Madrid, 1840, 8.°, t. III, p. 167.

Otro tanto dice Stanhope, embajador de Inglaterra en Madrid, en una de sus interesantísimas cartas publicadas por Lord Mahon (Spain and Charles II, 2.ª edic. Lóndres, 1844, 8.°). Está dirigida al subsecretario de Estado con fecha de 26 de mayo de 1698 (p. 131), y en ella dice que «el conde de Andero (?), superintendente de la real hacienda, declara no hallar medios para proveer á la subsistencia de S. M.»

La historia de España desde el descubrimiento de América se parece á la de un hijo pródigo que hereda de improviso cuantiosos bienes, y los gasta y consume en bagatelas y de una manera improductiva, creyendo que sus tesoros son inagotables.

credulidad misma de la edad media; y todo esto ocurria cuando Francia se envanecia con las victorias de Condé, é Inglaterra se preparaba para la época gloriosa de Malborough[5]. A una decadencia tal en el carácter nacional y en la vitalidad del Estado hubiera seguido en cualquier otro país la correspondiente decadencia de su literatura; en España, donde estos dos elementos habian estado siempre tan íntimamente unidos, y apoyándose de una manera tan notable en una misma base, la gente precursora presintió muy luego la caida rápida y desastrosa de todo elemento intelectual y ameno en la literatura patria; y así sucedió. La antigua religion del país, rasgo el mas visible y característico de la fisonomía nacional, y poderoso impulso que en los dias de lucha con los árabes habia casi obrado milagros, se hallaba ahora tan pervertida y cambiada de su verdadero carácter por una intolerancia calificada de virtud, que llegó á convertirse en un instrumento de opresion tal, cual nunca antes se habia conocido en Europa. En todo el período de los siglos XVI y XVII que acabamos de recorrer, desde la toma de Granada hasta la extincion de la dinastía austriaca, la Inquisicion, símbolo de la omnipotencia religiosa en España, ejerció, no solo una autoridad constante y rigurosa, sino que, amalgamada con el Estado y prestán-

[5] Moratin refiere los asquerosos y repugnantes pormenores de este vergonzoso acto en sus notas al «Auto de fe de Logroño del año 1610», obra publicada la primera vez para edificacion del público por uno de los ministros que figuraron en el auto, y acompañada de certificaciones que aseguran su autenticidad; imprimióla despues (Cádiz, 1812, 8.º) Moratin el hijo, para hacer ver la ignorancia y brutalidad de los que dispusieron tan repugnante espectáculo. En 1837 se representó en los teatros de la corte un drama de Gil y Zárate, intitulado «Cárlos II el Hechizado», en que la verdad histórica no está respetada.

Stanhope en las cartas arriba citadas (p. 181) asegura que en su tiempo se creia generalmente en la corte que Cárlos II estaba hechizado. Julio 15 de 1699. Sismondi («Hist. des Français», t. XXV, 1841, p. 85, y t. XXVI, pp. 207-8) hace una pintura repugnante de la imbecilidad de este monarca.

dose cada dia mas y mas á ser instrumento de las pasiones é intereses del Gobierno, y castigando severamente á sus enemigos, sofocó los sentimientos de nobleza é independencia que aun quedaban heredados de la antigüedad; pero esto no se hacia, ni podia hacerse, sino con el consentimiento de las masas populares, y con una cooperacion tan activa por parte del Gobierno y de la aristocracia, que produjeron la completa ruina y degradacion de cuantos prestaron auxilio á la obra.

Por desgracia este espíritu de intolerancia, mirado equivocadamente como la religion que sostuvo á los españoles en su lucha con los árabes, se hizo por este tiempo general en la Península. Si en algo se parecieron el primero y último de los reyes austriacos, el emperador Cárlos V y su cuitado descendiente, fué en el apoyo directo que uno y otro dieron durante su vida al tribunal del Santo Oficio, recomendándole ambos en sus testamentos á la solicitud y veneracion de sus respectivos sucesores [6]. Ni menguaron tampoco los demás reyes en deferencia y respeto á su autoridad; el primer acto de soberanía de Felipe II al volver de Flándes para ceñirse la corona de España, fué celebrar en Valladolid un auto de fe [7], y cuando la jóven y graciosa hija de Enrique II de Francia llegó á Toledo en 1560, la ciudad, entre otros festejos dispuestos para solemnizar sus bodas, ideó la celebracion de otro; lo mismo hizo Madrid en 1622, cuando otra princesa de Francia dió un heredero á la corona [8]; odiosos y repugnantes espectáculos, que prue-

[6] Tapia, «Historia de la civilizacion», t. III, pp. 77 y 168. Sandoval, «Hist.», t. II, p. 657.

[7] Llorente, «Hist.», t. II, 1817, p. 239.

[8] Ibid., t. II, p. 385; t. IV, p. 3.

Presumo que la fecha de 1632 que da Llorente es yerro de pluma ó de imprenta, y que deberá leerse 1623, porque Isabel de Borbon no tuvo hijo alguno en 1632, al paso que la infanta D.ª Margarita María Catalina nació efectivamente en 25 de noviembre

ban hasta qué punto habia llegado un espíritu de supersticion que así ahogaba la voz de la razon y los sentimientos mas comunes de la humanidad.

Sin embargo, el pueblo y los que le dirigian se gozaban con tales espectáculos; al pasar un caballero que iba á morir por la religion reformada, por delante del balcon en que Felipe II se hallaba sentado con la mayor pompa, dicen que se paró, y que apelando á su justicia, le requirió que no presenciase el duro suplicio de sus inocentes súbditos, y que el Monarca le respondió que si su propio hijo hubiera delinquido, él mismo llevaria alegre y contento el haz de leña para quemarle; respuesta que fué considerada entonces, y recordada mucho tiempo despues, como digna del señor del primer imperio del mundo[9]. Mas tarde, en 1680, habiendo Cárlos II sido inducido á manifestar deseos de presenciar con su esposa un auto de fe, los artesanos de Madrid se ofrecieron en masa y voluntariamente á construir el anfiteatro, y trabajaron en él con tal ardor y entusiasmo, que la obra se terminó con increible brevedad, animándose unos á otros al trabajo con devotas exhortaciones, y declarando que en caso de faltar los materiales derri-

de 1623. (Florez, «Reinas Católicas», t. II, p. 940.)

[9] Tapia, «Hist.», t. III, p. 88.

Baltasar Porreño cita las palabras que Felipe II dijo en esta ocasion á D. Cárlos de Sessé: «Yo traeré la leña para quemar á mi hijo si fuere tan malo como vos.» («Dichos y hechos, etc.», cap. XIV.) A esto puede añadirse que la ciudad de Méjico reclamó como un honor para Felipe II el haber este introducido allí la Inquisicion en 1574; de resultas de lo cual ocho reos, y entre ellos cinco mujeres, fueron quemados en 1596, acusados de profesar la religion judáica. («Exequias de Felipe II», Méjico, 1600, 4.°) Pero aun podriamos citar otro hecho, si cabe mas notable. El festivo y corrompido Felipe IV parece haber expresado en situacion análoga los mismos sentimientos. Habiéndosele cierto dia pedido licencia, por pura forma, para procesar á uno de sus ministros y llevarle ante el tribunal de la Inquisicion, no solo la otorgó, sino que añadió *motu proprio* la siguiente observacion: «A ser hijo mio el criminal, con la misma buena voluntad la daria» (Monforte, «Honras de Felipe IV», Madrid, 1666, 4.°); pero donde quiera que la Inquisicion extendió su maléfica influencia se hallarán rastros de este espíritu.

barian sus propias casas y dispondrian todo lo necesario para tan santo objeto [10].

No quedó menos viciado ni produjo menores males el principio de lealtad, tan exaltado siempre en España, pues los mismos homenajes tributó el pueblo á la estóica frialdad de Felipe II que á la débil preocupacion de Felipe III, iguales obsequios á la egoística magnificencia de Felipe IV que á la imbecilidad estúpida de Cárlos II. El despilfarro y prodigalidad de privados como el duque de Lerma y el conde-duque de Olivares, que traian consigo la bancarota y el oprobio nacional, jamás pudieron afectar sériamente la consideracion y respeto del pueblo hácia el Monarca, ni menos persuadirle á que dejase de dirigirse á él en los mismos términos y con iguales sentimientos que á la divina Majestad [11]. El Rey,

[10] Uno de los libros mas curiosos y que marcan mejor los sentimientos dominantes en la sociedad española á fines del siglo XVII, es la «Relacion, etc. de este auto general» de 1680, publicada poco despues de su celebracion en Madrid por Joseph del Olmo, familiar del Santo Oficio, quien dirigió los preparativos de él. Es un tomo en 4.°, en que á guisa de suntuosas fiestas se describen los pormenores de la funcion, que comenzó á las siete de la mañana del dia 30 de junio y continuó hasta las nueve de la mañana del siguiente dia, estando el Rey y la Reina en su palco ó balcon catorce horas seguidas. Juntáronse para mayor honra del acto ochenta y cinco grandes de España en clase de familiares ó criados especiales del Santo Oficio, y el Rey dió con sus mismas manos el hacecito de leña que inflamó la hoguera; las víctimas fueron ciento y veinte, y de ellas se quemaron vivas veinte y una; mas no parece que los reyes presenciaron esta parte de tan sangriento espectáculo. Puede, sin embargo, deducirse del contexto de la relacion, que los devotos en general vieron el acto sin repugnancia, y algunos hasta con gusto. Madama d'Aulnoy («Viaje», t. III, p. 154) describe los preparativos de la funcion, segun se los comunicó un consejero de la Suprema, que consideraba todo aquello como cosa en estremo honorífica para el país; pero hay razon para creer que la viajera volvió á Francia antes que se celebrase el auto.

[11] Véase en las notabilísimas cartas de Doblado, la primera, donde dice «Se oyen en el púlpito los deberes del hombre para con ambas majestades, y un estranjero no puede menos de sorprenderse al oir decir á un español que espera que su Majestad tendrá á bien concederle vida y salud por algunos años mas.» El Diccionario de la «Academia», 1736, verb. Majestad, ilustra aun mas esta frase.

Pero el mejor ejemplo que puede darse del uso vulgar de esta palabra, es el que hallamos en un folleto intitulado: «Epítome historial, etc., de los once mártires franciscanos de Gorcomio», que escribió fray Alonso Lopez Magdalena (Madrid, 1676, 4.°), en el cual, al tratar su autor de un motin

solo por serlo, era mirado como le pintan las leyes de Partida en tiempo de S. Fernando, es decir, como vicegerente de Dios en la tierra, y propietario de todos los países del globo sujetos á su cetro [12]. Así es que el duque de Vendome, que conocia perfectamente el carácter español, al ver durante la guerra de sucesion la capital ocupada por los enemigos y su causa casi perdida, solia decir que mientras estuviesen seguras las personas del Rey, la Reina y el Príncipe, el resultado final era indudable, y que él respondia del buen éxito de la guerra [13]. El antiguo principio de lealtad se convirtió pues en ciega sumision, voluntaria es verdad, y hasta cierto punto gustosa, aunque inalterable, á la mera autoridad de sus reyes; fué el único lazo que unia á la corona con sus súbditos, y el principal recurso del estado para la conservacion del órden social. La nacion dejó de reclamar sus importantes derechos por temor de ponerlos en conflicto con las prerogativas reales, de manera que los descendientes mismos de los comuneros castellanos contribuyeron con ardor y celo á sofocar la resistencia de los aragoneses á la prision de Antonio Perez y la de los catalanes á la administracion opresora de Olivares.

Esta degradacion de la lealtad y religion del país es la que fué inficionando el carácter nacional y socavando los cimientos en que estribaba la civilizacion española durante todo el siglo XVII; unas veces la vemos sobre la superficie, otras camina escondida bajo el aparato som-

ocurrido en la ciudad de Gorkum, en Holanda, en el siglo anterior, dice así: «Empuñando los herejes las armas contra todos los fieles vasallos de *ambas majestades* (p. 18), designando con este nombre á Dios y á Felipe II. Esta confusion de ideas, y amalgama singular de fe religiosa y lealtad política, es muy frecuente en la literatura española.

[12] Partida II, tít. XIII.

[13] Tapia, «Hist.», t. IV, p. 19.

brío y gigantesco de la supersticion y del despotismo, que la ocultan á menudo hasta á sus propias víctimas. Siempre es un hecho triste que la poca literatura que sobrevivió al fin de este período se alimentaba con aquellos sentimientos de religion y lealtad que aun sostenian las formas de la monarquía, arrastrando una vida raquítica y enfermiza, consecuencia de la mortífera atmósfera en que respiraba. Finalmente, al acercarnos al término del siglo, no vemos ya mas que Inquisicion y despotismo, dominándolo é inficionándolo todo con su letal aliento. Los escritores del tiempo ceden todos á su influencia, y (doloroso es decirlo) ninguno de una manera tan sensible y lastimosa como los mismos Calderon y Solís, nombres que cierran el período y que ninguna esperanza dejan para el porvenir. Porque es indudable que así los *Autos* de Calderon como la *Historia* de Solís eran para sus autores y para el público, obras eminentemente religiosas, y que el respeto y hasta reverencia con que estos grandes hombres trataron al apocado é imbécil Cárlos II fueron calificados por sus contemporáneos de patriotismo y lealtad religiosa, y en la época en que vivimos no es ya un problema que toda literatura apoyada en tales bases está muy próxima á su total ruina [14].

[14] Véase el final de «El segundo Scipion» y el de «El segundo blason de Austria», de Calderon, y la dedicatoria de la «Historia de Méjico» á Cárlos II, en que usando Solís, aunque ligeramente, el estilo culto, que no llegó á evitar del todo, dice á este «Rey de retazos y remiendos»: «Hallo en la sombra de vuestra Majestad todo el esplendor que falta en mis escritos.» Con el mismo espíritu Lupercio Leonardo de Argensola hizo de su cancion á la canonizacion de S. Diego una especie de canonizacion profética de Felipe II: composicion que tiene algun mérito como trabajo literario, pero que repugna á los sentimientos religiosos, por recordar las apoteósis de los emperadores romanos.

NOTAS

Y

ADICIONES DE LOS TRADUCTORES.

NOTAS Y ADICIONES.

Cap. xxii, nota 16, p. 13.—A esta lista de obras escritas por D. Pedro Calderon de la Barca, hay que añadir el *Discurso métrico-ascético sobre la inscripcion* Psalle, et Sile, *que está grabada en la verja del choro de la santa iglesia de Toledo*, dada á luz en 1741 por D. Antonio Fernandez de Acevedo, y además una *Elegía en la muerte del señor infante don Cárlos*, que dedicó al Infante Cardenal, y empieza así:

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y en lágrimas y quejas desatado,
Al mar corra y al viento, que bien fio
Del mar hoy y del viento mi cuidado;
Pues patrimonio son del mar y el viento
A un tiempo lo gemido y lo llorado.

Consta esta última de ciento y doce bellísimos tercetos, y se imprimió en 4.°, aunque sin lugar ni año de impresion. Tambien se imprimieron sueltas, á pesar de lo que dice Vera Tassis, las *Lágrimas que vierte una alma arrepentida*, etc., pues tenemos á la vista una que se dice tercera impresion hecha en Madrid por Antonio Muñoz del Valle, 1771, 4.° Son tambien varias las poesías sueltas suyas que en colecciones de aquel tiempo se hallan, pudiendo citarse, entre otras, las lindísimas redondillas que in-

sertó el librero Alfay en sus *Poesías varias de varios ingenios* (Zaragoza, 1654, 4.º), dirigidas «á unos ojos». Tambien hay un soneto suyo laudatorio en los *Elogios épicos* que publicó en esta corte, en 1673, D. Lope Bustamante, Cuevas y Zúñiga, en 4.º

Nota 24, p. 16.—Lo que el autor dice en la última parte de esta nota acerca de una edicion de las comedias de Calderon, «que se empezó á publicar en Madrid en 1846, y es probable no se concluya,» merece rectificacion, pues aludiendo, como evidentemente alude, el Sr. Ticknor á la coleccion de las comedias de aquel publicada por el Sr. Rivadeneyra, é ilustrada por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, es bien sabido que son tres los tomos ya impresos, y no hay razon ninguna para temer que el cuarto y último no vea pronto la luz pública; con lo cual lograrémos la mas correcta, completa y mejor de cuantas ediciones se conocen.

Nota 36, p. 24.—Uno de los escritores que con mas ardor salieron á la defensa de las representaciones escénicas fué Don Francisco Bances Cándamo, autor dramático de bastante nombradía, y del cual se hablará mas adelante. En una obra suya, intitulada: *Theatro de los theatros de los pasados y presentes siglos: Historia escénica griega, romana y castellana,* que original é inédita obra en nuestro poder, se muestra acérrimo campeon del teatro, y rebate con gran copia de datos los argumentos del P. Camargo y otros que escribieron contra las comedias. Dice en su prólogo que se creia llamado por vocacion y oficio á defender el teatro, puesto que S. M. se habia últimamente dignado nombrarle por real decreto único escritor de sus reales festejos. Así lo hace cumplidamente, rebatiendo uno por uno los asertos del docto jesuita, y amenizando su narracion con anécdotas relativas al estado de los teatros en su tiempo, y tal cual noticia de los antiguos. Para muestra de su estilo y modo de tratar la cuestion, trasladarémos el siguiente trozo del capítulo en que compara las representaciones mímicas de los griegos con las que se usaron en España:

Este mismo género de espectáculos, aunque sin aquellas torpezas que en lo antiguo hicieron delinquente el aplauso y abominable la risa, se usan al presente en España. En muchos lugares del Reyno de Toledo vemos hoy en las fiestas mas célebres egecutar estas danzas mímicas á la sinceridad

de sus paisanos, cuya composicion llaman ellos *historia*, y es verdaderamente (como en su lugar diremos) la primitiva y ruda comedia castellana nuestra, no sin gran similitud á los primeros inculpables juegos escénicos que cuenta Livio de Roma. Escríbese primero en un desaliñado romance el sucesso que quieren representar, antiguo ó moderno, en forma de relacion; este le va cantando un músico en voz alta y clara, de forma que le perciba el auditorio, y conforme va nombrando los personages se van ellos introduciendo á la escena, vestidos con la mayor propiedad que pueden, y enmascarados como los antiguos histriones. No representan ni articulan palabra alguna, pero con acciones y gestos (que la mala expresion de sus toscos artífices hace ridículos en la sinceridad de su rethorica natural) van ellos significando cuanto el mússico canta y haziendo cada personage los movimientos que le tocan del sucesso que se va cantando. No son movimientos deshonestos ni torpes los que estos hacen, como los antiguos mimos, porque tampoco, como ellos, imitan personas viles ni acciones leves; antes lo mas plausible es que introducen en sus historias casos y personages heróicos, donde es lo mas gracioso ver aquellos rústicos revestirse de la magestad que no conocen, y hazer las acciones mas descompasadas, vengan como vengan. Algunos dias ha que á peticion de un cavallero del lugar de Esquivias, de bien sazonado y agudo ingenio, escribí una de estas historias (como éllos dicen), no poco brindado del curioso apetito de verla. Elegí acaso el socorro de Viena y la batalla campal que allí ganó la Sacra Liga, y es una de las mayores que habrán leido los mas curiosos en las historias y en los annales del mundo. En mi vida tuve mas festivo rato, mas bulliciosa la alegría, ni mas naturalmente vertida del alma la risa, que al ver al señor emperador, al rey de Polonia, y al hungaro Cipion, el gran Cárlos de Lorena, representados mudamente por aquellos toscos bailarines, tan desfigurados en la propiedad de sus trages que querian esforzar, y tan quebrantados en las acciones con que los querian fingir. Pero quando vi salir al gran vizir huyendo, al sultan haciendo estremos de dolor y mandándole ahorcar, y al vulgo de los moros mal vestidos, executando el órden, se me hizo penoso el excesso del regozijo, porque fué peligrossa la risa, así en la duracion como en la violencia. Confieso que no hubiera sainete mas cosquilloso al gusto, ni mas bien visto á todos á profesarlo estos hombres, sino tuviera el peligro de que se hiziese antes; el qual quando se esfuerza en buscar la risa, encuentra quizá admiracion. Ningun donaire es tan gracioso estudiado como nativo, y las cosas mal executadas en tanto son risibles, en quanto sus artífices las tienen por bien hechas; que el error que se estudia será discrecion, y no gracia.

Tenemos tambien una viva especie de los antiguos mimos en los bailes de matachines que hoy se usan en España, tan recientes en ella, que los passaron acá las compañías de representantes españoles que llevó á Francia para su diversion y para dulce memoria de su amada patria la christianíssima reina María Theresa de Austria, gloriosa infanta de España, y los franceses los tomaron de los italianos, grandes maestros de gestos y movimientos, en quien fué mas insigne que todos un representante que en las tropas (como allá llaman) del rey Luis XIV hacia los graciosos. Era italiano

de nacion y se llamó Escaramucha. Tampoco hacen estos de hoy movimientos desonestos, sino los mas ridiculos que pueden, y haciendo que se encuentran dos de noche, y fingiendose el uno temeroso del otro, luego se van llegando; como desengañandose se acarician, se reconocen, bailan juntos, se buelven á enojar, riñen con espadas de palo, dando golpes al compas de la música, se asombran graciosamente de una hinchada vejiga que á casso aparece entre los dos, se llegan á ella y se retiran; y en fin saltando sobre ella la rebientan, y se fingen muertos al estruendo de su estallido. Y de esta suerte otras invenciones entre dos, entre quatro ó entre mas, conforme quieren; esplicando en la danza y en los gestos alguna accion ridicula, pero no torpe.

Llegaron á tener tanto aplauso estos mimos, que hizieron cierto género de introduccion ligera para entablar la burla que imitaban, como nosotros hemos hecho tambien con los matachines; pero solemnizados con excesso de la risa del pueblo, se salieron de entre los actos de la tragedia y comedia, donde ocupaban el lugar de nuestros entremeses, é hicieron sus compañías á parte, y sus poemas, llegando á tanto arte estos, que ellos ponian sus carteles, y los poetas de sus representaciones se atrevian á poner en ellos sus nombres. Los de Grecia, cuando al principio empezaron á ayudar los gestos con la voz, dice Francisco de Cascales, en sus *Tablas poéticas*, representavan un género de comedia antigua en prosa, como para introduccion de burla. Esta especie de representacion tambien nos ha quedado en unos juegos que usan en Andalucía, cuya forma referiré aqui para que se coteje con los antiguos el siglo presente, y se vea que el mundo siempre ha sido uno, y que pocas invenciones ai en él que, aunque parezcan nuevas, no ocurran mas á la memoria de los hombres que á su discurso. Quando en los lugares del Reino de Sevilla se juntan á sus solazes, los moços y moças usan varias formas de juegos, en que rústicamente declaran ellos sus passiones debajo de la metáfora que juegan, porque el Amor aun á los mas rudos haze ingeniosos para explicarse en aquella forma que pueden. Tales son el soldado, la sortija, el prior y otros mas licenciosos de lo que debieran, como el de «el palillo y el alfiler», que ya conocerá el que los supiere, y el que no, mejor será que no los conozca. Pero despues de apurados estos, para entretener parte de las noches, representan los mozos mas hábiles unos entremeses en prosa, habiéndolos ellos primero conferido entre si, y diciendo lo que ha de hacer á cada uno de ellos aquel que sabe el juego. Tienen algunos de estos quentos dialógicos, su especie de invencion no poco festiva, y yo diré uno que vi en Ossuna con los terminos mas decentes que pueda, que le he escogido por compararle con las antiguos mimos, de quien dice Scaligero que entre los Lacedemonios solia ser el argumento ir á hurtar fruta y otras cosas semejantes. Introduciase pues en el juego que he dicho un estudiante que caminaba mui hambriento, y hallando una viña, se entraba á ella, alabando el hallarla sola, y diciendo muchos elogios á aquel género de fruta, que á un tiempo es alimento y bebida. Comia con gran prisa, haciendo muchos ansiosos y hambrientos visages. A este tiempo salia con un arcabuz el guarda de la viña mui colérico y queriéndole matar. El pobre estudiante se le humillaba con los mayores extremos de co-

bardia que podia fingir; pero el guarda, inexorable á las exclamaciones, le pedia el dinero de las uvas comidas. Escúsase con su pobreza el estudiante, y con serle imposible la satisfaccion; y el otro le decia que ya que no las pagara, no las havia de llevar ni aun comidas, y que assi que tratase de dejarlas allí, arrojándolas por fluxion de vientre, que él con eso cumplia. Tambien se disculpava el estudiante con no hallarse dispuesto para ello, pero amenazándole con el arcabuz, le obligava á fingir la fea accion de volber el alimento, provocando la risa del auditorio con los gestos del temor y de la fuerza. Acabado esto, queda el guarda muy ufano, y tambien compadecido, trabava conversacion con el estudiante, el qual con gran humildad y sumission le pedia un polvo de tabaco, y llegando mui rendido á tomarle, se abrazava con el guarda, le quitava la escopeta, y haciendo el uno los mismos fieros y el otro los mismos medrosos gestos, que antes habia hecho su contrario, le obligaba á comer las uvas que el estudiante habia dejado. Poco aseada es la invencion y contra mi natural la he referido, porque se vea con quánta propiedad se assimilan estos juegos á los primeros de los antiguos mimos, pues son en prossa sus locuciones, son risibles sus argumentos é imitan cosas feas. Ni solo en esto han querido imitar á aquellas antiguas torpes representaciones, sino en la deshonestidad abominable que tiene por regozijo en estos juegos la maliciosa sinceridad de aquellos paisanos. Vi tambien en otro de estos rudos entremeses en que se introducia una muger, suponiendo serlo de un escultor. Llamavan con grandes golpes á su puerta, y entraba un hombre buscando á su marido, y respondiendo ella que no estaba en casa, decia que él era sacristan de tal lugar, y que á un santo que tenian en su retablo se le habia quebrado una pierna, y desde su lugar le traia para que su marido le aderezase, y asi era forzoso dejarsele en casa. Con esto dava voces á sus compañeros que le entrasen con gran cuidado, que lo mandaba la señora maestra; y sobre las manos unidas de quatro zagales venia otro puesto de pies, mui derecho é inmobil como en accion de estatua, cubierto con una sabana desde el cuello á los pies, que decian ellos le havian puesto contra el polvo del camino. Encargavanle mucho el cuidado con el santo y la brevedad de la obra, y dejandole alli, se iva el sacristan y los fingidos palanquines. La muger, movida de su curiosidad nativa, queria ver la estatua y que era lo que le faltava, y quitandole la sabana, dejava al deshonesto mozo todo desnudo á vista de las donzellas y mugeres de todos estados, que lo aplaudian con risa descompuesta; espectaculo por cierto tan obsceno, abominable, y en parte sacrilego, como cuantos pudieramos encontrar en la torpe barbaridad de los gentiles.

Cap. xxv, nota 16, p. 92.—La advertencia del Indice Expurgatorio de 1790, que figura ya en otros anteriores, relativa á que *Fernando de Zárate* era el mismo que *Antonio Enriquez Gomez*, merece ser tomada en cuenta, pues la Inquisicion no solia equivocarse en asuntos de este género. Nada tiene de extraño que deseando el escritor judáico que sus comedias cor-

riesen y se representasen en España, y sospechando que esto no podria tener efecto, si los inquisidores llegaban á sospechar que eran suyas, tomase un nombre supuesto. De D. Fernando de Zárate, autor de comedias, nada sabemos, pues aunque hubo un escritor así llamado, religioso augustino y maestro en teología de la universidad de Osuna, á quien citan Nicolás Antonio y Alvarez Baena en sus *Hijos de Madrid* (tom. II, p. 38), no solo no escribió comedias, sino que floreció mucho antes que Enriquez Gomez.

Cap. XXVI, nota 57, p. 124.—Felipe IV fué en extremo aficionado al baile. De él dice Juan de Esquivel, en un librito que compuso, intitulado: *Discursos sobre el arte del danzado* (Sevilla, Juan Gomez de Blas, 1642, 12.°): «El Rey nuestro Señor, á »cuya obediencia se postran los dilatados términos del mundo, »aprendió este arte, y quando le obra, es con la mayor eminen»cia, gala y sazon que puede percibir la imaginacion mas aten»ta.» (Fól. 5.) Es libro curioso y harto raro, en el que se describen las varias maneras de danza cortesana que en aquel tiempo se usaban, y se citan maestros famosos en el arte, como Antonio de Almenda, vecino de Madrid, que lo fué del rey Felipe IV; José Rodriguez Tirado, que tenia escuela en Sevilla; Antonio de Búrgos, Juan de Pastrana y otros. Al fól. 30 vuelto dice que «jácara, rastro, zarabanda y tárraga son una misma »cosa». El autor habla siempre con desprecio de los bailes populares, á los que llama danzas, como indignos de ser aprendidos de caballeros y gente cortesana. En el cap. XII, fól. 44 vuelto, se expresa así: «Todos los maestros aborrecen á los de las dan»zas *de cascabel*, y con mucha razon porque es muy distinta »á la *de quenta* y de muy inferior lugar, y ansi ningun maestro »de reputacion y con escuela abierta, se ha hallado jamás en »semejantes chapandacas y si alguno lo ha hecho, no habrá si»do teniendo escuela, ni llegado á noticia de sus discípulos, por»que el que lo supiese rehusará serlo de allí adelante, porque »la danza *de cascabel* es para gente que puede salir á dançar »por las calles, y á estas danças llama por gracejo Francisco »Ramos, la tarasca del dia de Dios,» etc.

Cap. XXVII, p. 133.—Al tratar el autor en el capítulo XIX de la primera época (pp. 398-412), de las obras de Juan de Mena

y demás poetas de la escuela llamada *dantesca*, omitió, á nuestro modo de ver, el citar á algunos otros que tambien cultivaron el mismo género, é ilustraron con sus obras el reinado de los Reyes Católicos; ya por serle desconocidas las obras de algunos de estos autores, harto raras por cierto, ya porque creyese deber cerrar el arte antiguo con la noticia del Ennio cordobés, y pasar desde luego á la llamada restauracion de las letras é introduccion del gusto italiano en tiempo de Cárlos V.

Revoluciones y cambios como los que nuestra literatura experimentó en diferentes épocas, no se operan sin lucha prévia, sin contradiccion violenta y sin que la escuela vencida continúe por largo tiempo defendiendo lo que hasta entonces consideraba como conveniente y como bueno. Esto es lo que naturalmente tiene que suceder en pueblos tan apegados á sus hábitos y costumbres como lo es el nuestro. Muchos años despues de haber Boscan y Garcilaso introducido en la poesía castellana nuevos metros, y la imitacion de los antiguos clásicos, varios poetas de indisputable mérito continuaron usando, ya las coplas de arte mayor, ya los metros cortos antiguamente usados en Castilla, y evitando con esmero todo lo que caracteriza el *gusto italiano*. Ya eran conocidas y universalmente aplaudidas las obras de Ledesma y de los *conceptistas*, y multitud de poetas escribian aun con toda la naturalidad y sencillez de los primitivos tiempos. Otro tanto sucedió con el *culteranismo* que á pesar de reunir en su favor circunstancias que le hicieron desde luego tomar rápido vuelo, no se desarrolló tan pronto como comunmente se cree, y harémos ver en notas sucesivas.

La escuela de Juan de Mena dejó pues, hasta muy entrado ya el siglo XVI, rastros notables, que conviene examinar en una Historia de la literatura española, aunque no sea con otro fin que el de señalar la lentitud con que el nuevo estilo caminó hasta lograr hacerse general en toda España.

De Fr. Pedro de Padilla, comunmente conocido por *el Cartujano*, autor de un poema á la manera del Dante, intitulado *Los doce triunfos de los doce apóstoles* y del *Retablo de la vida de Cristo*, ya se habló en el tom. I, p. 441, así como de la *Triaca del alma*, de Fr. Marcelo de Lebrija, y mas adelante se tratará de la *Historia Parthenopea* y de los *Veinte triunfos* de Vasco Tan-

co Diaz de Frejenal; obras todas escritas segun el método y estilo de los antiguos poetas del reinado de D. Juan II. Ahora nos cumple, segun el propósito ya anunciado, citar algunas obras de la misma escuela que no logró ver nuestro autor.

I.

Es la primera y principal de ellas la que con el título de *Panegírico* compuso, al terminar el siglo XV, un canónigo de Palencia, llamado Diego Guillen de Avila, quien, á pesar de ser un poeta muy distinguido, estar su obra dedicada á la reina Doña Isabel, cuyas esclarecidas virtudes y magnánimas dotes refiere, y haberse hecho de ella dos ediciones, no se halla mencionado por el erudito Clemencin entre los escritores de aquel reinado contenidos en su *Elogio*. La obra se intitula : *Panegírico compuesto por* Diego Guillen de Avila *en alabança de la mas catholica Princesa y mas gloriosa reyna d'todas las reynas, la reyna doña Isabel, nuestra señora que santa gloria aya, e a su alteza dirigida. E otra obra compuesta por el mismo* Diego Guillen, *en loor del reverendissimo señor don Alonso Carrillo, arçobispo de Toledo que aya santa gloria*. Al fol. 2 hay una epístola dedicatoria del autor á la Reina, fecha en Roma, á XXVII de abril del año 1500, en la que dice, entre otras cosas: «Muchos dias, excellentissi»ma señora, ha que comencé esta jornada, pero intercisa al»gunas vezes por la incomodidad, y poco reposo quel tiempo »me ha causado, el mismo deseo que para dalle fin he tenido, »enxirió en mí una costançia que quantas vezes he sido impe»dido, tantas ha solicitado el ánimo mio en la prosecucion de »ella; pero tardandome en su conclusion, me fué necessario »estenderla mas de lo que al principio pensé, por memorar al»gunas cosas que en este medio tiempo han sucedido.»

Sigue el argumento, en que el autor explica y declara su intencion y alegoría, la cual se reduce á lo siguiente. Finge hallarse caminando por una oscura selva, en medio de la cual está situado un palacio fatídico, con paredes en que se hallan figurados todos los sucesos de la historia, pasados, presentes y futuros. Aparécensele luego las tres hadas, Tropos, Cloto y Lachisis, cada una de las cuales le sirve de guía por las estancias del pa-

lacio, explicándole, la primera la historia de los tiempos pasados; la segunda los sucesos del reinado de D.ª Isabel, y profetizándole la tercera que los Reyes Católicos, despues de haber conquistado toda el África, pasarán á Jerusalen y rescatarán el santo sepulcro de manos de los infieles. El poema, segun ya dijimos, está escrito en versos de arte mayor, y no carece de cierto mérito en la parte descriptiva:

Era en el tiempo que muestran las flores
De sus escondidas potencias señales,
Y los terrestres aquosos vapores
Al ayre los suben los rayos febales:
Thiton con sus carros luzientes triumphales
Ocupa los cuernos del cándido toro,
Aviendo partido en la piel de oro
El justo equinocio en partes iguales.
Entonces vencido de mi fantasía,
Me vi caminando por una floresta,
Tan alta y espessa, que me paresçia
Que naturaleza la uviesse compuesta.
La selva d'Odona no es tan apuesta
A do las palomas tenien por estilo
Venir, ni aun aquella do Numo Pompilo
Avia de su Egeria fingida respuesta.
Por donde yo siento tumulto sonante
De cimbalos, flautas y otros sonidos
Que ya por las haldas del claro Athalante
De sátiros fueron y faunos oydos.
Allí las Driades con passos devidos
Oy con mas nimphas quen coro dançavan,
Y en rusticas bozes cantando loavan
Las vidas silvestres en que eran nasçidos.
Atonito yva comigo y turbado
En verme entre gentes que ver no podia,
Congoxas me lievan assi congoxado
Quel alma temores secretos sentia.
Cada una planta de quantas veya
Ser cosa sensible ʂe me figurava,
Los blandos cabellos alçados levava,
Mis miembros temblaban, no se que tenia.
Cogido comigo me yva increpando:
Desecha, dezia, medrosos temores;
Ni sientes el ronco cerbero ladrando,
Ni exercen los ydros aquí sus furores;
La cimba, la urna no causan clamores,

Ni bestias disformes te estorvan que andes;
Mas es que las cosas diuinas ó grandes,
Si espantan primero, despues son mejores.

Despues de tratar de Jafet, hijo de Noé, y de los escitas y sus costumbres, pasa el autor á los reyes godos de España, desde Athanarico hasta D. Rodrigo, y en seguida cuenta el orígen y descendencia de los reyes de Astúrias y Leon en breves, aunque elocuentes razones, introduciendo elogios de los varones señalados en armas y letras que ha producido España; como es este del Cid:

Y aquel caballero que alli ves armado
De armas tan claras, lucidas, fulgentes,
El Cid es Ruy Diaz, aquel esforçado
Que reyes venció tan grandes potentes.
Por este Valencia, si pones bien mientes,
De los affricanos fué bien deffendida;
Aqueste en la muerte venció y en la vida,
E hizo mas cosas que saben las gentes.

Algo mas se extiende el autor en la segunda parte, que es la relativa al reinado de los Reyes Católicos, describiendo la guerra con Portugal, la formacion de las hermandades, el establecimiento de la Inquisicion y el principio de la guerra de Granada. Despues de referir el socorro de Alhama, y la heróica defensa de su guarnicion, hay una nota que dice: «El autor »prosigue esta obra mucho tiempo despues que la començó, »muda la consonancia de los quatro versos primeros, e finge »aver dormido el tiempo que no trabajó en ella.»

Ya estaban de blancos licores vestidas
Las sierras, collados y altas montañas;
Los hijos de Astreo con rigidas sañas
Teniendo las fuerzas de Apolo vencidas:
Las frondes, las hieruas estan escondidas,
Quen selvas ni en prados salir no se fian,
La bruma passava, los mares tenian
A los aciones sus ondas tendidas.

CONTINUA.

Quando en Capricornio s'alumbran los dias,

Quen sus saturnales onrravan romanos,
Y agora las fiestas celebran cristianos
Del gran nasçimiento del sancto Mexias;
Diez años despues que las señorias
De tus claros reyes avien començada
La guerra, aparejan entrar en Granada,
Domadas del todo sus luengas porfias.

TRIUNFO.

Con mas aparato, mas joyas y arreos
Que Dario, cavalgan tus reyes triunfantes,
Do blancos cavallos ni los elephantes
No tiran sus carros con tantos tropheos;
Ni lievan los moros asi como arreos
En duras cadenas los cuellos metidos,
Mas siendo contentos d'avellos vencidos,
No mandan penallos con actos mas feos.
Van los reyes d'armas delante vestidos
De cotas que muestran castellos, leones,
Aguilas brunas, granada y bastones,
Las flechas, los yugos muy bien parecidos:
Alli cheremias, trompetas, sonidos
De los atabales sonavan sin cuentos,
Tambores, clarines y mas estrumentos
Que Marsias ni Midas no han conoscidos.
Cavalgan tras ellos los embaxadores,
Los duques, marqueses, maestres, perlados,
El gran Cardenal, gran hijo, á los lados
Con el Condestable, mill otros señores;
Tras los titulados de officios mayores
Las capitanias muy bien ordenadas;
Sus señas tendidas, sus gentes armadas,
Que alegran los campos con sus resplandores.
Llegando en la puerta del recibimiento,
Encima el Alhambra parece ya puesta
La cruz triumphante, la qual tiene enhiesta
Alli aquel obispo de tu nascimiento.
Despues que la adoran con acatamiento,
Entraron la tierra en paz y alegria;
Con hynos, con salmos muy gran clerezia
A Dios dan loores por tal vencimiento.

COMPARACION.

Vinieron al Papa las nuevas mas presto
Que las que embiaba con la golondrina,
Quando en el stadio ganaba Cecina
Con carros ligeros el pris qu'era puesto.

Ya en Roma s'encienden hogueras por esto,
Ya fingen que toman Granada con sañas;
Aqui corren toros, allá juegan cañas,
Ya justan, ya muestran triumfos compuestos.
El Padre Inocencio con santa intencion,
Y todo el colegio de los cardenales
A Dios hacen gracias por gracias atales
Do'esta Santiago en campo Anagon:
Con missa solempne en luenga oracion,
Ensalçan tus reyes mas qu'otros cristianos,
Qu'en tiempo an vencido tan fuertes paganos,
Qu'es tema sobervia su seta y nacion.

FIN DE LA GUERRA.

Y en tanto que Rroma estava ocupada
En fiestas tan grandes y en preces benditas,
Tus reyes mandaron limpiar las mezchitas,
Hazerlas iglesias por toda Granada.
Al culto divino su parte apartada,
Dexan el Alhambra al conde Tendilla,
Ya ellos se parten, se van á Castilla,
Su empresa, aunque grande, del todo acabada.

Aquí concluye la segunda parte y empieza la tercera, en que Láchises declara al autor la historia de los tiempos futuros, pronosticando la expulsion de los judíos, la tentativa de asesinato contra el rey D. Fernando, la guerra del Rosellon, las empresas del Gran Capitan en Italia, la muerte del príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, y por último, la conquista de Africa y de Jerusalen. Es, sin embargo, muy extraño que nada diga el poeta del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colon, acontecimiento que se supo al punto en Roma y en toda Italia, causando la sensacion que era de esperar.

Toda la obra consta de ciento ochenta y cuatro coplas de arte mayor y concluye así : «Feneçióse esta obra en Roma por »Diego Guillen de Avila, á xxiii dias de julio, año de noventa y »nueve : intitulóla *Panegírico,* que quiere decir «toda gloria ó »alabança» : es vocablo griego impuesto por algunos latinos á »sus obras, donde han loado emperadores, reyes é grandes prín»cipes.»

Despues de esto, en la edicion que tenemos á la vista, siguen: «Unas coplas que hizo el muy reverendo señor don Alonso

»Carrillo, obispo de Pamplona, á Diego Guillen d'Avila : rogan-»dole que haga alguna obra en memoria del reverendissimo »señor Don Alonso Carrillo, arçobispo de Toledo, su tio. » Son en número de diez, tambien de arte mayor, y de una de ellas se colige que el autor fué hijo de un contador mayor del arzobispo Carrillo, quizá el Pero Guillen de quien ya dijimos algo en las notas al primer tomo, p. 557. Sigue á esto la obra, precedida de una carta del autor al obispo de Pamplona, á cuyos ruegos la compuso, y de una breve introduccion, en que declara y explica el argumento de ella. Finge el autor que baja al infierno y encuentra allí al Dante, quien le sirve de guia y mentor, explicándole los tormentos y tribulaciones de los condenados. Pasan despues juntos al purgatorio, y al salir de las regiones infernales, encuentran, á vista ya de los campos Eliseos, al arzobispo D. Alonso Carrillo en compañía de la fama. Con este motivo el autor refiere algunas de las hazañas obradas por el Arzobispo, así en la guerra como en la paz, é ingiere algunas historias de romanos y griegos, que dice le fueron contadas por el mismo Dante. Deja, por último, á este, y subiendo al cielo, encuentra allí sentado al Arzobispo.

Para muestra de ella, copiarémos aquí las dos primeras coplas:

Yo escribo temiendo la clara memoria
Del gran arçobispo que dexa en Toledo
Dorada una silla, y tiene en la gloria
La otra durable, de gozo mas ledo.
Su nombre, no tenga nenguno ya miedo
Que casos movibles lo cubran d'olvidos,
Pues tan registrado está en los oydos
D'aquella que vuela con tanto denuedo.

Pues sus excelencias y obras notables,
Que ornaron el mundo de ufanos favores,
Son tales y tantas y tan memorables,
Que sobran el seso con sus resplandores.
Mostrar sus grandezas, decir sus loores,
Mi pluma infacunda será maravilla,
Pues passan y exceden y ponen manzilla
A quantos contienden de fama y de onores.

Por hallarse falto de hojas al fin el ejemplar de que nos servimos, no podemos determinar la extension que tiene el poe-

ma, del cual solo se conservan las tres primeras hojas, ó sea las cuarenta y seis primeras coplas. Por la misma razon nos es imposible fijar dónde y cuándo se imprimió. En un catálogo manuscrito de la biblioteca del conde del Aguila, en Sevilla, hallamos señalada esta obra como impresa en Salamanca en 1507; y Nicolás Antonio (*Bib. Nov.*, ed. Bayer, tom. I, p. 288) cita otra edicion de Valladolid, por Diego Gumiel, 1509, fól. La que tenemos á la vista es en folio, letra de Tórtis y á dos columnas, sin foliatura; consta en su estado presente de solas veinte hojas. El ejemplar pertenece á nuestro amigo y compañero el Sr. D. Valentin Carderera.

Del autor Diego Guillen de Avila solo sabemos que fué familiar del cardenal Ursino y canónigo de Palencia; què vivió la mayor parte de su vida en Roma y fué hijo del contador mayor del arzobispado de Toledo. (Véase á Pulgar, *Historia secular y eclesiástica de la ciudad de Palencia*, lib. III, p. 309.)

Guillen publicó además una traduccion de *Los quatro libros de Sexto Julio Frontino: de los enxemplos, conseios e avisos de la guerra*, dedicada á D. Pedro de Velasco, conde de Haro, y que se imprimió en Salamanca por Lorenço Liom de Dei, año de MDXVI, á 1.° dia de abril (4.°, 59 hojas).

Quizá haya tambien de atribuirse á este mismo autor una égloga en coplas de arte mayor, intitulada: *Egloga interlocutoria: graciosa y por gentil estilo nuevamente trobada por* Diego de Avila, *dirigida al muy illustrissimo Gran Capitan*, y cuyos interlocutores son Hontoya, Tenorio, Alonso Benito, Alonso gaytero, Toribuelo, Crego, Sacristan, Teresa Turpina y Gonçalo Ramon. El argumento es el siguiente: un pastor llamado Hontoya riñe con su hijo Tenorio y le envia á guardar el ganado. Viene luego un aldeano que le dicen Alonso Benito, y le propone el casamiento de su hijo con una zagala llamada Teresa Turpina. El padre rehusa el casamiento por no tener quien le guarde el ganado despues de casado su hijo. Alonso va á ver á Tenorio, á quien halla durmiendo, y entre sueños le dice cosas de mucha risa. Viendo su sueño tan pesado, le hace un conjuro; despierta, y juntos ambos, pasan á ver al padre, quien con gran dificultad otorga el casamiento. Alonso el gaitero viene de parte de la madre de la novia á decirles que vayan á la al-

dea; pero el padre contesta que Tenorio está cansado y no puede ir. Van por último á la aldea, y el cura desposa á los novios; pero apenas se ha concluido la ceremonia, cuando llega de parte del cura un pastor llamado Gonzalo Ramon, y trata de estorbar el casamiento. Al fin se hacen amigos, y el pastor y el novio salen á luchar, y tres de las madrinas de la boda dicen un villancico. Al fin de la égloga se añaden unas *Coplas pastoriles para cantar : de cómo dos pastores andando con su ganado, rogaua el un pastor al otro le mostrase rezar el pater noster : hechas por* Rodrigo de Reynosa.

Este rarísimo libro, que consta de 18 hojas en 4.° sin foliacion alguna, se imprimió en Alcala de Henares antes del año 1516. Pertenece á la librería de D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, y está encuadernado con otros no menos raros, entre los cuales está una *Egloga real compuesta por el Bachiller de la Pradilla, catedrático de Santo Domingo de la Calzada, sobre la venida á España del Rey Don Carlos.*

II.

El libro de las valencianas lamentaciones y el de la partida del Anima, por Juan de Narvaez, natural de Córdoba.

Aunque esta obra no llegó á imprimirse, creemos deber dar noticia de ella, por ser muy importante, y su autor enteramente desconocido. Es un poema de cuatrocientas setenta y una octavas, dividido en cuatro partes, y estas en doctrinas. El asunto es moral é histórico : habla en él del Gran Capitan, á quien la obra está dedicada. *La partida del Anima* es obra diferente, y está igualmente escrita en octavas. En un prólogo en prosa, dividido en cuatro capítulos, el autor da alguna noticia de su persona :

Desde mi pequeña edad me di á la composicion de los versos (segun Juan de Mena hizo); y como el tiempo causa mudanza, apartado de mi patria Córdoba (vagando por otras algunas partes), vine á residir en Valencia; en la qual sustentándome enseñando algunas de las artes liberales (despues de haber conocido esta ciudad 12 años), el conde de Oliva me embió á llamar y despues de me hacer algun ofrecimiento (segun su magnificencia), preguntóme de mi doctrina, haciéndose admirado como tantos años en Valencia hubiese estado sin que él supiese de mi, y así denotó

querer servirse de alguna de mis escrituras, á causa de lo qual yo le hize presente de un libro que *de la partida del Anima* yo hube compuesto, y él recibiéndolo muy alegremente y por treinta dias contínuos leyéndolo á muchos caballeros, en el fin de dicho tiempo demostró no querer servirse de él, á cuya causa yo cobré el dicho libro. Y como el Conde dejarlo y yo cobrarlo fuese tan grande novedad (que para en tal caso mayor no pudo ser), delibré sobre ello hazer un libro de *Lamentaciones*.

En ellas se queja el autor de su pobreza y mala suerte, comparándose con otros que, sin tener merecimientos para ello, llegan al mas alto grado de prosperidad y riqueza. Tambien introduce una digresion en que trata del Gran Capitan, refiriendo sus campañas y victorias en Italia y Nápoles, y procurando alejar de él la mancha de infidelidad á su rey, que dice se le imputaba comunmente en su tiempo, lo cual nos persuade á que Narvaez escribió sus *Lamentaciones* entrado ya el siglo XVI. El mismo lo da así á entender en la copla 33, donde exclama :

¡ Oh summo, por Dios guiado,
Pontífice Julio Segundo,
Disponedor en el mundo
De aqueste nombre nombrado !
¡ Quánto eres fatigado
La Iglesia defendiendo !
Mas en fin quedas venciendo
Con tu triunpho memorado.

La *Partida del Anima* consta de ciento ochenta octavas, con el siguiente epígrafe : *Aquí comienza el libro intitulado* La partida del Anima, *sobre el qual fueron compuestas* Las valencianas lamentaciones *que hizo Juan de Narvaez.* Precede á toda la obra una exhórtacion en verso, y una dedicatoria, tambien en verso, al Gran Capitan.

III.

Obra fecha por Hernan Vazquez de Tapia, *escribiendo en summa algo de las fiestas e recibimientos que se hizieron á Doña Margarita de Flandes.* Es un poema descriptivo de las fiestas que se hicieron en Santander con motivo de la llegada á aquel puerto

de la princesa D.ª Margarita, hija del emperador Maximiliano; los desposorios verificados en Villasebil; el recibimiento que Búrgos hizo á los príncipes, su paso por Valladolid, Medina del Campo y Salamanca, y por último, la desgraciada muerte del príncipe D. Juan, ocurrida en 1497.

La obra, compuesta de ciento cincuenta y dos coplas de las llamadas de arte mayor, se imprimió en Sevilla por Meinardo Ungut, aleman, y Lanzalao Polono, en 1497, fol. Para muestra de su estilo copiarémos las siguientes octavas:

A quatro de otubre, ques el mes deceno
De noventa y siete dell año en que estamos,
Dia de Sant Francisco, si bien lo sumamos,
Quedó aqueste reyno de pesares lleno,
De pura congoxa cient mill vezes pleno,
De lo que en la corte toda se sentió
Quando la muy triste embaxada llegó,
Mas rezia que piedra que sale del trueno.
Sabida de cierto la nueva presente,
Los cortesanos sienten penas tantas,
Que ellos y las muy ilustres infantas
Es cosa despanto que sienten y siente.
Luego vistieron sin inconviniente
Sus ropas de oro de triste tintura,
Pesares sentiendo, dexando holgura,
Los ojos tornados de todos en fuente.
Damas y señoras de grandes estrados,
Duquesas, marquesas de alto cimiento,
Todas lloravan con tanto tormento,
Que no ay quien sus llantos os dé bien sumados:
Todos andavan tan deferenciados
Con la triste nueva desora llegada,
Que vierades toda la corte mudada,
Trocando sospiros por gozos passados.
Las fiestas que oystes que aquí he recontado
Todas bolvieron los rostros atras,
Con pensamientos de nunca jamás
Mostrarnos aquello que ovieron mostrado.
En toda la corte despresso mandado
Se puso silencio al cantar y tañer,
Porque todo aquello que dava plazer
De oy mas estuviesse escondido y callado.
Los ricos vestidos y las bordaduras
Aquí las hallaredes tornadas presto

De grosseras xergas y aun de menos questo;
A todos cercados de negras tinturas
Que quando tú, vana fortuna, procuras
Sobirnos arriba, si bien lo pensamos,
Por tus escalones subiendo baxamos,
Gozando de angustias y desaventuras.

Ninguno de los libros mencionados en esta extensa nota, y otros varios que pudieramos citar, á no temer alargar indebidamente esta parte de nuestro trabajo, se recomienda por un mérito singular, á excepcion quizá de los *Elogios* de Guillen de Avila, en el que se descubren rastros no despreciables de elocuencia é ingenio; pero tratándose aquí de indicar algunos de los autores que siguieron la escuela poética del marqués de Santillana y de Juan de Mena, nos ha parecido conveniente señalar la existencia de estas obras antiguas y de muy pocos conocidas.

Cap. XXVII, nota 5, p. 137.—La *Historia Parthenopea*, citada al principio de esta nota, no pertenece á este período, puesto que está escrita en coplas de arte mayor, como las que usó Juan de Mena, y es una derivacion de la escuela que acabamos de describir en las anteriores líneas. Imprimióse en Roma por maestre Stephano Guilleri de lo Renno, 1516, á 18 de setiembre, y es un tomo en fólio menor, de 162 hojas, y cuatro mas de preliminares, tan sumamente raro, que no hemos logrado ver de él mas que un solo ejemplar; aunque por otra parte es tan malo, que apenas merece mencionarse.

De su autor tan solo sabemos que fué clérigo, natural de Sevilla, y protonotario de la Santa Sede en Roma; que murió antes del año 1516, en que se imprimió su obra, y que dejó escritas otras varias, cuyos títulos da en la dedicatoria de su *Historia Parthenopea* al ilustrísimo señor Bernaldino de Carvajal, cardenal de Santa-Croce; como son: «un *Vita-Christi*, doce libros »de la *Esperanza*, otros doce de la *Justicia*, y ocho mas de la »*Educacion del Príncipe;* los *Siete triumphos de las siete virtudes*, »y algunos otros tratados de varias cosas,» no desapacibles, cuya pérdida no es por cierto muy de sentir, si son todos tan malos como este. La edicion de que cuidó cierto clérigo llamado Luis de Gibraleon, natural de Nápoles, está plagada de erratas.

La obra está dividida en libros y en capítulos, y es una relacion prosáica y minuciosa de la conquista de Nápoles, una verdadera crónica rimada, sin mas accidentes poéticos que una oracion de Palas á los Reyes Católicos, inspirándoles el nombramiento del Gran Capitan para caudillo y general de la empresa; una lamentacion de las deas marinas, y un coloquio entre Eolo y Neptuno, quienes resuelven estorbar por cuantos medios estén á su alcance la navegacion de la armada castellana, y suscitan una fiera tempestad. En el prólogo del lib. 8.°, despues de la «Invocacion», se introduce un elogio de Córdoba y de sus habitantes (Laudes de Cordova dondes el Gran Capitan), y mas adelante un «Tratado de las costumbres de los grandes de Castilla», en que se reseñan brevemente algunas hazañas y notables hechos de armas de los españoles. Concluye la obra con un «sermon» al cardenal de Santa-Cruz, por cuyo mandado parece que Hernandez compuso su obra, la cual ni siquiera tiene el mérito, tan comun, de buena versificacion, como se puede ver por esta copla del fol. 94:

A veinte con ocho de abril que pasó,
Viernes, yo digo, del año pasado
De mill y quinientos y tres ques nombrado,
La guerra que quento ally fenesció;
La gloria despaña al çielo subió,
Mas sabado luego, ques claro ya el dia,
La Chirinola su pacto pedia
Al Gran Capitan de darse y se dió.

Nota 12, p. 146. — Pedro de Oña escribió además un poema épico-heróico, repartido en doce libros ó cantos, é intitulado el *Ignacio de la Cantabria*, sobre la vida y milagros de S. Ignacio de Loyola, fundador de la compañía de Jesus, que con la aprobacion de D. Pedro Calderon de la Barca salió á luz en Sevilla, impreso con mucha elegancia y adornado de bellísimas láminas en cobre, por Francisco Lyra, 1639, 4.° Mas bien que poema, es una vida del Santo en verso, y su único mérito consiste en algunas octavas fáciles. Fué Oña natural de Chile; hecho que Nicolás Antonio puso en duda. En la dedicatoria de este poema á los padres de la compañía de Jesus dice así: «Co-

»ronado os le vuelvo qual heroe al comun órden superior, pe»ro con los lauros estériles que los Parnasos de la inculta Amé»rica pudieron ofrecer, etc.» Además en una de las ediciones de su *Arauco* se llama natural de Los Infantes de Engol, en Chile.

Esta guerra contra los araucanos de Chile, y otras que se siguieron, prestaron mas tarde ocasion y asunto para un poema macarrónico intitulado: *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reyno de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudenciales en las materias de gouierno y guerra. Y otro de lo que catolicamente se deue sentir de la Astrologia judiciaria. Dirigido al Excmo. Sr. Conde de Chinchon, Virrey destos Reynos del Peru, Tierra-Firme y Chile. Compuesto por el Capitan D. Melchor Xufré del Aguila, natural de la Villa de Madrid.* Lima, por Francisco Gomez Pastrana, 1630, 4.º Precede á la obra una larga carta que el Dr. Luis Merlo de la Fuente, capitan general que fué de la guerra de Chile, escribió al autor, dándole cuenta de los sucesos ocurridos durante su gobierno, desde 1606 hasta 1628, quizá lo mas importante de todo el libro, por las muchas noticias que da dé aquella desastrosa campaña y demás ocurrencias del vireinato. Del autor, que no se halla citado en Nicolás Antonio ni en Alvarez Baena, á pesar de haber sido natural y vecino de Madrid, solo sabemos lo que él mismo nos dice, ya en el prólogo, ya en su poética narracion de sucesos militares de que fué testigo y parte; aunque son tan malos sus versos, que no nos acordamos nunca haberlos leido peores ni mas prosáicos. Fué, á lo que parece, hijo de Juan Xufré, que se distinguió mucho en las armas durante el gobierno de Pedro de Valdivia, y pasó al Perú en 1590, en tiempo de D. Alonso García Ramon:

Hallábame yo en Lima en este tiempo
Con una lança sola, que pagada
Los menos años es, y della poco;
Y procurando merecer mayor
Merced de nuestro Rey, quise á mi costa
A aquella yrado fuy ofrecido;
Y sin querer tomar socorro alguno
(Aunque se me ofreció el de capitanes
Vivos), por no açetar parte de premio

O paga (que basta hoy un solo pesso
Ni un maravedi solo he recebido)
De paga real, habiendo en su servizio
Gastado mas millares de ducados
Que tengo, á Chile fuy y aventurero.
Mas no penseys que he de dizir por esto
Nada con mas espacio, aunque de vista
De casi quarenta años soy testigo.
En fin, con esta gente, el de noventa,
A veinte y seys dē Enero, alli aportamos;
Y aunque no luego, porque no tenia
Hechas las prevenciones Don Alonso,
Para el año siguiente, entró á el estado
Con un luzido campo y fuerça grande
De quatrócientos hombres de á caballo
Y mil amigos, bastimentos tantos;
Que llevamos seys mil y mas caballos;
Que yban de Santiago los vezinos
Con él, y á ciento y mas llevaban muchos
De bastimentos, con que sustentaban
A diez y veynte y treynta camaradas.
Y digoos de verdad, que yo tenia
Mas de veynte de messa, de ordinario;
Testigos ellos son, que algunos viven;
Con que mas empobrecí, mas que debiera,
Pues he sido tan mal remunerado,
Que en vez de alimentarme de la mesma
Lança que el Rey me dió, ni un pesso solo
He cobrado, ni he visto, ni otra cosa,
Oficio ó renta, que equivalga en algo:
¡Mirad si con raçon podré alegar servicios!

En otra parte nos dice que llegó á ser vecino encomendero de la ciudad de Chile, cabo y capitan á guerra de dicha ciudad, y que habiendo recibido varias heridas, y entre otras, una que le causó la rotura de una pierna, se retiró del servicio; que viéndose pobre y no premiado, empezó á vivir de ordinario en campesina ociosa soledad, dedicándose algunos ratos á trazar sobre el papel la historia de los sucesos que en paz y guerra habia presenciado. El discurso que trata de la astrologia judiciaria lo escribió, segun parece, en defensa propia. «Ha habido, »dice, alguna voz en este Reyno y fuera del, de que soy de los »que dan demasiada creencia á los pronósticos de la Astrolo»gia, y por eso hize este tratado, en que se ve muy claro que

»no soy desta seta envanecida, si bien tengo por cordura muy »grande el no desestimar los avisos que á vezes por impensa»dos medios nos embia la divina Providencia.» Tanto este discurso, como el de «Avisos prudenciales en materias de gobierno y guerra», que se reduce á sentencias tomadas de autores sagrados y profanos, y el primero y mas importante, que trata de la guerra con los indios, araucanos y purenes, están escritos en forma de diálogo entre Gustoquio, capitan en Flándes, y Provecto, alférez chileno, que habiendo acudido á la corte á ciertas pretensiones, se reunen para platicar de asuntos militares.

Otra obra parece escribió el autor, intitulada: *Tratado de cosas admirables del Pirú*, que no ha llegado hasta nosotros, y cuya pérdida no es muy de sentir, vista la calidad y quilates de la que acabamos de examinar.

Cap. XXVII, nota 17, p. 150.—El poema de Francisco Hernandez Blasco se reimprimió en Toledo, por la viuda de Juan de la Plaza, 1589, 4.°; despues en la misma ciudad, por Pedro Rodriguez, 1598, 4.°, y por último, en Alcalá, por Juan Gracian, 1612, 4.° La primera de estas tres ediciones está adornada de estampas grabadas en madera, «dibujadas y cortadas »de su propia mano,» segun el autor dice en uno de sus prólogos. Hay una segunda parte, mucho mas extensa que la primera (pues se compone de veinte y cinco cantos y cinco mil ochocientas octavas), escrita por Luis Hernandez Blasco, fraile de la órden tercera de S. Francisco, y natural de Sonseca, en el reino de Toledo, quien aprovechándose de lo que su hermano Francisco dejó escrito, la perfeccionó y concluyó, imprimiéndola en Alcalá, en casa de Juan Gracian, 1613, 4.° Contiene los hechos de los apóstoles, las persecuciones de los cristianos y otros varios sucesos de la iglesia militante, hasta el imperio de Vespasiano; en punto á estilo é invencion es muy inferior á la de su hermano, y obra de poco ó ningun mérito.

Acerca de Francisco Hernandez Blasco, tambien natural de Sonseca, no tenemos mas noticias que las muy escasas que él mismo nos proporciona en el prólogo á su poema. Sabemos que fué presbítero, y que habiéndose desde su juventud aficionado «á la lectura de libros poéticos, ansí latinos como en »vulgar castellano», y con especialidad la *Araucana* de Ercilla

y el libro del Ariosto, «con sus machinas y laberinthos, tan so»noros á las orejas de los lectores,» se sintió penetrado de un ardientísimo deseo de ver cantadas en verso las hazañas de nuestro Redentor. Viendo pues encarecidos y levantados hasta el cielo los hechos del bárbaro Lautaro, y preconizadas las valentías de Orlando y de Rugero, le pareció ser llamado á cantar en verso castellano las inefables maravillas de la redencion. Dedicóla á D. Fernando Niño de Guzman, del consejo de S. M. y presidente de la chancillería de Granada.

Imprimióse su libro por primera vez en 1584, como ya lo expresó nuestro autor; pero al publicar en 1598 la segunda edicion Blasco, le añadió los cuatro primeros cantos, y dos églogas al fin, que tratan de la muerte de Cristo, así como un abecedario y declaracion de todos los vocablos oscuros de la historia.

Nicolás Antonio reprende indebidamente á Waddingo por haber llamado á Blasco *Luis*, en lugar de *Francisco*, y hacerle fraile de la órden tercera; pero al hacerlo aquel diligente bibliógrafo, ignoraba la existencia de un segundo tomo de la *Redencion universal*, escrito por Luis, hermano de Francisco.

Cap. XXVII, nota 18, p. 150. — El primer tomo, que comprende tres partes, se imprimió en Bilbao por Matías Mares, 1587, 4.°; el segundo un año despues, en 1588, y no en 1580, como inadvertidamente se dijo en el texto. Por lo demás, estamos en todo conformes con el juicio que de esta obra hace nuestro autor.

Algo mas poético se muestra Fr. Gabriel de Mata, en otra obra suya harto rara, que tiene por título *Cantos morales*, y se imprimió en Valladolid, por los herederos de Bernardino de Sancto Domingo, 1594, 4.° El argumento es la vida del hombre y el combate espiritual del Alma contra los vicios, dispuesto todo en forma de poética alegoría. Dios deposita á su esposa, el Alma, dentro de un fuerte castillo, maravillosamente labrado, que es el cuerpo del hombre, destinando para su servicio la Voluntad, la Razon y las siete virtudes cardinales. Mas al lado mismo del castillo y cerca de sus mismos cimientos crece una mala yerba:

Qual verde, fresca y arraygada yedra,

Que toda cepa del fructal ocupa,
Y aun hasta el suelo y la mas dura piedra,
Todo el humor y la virtud les chupa;
De cuya sombra por jamás se arriedra
La sierpe, ni el dragon la desocupa;
Tal va la mata natural creciendo,
El sancto humor del alma consumiendo.
Era qual mata de nocivas rosas
Todas amparo de mortal veneno,
A cuya sombra sierpes ponçoñosas
La tenian seco y ocupado el seno.
Entre las vanas sombras deleytosas
Que al hombre dexan de peccados lleno,
Crecia esta mata sin que lugar diesse
A que otra flor mejor permaneciesse.
La hueca caña de la gloria vana
Con el pimpollo del ayrado pino,
Del breço auaro aquella flor liviana
Y el bajo fructo de invidioso espino;
La yedra meretriz, que la temprana
Adolescencia, al mal abre camino;
La gula fiera de la vid sylvestre,
Y la pereza del bellon terrestre.

La torpe Sensualidad, en figura de giganta horrible y espantable, procura penetrar en el castillo, pero es conocida y ahuyentada á la sazon que el Demonio, su padre, se presenta y la anima á que emprenda de nuevo el asalto.

Tiene la cara larga y descarnada,
Con mas dobleces que una bolsa nueva,
Boca sin diente alguno (sepultada
Debaxo el espolon de una galera);
Cada ojo es una hoya socavada,
Donde esconderse puede una gran pera;
Cuyas niñeras sepultadas guarda
La larga sombra de una espesa barda.
Es su color rucio y algo alambrado,
Assi como si estado hubiera al humo;
Lo mismo es el cabello, aun mas nevado,
Espeso, largo y crespo en grado summo.
La barba qual de cerro mal quebrado
De cañamo, con tosco grano y grumo,
Es algo larga, pero angosta tanto,
Que aun no cubre del rostro el cal y canto.

Invocando en su ayuda los siete pecados mortales, el Demonió y la Sensualidad se preparan de nuevo á entrar en el castillo, valiéndose para ello de un disfraz y de un carro triunfal, seguido de gran cabalgata.

LA SENSUALIDAD.

Sobre quatro camellos africanos
Iban subidos, como en quatro riscos,
Quatro monos, palotes en las manos,
Tocando atabalejos berberiscos;
Y sobre quatro bueyes melindanos,
Coronados de pampanos lantiscos,
Quatro fieros negrillos trompeteros
Con paños baxos, lo demás en cueros.
En las muñecas y en los negros cuellos
Llevaban blancas y anchas lechuguillas;
Era fiesta por sí tan solo vellos
Hacer con sus clarines maravillas.
Ivan tirando bueyes y camellos
Un muy dorado carro de dos sillas:
La una una matrona corpulenta,
Vestida de encarnado, en sí sustenta.

EL APETITO.

La otra un niño por extremo hermoso,
Con otro negro rostro á las espaldas;
Llevaban sobre el pelo bullicioso
De espigas y de pampanos guirnaldas.
Iva el compuesto carro muy pomposo
De colgaduras y complidas faldas,
Cercábanle por todos los cantones
Siete nimphas con varias invenciones.
Por si yban estas nimphas á caballo
Con grande magestad todas compuestas,
Quisiera un breve modo en que cifrallo,
Mas mal podré abreviar tan largas fiestas.
Llevaba al rededor de su caballo
Por triumpho cada qual de todas estas
Una quadrilla á pié, con su visaje
Correspondiendo á su invencion y traje.

SOBERVIA.

Sobre un caballo equa-grifo volante
Iba sentada la primera de ellas,
Tan cuelli-erguida, fiera y arrogante,

Que parecia subirse á las estrellas.
De su librea y con aquel semblante
Llevaba siete damas ó donzellas,
Digo donzellas en el nuevo modo
Del nuevo traje que lo encubre todo.
La de á caballo y las de á pié sacaban
Unas libreas al ygual parejas,
El largo y negro pelo coronaban
Con guirnaldas de verdes cañabejas.
Jamás sendos espejos se quitaban,
Mirando de delante de las cejas,
Muy ufanas, contentas y gloriosas
De verse ansi adornadas y pomposas.

ENVIDIA.

Con grande majestad yba adornada
Sobre una gran lince la segunda puesta,
Rojo faldon, basquiña turquesada,
Manto encarnado y pardo lo que resta.
El crespo y negro pelo mal peinado
Hacia una tosca y herizada cresta,
La qual, y el otro que cubria la espalda
Ceñia de verde espino una guirnalda.
Quatro negras vestidas de amarillo
Iban en torno, su guineo baylando,
El son haziendo en cueros un negrillo
En un torcido tamboril tocando.
Este llevaba un circulo zarcillo
Y un caxcavel de la nariz colgando,
Sacan guirnaldas de silvestre espino
Texido en ellas peregil marino.

IRA.

Al otro canton yba la tercera,
Vestida de belludo columbino,
Sobre él unas coroças, y cimera
Sobre el rubio cabello de oro fino.
En un renoceronte caballera,
Dotada toda de un color cetrino,
De presto vuelo, aunque de plumas ralas,
Traya en entrambas las muñecas alas.
Cinco nimphas silvestres ó salvajes
Y un salvaje con ellas, la cercaban;
Unas pieles ceñidas, no otros trajes,
Salvo su bello natural, llevaban.
En fieros exercicios y visages
Las maças y las manos ocupaban,

Con doblados escudos de cortezas,
Guirnaldas de sapin en las cabezas.

GULA.

Iba á caballo en la vorace hyena
La quarta nimpha, atras pequeña pieça,
Con ramos de la muelle berengena
Y el beleño, guirnalda en la cabeza.
Cinco gibosas dueñas, con gran pena
De no poder andar con tal presteza
Como andaba la hyena, yvan en torno,
Coronadas con ramos del piorno.

AVARICIA.

Iba la quinta caballera en pelo
Sobre un mastin mayor que un grande toro,
Vestida de amarillo terciopelo,
Con ricas joyas, y manillas de oro,
Con guirnalda de yedra ceñia el pelo.
Lo mismo siete nimphas de su coro,
De su trage vestidas, aunque tales,
Que parecian visiones infernales.

LUXURIA.

Sobre un asno silvestre no domado
Iva la sexta caballera, toda
Vestida de damasco colorado,
Con grande adorno y gente, á fuer de boda.
Cada uno que la sigue va ocupado
En el vario disfraz que se acomoda;
Ciñen con sendos cardos los cabellos
Ansí la nimpha como todos ellos.
La septima y postrera, mal vestida,
Iva sobre un pesado buey sentada,
Con guirnalda de box (entretexida
En higuera silvestre) coronada.
De cinco viejas cada qual dormida
Llevaba una cuadrilla algo pesada;
Siguenla todas cinco trompicando,
El mismo adorno é invencion llevando.

El Diablo y su escolta logran por fin penetrar dentro del castillo, prenden al Alma y á su camarera (la Razon) despues de una lucha reñida con esta última. Llega el suceso á oidos del príncipe su esposo, quien luego despacha en socorro suyo al Amor de Dios, en figura de caballero, el cual lucha con los con-

trarios y vicios, y acaba por libertar al Alma de los encantos con que el Demonio la tenia rodeada.

Consta el poema de trece cantos, á cada uno de los cuales sigue una larga moralidad en prosa explicando y declarando su alegoría. La versificacion es fácil y armoniosa, el estilo puro y castizo, las imágenes á menudo bellas, y la invencion poética superior á la de otras obras de este autor.

Cap. XXVII, nota 21, p. 153. — Valdivielso compuso además una paráfrasis poética de los salmos y de los cánticos del breviario, en verso suelto: *Exposicion parafrastica del Psalterio*, etc. Madrid, viuda de Alonso Martin, 1623, 4.°, precedida de versos laudatorios de Lope de Vega, Francisco de Francia y Acosta, Juan Perez de Montalvan y Mira de Amescua ó Mescua.

Del maestro Josef de Valdivielso se hallan muchas poesías en la coleccion formada por Pedro de Herrera, en los *Avisos para la muerte*, de Luis de Arellano, y en certámenes poéticos de aquel tiempo, así como entre los preliminares de algunas obras de escritores con quienes tuvo trato y amistad.

Cap. XXVII, nota 23, p. 154. — La *Cristiada* de Hojeda ha sido reimpresa últimamente en el tomo XVII de la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra. Otro poema hay al mismo asunto, compuesto por Juan de Quirós, cura de la santa iglesia de Sevilla, dividido en siete cantos é intitulado *Christopathia*, el cual trata principalmente de la pasion y muerte del Salvador, y se imprimió en Toledo por Juan Ferrer 1552, en 8.° prolongado : la licencia para imprimir es del año 1549; no tiene foliatura y consta de 63 hojas. Aunque inferior al de Hojeda en ternura y sentimiento poético, tiene, con todo, buenas octavas, como la siguiente, que es la primera :

«Canta con canto triste y doloroso,
Oh musa, de dolor enternecida,
La passion cruda y trance pressuroso,
La muerte acerba, nunca merecida,
De Christo, Dios y hombre glorioso,
Que morir quiso para darnos vida,
Llevando en hombros, flacos y cansados,
La grave carga de los mis pecados.

En cuanto á la *Creacion del Mundo* de Acevedo, citada, aun-

que de paso, en el texto, la creemos digna de mayor elogio del que nuestro autor la tributa. Basta leer algunas octavas de este poema para convencerse de que su autor poseia las principales dotes que deben adornar á un poeta. Véase el juicio que acerca de Acevedo y de su obra hace D. Cayetano Rosell, al reimprimirla en el tomo XXIX de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, entre los *Epicos españoles*.

Por el mismo tiempo que Acevedo escribia en Roma su *Creacion del Mundo*, un beneficiado de Tortosa hacia una version libre en octavas del poema francés intitulado *La semaine*, obra de Guillaume Salluste, impreso por primera vez en 1584, 4.° Juan Dessi, que así se llamaba el beneficiado, dice en su prólogo que, despues de haber vertido al castellano idioma «el »primer dia de la semana francesa», se le apareció en sueño un anciano y le dijo: «Dexa tu empresa, amigo, y advierte que »la traduccion es la cosa mas deficil de quantas ha emprendido »la invencion humana.» Vuelto en sí, le preguntó quién era, y averiguado que se llamaba Erasmo, dijo entre sí: «No sé si »te crea ¡oh viejo! que si bien sé que eres docto, muchos te »tienen por sospechoso.» Apareciósele en seguida otro viejo, que era Angelo Policiano, el cual le persuadió á que dejando correr su musa, siguiese tan solo las huellas del original, y así lo hizo escribiendo al pié de mil y quinientas octavas de mediano mérito. Al principio hay una buena elegía de Danteo á su amigo Jersi con un soneto latino de Duarte Diaz, portugués, autor de *La conquista de Granada*, y otras poesías en alabanza del autor y de su obra. Intitúlase esta: *La divina semana, ó siete dias de la creacion del mundo, en octava rima*, y se imprimió en *Barcelo.* (sic) *por Sebastian Mathevrad y Lorenço Deu*, 1610, 8.° Dos años despues se imprimia en Amsterdam otra traduccion en prosa, hecha por un judío llamado Josef de Cáceres, á quien no cita Castro en su *Biblioteca*, y fué hijo ó hermano de Francisco de Cáceres, que tradujo del italiano la *Vision deleitable*. Esta segunda version tiene por título: *Los siete dias de la semana, sobre la creacion del mundo*. Amsterdam, por Alberto Boumeester, año de 5372 (1612 de C.), 4.°

Cap. XXVII, nota 23, p. 155.—Además de Dominguez Camargo, á quienes algunos han confundido malamente con el

P. Ignacio Camargo, de la compañía de Jesus, célebre por sus ataques contra el teatro, hay otro Camargo, autor de un poema intitulado *El santo milagroso agustiniano, San Nicolás de Tolentino, sus excelencias, vida, muerte y milagros* (Madrid, 1628, 4.°), poema heróico, repartido en veinte libros, el cual aunque allí se dice escrito por D. Francisco de Salcedo Camargo, no es sino de Fr. Fernando Camargo y Salgado, como se advierte por la dedicatoria á D. Juan Enriquez de Borja, marqués de Oropesa, en la que el autor dice ser religioso del convento de S. Felipe el Real de Madrid. Hay al principio un soneto y unas décimas de Lope de Vega, otro soneto del Dr. Mira de Mescua, unas redondillas del maestro Josef de Valdivielso, un madrigal de Salas Barbadillo, y otras poesías en alabanza de la obra, sin contar un soneto á S. Nicolás *en latin cóngruo y puro castellano*, que es de lo mejor que conocemos en este género. En la aprobacion dada por Valdivielso se dice que «el poema es uno »de los mas superiores y graves que han salido á luz de muchos »años á esta parte, sin hacer agravio á los mayores ingenios »de España», y Lope le alaba tambien en extremo, llamando á su autor *divino*.

El argumento del poema es la vida del Santo, sacada de los libros que escribieron Fr. Bernardo Navarro y otros graves religiosos de la órden de S. Agustin. A pesar del asunto, pobre en sí, y de haber su autor evitado cuidadosamente, segun dice, el introducir en él ficciones poéticas que destruyesen y aminorasen lo grave y santo del argumento, hay en algunas partes movimiento y poesía. La versificacion es llena y armoniosa, á veces elevada, siempre pura y castiza. Muéstrase el autor enemigo de los cultos, á quienes critica severamente en la dedicatoria, llamándolos «oráculos de ambages y retruécanos, »fáciles de decir, quanto dificultosos de entender»; si bien él mismo cae á veces, sin advertirlo, en la misma falta que reprende en sus adversarios.

Para muestra de su versificacion, copiarémos aquí algunas octavas del canto VII (fól. 43 v.°), en que describiendo la conjuracion del infierno contra S. Nicolás, dice:

Con fuego abrasador centelleando
Baxa la sierpe, que con silvos brama,

Las negras aguas con Charon sulcando,
Para engolfarse en la Tartárea llama.
Allí las gentes de su horrible bando
Con triste orgullo las convoca y llama,
Y para que llegasse á sus oydos
Dió el cerbero trifauce tres ladridos.
Oyendo los baladros espantosos
Con que las negras bóvedas atruena,
Gimen los tardos buos asquerosos,
Lloroso aguero de futura pena.
Acuden los tartareos temerosos
Que arrastran de su cárcel la cadena,
Cada cual como un rayo y torvellino,
Al imperio cruel Luciferino.
No corre el cierço mas, quando haze hinchado
En los vedriados campos la borrasca;
Ni Boreas con su furor despepitado
Arrebata las plumas y ojarasca:
No ay caballo feroz mas desbocado
Que con el duro diente el freno tasca,
Que estos, como su príncipe crueles,
Hechos todos gauillas y tropeles.
La fiera gente con horror se apiña,
Que parece que el mar Icario brama,
Quando de vientos la travada riña
Unas olas sobre otras encarama:
Allí Pluton á razonar se aliña,
Y echando por los ojos viva llama,
Atemoriça, encara, mira, ojea,
Con rostro atroz y con la vista fea.
Sube en un alto y fabricado trono
De alcrebite, de azufre y de resina,
Y en él, aunque abrasado con encono,
Sobre el baston herrado se reclina.
Mas para hablar con temerario tono
Se pone en pié con rabia cruel, canina;
Y dando á las palabras riendas sueltas,
Estas arroja, en fuego y humo envueltas.

Tambien son bellas las siguientes del vigésimo y último canto, en que describe una tempestad :

Ola con ola juega, rifa y choca;
Y batiendo el Dios húmedo la pluma,
El agua turbia donde el ala toca
Se vuelve en copos de nevada espuma.

La disforme ballena de la boca
De blanca sal arroja tanta suma,
Que á la luz de la luna parecia
Un rio de cambiante argentería.
Encréspanse las olas con el viento,
Vomitando volcanes de neblinas;
Salen á combatir de ciento en ciento
Los huracanes de sus hondas minas:
Crece la espuma desde el bajo assiento
Hasta el nevar las bolas cristalinas,
Animándola el soplo que del astro
Salió rompiendo el peñascoso claustro.
Ya la confusa y afligida gente,
Viendo la levantada entena rota,
Y que la furia del azul tridente
Con montes de cristal la nave açota;
Y mirando al Piloto, en cuya frente
Hallaba el fin mortal de su derrota,
Mientras vieron las ondas mas ferozes,
Lios ofrece al mar, al ayre vozes.
Juegan las olas immediatamente
Sus armas contra la natante tropa,
Bravos golpes les tira frente á frente
Sin que estorve el escudo de su ropa:
Todo es contrario, y aun el mar creciente
Con el llanto que va á buscar su popa;
Reman sus braços con intentos vanos,
Ques braço todo el mar y aun todo es manos.

Al género de estos poemas épico-religiosos pertenece tambien *El triumpho de la virtud y paciencia de Job*, de Diego Henriquez Basurto, Roan, 1649, 4.° El autor, que profesaba la religion judáica, fué hijo de Antonio Henriquez Gomez, como se comprueba por un soneto impreso al principio del *Siglo Pitagórico* (Roan, 1644, 4.°). Siguió las huellas de su padre, á quien se parece mucho en el estilo; sus versos son fáciles y cadenciosos, aunque peca casi siempre por demasiada afectacion. Sirvan de muestra las siguientes octavas:

Era del año la estacion dichosa,
Quando el blando excelso de la cumbre
Desde la quarta esphera luminosa
Templava el ardimiento de su lumbre;
Aquí la primavera deliciosa,

Librada de la vasta pesadumbre
Del cano invierno, sacudiendo nieve,
Flores desata, si cristales bebe.
No los de Chipre huertos ó pensiles
Lucir pudieran en su sitio hermoso;
Alentando los brios juveniles
El nieto de la espuma poderoso,
Eternos viven los del tiempo abriles,
Sin marchitar su termino famoso,
Los tres del año fuertes enemigos,
De tanta Arabia con raçon testigos.

El poema, como lo anuncia su título, trata de los trabajos de Job; está dividido en seis *visiones* y escrito en variedad de metros; intercálanse en él de vez en cuando trozos de los salmos traducidos con mucha valentía. El autor tenia veinte y cinco años cuando lo escribió, como él mismo dice en la introduccion :

Al tiempo cuando la estacion florida
Alegre primavera de la vida,
La tierna infancia de su edád ardiente
Daua el primero passo en el oriente,
Anteponiendo Flora los ábriles
A mis primeros años juveniles.
Al tiempo, si, cuando le hicieron salva
Mis vitales espíritus al alva,
Y en cinco lustros de laurel segundo
Vi coronado este pequeño mundo.

Nada dice Castro de este autor, digno por todos conceptos de figurar en su *Biblioteca*.

Cap. XXVII, p. 156.—La traduccion del *Orlando*, por Jerónimo de Urrea, se imprimió antes de 1550. Ya en 1549 se hacia en Anvers una edicion de ella que hemos visto, y es probable no sea la primera, atendidas las circunstancias del libro. Este se tradujo otras dos veces al castellano, la una en prosa por Diego Vazquez de Contreras (Madrid, por Francisco Sanchez, 1585, fól. men.); la otra por Hernando de Alcozer, vecino de Toledo: *Orlando Furioso, de Ludivico* (sic) *Ariosto, nuevamente traducido* de Bervo ad Bervum *del vulgar toscano en el nuestro castellano por* Hernando Alcoçer, *con una moral*

exposicion en cada canto y una breve declaracion en prosa al principio para saber de donde la obra se diriva. Toledo, en casa de Juan Ferrer, año de MDL, 4.°, 217 hojas y 4 mas de preliminares. El autor, acerca del cual nada sabemos, pues el mismo Nicolás Antonio no alcanzó á ver su obra, dice en el prólogo al lector: «Porque muchas personas aficionadas á la altissima »composicion del Ariosto en su *Furioso*, dexaban de gozar de »la dulçura y primor de tan sublimado poema, por no tener en»tero conoscimiento y práctica de la lengua toscana,» me decidí á trasladarlo al castellano, «quanto mas fielmente pude.» Así lo hizo Alcocer, segun puede verse por la primera octava, que mas que verso parece prosa:

Las damas, caualleros, armas, amores
Y grandes hechos, quiero aquí cantar,
Que fueron, quando moros vencedores
De Africa en Francia passaron la mar,
Siguiendo yras, sañas y furores
De su rey, que ha propuesto de vengar
La muerte del famoso rey Troyano
Contra el rey Carlo, emperador romano.

Segun el privilegio concedido en Valladolid, á 1.° de Agosto de 1549, parece que el traductor habia residido largo tiempo en Italia sirviendo al Rey.

Tambien se tradujo por este tiempo en verso castellano el poema de Carlo Dolce, con el título de *El nacimiento y primeras empresas del conde Orlando.* (1594, 4.°) El traductor, que se llamaba Pero Lopez Henriquez de Calatayud, fué corregidor de Valladolid.

Cap. XXVII, nota 25, p. 157. — El libro de D. Martin de Bolea se intitula: *Libro de Orlando determinado, que prosigue la materia de Orlando el enamorado, compuesto por Don Martin de Bolea y Castro, dirigido á la S. C. R. M. del Rey Don Phelipe, nuestro señor.* Lérida, en casa de Miguel Prats, 1578. Ni Nicolás Antonio ni Latassa llegaron á verle, pues de otro modo no hubieran errado ni en el nombre del autor, á quien ambos llaman *D. Martin Abarca de Bolea*, ni en otras circunstancias relativas á su obra. Es un tomito en 8.° español, de 191 hojas,

8 de preliminares y una mas de colophon. Tiene al principio unas estancias de Lupercio Leonardo y Argensola en loor de la obra, otras de D. Felipe Fernandez de Heredia, y sonetos de D. Diego Hurtado de Mendoza (el que fué virey de Aragon) y del duque de Medinaceli. Tambien se hallan al fin sonetos laudatorios de Bartolomé Juan Leonardo y Argensola, Segismundo Fontanillas y Diego de Fuentes, autor de un libro intitulado *La conquista de Africa*. Bolea dice en su prólogo que empezó la obra á los diez y nueve años de su edad, y despues, «poniendo muchos años tierra en medio por otras ocupacio»nes forçosas, la acabó á los veinte y cuatro.»

Tanto D. Nicolás Antonio como Latassa, quien le siguió ciegamente en este y otros artículos de su *Biblioteca*, atribuyen á Bolea un poema en octava rima, intitulado *Las lágrimas de San Pedro*, impreso en Lérida, 1578; otro de *Orlando enamorado*, que dicen se imprimió en dicha ciudad en el citado año; y por último, el *Poema de las Amazonas*, que quedó inédito. Pero hay motivos fundados para creer que dichas noticias son inexactas. La *Historia de las Amazonas*, está incluida en el *Orlando determinado* y ocupa parte de los cantos 3.° y 7.° Así lo manifiesta el mismo autor en su prólogo, cuando dice: «Y porque »el trabajo que en la *Historia de las Amazonas* habia no mu»riese, de golpe, quise, á ruego y pedimiento de muchos, entre»texerla lo mejor que pudiese entre las ficciones del Orlando y »sus pares.»

El asunto del poema no es otro que la continuacion del *Orlando innamorato*, por Boyardo, que ya entonces corria traducido al castellano, como el poeta mismo lo indica en el primer canto, donde despues de invocar el favor y socorro del rey Felipe II, á quien lo dedicó, añade:

Ya el buen conde Boyardo de Escandiano
Començó lo de Orlando enamorado,
Y agora poco tiempo ha un valenciano
En nuestro vulgar claro lo ha tornado.
Yo solo tentaré provar la mano
Desde donde el postrero lo ha dexado,
Prosiguiendo á mi gusto en tal historia
Lo menos digno de crédito y memoria.

En cantos diez y seys pienso empeçarlo
Y al cabo, Rey supremo, repararme,
Por si no fuere á gusto el publicarlo,
No tomar mas trabajo ni cansarme.
Mas si ello meresciere el acabarlo
A dicho de discretos, con tornarme
Al cansancio se hará con mas aliento,
De ver que en parte á algunos da contento.

El valenciano aquí citado no puede ser otro que Francisco Garrido de Villena, quien ya en 1577 habia impreso *Los tres libros de Matheo María Boyardo, conde de Scandiano, llamados Orlando enamorado;* pero además de no incluirle Fuster en su *Biblioteca,* hay la dificultad de que Nicolás Antonio le hace natural de Baeza, y nuestro autor de Alcalá de Henáres. Nosotros, sin embargo, nos inclinamos á creer que fué en efecto natural de Valencia; lo uno porque su obra está dedicada á D. Pedro Luis Galceran de Borja, sobrino del duque de Gandia é ilustre caballero de aquel reino, y lo otro porque en el noveno canto del tercer libro, en que se prosigue «el vano amor de »Flordespina con Bradamante», introduce un elogio de los Borjas y nombra varios apellidos valencianos, como Luis de Santángel, Gaspar de Romani, Lloriz y otros. Del célebre Jaime Juan Falcó se expresa en estos términos:

Veo á Falcon, que tanto ha celebrado
Al sacro Turia donde fué nascido,
Por todas las Esperias bien nombrado,
Y su çampoña bien lo ha merescido.
Quan grande y quan gentil vuelo que ha dado,
Que del gran Mantuano ha merescido
El lauro por la frente, y mas le toca
El mesmo su çampoña con la boca.

Del poema de Bolea solo podrémos decir que es tan disparatado como los demás de su clase, y está tomado en gran parte de la Crónica fabulosa del arzobispo Turpin; lo poco que el autor trae de su propia cosecha no revela ni invencion ni ingenio. El episodio en que Escardano cuenta la historia de las

amazonas y la quema del templo de Efeso, sobre ser inoportuno, no presenta novedad alguna.

Algo mas feliz es la descripcion que en el canto IV hace de un castillo llamado «Casa de la Memoria», lleno de estatuas y bustos de los principales héroes de la antigüedad; lo cual le proporciona material para dos ó tres cantos, en que refiere las hazañas de los romanos, sin olvidar las de su propia patria, hasta la insigne victoria de Lepanto. Hállanse, sin embargo, de vez en cuando versos fáciles, cualidad tan comun á los poetas de todas épocas en España, que apenas merece mencionarse.

El otro poema atribuido á Bolea, *Las lágrimas de San Pedro*, que si se imprimió, no hemos logrado ver, debió ser traduccion del que con el título de *Le lagrime de S. Pietro, poema heroico sacro*, escribió el italiano Luis Tansilo, el mismo que tambien tradujeron al castellano Damian Alvarez (Nápoles, 1613, 8.°), Juan Sedeño y Luis Galvez de Montalvo (Toledo, 1587, 8.°). Bolea publicó asimismo una traduccion castellana, ó mas bien resúmen de los viajes del veneciano Marco Polo, con algunas cosas añadidas, la cual se imprimió en Zaragoza, 1601, 8.°, con este título: *Historia de las grandezas y cosas maravillosas de las provincias orientales*, etc., sin advertir que ya corria traducida por Rodrigo Fernandez de Santaella, é impresa cuatro veces, Toledo, 1507; Sevilla, 1518 y 1520, y Logroño, 1529; todas en fólio.

Creemos excusado advertir que, de los dos poemas citados en la nota del Sr. Ticknor como obras de Bolea, á saber: *Orlando enamorado* y *Orlando determinado*, tan solo escribió este último, siendo evidente que Nicolás Antonio y Latassa hicieron dos obras distintas del título de un solo libro, que no llegaron á ver.

Cap. XXVII, nota 26, p. 159.—*Florando de Castilla, Lauro de cavalleros, compuesto en octava rima por el licenciado Hierónymo de Huerta, natural de Escalona.* Alcalá, en casa de Juan Gracian, MDLXXXVIII, 4.°, 168 hojas y 8 mas de preliminares. La obra está dedicada á D.ª Isabel de Porres y Zúñiga, esposa de D. Juan de Mendoza, señor del Fresno de Torote, mas conocido como autor de los *Siete discantes en tercia rima*, y tiene además una aprobacion en prosa por D. Alonso de Ercilla, su

fecha en Madrid á 27 de junio de 1587. Consta de trece cantos en octavas. No es, como presume el Sr. Ticknor, un poema perteneciente á la clase de los Orlandos, sino una novela en verso, ó mas bien un libro de caballerías, aunque no de género tan marcado como el *Príncipe Celidon de Iberia*, de Gonzalo Gomez de Luque (Alcalá, 1583, 4.°), ni la *Toledana discreta*, de Eugenio Martinez (Alcalá, 1604, 4.°). Florando, caballero de ilustre cuna, descendiente de Hércules Libio, rey de España, vivia en el ocio y la molicie, entregado á los vicios y pasatiempos de su clase :

Apartada de Marte la memoria
Entre lascivas damas ocupado,
Cifrando en ellas su contento y gloria,

ve en sueño á su ilustre antecesor, quien echándole en cara su «ocio infame», y recordándole las hazañas de sus abuelos, le anima á que, depuesta toda pereza, salga por el mundo y emprenda la carrera del honor y de las armas. Sale de España, y despues de peregrinar por lejanas tierras, llega á Alemania, y tropieza con su primer aventura, que consiste en libertar á una doncella, por nombre Claricesa, hija del emperador de Constantinopla, de las asechanzas y rigores de un fuerte jayan, llamado Lamberto, á quien vence en singular combate :

Sintiendo el gran tropel del castellano,
Lamberto dexa libre la doncella,
Toma el baston en la derecha mano
Y á Florando amenaza con querella,
Diciendo : «Pues me estorbas, ó tirano,
El dulce triumpho de mi nimpha bella,
Espérate, que sabré vengallo,
Sin temor de tu lança ni caballo.
Salta Florando con presteza al suelo,
Que cuerpo á cuerpo no quiere ventaja;
Claricesa levantó el rostro al cielo
Y las manos tras un suspiro encaja :
Tales golpes se dan los dos, que el suelo
Temblaua, mas ninguno se aventaja,
Cada uno se defiende con pujança,
Se recoge, se tiende y abalança.
Como celosos toros animosos,
Que forcejando por la vaca amiga,

Luchan con tema y con ardor furiosos,
Trauados de los cuernos con fatiga.
Y aqui y alli rebuelben presurosos
Por reprimir la colera enemiga;
Assi los dos guerreros de una suerte
Trabajan por causar la agena muerte.
Andaua con furor el cruel Lamberto,
El coraçon en cólera abrasado,
Esgrimiendo el baston con un concierto
De diestro, valeroso y gran soldado:
Quando le dexa todo el cuerpo abierto,
Quando se encoge, quando va cerrado;
Mas esto al gran Flarando no entorpece,
Antes le alienta, anima y fortalece.
Apriessa redoblados golpes tira,
A deshazer un monte suficientes;
Qual gime de cansado, qual suspira,
Cubiertas de sudor las rojas frentes:
Al castellano el bárbaro retira,
Pero él, cruxiendo de furor los dientes,
Con nueva fuerça y rabia assi se arroja,
Que presto le quedó la espada roja.

Claricesa cuenta al héroe sus desgraciados amores con Ricardo, y la traicion que le hizo su propia hermana Rosela; causa de que abandonando la corte del Rey, su padre, se viniera á aquella soledad á vivir en compañía de Celia. Prosigue Florando su viaje y entra en Dacia, donde un moro, llamado Romaguf, por vengar la muerte de su hermano Paladion, defiende la hermosura de Dárdana contra la de la infanta Saphyrina, hija del rey de aquellas regiones. Vence Florando á Romaguf, enamórase de Saphyrina, defiende el campo contra los amigos y parciales de aquel, y despues de un mes entero de combates y desafíos, en que el castellano, como es de presumir, sale victorioso, concluye por robar á la Infanta y marcharse con ella á Creta. Un mago, llamado Archaon, mortal enemigo de Florando por tener averiguado que un hijo de este y de la infanta Saphyrina habia de ser con el tiempo la ruina de su patria, los sigue en figura de hipógrifo y se apodera de un niño que la infanta Saphyrina da á luz á orillas del rio, haciendo que esta, extraviada, viaje por apartadas regiones. Hay una aventura subalterna de Rosicleo, príncipe de Creta, amigo de

Florando, quien olvidando los antiguos amores de la infanta Constantina, queda prendado de la gracia y hermosura de Saphyrina, si bien al saber la pasion de Florando, desiste de su amor y le sirve fielmente en sus proyectos, contribuyendo á su fuga. La desairada Constantina, disfrazada de paje, llega á la corte del rey Daciano, el cual se enamora de ella. Constantina le mata, pero poco despues, saliendo á caza, es muerta por un jabalí. Ibero, sobrino del Rey, la encuentra muerta, y la saca del vientre un niño con vida, llamado Iberiano, hijo de Rosicleo. En el noveno canto introduce el autor *La celebrada historia de los amantes de Teruel, Marcilla y Segura*; y por último, despues de mil aventuras, á cual mas extrañas y peregrinas, Florando, por industria de una maga llamada Arcava, enemiga de Archaon, encuentra á Saphyrina y reconoce á su hijo Leonido; Ricardo casa con Claricesa, quitan á Ibero el reino que tiene usurpado, y se lo dan á Iberiano, hijo de Rosicleo y Constantina, y el poema concluye con la octava siguiente :

> Mas porque mis cuydados y fatiga
> Y el acudir forçoso á mi exercicio,
> Que es conservar las vidas, mas me obliga,
> Dexo á los mas ociosos este officio :
> No faltará un curioso que esto siga.
> Perdóneme el lector, pues no por vicio
> Dexo de ser en mis borrones largo,
> Sino por acudir al nuevo cargo.

Fué, en efecto, Huerta médico de profesion, llegando á serlo de cámara del rey Felipe IV, y publicando, entre otras obras, cuya lista puede verse en Nicolás Antonio (*Bib. Nov.*, tom. I, p. 586), unos excelentes comentarios á Plinio.

Su *Don Florando* es obra no vulgar : hay en él trozos de muy buena poesía, y si bien no se nota grande originalidad en el modo de disponer y trazar el argumento (conocidamente imitado del Amadís y de otros libros de caballerías en prosa), recomiéndase, con todo, por lo puro de la diccion, y principalmente por la sobriedad misma con que el autor usa de los recursos de su arte. Alguna vez emplea versos cortos, princi-

palmente en las cartas, como en la siguiente de Roselo á Floribelo :

De padecer ya cansada
Con la fingida dureza,
Escrivo por tu firmeza
Contenta y desengañada;
Que pues de tu pecho siento
Lo que sentir desta puedes,
Quiero quedar y que quedes
Con bien dulce y sin tormento.
No es ya razon que se abrasse
El alma y que yo le niegue ;
Sino que su gloria llegue
Antes que la vida passe.
Que del disgusto deshecho
Y nuestra ventura cierta,
Sin consentir que esté muerta
Entre las llamas del pecho,
Lleve amor la justa palma,
Pues lleua tantos despojos,
Y confórmense los ojos,
Regidos ya por un alma.
Mira que solo aficion
A tanto amor me prouoca,
No con palabras de boca,
Mas con fé del coraçon.
Solo procuro sosiego
Del daño que en mí se fragua,
Por quien son mis ojos de agua
Y las entrañas de fuego.
Y assi, pues mi pecho abierto
Ves, y mi poco reposo,
Sabe que lo mas dudoso
Tendras mas seguro y cierto.
Sola en el jardin te aguardo
Esta noche; ten secreto,
Y vén, como estás, prometo,
Sin darle parte á Ricardo.
De promessa de mi hermana
Le di; que ya no se acuerda;
Porque él las palabras pierde,
Y las obras otro gana. (Fol. 18.)

En otra, tambien en versos cortos, se lee la siguiente copla :

Y se dirá con razon
Quien de sinrazon mas usa
Que esta razon y esta escusa
Aumentan tu sinrazon.

Lo cual quizá sugirió á Cervantes aquellas palabras que pone en el capítulo primero de su *Quijote*. En el prólogo que precede á la obra hace Huerta una advertencia que no es para pasada en silencio. Hablando de los malos poetas que muerden y critican las obras ajenas, dice así : «No dexan de tener parte »desta culpa los famosos poetas, que por andar tan manuales »hazen que los que no lo son, solo con mal coplear ó bien co- »piar tengan su nombre, porque si las obras que hazen fuessen »pagadas con persuasion de señores ó peticion de príncipes, no »andarian tan comunes que el romancista las vendiese por su- »yas, y el idiota las pusiese censura, y la mujer ocupada en hilar

»metiese en ellas su cucharada; antes alcançarian estimacion »por ser pocas y conocidas, y mas dándose pagadas, que esto »al fin pone valor en todo, como le quita el darse las cosas de »balde, y mas á personas que no hazen differencia entre la »*Ulixea de Homero* y las *coplas* de *Retrayda está la Infanta;* á »personas, digo, que si les dezis una cancion de mucho ingenio »y trabajo, os dirán: Bien, bien, basta eso, suplico á vuestra »merced vaya un poquito de lo bueno; sabido qué sea, es la »*Vida de la Çarabanda, ramera pública del Guayacan;* el *Casa»miento de su Anton pintado;* el *Antojo de la de Campeche;* el »*Testamento de Celestina*, y cosas de esta manera en que si»guiendo el estragado gusto, se ocupan los buenos entendi»mientos.»

Cap. XXVIII, nota 2, p. 162.—Es digno de averiguarse qué motivos pudo haber para que los poetas españoles, entre los cuales no fué el primero Ercilla, se apartasen de la tradicion histórica, conservada por Virgilio, y se hiciesen partidarios celosos de la reina Dido, ó Elisa Dido, como la llaman. Apenas conocemos uno de cuantos han tratado el asunto, que no haya pintado á Enéas bajo los mas negros colores, y echádole en cara su alevosa perfidia y negra ingratitud. Quizá el orígen de tan marcada simpatía haya de buscarse en la manera harto romántica y á guisa de libro de caballerías, con que el asunto está tratado en la *Crónica* del rey sabio. Un poeta del tiempo de Felipe IV, el padre maestro Fr. Tomás de Avellaneda, escribió un poema burlesco y en extremo gracioso, con el título de *Fábula de Dido y Enéas*, en el que ingirió trozos de antiguos romances y canciones, en todas las cuales se acusa á Enéas de aleve y de traidor. Henriquez de Calatayud que tradujo en octavas el poema de Carlo Dolce, dice en su dedicatoria á Felipe III, que Virgilio, acusándole la conciencia de haber levantado un falso testimonio á Enéas, mandó en su testamento quemar la *Eneida*, pero que Augusto no lo quiso nunca consentir.

A propósito de la *Giganthomachia*, de Manuel de Gallegos, habrémos de advertir que hay otro poema así intitulado, por D. Francisco de Sandoval, Zaragoza, Juan de Lanaxa, 1630, 8.° Este mismo Sandoval publicó un tomo de poesías de bastan-

te mérito, con el título de *Rasgos del ocio*, 8.°, sin año ni lugar de impresion.

Cap. xxviii, nota 3, p. 163.—Entre las fábulas en verso merece citarse el *Endimion*, ó, segun se lee en otra parte, *La Luna y Endimion*, de Marcelo Diaz Callecerrada (Madrid, Luis Sanchez, 1627, 4.°). Sigue el autor la escuela de Lope de Vega, á quien llama maestro, y se muestra resuelto á imitar «el estilo claro y cierto de Castilla», contra el cual dice : «Se levantaban »entonces torres de presunciones vanas, fundadas solo sobre la »obscuridad.» Dirige su obra á D. Martin Rodriguez de Guzman y Ledesma, quien, segun parece, escribió tambien, siendo rector de la universidad de Salamanca, una fábula con el nombre de *Pomona*. Está el *Endimion* dividido en tres cantos y escrito en octavas fáciles y armoniosas, y su argumento tomado de la fábula, bien conocida, de los amores de la Luna con Endimion. Libre de afectacion, la obra se recomienda por la buena versificacion, y mas que todo, por cierto estudio en evitar el casi general contagio del culteranismo, que á la sazon reinaba sin rival. «Por lo que toca á las palabras (dice en el »prólogo al lector), á cuyo ruido atienden primeramente mu»chos en este cultivado siglo, te digo con brevedad que de tal »manera buscamos el resplandor hermoso y el agradable soni»do, que se diga alguna cosa que llames sin indignidad sustan»cia.» La obra está aprobada por Juan de Jáuregui y Lope de Vega.

A la misma clase pertenecen las dos de *Teseo y Ariatna* é *Hipómenes y Atalanta*, de Miguel Colodrero de Villalobos en sus *Rimas* (Córdoba, 1629, 4.°); otra de *Atalanta*, por Céspedes, que se hallará en la coleccion de Alfay (p. 30); la de *Júpiter y Europa*, por Jusepe Laporta, en la misma coleccion (p. 91), y las que Castillo Solorzano inserta en sus *Donayres del Parnaso* (Madrid, 1624, 8.°). Bien puede decirse que apenas hay poeta de esta época que no ensayase sus fuerzas en este género con mas ó menos éxito, aunque por lo comun con poca originalidad, estando casi todos estos poemitas calcados sobre un mismo modelo.

Cap. xxviii, nota 4, p. 165.—Sin meternos ahora en defender la tradicion de los Amantes de Teruel, nos contentarémos

con hacer observar que medio siglo antes que Yagüe de Salas publicase su *Epopeya trágica* era conocido el suceso y cantado por nuestros poetas, y que por lo tanto no pudo ser, como se pretende, invencion de aquel autor. Ya dijimos en otro lugar (p. 492, nota) que Jerónimo Huerta, en el canto IX de su *Florando de Castilla*, introdujo á manera de episodio *La celebrada historia de los Amantes de Teruel*, *Marcilla* y *Segura*, tratándola de la misma manera que despues lo hizo Yagüe. En 1599 Francisco Rey de Artieda, aragonés, publicaba sus *Amantes de Teruel*; y por último, en la riquísima biblioteca que los duques de Marlborough tienen en su palacio de Blenheim, en Inglaterra, vimos en 1838, entre otros libros curiosos y enteramente desconocidos de nuestra antigua y harto olvidada literatura, un tomito en 8.° de pocas hojas, intitulado : *Historia lastimosa* y *sentida de los dos tiernos amantes Marcilla* y *Segura*, *naturales de Teruel*, *ahora nuevamente copilada* y *dada á luz* por Pedro de Alventosa, *vecino de dicha ciudad*. La obra está escrita en redondillas y tiene la forma y tamaño de las historias populares que se imprimian en aquel tiempo : es en 4.°, de 16 hojas á dos columnas, y está dividida en tres partes. No tiene año ni lugar de impresion, pero por la clase de letra, que es de la que llamamos de Tórtis, inferimos se hizo, lo mas tarde, en 1555.

En una obrita harto ingeniosa que compuso en 1577 Bartolomé de Villalba y Estaña, doncel vecino de Xerica, con el título de *Los veinte libros del peregrino curioso y grandezas de España*, y dedicó al duque de Saboya, príncipe de Piamonte, se introduce tambien la *Verísima historia de los Amantes de Teruel*. Este libro no llegó á imprimirse, y por cierto que es lástima, pues aunque bastante desordenado en el plan, contiene buenos versos, y entretenidas anécdotas, y pinta muy bien las costumbres de su época.

Cap. XXVIII, nota 8, p. 168.—No creemos sea grande la pérdida de la *Asneida*, si hemos de juzgar por otro libro del mismo Cosme, intitulado : *Invectiva contra el vulgo* y *su maledicencia*, *con otras octavas* y *versos*. Madrid, por Luis Sanchez, 1591, 8.°, 53 hojas y 11 mas de preliminares. Es la *Invectiva* un poemita de ciento veinte y dos octavas, en que el autor reprende los vicios

de la multitud y pinta con colores bastante subidos, y aun con cierta animosidad, su inconstancia é injusticia. Por ciertas alusiones hechas á su propia persona se viene en conocimiento de que las poesías de Cosme no fueron tan aceptadas del público como las de su hermano Francisco, pues en una parte dice :

¿No tienes en memoria, o vulgo, quando
Un libro á luz saqué para tus daños,
En donde passo á passo yba contando
Mil tuyas sinrazones, mil engaños?
Pues no quieras tu mal yr renovando,
Ya que esto te passó ya ha muchos años,
Para doblar tus ansias y dolores
Con venir á escuchar cosas mayores.

Y mas adelante :

Si por aver escrito en verso ó prosa
Contra tu ser tan miserable y vano
Persiguiendome vas con tan rabiosa
Lengua y con un furor tan inhumano,
Agora que de ti no digo cosa
Que te ofenda, ¿por que tratable y llano
Mas no te muestras, vulgo, y no me dexas,
Bivir, antes doblar hazes mis quexas?
Nuevos libros en luz porné, te digo,
Y formaré mayores invectivas,
Pues eres de virtud tan enemigo,
Que es manzilla y dolor que al mundo vivas;
Pero si alguna vez yo te persigo,
Y es forçoso que mal de mi recibas,
Tienes la culpa tú con perseguirme
Y cien mil veces sin razon herirme.
Nota ora bien que si en agena lengua
Contra tu condicion horrible y fiera
Escrebi, bien será que á mas se venga;
En mi materna y natural Ibera.
Otro libro haré que en sí contenga
Desde la primera falta á la postrera
De tu ser triste, vil, baxo y precito,
Si ya contarse puede lo infinito.

Siguen al poema algunas poesías sueltas, como son unas octavas de Pedro Ferrer á Cosme de Aldana sobre un juicio que hizo de tres damas, juzgando á una de ellas por mas hermosa, y varias

preguntas y respuestas de este sobre el amor y sus efectos. Unas octavas y varios sonetos de Cosme en alabanza de Fadrique Furió Ceriol, caballero valenciano; otros dirigidos al comendador Juan Ruiz de Herrera, á Fr. Pedro de Padilla, á Gabriel Lasso de la Vega, y por último, unas redondillas del autor «á Dios nuestro Señor», y una epístola del pastor Cosdenio Aldino (Cosme de Aldana) al pastor Hernadio Figuerio (Hernando de Figueroa), con otras dos composiciones mas, en una de las cuales critica amargamente un poema nuevamente impreso.

El tomo está dedicado á Francisco de Idiaquez, secretario de Estado de Felipe II, en alabanza del cual Cosme inserta unos sonetos ridículamente afectados, y llenos de la mas baja adulacion, jugando con el nombre de Idiaques (Y dia que es), llamándole luz del universo, sol que disipa las tinieblas de la humanidad, antorcha regeneradora del Estado, etc.

Nicolás Antonio dice que Cosme fué gentil-hombre del duque de Florencia, y que imprimió en dicha ciudad, en 1578, una obrita intitulada : *Discorso contra il volgo in cui con buone raggioni si riprovano molte sue false opinioni*, la misma quizá á que alude Cosme en los versos atrás citados, aunque no dice si es en prosa ó en verso. A ser cierta la noticia, habriamos de suponer que su *Invectiva* es traduccion de aquel escrito ; pero de cualquier manera parece ser que la imprimió primero en Milan en castellano. En la licencia para imprimir este libro, dada á 31 de enero de 1591, se dice : «Por quanto por parte »de vos, Cosme de Aldana, nos fué fecha relacion que vos avia»des compuesto dos libros, primera y segunda parte, y otro, »intitulado *Reconocimiento* y *lloro de pecados*, y otras muchas »cosas, en lo qual aviades puesto mucho trabajo y cuidado. Y »por que se avian impresso en Italia por ser obras muy úti»les, etc., nos pedistes y suplicastes vos mandassemos dar li»cencia para los poder imprimir, etc.»

Cap. XXVIII, nota 13, p. 175.—Hay otra edicion de la *Austriada*, tercera en órden, hecha en Alcalá por Juan Gracian, 1586, 8.°, y además de sus *Seiscientas apotegmas* (Toledo, 1596, 8.°), escribió otra obra intitulada *Las trescientas*, cuyo asunto es muy parecido al de aquella, pues son cuentos, chistes, anécdotas y moralidades.

Cap. XXVIII, nota 15, p. 177.—La obra de Diaz lleva el título de *Varias obras de* Duarte Diaz, *em lingoa portugesa* (sic) *e castelhana, dirigidas á D.ª Margarita Corterreal.* Madrid, por Luis Sanchez, 1592, 4.º, de 75 hojas. Contiene poesías sueltas, como sonetos, canzonetas, elegías, tercetos, sextinas y otras formas de verso italiano, á asuntos amorosos ó festivos. Hay entre ellas algunos sonetos en las tres lenguas, castellana, portuguesa é italiana; unas *Estancias ó leyes contra los mirones al juego,* dirigidas al Maesse de Campo D. Luis Enriquez; una *Vida del Maesse de Campo Pero Bermudez de Santissio,* en tercetos; varios motes y glosas al gusto antiguo, y por último, un soneto á Alonso de Ercilla, suplicándole el despacho de alguna obra suya sometida á su aprobacion, quizá *La conquista de Granada,* y que trasladamos aquí para muestra de su estilo :

Si en el gallardo pecho castellano
Tanto puede el amor, como se muestra
En blanda, dulce y regalada muestra,
Por mil escritos descubierto y llano;
Y si la dura y tenebrosa mano
De la ausencia cruel, siempre siniestra,
Tocó, Señor, jamás el alma vuestra,
Derramando mil lágrimas en vano;
O si acasso la quexa que despide
Una alma portuguesa puede tanto,
Que castellanas almas enternezca;
Presteza el corazon os ruega y pide,
Porque saliendo, el esperado canto
A la presencia de mi sol ofrezca.

Es de advertir que el mismo Ercilla aprobó su *Conquista de Granada,* produccion de escaso mérito, que, mas que poema, es una crónica rimada, pues como el mismo Ercilla dice en la aprobacion, firmada por él y por Lúcas Camargo, «va muy »arrimado á la historia, segun la escribió Antonio de Nebrixa.»

Entre los poemas heróicos ó narrativos publicados á fines del siglo XVI ó principios del XVII, merecen citarse los siguientes, no ya por el mérito, que es escaso, sino porque marcan hasta cierto punto los adelantos del género.

I.

Breve relacion en octava rima de la jornada que ha hecho el Ilmo. y Excmo. Señor duque de Alva desde España hasta los Estados de Flandes, compuesta por Balthasar de Vargas: Anveres, en casa de Amato Tavernerio, 1568. Es un tomito en 8.° menor, de 56 hojas no foliadas, y doscientas veinte y nueve octavas en un solo canto. La versificacion es bastante mediana, y el mérito literario poco ó ninguno.

II.

Primera parte de La Murgetana *del Oriolano, guerras y conquista del Reyno de Murcia, por el Rey D. Jaime I de Aragon. Con la redempcion del castillo de Origuela, donde se illustra casi toda la nobleza de España, etc.;* compuesta por Gaspar García Oriolano. Valencia, por Juan Vicente Franco, 1608, 8.°; consta de quinientas octavas, divididas en cuatro cantos, y es obra de ningun mérito poético. Propúsose el autor escribir la historia de Orihuela, su ciudad, y compuso una verdadera crónica en verso, sacada de los escritos de Fr. Gauberto Fabricio Bagad, Miedes, Valera, Florian de Ocampo, Carbonell, Beuter y otros cronistas; así como de papeles y documentos de los archivos de Murcia, Orihuela y Lorca. El mismo lo expresa así en su «Epístola al lector», calificando su obra de «verdades en verso», y añadiendo que solo ingirió en su poema tres invenciones, que son la del mago Porman, la de la Pitonisa, y la del lago Cánigo, en el condado de Rosellon. Al fin de la obra, y con el título de *Declaracion de los nombres antiguos*, hay un tratado sobre la fundacion de la ciudad de Orihuela y antigüedad de la villa de Oliva. Prometió una segunda parte, que no llegó á imprimirse.

III.

Octavas rimas á la insigne victoria que la serenissima Alteza del Príncipe Filiberto ha tenido, conseguida por el Marqués de

Santa Cruz, etc., contra tres galeones del famoso Cosario Alí Arraez Ravasin, por Diego Duque de Estrada. Mesina, 1624, 4.° El autor, que se halló presente á dicho encuentro, ocurrido en la playa de Biserta, hace una pintura animada del combate, nombra los cabos y capitanes que en él se hallaron, y celebra las hazañas del general de la armada, marqués de Santa Cruz. Consta el poema de ciento cuatro octavas.

IV.

Laurentina: poema heróico de la victoria naval que tuvo contra olandeses D. Fadrique de Toledo Osorio, marqués de Villanueva de Balduesa, etc., en el estrecho de Gibraltar, el año 1621, dia del Inclyto martyr español San Laurencio, por Gabriel de Ayrolo Calan, Juan Borja; Cádiz, 1624; un tomo en 8.°, de 75 hojas y 8 mas de preliminares. Fué el autor natural de Méjico, donde escribió su poema, y chantre de la iglesia catedral de Guadalajara, en Nueva-España. Está escrito en octavas fáciles, como la siguiente:

Rompa la fama el diamantino muro,
Donde á pesar del tímido Letheo
Vive immortal, porque en lugar seguro
Memorias cante de naval tropheo.
Entone su clarin mas terso y puro,
Vença esta vez la cítara de Orpheo,
Pues ya del alba el esplendor segundo
Solemnizan los términos del mundo.

Nada dice Nicolás Antonio de este autor, que publicó además un tomo de poesías sueltas con el título de *Pensil de Príncipes*, Sevilla, 1617, 4.°

V.

Expulsion de los moriscos rebeldes de la Sierra y Muela de Cortes, por Simeon Zapata valenciano; compuesta por Vicente Perez de Culla. Valencia, por Juan Bautista Marçal, 1635, 4.° Consta de doscientas ochenta y una octavas, divididas en cinco cantos, de los cuales el primero contiene la pérdida de España por el rey D. Rodrigo, y su restauracion por Pelayo, hasta la expulsion de los moriscos en 1612. El único incidente

épico es una conversacion de Simeon Zapata con una ninfa del Turia, en que esta le persuade tome la expulsion á su cargo.

VI.

La Iffanta (sic) *coronada por el rey D. Pedro, D.ª Inés de Castro,* en seis cantos de octava rima, por Joao Soarez de Alarcam (Alarcon). Lisboa, 1606, 4.°, de 84 fojas. Trata de los desgraciados amores del infante D. Pedro de Portugal, la cólera del Rey su padre, la prision y muerte de D.ª Inés, y la extraña resolucion tomada por el Príncipe luego que subió al trono, de exhumar el cadáver de su esposa y hacerla jurar reina de Portugal. Hay en el poema octavas bastantes buenas, aunque el lenguaje no siempre es tan castizo como pudiera serlo; lo cual no debe causar extrañeza si se atiende á que el autor era portugués y uno de los muchos poetas de aquella nacion que, abandonando el idioma patrio, se sirvieron del castellano en sus escritos. Los cantos segundo y tercero son puramente episódicos, refiriéndose en ellos en forma de profecía y por boca del sabio Lycaonio los descubrimientos y conquistas de los portugueses en la India Oriental; artificio demasiado comun y vulgar en esta clase de obras para causar novedad. En el quinto el poeta echa mano de otro recurso no tan trillado; finge que yendo D. Pedro á visitar el lugar donde estaba enterrada D.ª Inés, fué arrebatado de allí por un espíritu infernal, y llevado á un campo, donde le enseñó las sepulturas de todos los poetas famosos, así antiguos como modernos, sin olvidar á Petrarca, Tasso, Boscan, Garcilaso, Mendoza, Camoens y otros de menor celebridad.

Cap. XXVIII, nota 17, p. 179.—Juan de la Cueva compuso además un tomo de poesías, que se imprimió en 1582 (*Obras*, Sevilla, Andrea Pescioni, 8.°, de 139 hojas); libro tan sumamente raro, que no conocemos mas ejemplar que el que tenemos á la vista. Contiene sonetos, elegías y canciones al gusto italiano, con algunos madrigales; al fin hay tres églogas seguidas del *Llanto de Vénus en la muerte de Adónis*.

Escribió una segunda parte, que no llegó á publicar, y que original y autógrafa se conserva en la selecta librería del Señor

duque de Gor, en Granada. Es un tomo en 4.° bastante abultado, que contiene: 1.° siete églogas pastoriles, la mayor parte en tercetos; 2.° *Los amores de Marte y Vénus*, poemita corto en octavas, dedicado á D. Enrique de la Cueva; 3.° *El llanto de Vénus; 4.° Historia de la Cueva*, á D.ª Ana Tellez Giron; poema caballeresco, en que se refieren las hazañas de D. Beltran, ascendiente y progenitor de la familia, el cual obtuvo el apellido de la Cueva por haber muerto á un dragon ó hipógrifo que se ocultaba en las cavidades de una caverna, en tierra de moros, y tenia atemorizados á los habitantes de aquel distrito; 5.° *Viaje de Sannio*, al marqués de Tarifa; poema didáctico de bastante mérito, en que describe su peregrinacion por aquella provincia. Al final del tomo se hallan el *Ejemplar poético* y el libro *De las invenciones de las cosas*.

Cap. xxviii, nota 20, p. 183.—El tomo de poesías á que alude el autor en la primera parte de esta nota se intitula: *Soledades de Buçaco*, de D.ª Bernarda Ferreira de la Cerda, Lisboa, por Mathías Rodriguez, 1634. Es un tomito en 8.° de 155 hojas, y contiene la descripcion en redondillas del desierto de Buçaco, retiro de las monjas carmelitas de San Alberto de Lisboa (á las cuales dedica su libro), y otras poesías sueltas al mismo asunto, y en ocasion de un rayo que cayó en dicho sitio el año de 1630; de las cuales, tres son en portugués, y otras dos en latin con metros y medida castellana. Hay tambien un soneto en italiano. La autora no se muestra tan afectada y culta como en su poema de *Hespaña libertada*; hay en sus *Soledades* mas naturalidad y sencillez, y sus versos son fáciles y agradables, como se puede ver por las siguientes coplas de la introduccion:

Canto el desierto Buçaco,
La soledad venturosa,
Adonde habita el silencio
Y la penitencia mora;
Adonde el amor divino
Con frontera poderosa
De inexpugnables peñascos
Sus enemigos asombra.
Bella musa del Carmelo,
Y de nuestra España gloria,
Que para ser sol en Alba,
Fuistes en Avila aurora;
Claro lucero del mundo,
Que resplandeces sin sombra,
Pues canto de un rayo vuestro,
Vuestra luz invoco hermosa.
Dadme, divina maestra
Desta soledad graciosa,
Gracia para que describa
Sus gracias al mundo solas.

Humilde, mas confiada,
La pluma mía se postra
A vuestros piés, porque vuele
Y las altas nubes rompa.

Y si la mirais, espero
Que Buçaco de las hojas
De sus hermosos laureles
Texa á mis sienes corona.

Al fin se inserta una carta de un caballero castellano (que quizá sea Lope de Vega) alabando los romances, tan ricos de conceptos, como adornados de tropos y figuras, demostraciones del estudio, gracias y superior ingenio de la autora; aunque mostrando incredulidad, por no haber nunca tenido noticia del desierto en que la poetisa descubre tantas felicidades; con cuyo motivo D.ª Bernarda inserta una larga contestacion en prosa, atestada de erudicion clásica y llena de citas de los mejores poetas de la antigüedad.

En cuanto á Juan de Ovando Santaren Gomez de Loaysa, citado al fin de dicha nota como autor del *Orfeo militar*, hay que advertir escribió otro tomo de poesías, intitulado: *Ocios de Castalia en diversos poemas;* Málaga, Mateo Lopez Hidalgo, 1663, 4.°, adornado de toscas láminas. Contiene sonetos, romances, jácaras, letrillas, endechas y otras poesías á varios asuntos, entre las cuales algunas se dicen compuestas en 1642. Hay tambien una descripcion panegírica de Málaga, su patria, en octavas, y al fin versos latinos, todo ello de escaso mérito.

Cap. XXIX, nota 8, p. 189.—Algo severo nos parece el juicio que acerca del P. Damian de Vegas hace aquí nuestro autor; sin reconocerle todas las dotes de que debe estar adornado el buen poeta, le creemos superior á otros que han alcanzado mayor celebridad. Su *Poesía cristiana* contiene redondillas, quintillas, décimas, sonetos, tercetos y algunas canciones. La versificacion es fácil, aunque en general falta de vigor. A la página 390 intoduce una comedia llamada *Jacobina ó la Bendicion de Isac*, la cual empieza con un prólogo en verso endecasílabo, tiene tres actos, y está reducida á la historia de Isac puesta en accion, resultando una tragedia bastante regular, en que están hasta cierto punto guardadas las unidades. En el prólogo del libro el autor dice que entre sus poesías á lo divino y morales va una comedia que tiene de uno y otro, la cual ofrece á Dios en diezmo por las vanas que compuso siendo mozuelo. No la cita Moratin en su *Catálogo*.

En una de sus poesías, que intitula *Razon de llorar*, al tratar de lo penosas que se nos hacen las cosas devotas, y lo fáciles que son las de diversion, dice:

Para la farsa ó comedia
Y otras cosas semejantes
Van á tomar puesto antes
Que comiencen, hora y media;
Donde estarán otras seis,
Sin juzgarlas enfadosas,
Siendo todas estas cosas
Tan vanas como sabeis.

Cap. XXIX, nota 9, p. 189.—Fr. Pedro de Padilla compuso además un poema en nueve cantos y en octava rima con el siguiente título: *Grandezas y Excelencias de la Vírgen Señora Nuestra*; Madrid, Pedro de Madrigal, 1587, 8.°; al frente del cual se halla el soneto de Cervantes que empieza:

De la Vírgen sin par santa y bendita.

Tambien publicó con el título de *Jardin espiritual* (Madrid, 1584, 8.°, otra coleccion de poesías sagradas.

Cap. XXIX, nota 22, p. 196.—A los cuarenta y nueve años de publicada la coleccion de Espinosa salia á luz otra hecha por Josef Alfay, mercader de libros de Zaragoza, con el título de *Poesías varias de grandes ingenios españoles, recogidas*, etc., *y dedicadas á D. Francisco de la Torre, cavallero del hábito de Calatrava*. Zaragoza, por Juan de Ybar, 1654, 4.°, 160 hojas, 5 de preliminares y 4 mas al fin no foliadas. Contiene poesías de treinta y cinco de los mejores ingenios del tiempo, aunque abundan mas las de D. Antonio de Mendoza, Quevedo, Lope de Vega, Góngora y Don Francisco La Torre. La coleccion está hecha con mucho tino, y lo que en ella domina es el género burlesco. A la pág. 59 se hallan las décimas contra Alarcon, que reimprimió el Sr. Haztzenbush en la vida de este poeta al frente de la nueva edicion de su teatro. Tambien se hallan en ella los sonetos atribuidos á Cervantes por el Sr. Salvá (*Catálogo*, part. II, p. 4). El mismo Alfay publicó veinte y seis años despues, y tambien en Zaragoza, otra

coleccion no menos interesante con el título de *Delicias de Apolo: recreaciones del Parnaso por las tres Musas Urania, Euterpe y Caliope : hechas de varias poesías de los mejores ingenios de España*. (Juan de Ybar, 1670, 4.º) Una y otra son consideradas, y con razon, como una especie de *Cancioneros* en que se hallan recogidas las poesías de aquella época.

La coleccion de poesías sueltas de Cervantes, publicada al fin del tomo de sus obras, primero de la coleccion de Rivadeneyra, está muy léjos de ser completa. Sin ir mas léjos podemos citar dos que se hallan en libros impresos, como son, un soneto en alabanza del sargento mayor D. Diego de Rosel y Fuenllana, autor de una obra muy curiosa intitulada : *Parte primera de varias aplicaciones y transformaciones, las quales tractan términos cortesanos, práctica militar y casos de Estado, en prosa y verso, con nuevos hieroglíficos y algunos puntos morales.* (Nápoles, por Juan Domingo Roncallolo, 1613, 4.º) Dice así el soneto :

Á DON DIEGO ROSEL Y FUENLLANA, INVENTOR DE NUEVOS ARTES,

MIGUEL DE CERVANTES.

Jamás en el jardin de Falerina
Ni en la Parnasa excessible cuesta
Se vió Rosel ni Rosa qual es esta,
Por quien gimió la maga Dragontina.
Atrás dexa la flor que se recrina
En la del Tronto archiducal floresta,
Dexando olor por via manifiesta
Que á la region del cielo la avezina.
Crece ó muy felice planta, crece,
Y ocupen tus pimpollos todo el orbe,
Retumbando cruxiendo y espantando.
El Betis calle, pues el Pó enmudece
Y la muerte que á todo humano sorbe
Sola esta Rosa vaya eternizando.

Hállase el otro entre los preliminares á la *Minerva Sacra*, del licenciado Miguel Toledano, clérigo presbitero, natural de Cuenca (Madrid, Juan de la Cuesta, 1616, 8.º). Dedicó este su obra á D.ª Alfonsa Gonzalez de Salazar, monja profesa en el convento de Constantinopla de esta corte; y Cervantes, que sin

duda tenia parentesco con ella por su mujer D.ª Catalina de Salazar, hizo que el autor insertase el siguiente soneto, á ella dirigido:

En vuestra sin igual dulce armonia,
Hermosísima Alfonsa, nos reserva
La nueva, la sin par Sacra Minerva,
Quanto de bueno y santo el cielo cria.
Llega el felice punto, llega el dia
En que, si os oye la infernal caterva,
Huye gimiendo al centro, y de la acerva
Region suspiros á la tierra embia.
En fin, vos convertis el suelo en cielo
Con la voz celestial, con la hermosura,
Que os hazen parezer ángel divino.
Y assi conviene que tal vez el velo
Alceis, y descubrais esa luz pura,
Que nos pone del cielo en el camino.

Cap. xxix, nota 23, p. 196.—Esta D.ª Christobalina se llamó Fernandez de Alarcon y fué natural de Antequera, muy versada en la lengua latina y en todo género de literatura. Hace mencion de ella Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*. Con este motivo advertirémos que es mayor de lo que comunmente se cree el número de las poetisas españolas. En el certámen poético celebrado en Toledo en 1617, con ocasion de la traslacion de la imágen de la Vírgen á la capilla del Sagrario, se insertan poesías de esta D.ª Cristobalina Fernandez de Alarcon y de otras varias damas, como D.ª Catalina Gudiel de Peralta, D.ª Juana Gaitan, D.ª Josefa de Salas, D.ª Ana María de Alday y Vergara, D.ª Manuela Pardo de Monzon, etc., causando no poca extrañeza el verlas luchar de ingenio con poetas como Góngora, Valdivielso, Jáuregui, Cristóbal de Mesa, Suarez de Figueroa, y figurar al lado de reverendos teólogos y padres graves de casi todas las órdenes religiosas. Los doce sonetos laudatorios que preceden á la fábula de *Atalanta y Hypómenes*, del marqués de San Felices (Zaragoza, 1652, 4.º), son todos de poetisas aragonesas, y allí mismo se citan los nombres de muchas damas principales que cultivaban todo género de amena literatura.

Cap. xxix, nota 25, p. 198.—Entre los poetas de esta época,

imitadores y secuaces de la escuela italiana, merece ser citado Felipe Mey, editor y librero de Valencia, quien, además de una excelente version poética de las *Metamorfosis* de Ovidio, impresa en su misma casa en Tarragona, en 1586, 8.°, publicó en el mismo año un tomito de poesías con el siguiente título : *Rimas de Felipe Mey*. Contiene la coleccion viente y siete sonetos, unos tercetos en loor de la Vírgen, y un poemita corto, aunque de bastante mérito, intitulado *La Fuente de Alcover*, en que el autor figura que en el ameno valle y al pié de la fuente de dicho nombre, en la provincia y obispado de Tarragona, ve agrupados diferentes ingenios naturales de aquella ciudad, á quienes nombra y elogia en versos fáciles y de bastante mérito.

Cap. xxix, nota 27, p. 200.—Del poeta Alonso de Ledesma, que fué natural de Segovia, y se halla citado por Colmenares en sus *Escritores segovianos*, p. 779, hemos visto otro libro de poesías intitulado : *Epigramas y geroglíficos á la vida de Christo, Festividades de N.ª S.ª, excelencias de los santos y grandezas de Segovia*. Madrid, 1625, 12.° Sus *conceptos espirituales* constan de tres partes y se imprimieron varias veces en distintos lugares, la última en Madrid por Julian de Paredes, 1660, 8.° La tercera parte, que es muy rara, tiene por título: *Juegos de Nochebuena moraliçados á la vida de Christo, martyrios de Santos, y reformacion de costumbres, con unos enigmas hechos para honesta recreacion*. Barcelona, 1611, 8.° Nació Ledesma en 1562, y falleció en 1632 á la sazon que se ocupaba en una nueva y correcta edicion de todas sus obras poéticas. Su *Romancero y Monstruo imaginado* se imprimió dos veces en 1616, la una en Madrid por la viuda de Alonso Martin, 8.°, la otra en Lérida por Luis Manescal, tambien en 8.° Nicolás Antonio, siguiéndole en esto el Sr. Ticknor, cita otra edicion anterior, de Madrid, 1615.

Uno de los primeros discípulos de la escuela de Ledesma fué Alonso Bonilla, quien en 1617 imprimió en Baeza, su patria, un tomo muy abultado de poesías líricas, la mayor parte sagradas, con el título de *Nuevo jardin de Flores divinas, en que se hallará variedad de peregrinos pensamientos*. Ya en 1614 habia dado á la estampa (Baeza, en casa de Pedro de la Cuesta, 4.°) otro tomo de poesías con el título de *Peregrinos pensa-*

mientos, y mas tarde en 1624 publicaba un extenso poema en octavas sobre la vida de la Vírgen (*Nombres y atributos*, etc., Baeza, Cuesta, 1624, 4.°), además de otra obra, tambien en verso, que cita Nicolás Antonio. Esta última salió con la aprobacion y un prólogo de Lope de Vega, quien hizo grandes elogios de su autor. Fué Bonilla poeta no vulgar, como lo prueban sus elegantes y armoniosos versos, y á no ser por el estudio que pone en imitar á su afectadísimo maestro, no vaciláriamos en colocarle al lado de nuestros mejores poetas líricos.

Cap. XXIX, nota 29, p. 202.—En 1621 se publicaba en Salamanca, en casa de Antonio Vazquez, 4.°, una *Relacion de la pompa fúnebre con que la universidad celebró las honras de Felipe III*, así como una coleccion de las poesías latinas, griegas y castellenas que obtuvieron el premio del certámen instituido con dicho motivo. Entre estas últimas las hay de Pedro de Vargas Machuca, Josef de Pellicer, Pedro de Avendaño, Jerónimo de Aróstegui, Ledesma y otros ingenios de aquella época, en que el culteranismo comenzaba ya á extenderse. Fuerza es, sin embargo, confesar que exceptuando alguna que otra composicion, las contenidas en este libro están aun exentas de dicho vicio, lo cual probaria que la universidad de Salamanca trató en lo posible de oponer un dique al torrente que amenazaba desbordar el campo de la poesía castellana. Para mayor corroboracion de este hecho citarémos algunos trozos de la graciosa calificacion que hace el secretario del certámen y editor de las poesías, el padre Fr. Angel Manrique. Al insertar á la página 158 de su libro unas octavas, que dice fueron baptizadas con el nombre de Miguel de Prada, y se imprimieron mas para ocupacion de ociosos que no para espejo de intrincados, añade que «los juezes quedaron tan ayunos de lo que querian »dezir, quanto se cree que lo están de lo que dizen muchos de »los poetas que ahora se usan, atentos solo á esconder la sen»tencia, si es que tienen alguna en la escabrosidad del estilo, »entonces tenido de sus autores por mas culto, quando apos»tatas de la lengua castellana, sino es los suyos, ni hay idiomas »ni frases de que no usen;» y despues continúa: «¡Raro prodigio »de la singularidad en los modos de hablar, si no loable, admi-

»rable por lo menos, que sepa un hombre hablar en castellano »y entre sus naturales, mas obscuro que hablaron en latin Per»sio ni Horacio aun para los extraños desta lengua!»

Hemos citado este hecho en prueba de que el culteranismo no se propagó con tanta rapidez como comunmente se cree.

Cap. XXIX, nota 33, p. 204.—La primera edicion de las poesías de Góngora es del año 1627, con el siguiente título: *Obras en verso del Homero español, que recogió Juan Lopez de Vicuña.* Madrid, por la viuda de Luis Sanchez, MDCXXVII, á costa de Alonso Perez, mercader de libros: un tomo en 4.°, de 160 hojas. Contiene sus sonetos, así heróicos como amorosos, satíricos, burlescos, fúnebres y sacros; las letrillas, canciones, octavas, tercetos, décimas y romances, y por último la *Fábula de Polifemo*, las dos *Soledades* y la *Tisbe*, que, así como algunos sonetos, principalmente satíricos ó burlescos, y algunas otras poesías sueltas, no se hallan en otras ediciones posteriores. El editor, amigo y paisano de Góngora, dice empezó veinte años antes á recogerlas de las personas que las guardaban, y principalmente de la librería de D. Pedro de Córdova y Angulo; porque Góngora nunca guardó los originales, y cuando se le comunicaban sus propios versos los trabajaba de nuevo, pues apenas los conocia, tan adulteradas estaban las copias despues de haber corrido por muchas manos. Prometió el editor otro tomo con algunas mas poesías y las dos comedias de *Las firmezas de Isabela* y el *Doctor Carlino*, que no sabemos se llegase á imprimir. Con el título de *Varias poesías y Delicias del Parnaso* se publicó en Zaragoza, Pedro Verges, 1643, una edicion popular en tres tomitos en 16.° de todas las obras de Góngora.

Cap. XXIX, nota 36, p. 207.—Fué D. José de Pellicer y Tobar grande admirador de Góngora y muy partidario de su escuela, segun se echa de ver en su *Astrea Sáfica* (Zaragoza, Pedro Verges, 1641, 8.°), poema heróico narrativo, en que refiere con marcada parcialidad y lisonja los principales sucesos del reinado de Felipe IV hasta el año de 1635; en su *Glosa al epigrama del Señor infante Don Cárlos* (Madrid, 1631, 8.°) y en otras obras suyas. A la edad de diez y nueve años hacia ya versos, y en el certámen celebrado por la universidad de Salamanca en 1621, en ocasion de las honras á Felipe III, se insertan varias compo-

siciones suyas de lo mas afectado y gongorino que por aquel tiempo salia á la pública palestra. Ya en otro lugar hicimos observar (p. 510, nota) la manera franca y resuelta con que el P. Fr. Angel Manrique moteja á los sectarios del culteranismo, haciendo lo propio con Pellicer, á quien en la pág. 167 califica de ingenio floridísimo, aunque algo verde, y que se deja llevar algo en los modos de hablar de la nueva jerigonza; y en la pág. 181, al insertar unas octavas suyas al sexto asunto, que era la expulsion de los moriscos y la toma de la Mamora, dice «que fueron muy alabadas, y que en las dos primeras se »dejó llevar de su estilo, aunque en las restantes *se humanó* y »se entienden mas».

Pellicer publicó tambien en 1631, con el enfático título de *Anfiteatro de Felipe el Grande*, un tomito de poesías, compuestas en celebridad de la muerte dada por el Rey á un toro en la plaza Mayor de esta corte, disparándole un arcabuz desde el balcon de la Panadería. Contiene el tomo, que sobre ser muy curioso, se ha hecho excesivamente raro, poesías de ochenta y seis ingenios de lo mas florido y aventajado que á la sazon habia en la corte.

Cap. XXIX, nota 39, p. 208. — A lo que Cascales escribió en sus *Cartas filológicas*, Murcia, Luis Veros, 1634, 4.°, contra Góngora y su escuela, contestó D. Martin de Angulo y Pulgar, natural de Loja, en un librito poco conocido, cuyo título es: *Epístolas satisfactorias á las objecciones que opuso á los poemas de D. Luys de Gongora el licenciado Francisco Cascales.* Granada, por Blas Martinez, 1635, 8.° Aunque partidario acérrimo de Góngora, y habiendo de defenderle de los ataques de Cascales y de otro *sugeto grave y docto* que no se nombra, el autor lo hace con moderacion suma, tratando de probar con ejemplos de los antiguos clásicos y los recursos de la retórica que el nuevo estilo culto no era tan disparatado como se queria probar, antes al contrario arreglado á las formas del buen gusto. Al fin inserta una lista de poetas que seguian su escuela, y son el duque de Sessa, los condes de Lémos, Castro y Villamediana, marqués de Ayamonte, el príncipe de Esquilache, Pedro de Valencia, el Dr. D. Agustin Collado, D. Lorenzo Ramirez de Prado, el P. Hortensio Félix Paravicino, D. Josef Pellicer. En Córdo-

ba, Manuel Ponce, Luis Cabrera, D. Francisco de Córdova, el abad de Rute, el licenciado Pedro Diaz de Rivas, comentador del *Polifemo* y de las *Soledades;* D. Francisco de Amaya, tambien comentador del *Polifemo.* En Antequera, el Dr. Tejada y el maestro Aguilar. En Sevilla, D. Juan de Vera, D. Juan de Arguijo. En Salamanca, el maestro D. Francisco del Villar. En Baeza, el Dr. Mateo de Rivas. En Osuna, el Dr. Rojas. En Granada, los Dres. Babia, Romero, Chavarria., Soto de Rojas y Martin Vazquez de Siruela, y licenciados Meneses y Morales. Esta numerosa lista, que pudiera aun aumentarse considerablemente, prueba lo mucho que cundió el mal, y cuán difícil era que los mismos poetas que le combatian se librasen de él; así es que apenas hallamos un escritor de aquel tiempo, ya en prosa ya en verso, que no esté algun tanto inficionado.

Angulo escribió además una *Egloga fúnebre á Don Luis de Góngora, de versos entresacados de sus obras* (Sevilla, Simon Fajardo, 1638, 4.°), que Nicolás Antonio confundió con sus *Epistolas satisfactorias,* impresas tres años antes en Granada (1635, 4.°).

Nota 43, p. 210.—En nuestra nota al cap. XVIII del segundo tomo, p. 558, citamos equivocadamente una obra de Antonio Lopez de Vega por otra. En su *Heráclito* y *Demócrito,* y no en su *Perfecto señor,* es donde se halla el pasaje en que solapadamente alude á Lope de Vega y le ataca; lo cual es tanto mas extraño en este autor, cuanto que entre sus poesías al fin del *Perfecto señor* hay una elegía *en la muerte de Lope de Vega Carpio, el insigne, el raro, el único,* en la que le prodiga los mayores elogios.

Cap. XXIX, nota 40, p. 209.—Del conde de Villamediana corre entre los curiosos un tomo de poesías satíricas y burlescas sobre sucesos del reinado de Felipe III y IV, que no llegó á imprimirse. Algunas de ellas, como son el *Diálogo de Pluton y Aqueronte* en la muerte del primero de aquellos monarcas, otras hablando con Felipe IV recien heredado, y varias en que critica al duque de Lerma, D. Rodrigo Calderon y duque de Osuna, están escritas con mucha mas libertad de la que en aquellos tiempos se permitia, y manifiestan bien el ingenio y agudeza de su autor, quien, si hemos de creer lo que dijeron

de él Quevedo, Góngora, Lope de Vega, Mendoza y otros, murió «por haber hablado mas de lo que debiera».

Cap. xxix, nota 49, p. 211.—No fué Melo el unico escritor portugués que despues de la independencia de su patria continuó sirviéndose de la lengua castellana; muchos son los que, aun residiendo en Portugal, siguieron escribiendo la prosa y verso de Castilla; hecho que pudiera dar márgen á consideraciones de la mayor importancia. Manuel Botelho de Oliveyra, en su *Musica do Parnasso, dividida en quatro coros* (Lisboa, Miguel Manescal, 1705, 4.°), publicó varios romances y dos comedias castellanas: *Hay amigo para amigo*, y *Amor, engaños y celos*.

Ya que de este asunto se trata, no podemos pasar en silencio el tomito de poesías castellanas publicado en 1657 por el portugués Francisco de Francia y Acosta, el cual contiene veinte sonetos, seis silvas, catorce romances y doce epigramas, con mas un poemita en octavas intitulado *El peñasco de las lágrimas*. Muéstrase el autor galan y florido, sobre todo en sus romances, entre los cuales hay uno burlesco describiendo la vida de corte; con la particularidad de que, á pesar de la época en que escribió, se hallan en sus obras poquísimos rastros de cultismo. Imprimióse en Coimbra, por Manuel Diaz, 8.°

Cap. xxix, nota 52, p. 212.—Entre los poetas de esta época que, aunque inficionados por la nueva escuela, no por eso dejaron de cultivar el género antiguo, sobre todo en sus poesías cortas, merece ser citado D. Gabriel de Bocángel y Unzueta, bibliotecario del Cardenal-Infante y cronista de estos reinos, quien dió á luz un tomo de poesías con el título de *Lira de las Musas*. Madrid, 1635, 1637 y últimamente 1652, por Cárlos Sanchez, en 4.° El tomo, dividido en *Liras humanas y sacras* y en *Rimas*, contiene sonetos heróicos y líricos, elegías fúnebres y morales, y entre ellas una en la muerte de Lope de Vega; décimas, epigramas, romances, letrillas y glosas; la fábula de *Leandro y Ero*, una égloga pastoril, un poema histórico en octavas, intitulado *El Fernando, ó Templo de la Fama*, y otro en el mismo metro, con el título de *Retrato panegírico del serenísimo señor infante D. Cárlos* (hijo de Felipe IV y muerto en 1632), que ya andaba impreso (1633, 8.°), así como otras poesías de las inclui-

das en esta última edicion. Lo mejor de todo son sus romances, letrillas, madrigales y otras poesías cortas, entre las cuales hay algunas de mucho ingenio. En 1732 salió á luz en Lima (Joseph Cossio, 12.°) un romance bastante largo, intitulado *El Cortesano discreto*, que no se halla entre sus obras, y tambien hemos visto una obra suya, no citada por Nicolás Antonio, con el siguiente título: *Declamaciones castellanas. La primera*, La perfecta juventud, *hallada en la vida y en la muerte del conde de Ricla*, etc.; *la segunda* contra la fortuna, *ofreciendo una y otra las mas vivas ideas de la Eloquencia y las máximas mas seguras de la política*. Madrid, 1639, 8.°, reimpreso despues en 1748, 8.° Otras obras escribió, cuyo catálogo puede verse en Alvarez y Baena, *Hijos de Madrid*, tom. II, p. 269.

Cap. XXIX, nota 63, p. 217.—Antonio de Balvas Barona, natural de Segovia, nació en 1559, y murió á 16 de noviembre de 1628. Segun Colmenares, *Escritores Segovianos*, p. 756, impelido de su ingenio, sin mas estudio que la leccion de libros vulgares, se dió á la poesía. Tuvo grande amistad con Alonso de Ledesma, á quien elogia sobre manera en una cancion puesta al frente de su *Romancero*.

Cap. XXX, nota 14, p. 230.—Aquí debemos advertir que D. Francisco de Borja y Aragon no fué *príncipe de Borja y Esquilache*, como equivocadamente le llama nuestro autor, sino solo *de Esquilache*, por haber casado con su prima D.ª Ana de Borja, dueña de dicho título; él fué conde de Mayalde y nieto de S. Francisco de Borja. Ni Baena ni el Sr. Ticknor conocieron una obra suya en tercetos publicada antes que sus *Poesías* y que su *Nápoles recuperada*; la cual se intitula: *La Passion de N. S. Jesu-christo en tercetos, segun el texto de los santos cuatro evangelistas* (Madrid, por Francisco Martinez, 1638, 4.°). Está escrita en versos fáciles, aunque no comparables con sus madrigales, romances y letrillas.

Cap. XXX, nota 15, p. 231.—Hay una edicion de las obras de Zárate poco conocida. Es un tomito en 8.° menor, con 99 hojas y 3 mas de preliminares; intitúlase: *Varias poesías de Francisco Lopez de Zárate, natural de la ciudad de Logroño*. Por la viuda de Alonso Martin de Balboa, 1619. Tiene una aprobacion de Lope de Vega, su fecha á 29 de noviembre de 1618, en que, entre

otras cosas, dice : «Me parece que este tomo es un exemplo »del lugar á que ha llegado este género de estudios en España, »que de pocos años á esta parte florece con hermosura de su »lengua y honra de nuestra nacion.» Sigue otra aprobacion de Dr. Gutierre de Cetina, vicario general de la villa de Madrid, de 22 de noviembre de dicho año, y una dedicatoria del autor al duque de Medina-Sidonia.

Nicolás Antonio cita una edicion de Alcalá, 1619, 8.°, que tal vez sea la misma que acabamos de describir, aunque esta no señala el lugar en que se imprimió. Es de advertir que en la segunda, hecha en Alcalá (por María Fernandez, impresora de la universidad, á costa de Thomás Alfay, 1651, 4.°), se expresa que el privilegio concedido al autor es del año 1622, siendo así que en la edicion príncipe la licencia para imprimir es, segun ya dijimos, del año 1618. Como quiera que sea, esta segunda edicion está muy aumentada con silvas, églogas, sonetos y algunos romances.

Es muy elogiado el soneto suyo á la *Rosa*, que empieza :

Esta á quien ya se le atrevió el arado,

y Lope de Vega lo cita en la introduccion á la *Justa poética de San Isidro* como digno de competir con los mejores de la Italia. De la misma opinion fué el autor anónimo del *Panegírico por la Poesía*, el cual dice, hablando de Zárate (período 13), que para ser famoso no habia menester mas versos que los catorce de *la Rosa*. El mismo autor añade (período 2.°) que, habiendo Zárate dedicado á D. Manuel Perez de Guzman, duque de Medina-Sidonia, cierta obra poética, este magnate le envió tantas coronas de oro cuantos versos contenia el volúmen.

Cap. xxx, nota 18, p. 232.—El Quirós mencionado en esta nota se llamaba Pedro y era natural de Sevilla; otro hubo llamado *Francisco Bernardo*, que en 1656 dió á luz en Madrid un tomo de sus obras poéticas, con el título de *Obras de D. Francisco Bernardo de Quirós y aventuras de D. Fruela* (Melchor Sanchez, 1656, 4.°). El tomo, dedicado al duque de San Lúcar, contiene una novela burlesca, cuyo héroe es un hidalgo llamado D. Fruela; diez entremeses, que, segun su autor, se representaron en el teatro y salieron libres «del silbo original», y

una comedia burlesca, intitulada *El hermano de su hermana*, además de varias poesías en todo género de metros, intercaladas en el texto de la novela.

Cap. xxx, p. 233.—Durante la época que el autor acaba de examinar floreció la poesía-lírica sagrada, pudiendo citarse no pocos autores que la cultivaron con gran éxito. Nuestros mas antiguos cancioneros están llenos de «obras de devocion», como entonces se llamaban, distinguiéndose entre los poetas Mossen Juan Tallante, Fernan Perez de Guzman, Proaza, Soria, Nuñez, Diego de San Pedro y otros. En el mismo siglo xv se imprimian varias colecciones de poesías exclusivamente devotas, como son el *Triumpho de María*, *Cancionero espiritual por* Martin Martinez de Ampiés (Zaragoza, Paulo Hurus, 4.°, MCCCCLXXXXV); el que con el título de *Coplas de Vita Christi* imprimió en la misma ciudad en 1495 Fr. Iñigo de Mendoza (Véase á Mendez, *Typog. Española*, p. 134, y otros varios). Pero contrayéndonos al siglo xvi, que pasa por ser el «siglo de oro» de nuestra literatura, habrémos necesariamente de mencionar algunos libros que marcan bien el género.

I.

Es el primero de todos el *Cancionero* de Juan de Luzon, coleccion de poesías morales y devotas, impresa en Zaragoza, por Jorge Cocí, en 1508, 4.°, con el título de *Cancionero de Juan de Luzon. Epilogacion de la Moral Philosophia sobre las virtudes cardinales contra los vicios y pecados mortales*, etc. Está la obra dividida en cinco partes, que tratan de virtud en general, de justicia, prudencia, fortaleza y temperancia; y predominan en ella las coplas de arte mayor, aunque tambien hay alguna composicion en versos cortos, como las *Contemplaciones de la Passion* al fin del tomo. Cada copla está seguida de un erudito comentario en prosa en que el autor glosa y explica los lugares difíciles y las alusiones históricas contenidas en su poema. La versificacion es fácil, el estilo abundante, y atendido el gusto de la época, bastante llano y castizo.

Del autor Juan de Luzon solo sabemos que fué criado de D.ª Juana de Aragon, duquesa de Frias y condesa de Haro, á

quien dedicó su obra, despues de concluida en Búrgos á 31 de julio de 1506, estando en dicha ciudad el príncipe D. Felipe y su esposa D.ª Juana. Es de presumir fuese natural de esta villa y corte, donde se avecindaron los de su apellido, y quizá descendia de un poeta llamado Pedro de Luzon, que aparece entre los del *Cancionero* de Baena.

II.

El mismo año de 1508 se imprimia en Toledo otro libro de poesías morales, ascéticas y á lo divino, intitulado :

Cancionero de diversas obras de nuevo trobadas : todas compuestas, hechas é corregidas por el padre fray Ambrosio Montesino de la orden de los menores. Al fin se lee : *Aquí acaba el Cancionero de todas las coplas del reverendo padre fray Ambrosio Montesino de la orden del señor Sant Francisco. Las quales él mesmo reformó y corrijó* (sic) : *estando presente á esta impression que fué fecha en la imperial ciudad de Toledo á* XVI *del mes de junio del año de nuestra reparacion de Mill é quinientos é ocho años;* 4.°, letra de Tórtis, á dos columnas, 73 hojas. Contiene principalmente obras á lo divino y morales, escritas, segun la antigua usanza, á requirimiento del rey Don Fernando, de la reina Isabel, la reina de Portugal, de las duquesas del Infantado y Nájera, de la condesa de Coruña, del cardenal Jimenez de Cisneros y otros. Una cancion hay hecha á instancias del gran cardenal de España, D. Pero Gonzalez de Mendoza, que murió en 1495, y alguna que otra de fecha aun mas antigua. Tambien contiene el tomo varios romances, como el de la muerte del príncipe D. Juan, que ya reimprimió el Sr. Duran (tomo II, p. 673).

De este *Cancionero* se hizo segunda edicion en Toledo por Juan de Ayala, 1547, 4.°; pero ambas son á cual mas raras. De la traduccion que Montesino hizo de la vida de Cristo, de Ludolfio, conocida con el título de *Vita-christi del Cartuxano*, é impresa por la primera vez en 1502, ya se habló en otro lugar. (Véase el tomo I, p. 442.)

III.

Algunos años despues salia á luz otro libro intitulado: *Loor de*

virtudes nuevamente impresso, añadido y emendado, compuesto por el maestro Alonso de Zamora, *regente en la Universidad de Alcalá* (Alcalá de Henáres, por Miguel de Eguia, á xxx de diciembre de mil y quinientos y xxv; un tomito en 12.°, de 83 hojas no foliadas). Está escrito en versos cortos y dividido en tres partes, de las cuales la primera trata del tiempo breve de esta vida, y de su mucho trabajo, en remedio del cual es la ciencia, por los provechos que de ella se siguen; la segunda, «de los siete pecados mortales,» y de «doctrinas generales» la tercera.

IV.

Mas tarde se vertia al verso castellano la obra del poeta valenciano Miquel Perez, intitulada *Verger de la Verge Maria*, é impresa en Valencia *por Nicolau Spindaler Alemany á* xxv *del mes de joliol any Mil* CCCCLXXXXIIII, 4.° Fué su traductor el bachiller Juan de Molina, que ya antes habia traducido del latin el capítulo de la obra de Lucio Marineo Sículo, relativo á Aragon (*Coronica de Aragon*, Valencia, por Juan Jofre, 1524, fol. gót.), y tambien las *Guerras civiles* de Apiano (Valencia, Juan Jofre, 1522, fol.). Molina intituló su obra *Vergel de nuestra Señora*, y la hizo imprimir en Sevilla por Dominico de Robertis, á XXII dias del mes de abril de M é DXLII, con una epístola proemial dirigida á la priora del convento de Santa Catalina de Sena de Granada. Es un tomo en 4.°, letra de Tórtis, de 143 hojas, inclusas las dos de la tabla. Al fin de este rarísimo libro, del cual no hemos visto mas ejemplar que uno que se conserva en la biblioteca del Museo Británico de Lóndres, se halla el siguiente :

Auto agora nuevamente hecho sobre la quinta angustia que nuestra Señora pasó al pié de la Cruz, muy devoto y contemplativo : en el qual se introducen las personas siguientes : Nuestra Señora, San Juan, y las tres Marías. Joseph Abarimatia, Nicodemus, Pylato, page, centurio; 6 hojas, 4.°; sigue despues : *Romance muy devoto en contemplacion de la pasion de nuestro Redemptor y Salvador Jesuchristo*, MDLII. Al fin de todo: «Fué impresa la presente obra en la muy noble y mas leal ciudad de Burgos, en casa de Juan de Juan.»

V.

Cancionero Spiritual, en que se contienen obras muy provechosas y edificantes, en particular unas coplas muy devotas en loor de nuestro Señor Jesucristo y de la sacratísima Virgen María, su madre; con una farsa intitulada, etc.; compuesto por el reverendo padre Las Casas, indigno religioso, etc.; dedicado al Illmo. Señor D. Fr. de Çumarraga, primero obispo de la gran cibdad de Temixtitlan. México, por Juan Pablos Lombardo, 1546.

VI.

Cancionero espiritual, en el qual se tractan muchas y muy excelentes obras sobre la concepcion de la gloriosa virgen nuestra señora, Sancta Maria, y de las letras de su nombre, con un passo del nacimiento *y otras muchas cosas en su loor. Y assimesmo se tratan muy excellentes maravillas de la passion de Jesucristo y del combate del coraçon espiritual y del ansia del amor de Dios, y otros muy maravillosos dichos y canciones del mundo vueltas á lo divino; todo en metros diferentes. Hecho por un religioso de la órden del bienaventurado Sant Hieronymo, y dirigido al muy illustre y reverendíssimo señor don Luis Cabeça de Vaca, obispo de Palencia, conde de Pernia.* Valladolid, por Juan de Villaquiram, 1549, 4.°, let. gót., á dos colum., 56 hojas. Nada sabemos del autor de este Cancionero, habiendo registrado en vano la Historia de la órden de San Jerónimo, por Sigüenza, y la de la ciudad de Palencia, por Pulgar. Contiene octavas, redondillas, villancicos, romances y glosas al estilo antiguo, siendo muy notable la ternura y devocion cristiana que respiran. Siguió su autor el propósito, ya por otros eclesiásticos graves anunciado, de sustituir una poesía devota y provechosa á los muchos libros profanos, de burlas y amores, que circulaban en su tiempo entre todas las clases de la sociedad. Así lo declara en un notable prólogo, en el que, entre otras cosas, dice lo siguiente: «Porque casi los mas de los que han usado este »arte se han encaminado á motivos profanos y amores no cas»tos, y aun tambien porque viendo las personas nobles y de

»calidad (que tan aficionadas fueran antes á metrificar) que »cada persona baxa se ponia á hacer coplas, y muchas de »ellas torpes, las dexaron ellos de hacer, paresciéndoles dero»garse su autoridad; y assi le ha acaescido á este exercicio lo »que algun tiempo acaesció á los trajes, que viendo los señores »ataviarse de sedas los muy baxos populares, començaron ellos »á se vestir de paños viles y de poco precio.»

VII.

Esta tendencia á reemplazar la poesía popular con otra mas provechosa para el alma, halagando los oidos del vulgo con armoniosos versos, que le recordaban los antiguos cantares, se observa en muchos escritores ascéticos de este tiempo, y principalmente en Juan Lopez de Ubeda, autor de un notable libro de poesías, varias veces impreso, y cuyo título es:

Vergel de flores divinas, por el licenciado Juan Lopez de Ubeda, *natural de Toledo, fundador del seminario de los niños de la doctrina de Alcalá de Henares.* Alcalá, herederos de Juan Gracian, 1588, 4.º Es el mismo libro que con el título de *Cancionero general de la Doctrina Christiana* habia ya publicado su autor en Alcalá (1579 y 1586, 4.º), aunque muy corregido y aumentado. Contiene, segun lo expresa su título, varias poesías sobre asuntos sagrados, como: el nacimiento de Cristo, el Santísimo Sacramento, la Vírgen María, los apóstoles, los santos doctores de la Iglesia, mártires, confesores, etc.; compuestas con el solo y único fin, segun dice su autor en el prólogo, de provocar los fieles á la devocion, y suministrarles letras, villancicos y villanescas que cantar en las fiestas solemnes y principales del año, así como en sus faenas y trabajos domésticos y en tiempo de recreacion y solaz, purgando lo malo y ponzoñoso de las canciones profanas. Para mejor conseguir su piadoso intento, Ubeda se sirvió de los metros castellanos mas acomodados para el canto, parodiando antiguos romances y cantares, como es el siguiente, imitado al que empieza «La mañana de San Juan».

Mañana de Navidad,
al tiempo que alboreava,

gran fiesta hazen pastores
por Bethlem y su comarca;
revolviendo sus cayados,
haciendo bayles y danças,
al son de dulces çampoñas
y de rabeles y gaytas.
El pastor que á Dios ha visto,
¡oh que bien se señalava!
y el que á velle no ha venido
no saltaba ni baylava.
Miranselo las virtudes,
de la tierra levantadas,
entre las quales hay dos
que de Dios son muy amadas:
la una es Misericordia,
otra Justicia se llama,
y por estar differentes
agora no se hablavan.
Es la una piadosa,
la otra rigurosa y brava;
mas al fin Misericordia
á Justicia preguntava:
«¡Ay Justicia, hermana mia!
¿cómo estás de amor tocada?
¿cómo ahora rigor no tienes,
antes te muestras ya mansa?»
Justicia no la responde,
que á dissimular probaya;
mas viendo ser importuna,
respondió algo turbada:
«Importuna eres, amiga,
aunque discreta, pesada,
en querer saber de mí
una tan nueva demanda.
Y pues lo quieres saber,
ve do los pastores baylan,
verás su hermosura y gala,
su gentil disposicion,
su lindo donayre y gracia;
del qual siempre fuy querida,
estimada y regalada;
mas agora que ha nascido
vestido de carne humana,
puestos tiene en tí los ojos,
á tí quiere y á tí ama.»
Misericordia responde,
la voz amorosa y baxa:

«¡Ay Justicia, que en vano
vives en esso engañada!
que si el niño Dios me quiere
mucho mas que publicavas,
por esto no te desecha
ni de tí él se apartava,
que aunque su misericordia
sobre todo sojuzgaba,
tambien es justo juez
y con rigor castigava;
si zelos te hacen guerra,
vive ya desengañada,
que nunca Dios por mi parte
te estorvará la demanda. (129 v.º)

Al mismo género pertenecen los romances que empiezan: «En esa gran Palestina,» y «En aquel tiempo que á Roma» (145 v.º), así como unas redondillas á Santa Inés, que empiezan:

Inés, vuestra soy mi Dios,
y al fuego estoy sentenciada,
no tengo el morir en nada,
pues doy mi vida por vos.
Soy tan vuestra, de tal suerte,
que nunca pude ser mia;
viviendo con vos vivia,
que lo demas todo es muerte.
Toda me teneis, mi Dios,
de vuestro amor tan llagada,
que el morir no tengo en nada,
pues doy mi vida por vos.
Mi vida vida no fuera,
si en ley de amor verdadero,
muriendo por mí el cordero,
no muriera la cordera.
Ya voy á morir, mi Dios,
y en tan gloriosa jornada
no tengo la vida en nada,
pues doy mi vida por vos.
El trocar vida por muerte
es de todos tan temido,
que no querria el mas subido
le cupiese esto por suerte.
Mas yo estoy tan adornada
con vuestra sangre, mi Dios,
que el morir no tengo en nada,
pues doy mi vida por vos. (F. 173 v.º)

Exceptuando tan solo alguna que otra composicion en tercetos, todas las demás están escritas en los metros mas populares de la antigua poesía castellana. Hay tambien varios diálogos pastoriles al nacimiento, un soneto en portugués al pecador ya convertido (fol. 182 v.°), un *Tratado de la vida segura* en quintillas (191 v.°), y á lo último el *pater noster* glosado de Gregorio Silvestre, única composicion que no sea de Lopez de Ubeda.

VIII.

Vergel de plantas divinas en varios metros espirituales, por Fr. Archangel de Alarcon, capuchino. Barcelona, por Jaime Cendrat, 1594, 8.° Contiene poesías sagradas á varios asuntos y en todo género de metros, entre las cuales hay algunas composiciones bastante largas, como son: el *Triunfo virginal*, dividido en diez capítulos ó cantos (fol. 215, 49), la *vida de Santa Ana* (fol. 288-313), y un canto épico en loor de S. Francisco (fol. 330-46). El autor versifica con mucha facilidad.

Cap. xxx, nota 19, p. 235. Este es quizá lugar á propósito para citar algunas obras poéticas que en nuestro concepto merecen ser mencionadas en una historia de la literatura española.

I.

Es la primera de ellas la que, con el título de *Heroydas Bélicas y Amorosas* publicó D. Diego de Vera y Ordoñez de Villaquiran, alguacil mayor del Santo officio de la Inquisicion de Cathaluña. Barcelona, por Lorenço Deu, 1622, 4.° Son ocho, escritas en tercetos, y el autor pudo muy bien llamarlas epístolas, pues en realidad no son otra cosa. Unas están dirigidas á Luis XIII de Francia, instándole á que emprenda la conquista de la Rochela y castigo de los rebeldes; otras àl cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval, arzobispo de Toledo. De los argumentos en prosa que á ellas preceden se deduce que el autor fué natural de Madrid, y que «despues de haber emplea»do parte de su niñez y el principio de su juventud en peregri-

»nar los mares y algunas de las mas remotas tierras, aunque »con infelices sucesos», fué enviado por sus padres á casa del cardenal Rojas, «en cuyo palacio la educacion, lenguaje, estilo y urbanidad se enseñaban y aprendian por los pages de su Eminencia.» Que enamorado de D.ª Juana Jiron, despues de servirla siete años, con sumas dificultades, inauditos trabajos, é increible resistencia del Cardenal, que le destinaba á la carrera eclesiástica, casó con ella. Que habiendo, á consecuencia de esto, abrazado la carrera militar, llegó á ser capitan de infantería y alguacil mayor de la Inquisicion en Cataluña, y mas tarde gobernador y capitan general de la ciudad de Chiapa y provincia de los Lacandones, á cuya conquista asistió, obteniendo en premio de sus servicios el hábito de Santiago. A pesar de los desmedidos elogios que Lope de Vega le tributa en su *Laurel de Apolo*, sus versos no se recomiendan ni por su fluidez ni por su invencion; pertenecen sí al género culto, y están llenos de imitaciones de Ovidio, Horacio, Virgilio y otros autores.

II.

Rimas de D. Antonio de Paredes. Imprimiéronse en Córdoba por Salvador de Cea Tesa, 1623, 8.°, despues de muerto su autor. Contiene el tomo varios sonetos, el fragmento de una fábula de *Daphne y Apolo*, que dejó sin concluir, varias odas imitadas á Horacio, algunas epístolas en tercetos, y diez y ocho romances bastante buenos. El autor pertenece á la escuela de poetas que terminó con el siglo XVI.

III.

Rimas varias del licenciado Gerónimo de Porras. Antequera, por Juan Bautista Moreira, 1639, 8.° Consta la coleccion de sonetos, canciones, silvas, madrigales y alguna que otra oda imitada á Horacio. Al fol. 50 introduce un soneto de Juan Perez de Montalvan, con quien parece mantuvo amistad y buena correspondencia, y al 75 unas décimas de la célebre poetisa antequerana D.ª Cristobalina Fernandez de Alarcon, en ocasion de haber el autor compuesto un romance (fol. 69) describiendo

una cacería. Tambien contiene el tomo un soneto de Pedro de Espinosa, de cuyas *Flores de poetas ilustres* ya se habló en otro lugar.

Porras fué natural de Antequera, y murió en dicha ciudad á 29 de diciembre de 1643, segun Nicolás Antonio. Pertenecen sus obras al mismo género que las del poeta antes citado; la diccion es pura y el verso fácil, aunque en alguna que otra parte, y principalmente en la *Fábula de Céfalo y Proeres*, con que empieza el tomo, da ya algunas señales de amaneramiento y conceptismo.

IV.

Asimismo merece ser citado entre los poetas de este tiempo Bartolomé Cayrasco de Figueroa, natural de la Gran Canaria, llamado por algunos «el Divino», y que generalmente pasa por inventor de los esdrújulos. Nicolás Antonio hace gran elogio de él, llamándole *Fortunatarum insularum decus*. Nació en la mayor de aquellas islas, en 1540, de padres nobles; fué canónigo y despues prior de su iglesia catedral. Murió en 1610, y fué sepultado en una capilla, que á su costa habia edificado, en la misma catedral, con la siguiente inscripcion :

Lyricen et vates toto celebratus in orbe
Hic jacet inclusus, nomine ad astra volans.

Dicen que fué tan diestro en la música, que cuando tañia la guitarra dejaba suspensos á los oyentes. Escribió *Templo militante, triunfos de virtudes, festividades y vidas de Santos*, especie de *Flos Sanctorum* en verso, dividido en cuatro partes. En esta obra, verdaderamente colosal, pues consta de mas de quince mil octavas, aparte de otros muchos metros en ella intercalados, el autor cuenta las vidas de todos los santos del calendario romano, dando muestras de facilidad, ingenio y abundancia, aunque su estilo es generalmente desaliñado y hasta incorrecto. Mostróse muy feliz en los esdrújulos, aunque poco escrupuloso en inventar vocablos nuevos siempre que la rima le apuraba. Elógiale Cervantes en el libro VI de su *Galatea*, en unos esdrújulos.

Tenia Cayrasco sesenta años cuando en 1602 salió á luz en Va-

lladolid la primera parte de su *Templo militante*, impresa por Luis Sanchez, en 8.° Reimprimióse al siguiente año, juntamente con la segunda, por el mismo Luis Sanchez, en Valladolid, en 4.° Las mismas dos partes se imprimieron despues en Lisboa por Pedro Craesbeeck, 1612, fol. Otro tomo en folio, comprehensivo de la tercera parte, se habia impreso mientras tanto en Madrid por Luis Sanchez en 1609, y por último la cuarta salió á luz en Lisboa. Pedro Craesbeeck, 1615, fol.

Tamayo de Vargas dice que vió manuscrita una relacion en verso, que Cayrasco escribió, del desembarco del Draque (Sir Francis Drake) en las islas Canarias. Tambien hizo cuando jóven una traduccion de la *Gerusalemme* del Tasso, dedicada al cardenal Castro, y que por algunos trozos que de ella hemos visto, nos parece muy superior á las de Sedeño y Sarmiento. Con motivo del viaje de Uvaldo y sus compañeros á las Islas Afortunadas en el original, Cayrasco introduce una descripcion poética de su isla natal y del pico de Tenerife.

V.

Otro poeta, tambien natural de las islas Canarias, llamado Pedro Alvarez de Lugo y Uso de Mar, imprimió en 1664 (Madrid, Pablo de Val, 8.°) un tomito intitulado: *Primera y segunda parte de las Vigilias del sueño*, especie de novela alegórica, en que introdujo muchas poesías, escritas con harta facilidad é ingenio.

Por último, una parte no despreciable de la poesía lírica del período en que reinaban sin rival Góngora y los de su escuela se hallará en un tomo que el licenciado Tomás de Oña publicó con el título de *Fenix de los Ingenios que renace de las plausibles cenizas del certámen que se dedicó á la venerable imágen de N. S. de la Soledad, etc.* (Madrid, Diego Diaz de la Carrera, 1664, 4.°), en ocasion de ser trasladada á su capilla. Contiene poesías de cincuenta y cuatro ingenios, entre los que figuran Matos Fragoso, Zavaleta, Ulloa, Zamora, Pellicer, Velez de Guevara (D. Juan), Rozas, Ventura de Vergara, Diamante, Mártir Rizo, Quirós, Avellaneda y otros. Obtuvieron el primer premio en la cancion real D. Juan de Matos Fragoso y D. Juan

de Zavaleta, y el segundo D. Antonio de Espinosa y Manuel de la Peña; en el soneto D. Ramon Montero de Espinosa, D. Luis de Ulloa, D. Ambrosio de Arce y D. Juan de Zamora. No se dice quiénes fueron los agraciados en el romance, en las octavas, décimas, quintillas y otros géneros de poesía, en que hay composiciones dignas de figurar en libros impresos medio siglo antes. Entre los romances hay uno muy lindo de D. Juan Velez de Guevara, describiendo la procesion por las calles de Madrid, y unas quintillas anónimas á la caida de un albañil de un andamio, y su milagrosa salvacion por mediacion de la Vírgen de la Soledad.

Mucho abundan en la literatura castellana esta clase de colecciones, y son infinitos los poetas cuyos nombres figuran en ellas. Durante todo el siglo XVII fué costumbre el celebrar con certámenes poéticos cualquier acontecimiento notable, así político como religioso, y la musa castellana cantó con igual entusiasmo la canonizacion de un santo, el nacimiento de un príncipe, la traslacion de una imágen y la celebracion de un auto de fe. Por desgracia casi todas estas colecciones pertenecen á la segunda mitad del siglo XVII, en que el gongorismo dominaba sin rival, siendo mas escasas en número las hechas antes del año 1640, y muy contadas las de época anterior. Merecen, sin embargo, ser leidas con cuidado, por cuanto marcan, por decirlo así, el verdadero progreso del arte y la variacion del gusto. Aunque el Sr. Navarrete, en su *Vida de Cervantes* (p. 186), trató ya este punto, acerca del cual tambien nuestro autor ha dicho ya alguna cosa (tomo II, p. 287), hemos creido deber poner aquí los títulos de algunas de estas justas poéticas que nos parecen las mas notables, así por el número y calidad de los poetas que á ellas concurrieron, como por los asuntos que en ellas se trataron.

Fiestas de la insigne ciudad de Valencia á la beatificacion de Fr. Luis Bertran, por Gaspar Aguilar. Valencia, Pedro Patricio Mey, 1608, 8.° Contiene poesías latinas y castellanas por varios ingenios valencianos, una comedia de S. Luis Bertran y una excelente descripcion de las mismas fiestas por Gaspar Aguilar.

Compendio de las solemnes fiestas que en toda España se hicie-

ron en la beatificacion de N. B. M. Santa Theresa de Jesus. Madrid, por la viuda de Alonso Martin, 1615, 4.° Contiene poesías de Lope de Vega, que fué uno de los jueces del certámen de Madrid; de Vicente Espinel, Miguel de Cervantes, Valdivielso y otros.

Fiestas que hizo el insigne collegio de la compañía de Jesus de Salamanca á la beatificacion de S. Ignacio de Loyola, por Alonso de Salazar. Salamanca, Artus Tabernel, 1610, 4.°

Fiestas que en la insigne universidad de Valencia se celebraron del glorioso Doctor y Evangelista S. Lucas, por el licenciado Francisco Cros. Valencia, Miguel Sorolla, 1626, 8.° Contiene poesías de Vilarasa, Guerau, Romaní, Climent y otros poetas valencianos.

Descripcion de la capilla de N. S. del Sagrario de Toledo, y fiestas que con motivo de su ereccion se celebraron en dicha ciudad, por el Licenciado Pedro de Herrera. Madrid, Luis Sanchez, 1617, 4.°, con poesías de D.ª Cristobalina Fernandez de Alarcon, D.ª Catalina Gudiel de Peralta, D. Juan de Jáuregui, Valdivielso, Góngora, Espinel, Mesa, Cosme de los Reyes, Perez de Rozas, D. Antonio Hurtado de Mendoza, Maestro Pedro de Torres Ramila (véase el tomo II, p. 560 de esta traduccion), Tribaldos de Toledo, Alonso Bonilla, Fr. Francisco de Avellaneda, Christóbal Suarez de Figueroa. El autor, Pedro de Herrera, lo fué tambien de unas fiestas que se hicieron en Lerma á la *Translacion del S. Sacramento á la iglesia de S. Pedro.* Madrid, 1618, 4.°, y de otra obra que cita Nicolás Antonio.

Dos años despues de las fiestas de S. Isidro, se celebraron en Madrid las que el colegio Imperial dispuso en la canonizacion de S. Ignacio de Loyola y S. Francisco Javier (Madrid, Luis Sanchez, 1622, 4.°). Fué secretario de ellas Lope de Vega, y entre los poetas que á ellas concurrieron, se hallan los nombres de Quintana, Perez de Montalvan, Zárate, Mira de Mescua, Luis de Velmonte, Bermudez, Pellicer y un *D. Pedro Calderon,* que obtuvo el primer premio en los romances, y el segundo en las quintillas.

Espirituales fiestas que la nobilísima ciudad de Córdova hizo en desagravios de la Suprema Magestad Sacramentada, por Bar-

tolomé Perez de Veas. Córdoba, por Andrés Carrillo 1636, 4.° Dió ocasion á estas fiestas el suceso acaecido en Tirlemont, y de que tratan Garibay, Miedes, Mariana, Beuter y otros.

Justa poética celebrada por la universidad de Alcalá en el nacimiento del Príncipe de las Españas, D. Felipe Próspero, por el Dr. Francisco Ignacio de Porres. Alcalá, por María Fernandez, 1658, 4.° Contiene poesías de muchos ingenios naturales de dicha ciudad ó cursantes en su universidad, entre los cuales, los mas conocidos son Leon Marchante, D. Alvaro Cubillo de Aragon, D. Andrés Pellicer de Abarca y el Dr. D. José de Villaroel. Tambien la universidad de Salamanca celebró fiestas con el mismo motivo, publicándose en el mismo año de 1658 por Sebastian Perez, 4.°, una *Relacion de las demonstraciones festivas de religion y lealtad, etc.*, con poesías latinas, castellanas y una vascongada.

Luces de la Aurora, dias del Sol en las fiestas de la que es sol de los dias y aurora de las luces, por D. Francisco de la Torre y Sebil. Valencia, por Gerónimo de Villagrasa, 1665, 4.° Es la relacion de las fiestas celebradas en esta ciudad en solemnidad del indulto concedido por el papa Alejandro VII; con poesías latinas, castellanas y valencianas, una comedia de D. José de Bolea, intitulada la *Azucena de Etiopía*, y una descripcion en verso de la entrada que hizo en Valencia su virey, el marqués de Astorga. Al mismo asunto se celebraron en Sevilla fiestas, cuya relacion publicó en 1663 (Juan Gomez de Blas, 4.°) D. Fernando de la Torre Farfan, con el título de *Templo panegírico, etc.*, con poesías de muchos ingenios sevillanos, la mayor parte poco conocidos.

Cap. XXXI, nota 7, p. 241. — Otro género, íntimamente relacionado con el «satírico», es el «burlesco», en el que fueron casi siempre felices nuestros poetas. Es cierto que ya desde el tiempo de los primeros cancioneros vienen incluidas entre sus poesías, y con division aparte, ciertas obras llamadas «de burlas», y que mas bien debieran llamarse «de obscenidades», de la cual es un ejemplo patente el *Cancionero* publicado en Valencia por Vignau y reimpreso despues en Lóndres por un curioso (Véase el tomo primero, p. 474, de esta traduccion); pero tambien lo es que suprimidas mas

tarde, y habiendo la Inquisicion ejercido mayor vigilancia, no volvieron ya despues del año 1535 á parecer mas en dichas colecciones, conservándose tan solamente las propiamente llamadas «burlescas», en las que ostentaron toda su sal y gracejo nuestros líricos de los siglos XVI y XVII. Hállanse dichas poesías intercaladas en las obras de nuestros mejores poetas, como Castillejo, Mendoza, Góngora, Lope de Vega, Quevedo, Castillo Solorzano, Salas Barbadillo y otros. Poetas hubo que cultivaron dicho género con exclusion de otro alguno, entre los cuales podrémos citar á Jacinto Alonso Malvenda, natural de Valencia, y de quien hablan Jimeno y Fuster en sus respectivas bibliotecas; el cual publicó en 1629 dos colecciones de poesías festivas y burlescas, intituladas, la una *Tropezon de la Risa*, y la otra *Cozquilla del Gusto*. La primera, impresa en aquella ciudad por Silvestre Esparsa (12.°, sin año), contiene poesías jocosas y no pocos romances satíricos, entre los cuales, hay uno «á Anarda», que empieza: «Si das en pedirme á mí» (p. 37), otro «á Felisarda» (p. 49), y otro «á un hombre que era muy amigo del vino», llenos todos de sal y gracejo. Sus sátiras «á las mujeres pequeñas» (p. 24), «á los moños» (p. 52), «á las enaguas» (p. 63), y sobre todo, el «Epitalamio á las bodas de un tuerto y de una tuerta», son muy notables en su género. Contiene además la coleccion unas «Endechas» en dialecto valenciano y una composicion intitulada «Bayle de Bras y Menga», que viene á ser un diálogo ridiculizando á las mujeres pedigüeñas. Entre las poesías laudatorias que preceden á la obra, hay unas «Décimas» de D. Alonso de Castillo Solorzano.

La *Cozquilla del Gusto* se imprimió tambien en Valencia por Silvestre Esparsa, 1629, 12.°, y es un tomito de 64 hojas y 8 mas de preliminares. Contiene igualmente poesías satíricas y burlescas en varios géneros de metro, pero principalmente décimas, redondillas, endechas, etc. Los romances son en número de veinte y seis, y hay además unas graciosísimas octavas pintando «una batalla entre un perro y un gato», y dos fábulas burlescas, una intitulada *Hacteon*, y la otra *Pasife*, juntamente con un romance «al dedo pulgar de un poeta culto, mordido por una vieja».

Al mismo género pertenece el tomito de poesías que, con el título adecuado de *Nuevo plato de manjares para divertir el ocio*, publicó en Zaragoza (Juan de Ybar, 1658, 8.°) un tal Luis Antonio, que se denomina «Lego del Parnaso»; coleccion lindísima de versos en el género jocoso y burlesco, entre los cuales hay no pocos romances y letrillas de singular mérito. Nada dice de este autor D. Nicolás Antonio, y Latassa no hace mas que mencionar el título de la obra. De presumir es que en 1658, época de la impresion, era ya muerto Luis Antonio, pues el editor de sus poesías, ó como entonces se decia, «mercader de libros,» llamado Tomás Cabezas, se lo dedica á D. Alberto Diez y Foncalda, á quien llama «Galan del Parnaso».

Cap. xxxi, nota 8, p. 242.—Diego Mejía fue natural de Sevilla, de donde salió para el Perú á desempeñar el cargo de oidor de la audiencia de la ciudad de los Reyes. Navegando en 1596 hácia la Nueva-España, donde, segun él mismo cuenta en el prólogo á sus poesías, iba mas bien por curiosidad de ver aquellos reinos que movido del interés, la nave en que iba embarcado padeció fiera tormenta en el golfo del Papagayo, y fué arrojada al puerto de Acaxu, en la playa de Sonsonate. De allí emprendiendo el camino por tierra, con el fin de distraerse de las fatigas de un viaje tan penoso, y que duró tres meses, Mejía compró de un estudiante de Sonsonate un Ovidio latino, y cuando llegó á Temixtitlan (Méjico) tenia ya traducidas catorce epístolas de las veinte y una, las cuales llama «primicias de su pobre musa». Concluida despues y limada en Méjico su version del poeta latino, la remitió, á ruego de sus amigos, á Sevilla para ser allí impresa. Mejía dice que prefirió traducir las epístolas en tercetos, « por parecerle que esta clase de rimas corresponde con el verso elegíaco latino,» opinion contraria á la sentada por Villegas cuando pensó en traducir á Dante. (Véase el tomo ii, p. 37, nota 20.)

Cap. xxxi, nota 18, p. 248.—Pedro Soto de Rojas, canónigo de la santa iglesia de Granada y abogado de la Santa Inquisicion, compuso además un poema en octavas, intitulado *Los Rayos del Faeton*, fundado en la relacion mitológica de Faetonte y su fin desastrado, por haber querido guiar un dia los caballos del Sol, su padre. Imprimióse en Barcelona en 1639, 4.° Trece

años despues daba el autor á luz otro libro titulado *Parayso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos, con los fragmentos de Adonis*. Granada, por Baltasar de Bolibar, 1652, 4.° Tan extraño título es el de un poema en que el autor describe con los mas minuciosos detalles y en estilo sobradamente culto una casa de recreo que él tenia en el Albaycin, y en cuyos jardines, adornados con el mismo gusto pésimo que reina en todos sus versos, se veian grutas, cascadas, cipreses tallados en figura de mónstruos, dragones y gigantes, espesos olmos figurando castillos, galeras de mirto y arrayan, ninfas, sátiros, corzos, jabalíes y toda clase de animales; en una palabra, el gongorismo mas puro trasladado á un jardin y luchando á brazo partido con la naturaleza. Tan ridículamente afectados son los versos de Rojas, y tan oscuros algunos de sus conceptos, que se necesita á veces hacer un esfuerzo grande para penetrarlos y entenderlos: baste decir que llama á los jilgueros *violines de pluma;* á los ruiseñores, *nocturnos paseantes y espadachines enamorados;* al sol, *asentista del tiempo*, y al Conde-Duque, *¡íris en tempestad de memoriales!* Ni se hallan mas libres de este cultismo exagerado sus *Fragmentos de Adonis*, que, segun el autor dice en una «carta misiva», estuvieron perdidos mas de veinte años, habiéndose impreso sin nombre. El *Parayso* está precedido de una introduccion en prosa de D. Francisco de Trillo y Figueroa, amigo del autor por la cual se viene en conocimiento que Soto de Rojas asistió en su juventud á la corte y sirvió á Jorge de Tobar, secretario y valido de Felipe III; que habiendo pronto descubierto grande ingenio para la poesía, se hizo amigo de los principales escritores de aquel tiempo, hasta que logrando la proteccion del Conde-Duque, obtuvo un pingüe beneficio y fué uno de los poetas mas allegados á su persona. La caida del prepotente valido fué para Soto, cómo para otros muchos poetas de aquel tiempo, un golpe fatal; cesó la adulacion y cesaron las gracias y mercedes que á manos llenas les eran dispensadas.

Trillo y Figueroa, de quien arriba se ha hablado, imprimió un tomo de poesías de escaso mérito, y tambien un poema en octavas en honor del Gran Capitan, con el título de *Neapolisea* (Granada, 1651, 4.°); tambien fue autor de una historia de su

ciudad natal, que se conserva inédita entre los manuscritos del Museo Británico en Lóndres.

Cap. xxxi, nota 24, p. 252. — Existe en efecto una edicion anterior de las obras de Francisco de Castilla, hecha en Murcia por el honorable Jorge Costilla, á 4 dias del mes de agosto de 1518 años. Es en folio, letra de Tórtis, y está dividida en dos partes, cada una con su portada y con foliacion diferente; la primera con 36 y la segunda con 16 hojas. El autor era, cuando escribió su obra, gobernador de las ciudades de Baza, Guadix, Almería y otras de la Ajarquía.

Cap. xxxi, nota 31, p. 257.—D. Miguel del Castillo fué el verdadero autor del *Aula Dei*, publicada por primera vez en 1637, 4.°, bajo el pseudónimo de Miguel de Mencos, reimpresa en 1677 y últimamente en 1679, con un prólogo de D. Josef de Pellicer y adiciones de Fr. Agustin Nagore, monje del mismo monasterio. don Gabriel de Mencos, caballero del hábito de Calatrava, amigo íntimo del autor, es el designado allí con el nombre de Silvio. Estas «Selvas» reimprimió en Lóndres (1841, 4.°) el canónigo D. Rafael del Riego, juntamente con los doce triunfos de los doce apóstoles de Padilla y otras poesías.

Cap. xxxi, nota 29, p. 256. — Entre los poemas didácticos merece ser citado el siguiente : *Tropheo del oro, donde el oro muestra su poder mayor que el del Sol, y la Tierra; con allegaciones de todas las tres partes pretendientes, auiendo cada una contado su valor;* compuesto por Blasco Pelegrin Cathalan, cauallero Valenciano. Zaragoza, por Domingo de Portonariis y Ursino, 1579, 4.°, de 141 hojas. Ximeno (*Escrit. del Reyno de Valencia*, tom. i, p. 173) le llama *Alonso*, y reprende á Rodriguez porque en su *Biblioteca* (p. 285) le nombra Blasco, asegurando haber visto un ejemplar de su obra en la librería del convento de Santo Domingo de Valencia; pero en esto, como en otras muchas cosas, Ximeno peca por demasiada ligereza, y no es ni con mucho tan exacto como Rodriguez, á quien critica, á pesar de copiarle á la letra en muchos lugares. El *Tropheo* está escrito en octavas fáciles y dividido en tres cantos: es un certámen ó disputa, como lo indica su título, entre el oro, la tierra y el sol, siendo juez el rey de la naturaleza, quien, despues de oidas las razones que expone cada contrincante, se de-

cide en favor del primero. El poema está dirigido á Felipe II.

A este mismo género pertenece él *Elogio á el retrato de Philipo IIII*, de D. Pedro Jerónimo Galtero, natural de Antequera, impreso sin año ni lugar de impresion, aunque por una carta que antecede, escrita á su autor por D. Antonio Hurtado de Mendoza, desde Sevilla á 4 de febrero de 1631, es de presumir lo fuese en dicho año. Como lo indica su título, es un poema en honra y loor de aquel monarca, fingiendo que su retrato ha sido colocado en cierto templo. Hay en él bastante invencion, la versificacion es buena, y el autor no se manifiesta aun enteramente contaminado por el cultismo.

Cap. XXXI, nota 33, p. 258. — Como pertenecientes al género descriptivo, añadirémos los siguientes poemas no mencionados por el autor.

Triumpho del Monarcha Philippo tercero en la felicissima entrada de Lisboa, por Vasco Mausino de Quevedo; Lisboa, por Jorge Rodrigues, 1619, 4.°, de 70 hojas; poema dividido en seis cantos, en que se describen las luminarias, fiestas y regocijos que se hicieron en Lisboa á la entrada de Felipe III, en 1619. Es obra de bastante ingenio, escrita en octavas fáciles y armoniosas y dedicada al presidente del senado y cámara de Lisboa, D. Juan Furtado de Mendoça. En el segundo canto se introduce un elogio de Fr. Luis de Aliaga, confesor de aquel monarca, quien se supone tuvo gran parte en la resolucion del Rey de visitar sus estados de Portugal.

El triumpho mas famoso que hizo Lisboa á la entrada del Rey Don Phelippe Tercero d'Espana y segundo de Portugal, por Gregorio de San Martin. Lisboa, por Pedro Craesbeeck, 1624, 4.°; poema de novecientas veinte y siete octavas, dividido en siete cantos y al mismo asunto que el anterior. El autor era pariente lejano de Lope de Vega, segun dice (Barbosa, *Bibl. Lusit.*, tom. II, p. 416). Lo mas curioso de su poema es la descripcion que en el quinto canto hace de la tragicomedia representada por los padres de la Compañía en su convento de San Antonio, de que hay otra relacion en prosa publicada por Sardina Mimoso (*Relacion de la Trajicomedia*, etc., Lisboa, 1620, 4.°) El sétimo y último canto refiere la muerte de Felipe III y la coronacion de su hijo y sucesor Felipe IV.

Cap. XXXII, nota 17, p. 269.—Entre los escritores de «Romances» pertenecientes á esta época no podemos pasar en silencio á Gabriel Lasso de la Vega, autor de *La Mexicana*, quien en 1601 publicó en Barcelona (Sebastian de Cormellas, 16.°) su *Manojuelo de Romances nuevos y otras obras*, dirigido á Don Hieronymo Arias Davila Virués, señor de Hermoro. Ya en otra obra suya de bastante mérito, intitulada: *Elogios en loor de los tres famosos varones Don Jayme Rey de Aragon, Don Fernando Cortes Marques del Valle, y Don Alvaro Bazan Marques de Santacruz* (Zaragoza, Alonso Rodriguez, 1601, 8.°, de 152 hojas), habia este escritor ingerido no pocos romances suyos, impresos en el *Manojuelo*, que yá corria impreso. Pero parece ser que Gabriel Lasso publicó una «Segunda parte» del citado *Manojuelo*, pues en el fol. 33 v.° de los *Elogios* introduce un romance en loor del rey D. Jaime, que empieza: «Aquel valero»so César,» y añade: «Se queda imprimiendo en el *Manojuelo*,» y en el mismo tomo (fol. 121 v.°), al poner otro á D. Alvaro Bazan, «suspende sañudo Marte,» dice: «Se imprimió en la »primera parte de su *Manojuelo de romances*.»

De esta segunda parte, si es que llegó á publicarse, no hemos logrado ver ejemplar alguno, ni tampoco hallamos de ella mas noticias que las que nos proporciona su mismo autor.

El *Manojuelo* de 1601 consta de ciento treinta y seis romances, parte históricos, parte amatorios, aunque el género que mas predomina es el burlesco. Entre estos últimos hay algunos muy lindos, como son el que empieza: «Tras largo acom»pañamiento,» y otro, «seys navidades, Señora.» Hay tambien un gracioso cuento intitulado «Novela», que empieza «Un cor»tesano discreto», y una cancion, única en toda la coleccion, dirigida á D. Alvaro Bazan. No se muestra el autor tan feliz en ciertas composiciones escritas en lenguaje antiguo y en imitacion de los «romances viejos», como es el siguiente:

Parad mientes, Rey Alfonso,
Ansi os mantenga Diose,
A las mal escritas letras
De un vasallo mal fechore,
Desterrado de Castilla,
Como y porque sabeys vose;

Pero pues vos lo fezistes,
Debió de ser con razone, etc.

en el cual parece desconocer completamente el orígen y progresos del habla castellana.

Nota 14, p. 267.—Formó esta coleccion Damian Lopez de Tortajada, cuyo nombre se halla estampado al frente de algunas ediciones, como son las dos que se conocen de Valencia, y dos de Madrid, una del año 1746 y otra del 1764.

Cap. XXXII, nota 4, p. 276.—Así como Sebastian de Córdoba volvió Boscan á lo divino, no faltó quien hiciese otro tanto con la *Diana*. En 1582 Bartolomé Ponce, monje del Císter, publicaba en Zaragoza su *Primera parte de la Clara Diana á lo divino, repartida en siete libros*, 8.°, reimpresa mas tarde en la misma ciudad por Lorenzo de Robles, 1599, 8.° En la dedicatoria de esta segunda edicion (no hemos visto la primera) se da la siguiente noticia de Montemayor y de su muerte :

El año de 1559, estando yo en la corte del rey Phelipe II N. S. por negocios desta mi casa y monesterio de Santa Fe, tractando entre cavalleros cortesanos, vi y lei la Diana de Jorge de Montemayor, la qual era tan accepta quanto yo jamás otro libro en romance aya visto. Entonces tuve entrañable desseo de ver á su autor, lo qual se me cumplió tan á mi gusto, que dentro de diez dias se ofreció tenernos combidados á los dos un cavallero muy illustre aficionado en todo estremo al verso y poesía. Luego se començó á tractar sobre mesa del negocio. Y yo con algun buen zelo le comenzé á dezir quan desseada avia tenido su vista y amistad, si quiera para con ella tomar brio de dezille quan mal gastava su delicado entendimiento con las demás potencias del alma, ocupando el tiempo en meditar conceptos, medir rimas, fabricar historias, y componer libros de amor mundano y estilo profano. Con medida risa me respondió, diziendo. «Padre Ponce, hagan los »frayles penitencia por todos; que los hijosdalgo armas y amores son su pro»fession.» «Yo os prometo, señor Montemayor (dixe yo) de con mi rustici»dad y gruesa vena, componer otra Diana, la qual con toscos garrotazos »corra tras la vuestra.» Con esto y mucha risa se acabó el combite y nos despedimos. Perdone Dios su alma, que nunca mas le vi; antes de allí á pocos meses me dixeron como un muy amigo suyo le avia muerto por ciertos celos ó amores. Justissimos juicios son de Dios, que aquellos que mas trata y ama qualquiera por la mayor parte le castiga muriendo, siendo en ofensa de su criador. Sino veldo:

Pues en amores vivió,
Y aun con ellos se crió,
En amores se metió,
Siempre en ellos contempló.

Los amores ensalçó,
De amores escribió
Y por amores murió.

Cata aquí pues, sabio lector, la primera ocasion y sencillo motivo que me movió á componer mi mas oscura que clara *Diana*.

Cap. xxxiii, nota 9, p. 279.—La edicion de 1614 no se hizo aparte, sino unida á la *Diana* de Montemayor. Habíase ya impreso de este modo en Venecia en 1568 y 1585, 12.°, y desde entonces forma generalmente parte de aquella pastoral, como segundo libro aparte; así pues no conocemos mas edicion aislada de ella que la primera de Valencia, 1564, 8.°

Cap. xxxiii, nota 11, p. 280.—En 1578 Nicolás Colin publicó una traduccion francesa de la *Diana* de Jorge de Montemayor, seguida de una segunda parte. Estimulado por su ejemplo un español llamado Hieronymo Texeda, intérprete de lenguas en Paris, compuso una tercera parte, prosiguiendo la fábula. *La Diana de Montemayor nuevamente compuesta por, etc., donde se da fin á las historias de la primera y segunda parte. Dirigida al Excmo. señor don Francisco de Guisa príncipe de Joinville.* Paris, 1587, 8.° No se reimprimió, y fué siempre poco conocida en España, pues ni Nicolás Antonio ni Cerdá tuvieron conocimiento de ella. Es cierto que su mérito es nulo, y que exceptuando alguna que otra poesía, lo demás del libro es tan monótono y pesado, que se cae de las manos; así pues no es de sentir que, arrepentido su autor al ver el mal éxito de su obra, no publicase una continuacion, ó sea cuarta parte, que ofreció.

Cap. xxxiii, nota 13, p. 280.—Entre las primeras imitaciones de la *Diana* de Montemayor, debemos citar la que á los tres años de haber muerto su autor publicaba en Zaragoza (Juan Millan, 1566, 8.°) Hyeronimo de Arbolanches, natural de Tudela, en Navarra, con el extraño título de *Los nueve libros de las Havidas*. Llamámosla imitacion de la *Diana*, porque tiene algunos puntos de contacto con ella, á pesar de estar toda ella escrita en verso; si bien por otra parte se diferencia lo bastante para hacernos dudar si su autor la tomó por modelo. Tiene mas de novela caballeresca que de pastoril. El argumento es el siguiente: Gargoris, rey de España, engendra en su propia hija un hijo llamado Abido (de donde tomó sin duda el autor el

título de *Havidas* que dió á su libro), y deseoso de ocultar su crímen y su deshonra, manda que le echen á las fieras para ser de ellas despedazado. Estas, léjos de hacerle daño, le acarician y protegen, y el Rey, irritado, despues de hacerle una señal en el brazo, ordena á uno de sus criados que coja el niño y le arroje al mar. Es al punto obedecido, pero las ondas le echan vivo á la playa, y cae en manos de un pastor, que le cria y educa como hijo propio, hasta que muerto el Rey, y llevado á presencia de su propia madre y hermana, es reconocido por la señal que en el brazo tenia; sentándose luego en el trono y siendo el postrer rey de España antes de la seca, que la despobló completamente.

Durante su permanencia entre los pastores, y mientras vaca á las faenas de su oficio, Abido se enamora de una zagala, y esta circunstancia da márgen al autor para introducir bellísimas descripciones de la naturaleza, algunas églogas y varias poesías cortas, como son romances, letrillas y villancicos, que en dulzura, sentimientos y armonía no van en zaga á lo mejor que hizo Montemayor. Sirva de ejemplo la siguiente :

Soltáronse mis cabellos,
Madre mia,
¡Ay! ¿con qué me los prenderia?
Dícenme que prendo á tantos,
Madre mia, con mis cabellos,
Que ternia por bien prendellos
Y no dar pena y quebrantos;
Pero por quitar de espantos,
Madre mia,
¡Ay! ¿con qué me los prenderia?

Y mas adelante :

Partir me quiero, zagala,
Partirme quiero de vos;
Mi zagala, á Dios, á Dios.
A Dios, montes, á Dios, prados,
A Dios, bosques y selva fria ;
Que los lirios que aqui habia
En abrojos son tornados,
En ausencia mis cuidados
Partiendome yo de vos;

Mi zagala, á Dios, á Dios.
Dexo las cabrillas mias
Y el ganado en grande pena
Al calor y á la berbena,
Por essas selvas sombrías
Voy á ver sus agonías,
Partiendome yo de vos;
Mi zagala, á Dios, á Dios.

Y en otro lugar:

Essa flor de Mayo
¿Quién la cogerá?
De lobos hambrientos
La oveja seguida,
Y la nao batida
De tres varios vientos,
Ni hace movimiento
Acá ni acullá;
¿Quién la cogerá?

Es un tomito en 8.°, impreso en letra de Tórtis, sin foliacion. Tiene al principio un retrato del autor con la siguiente inscripcion:

Ebro me produzió y en flor me tiene,
Mas mi rayz de rio Calibe viene.

Sigue una epístola en tercetos á la ilustre Sra. D.ª Adriana de Egues y de Biamonte, y otra muy graciosa y entretenida de un tal Enrico (sic), maestro en artes, á su discípulo Arbolanches.

Tambien pudiera citarse entre las imitaciones de la *Diana*, cierta novela pastoril que con el título de *El prado de Valencia*, publicó en dicha ciudad D. Gaspar Mercader, ilustre caballero de aquel reino (Valencia, Patricio Mey, 1601, 8.°). El argumento es muy sencillo. El mayoral de España (Felipe III) da la administracion y gobierno de todos los valles cercanos á Valencia á un pastor de Denia (el duque de Lerma), el cual llega á aquellas riberas acompañado de una gallarda pastora (D.ª Catalina de la Cerda). Los pastores de la tierra salen á recibirlos con muchas fiestas y regojicos, y entre ellos *Fideno*, el cual está

enamorado perdido de Belisa (Isabel), hija de unos pastores extranjeros que tambien acudieron á la fiesta. Los pastores valencianos preparan varios juegos y regocijos para entretener al Duque y á sus huéspedes forasteros, siendo el primero un certámen poético, en que toman parte el mismo Fideno, Olimpo, amante de Dinarda, Lisardo, que lo es de Nísida, Leonardo, de Laura, y Cardenio, de Areinda; verificándose la lectura y calificacion de las poesías en casa del mismo D. Gaspar Mercader. Hay otro segundo certámen, cuyos premios disputan caballeros de la ciudad, entre los cuales figuran Miguel Beneyto, Lopez Maldonado, Fernando Pretel, el capitan Artieda, Cárlos Boyl, Guillen de Castro, Miguel Ribellas, Baltasar Centellas, Francisco Crespi, Juan Fenollet y otros poetas conocidos de aquel tiempo, haciendo de juez D. Gaspar Mercader. Siguen juegos de prendas y cañas, y una especie de torneo en la mar, concluyendo la novela con los desgraciados amores de Fideno y Belisa, y el casamiento de esta última, en obediencia á la voluntad de sus padres, con un rival desconocido. Todo el tomo está salpicado de bellísimas poesías, entre las cuales merecen citarse una letrilla (p. 199), que empieza :

Belisa, si el sol
Mira tus cabellos
Y adora tus ojos,
Matáranme celos;

una novela en tercetos, intitulada *Firmeza, lágrimas y sucesos de Tegualda* (p. 274); otra en quintillas (p. 163), y la *Fábula de Júpiter y Europa* (p. 147). Es de las pocas obras de este género que pueden aun hoy dia leerse; el estilo es puro y castizo, aunque algun tanto afectado y conceptuoso. Es libro sumamente raro.

Cap. XXXIII, nota 16, p. 281.—La traduccion que Montalvo hizo de *Le lachrime de San Pietro,* de Luigi Tansillo, se imprimió en Toledo, 1587, en 8.° menor. Muy popular fué en España la obra del poeta italiano, habiéndose traducido, extractado ó imitado lo menos seis veces. Nicolás Antonio cita traducciones en verso por Juan Sedeño y Luis Martinez de la Plaza, poeta antequerano, muerto en 1635, que no llegaron á imprimirse.

La de Fr. Damian Alvarez, impresa en Nápoles por Juan Domingo Roncallolo, 1613, 12.°, está escrita en octavas, y nos parece una de las mejores y de las mas ajustadas al original. Tiene al fin una traduccion, tambien en octavas, de las *Lágrimas de María Magdalena,* de Erasmo, no el de Roterdam, sino un italiano de la familia de los Valvasone; varios sonetos, romances y otras poesías originales, en su mayor parte devotas, y el llanto de S. Bernardo en la muerte de su hermano Gerardo, en prosa.

Tambien hemos visto un poemita anónimo, intitulado *Las lágrimas de San Pedro,* dedicado á Felipe IV, y cuyas valientes octavas muestran no ser de poeta rudo. Empieza así :

Yo, aquel que un tiempo en mi zampoña ruda
Canté el amor, las ninfas, los pastores,
Y estuvo á mi cancion la selva muda
Oyendo versos y escuchando amores,
Ya que su ardor mi espíritu desnuda
En estos años de mi edad mayores,
Sombras que crecen con dormido passo
Quando mas se avezinan al ocaso.

Hay por fin un lindísimo poema en octavas, imitacion del de Tansilo, aunque mucho mas corto, cuyo autor es el sevillano Rodrigo Fernandez de Ribera, secretario del marqués de Algava, y que se imprimió en dicha ciudad por Alonso Rodriguez Gamarra, 1609, 8.° Al fin del ejemplar que poseemos de este libro se halla lo siguiente : *Dos canciones, las mejores que se han impresso, la primera al glorioso apostol san Pedro, quando fué llamado de Christo N. S. estando pescando en el mar : su autor el licenciado* Pedro Rodriguez. *La segunda, á la Asuncion de la Virgen N.ª S.ª* compuesta por el Doctor Tejada. Impresas ambas en Sevilla por Simon Faxardo, en la calle de la Sierpe, año de 1630. Hay tambien, unida al tomo, *Cancion del gloriosíssimo cardenal y Doctor de la Iglesia San Gerónimo y el riguroso modo de su penitencia. Compuesto por* Fr. Adrian del Prado *de la misma órden.* Sevilla, por Pedro Gomez de Pastrana, 1637, 8.°

Nicolás Antonio habla de Rodrigo Fernandez de Ribera, aun-

que no conoció sus *Lágrimas de San Pedro;* pero de los otros dos poetas, Rodriguez y Tapia, nada dice. Tampoco logró ver las siguientes obras del mismo Ribera : *Esquadron humilde levantado á devocion de la Inmaculada Concepcion de la Virgen nuestra señora* (Sevilla, Alonso Rodriguez Gamarra, 1616, 4.°); coleccion de poesías compuestas, segun lo expresa su título, en alabanza del misterio de la Concepcion, y en la que se inserta un poemita compuesto de cien décimas, varios madrigales, canciones, redondillas glosadas al estilo antiguo, etc.

2.° *Triunfo de la umildad en la vitoria de David* (Sevilla, Luis Estupiñan, 1625, 4.°), poema compuesto de ciento trece octavas.

3.° *Carta á un amigo consolándole en la muerte de su padre* (Sevilla, Luys Estupiñan, 1628, 4.°), está en prosa fácil y harmoniosa, que revela gran conocimiento de la lengua.

De este autor puede decirse lo que de otros muchos ingenios de aquel tiempo. Sus primeras obras, escritas en el género nacional, son muy superiores á los esfuerzos que despues hizo por alcanzar las encrespadas alturas de Góngora y sus secuaces. Sus *Lágrimas de San Pedro*, publicadas en 1609, son dignas de Fr. Luis; por sus demás producciones se confunde entre la turba de poetas que, ansiando imitar al vate cordobés, malgastaron sus dotes poéticas.

Cap. XXXIII, nota 19, p. 283.—Algun mas mérito tiene la que, con el título de *La enamorada Elisea*, publicó en 1594, 8.°, Jerónimo de Covarrubias Herrera, vecino de la villa de Rioseco y residente en Valladolid. Es una novela pastoril en prosa y verso, bastante parecida á la *Diana* de Montemayor, y cuya escena pasa en Egipto á orillas del Nilo. Hállanse de vez en cuando en ella bellísimos trozos de poesía, como un diálogo entre Félix y Elisea en el segundo de los cinco libros en que se divide la obra. El cuarto, que contiene cinco églogas y una novela intitulada *Los amores de Florisuaro y Alcida* está todo él escrito en verso; y el quinto no tiene conexion alguna con el resto de la obra, y se compone de canciones, glosas, octavas y sonetos á varios asuntos, formando una especie de «Cancionero» en el que hay cuatro composiciones á la muerte de la reina Doña Ana, esposa de Felipe II (1580), respuesta á Xarifa de su Avin-

darraiz, en redondillas, y un romance bastante bueno de Rodrigo de Narvaez, que nos recuerdan sin querer las poesías de Antonio de Villegas y otros que florecieron medio siglo antes. Al fin del tercero libro, el autor prometió sacar á luz en breve una segunda parte de su *Elisea;* pero terminando el quinto con dos versos que fueron calificados de injuriosos al bello sexo y son los siguientes:

Que al fin las mas hermosas y discretas
Al interes adoran todas ellas;

puso una advertencia en la que ofrecia «sacar primero un Can»cionéro, en que comiençe desagraviándolas y dándolas la co»rona del verdadero y honesto amor, prosiguiendo por dos »historias que tengo compuestas, y por una egloga y dos co»medias y por diversidad de letras, y acabaré con algunas enig»mas; que, por no ser amigo de libros que las damas no puedan »traerlos en la fatriquera, no hize mayor volúmen.»

Cap. XXXIII, nota 22, p. 285.—No hemos logrado ver la edicion que el autor cita, y sospecha ser primera, hecha en Nápoles en 1602, pero sí una publicada en dicha ciudad por Domingo D'Ernando Macarano, 1622, 12.°, que aunque lleva el nombre de *Christoval Suarez*, no parece obra de Figueroa. Intitúlase *El pastor Fido, tragicomedia pastoral de Bautista Guarino, traducida de italiano en verso castellano por Christoval Suarez, Doctor en ambos derechos*, dirigida al Sr. D. Juan Bauptista Valenzuelá Velazquez, consegero colateral de S. M. C., Regente la Regia Cancellería del Regno de Napoles. Cotejado este título con el de la edicion de Valencia que hizo Patricio Mey, 1609, 8.°, desde luego se advierte notable diferencia, además que aquella está dedicada á D. Vicencio Gonzaga, duque de Mantua y de Monferrato, y no acostumbraban los autores y libreros de aquel tiempo á mudar sin graves razones las dedicatorias de los libros que se imprimian. Por estas razones nos inclinamos á creer que la traduccion impresa en Nápoles en 1622, y que acaso es reimpresion de la de 1602, que no hemos visto, no es obra de Figueroa, á no ser que este hiciese dos diferentes versiones, lo

cual no es probable; sirvan, si no, de muestra los versos con que principian una y otra :

Valencia, 1609.	*Nápoles*, 1622.
Id vos los qu'encerrastes La horrible fiera, á dar la seña usada De la futura caza ; id despertando Con el cuerno los ojos.	Pastores los que encerrado Habeis la terrible fiera, Partid á dar con cuidado De la caza que se espera El aviso acostumbrado.

Los coros de la version impresa en Nápoles están en estancias, y en una misma escena se hallan á veces tres y mas géneros de verso.

Acaso esta traduccion haya de atribuirse á un poeta llamado Christoval Suarez Triviño, que florecia en esta corte por aquel tiempo y escribió versos para el último certámen de la Justa Poética á S. Isidro, celebrada en 1620. Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, copia el epitafio de un honesto eclesiástico, y predicador famoso, llamado tambien el licenciado *Christoval Suarez de Figueroa*, que murió en 1618, á los sesenta y ocho años de su edad, distinto de uno y otro.

Nota 23. — Entre las obras de este Figueroa, que fué fiscal, juez, gobernador, comisario contra bandoleros y auditor de gente de guerra, merece citarse la que lleva por título *Varias noticias importantes á la humana consideracion* (Madrid, Tomás Junti, 1621, 4.°), en la que, en estilo brillante, aunque algun tanto afectado, diserta sobre varios puntos de erudicion sagrada y profana. Del prólogo de esta obra resulta que el autor escribia, como se suele decir, *ad panem lucrandum* y con bastante buen éxito, pues dice : «Tanto mas que en otros »assuntos por mí hasta ora publicados, me reconozco á mi pa»tria deudor de copiosa cortesía, y de no menor generosidad, »pues con el *crecido interes* que de ellos me ha resultado, he »podido entretenerme tantos años en sitio de tantas obligacio»nes como la corte. Assi mientras S. M. no me empleare en la »continuacion de su servicio, será forzoso no intermitir este li»nage de ocupacion, porque el talento no viva en ocio, ni cor»ra el tiempo sin fruto.» Otros datos curiosos para la vida de

Figueroa pudieran entresacarse de esta su obra, como la noticia que da en la Variedad IV, fol. 38, de un desembarco que hizo en Berbería, yendo á bordo de las galeras de Nápoles, en el año de 1600.

Cap. XXXIII, nota 26, p. 286.—El libro de Espinel Adorno se imprimió, como dice nuestro autor, en Madrid, por la viuda de Alonso Martin, 1620, y es un tomo en 8.°, de 162 hojas y 6 mas de preliminares. Como su título lo indica, es una novela pastoril en prosa, mezclada de verso, y con cuatro églogas, que se hallarán respectivamente á folios 8, 25, 108 y 141 vuelto. Tambien se introducen en la obra varios cuentos ó historias que los pastores se refieren unos á otros, como una que el autor pone en boca de Arsindo, y en que, á no dudarlo, refiere algunas circunstancias de su propia vida. Parece ser que nació en Manilva y se crió en Munda, en la provincia de Málaga, habiendo sido desgraciado en amores, y tenido que abandonar por algun tiempo al hogar patrio de resultas de un lance nocturno, en que hirió á su contrario. No sabemos que Adorno escribiese mas libro que este, de que no llegó á hacerse segunda impresion, pero en certámenes y academias de aquel tiempo su nombre aparece alguna vez entre los de los contrincantes. Hay en su libro pinturas muy animadas de la naturaleza, y principalmente de varias localicades en la sierra de Málaga, así como de una cueva ó gruta junto á Ronda; el estilo es propio y castizo, los versos bastante buenos, y la obra ofrece en su conjunto agradable lectura.

Cap. XXXIII, nota 27, p. 286.—La *Filis* está tambien en castellano; solo en el canto último y sexto hay cinco octavas (64-9) en portugués, dirigidas por Fabio á Filis «en su lengua »propia». Imprimióse en Madrid, por Juan Sanchez, 1641, 8.°, con la aprobacion de Manuel de Faria y Sousa y del licenciado Francisco de Torres. La *Filis* no es un poema pastoril, como algunos han creido, juzgando únicamente por su título, sino una novela en verso en que el autor, bajo el nombre de Fabio, cuenta los principales sucesos de su vida. Así pues sabemos que Miguel Botello nació en Viseo, y que en su juventud pasó á Santiago; que desde allí se trasladó á Madrid, donde quedó prendado de las gracias y hermosura de una dama principal, á quien

llama *Nise;* pero desgraciado en amores, se determinó á abandonar la corte, pasando en 1622 á la India, donde militó á las órdenes del célebre Vasco de Gama. Allí conoció á *Filis*, quien le cuenta sus amores con *Lisardo*, la perfidia y traicion de este, que la ha abandonado por seguir á otra dama llamada *Laura*, concluyendo la novela con la muerte trágica de la heroina, que muere de amor y celos.

Cap. xxxiii, nota 30, p. 287.—Este Gonzalvo ó Gonzalo de Saavedra, que, segun Nicolás Antonio, fué natural de Córdoba, imprimió además un tomo de poesías líricas.

Cap. xxxiv, nota 21, p. 306.—En el prólogo y notas á la edicion del *Gil Blas de Santillana* hecha en 1852, D. Adolfo de Castro ha reunido con mucha erudicion los antecedentes de esta cuestion literaria, añadiendo nuevos datos á los que ya se tenian.

Cap. xxxiv, nota 29, p. 308.— Este autor es mas generalmente conocido bajo el nombre de Dr. Jerónimo de Alcalá. Nació en Segovia en 1563, y fué hijo de Fernando Yañez Faxardo, natural de Murcia, y de D.ª Petronila de Ribera. Falleció en 1632. Véase á Colmenares, *Escritores segovianos*, p. 777.

Cap. xxxv, nota 4, p. 314.—La novela caballeresca-sentimental, á cuyo género pertenecen la *Cárcel de amor*, de San Pedro, y otros libros citados por nuestro autor en el primer párrafo de este capítulo, fué importacion de la Italia y no gozó nunca de gran favor en España; así es que pasó pronto, para dar lugar á los libros de caballerías, que ya entonces eran conocidos y que llegaron con el tiempo á hacerse dueños absolutos del campo. Quizá el mas antiguo ejemplo de novela sentimental sea la obra de Rodriguez del Padron, de que ya dió noticia el Sr. marqués de Pidal en su erudito prólogo al *Cancionero* de Baena. En la Biblioteca Columbina de Sevilla, rico depósito de libros antiguos castellanos, se conservan algunas novelas manuscritas de las que estuvieron en boga á fines del siglo xv y principios del xvi, como son, la *Historia de Torrellas y Brizeida*, la de *Grisel y Miravella*, la de *Luzman y Arbolea*, el *Triumpho de amor*, de Juan de Flores; las *Cartas de Grimalte y Fromesta*, del mismo; y por último, en la Biblioteca Nacional de esta corte, se guardan algunas mas de tiempos ya mas modernos.

Cap. xxxv, nota 10, p. 322.— Ginés Perez de Hita escribió

otro libro, muy parecido á este en la forma y en el fondo, intitulado *Guerras de Troya*, del que hemos visto un ejemplar manuscrito.

Cap. xxxv, nota 15, p. 325. — Francois Louvayssin de La Marque fué natural de Gascuña, ó sea de la Vizcaya francesa, como se demuestra claramente por un soneto francés, firmado B. I., que precede á su tragicomedia, y unas décimas castellanas que dicen :

Tan soberana invencion,
Y eloquencia en todo rara,
Muy bien nos muestra á la clara
Que soys divino Gascon.

La obra aquí citada se intitula *La historia de los dos verdaderos amigos*, dirigida al Sr. Baron de Chenoyse por el Sr. de M. en Ronsillone, MDCXXV; es un tomito en 8.° prolongado. Quién sea su autor se ignora; la dedicatoria, firmada *De M.*, no dice claramente que este fuese el autor, y si hemos de juzgar por el estilo de ella, dirémos que son distintas. La Marque escribió además una novela en francés.

Cap. xxxvi, nota 2, p. 333. — Mucho dudamos que Conde hallase en escritos arábigos la historia del moro Abindarraez, ni él lo dice tampoco de una manera explícita. Es cierto que la inserta al fin de su *Historia de la dominacion de los árabes*, como si fuera traduccion de aquella lengua; pero tambien es preciso advertir que la obra de Conde no siempre está sacada de libros arábigos; hay en ella, y principalmente en su tercer tomo, una gran parte tomada de nuestras crónicas. Ningun manuscrito hay en el Escorial, posterior á la última mitad del siglo XIV, que trate de historia de España, y sin embargo, la historia de Conde nos presenta la série no interrumpida de los reyes de Granada hasta la toma de dicha ciudad, sacada de la crónica de los moros de Pulgar y de otras fuentes cristianas.

La obra de Balbi se intitula *Historia de los amores del valeroso moro Abinde-Arraez y de la hermosa jarifa Aben-Cerases.*

Balbi, que era corso, escribió además una *Relacion del sitio de Malta*, que se imprimió dos veces, una en Alcalá (Juan de Villanueva, 1567, 4.°), otra en Barcelona (Pedro Reigner, 1568),

tambien en 4.° En cuanto á haber Villegas sido quien dió forma á esta tradicion popular, harémos observar que algunos años antes que se imprimiese el *Inventario*, corria ya impresa una *Historia del moro Abindarraez*, en prosa, de la que hemos visto una edicion antigua, sin año ni lugar de impresion, pero que parece del año 1535.

Cap. XXXVI, nota 9, p. 337. — La *Ingeniosa Elena* es la primera en órden de todas las obras de Salas Barbadillo. Dióla á luz el alférez Francisco Segura, continuador de la *Primavera y flor de los mejores romances* del bachiller Arias Perez, quien dice en el prólogo que «pasando por Zaragoza, para ir á Cataluña, su amigo y paisano Salas Barbadillo le dejó, entre otras muestras de su florido ingenio, dicha novela, que dió luego á la estampa con el título de *La hija de Pierres y Celestina.*» Lérida (Luys Manescal), 1612, 16.°

Las demás obras de Salas Barbadillo, no mencionadas por nuestro autor, son: 1.° *El sagaz Estacio*, *marido examinado* (Madrid, Luis Sanchez, 1620, 12.°), comedia en prosa, en que se propuso imitar la *Celestina*, segun él mismo lo declara en la dedicatoria á Agustin Fiesco, ciudadano de Génova. Debió escribirla mucho antes, puesto que la suma del privilegio para el reino de Aragon es de 10 de octubre de 1613. Al mismo género pertenece su *Cortesano descortés* (Madrid, por Cosme Delgado, 1621, 12.°), en que se propuso ridiculizar los vicios de la corte. Tambien es comedia en prosa su *Sabia Flora Malsabidilla* (Madrid, Luis Sanchez, 1621, 8.°), dedicada á D. Juan Hurtado de Mendoza. Su *Estafeta del Dios Momo* (Madrid, viuda de Luis Sanchez, 1627), dirigida al célebre predicador Paravicino, es una sátira punzante de las costumbres de la época, escrita en forma de epístolas y amenizada con novelas y versos. Las *Fiestas de la boda de la incasable mal casada* (Madrid, viuda de Cosme Delgado, 1622, 8.°) no son mas que una coleccion de versos, comedias y novelas cortas, ingeridas en el argumento del libro, que se reduce, como su título lo declara, á una dama esquiva y orgullosa, que despues de haberse negado á aceptar ventajosos partidos, se casa con un jorobado. Al mismo género satírico-moral pertenece su *Curioso y sabio Alejandro, fiscal y juez de vidas agenas*, impreso por primera vez en Madrid, 1634, 16.°

Tambien pertenece á este mismo género, que pusieron muy de moda las ingeniosas sátiras de Quevedo, su *Correccion de vicios en boca de todas verdades* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1615, 8.°), en la que inserta varias novelas en verso, como son *El mal fin de Juan de Buena alma* (fol. 13), las *Narices del Buscavidas* (fol. 36), la *Mejor cura del Matasanos* (fol. 108), sin contar otras en prosa, como *La dama del Perro muerto* (fol. 37) y *El escarmiento del viejo verde* (fol. 60). Esta es quizá de todas las obras de Salas la mas curiosa y la que mas ingenio revela, así como la que mas datos proporciona para apreciar su inclinacion y carácter. Despues de una extensa dedicatoria á manera de epístola á D.ª Ana de Zuazo, en que la refiere un viaje que hizo de Búrgos á Zaragoza, finge que en Tudela de Navarra halló á un loco llamado «Boca de todas verdades», con quien trabó luego amistad y compañía. La obra es mas bien satírica; en una parte de ella se burla con mucha gracia de los ruines poetas, en otra de los malos músicos, y mas adelante de los corchetes y escribanos.

Su novela *El subtil cordoves Pedro de Urdemalas* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1620, 8.°) pudiera muy bien clasificarse entre las del gusto picaresco, á no haber su autor ingerido en ella muchos versos y un poema semi-caballeresco, en ciento treinta octavas, intitulado *Recaredo y Rosimunda*, de lo mas extraño y fantástico que recordamos haber leido jamás. Unido á esta novela anda generalmente su comedia en verso del *Gallardo Escarraman.*

De sus *Rimas castellanas* y *Patrona de Madrid* ya se habló en otro lugar; tambien escribió una vida en verso de Santa Juana de la Cruz.

Para concluir el largo catálogo de las obras de este fecundísimo autor, añadirémos que en una coleccion de novelas publicada en esta corte por los años de 1791, en ocho tomos 8.° menor, se insertan tres atribuidas á Salas Barbadillo, intituladas *El pecador venturoso, Los cómicos amantes* y *El gallardo montañes y filósofo cristiano.*

Salas Barbadillo debió morir á fines del año 1634 ó principios del siguiente, y no en 1630, como dice equivocadamente Baena en sus *Hijos de Madrid*, tom. I, p. 42, puesto que en 27

de octubre de 1634 se le concedia privilegio para imprimir su *Curioso Alejandro.*

Cap. XXXVI, nota 31, p. 345.—Matías Aguirre del Pozo, aragonés, escribió *Natividades de Zaragoza, repartidas en cuatro novelas;* Zaragoza, Juan de Ibar, 1634, 4.°; obra en que introdujo cuatro comedias.

Cap. XXXVI, nota 36, p. 347.—De Alonso de Castillo Solorzano, escritor no menos fecundo que Salas Barbadillo, y que á veces le aventaja en ingenio, conocemos además las siguientes obras : *Las Harpías de Madrid y coche de las Estafas,* novela del gusto picaresco ya algo adulterado, y mezclada de versos, entremeses, etc., y los *Amantes Andaluces* (Barcelona, Sebastian Cormellas, 1633, 12.°), que pertenece mas bien al género italiano. Su *Tiempo de regocijo y carnestolendas de Madrid* (Madrid, Luis Sanchez, 1627, 8.°) es imitacion de la obra de Lúcas Hidalgo (Véase p. 336), así como su *Huerta de Valencia,* (ibidem 1629, 8.°) lo es de la de Gaspar Mercader (Véase p. 539). De Castillo Solorzano hay una lindísima coleccion de poesías, en dos partes, intitulada *Donayres del Parnaso* (Madrid, Diego Flamenco, 1624 y 1625, 8.°).

En la ya mencionada coleccion de novelas, se hallan las siguientes atribuidas á este autor : 1.ª *La inclinacion española.* 2.ª *El disfrazado,* 3.ª *Mas puede el amor que la sangre,* 4.ª *Escarmiento de atrevidos,* 5.ª *Las pruebas en la muger,* 6.ª *La dicha merecida,* 7.ª *El pretendiente oculto y casamiento efectuado,* 8.ª *El amor por la piedad,* 9.ª *El soberbio castigado,* 10.ª *La Duquesa de Mantua,* algunas de las cuales están sacadas de sus obras impresas.

Cap. XXXVI, nota 23, p. 343.—La etimología de la palabra *cigarrales* que propone el autor, nos parece cuando menos aventurada. Ya Mr. Ford, en su *Hand book for Travellers in Spain and readers at Home* (Lóndres, 1845, 8.°), libro lleno de la mas exquisita erudicion, y que merece ser leido de propios y extraños, habia dicho en el tom. II, p. 837, col. 2.ª, que *cigarral* se deriva de *zigarr* ó *cegarra,* lugar plantado de árboles. Pero esta derivacion nos parece inexacta, lo primero porque *xagiar,* y no *zigarr,* es la palabra arábiga por árbol; que nunca la *x* ó *xin* arábiga (pronunciese *shin* como antiguamente, y no segun la es-

púrea pronunciacion moderna de nuestros tiempos) se mudó en *z;* y lo segundo, porque los tales cigarrales no se distinguen ciertamente por lo frondoso de sus arboledas. Lo que mas los caracteriza es tener aguas manantiales, por abundar en ellas la sierra en que por lo comun están situados; y la palabra *sigiara* significa en efecto «lugar de fuentes y en que rebosa el agua».

Cap. xxxvi, nota 42, p. 350.—No es para nosotros un hecho averiguado que la *Universidad de Amor* sea obra de Jacinto Polo. Nicolás Antonio, que cita una edicion de ella de 1645 (*Bibl. Nov.*, tom. ii, p. 340) atribuye la primera parte á Fray Benito Ruiz, de la órden de Santo Domingo; y La Tassa, que la supone impresa en 1646, considera la segunda como compuesta por el cronista D. Juan Francisco Andrés y Ustarroz. (*Biblioteca Nueva*, tom. iii, p. 62.) A esto podrémos añadir que Juan Martin Merinero, editor de *Las obras en prossa y verso de Salvador Jacinto Polo de Medina*, impresas en Zaragoza (por Diego Dormer, 1670, 4.°), dice expresamente en su «Prólogo al lector» «haber añadido la *Universidad de Amor* á las demás »obras de Polo, por parecerle que era obra suya.» Las *Academias del Jardin* y *Buen humor de las Musas*, con otras obras de Jacinto Polo, se imprimieron por primera vez en Madrid, 1630, 4.°, en la imprenta del reino, con la aprobacion del maestro Joseph de Valdivielso y de Lope de Vega. Entre ellas no figura la *Universidad de Amor*, que no se imprimió hasta 1640 (Zaragoza, Pedro Lanaja y Lamarca, 12.°), juntamente con las fábulas de *Apolo y Daphne* y *Pan y Siringa*, que conocidamente son suyas, y la de *Las tres Diosas*, que hemos visto atribuida al licenciado Gabriel del Corral, autor de la *Cintia de Aranjuez* y otras obras de ingenio. En esta edicion la *Universidad de Amor*, que consta solamente de la primera parte, está atribuida al Maestro Antolinez de Piedra-Buena.

Mas, dado caso que la *Universidad de Amor* sea real y efectivamente obra de Polo, la creemos muy inferior á otra ficcion suya intitulada *El hospital de incurables y viage de este mundo y del otro*, impresa por primera vez en Orihuela, por Juan Vicente Franco, 1636, 8.°, y despues acá reimpresa á menudo entre las demás obras de su autor. Redúcese el argumento al viaje que hace con un diablo que le sirve de compañero y de

guia, primero á Italia y Francia, despues á Valencia y otras ciudades de España, hasta que por último le lleva á un hospital de dementes, con cuyo motivo el autor hace una crítica mordaz y bien sazonada de los vicios y locuras de su época.

Tambien hemos visto suyo *Bureo de las Musas y honesto entretenimiento para el ocio: con una novela de Montalban.* Zaragoza, 1658, 8.°, libro que no conoció D. Nicolás Antonio.

Del Maestro Antolinez de Piedra-Buena, natural de Madrid y autor del género festivo, hay un librito muy ingenioso intitulado *Carnestolendas de Zaragoza, en sus tres dias* (Agustin Verges, 1661, 8.°), en que el autor describe un carnaval en aquella ciudad, tomando ocasion de los disfraces para hacer una sátira punzante y bien sazonada de las costumbres de su tiempo. Tambien Francisco de Navarrete y Ribera, notario apostólico, en su *Casa de juego* (Madrid, Gregorio Rodriguez, 1644, 4.°), se propuso poner á descubierto las trampas de los tahures, amenizando su relacion con interesantes anécdotas. Al mismo género pertenecen el *Meson del mundo* de Ribero, y los *Discursos morales* de Juan Cortés de Tolosa (Zaragoza, 1617, 8.°), autor mas conocido por su *Lazarillo de Manzanares*. (Véase el tomo II, p. 68.)

Cap. XXXVII, nota 4, p. 363. — Uno de los sermones mas elogiados del maestro Fr. Hortensio Félix Paravicino es el *Panegyrico funeral*, predicado en presencia de Felipe IV y de su corte en las solemnes honras de su padre el rey D. Felipe III. Imprimióse en Madrid por Teresa Junti, 1625, 4.° El mismo año salió á luz un papel anónimo, en que se censuraba con la mayor acrimonia, no solo el estilo y la forma de la oracion, sino su mismo fondo, acusando á su autor de plagiario. «Todo »su empleo (dice el crítico) es en dos libros vulgares, conoci»dos, manoseados, manchas que no merecen ser lavadas en »agua del olvido, como son el sermon que Fr. Baltasar Paez »predicó é imprimió en Lisboa á las honras de este monarca, »y el libro que el P. Baeza hizo sobre los Evangelios.» A esta censura se encargó de contestar D. Juan de Jáuregui en un erudito papel dedicado al Conde-Duque, y que con el título de *Apología* imprimió en Madrid Juan Delgado, 1625, 4.° El mercader de libros, ó sea editor, llamado Pedro Pablo Bugía,

avisa á los lectores que, aunque fué liberal en publicarle, fué no menos avaro en imprimir pocos cuerpos, procediendo ambas cosas de igual veneracion suya á la obra.

Cap. xxxvii, nota 10, p. 370.—Por haber omitido el Señor D. Salvador Bermudez de Castro (*Estudios históricos*, p. 371) citar el códice de la Biblioteca Nacional en que sè halla el romance atribuido á Antonio Perez, no hemos podido, como hubiéramos deseado, rebatir la inculpacion que aquí le hace nuestro autor, y que no dudamos en calificar de infundada. Que Antonio Perez fué poeta, no admite ningun género de duda: existen testimonios del tiempo que así lo prueban, y entre otros, el no sospechoso de Lupercio Leonardo y Argensola, quien al tratar este punto dice expresamente: «Publicábanse »sin autor muchos versos que llaman *pasquines*, asegurando »la sentencia y persuadiendo á los diez y siete judicantes, y otros »que encendian los ánimos, señaladamente un diálogo que, »aunque en verso suelto, imitaba mucho el estilo de Luciano; »dícese que le compuso el mismo Antonio Perez, en que in»troducia las almas del marqués de Almenara y de don Juan de »Gurrea, gobernador de Aragon, hablando en el infierno, y á »vueltas incitando á los aragoneses á la defensa de sus leyes ó »fueros.» (*Informacion de los sucesos del reyno de Aragon*, p. 94.) No es fácil determinar si el romance que copia el Sr. Castro es obra de Antonio Perez ó de alguno de sus muchos amigos; pero lo que sí parece cierto es, que el diálogo á que se refiere Leonardo, atribuyéndole al célebre secretario de Felipe II, presenta todas las peculiaridades de su estilo; y está además escrito en el verso suelto que empleó su padre Gonzalo en la traduccion de la *Ulyxea*.

Cap. xxxviii, nota 1, p. 375.—Algo hay que rebajar del elogio que el autor hace aquí del carácter y conducta de Zurita. De los documentos que se conservan en la Real Academia de la Historia, y algunos de los cuales son ya conocidos del público por el *Discurso* que, á su ingreso en dicha corporacion en 1853, leyó D. Salustiano de Olózaga, resulta que Zurita no era ni tan buen aragonés ni tan acérrimo defensor de los fueros como nuestro autor supone y se ha creido generalmente hasta ahora. Al contrario, parece haber mantenido correspondencia con

Felipe II, quien le consultaba á menudo sobre los medios que habian de emplearse para vencer las continuas dificultades que Antonio Perez y los naturales de aquel reino le suscitaban.

Aunque la observacion pueda aparecer supérflua á algunos, añadirémos que la tercera edicion de Zurita es la de Sebastian Lanaja y Quartanet, 1669-70, seis tomos en folio; con lo cual queda corregida una ligera inexactitud cometida por nuestro autor al final del segundo párrafo. La obra la continuaron, además de Leonardo y Sayas, ya citados por el autor, Andrés de Uztarroz y Panzano.

Cap. XXXVIII, nota 2, p. 377.—El tercer tomo de Morales, intitulado *Los cinco libros postreros de la Coronica General*, etc., se volvió á imprimir en Córdoba, por Gabriel Ramos Vejerano, 1586, fol., con un discurso al fin de la vida de Santo Domingo.

Cap. XXXVIII, nota 14, p. 395.—En 1593, Juan de Encinas, vecino de Búrgos, dió á luz los *Diálogos de Amor, intitulado* (sic) *Dorida, por donde puede justamente un amante* (*sin ser notado de inconstante*) *retirarse de su amor, nuevamente sacado á luz, corregido y enmendado*, etc. Búrgos, en la Imprimeria (sic) de Philippe Junta y Juan Baptista Varesio, 1593, 8.° En la dedicatoria á D. Hieronymo de Salamanca, alcalde mayor de Búrgos y procurador á Cortes, el editor da á entender ó que la obra estaba anteriormente impresa, ó que cuando menos corria manuscrita, pues dice: «Si á la estimacion que de este librillo se »ha hecho, se juntára la que espero del claro juicio y aventa»jado entendimiento de v. md.;» y mas adelante: «Esta obra, »que en su principio fué sepultada en el olvido, renaciendo »ahora del valor de v. md.» En el prólogo á los lectores añade: «Por ser el intento y fin del que escribe enseñar y deleytar, me »pareció cosa justa sacar á luz este librillo que acaso entre »otros papeles vino á mis manos. Halléle sin título, y así no se »ha podido buscar autor ni registro con quien le concertar;» y mas adelante opina, aunque sin dar razones para ello, que su autor fué Leon hebreo: en lo cual creemos no anduvo muy descaminado, pues se parece bastante á los *Diálogos* publicados por aquel escritor, y de los que existian ya en dicha época dos traducciones castellanas; la una de ellas, hecha por un judío español, que se la dedicó á Felipe II; la otra por Cárlos Mon-

tesa, Zaragoza, 1584, 4.° Si no es obra suya, lo es de algun castellano que le tomó por modelo.

Tenemos á la vista un tratadito de pocas hojas de la *Genealogia de Garci Perez de Vargas*, escrito por el inca Garcilaso, en Granada á 5 de mayo de 1596, y dirigido por él á un caballero extremeño, á quien no nombra, si bien le llama «pariente mayor». Está escrito de puño y letra de su autor, quien pretendia descender de Garci Perez, como ascendiente de su padre, Garcilaso de la Vega; y es un opúsculo muy curioso en que el Inca introduce no pocas noticias relativas á su persona y nacimiento. «El hijo tercero (dice) de Alonso Hinestrosa de Var»gas y de Doña Blanca de Sotomayor fué Garcilasso de la Vega, »mi señor y padre. El qual empleó treynta años de su vida »hasta que se le acabó en ayudar á conquistar y poblar el Nue»vo Mundo, principalmente los grandes reynos y provincias »del Perú. Donde con la palabra y el exemplo enseñó y doctri»nó á aquellos gentiles nuestra Sancta Fe catholica, y aumentó »y magnificó la corona de España tan larga, rica y poderosa»mente que por solo aquel imperio que entre otros posee, le te»me oy todo lo restante del mundo. Huvome en una india lla»mada Doña Isabel Chimpu Oello: son dos nombres, el cristia»no y el gentil, porque las indias é indios en comun, princi»palmente los de la sangre real, han hecho costumbre de tomar »por sobrenombre despues del bautismo el nombre propio ó »apelativo que antes de él tenian. Y estáles muy bien por la re»presentacion y memoria de los nombres y sobrenombres rea»les que en sus magestades antiguas solian tener. Doña Isabel »Chimpu Oello fué hija de Hualipa Tupac Inca, hijo legítimo »de Inca Yupanqui y de la Coya Mama Oello, su legítima mu»ger y hermano de Huayna Capac Inca, último rey que fué en »aquel imperio llamado Perú.»

Y mas adelante : «A los ochenta años que mi padre y dos »hermanos suyos sirvieron á la corona de España, quisiera yo »añadir los mios essos pocos é inútiles que en la mocedad ser»vi con la espada, y los mas inútiles de aora con la pluma para »mejorar y ufanar de averles imitado en el servir á nuestro »Rey, eligiendo por galardon del servicio la gloria de aver cum»plido con nuestra deuda y obligacion, aunque de todos ellos

»no posseamos mas de la satisfaccion de averlos empleado co»mo se deven emplear, y nos basta aver hecho lo que es de »nuestra parte, porque los mas de los grandes principes mas »consisten en la buena ventura de los que los reciben que no » en sus meritos, ni en la liberalidad y magnificencia de los que »las hazen; porque se ve á cada paso que muchos que las me»recen no alcanzan ninguna, y otros sin merito alguno, por el »oculto favor de sus estrellas, mas que por la liberalidad ó pro»digalidad del principe, las reciben á montones.»

Concluye hablando de su *Historia de la Florida*, que ya entonces tenia concluida, y cuyo borrador parece enviaba al citado personaje, si bien no debió hallar en él el favor y proteccion que deseaba, puesto que la dedicó mas tarde al duque de Braganza.

Cap. XXXIX, nota 10, p. 411. — Otro libro hay de apotegmas, sentencias y dichos graciosos, principalmente de griegos y romanos, compuesto por el bachiller Francisco Thamara, catedrático de Cádiz. Aprobado por los inquisidores de Sevilla á 18 de Enero de 1548, se imprimió en Ambéres por Juan Steelsio, 1549, 8.° En el mismo año lo reimprimia tambien en Ambéres, Martin Nucio, con el título algo mudado y con notables variantes y aumentos en el cuerpo de la obra, aunque suprimida la traduccion de la *Tabla de Cebes*. De esta segunda edicion se hizo despues en España una reimpresion fiel y exacta (Zaragoza, por Estéban de Nágera, 1552, 8.°, letra de Tórtis), en cuyo frontis se ve el retrato del autor grabado en madera. De casa del mismo impresor habia salido á luz un año antes, con el título de *Proverbiales ac metaphoricæ formulæ* una coleccion de adagios, refranes y modos de decir vulgares, explicados en latin por Juan Ruiz de Bustamante.

Este nos parece lugar conveniente para tratar de los *Proverbios morales* del segoviano Alonso de Barros ó Varros, impresos por primera vez en Madrid, por la viuda de Alonso Gomez (1567, 8.°), con el título de *Philosophia cortesana moralizada*, y reimpresos en 1598 (Madrid, Luis Sanchez, 8.°) y 1664 (Zaragoza, Diego Dormer), con el título de *la Perla*. Están en cuartetas y precedidos de un prólogo de Mateo Aleman y poesías laudatorias de Hernando de Soto y Lope de Vega.

Tambien tienen alguna analogía con este asunto varias obras de preguntas y respuestas sobre materias de erudicion y ciencias, que pertenecen al mismo género que las *Cuatrocientas* del Almirante (tom. II, p. 87), las *Trescientas* de Juan Rufo y las *Seiscientas* del mismo autor, las *Trescientas* de Corelas, los *Proverbios* de Villalobos (tom. II, p. 91), la *Philosophia vulgar* de Alonso de Fuentes, y otras varias; género muy cultivado en la literatura castellana y que pertenece propiamente á la poesía llamada didáctica. Es una de estas el *Diálogo en verso, intitulado* Centiloquio de problemas, *en el qual se introducen dos philosophos, el uno* Pamphilo *llamado, que cient philosophicas preguntas propone, y el otro* Protidemo, *que respondiendo suscintamente* (sic), *las disuelve.* Alcalá, Juan de Brocar, 1548, 8.°, letra de Tórtis. El autor ocultó su nombre; pero uniendo las iniciales de los versos de ciertas octavas que pone al principio de su obra, declarando la razon por qué se quiso encubrir, se lee: *El Licenciado Agustin de Bruescas, médico segoviense, hizo este centiloquio.* La versificacion es fácil y el lenguaje castizo; las preguntas versan principalmente sobre asuntos de medicina é historia natural.

Al mismo género pertenecen los *Provérbios morales* en verso del cordobés Alonso Guajardo y Fajardo, que van comunmente unidos á la *Dolería del sueño del Mundo*, comédia en prosa de Luis Hurtado de la Vera (Paris, 1614, 8.°); pero que ya antes se habian impreso en Córdoba por Gabriel Ramos Vejerano, 1587, 8.°

Cap. XXXIX, nota 13, p. 413.—El título, bastante original por cierto, que Walker puso á su traduccion inglesa del *Jardin de flores curiosas* de Antonio de Torquemada, está fundado en las maravillosas relaciones que este introdujo en su libro. Sir John de Maundeville ó Mandeville fué un viajero inglés del siglo XIV, cuyos viajes se imprimieron en 1499, y fueron luego traducidos al castellano, al francés, italiano y aleman. Sus maravillosas y casi increibles narraciones le hicieron caer en descrédito, y alcanzar la no envidiable reputacion que entre nosotros tiene el portugués Fernan Mendez Pinto. De los *Colloquios satíricos* del mismo autor ya se habló largamente en el tomo II, p. 536.

Cap. XXXIX, nota 14, p. 414. — Todas las obras de Christoval

de Acosta se imprimieron en Venecia por Giacomo Cornetti, 1592, 4.° Además de los tratados citados en el texto y en su correspondiente nota, el volúmen contiene uno de *De la religion y religioso*, y otro muy curioso con el título de *Collacion á los mohatreros y usureros, aparceros, tratantes y seducadores.*

Cap. XXXIX, nota 18, p. 420. — Quizá la obra mas notable de Fr. Alonso de Horozco ú Orozco sea su *Epistolario christiano para todos estados*, impreso en Alcalá por Juan de Villanueva, 1567, 8.° Dedicóla al malaventurado príncipe D. Cárlos, hijo de Felipe II, á quien, además de un extenso prólogo, dirigió una de las doce epístolas de que se compone el libro. Las demás lo están á un «obispo en Indias», á un «señor de vasallos», á un «sacerdote», á un «religioso», á una «religiosa», á un «casado», á una «viuda», á un enfermo», á un «predicador», á una «persona afligida» y á una «viuda huerfana»; recorriendo así todos los estados y clases de la sociedad, y dando á cada una saludables consejos para vivir honesta y santamente. Horozco escribe con gran pureza de diccion, y su estilo severo y grave brilla en esta su última obra mas aun que en la crónica breve que compuso de algunos santos de la órden de S. Agustin (Sevilla, Gregorio de la Torre, 1551, fol.). Una edicion esmerada de todas las obras que hasta entonces habia escrito se publicó en Valladolid, por Sebastian Martinez, 1555, en un tomo grueso en folio, letra de Tórtis.

Cap. XXXIX, nota 19, p. 421. — *El buen república* se imprimió en Salamanca, por Antonio Ramirez, 1611, 4.°, á la sazon que Rojas residia en Zamora y era escribano y notario público de su audiencia episcopal, despues de haber dejado el oficio de autor de comedias y representante que hasta entonces tuvo. A diferencia de su *Viaje entretenido*, que bien merece tal título, esta es obra grave en que se tratan materias de estado y se discuten varios puntos de administracion y gobierno. En el segundo libro introduce el autor una historia de Galicia, y en el tercero una descripcion muy detallada de la ciudad de Zamora; pero, á pesar de todo, y de que el asunto requiere cierta gravedad, asoma de vez en cuando el humor festivo y fértil ingenio de su autor, quien en la p. 328 introduce unas octavas en ocasion de un pleito que le privó de su hacienda y le obligó

á retirarse á Zamora, despues de haber sido robado por un genovés, en cuyo escritorio entró á trabajar. La obra está escrita en forma de carta ó relacion, contestando á unos amigos de Sevilla (Salustio y Delio), quienes le dan noticias de lo ocurrido en aquella ciudad en los nueve años de ausencia, y se las piden de los países que ha recorrido.

Es muy justa la observacion que el autor hace acerca del error en que incurrió Nicolás Antonio, al decir que la primera edicion del *Viaje entretenido* es de 1583. Hablando Agustin de Rojas de Granada, dice que habia treinta y cuatro años poco mas ó menos que los moriscos de aquel reino se habian rebelado, y como su levantamiento fué en 1578, es claro que no pudo Rojas imprimir su libro antes del año 1602, y no es esta la única fecha que cita en su obra.

Cap. XXXIX, nota 17, p. 418. —Merecen citarse como modelo de lenguaje en esta época, los *Diálogos familiares*, comunmente atribuidos á Juan de Luna, intérprete de lengua española en Paris, y autor de la continuacion del *Lazarillo de Tormes*, de que ya se hizo mencion en el tom. II, p. 68 de esta traduccion. Siete de los diálogos (doce en todo) no son obra de Juan de Luna, sino de un español avecindado en Lóndres, y se imprimieron dos veces en aquella capital, y año de 1591; la primera en un librito harto raro, intitulado *The Spanish Schoole-master*, por G. Stepney (Richard Field, 12.°), y la segunda unidos al Diccionario español-inglés de Percyvall (*Bibliotheca Hispanica*, London, John Jackson, 1591, 4.°). Juan de Luna, maestro de español en Paris, los reimprimió en 1619, 8.°, añadidos otros cinco compuestos por él; y por último, el judío John Minshew los incluyó con una version inglesa al fin de su Diccionario (London, John Haviland, 1623, fol.). Desde entonces se han reimpreso muchas veces en español y francés, suprimiendo el nombre de Luna, y puesto en su lugar el de César Oudin, Bruselas, 1612 y 1675, 12.° La edicion castellana de Luna contiene además dos tratados muy curiosos, á saber: *Los Memorables dichos y sentencias de varios philosophos y oradores y mayormente del poeta Pedro de Altamonte*, recopilados por I. Saulnier, y una coleccion de *Canciones de enamorados cortesanos y cortesanas*, tambien hecha por el mismo.

Cap. xxxix, nota 20, p. 422.—Figueroa, en su *Plaza universal*, no hizo mas que traducir libremente y adicionar algun tanto la obra de Tomás Garzoni intitulada *Piazza universale de tutte le professioni del mondo*, libro muy leido y que tuvo grande aceptacion en su tiempo.

El *Viage del mundo*, de Ceballos, acaba de suministrar materia para un librito francés muy entretenido intitulado *Les aventures de Don Jean de Vargas*, Paris, Jannet, 1852, 16.°

Cap. xxxix, nota 25, p. 425.—A este mismo autor se atribuye una obra que no llegó á imprimirse, y cuyo título es: *Racionales paradojas en forma de diálogos entre un cortesano y un filósofo*. En ella ataca con valentía muchas de las preocupaciones de la sociedad, sosteniendo que la nobleza de sangre y diferencia de nacimiento no son mas que «una vanidad ridícula»; que los honores, riquezas y sed de mando son «incomodidades y molestias», y que el apetecerlas muestra «lesion del juicio»; y por último, que «la profesion de las armas, tan gloriosa bajo »el punto de vista político, es á los ojos de la naturaleza una »brutalidad indigna de hombres, y el valor militar, fiereza é »instinto de brutos». Es obra muy notable, y que atendida la libertad con que está escrita, no debió obtener el *imprimatur*, si es que su autor llegó á solicitarlo.

El título de la obra inglesa que hemos traducido por «Viage del Peregrino» es *The Pilgrim's progress*. Su autor John Bunyan, nació en Elstow, cerca de Bedford, en 1628.

Nota 28, p. 426.—Se ha dudado por algunos si Saavedra fué el autor de la *República literaria*; pero las razones de los que niegan que dicha obra sea suya, no nos parecen suficientemente fuertes para participar de su opinion. Véase el prólogo á la nueva edicion de sus obras, publicada por el Sr. Rivadeneyra, tom. xxv de la coleccion.

Cap. xxxix, nota 30, p. 427.—Hay una excelente traduccion castellana del *Galatheo*, de Giovanni della Casa, hecha por el Dr. Domingo Becerra, natural de Sevilla, y dedicada á D. Francisco de Vera y Aragon. Es un tomito en 12.°, de 176 páginas, impreso en Venecia por Juan Varisco, 1585. El traductor estuvo cautivo en Argel, circunstancia á que alude varias veces en su «dedicatoria».

Cap. XXXIX, nota 32, p. 427.—Esta obra de Ximenez Paton se reimprmió, con otros tratados suyos, en Baeza, su patria, por Pedro de la Cuesta, 1621, 4.°, con el título latino de *Mercurius Trimegistus, sive de triplici eloquentia sacra española* (sic) *romana*. Los dos tratados de elocuencia sacra y romana están en latin, el otro en castellano. El tomo contiene además el importante tratado de *Instituciones de la Gramática española*, ya impresas anteriormente en el mismo Baeza, por Pedro de la Cuesta, 1614, 8.°, juntamente con su *Epitome de la orthographia española*, añadidas varias poesías laudatorias del maestro Valdivielso, el Brocense, Salas Barbadillo y otros. Hay al fin del tomo una carta del autor al P. Fr. Estéban Arroyo, contestando á varios reparos que este le habia hecho sobre su obra, los testimonios de varios catedráticos de elocuencia que recibieron y adoptaron su *Mercurio* como libro de texto, y unos versos latinos de Alfonso de Ureña y Loaisa en alabanza suya. Bartolomé Ximenez Paton fué natural de Almedina, en el campo de Montiel, catedrático de elocuencia en Villanueva de los Infantes, correo mayor y notario de la Inquisicion de Murcia. Publicó además en el mismo Baeza (Pedro de la Cuesta, 1615, 4.°) unas concordancias latinas á los *Proverbios castellanos* del segoviano Alonso de Varros, que se reimprimieron dos años despues en Lisboa, por Pedro Craesbeeck, 1617, 4.° (*vide supra*, p. 556), y una declaracion de varios epigramas de Marcial, que se imprimió en pliegos sueltos por los años de 1628 al de 1630, ya en Madrid, ya en el mismo Baeza y en Cuenca. Tambien escribió un *Discurso de la Langosta* (Baeza, 1619, 4.°), imitando en la forma y en el asunto el del Dr. Quiñones, y dió á luz, considerablemente aumentada y corregida, la *Historia de Jaen*, que dejó escrita su amigo y paisano D. Pedro Ordoñez de Ceballos (*vide supra*, p. 560). Hizo grande elogio de él y de su *Retórica* Lope de Vega en su *Jerusalen*, lib. 19 :

Y la nueva Retórica divina
De Ximenez Paton, á quien la fama,
Con una letra mas, *Platon* le llama.

Cap. XL, nota 7, p. 446.—Quizá sea este lugar á proposito para citar un libro harto raro, y de no escaso mérito, intitula-

do: *Flor de las solemnes alegrias que se hizieron en la imperial ciudad de Toledo, por la conversion del reyno de Inglaterra*, por Juan de Angulo, vecino de dicha ciudad y natural del Valle de Angulo. Toledo, por Juan Ferrer, 1555, 4.°, de 31 hojas. Es la descripcion de las fiestas hechas en aquella ciudad con motivo del casamiento de Felipe II con D.ª María de Inglaterra, y los sucesos de la fe en aquel reino; escrita en redondillas fáciles, del gusto antiguo, mezcladas de villancicos. La obra se divide en ocho capítulos, dos de los cuales, que no tienen numeracion, aunque se hallan intercalados entre el VII y el VIII, están, por una singularidad que no se explica, escritos en prosa, y contienen una reseña de los vestidos y divisas de las comparsas que salieron á la fiesta. Al fin se describe una representacion teatral hecha al aire libre por diez ciegos, cada uno de los cuales figuraba un Mandamiento, y además la Fe, que iba sentada en un carro. Concluye todo con trece octavas en alabanza del cardenal Siliceo, á la sazon arzobispo de Toledo. Es obra en extremo curiosa y sumamente rara, que debió tener una continuacion, que no se llegó á imprimir, pues en lo alto de cada hoja se lee el epígrafe «Tratado primero».

FIN DEL TOMO III.

ÍNDICE.

SEGUNDA ÉPOCA. (*Continuacion.*)

ERRATAS.

Pág. 149, lín. 10, donde dice *Caundish*, léase *Cavendish*.

Pág. 152, lín. 20, *punto*, léase *puesto*.

Pág. 158, lín. 9, *Gutierrez de Cetina*, léase *Gutierre*.

En el epígrafe del capítulo XXVIII, pág. 160, donde dice *Barnuedo*, léase *Barnuevo*.

Pág. 183, nota 20, lín. 8, *hace poco honor*, léase *hace tan poco honor*.

En el epígrafe del capítulo XXIX, pág. 186, *Lomas, Cantoral* forman un solo nombre, y no deben estar divididos por una coma.

Pág. 217, nota, *Balvas Varona*, léase *Barona*.

En el epígrafe del capítulo XXXVI, pág. 330, *Castillo, Lozano, Solorzano*, léase *Castillo Solorzano, Lozano*.



